This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAMUEL SMILES

EL DEBER

LIBRERIA GARNIER HERMANOS

IMPRENTA DEL
MERCURIO
CORNERO
PARAISO
CON DIRECTA

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
GIFT OF
Jose M. Castro
Accession 97324 Class

AUG 15 1902

EL DEBER

SAMUEL SMILES

EL DEBER

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

EMILIO SOULÈRE

Not once nor twice in our rough island story.
The path of Duty was the way to glory.
TENNYSON.

Compliments of Jose M. Castro.

OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1898

BJ1571
.S8

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Tant que le possible n'est pas fait, le devoir n'est pas rempli. — VICTOR HUGO[1].

Il y a du devoir et du travail pour tous, dans la régénération qu'appelle notre temps. — GUIZOT[2]

La vie religieuse remplace par un seul devoir et par une seule passion les devoirs et les passions multiples du monde — PRÉVOST PARADOL[3].

En sacrifiant tout à son devoir, on est sûr d'arriver au bonheur. — FLORIAN[4].

Al publicar, hoy, la versión castellana de un nuevo libro de Smiles[5], tenemos que consignar algunas observaciones, no sólo como indicación preliminar de la obra misma, sino también para que nuestro silencio no pueda

1. Mientras no se ha hecho lo posible, no se ha llenado el deber. — VÍCTOR HUGO.

2. Hay deberes y trabajo para todo el mundo en la regeneración que incumbe á nuestra época. — GUIZOT.

3. La vida religiosa reemplaza por un solo deber y por una sola pasión, los deberes y las pasiones múltiples de la vida social. — PREVOST PARADOL[3].

4. Sacrificándolo todo al cumplimiento del deber, podemos estar seguros de llegar á la felicidad. — FLORIAN.

5. Véanse nuestras traducciones de *El Carácter*, *El Ahorro* y *¡Ayúdate!* GARNIER HERMANOS, edit., París.

97324

interpretarse como aquiescencia á ciertas teorías y á determinadas afirmaciones, á las cuales no podríamos dar nuestro asentimiento, sin faltar á lo que consideramos como un deber para con nuestros lectores y para con nosotros mismos.

Un libro sobre el deber no es empresa baladí, sino obra ardua y digna de las más altas inteligencias. Cicerón en su libro *De Officiis* nos ha transmitido uno de los más perfectos tratados de moral de la antigüedad pagana, dividido en tres partes : en la primera trata de *lo honrado,* en la segunda, de *lo útil;* y en la tercera establece una serie de comparaciones entre *lo honrado* y *lo útil.* San Ambrosio, en sus *Deberes de los ministros,* escribió una especie de breviario moral sobre los deberes del cristiano, cuya síntesis podría reducirse al siguiente consejo : « Atiende á la voz de la razón, y rechaza lo que te digan las pasiones ».

Silvio Péllico, en días de lucha y de prueba para la libertad, compuso su célebre libro, *Deberes de los hombres,* en el cual se propone enseñar la ciencia de la vida. Por nuestra parte, confesamos que su lectura en vez de fortalecernos el espíritu, nos hubiera causado grandes desfallecimientos morales, á no tener, como felizmente tenemos, una fe inquebrantable en el progreso y mejoramiento de las sociedades, y por consiguiente del individuo. Otro pensador contemporáneo, Julio Simón, en su libro, *Le Devoir,* elevándose á las alturas de la filosofía, ha tratado cuestiones de grandí-

simo alcance moral. Su obra contiene estudios graves, enseñanzas austeras. Examina al hombre en las condiciones de sus relaciones para con Dios, y luego en las de su destino puramente mortal y perecedero. Finalmente, cree que las relaciones de todo género entre las altas y las bajas esferas sociales, son hoy demasiado fáciles para que puedan subsistir ciertos privilegios, y que, lo mismo arriba que abajo, todos tienen deberes comunes que llenar; deberes para con la conciencia, con la patria y con la sociedad.

Las obras que acabamos de indicar, pertenecen, pues, á un orden más bien especulativo que práctico, y el libro de Samuel Smiles, por el contrario, separándose de toda idea metafísica, penetra de lleno en las cuestiones prácticas, en la vida activa, en el trabajo, en la instrucción.

Los títulos mismos de los capítulos en que divide su obra son su mejor elogio, y prueba elocuente de la rectitud de sus intenciones. He aquí algunos : *La conciencia; El deber en acción; La honradez y la verdad; El valor y el sufrimiento; El marino; El soldado; La beneficencia y la filantropía; El cariño para con los animales;* etc. Todos estos pequeños problemas, que en conjunto constituyen el gran problema de la vida, están tratados por Samuel Smiles con sobriedad, con inteligencia y en un lenguaje sencillo, claro y al alcance del público menos docto. Además, Smiles procura siempre fijar sus preceptos en la imaginación del lector

por medio de ejemplos y de anécdotas más faciles de retener que las largas disquisiciones filosóficas.

Dicho esto, ¿necesitamos añadir que no podemos aprobar los errores en que ha incurrido Smiles en la mayor parte de las citas y ejemplos en que habla de España y de los españoles? Hemos protestado, sin faltar nunca al respeto que debemos á un hombre de sus años y á un escritor de su mérito, añadiendo algunas notas á los párrafos en que mayores aparecen sus ligerezas de expresión y sus errores de fondo, pero no podíamos hacerlo con todos, y dejamos al discreto lector que supla por nosotros la contradicción de algunas afirmaciones menos importantes.

Fuera de estos lunares, el libro de Smiles es una obra digna de los mayores elogios. Á pesar de la llaneza de su estilo, sabe á veces remontarse hasta un lirismo conmovedor, sin dejar de ser viril, y las páginas que dedica á Savonarola, al tratar del sufrimiento, como las que se refieren al desinterés y al patriotismo del duque de Wéllington, son verdaderamente notables y del mejor gusto literario.

Diremos antes de concluír, que en cuanto á la doctrina, para Smiles, como para nosotros, *el deber* es el respeto de las leyes de la naturaleza, y el que se debe uno á sí mismo y á los demás; tiene por principio la libertad, por regla la justicia, por juez la conciencia y por objetivo el perfeccionamiento progresivo é indefinido de la humanidad; todos tenemos deberes que llenar en

la regeneración que prepara nuestra época para tiempos futuros; los deberes múltiples de la vida real no pueden sustituírse por los únicos deberes de la vida religiosa y puramente contemplativa, y finalmente, *sacrificándolo todo al cumplimiento del deber, podemos estar seguros de llegar á la felicidad.*

EMILIO SOULÈRE.

Paris, abril de 1889.

PREFACIO

Hace veinticuatro años que escribí el *¡Ayúdate!* libro que publiqué tres años después, en 1859. La relación de esa obra fué producto aparente de una pequeña causa. Había leído parte de ella á algunos jóvenes que se hallaban en un hospital de coléricos. Me esforzaba en hacerles comprender que la felicidad y el bienestar, dependían en el porvenir, de su actividad, de su cultura propia, de las privaciones y del imperio sobre sí mismo, y sobre todo de la honradez y de la rectitud del deber individual que constituye la gloria de un carácter viril.

Los resultados que conseguí fueron mucho más satisfactorios de lo que pude esperar. Me pareció que muchos de aquellos jóvenes, al llegar á la edad viril, serían llamados á desempeñar puestos de confianza, de responsabilidad y de provecho, y que algunos de ellos tendrán gusto en atribuír su honrado éxito á sus esfuerzos de trabajo y de espíritu, y también á las lecciones de sus profesores y maestros. Preparé así los apuntes para otro libro sobre el mismo asunto, y para otros más extensos, en mis horas de ocio, con-

cluídos ya los negocios del día, y le intitulé : *¡Ayúdate!* aunque *Ayuda mutua* me parecía bien, pero ayudarse uno á sí mismo es más adelantado y más eficaz.

Cuando hube concluído la obra, ofrecí el manuscrito á un editor de Londres, pero declinó la publicación, dándome las gracias. La guerra de Crimea hacía que los libros fuesen invendibles en aquel momento.

Después de haber publicado la *Vida de Jorge Stephenson*, acudí á la benevolencia de Mr. Murray, quien acogió favorablemente mi ruego, y le envié la expresión de mi gratitud junto con el juicio que la obra había merecido en las revistas, que salvo alguna excepción elogiaban mis esfuerzos y más aún mi mérito. El *¡Ayúdate!* fué traducido á casi todas las lenguas de Europa y también á algunas de la India y del Japón.

En América mi libro obtuvo muchas más ediciones y fué mucho más leído que en la Gran Bretaña, pero el autor inglés no puede nunca llegar á saber la suerte de sus libros en América. Parece que la ley tolera cierta piratería para con los libros ingleses, y el honrado editor de Nueva York se ve agobiado por el bribón editor de Chicago. No puedo comprender por qué razón la legislación americana sería menos honrada que la de Francia, de Alemania y de Italia. En todos esos países internacionales los derechos de autor son libres.

Trece años después de la publicación de *¡Ayúdate!* durante los cuales me ocupaba en otras obras, escribí

y publiqué *El Carácter*. Procuré ofrecer en ese libro un cuadro de hombres y mujeres nobles y magnánimos, y cité numerosos ejemplos sacados de las vidas de los mejores hombres y mujeres que han existido. Parecióme que era ése el mejor modo de ejercer influencia sobre el espíritu del pueblo joven, ofreciéndole enérgicos ejemplos de nobleza y de carácter. « Algunos pueblos exclaman, dice Isaac Disraeli, no nos deis anécdotas de un autor, pero dadnos su obra; aunque á menudo me ha parecido que las anécdotas son más interesantes que los libros. » Ése es el ejemplo con el cual he llegado siempre á convencer. « No es, dice Plutarco, en los hechos más distinguidos, ni en las virtudes ó en los vicios más reconocidos, sino en acciones algunas veces insignificantes, en una simple palabra, en una broma, en lo que se conoce y distingue realmente el carácter personal, más que en una gran batalla ó en un acto importante. »

Cinco años después publiqué *El Ahorro,* en cuyo libro tomé á mi cargo demostrar la dignidad del trabajo, los adelantos que se consiguen economizando con orden y seguridad para llegar á la independencia y poder subvenir á las necesidades de la familia, pensando en el porvenir y llevando una vida sobria, justa, en una palabra, una vida de hombre; evitar la horrible causa, la bebida, que empobrece á tantos hombres y mujeres, y procurar elevarse á las alturas de la virtud, de la moralidad y de la religión. Creo que ese libro dará muy buenos resultados. Desde que vió la luz pública, se han formado muchas instituciones para la

propaganda y el establecimiento de la economía nacional, y me consta, también, por varios corresponsales, que se han abierto muchos *bancos de peniques*, que no existían antes.

Cinco años después de la publicación de *El Ahorro*, salió *El Deber*, último libro de la serie. He creído que sería más ventajoso aún que los anteriores. En todo caso he hecho lo posible, según me lo dice la silenciosa facultad interna que permanece en mí. El lector hallará en las páginas que siguen, numerosos ejemplos para los hombres y las mujeres, honrados y mejores de la carrera activa. Grandes esfuerzos de voluntad y de trabajo de un interés prodigioso hechos por los hombres resultan de esos ejemplos. Un gran carácter que piensa en su fin, es el guía silencioso de la energía humana. Quien desee acercarse á la cumbre de la suprema perfección del deber, ocupará el primer puesto con el más distinguido de su raza.

El alcance de este libro revela el aliento de la austera voz del deber; los cielos la buscan con nosotros, sólo el infierno la teme.

Londres, noviembre de 1880.

TABLA DE MATERIAS

CAPÍTULO PRIMERO

EL DEBER. — LA CONCIENCIA

La esfera del deber. — El soldado de Pompeya. — El *Birkenhead*. — Un legislador americano. — Base del deber. — Libertad. — La conciencia. — El poder de la voluntad. — La religión. — Dominio sobre sí mismo. — El mejor gobierno. — Pascal, sobre la vida. — Enseñanza de Sócrates. — Platón. — Ideal del Nuevo Testamento. — El doctor Macleod. — El carácter. 1

CAPÍTULO II

EL DEBER EN ACCIÓN

El deber en el hogar. — Dirección de la voluntad. — Hombres sin carácter. — Locke, sobre la voluntad. — Enseñanza de la escuela y la moralidad. — La libertad humana. — Noble tarea. — Las dificultades. — La holgazanería. — Actos de un insensato. — La resolución y el valor. — El profesor Wilson. — Vacilar. — Pesimistas. — Milagros del genio. — La cultura. — La apatía cultivada. — La indiferencia. — Goethe. — Habilidad intelectual. — Lady Verney, sobre la literatura. — La disciplina del hogar. — El barón Stoffel sobre la disciplina. — El « Diluvio ». 14

CAPÍTULO III

LA HONRADEZ. — LA VERDAD

La mentira. — Mentirillas. — Régulo, el romano. — Platón y Marco Aurelio, sobre la verdad. — La honradez en los nego-

cios. — Depreciación de las manufacturas. — Los chinos. — Los americanos. — El trabajo malo es mentira. — Sócrates, sobre la perfección del trabajo. — Wedgwood. — Tomás Brassey. — Las huelgas y los malos tiempos. — El señor Holyoake. — América, sobre hacer dinero. — América, sin aprendices. — Lo malo del comercio. — El juego comercial. — Quiebra de bancos. — Sadleir de Tipperary. — El obispo de Peterborough, sobre la adoración de la riqueza. — El Illinois queda honrado. — Honradez de un labrador alemán 47

CAPÍTULO IV

HOMBRES QUE NO PUEDEN SER COMPRADOS

Los hombres sin principios. — El charlatán francés. — Comisiones ilícitas. — Se aciertan hombres honrados. — Soborno extranjero. — Los americanos. — Los hombres justos. — Arístides y Foción. — Demóstenes. — Diocleciano. — Otros hombres no comprados. — Andrés Marvell. — Ben Jonson. — Goldsmith. — La guinea de Pulney. — El conde Chatan. — Guillermo Pitt. — Chamillard. — Sir Arturo Wellesley. — El marqués de Wellesley. — Sir Carlos Napier. — Sir Jaime Outram. — Lord Lawrence. — Sir Humphry Davy. — Faraday. — La casa de Rothschild. — Macaulay. . . . 7.

CAPÍTULO V

EL VALOR. — EL SUFRIMIENTO

Valor y cobardía. — Sir Felipe Sydney. — Hombres sufridos. — Valor del martirio. — San Pancrasio. — Los primeros cristianos. — Matanzas en Roma. — Valor de Telómaco. — Decadencia de Roma y de Grecia. — Efectos del cristianismo. — Persecución por el dogma. — España. — Felipe II. — Persecución en Francia. — Matanza de San Bartolomé. — Revocación del Edicto de Nántes. — Grandes martirios. — El carácter hugonote. — Los mártires en Inglaterra; en Escocia. — Descubrimiento de la tolerancia. — Guillermo

Penn. — Apólogo de Jeremías Taylor. — Hombres de ciencia, Bruno, Copérnico, Galileo. — Képler. — Colón. — Victorias y derrotas. — Leonidas, Judas Macabeo. — Arnoldo von Winkelried. — Mujeres suizas en el Pratigau. — Wallace, Bruce. — Excomunión de Bruce. — Sitio de Orleáns. — Juana de Arco. 93

CAPÍTULO VI

SUFRIMIENTO HASTA EL FIN. — SAVONAROLA

Arnoldo de Brescia. — Dante. — Su destierro. — Estado de Italia. — Savonarola abandona su casa. — Su predicación. — Entra en Florencia. — Lorenzo de Médicis. — Savonarola, prior de San Marcos. — Predica en el Duomo. — Su gran poder. — Muerte de Lorenzo. — Pedro de Médicis. — Los franceses entran en Italia. — Florencia república. — Mejoramiento de la ciudad. — Savonarola es amenazado de muerte. — Se le ofrece el sombrero de cardenal. — Excomulgado por el Papa. — San Marcos atacado. — Savonarola se entrega. — Su última exortación. — Su tortura, degradación y muerte. — Interés de Florencia. 127

CAPÍTULO VII

EL MARINO

El valor de los marinos. — Educación de la mar. — El mar, sendero del comercio. — Sir Samuel Báker. — Los marinos, grandes descubridores. — Navegantes portugueses, holandeses ó ingleses. — Una gran raza de marinos. — La Invencible Armada. — Sir Francisco Drake. — Ataque de Drake sobre España. — Fuerza de la Armada. — Llegada frente á las costas. — Combates en el Canal. — La Armada frente á Calais. — Los ataques. — Naufragio de la Armada. — Sir Ricardo Grenville. — Poder naval y comercio. — Napoleón y Nelson. — El capitán Riou. — El capitán Knowles del *Northfleet*. — El *London*. — El señor Plimsoll. — El capitán Freemantle del *Invencible*. — El capitán Sharp y Juan

M'Intosh. — Juan Maynard en el lago Erie. — El *Sarah Sands*. — Faros. — Los Smalls. — El Eddystone. — E Skerryvore. — El primer bote salvavidas. — Salvación de vidas por los botes salvavidas. — El *Van Kook*. — Valor en Fraserburgh. — Consagración en Great Yarmouth. . . 151

CAPÍTULO VIII

EL SOLDADO

La vida de deber. — Enrique IV. — Turena. — Von Moltke. — El caballero d'Assis. — Grandes hombres soldados : Sócrates, Esquilo, Sófocles, Jenofonte, César, Horacio, Dante, Pedro el Ermitaño. — Chaucer, Buchanan, Ben Jonson, Felipe Sydney, Algernon Sydney, Davenant, Lovelace, Withers, Bunyan, Otway, y Farquhar. — Steele, Coleridge, Sotheby, Cobbett, Lee, Murchison. — Grandes soldados de España : Lope de Vega, Cervantes, Calderón, Mendoza de Santillana, y otros. — El poeta Camoens. — Loyola, Descartes, Maupertuis, Malus, Niepce, Droz, La Mark, La Rochefoucauld, Cuvier. — El caballero Bayardo. — El general Wáshington. — El duque de Véllington. — Sus ideas sobre el deber. — Su obediencia, valor, paciencia y sufrimiento de las injurias. — Sus dificultades en Portugal y España. — Su humanidad, imparcialidad, justicia, veracidad. — Wéllington y Napoleón. — Von Stein en Prusia. — Carlos Alberto y Victor Manuel en Italia. — Los rusos en Turquía. — Horrores de la guerra. 185

CAPÍTULO IX

HEROÍSMO EN LA BENEFICENCIA

Virtud y valor. — Sacrificio de sí mismo. — Desventura. — Oportunidades para hacer la beneficencia. — La plaga. — Epiménides. — El cardenal Borromeo. — La primera escuela dominical. — La plaga en Londres. — El obispo Morton en York. — El doctor Hodges y la plaga. — El reverendo G. Montperson en Eyam. — La fiebre tifus en Leeds. — Muerte

de hombres buenos. — Los cirujanos en el campo de batalla. — Larrey. — Salsdorf. — El doctor Thompson en Alma. — El doctor Kay en Benarés. — Los cabos Derbyshire y Hópper en Moultan. — El monje de Cádiz. — La valiente mujer Matagorda. — Atender enfermos en tiempo de guerra. — La señorita Nightingale en Escutari. — La señorita Stanley en Terapeia. — La señorita Florencia Lees ante Metz. — Cuidar enfermos en los hospitales de campaña. — La señorita Carpenter. — La señora Chisholm. — Gracia Vernon Bussel. — Elena Petrie de los Shetlands. — Gracia Darling. 219

CAPÍTULO X

LA SIMPATÍA

San Juan y los niños. — Utilidad de la simpatía. — La simpatía y la filantropía. — Exceso de estimación por el dinero. — Goethe y el sufrimiento. — El obispo Wilberforce. — El doctor Norman Macleod. — El este de Londres. — Eduardo Dénison. — José de Maistre. — El juez Talfourd, sobre la simpatía. — Los patrones y los empleados. — Servicio doméstico. — Ana Mackay. — « ¿Qué me importa? » — La economía política y el servicio. — Los utilitarios. — Burns, sobre la riqueza. — El sirviente de Miguel Ángel. — La reflexión y la bondad. — Los venecianos. — La familia. — La paciencia. — Faraday. — Carlos Lamb y su hermana. — Lady Watson y su esposo. — La memoria de una mujer. — Una fiesta de amor metodista. — El señor Collyer, sobre el poder de la simpatía. — El doctor Martineau, sobre el cristianismo. — Los pobres. — Roberto Raikes y las escuelas dominicales. — José Lancaster. — María Ana Clough, la muchacha de factoría. — La sociedad de aprendices de fundiciones. 251

CAPÍTULO XI

LA FILANTROPÍA

La fuerza física. — El poder de la dulzura. — Heine, sobre los leprosos. — San Vicente de Paul. — Juan Howard. — El

estado de las prisiones. — La señora Fry. — La señora Tatnall. — El señor Edmonds en Sing Sing. — El capitán Pillsbury. — Tomás Wright de Mánchester. — Restauración de los criminales. — José Hume, sobre la apertura de los sitios públicos. — La gran Exposición. — Hombres de confianza 283

CAPÍTULO XII

EL HEROÍSMO EN LAS MISIONES

El duque de Wéllington, sobre misiones. — La carrera de un misionero. — La misión de Agustín en Inglaterra. — El norte de Inglaterra. pagano. — Conversión por Paulino. — Discurso de un guerrero. — Misioneros en Europa, China y África. — San Francisco Javier. — Las Casas en las Indias occidentales. — Bautiza á los indígenas. — El doctor Moffat en África. — El doctor Livingstone. — Las islas de Polinesia. — Juan Williams. — La sociedad misionera de Londres. — Enseña industrias. — Construye un buque. — Gatos y ratas. — Visitas á Inglaterra. — El mártir de Erromanga. — El obispo Selwyn. — El obispo Pátteson. — Sus viajes. — Sus trabajos. — Su muerte en Nukapa. — El comodoro Goodenough. — Jónathan Edwards. 313

CAPITULO XIII

CARIÑO PARA CON LOS ANIMALES

La crueldad. — Lucha de toros contra perros. — El Acta de Ricardo Martín. — Pájaros en Hurlingham. — Alas de pájaros. — La protección á las aves silvestres. — Alciones en la India. — Caza en Noruega. — Captura de alondras. — Cariño á las alondras en Aberdeen. — Leonardo de Vinci. — Los antiguos ermitaños. — San Francisco. — Humanidad de los pájaros. — La batida. — Napier y Outram. — Alberto de Siena. — Matanza de pájaros en Francia. — Crueldad con los escolares. — Crueldad con los niños. — Azotes en el Hospital de Cristo. — Crueldad con los animales. — El

burro. — La razón del perro. — Su conciencia. — Su afecto. — El perro Bobby. — Sir Wálter Scott y el perro. — Perros célebres. — Perros de Pompeya y Herculano. — El animal mejor que el hombre. — Androcles y el león. — Voltaire, sobre los derechos de los animales. — El viejo Tabby. — Thoreau y los animales. — Teodoro Párker. — El caballo « Cruiser ». — El señor Rarey. — *Non è Cristiano*. — Espectáculos en Nápoles. — Los caballos en Londres. — La señorita Liseta Rest. — Crueldad con los caballos. — El caballo de guerra. 345

CAPÍTULO XIV

HUMANIDAD PARA CON LOS CABALLOS. E. F. FLOWER.

La esclavitud del caballo. — El caballo en Francia. — Las riendas de cabezada. — El misionero de los caballos. — Cámara de tortura. — El señor Flower, sobre petizos y caballos. — Emigra á América. — Desembarque en Nueva York y Filadelfia. — El convoy. — Viajando hacia el Oeste. — Las montañas del Aleghany. — Pittsburgo. — Balsas en el Ohio. — Cincinato. — Lexington. — El señor Enrique Clay. — Esclavitud. — Los Rappistas. — Las praderas. — El hogar en el lejano oeste. — Falta de alimentos. — Pasando á nado el Wasbash. — Wárrington, Albión. — Educación de « Enriquillo ». — Cazando venados. — Osos. — Progreso de la colonia. — Los esclavos. — Guerra con los *kidnappers*. — Aventuras. — Los *kidnappers* resueltos á asesinar á Flower. — El resultado. — Vase á Inglaterra. — « Pennsito ». — Educación en New Lanark y Londres. — Entra en el comercio, se casa, y adelanta. — Intentos para destruir la crueldad contra los caballos. — Frenos y riendas de cabezadas. — La moda y la humanidad. — Resultado de la labor del señor Flower. . . . . 3[illegible]

CAPÍTULO XV

LA RESPONSABILIDAD

Deber y ser. — La ayuda mutua. — El ejemplo. — La negación. — La ciencia en la creencia. — El hombre inútil. — La acción del carácter. — Perthes. — El joven. — Eternidad de las palabras y de los ejemplos. — El bien y el mal. — Los malos libros. — Responsabilidad de los autores. — El libro leproso. — La novela escrofulosa. — El libro fisgón. — Las novelas de Scott. — Carlos Dickens. — Un libro es una voz viva. — Dicho de Wordsworth. — La fábula de Krilof: « El autor y el ladrón ». 395

CAPÍTULO XVI

FIN

Juventud y ancianidad. — El mensajero invisible. — Wilkie en el Escorial. — Federico el Grande. — El gan Ciro. — Jerjes. — Pericles. — Mahmud el Ghiznevide. — El manufacturero de Mánchester. — Carlos IX. — Sydney Smith en el castillo Howard. — El cardenal Mazarino. — Sir Harry Vane. — Sir Wálter Raleigh. — El mariscal francés. — Sir Juan Moore. — Sir Wálter Scott. — Kant al morir. — Jeremías Taylor, sobre la muerte. — La verdadera vida de un hombre. — San Francisco de Asís. — Últimas palabras de sir Wálter Raleigh 407

Índice alfabético. 415

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

EL DEBER

CAPÍTULO PRIMERO

El Deber. — La Conciencia.

Marchaba amparaba por un poderoso campeón; la conciencia. — MILTON [1].

Cualquiera que sea tu raza ó tu idioma, siempre eres el mismo; ante tu mirada el deber, constante llama, arde con inmutable luz, á través de obscuros ó de brillantes dias. — *La Oda de la Vida* [2].

¿Por qué, ¡oh, hombre! vituperáis el mundo? El mundo es bellísimo, arreglado por la mejor y más perfecta razón, aunque para vos pueda ser impuro y malo, porque vos sois impuro y malo en un mundo bueno. — MARCILIO FICINO [3].

El hombre no vive para sí sólo. Vive igualmente para el bien de los demás tanto como para el propio. Cada cual tiene deberes que llenar, el más rico lo mismo que el más pobre.

1. He walked attended
By a strong-aiding champion — Conscience. — MILTON.

2. Whate'er thy race or speech, thou art the same;
Before thy eyes Dutz, a constant flame,
Shines always steadfast with unchanging light,
Through dark days and through bright. — *The Ode of Life.*

3. Why, O man, do you vituperate the world? The world is mostbeautiful, framed by the best and most perfect reason, though to you indeed it may be unclean and evil, because you are unclean and evil in a good world. — MARCILIUS FICINUS.

Para algunos, la vida es un placer, para otros un sufrimiento. Pero los mejores no viven para el goce propio, ni siquiera para la fama. Su móvil más poderoso es la labor llena de esperanza, y útil para toda causa buena.

Hierocles dice que cada uno de nostros es un centro, circunscrito por muchos círculos concéntricos. De nosotros se extiende el primer círculo y comprende á padres, esposa é hijos. El siguiente círculo concéntrico comprende á los parientes, después á los conciudadanos y, finalmente, á toda la raza humana.

Cumplir en este mundo con nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, conforme é invariablemente, requiere el cultivo de todas las facultades que Dios nos ha concedido. Y él nos ha dado todo. Él es también la voluntad superior que instruye y guía nuestra voluntad. El conocimiento del bien y del mal, el conocimiento de lo justo y de lo injusto, es lo que nos hace responsables ante los hombres aquí, y ante Dios después.

La esfera del deber es infinita. Existe en todas las condiciones de la vida. No podemos escoger el ser ricos ó pobres, ser felices ó desgraciados; pero nos corresponde cumplir con el deber que nos rodea por todas partes. La obediencia al deber, á toda costa y riesgo, es la mismísima esencia de la más elevada vida civilizada. Se deben ejecutar los grandes actos, desearlos, morir por ellos, ahora como en días pasados.

Á veces unimos la idea del deber con la confianza del soldado. Recordamos el centinela pagano que fué hallado en Pompeya, muerto en su puesto durante el enterramiento de la ciudad bajo las cenizas del Vesubio, hace mil ochocientos años. Éste era el verdadero soldado. Era su deber. Había sido colocado para guardar ese puesto, y no lo abandonó. Quedó sofocado por los vapores sulfurosos de las cenizas que caían. Su cuerpo fué reducido á cenizas, pero sobrevive su memoria. A un se ven su yelmo, su lanza y su coraza en el museo de Nápoles.

Este soldado era obediente y disciplinado. Hizo aquello para que fué escogido. La obediencia al padre, al maestro, al superior, es lo que debiera aprender todo aquel que quiera obrar bien. La infancia debiera principar con la obediencia. Con

todo, la edad no nos dispensa de ella. Tenemos que ser obedientes hasta el fin. El deber en su forma más pura es tan compulsivo, que al llenarlo uno, jamás piensa en manera alguna en sí. Ahí está. Tiene que ser cumplido sin idea alguna de sacrificio de sí mismo.

Si nos acercamos á una época muy posterior á la del soldado romano de Pompeya, cuando el *Birkenhead* se había ido á pique frente á la costa de África con sus valientes soldados á bordo, que hicieron un *feu de joie*[1] al sepultarse bajo las olas, fué obsequiado el duque de Wéllington con un banquete en la Academia Real, después que la noticia hubo llegado á Inglaterra. Dice Macaulay: « Observé (y el señor Lawrence, el ministro americano, lo observó también) que en elogio de los infelices que habían sucumbido, jamás habló el duque de su valor, pero sí siempre de su disciplina y subordinación. Lo repitió varias veces. Supongo que el valor lo trataba como cosa que debía sobrentenderse.

El deber es consagrado á sí mismo. No es meramente intrépido. El gladiador que combatía contra un león con el valor de un león, era impulsado por el ardor de los espectadores, y nunca se olvidaba de sí y de sus premios. Pizarro estaba lleno de atrevimiento, pero en medio de sus terribles penalidades se hallaba animado por su amor al oro.

« ¿Queréis ser grande? preguntaba san Agustín, pues principiad entonces por ser pequeño. ¿Deseáis construír un vasto y elevado edificio? Pensad primero en los cimientos de la humildad. Cuanto más alto tenga que ser vuestro edificio, tanto más profundo deben ser sus cimientos. La modesta humildad es la corona de la belleza. »

La mejor clase de deber se realiza en secreto, y fuera de la vista de los hombres. Allí efectúa su obra consagrada y noblemente. No sigue la rutina de la moralidad de formas convencionales de la sociedad. No se pregona á sí misma. Adopta un credo más amplio y un código más elevado; y el hecho de

1. Fuego de regocijo.

someterse á él y obedercelo, basta para considerar á toda vida y toda acción humanas bajo la luz de una eterna obligación hacia la raza. Nuestras maldades ó nuestras acciones negligentes incurren siempre en deudas que, más tarde ó más temprano, tiene que abonar la humanidad.

¿Pero cómo aprender á cumplir nuestro deber? ¿Habrá en ello alguna dificultad? Primeramente, está el deber universal y continuado hacia Dios. Siguen después otros: el deber hacia la familia; el deber hacia nuestros vecinos; el deber de los amos hacia los sirvientes y de éstos para con los amos; el deber para con nuestros semejantes; el deber para con el Estado, que á su vez también tiene que llenar su deber para con los ciudadanos.

Muchos de estos deberes se llenan y se cumplen privadamente. Nuestra vida pública puede ser conocida muy bien, pero en privado está aquello que nadie ve: la vida interior del alma y del espíritu. Nadie puede matar nuestra alma, la que sólo puede perecer por su propio suicidio. Si cada uno de nosotros podemos hacernos un poco mejores, más puros y más nobles, habremos obrado quizá lo mejor que podamos.

He aquí el modo cómo correspondió á su cargo un legislador americano:

Hará un siglo poco más ó menos, que tuvo lugar un eclipse de sol en Nueva Inglaterra. Púsose muy obscuro el cielo, y a muchos les pareció, que había llegado el día del juicio final. Sucedió que estaba en sesión la legislatura de Connécticut, y al llegar la obscuridad propuso uno de los miembros de la cámara que se levantara la sesión; levantóse entonces el viejo legislador puritano, Davenport de Stamford, y dijo, que si había llegado el último día, deseaba ser encontrado en su puesto cumpliendo con su deber; por cuya razón proponía que se trajeran velas para que la cámara pudiera continuar tratando los asuntos pendientes. Esperar en el peusto del deber era la máxima de ese hombre sabio, é hizo aceptar su proposición.

Existía un hombre de constitución débil, el cual empleaba gran parte de su tiempo en obras filantrópicas. Visitaba los en-

fermos, se sentaba al lado de ellos en sus miserables hogares, los asistía y les ayudaba de todas maneras. Á causa de ello fué reconvenido por sus amigos, que le censuraban por el descuido de sus negocios, y le aguraban que contraería de seguro alguna enfermedad á causa de sus visitas á los que tenían fiebre y á los moribundos; pero él contestó á sus amigos con firmeza y sencillez : « Atiendo á mis negocios en obsequio de mi mujer y de mis hijos, pero sostengo que el deber de un hombre hacia la sociedad, le impone que tenga cuidados para con aquellos que no son de su propia casa. »

Éstas eran las palabras de un amante servidor del deber. La persona que da su dinero no es el verdadero bienhechor de sus semejantes, sino aquella que se da *personalmente*. El que da su dinero es puesto en evidencia ; el hombre que da su tiempo, su fuerza y su alma, es amado. El uno será recordado, mientras que el otro podrá ser olvidado, pero nunca morirá la buena influencia que ha sembrado.

Pero ¿cuál es el fundamento del deber? Julio Simón ha escrito un precioso libro, *le Devoir*, en el cual sostiene que el deber depende de la libertad. Los hombres tienen que ser libres para poder cumplir con sus deberes públicos, lo mismo que para formar su carácter individual. Tienen libertad para pensar; luego pues, deben ser libres para obrar. Así mismo, bien puede la libertad ser usada para hacer el mal, en vez de usarla para hacer el bien. La tiranía de la multitud es peor que la tiranía del individuo. Thoreau, el americano, dice que la libertad moderna es tan sólo el cambio de la esclavitud del feudalismo por la esclavitud de la opinión.

La libertad, gozada igualmente por todos los hombres, es una idea reciente en la historia [1]. En las épocas remotas, los

1. El sentimiento de que el trabajo no es una ocupación honrosa, no es más que el sobrevivir de los antiguos tiempos paganos y feudales, cuando el arado fué dejado á los esclavos y sólo los villanos sembraban el trigo. La definición romana del gentilismo era *gentem habent soli cujus parentis, nemini servierunt*, « solamente son gentiles aquellos cuyos antecesores jamás sirvieron. » La idea que prevalecía en la república norte americana, conforme á la que, la sangre del esclavo mancha aún en su más extrema rama,

hombres llamados *libres* poseían el derecho de ser servidos por esclavos. Había esclavitud en el Estado, y también en la familia. Existía en las repúblicas, lo mismo que en las monarquías. Catón el mayor, el más grande economista de la Roma republicana, demostraba la conveniencia de deshacerse de los esclavos viejos para evitarse la carga de su manutención. Los esclavos enfermos ó inválidos eran llevados á la isla Esculápices, en el Tíber, donde se les hacía morir de enfermedad ó de hambre. En la Roma imperial, estaba sujeto el *Populus Romanus* á la caridad pública. En Inglaterra, también, cuando se abolió la esclavitud, y cuando ya los pobres no eran alimentados por la caridad de los monasterios, se dió una mísera ley, que era tan sólo una compensación por la pérdida de la libertad.

Hay una palabra más fuerte que la de libertad, y ésta es conciencia. Desde el principio de la civilización ha sido reconocido el poder de esta palabra. Menandro, el poeta griego que vivía trescientos años antes que Jesucristo, lo reconocía debidamente. «En nuestro propio pecho, decía, tenemos un Dios; nuestra conciencia.» En otra parte dice: «No es vivir, vivir para sí mismo. Cuando hagáis lo que es sagrado, hacedlo alegremente, sabiendo que Dios mismo toma parte con legítimo valor. Un corazón generoso es la gran cosa que necesita el hombre.»

La conciencia es aquella facultad peculiar del alma que pudiera llamarse el instinto religioso. Revélase primeramente cuando notamos la lucha en nosotros mismos entre una naturaleza elevada y una baja — el espíritu batallando contra la

es de origen romano, decididamente. «Queridos campesinos alemanes, decía Heine, id á América; allí no encontraréis ni príncipes, ni nobles; todos los hombres son iguales, con la excepción, en realidad, de unos pocos millones que tienen el cutis negro ó moreno, y que son tratados como perros. Aquel que tiene el menor rastro de descendencia de negro, ya no pone de manifiesto su origen por el color, sino en las formas de su cara; está obligado á sufrir las mayores humillaciones... Indudablemente que más de un corazón noble lamentará en silencio esa pesquisa é injusticia universales; pero si quisiera, sin embargo luchar contra ellas, le esperaría un martirio superior á toda concepción europea.»

carne — del buen esfuerzo para el dominio sobre el mal. Dirigid la vista adonde queráis, en la Iglesia ó fuera de la Iglesia, siempre continúa la misma lucha, guerra á vida ó muerte; hombres y mujeres atormentados por la inquietud, porque aman el bien y no pueden alcanzarlo aún.

De esta experiencia ha nacido la religión, la ley más elevada que nos conduce hasta Aquel á quien representa la ley de la conciencia. « Es un examen interno, dice el canónigo Moseli, sobre lo que ha sido edificada toda religión. Concentrándose en sí mismo el hombre y viendo allí la lucha, ha sacado entonces el conocimiento propio, y por ello, el conocimiento de Dios. » Bajo esta influencia conoce, y siente el hombre lo que es justo é injusto. Tiene la elección entre el bien y el mal. Y, libre para elegir, llega á ser por esta razón, responsable.

Sea lo que fuere aquello en que los hombres puedan creer teóricamente, ninguno siente prácticamente que sus acciones son necesarias é inevitables. No hay coartación alguna sobre nuestra volición. Sabemos que no somos compelidos como por un encanto, á obedecer ningún móvil especial. «Sentimos, dice Juan Stuart Mill, que si quisiéramos probar que tenemos el poder de resistir el móvil, lo podríamos hacer, y sería humillante para nuestro orgullo, y paralizador de nuestro deseo de excelencia, que pensáramos de otro modo. »

Nuestros actos pueden tener sujeción, de lo contrario ¿por qué en todas partes del mundo hacen los hombres leyes? Se las establece para que sean obedecidas, porque es creencia universal, como lo es universal el hecho, de que los hombres las obedecen ó no, conforme lo quieren y resuelven en sí. Cada uno de nosotros siente que nuestros hábitos y tentaciones no son nuestros amos, sino que nosotros lo somos de ellos. Aun cediendo á ellos, sabemos que podríamos resistir, y que si quisiéramos desprendernos completamente de ellos, no se necesitaría para ello un deseo ó una voluntad más fuertes de lo que nos conocemos capaces de sentir.

Para disfrutar de la libertad espiritual más elevada, tiene que haber sido despertada la mente por la instrucción. Con-

forme se ilustra el espíritu, y la conciencia manifiesta su poder, se aumenta la responsabilidad del hombre. Se somete á la influencia de la voluntad suprema, y obra de conformidad con ella, no por la compulsión, sino libremente; y la ley que le sostiene es la del amor. En el hecho de creer que implica saber y confianza, se revela su humanidad. Por su misma acción libre, su fe, y su obrar de conformidad con el propósito de una voluntad suprema, siente que está ejecutando lo bueno, y asegurándose el supremo bien.

« El hombre sin religión, dice el arcediano Hare, es la criatura de las circunstancias; pero la religión está sobre todas las circunstancias, y le elevará sobre todas ellas. » Y Tomás Linch, en su *Teófilo Trinal*, dice : « Hasta que no estemos fijados terminantemente, no somos libre. La bellota tiene que estar debajo de la tierra, antes que pueda desarrollarse el roble. El hombre de fe es el hombre que ha echado raíz, en Dios; nuestras obras prueban nuestro corazon, nuestro corazón en Dios. » Encontramos en el Nuevo Testamento : « Allí donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad. » Y Cowper : « Libre es el hombre á quien la verdad le ha hecho libre : comparados con él todos son esclavos[1]. »

Donde no existe ese reconocimiento de la ley divina, obran los hombres obedeciendo á los sentidos, á la pasión, al egoísmo. Al entregarse á cualquier inclinación viciosa saben que obran mal. La ley de la naturaleza clama contra ellos. Saben que su acción ha sido voluntaria y pecaminosa; pero se ha debilitado su poder para resistir en lo futuro. Su voluntad ha perdido fuerza; y otra vez cuando se presente la tentación será menor la resistencia. Entonces se forma el hábito. El castigo de cada hecho está en que, aumentando constantemente produce el mal.

Pero la conciencia no está muerta. No podremos cavar una sepultura y decirle que permanezca allí. Podremos pisotearla,

1. He is the freeman whom the truth makes free,
And all are slavesbeside.

pero seguirá viviendo. Cada pecado ó crimen tiene su ángel vengador en el momento de su perpetración. No podemos cerrar nuestros ojos á ella, ó tapar nuestros oídos. « La conciencia es la que nos hace á todos cobardes. » Llega un día del juicio, aun en este mundo, y entonces se nos presenta erguida, confrontándonos, y aconsejándonos que volvamos á la vida buena y honrada.

La conciencia es permanente y universal. Es la esencia misma del carácter individual. Da al hombre el dominio de sí mismo, el poder para resistir á las tentaciones y despreciarlas. Todo hombre está obligado á desarrollar su individualidad, á esforzarse en encontrar el verdadero camino de la vida y marchar sobre él. Tiene la voluntad para hacerlo así, tiene el poder para ser él mismo y no el eco de otro, ni el reflejo de bajas condiciones, ni el espíritu de canvenciones corrientes. La verdadera virilidad procede del dominio sobre sí mismo, de la sujeción de las facultades inferiores para levantarse á las más elevadas condiciones de nuestro ser.

La única práctica comprensiva y sostenida del dominio sobre sí mismo se adquiere por medio del ascendiente de la conciencia, en el sentido del deber cumplido. Únicamente la conciencia es la que eleva al hombre, libertándole del dominio de sus propias pasiones y tendencias. Le coloca en consonancia con los mejores intereses de su especie. La fuente más verdadera de gozo se encuentra en las sendas del deber. La fruición vendrá como el espontáneo dulcificante del trabajo, y coronará toda obra justa.

En su más completo desarrollo incita á los hombres á hacer todo aquello que los hace felices en el sentido más elevado, y los reprime para que no hagan aquello que los hace desgraciados. « Hay pocos pueblos, entre los civilizados, ó ninguno, dice Hérbert Spéncer, que no convengan en que el bienestar humano esté conforme con la voluntad divina. La doctrina es enseñada por todos nuestros maestros religiosos; está aceptada por todo escritor moralista; debemos, pues, considerarla, sin temor alguno, como una verdad admitida. »

Sin conciencia no puede tener el hombre ningún principio más elevado de acción que el placer. Hace lo que más le place, ya sea sensualismo ó siquiera goce intelectualmente sensual. No hemos venido al mundo para seguir nuestra propia inclinación, disfrutar solamente en la satisfacción propia. Toda la constitución de la naturaleza obra contra esta idea de la vida. El espíritu jamás debiera estar sujeto á las partes menos nobles de nuestra naturaleza. No puede haber ningún dominio sobre sí mismo, excepto aquel que puede ser necesario para evitar las consecuencias de la ley humana.

Une raza constituída así, con inteligencia y pasiones tales como las que posee el hombre, y sin la influencia eminente de la conciencia para gobernar sus acciones, quedaría bien pronto entregada á una completa anarquía, y terminaría en una destrucción mutua. En parte vemos ya los resultados en el loco desenfreno en la vida humana que recientemente ha prevalecido entre los *nihilistas* de Alemania y de Rusia, y el fuego y la destrucción de la guerra de los *comunistas* en París. Predominando un principio semejante en toda la sociedad, sólo podría conducir á la más completa desmoralización individual, nacional y social.

El único método que queda es el de mandar que vuelvan los hombres á su sentimiento del deber. La tarea de nuestros padres fué la de conquistar el derecho : sea la tarea de esta generación enseñar y propagar el deber. Haced justicia también: la justicia, que es el esplendor de la virtud y la benevolencia, su compañera. Hay una sentencia en los Evangelistas, que sin cesar se nos viene á la memoria, y que debiera ser escrita en cada página de todo libro de moral : « Haced á los otros lo que quisierais que os hicieran. » « En la vida, dice Guillermo de Humboldt, es digno de ser observado especialmente que cuando no estamos ansiosísimos respecto de la felicidad ó de la desdicha, sino que nos consagramos al cumplimiento estricto y liberal de nuestro deber, viene la felicidad espontáneamente, aun más, hasta surge del medio de una vida de congojas, aflicciones y privaciones. »

« ¿Cuál es vuestro deber? pregunta Goethe. Ejecutar los asuntos del día que tenéis delante de vosotros.» Pero esto es un estrechísimo punto de vista del deber. «¿Cuál es el mejor gobierno? sigue preguntando. « Aquel que nos enseña á gobernarnos á nosotros mismos.» Plutarco dijo al emperador Trajano : «Haced que vuestro gobierno principie en vuestro propio pecho, y poned el cimiento de él en el dominio de vuestras propias pasiones. » Aquí vienen bien las palabras dominio sobre sí mismo, deber y conciencia. « Llegará un día, dijo el obispo Hooker, en que tres palabras, pronunciadas con castidad y mansedumbre, recibirán una recompensa mucho más santa que tres mil volúmenes escritos con la desdeñosa agudeza del ingenio. »

Hace bien al alma contemplar las acciones hechas por amor, no por propósitos egoístas, sino por deber, misericordia y amante bondad. Hay muchas cosas hechas por amor, que son mil veces mejores que aquellas que se han hecho por dinero. Las primeras inspiran el espíritu de heroísmo y de consagración propia. Las segundas mueren con la donación. Bien poca cosa vale el deber que se compra. El doctor Arnold decía: « Considero que es más que toda riqueza, honor, y hasta salud, la amistad debida á las almas nobles, porque llegar á ser uno con los buenos, los generosos y los leales, es ser en cierto modo uno mismo bueno, generoso y leal.»

Cada hombre tiene que prestarse un servicio, á sí mismo como individuo, y á aquellos que le rodean. En verdad, la vida es de poco mérito, á no ser que esté consagrada por el deber. « Enseñad, pues, esas cualidades, dijo Marco Aurelio Antonino, que están por completo en vuestro poder: la sinceridad, la formalidad, el sufrimiento en el trabajo, lá aversión al placer, el contento con vuestra parte y con pocas cosas, la benevolencia, la franqueza y la magnanimidad.»

Puede existir el poder intelectual mayor sin que tenga una partícula de magnanimidad. Esta última proviene del más elevado poder del espíritu del hombre, la conciencia; y de la más elevada facultad; la razón, y la aptitud para la fe, aquella por

la cual el hombre es capaz de concebir más de lo que los sentidos pueden proveer. Esto es lo que hace del hombre una criatura razonable, algo más en fin, que un mero animal. Darwin ha dicho con mucha verdad « que los móviles de la conciencia, en su relación con el arrepentimiento y los sentimientos del deber, son las diferencias más importantes que separan al hombre del animal[1]. »

Se nos invita á creer en la potencia todopoderosa de la materia. Debemos creer solamente en aquello que podemos ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos. No debemos creer sino aquello que comprendamos. Pero ¡ cuán poco conocemos y entendemos de un modo absoluto ! Sólo vemos la superficie de las cosas « como en un vidrio, obscuramente. » ¿Cómo puede ayudarnos la materia á entender los misterios de la vida? Absolutamente nada sabemos sobre las causas de la volición, la sensación y la acción mental. Sabemos que existen, pero no las podemos comprender.

Cuando un joven declaró al doctor Parr que no quería creer en nada que no pudiera comprender: « Entonces, señor, dijo el doctor, vuestro credo es el más corto de los que profesan todos los hombres que conozco. » Pero Sydney Smith dijo algo mejor que esto. En una comida en la *Mansion Holland*, se proclamó un extranjero como materialista. Al poco rato observó Sydney Smith : « ¡Éste es un *soufflet* muy bueno ! » Á lo cual el materialista agregó : *Oui, monsieur, il est ravissant !*[2] « Á propósito, replicó Smith con su aplicación abrumadora de costumbre, ¿puedo preguntaros, señor, sí creéis en un cocinero? »

Debemos creer en mil cosas que no comprendemos. La materia y sus combinaciones son un misterio tan grande como lo es la vida. Mirad á aquellos innumerables y lejanos mundos que giran majestuosamente en sus órbitas determinadas; ó á esta tierra en que vivimos, que ejecuta su movimiento diario sobre su propio eje, durante su circuito anual al rededor del

1. *Origen del hombre*, vol. I. cap. II.
2. Sí, señor, excelente.

sol. ¿Qué comprendemos sobre las causas de esos movimientos? ¿Qué podremos saber jamás sobre ellas, más allá de que son cosas que existen?

« El circuito del sol en los cielos, dice Pascal, vasto como es, es en sí mismo tan sólo un punto delicado cuando se le compara con los circuitos aun más vastos que son ejecutados por las estrellas. Más allá del alcance de la vista, este universo no es sino un punto en el dilatado seno de la naturaleza. Sólo podemos pensar en átomos si lo comparamos con la realidad, que es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. ¿Qué es el hombre en medio de este infinito? Pero existe otra perspectiva no menos sorprendente : es el infinito debajo de él. Dejadle que vea la más pequeña de las cosas que caen al alcance de su observación, una cresa. Tiene miembros, venas, sangre que circula en ellas, y lóbulos en esa sangre, humores y suero. Dentro de la cubierta de este átomo os voy á mostrar no solamente el universo visible, sino hasta la misma inmensidad de la naturaleza. Quien quiera que entregue su mente á pensamientos como éstos se aterrorizará de sí mismo — temblando en donde la naturaleza le ha colocado — suspendido, por decirlo así, entre lo infinito y la nada. El autor de estas maravillas las comprende, nadie sino él puede hacerlo así. »

Confucio enseñaba á sus discípulos que creyeran que la conducta forma las tres cuartas partes de la vida. « Ponderad la rectitud y practicad la virtud. El saber, la magnanimidad y la energía son lazos universales. La formalidad, la generosidad del alma, la sinceridad, el celo y la bondad constituyen la virtud perfecta. » Estas palabras llegan hasta nosotros como el lejano eco del gran maestro de diez mil siglos, cual le llamaban sus discípulos, el santo y profético sabio Confucio.

Pero todas estas virtudes emanan del maestro, del instructor innato, la conciencia. De este primer principio se derivan todas las reglas de conducta. Nos ordena hacer lo que llamamos justo, y nos prohibe hacer lo que llamamos injusto. En su completo desarrollo nos ordena que hagamos lo que hace fe-

lices á los demás, y nos prohibe hacer lo que hace desgraciados á nuestros semejantes.

La gran lección que hay que estudiar, es que el hombre debe fortificarse para cumplir con su deber y hacer lo que es justo, buscando su felicidad y la paz interna en cosas que no se las puedan quitar. La conciencia es el combate por el cual conseguimos el dominio sobre nuestros propios defectos. Es una labor silenciosa en el hombre interno, con la cual prueba su poder peculiar de la voluntad y del espíritu de Dios.

También tenemos algo que aprender de los antiguos y nobles griegos respecto de la virtud del deber. Sócrates es considerado por algunos como el fundador de la filosofía griega. Era creencia suya la de haber sido encargado especialmente por la divinidad para despertar en los hombres el conocimiento moral.

Había nacido en Atenas 468 años antes de Cristo. Recibió la mejor educación que podía recibir un ateniense. Aprendió primeramente la escultura, en la que adquirió alguna fama. En seguida sirvió á su patria como soldado, según costumbre y deber de todos los ciudadanos atenienses. El juramento que hizo, junto con todos los otros jóvenes, fué el siguiente : « No deshonraré las armas que me han sido confiadas por mi patria; ni tampoco abandonaré el lugar que me sea encargado para su defensa. »

Desplegó mucha fortaleza y valor en todas las expediciones en que tomó parte. En uno de los encuentros que tuvo lugar frente á Potidea, cayó Alcibíades herido en medio del enemigo. Sócrates se abalanzó para salvarle, y le llevó á la retaguardia junto con sus armas. Por esta valiente acción fué premiado con la corona cívica como premio del valor : cruz Victoria de aquellos días. Su segunda campaña no fué menos honrosa. En la desastrosa batalla de Delio, salvó la vida á Jenofonte, á quien sacó del campo sobre sus hombros, peleando durante el camino. Sirvió en otra campaña, después de la cual se consagró al servicio civil de su país.

Fué tan valiente senador, como soldado. Poseía aquel eleva-

co valor moral que puede arrostrar no sólo la muerte, sino también la opinión adversa. Podía desafiar á un tirano lo mismo que á un populacho tiránico. Cuando los almirantes fueron juzgados después de la batalla de Arginusœ por no haber recobrado los cuerpos de los muertos, Sócrates fué el único que los defendió. El populacho estaba furioso. Fué despedido del consejo, y los almirantes fueron condenados.

Sócrates se dedicó entonces á la enseñanza. Se paraba en los mercados, entraba á los talleres y visitaba los escuelas, para enseñar al pueblo sus ideas respecto del fin y valor del pensamiento y de la acción humana. Apareció en una época de completo escepticismo. Se esforzó por sacar á los hombres de su metafísica especulativa sobre la naturaleza, que les había conducido á la intrincada confusión de la duda. «¿Vale la vida la pena de vivir?» era un asunto de tanta meditación especulativa en aquellos días, como lo es en los nuestros. Sócrates les pidió que vieran en sus propios corazones. Mientras que los hombres sacrificaban á los dioses, insistía él sobre la conducta moral como lo único que guía al hombre hacia la felicidad, aquí y más tarde.

Sócrates siguió enseñando. Hombres sabios y discípulos le seguían. Ofrecióle Arístipo una gran suma de dinero, pero el ofrecimiento fué rechazado en el acto. Sócrates no enseñaba por dinero, sino para propagar la sabiduría. Declaró que la mayor recompensa que podía disfrutar sería ver que la humanidad aprovechara sus ezfuerzos.

No exponía de los libros; argüía solamente. « Los libros decía, no pueden ser interrogados, no pueden contestar, por consiguente no pueden enseñar. Sólo podemos aprender de ellos lo que ya sabíamos antes. » Se esforzó en reducir las cosas á sus primeros elementos y llegar á la certeza como la única regla fija de la verdad. Creía en la unidad de la virtud y afirmaba que era susceptible de enseñanza como materia de ciencia. Era de opinion que la única filosofía digna de atención es aquella que nos enseña nuestros deberes morales y nuestras esperanzas religiosas. Odiaba la injusticia y la locura, de cual-

quier clase que fueran, y jamás perdió la ocasión de censurarlas. Expresaba su desprecio por la capacidad para el gobierno que se atribuían todos los hombres. Sostenía que sólo los sabios eran dignos de gobernar y que éstos eran los menos.

Tenía setenta y dos años cuando fué llevado ante los jueces. Los acusadores expusieron sus cargos de este modo : Sócrates es un malhechor y un corruptor de la juventud; no admite los dioses que el Estado reconoce, sino que introduce nuevas divinidades. Fué juzgado por estos motivos y sentenciado á morir. Fué conducido á su prisión, y durante treinta días conversó con sus amigos sobre sus tópicos favoritos. Crito le proporcionó los medios de escapar de la prisión, pero él no quiso aprovechar la ocasión. Habló sobre la inmortalidad del alma [1], sobre el valor, la virtud, y la templanza; sobre la belleza absoluta y el bien absoluto, y sobre su mujer y sus hijos.

Consolaba á sus amigos embargados por el llanto y les vituperaba con dulzura sus quejas sobre la injusticia de su sentencia. Estaba para morir. ¿Por qué tenían que lamentarse? Estaba muy avanzado en años. Si esperaban un poco de tiempo, habría acontecido el hecho en su curso natural. Jamás hombre alguno dió la bienvenida à la muerte con fe más grande, como á un nuevo nacimiento hacia un estado más elevado del ser. Llegó por fin el momento en que el carcelero le presentó la copa con la cicuta. Bebióla con valor y murió con perfecta tranquilidad. « Tal fué el fin de nuestro amigo, dijo, Fedo, á quien con verdad puedo llamar el más sabio, el más justo y el mejor de todos los hombres que he conocido jamas. »

Los siglos posteriores han apreciado el recuerdo de sus

1. « Si la muerte, dijo hubiera sido el final de todo, harían los perversos un buen negocio al morir, porque estarían felizmente cancelados, no sólo de su cuerpo, sino también de su propia maldad, junto con sus almas. Pero ahora, por cuanto el alma es evidentemente inmortal, no hay escape ó salvación del mal, sino por la adquisición de la más elevada virtud y sabiduría. » — JOWETT, *Diálogos de Platón*, I. 488.

virtudes y de su destino, dice el señor Lewes, pero sin aprovechar mucho con su ejemplo y sin aprender de su historia á practicar la tolerancia. Su nombre se ha convertido en una tesis de los escolares y los retóricos. ¡Ojalá se convirtiera en una influencia moral [1]! »

Sócrates no escribió libro alguno. Casi todo lo que sabemos de él lo poseemos por sus discípulos, Platón y Jenofonte, quienes han llenado de fragancia el recuerdo de sus actos, lecciones, padecimientos y muerte. Platón vivió con él diez años, y expuso después sus ideas en los célebres *Diálogos*, pero en estos diálogos es difícil saber cuál es Platón y cuál es es Sócrates. Después que la muerte les separó, Platón, que tenía entonces cuarenta años, se fué á Sicilia. Allí conoció á Dioniso I, el tirano de Siracusa. Á consecuencia de una divergencia de opiniones sobre política, le amenazó el tirano en su vida, pues Platón era intrépido y libre en sus expresiones sobre la libertad. Dión, su hermano, intercedió por él y le salvó la vida, pero se le vendió como esclavo. Fué comprado por un amigo, quien inmediatamente de dió la libertad.

Platón regresó á Atenas y principió á enseñar. Siguiendo á su maestro, no enseñaba por dinero y lo hacía sin retribución. No es necesario seguir su historia. Baste decir que se consagró á inculcar la verdad, la moralidad, y el deber. Dividió las cuatro virtudes cardinales en: 1.ª *Prudencia y sabiduría;* 2.ª *Valor, constancia y forteleza;* 3.ª *Templaza, discreción y dominio sobre sí mismo, y* 4.ª *Justicia y rectitud.* Admitía esta división de la virtud como la base de su filosofía moral. « Dejad que los hombres de todas las clases, decía, ya sean afortunados ó desgraciados, ya sea que triunfen ó no, dejad que cumplan con su deber y que queden satisfechos. » ¡ Qué lección para los siglos futuros encierran estas palabras!

Platón consagró el fin de sus días al tranquilo retiro de su Academia. La composición de los *Diálogos*, que han sido la admiración dela posteridad, fué el alentador solaz de su vida,

1. *Historia biográfica de la filosofía*, I, pág. 216. (la edic.)

y especialmente de sus últimos años. Ha sido llamado Pla ón el Divino. Su alma anhelaba por la verdad. Tan sólo esto, decía, debiera ser el gran objetivo del hombre. Como su maestro, enlazaba con la suprema inteligencia los atributos de bondad, justicia, y sabiduría, y la idea de mediación directa en los asuntos humanos. Tenía aversión á la poesía, tanta como Carlyle [1]. La única poesía que alguna vez elogia, es la poesía moral, que en realidad es filosofía versificada. Observaremos que vivió como cuatrocientos años antes de Cristo. Coleridge habla de él como del legítimo profeta de la era cristiana; y el conde de Maistre tenía la costumbre de decir de él : « No abandonemos jamás una gran cuestión sin haber consultado á Platón. » El Nuevo Testamento da un ideal elevado de una vida humana posible; pero difíciles han de ser las tareas de aquel que se esfuerce en conservar ese ideal, sobre todo en su espíritu.

Sentimos que existe algo más que quisiéramos hacer, mucho mejor de lo que nos es obligatorio. Pero el deber está ahí, y tiene que ser cumplido, sin soñar y sin pereza. Cuánto de la filosofía, de la salud moral y de la felicidad se halla comprendido en el precepto : « Cualquier cosa que tu mano encuentre que hacer, hazlo con todas tus facultades. » El que hace todo lo que puede, cualquiera que sea su suerte, está en el camino seguro de la prosperidad.

1. Dice Carlyle : « Si tenéis algo provechoso que comunicar á los hombres, por qué *cantarlo?* Que el hombre tenga que mostrar su don en *palabras* de cualquier clase, y no en silenciosas *acciones* divinas, que son las únicas que convienen para expresarlas bien, me parece que es para él un gran infortunio. Es una de mis constantes penas en esta generación, que hombres á quienes los dioses han dado un genio (lo que quiere decir luz de la inteligencia, valor y todo esfuerzo, ó de otro modo nada significa), insistan en una época tan diligente como ha llegado á ser la nuestra, en manifestar su don divino en forma de *versos;* que ahora ningún hombre lee ya seriamente. » Por otra parte, dice Mateo Arnold en su introducción á *Los poetas ingleses*, que nuestra raza, conforme adelantan los tiempos, hallará *en la poesía* un descanso cada vez más seguro. « No hay un credo que no sea conmovido, ni un dogma acreditado, que no se le ponga como cuestionable, ni una tradición recibida que no amenace disolverse. Nuestra religión se ha materializado de hecho, en el hecho supuesto, ha adherido sus emociones al hecho, y ahora les falta. Pero para la poesía la idea es todo; lo demás es un mundo de ilusión, de divina ilusión engañosa. »

Se refiere de uno que exclamó en medio de una profunda desesperación : « De nada sirve ser bueno, porque no podéis ser bueno, y si lo fuerais, ningún bien os haría. » Hablar así de la bondad de la palabra y del trabajo es un acto desesperado, sin verdad y sin fe. Cada uno de nosotros puede hacer algún bien en su esfera propia de la vida. Si podemos hacerlo, estamos obligados á ello. No tenemos más derecho á ser inútiles que á destruírnos.

Tenemos que ser rectos tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Nos hallamos en el deber de hacer buen uso de una de nuestros dotes naturales, lo mismo que de las muchas que nos han sido dadas. Podemos seguir los dictados de nuestra conciencia y marchar, aunque solos, en el sendero del deber. Podemos ser honrados, veraces y diligentes, aunque más no fuera que por respeto propio. Tenemos que ser rectos hasta el fin. ¿Quién no queda sorprendido por la contestación del esclavo que, preguntándole uno que quería comprarle : « ¿Prometes ser leal si te compro? — Sí, contestó el esclavo, lo seré, tanto si me compráis como si no me compráis. »

Se dice en la descripción de un sermón predicado á las clases obreras por el difunto doctor Macleod, en la iglesia señorial de Glasgow, que éste insistió sériamente sobre el carácter. Desde el más elevado hasta el más humilde, éste era el gran propósito que había de tenerse. Dijo, que « la cosa más apreciable que había dejado el príncipe Alberto era el carácter. Sabía perfectamente que muchas personas muy pobres creían que para ella sería imposible tener carácter. Esto no era cierto, y de ello no quería oír hablar. No tenía ante sí un hombre ó una mujer, por pobres que fueran, que con la gracia de Dios no tuvieran en su mano poder dejar tras sí la cosa más grande del mundo, el carácter; y sus hijos podrían levantarse después de ellos y dar gracias á Dios por que su madre había sido una mujer piadosa ó su padre un hombre pío. »

El carácter se forma por el cumplimiento leal de los pequeños deberes, de abnegaciones de sí mismo, de sacrificios propios, y actos bondadosos de amor y de deber. La espina dorsal del

carácter se forma en el hogar doméstico; y aunque las tendencias de la índole sean buenas ó malas, por regla general las impulsarán las influencias del hogar hacia la actividad. « El que es leal en lo poco, es leal en lo mucho; y aquel que es pérfido en lo poco será pérfido en lo mucho. » La benevolencia produce benevolencia, y la verdad y la confianza darán una rica cosecha de verdad y de confianza. Hay muchos actos de benevolencia pequeños y triviales que nos enseñan más sobre el carácter de un hombre, que muchas frases vagas. Ellos son fáciles de adquirir, y sus efectos durarán mucho más que esta misma vida pasajera. Porque ninguna cosa buena se pierde jamás. Nada muere, ni aun la vida, que sólo pierde una forma para tomar otra. No muere ninguna acción buena, ni ningún buen ejemplo. Vive por siempre en nuestra raza. Mientras que el cuerpo se convierte en polvo y desaparece, deja la acción un sello indeleble, y amolda hasta el pensamiento y la voluntad de generaciones venideras. El tiempo no es la medida de un noble trabajo ; la generación siguiente participará de nuestro gozo. Una sencilla acción virtuosa ha elevado á toda una aldea, á toda una ciudad, á toda una nación. « El momento presente, dice Gœthe, es una deidad poderosa. » Las producciones mejores del hombre, y que le santifican, son sus pensamientos felices, los que una vez formados y puestos en práctica extienden su influencia fertilizadora por miles de años y de generación en generación. Los mejores productos que crecen son aquellos que salen de queñas semillas caídas en la tierra; y es de los dictados internos de la conciencia y de los inspirados principios del deber, de donde han surgido los mejores productos. Wordsworth canta así el deber :

Stern Lawgiver! yet thou dost wear
The Godhead's most benignant grace;
Nor know we anything so fair
As is the smile upon thy face;
Flowers laugh before thee on their beds,
And fragrance in thv footing treads;

Thou dost preserve the stars from wrong,
And the most ancient heavens, through Thee, are fresh
[and strong [1].

1. « ¡Austero legislador! sin embargo, usas la más benigna gracia de la divinidad: ni tampoco conozco nada tan bello como lo es la sonrisa sobre tu faz; ante ti sonrien las flores en sus eras, y exhalan su fragancia en las huellas de tus pisadas; tú preservas del mal á las estrellas, los más antiguos cielos son nuevos y fuertes gracias á ti. »

CAPITULO II

El deber en acción.

Pon tu confianza en Dios, sigue la senda del deber. Fija en su palabra tu mirada firme, y luego cumple tu obra. — LUTERO [1].

Ejecuta nobles acciones, no las sueñes todo el día, y de esa manera haz de tu vida, la muerte, y de eso inmenso por siempre, un canto grandioso y dulce. — CARLOS KINGSLEY [2].

¡Oh, trabajadores del mundo! á cuyo brazo joven cede la inculta tierra, y el error, como ante un encanto: joven marino, soldado, estudiante, trabajador con el arado, la fragua en el telar ó la mina, ¡sois un regio progreso! En donde quiera que estéis, aunque á menudo toscos y bastos, lleváis con vosotros escondidos resortes de fuerza, poder creador, la flor, la fructífera lucha, el germen, la potencia de la vida. — *La Oda de la Vida* [3].

Aquel que haya meditado bien sobre su deber, pondrá inmediamente en acción sus convicciones. Nuestros actos son las únicas cosas que se hallan en nuestro poder. No sólo forman

1. Put thou thy trust in God,
In duty's path go on;
Fix on His Word thy steadfast eye,
So shall thy work be done. — LUTHER.

2. Do noble things, not dream them, all day long,
And so make life, death, and that vast forever, one grand, sweet song.
CHARLES KINGSLEY.

3. O worker of the world! to whose young arm
The brute earth yelds, and wrong, as to a charm;
Young seaman, soldier, student, toiler at the plough,
Or loom, or forge, or mine, a kingly growth art thou,
Where er thou art, though earthy oft and coarse,
Thou bearest with the hidden springs of force,
Creative power, the flower, the fruitful strife,
The germ, the potency of life — *The Ode of Life.*

la suma de nuestros hábitos, sino también la de nuestro carácter.

Al mismo tiempo, la carrera del deber no es siempre una carrera fácil. Tiene que vencer muchas contrariedades y no menos dificultades. Podremos tener sagacidad para ver, pero no la fuerza de propósito para obrar. Para el indeciso hay muchos leones en el camino. Piensa, y discurre fantásticamente, y sueña, pero nada hace. « Hay poco que ver, pero, decía un diligente trabajador, y poco que hacer; todo está en que hay que *hacerlo.* »

Tiene que haber no solamente una conquista sobre lo que agrada y las aversiones, pero, lo que cuesta más de alcanzar, un triunfo sobre la adversa fama. El hombre que hace la siguiente pregunta, como primera, después que un curso justo de acción se ha presentado: « ¿Qué dirán las gentes? » no es hombre capaz de hacer cosa de provecho. Pero si pregunta: «¿ Es mi deber? » puede seguir adelante dentro de su armadura moral, y estar pronto á incurrir en la censura de los hombres y hasta para arrostrar su ridículo. « Tengamos fe en las acciones puras, dice Mr. de la Cretelle, y guardemos la duda y la incredulidad para las malas. Es mejor ser engañado, que desconfiar. »

El deber se aprende primero en el hogar doméstico. El niño viene al mundo desvalido y dependiendo de otros para su salud, su alimento y su desarrollo moral y físico. Al fin recoge ideas el niño; bajo influencias convenientes aprende á obedecer, á dominarse, á ser benévolo hacia los demás, á ser respetuoso y feliz. Tiene voluntad propia; pero el que ésta sea dirigida bien ó mal, depende en mucho de las influencias de sus padres.

El hábito de querer se llama designio, y, por lo que se ha dicho será obvia la importancia de formar un justo designio en temprana edad. « El carácter, dice Novalis, es una voluntad completamente formada; » y una vez formada la voluntad, puede ser firme y constante durante toda la vida. Cuando el hombre justo é inclinado á lo bueno sostiene su propósito

atribuye poco valor á las recompensas ó alabanzas del hombre: su mejor recompensa es su propia conciencia que aprueba, y el bienestar que le aguarda después.

La voluntad, examinada sin tener en consideración la dirección, es sencillamente constancia, firmeza, perseverancia. Pero es obvio, que á menos de ser recta la dirección del carácter, la voluntad fuerte sólo será un poder para el mal. En los grandes tiranos es un demonio; con poder para manejar, no conoce límites ni freno. Mantiene millones sujetos á él, inflama sus pasiones, los excita hacia la furia militar, y nunca está satisfecha sino cuando vence, destruye ó tiraniza. La ilimitada voluntad produce un Alejandro ó un Napoleón. Alejandro lloró porque ya no había más reinos que conquistar; y Bonaparte, después de recorrer la Europa, gastó sus fuerzas en medio de las nieves de Rusia. « La conquista me ha hecho, dijo, y la conquista tiene que sostenerme. » Pero era un hombre sin principios morales, y la Europa le echó á un lado cuando hubo concluído su obra de destrucción.

La voluntad firme, unida á propósitos justos, está tan llena de bienes como la otra lo está de daños. El hombre así influído impele é inflama el espíritu y la conciencia de los demás. Los inclina á su manera de ver el deber, los arrastra consigo en sus esfuerzos para proteger propósito dignos, y dirige la opinión para la supresión del error y el establecimiento de lo justo. El hombre de voluntad firme imprimirá poder á sus actos. La perseverancia enérgica se hace habitual. Da fuerza á la compañía en que está, y á la sociedad en que vive, y hasta á la nación en que ha nacido. Es un regocijo para los tímidos y un reproche perpetuo para los holgazanes. Pone en movimiento á los primeros dándoles esperanzas. Hasta puede inspirar á los últimos para que ejecuten buenas acciones debidas á la influencia de su ejemplo. Ténnyson da en el blanco con las siguientes palabras :

¡Oh, voluntad vigorosa y potente, que continuarás cuando todo lo que aparece haya sufrido desazón; levántate en la roca espiritual,

corre á través de nuestros hechos y haz que sean puros, para que podamos levantar fuera del polvo, una voz para el que nos escucha, un pregón más alto que los años conquistados, para aquel que con nosotros trabaja y confía, con fe nacida del dominio de sí mismo, en las verdades, que jamás pueden ser probadas, hasta que terminemos con todo lo que amábamos, y todo aquello de que procedíamos, alma en el alma [1]! »

Además de los hombres de voluntad firme y mala, y los de firme y buena voluntad, existe un número mucho mayor que tiene una voluntad débil, ó absolutamente ninguna voluntad. Carecen de carácter. No tienen ninguna voluntad firme para el vicio, pero tampoco la tienen para la virtud. Son los recipientes pasivos de las impresiones, las cuales sin embargo, no se mantienen en ellos. Parece que no andan para adelantar, ni para retroceder. Conforme sopla el viento, así gira su veleta; y cuando el viento sopla de otra dirección, vuelve á girar. Cualquier instrumento puede escribir sobre semejantes espíritus; cualquier voluntad puede gobernarlos. Ninguna verdad es apreciada intensamente por ellos, y no saben lo que es celo. Esas personas constituyen la masa de la sociedad en todas partes: los omisos, los pasivos, los sumisos, los débiles y los indiferentes.

Por lo tanto, es de la mayor importancia que la atención sea dirigida hacia el mejoramiento y fortaleza de la voluntad; porque sin esto no puede haber ni independencia, ni firmeza, ni individualidad de carácter. Sin ella no podemos dar á la

1. Oliving Will, that shalt endure
When all that seems shall suffer shock,
Rise in the spiritual rock,
Flow through our deeds und make them pure;
That we may lift from out of dust,
A voice as unto him that hears,
A cry above the conquered years,
To one that with us works, and trust,
With faith that comes of self-control,
The truths that never can be proved,
Until we close with all we loved.
And all we flow from, soul in soul.

verdad su fuerza idónea, ni á la moral su dirección conveniente, ni salvarnos de ser instrumento en manos de hombres indignos é insidiosos. El cultivo intelectual no producirá la decisión en el carácter. Los filósofos discuten, los hombres decididos obran .« Dejar de resolver, dice Bacon, *es* resolver; » esto es, no hacer cosa alguna.

« El verdadero momento para educar á la voluntad debidamente, dice Locke, es la juventud. Hay cierta época en que nuestra mente puede ensancharse, cuando puede adquirirse gran cantidad de verdades útiles; cuando nuestras pasiones se someten fácilmente al gobierno de la razón; cuando los principios verdaderos pueden fijarse de tal manera en nosotros que influirán sobre toda acción importante en nuestra vida ulterior. Pero la época para esto ni se extiende al todo ni á ninguna duración de tiempo considerable de nuestra permanencia en la tierra. Está limitada á unos pocos años de nuestra existencia, y si en toda ella la descuidamos, se vincula en nosotros el error ó la ignorancia, según el curso ordinario de las cosas. Nuestra voluntad se convierte en nuestra ley; y nuestra incontinencia adquiere una fuerza á la cual nos oponemos después inútilmente. »

El primer lord Shaftésbury, en una conversación con Locke, expuso una teoría sobre el carácter y la conducta, que arrojaba luz sobre él mismo. Dijo que la sabiduría estaba en el corazón y no en la cabeza, y que no era la falta de saber sino la petulancia de la voluntad, lo que llenaba las acciones de los hombres de locura, y su vida de desórden. El mero saber no da vigor al carácter. Un hombre puede razonar demasiado. Puede pesar las mil probabilidades de ambos lados, y no llegar á ningún hecho, á ninguna decisión. El saber es de ese modo una resistencia para la acción. La voluntad debe obrar á la luz del espíritu y del entendimiento, y entonces surge el alma á una vida completa y á la acción.

Á la verdad, el estudio de las letras, y palabras y sentencias no tiene la importancta que algunos le suponen. El saber, poco tiene que ver con la benevolencia y la felicidad. Puede

destruír muy bien á la humanidad y dar lugar al orgullo. Los principales móviles de los hombres han sido poco favorables á la literatura. Los hombres de letras han alcanzado muchas veces la grandeza del pensamiento que influye sobre los hombres en todas épocas, pero rara vez han alcanzado la grandeza moral de la acción.

Los hombres no pueden ser levantados en masa, como lo fueron las montañas en los primeros tiempos geológicos del mundo. Tienen que ser manejados como unidades; porque solamente puede ser asegurada eficazmente la elevación de las masas por medio de la elevación individual. Los preceptores y los predicadores podrán influír en ellos desde afuera, pero la acción principal procede de adentro. Los hombres individualmente deben esforzarse por sí mismos y ayudarse á sí mismos, porque de otro modo jamás podrán ser ayudados por otros eficientemente. Dice el doctor Bútler : « Así como los hábitos que pertenecen al cuerpo son producidos por actos externos, tal así, los hábitos del espíritu son producidos por los esfuerzos de propósitos prácticos é internos, llevándolos á la acción ú obrando sobre ellos los principios de obediencia, de veracidad, de justicia y de caridad.

Hablando de Bútler, dice el señor Stephen en su obra reciente, que : « su actitud solamente imprime el lado moral; pero que por ese lado es innegable su grandiosidad. En la *Analogía*, tan distintamente como en los *Sermones*, la prédica de Bútler es la deificación de la conciencia en el principio, en el medio y al final. El deber es su última palabra. Sean las que fueren las dudas que le asaltan, se adhiere á la firme convicción de que el secreto del universo está revelado, hasta donde ha sido revelado, por medio de la moral. »

Hay poca ó ninguna relación entre la enseñanza de la escuela y la moral. El simple cultivo de la inteligencia difícilmente tiene influencia sobre la conducta. Los credos pegados á la memoria no han de estirpar las propensiones malas. La inteligencia es solamente un instrumento movido y trabajado por fuerzas que están detrás: por las emociones, la sujeción propia,

el dominio de sí mismo, por la imaginación, por el entusiasmo, por todo aquello que da fuerza y energía al carácter. La mayor parte de estos principios se adquieren en el hogar doméstico, y no en la escuela. Donde el hogar es miserable, indigno y sin principios fijos — lugar del cual conviene más huír que visitarlo, — la escuela es entonces el único punto para aprender la obediencia y la disciplina. El hogar doméstico es, también, el verdadero suelo en que crece la virtud. Los acontecimientos de la casa obran más inmediatos y nos afectan más que los de la escuela y de la universidad. En el estudio del hogar doméstico es en donde deben ser examinados el verdadero carácter y las esperanzas.

Enseñar á sus familias es la ocupación de los viejos; obedecer á sus padres y crecer en la discreción, es la ocupación que corresponde á la juvendud. La educación es una tarea de autoridad y de respeto. El cristianismo, según Guizot, es la escuela más grande del respeto que jamás haya visto el mundo. Sólo la instrucción religiosa comunica el espíritu de la abnegación, las grandes virtudes y los pensamientos elevados. Penetra hasta la conciencia, y hace la vida llevadera sin una murmuración contra el misterio de las condiciones humanas.

« El gran objeto de la educación, dice un gran escritor, es la libertad, y cuanto más pronto podáis hacer que un niño sea una ley para sí mismo, tanto más pronto habréis hecho de él un hombre. » « Respetaré la libertad humana en el más pequeño niño, dijo monseñor Dupanloup, aun más escrupulosamente que en un hombre formado; porque este último la podrá defender contra mí, mientras que el niño no lo puede hacer. Jamás insultaré al niño al extremo de considerarlo como material para ser arrojado en un molde, y que surja con la imagen que mi voluntad le haya dado. »

La autoridad paterna y la independencia de la familia son un dominio sagrado; y si se ven obscurecidas momentáneamente en tiempos turbulentos, el sentimiento cristiano protesta y resiste hasta que recupera su autoridad. Pero la libertad no es lo único por lo cual se deba combatir; la obediencia, la su-

jeción propia, y el dominio sobre sí mismo, son las condiciones á que principalmente debe aspirarse. Lo último es el fin principal de la educación. No se hace saber por la enseñanza, sino por el ejemplo. La primera instrucción para la juventud, dice Bonald, consiste en el hábito y no en el razonamiento, en los ejemplos más bien que en las lecciones directas. El ejemplo predica mejor que el precepto, y eso también, porque es mucho más difícil y porque las mejores influencias crecen lentas y en proporción gradual con las necesidades humanas.

Obrar rectamente, pues, es la válvula de seguridad de nuestra naturaleza. La buena voluntad no basta; no produce siempre buenos actios. La acción perseverante hace lo demás. Lo hecho con diligencia y trabajo da al espectador una fuerza tranquila, de la que no podemos decir hasta donde pueda llegar. El reverendo canónigo Liddon, en su conferencia á los jóvenes en la catedral de San Pablo, hizo una elocuente alusión el trabajo, porque es el verdadero propósito de la vida. « La vida del hombre, dijo, está compuesta de acción y de sufrimiento, y la vida es fructífera en proporción á lo que haya sido empleada en noble acción ó en perseverancia paciente. Pero los que trabajan físicamente no son los únicos verdaderos trabajadores. Las vidas de pensamiento no están fuera de esta división, porque el verdadero juicio es acción inostensible... Pasar la vida en la indolencia, en un estado de letargo moral, es degradante, porque la vida es ennoblecida por el trabajo. »

El trabajo noble es el verdadero instructor. La ociosidad es un desmoralizador completo del cuerpo, del alma y de la conciencia. Las nueve décimas partes de los vicios y miserias del mundo provienen de la ociosidad. Sin el trabajo no puede haber progreso activo en el bienestar humano. No puede concebirse una miseria más insoportable que la que tiene que resultar de privilegios incomunicables. Imaginaos un hombre ocioso condenado á una eterna juventud, mientras que todo se destruye y muere en torno suyo. ¡Cuán sinceramente llamaría á la muerte para que le libertara! « El ser viviente más débil,

dice Carlyle, por el hecho de concentrar sus facultades sobre un solo obieto, puede realizar algo; mientras que el más fuerte, al dispensar las suyas sobre muchos, puede muy bien no efectuar cosa alguna. »

¿Tenéis que luchar con dificultades? Entonces trabajad á través de ellas. Ningún exorcismo encanta como el trabajo. La ociosidad del espíritu y del cuerpo se parece al moho. Gasta más que el trabajo. « Prefiero que me gaste el trabajo y no el moho,» ha dicho un noble obrero. Schiller dijo que hallaba que la mayor felicidad en la vida consistía en el cumplimiento de algún deber mecánico. También creía que « el sentimiento de la belleza, jamás promovía el cumplimiento de un solo deber. » El más elevado modo de ser, es aquel que deja de yer en la resolución y de sentir en el trabajo.

Las mayores dificultades suelen estar á veces donde no las esperamos. Cuando ocurren dolorosos acontecimientos, quizá nos son enviados únicamente para experimentarnos poniéndonos á prueba. Si permanecemos serenos en nuestra hora de prueba, la firmeza dará entera serenidad á nuestro espíritu, que siempre siente satisfacción en obrar conforme al deber. « Los combates de la grosería y falta de cultura, dice Normán Macleod, son combates dolorosos de la vida diaria. Sus gigantes son nuestros gigantes, sus pesares nuestros pesares, sus derrotas y sus victorias son también nuestros. Conforme tienen honores, derrotas y victorias, también así las tenemos nosotros. »

La escuela de las calamidades es la mejor escuela de la disciplina moral. Cuando se tiene que combatir con obstáculos, debe acometérseles de frente con valor y alegría. ¿No ha dicho Aristóteles que la felicidad no existe tanto en nuestros propósitos como en nuestras resoluciones? Luchar con las dificultades es el medio más seguro de vencerlas. La determinación de realizar un propósito es ya en sí un principio de convicción moral de que podemos y queremos realizarlo. Nuestro ingenio se aguza por la necesidad, y el hombre individual avanza para salir al encuentro y vencer á todas las dificultades que se hallan en su camino.

La relación de los hombres que han perdido sus oportunidades, formarían un volumen doloroso, pero memorable para la instrucción del mundo. « Ningún hombre que tenga buena salud, dice Ebenezer Eliot, puede ser abandonado, si es leal consigo mismo. Para beneficio de los jóvenes desearía que tuviéramos una cuenta exacta del número de personas que no tienen éxito, en mil que contienden resueltamente por obrar bien. No creo que excediese de uno por ciento.» Los hombres murmuran del éxito, pero sólo es el último término de lo que parecía una serie de fracasos. Al principio fallaron, y después de una y otra vez, pero al fin desaparecieron las dificultades, y se obtudo el éxito.

El deseo de poseer; sin ser embarazado con las molestias de adquirir, es un signo inequívoco de debilidad y de holgazanería. Todo lo que es digno de gozarse ó de poseerse, sólo puede obtenerse por el placer del trabajo. Éste es el gran secreto de la fuerza prática. « Puede preferirse clarísimamente la laboriosidad á la holgazanería, el ejercicio saludable de todas la facultades propias, más bien que permitir que permanezcan sin aplicación en un letargo estúpido. Al fin encontraremos probablemente que el ejercicio de las facultades ha sido por sí mismo la fuente de una felicidad más verdadera que el haber seguido el logro real de aquello que el trabajo estaba encargado de obtener.»

Se ha dicho de un gran juez, que nunca desperdició una oportunidad legítima, pero que jamás condescendió á aprovechar ninguna que fuera contraria á la ley. Lo que tenía que hacer, en cualquier época de su carrera, fué hecho con todo su corazón y toda su alma. Si algo malo pudiera resultar de sus tareas, era evidente que no podría afectarle el cargo de su conciencia, puesto que había hecho lo mejor, conforme á su saber y entender.

Debemos trabajar, confiando que alguna buena semilla de la que arrojamos al suelo echará raíces y brotará en acciones benéficas. Lo que el hombre principia para sí mismo lo acaba Dios para los demás. Á la verdad, nada podemos completar

nosotros. Otros principian donde nosotros dejamos, y llevan nuestra obra á un grado más inmediato de la perfección. Tenemos que legar á los que vienen después de nosotros un designio digno de imitación. Haber obrado bien, obrar bien en lo presente, y seguir obrando bien en lo futuro, son condiciones inseparables que llegan á través de todos los siglos de la eternidad.

Poquísimas personas pueden realizar la idea de que en el mundo no son de utilidad ninguna. El hecho de su existencia implica la necesidad de que existan. El mundo está ante ellas. Tienen su elección entre el bien y el mal; entre la utilidad y la ociosidad. ¿Qué han hecho de su tiempo y de sus recursos? ¿Han demostrado al mundo que su existencia ha sido de una utilidad cualquiera? ¿Á causa de su vida han hecho á alguno mejor? ¿Ha sido su carrera un mero asunto de ociosidad y egoísmo, de holgazanería y de indiferencia? ¿Han estado buscando la satisfacción? La satisfacción huye de la ociosidad. La felicidad está fuera del alcance de la holgazanería. El placer y la felicidad son los frutos del trabajo, y el trabajo jamás lo es del abandono y de la indiferencia.

Un infortunado joven, que sentía que su vida no era de utilidad alguna en este mundo, resolvió públicamente ponerle fin. El hecho aconteció en Caprón, Illinois, Estados Unidos. Este hombre había cultivado su inteligencia y nada más. No tenía idea alguna del deber, de la virtud ó de la religión. Siendo materialista, no temía ningún estado venidero. Dijo en público que iba á dar una conferencia y en seguida á pegarse un balazo en la cabeza. La entrada en la conferencia y final de *sensación* era de un *dollar* por cabeza. La suma que se realizara sería usada en parte para los gastos de su entierro, y el resto aplicado para comprar las obras de tres materialistas de Londres, que serían colocadas en la biblioteca del pueblo. La sala estaba llena de gente. Se realizó una buena suma de dinero. Después que huho terminado su conferencia, sacó su *Derringer* y se voló la tapa de los sesos, según su promesa. ¡Qué conclusión de una vida terrestre, lanzarse con enrojecidas manos á

la presencia de su Dios! El hecho aconteció en agosto de 1868.

Esta acción horrible fué quizá resultado de la vanidad, ó quizá para producir sensación. Su nombre saldría en los periódicos. Todos aclamarían su valor. Pero más bien que valor era cobardía. Debe haber sido vanidad contrariada. Shéridan dijo una vez: « Se habla de la avaricia, de la incontinencia y de la ambición, como de grandes pasiones. Es un error, pues son pasiones pequeñas. La vanidad es la gran pasión que predomina sobre todo. Ésta estimula las más heroicas acciones é impele á cometer los mayores crímenes. Salvadme de esta pasión y puedo desafiar á las demás. Son meros muchachos, pilluelos, pero ésta es un coloso. »

Es necesario una voluntad resuelta no solamente para el cumplimiento de los deberes difíciles, sino para llevar á cabo, prontamente, con energía y tranquilidad de ánimo, los mil asuntos penosos que están en medio del camino de casi todo el mundo. De ahí que en el cumplimiento del deber sean tan necesario el valor como la integridad. Podrá parecer pequeña la fuerza que se necesita para llevar á cabo alegremente cualquiera de estas cosas aisladamente, pero es uno de los últimos logros del espíritu humano, poder acometer cara á cara y uno por uno el atestado conjunto, sin que jamás sea uno sorprendido, ó salga de la moderación.

Cada generación tiene que soportar su carga, superar sus contingencias peculiares, y atravesar por diversas pruebas. Estamos expuestos diariamente á las tentaciones, ya sean por la ociosidad, los goces ó el vicio. El sentimiento del deber y el poder del valor deben resistir á estas cosas á costa de cualquier sacrificio de intereses mundanos. De esa manera cuando la virtud se ha hecho un hábito de todos los días, nos hallamos en posesión de un carácter individual, preparados para llenar, en gran parte, los fines para que hemos sido creados.

¡Cuánto se pierde para el mundo por falta de un poco de valor! Tenemos la voluntad de hacer, pero dejamos de hacerlo. El estado del mundo es tal, y tanto depende de la actividad,

que todo parece decir en alta voz á los hombres: « ¡Haced algo; hacedlo, hacedlo! » El pobre cura de aldea, luchando contra el mal en su parroquia, contra las acciones malvadas, la injusticia y la iniquidad, tiene ideas más nobles sobre el deber que las que jamás tuvo Alejandro el Grande. Algunos hombres no son más que meras apologías como trabajadores, hasta cuando pretenden estar de pie y en ello. Están temblando á la orilla y no tienen valor para meterse en el agua. Cada día envía al sepulcro un número de hombres obscuros, que, si hubieran tenido el valor de principiar, habrían, con toda probabilidad, avanzado largo trecho en la carrera del cumplimiento del deber.

El profesor Wilson, de Edimburgo, cuando enseñaba á sus discípulos, antepuso siempre el sentimiento del deber; aun más, del deber en acción. Sus disertaciones influyeron profundamente el carácter de aquellos que le escuchaban. Les enviaba á luchar al combate de la vida valerosamente; como el antiguo héroe dinamarqués: « Atreverse noblemente, querer con fuerza, y jamás desfallecer en el sendero del deber. » Tal era su credo[1].

En el mundo existe mucho acomodamiento, que en su mayor parte nace de la falta de valor. Cuando Lutero dijo á Erasmo: « Queréis caminar sobre huevos sin machacarlos, y entre vidrios sin quebrarlos, » le replicó el tímido y vacilante Erasmo: « No quiero ser inconsecuente á la causa de Jesucristo, por lo menos *hasta donde me lo permita la edad.* » Lutero era de un carácter muy diferente. « Iré á Worms aunque estuvieran complotados contra mí más diablos que tejas hay sobre los techos de las casas. » Ó como san Pablo: « Estoy pronto, no sólo para ir, sino para morir en Jerusalén. »

Dijo sir Alejandro Barnes: « Uno de los rasgos de mi carác-

1. Cuando se hallaba solicitando los votos de los miembros del concejo municipal de Edimburgo, le dijo uno de ellos: « Quisiera darle mi voto, señor Wilson, pero tengo un temor. Dicen que usted no espera salvarse por la gracia. » « Sobre este particular no sé mucho, señor regidor, pero si no me salva la gracia, estoy seguro que me salvarán mis obras. » « Eso basta, eso basta: voy á darle mi voto. »

ter es la formalidad completa. No soy descuidado en nada de lo que emprendo. En verdad, si emprendo algo, no puedo ser indiferente en ello. » Esto es lo que constituye la diferencia entre un hombre fuerte y uno débil. Los hombres valientes son muertos algunas veces, los parlanchines quedan detrás, y los cobardes huyen. Los hechos muestran lo que somos, las palabras aquello que debiéramos ser. Cada instante de una vida laboriosa puede ser una victoria decisiva.

Dicen los pesimistas que el trabajo ó la necesidad de trabajar es el enemigo del hombre. De otra parte dice Caro : « Un instinto irresistible lleva al hombre hacia la acción, y por medio de la acción hacia algún imprevisto placer, ó felicidad esperada ó deber impuesto. Este instinto irresistible es nada menos que el instinto mismo de la vida, que la explica y la resume. En el mismo instante que desarrolla en nosotros el sentimiento de existir, mide el verdadero valor de ser... Existen los goces puros, que están en un esfuerzo sostenido y continuado frente á los obstáculos opuestos al fin triunfante; de una energía primeramente dueña de sí misma y después de la vida, ya sea conteniendo las malas voluntades de los hombres, ó las resistencias del arte, del trabajo ; en pocas palabras, el verdadero amigo consolador del hombre, que se eleva sobre todas sus debilidades, le purifica y le ennoblece, le salva de la tentación vulgar, y le ayuda á llevar su carga á través de los días de tristeza, y ante el cual ceden por un tiempo hasta las más profundas pesadumbres. En realidad, cuando ha dominado el primer enfado y aversión que ha podido inspirar, el trabajo mismo, aparte de todos sus resultados, es uno de los más vivos placeres. Tratarlo como lo hacen los pesimistas, es decir, como á un enemigo, es juzgar mal la misma idea del placer. Ora sea el trabajador que vea adelantar su obra bajo sus manos ó en su pensamiento, que se identifica con él, como dijo Aristóteles (*Etica* 4; 7); ora sea el labrador con su cosecha, ó el arquitecto con su casa, ó el escultor con su estatua; ya sea un poema ó un libro, no importa cual.

« El placer de crear retribuye con usura las fatigas del trabajo;

y, así como la labor consciente contra los obstáculos externos es la primera alegría de la vida que despierta, así también la obra realizada es el más intenso de los placeres, haciendo nacer ampliamente en nosotros el sentimiento de la individualidad, y consagrando nuestro triunfo sobre la naturaleza, aunque sea parcial y momentáneo. Tal es el verdadero carácter del esfuerzo ó de la voluntad en acción[1]. »

Un hombre es un milagro de genio porque ha sido un milagro de labor. La fortaleza puede vencer las circunstancias. El principio de la acción es demasiado poderoso para que lo resista calquier clase de circunstancias. Despeja el camino, y se eleva á sí mismo sobre todo objeto, sobre la fortuna y la desgracia, sobre el bien y el mal. Los goces que vienen á nosotros en este mundo, sólo son para fortalecernos para algunos trabajos mayores que deben seguir. La sabiduría del hombre aparece en sus actos, porque todo hombre es hijo de sus obras. Dice Richter que «las buenas acciones suenan puras en el cielo como el tañido de una campana.»

El contacto activo y simpático con los hombres en los quehaceres de la vida diaria es una preparación mejor para la acción sana y robusta, que cualquier cantidad de meditación y de aislamiento. Lo que dijo Swedenborg respecto del voto de pobreza y el retiro del mundo para poder vivir más con el cielo, parece razonable y verdadero. « La vida que conduce al cielo, dijo, no es una vida de retiro del mundo, sino de *acción en el mundo*. Una vida de caridad, que consiste en obrar sinceramente y con equidad en todo goce y trabajo, obedeciendo la ley divina, no es difícil; pero una vida de devoción solamente, *es* difícil, y *aleja* del cielo tanto como se cree comunmente que conduce á él. »

Para muchas personas la religión es un mero asunto de palabras. Por lo que hace á las palabras, hacemos lo que creemos justo. Pero las palabras rara vez conducen á la acción, al pensamiento, y á la conducta, ó á la pureza, la benevolencia y

1. *Le Pessimisme au XIXe siècle*, por E. Caro. Paris, 1877.

la honradez. Hay demasiada representación de religión, y poco trabajo duro y entusiasta. Hay muchísima lectura sobre religión, pero la verdadera religión, que ha penetrado en el carácter y en la acción humana, es más instructiva que mil volúmenes de doctrina. Si el hombre no posee una voluntad latente y fuerte que abra el camino hacia lo bueno, será juguete de deseos sensuales, ó pasará una vida de vergonzosa indolencia.

Uno de los mayores peligros que actualmente rodea á la juventud de Inglaterra es la holgazanería. Lo que se llama *cultura* tiene poco valor. Puede ser acompañada por el más vil carácter moral, el servilismo abyecto para con aquellos que ocupan elevadas posiciones, y altanería para con los pobres ó para aquellos que ocupan modestos puestos. La juventud desatinada y ociosa nada venera, en nada espera, no, ni siquiera en el triunfo final de lo bueno en los corazones humanos. Existen muchos Mr. Tootses en el mundo, que dicen: *Poco importa. No es cosa que valga la pena.* No todo es lo mismo, ni lo será dentro de cien años. La vida de cada hombre revela toda la vida de la sociedad. Cada hombre tiene que cumplir un deber especial, que hacer su labor especial. Si no lo hace, sufre él mismo, y otros sufren por causa suya. Su holgazanería inocula á otros y propaga un mal ejemplo. Una vida inútil no es más que una muerte mundana.

Entre los jóvenes hay una murmuración excesiva. En vez de ponerse á la obra sobre el asunto en que sueñan, se limitan á lanzar expresiones quejumbrosas que no conducen á ningún hecho. Este defecto fué observado por el doctor Chánning, quien se lamentaba de que tantos de nuestros jóvenes crecieran en la escuela de la desesperación. ¿Vale la pena de vivir? Ciertamente que no, si se ha de gastar en la ociosidad. Hasta la lectura es considerada á veces como una disipación mental. Sólo es una apatía cultivada. De ahí que encontréis tantos jóvenes murmuradores, indiferentes, hastiados, con su espíritu bruñido en una especie de agudeza y habilidad, intelectuales, lanzando sarcasmos sobre los actos de los demás, pero sin hacer ellos mismos cosa alguna de valor. Se mofan de la circuns-

peccion del carácter. De estos vagos de la inteligencia se ha posesionado una lamentable indiferencia. Sus almas, si es que tienen conciencia de que poseen una, son arrojadas de aquí para allá por cualquier viento que pasa. Comprender sin creer. Los pensamientos que reciben esos espíritus no producen actos. No tienen ni principios ni convicciones. Los principios religiosos son ignorados. Su credo es nada, del cual nada sale; ninguna aspiración hacia una vida más elevada, ningún anhelo por ideas nobles ó por un carácter más noble aún.

Sin embargo, tenemos bastante inteligencia, pero ninguna fe; bastante saber, pero ninguna sabiduría; bastante *cultura*, pero ningún cariño. Una nación puede poseer dotes de elegancia y delicadeza, y no poseer nada más. El saber y la sabiduría, lejos de ser la misma cosa, á veces no suelen tener conexión entre sí. Puede ponerse en duda que la erudición tienda á promover la sabiduría y la bondad. Dice Fenelón que es mejor ser un libro viviente que amar los buenos libros. Una lectura varia puede agradar, pero no alimenta al espíritu. San Agustín dijo « que Dios obra á menudo más por medio de la vida de los iliteratos que buscan las cosas que son de Dios, que por medio de las aptitudes de los sabios que buscan las cosas que le pertenecen. »

He aquí el retrato que ha dibujado de sus contemporáneos un gran escritor francés: « ¿Qué es lo que veis por todos lados sino una profunda indiferencia para con las creencias y los deberes, con un anhelo por el placer y el oro, que puede procuraros todo lo que deseáis? ¡Todo puede ser comprado, la conciencia, el honor, la religión, las opiniones, las dignidades, el poder, la consideración, y hasta el respeto mismo : inmensos naufragios de todas las verdades y de todas las virtudes! Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de la impiedad, se han disuelto por sí mismas y desaparecido en el sistema devorador de la indiferencia, tumba actual del entendimiento, en el que desciende solo, desnudo, igualmente desprovisto de la verdad y del error; un sepulcro vacío, donde ni siquiera huesos pueden encontrarse. »

Sin embargo, hemos de ser redimidos por la *cultura*. Ésta es una palebra nueva [1], de origen alemán. Muchos veneran la *cultura*. Es su única religión. Es el cinismo y el escepticismo intelectual, con un barniz de refinamiento. Las personas que la profesan viven en una atmósfera de superioridad exquisita, como la representa Molière en *les Précieuses Ridicules*. *Nil admirari* es su lema. Se mofan de las anticuadas virtudes de laboriosidad y abnegación, energía y ayuda propia. El suyo no es más que un mero credo de negaciones desconsoladoras, en el cual nada hay que admirar, nada en que se pueda tener esperanza. Son escépticos en todo, no hacen ellos mismos obra alguna y desconocen el trabajo de los demás. En nada creen, excepto en sí mismos. Son sus propios diosecitos.

Gœthe fué inventor del *Geist* ó cultura. Pero los poemas de Gœthe no producen acciones como lo hacen los de Schiller. Las obra de Gœthe son infecundas. Era un hombre que explotaba el amor de las mujeres, mujeres que se había apegado con su poder de fascinación. « Cuando no tenía ninguna mujer en el corazón, dice su último biógrafo, estaba como un cirujano disecador á quien le falta un cadáver para la disección. » Decía él de Balzac, que cada una de sus mejores novelas parecía desenterrada del corazón de alguna mujer que sufría. Balzac podía muy bien haberle devuelto el cumplido. Con referencia á sus primeros gustos por la historia natural, dice Gœthe : « Recuerdo que cuando niño arrancaba en pedazos las flores para ver como estaban metidos los pétalos en el cáliz, ó hasta desplumaba los pájaros para observar como estaban metidas las plumas en las alas. » Bettina observó á lord Hougt-

1. Ha aparecido últimamente otra palabra curiosa, la de *filisteo* Dice Leslie Stephen que es un vocablo injurioso dado por los pisaverdes al resto de los de su especie. Schopenhauer da otra definición. « Un filisteo, dice, no tiene necesidades espirituales, y como consecuencia, no puede tener placeres espirituales. porque es muy cierto el adagio : *Il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins*, no anhelando ni ciencia, ni conocimiento profundo por su propio bien. Ningún goce artístico puede animar su triste existencia. Sus placeres son sensuales. El propósito de su vida es aumentar el número de sus comodidades físicas. »

ton que Gœthe trataba á las mujeres casi del mismo modo. Todos sus amores, elevados ó bajos, estaban sujetos á esta especie de vivisección. Su poder de fascinación era extraordinario, y si para objetivos artísticos quería desplegar una emoción fuerte, ahondaba la pasión sin escrúpulos ni remordimientos, como aquel pintor ocupado en la pintura de un Cristo en la cruz, que para producir la expresión requerida de la agonía física en el modelo, le clavó una lanza en el costado. La facultad para hacer minuciosas observaciones en semejantes circunstancias, implica una serenidad intensa, y podemos imaginarnos á Gœthe, cual el héroe en l'*Homme Blasé*, anotando con el dedo sobre el pulso, cuándo se había llegado al grado de excitación requerida, y poniendo cuidado de que no pasara á calor febril... Gœthe nos dice con franqueza que sacaba provecho de todo lo que eran aventuras ó asuntos de amor, que consideraba todo lo que le acontecía con sus relaciones femininas, desde el punto de vista estético, y que había hallado que el paliativo más instructivo para una desventura ó un contratiempo, era escribir sobre ello[1].

¡Oh, vano orgullo de la mera facultad intelectual! ¡cuán indigno, cuán despreciable eres al ser comparado con los tesoros del corazón! ¿Qué es el entendimiento de la capacidad árida y fría del talento y del cuerpo? Un mero esqueleto de opiniones, unos cuantos huesos secos atados juntos, si no hay un alma que agregue humedad y vida, substancia y realidad, verdad y júbilo. Todos recordarán el dicho modesto de Newton, quizá el más grande hombre que ha existido, — inventor del cálculo diferencial, de la teoría de la gravitación universal y de la descomposición de la luz — ¡que se sentía á sí mismo como un niño que jugaba á orillas del mar, mientras que el inmenso océano de la verdad estaba ante él inexplorado! ¿Tenemos algunos filósofos que ahora quieran hacer confesión semejante?

« Hay verdades, dice el conde de Maistre, que el hombre sólo

1. *Gœthe*, por A. Hayward, Q. C.

puede alcanzar con el espíritu de su corazón. Un hombre bueno queda sorprendido algunas veces, al encontrar personas de grandes aptitudes que resisten á pruebas que á él le parecen claras. Estas personas son deficientes en cierta facultad; esto es, la verdadera inteligencia. Cuando el hombre más perspicaz no posee el sentimiento de la religión, no solamente no le podemos captar, pero ni siquiera tenemos los medios para hacer que nos comprenda. Sir Humphry Davy ha dicho además : « La razón es á menudo un peso muerto en la vida, que destruye el sentimiento, y que sustituye los principios con sólo el cálculo y la circunspección. »

Pero el campo del deber más extenso está fuera de la línea de la literatura y de los libros. Los hombres son seres sociales más aún que criaturas intelectuales. La parte mejor del progreso humano se deriva del contacto social, de ahí la urbanidad, el respeto de sí mismo, la tolerancia mutua y la abnenegación por el bien de los demás. El conocimiento de los hombres es más amplio que la literatura. La vida es un libro que dura el tiempo de la vida de uno mismo, pero se requiere discreción para comprender sus difíciles páginas.

« En nuestros días, dice lady Verney, hay un enlace indisoluble entre las ideas de adelanto y mejoramiento, la lectura y la escritura. Ahora solamente el ignorante y el estúpido son los que no pueden hacer las dos. Pero hace unos cincuenta años eran la excepción los libros, salvo en la educación más elevada, y hombres y mujeres muy capaces expresaban sus propios pensamientos con muy poca ayuda de algo más allá del Testamento. Aun en las clases altas no era la lectura una cosa muy común entre las mujeres. « Mi abuela apenas podía deletrear cuando escribía, y no leía sino sus *libros de oraciones*, dijo una señora francesa muy competente para juzgar, pero era muchísimo más digna y discreta de lo que ahora son las mujeres. »

En tiempos pasados se les ponía á los niños un deber como incentivo. Faltar era lo mismo que deshonrarse, y salir bien era tan sólo cumplir con su obligación. « Por lo que respecta

al sueño, dijo Hugo Miller, de que habrá una elevación extraordinaria en el nivel general de la raza humana llevada á cabo por medio de la educación, es simplemente la alucinación de nuestro siglo, del actual expediente de la alquimia del mundo para convertir los ochavos en libras esterlinas, sin más que darles un limpión. »

Después de todo, la mejor escuela de la disciplina es el hogar doméstico. La vida de familia es el mismo método de Dios para educar á los jóvenes. Y el hogar es en mucho lo que las mujeres quieren. « La esperanza de Francia, dijo el difunto obispo de Orleans, está en sus madres. » Lo mismo sucede con Inglaterra. Pero ¡ay! estamos perturbados por los clamores de las mujeres que protestan contra las condiciones mismos de su sexo, y hacen esfuerzos desatinados para despojarse de sus más amables distintivos característicos. Quieren poder, el poder político, y sin embargo, el mundo no es sino lo que le ha hecho su influencia en el hogar. Creen ellas en la fuerza de los votos, y quieren ser « manumitidas. » ¿Pero creen realmente que el mundo sería mejor de lo que es, si tuvieran ellas el privilegio de dar un voto una vez cada tres ó cada cinco años, á favor de un representante en el Parlemento? San Pablo dió la palma á las mujeres que permanecían en sus casas trabajando, porque reconocía que el hogar es el cristal de la sociedad, y que el amor doméstico y el deber, son la mejor seguridad para todo aquello que nos es más querido sobre la tierra.

Un escritor contemporáneo después de describir las cualidades que deben caracterizar la naturaleza de la mujer, dice: « Casi debiera temer uno, al ver cómo las mujeres de hoy en día se agitan fácilmente tras alguna nueva moda de credo ó de labores, que el cielo no está tan cerca de ellas como lo estaba de sus madres y sus abuelas; que la religión es un poder más débil para ellas; que sus corazones están vacíos de toda confianza segura y fe elevada en la beneficencia de las disposiciones de Dios. » El autor de estas palabras es una señora.

Antes de la reciente guerra franco prusiana, fué encargado

el barón de Stoffel para que informara sobre el estado de la opinión y la moral en Prusia, comparado con el de Francia, y entre otras observaciones, dice: « La disciplina en el ejército depende de la disciplina de la sociedad y las familias particulares. Los jóvenes en Prusia son educados en la obediencia general, en el respeto de la autoridad, y sobre todo, inducidos á cumplir con su deber. ¿Pero cómo puede existir esta disciplina en el ejército francés, cuando no existe en la familia francesa? Además, mirad más allá del círculo de la familia, en los liceos, las escuelas, los colegios, etc. ¿se ha hecho algo para desarrollar entre los niños el respeto hacia sus padres, el acatamiento del deber, la obediencia á la autoridad y á la ley, y sobre todo, la creencia en Dios? ¡Nada, ó poco menos que nada! La consecuencia es que cada año introducimos en el ejército un contingente de jóvenes, que en su mayor parte carecen completamente de principios religiosos y de sana moralidad, y que desde su infancia, han estado acostumbrados á no obedecer á nadie, á discutirlo todo y á no respetar nada. Y sin embargo, hay personas que pretenden que en el acto y conforme llegan ellos al ejército, podemos habituar á la disciplina á estos jóvenes indisciplinados y sin principios. Estas personas no sospechan que la disciplina en el ejército no es otra cosa más que la disciplina en la vida privada, esto es, el sentimiento del deber, la obediencia á los superiores establecidos, el respeto de los principios de autoridad y las instituciones establecidas... La disciplina artificial una vez establecida podrá durar por algún tiempo bajo la presión de las circunstancias; pero estad seguro que se desvanecerá en aire tenue en el instante que se la ponga á prueba. » Es casi innecesario decir que el barón Stoffel fué en estas palabras un verdadero profeta.

¿Podrá ser que nosotros estemos pasando por la misma operación en Inglaterra? ¿que la marea siempre creciente de la democracia esté echando abajo los mejores frutos de la disciplina doméstica y del carácter moral? Somos un pueblo lleno de vanagloria. Nos jactamos de nuestra riqueza, de nuestro po-

der, de nuestros recursos, de nuestra fuerza naval y militar y de nuestra superioridad comercial. Sin embargo, todo esto puede desaparecer de nosotros en pocos años, y podemos convertirnos, como Holanda, en un pueblo rico y relativamente sin poder. La nación está fundada sobre los individuos que la componen; y jamás podrá distinguirse una nación por moralidad, deber, consagración á las reglas del honor y de la justicia, cuando sus ciudadanos, individual y colectivamente, no posean iguales cualidades.

Lord Derby observó en uno de sus últimos discursos que: « Un cumplido caballero me dijo el otro día que creía que Inglaterra había declinado constantemente en aquellas cualidades que sostienen la fuerza y el poder del carácter nacional, desde el día de Waterloo; y aunque no lo dijo con palabras, deduje de sus maneras y su tono, que creía que era demasiado tarde para que tuviera remedio; que el diluvio venía, y que eran felices aquellos que ya casi habían vivido su tiempo, y que no sobrevivirían para ver la catástrofe. Por supuesto, es posible que esa catástrofe pueda venir, y, dadas ciertas condiciones, es evidente que *vendrá.* »

Ésta es una seria advertencia. ¿Hade venir realmente el diluvio, como en Francia hace unos cien años? El difunto Norman Macleod, dijo: « La confusión que existe en este momento, que principió poco después de la guerra de 1815, y que está tan llena de acontecimientos como la Reforma, es lo más opresiva. Por una parte, hay un trastorno de las antiguas formas del pensamiento sobre todo, en lo social, político, científico, filosófico y teológico. Á pesar de la mucha presunción necia y del sentimiento del poder por parte de aquellos que guían los arietes contra las viejas murallas, hay por parte de muchos más, un gran sentimiento de importancia superior de verdad y deber, que, si es justamente considerado, no expresaría sino fe en Dios, quien siempre está del lado de la verdad. Por lo que hace á Escocia, la iglesia de lo futuro no está aquí. ¡Ignoramos grandes cuestiones del mundo! ¡Disputamos como mujeres, como simples verduleras! »

¿Qué espectáculo puede ser más triste que verá hombres, y hasta mujeres, que pasan sus vidas teorizando y charlando sobre los grandes principios en que sus antecesores creían realmente, y que creyendo en ellos aseguraron para su generación los dones de la fe, de la bondad y del cunplimiendo del deber? Hay dos pensamientos que, una vez admitidos en el espíritu, cambian todo el curso de nuestra vida, la creencia de que este mundo no es sino el vestíbulo de un infinito estado de ser, y el pensamieto de Aquel en quien el hombre vive aquí, ó debe vivir en lo futuro. Cada uno de nosotros tiene poder de elección para seguir el bien ó seguir el mal. ¿Quién podrá decir cuál será más poderoso? Depende de nosotros mismos, de nuestra despertada conciencia y voluntad ilustrada. Puede ser que se tenga que combatir contra las calamidades y sinsabores al llenar nuestros diversos deberes. Pero éstos tienen que ser cumplidos, y cumplidos alegremente, porque es la voluntad de Dios. Las buenas acciones nos dan fortaleza, é inspiran buenas acciones á los demás; son como tesoros guardados para la necesidad del que las ha hecho. Fortalezcamos, pues, nuestro espíritu, y vigoricemos nuestra alma, preparemos nuestro corazón para lo futuro. La carrera es para toda la vida.

UNIVERSIDAD

CAPÍTULO III

La Honradez. — La Verdad.

No hay obreros que puedan trabajar á un mismo tiempo bien y precipitadamente; ello tiene que hacerse con sosiego perfecto. — CHAUCER[1].

Puedes tocar sin peligro el oro, pero si se pega á tus manos, te herirá rápidamente.
JORGE HÉRBERT[2].

El hombre honrado, por pobre que sea, es á pesar de todo, rey de los hombres. — BURNS[3].

No abandonéis jamás el camino de la virtud y del honor; es el único medio de ser feliz. — BUFFON[4].

La honradez y la veracidad ligan bien. La honradez es la verdad, y la verdad es honradez. La verdad sola, puede no constituír un grande hombre, pero es el elemento más importante de un gran carácter. Á los que la emplean les da seguridad, y confianza á aquellos que sirven á sus órdenes. La verdad es la esencia misma de los principios, de la integridad y de la independencia. Es la necesidad primordial de todo hombre. La veracidad absoluta es más necesaria hoy que en cualquier período anterior de nuestra historia.

La mentira, á pesar de ser tan común, es delatada hasta por

1. There is na workemen
That can bothe worken well and hastilie
This must be done at leisure parfaitlie. — CHAUCER.

2. Gold thou may'st safely touch, but if it stick
Unto thy hands, it woundeth to the quick.
GEORGE HERBERT.

3. The honest man, though e'er so poor,
Is king o'men for a'that. — BURNS.

4. Ne quittez jamais le chemin de la vertue et de l'honneur; c'est le seu moyen d'être heureux. — BUFFON.

el mismo mentiroso. Protesta que está diciendo la verdad, porque sabe que la verdad es respetada universalmente, mientras que la mentira es condenada universalmente también. Mentir es tan vergonzoso como cobarde. « Atrévete á ser veraz, dijo Jorge Hérbert; jamás hay algo que necesite una mentira.» Los mentirosos más dañinos son aquellos que se conservan al borde de la verdad. No tienen valor para expresar la realidad, pero andan en torno suyo, y dicen lo que realmente no es cierto. Una mentira que es la mitad de la verdad, es la peor de las mentiras.

Hay una doblez de conducta que es tan mala como una falsedad de palabra. Las acciones tienen una voz tan clara como las palabras. El hombre vil es falso á su profesión. Evita la verdad que profesa creer. Juega con dos caras. Carece de sinceridad y de veracidad. El hombre sincero habla como piensa, cree como pretende creer, obra conforme profesa que obra, y ejecuta lo que promete.

« Son comunes otras fórmulas de contradicción prática, dice Spurgeon, algunas son intolerablemente liberales; otras son feroces abogados á favor de la paz, ó intemperantes sobre la templanza. Hemos conocido defensores de la generosidad que eran miserablemente tacaños. Hemos oído de personas que han sido maravillosos y ardientes partidarios de « la verdad » — aludiendo con ella á cierta forma de doctrina — y sin embargo, no han observado la verdad en materia de comprar y vender, ó con respecto de la reputación de sus vecinos ó de los incidentes de la vida doméstica[1]. »

Mentir es uno de los vicios más comunes y convencionales. Prevalece en lo que se llama « sociedad ». *No está en casa*, es el modismo más elegante de contestación á un visitante. Se cree que el mentir es tan necesario para conducir los asuntos humanos, que se ha convenido tácitamente en ello. Una mentira puede ser considerada inofensiva, otra insignificante, otra intencional. Las mentirillas son cosa común. Por muy tolerada

1. *La Biblia y el Periódico*, 1878.

que sea la mentira, es, sin embargo, más ó menos detestable para cualquier hombre ó mujer de pensamientos puros. « Las mentiras, dice Ruskin, pueden ser ligeras y accidentales, pero son un feo hollín del humo del abismo, y es mejor que nuestros corazones estén perfectamente bien barridos de él, sin cuidarnos de cuál será mayor ó más negra. »

« Mentir en el extranjero para beneficio del país de uno, solía ser la máxima de los diplomáticos. » Sin embargo, el hombre debiera cuidarse más de su palabra que de su vida. Cuando Régulo fué enviado á Roma por los cartagineses, siendo prisionero de éstos, con una escolta de embajadores para pedir la paz, fué bajo la condición de que regresaría á su prisión si la paz no se efectuaba. Prestó juramento, y prometió volver.

Cuando se presentó en Roma, insistió con los senadores para que perseverasen en la guerra, y que no convinieran en el canje de prisioneros. Eso implicó su regreso á su cautiverio en Cartago. Los senadores, y hasta el sumo pontífice, sostenían que, habiéndole sido arrancado el juramento por la fuerza, no estaba obligado á ir. «¿Habéis resuelto deshonrarme? preguntó Régulo; no ignoro que me espera el martirio y la muerte, pero ¿qué son éstos al lado de la vergüenza de una acción infame, ó las heridas de un espíritu culpable? Esclavo como soy de Cartago, aun tengo el espíritu de un romano. Volver es mi deber. Dejad que los dioses se encarguen de lo demás. » Régulo regresó á Cartago y murió en el tormento.

« Dejad que alcance la verdad aquel que quiera vivir bien, dijo Platón, y entonces, y no antes, cesarán sus pesadumbres.» Citemos también un pasaje del emperador Marco Aurelio : « Aquel que obra injustamente, obra impíamente; porque la naturaleza universal nos ha hecho animales racionales en beneficio mutuo, para ayudarnos el uno al otro conforme á nuestros merecimientos, pero de ninguna manera para dañarnos el uno al otro, y aquel que viola su voluntad es claro que se hace culpable de impiedad hacia la misma divinidad. Y asimismo, aquel que miente es culpable de impiedad hacia la misma divinidad, por la naturaleza universal de todas las cosas

que son; y todas las cosas que son, tienen una relación con todas las cosas que vienen á la existencia. Y además, esta naturaleza universal se llama *Verdad*, y es la causa primera de todas las cosas que son verdaderas. Aquel, pues, que miente intencionalmente es culpable de impiedad, por cuanto obra injustamente al engañar; y también aquel que miente sin intención, por cuanto perturba el orden al combatir contra la naturaleza universal, y porque perturba el orden al combatir la naturaleza del mundo; porque pelea contra ella, aquel que es llevado por sí mismo contra aquello que es contrario á la verdad, porque ha recibido facultades de la naturaleza, y á causa del abandono que hizo de ellas no está ahora en aptitud de distinguir el error, de la verdad. Y en verdad, aquel que busca el placer como un bien, y evita la fatiga como un mal, es culpable de impiedad [1]. »

La verdad y la honradez se manifiestan de varios modos. Caracterizan á los hombres de justo proceder, á los hombres rectos, á los hombres que no os engañarán en provecho propio. La honradez es la manifestación más sencilla y humilde del principio de la verdad. Medidas llenas, pesos exactos, muestras genuinas, servicio completo, cumplimiento estricto de los compromisos, son del todo indispensables á los hombres de carácter.

Tomad un ejemplo cualquiera. Sam Foote tenía razón para quejarse de la pequeña cantidad de cerveza que se le servía en la comida. Llamó al patrón y le dijo : — « Hágame usted el gusto de decirme ¿cuántos cascos de cerveza gana en un mes? — ¡Diez, señor! contestá el posadero. — Y ¿le agradaría ganar once, si pudiera? — ¡Seguramente, señor! — Entonces le voy á decir cómo, dijo Foote : *llene usted la medida.*

Pero el caso va más allá todavía. Nos quejamos de las medidas escasas y de la adulteración de las mercaderías y comestibles. Compramos una cosa y recibimos otra. Pero las mercaderías tienen que venderse : si es con beneficio, tanto

1. *Pensamientos* de Marco Aurelio Antonino, pág. 144.

mejor. Si el vendedor es descubierto, el comprador se va á otra parte. Cuando visitó á Inglaterra hace muchos años Mr. Le Play, observó con grandísimo placer la probidad comercial de los manufactureros ingleses. « Muestran, dijo, una exactitud escrupulosa en la cantidad y calidad de sus consignaciones para el exterior. »

¿ Podría decir lo mismo ahora? ¿No hemos oído hablar en los tribunales públicos de la depreciación de nuestras manufacturas, de algodón cargado con arcilla china, almidón, magnesio y zinc? Hemos visto el cargamento y por eso sabemos lo que es. El algodón se pone mohoso, descolorido, y por lo tanto invendible. La borra es como cuando se desarrolla por la humedad, vive y crece del almidón. La China era uno de los muchos mercados para el algodón fabricado en Inglaterra, pero cuando apareció la borra desapareció el tráfico.

Hay un proverbio chino que dice : « El adivino no engaña al hombre que le toca el *tamtam*. » El chino es tan gran impostor como nosotros. Pone limadura de hierro en su té, y agua en la leche; por eso está bien advertido para las imposturas de los demás. « La consecuencia, dice el cónsul británico en Cheefoo, es que tengan un mal nombre nuestros tejidos, y su lugar ha sido reemplazado por las manufacturas americanas. Los tejidos americanos, á pesar de ser un cuarenta por ciento más caros, están desalojando del mercado á los tejidos ingleses. » Ya no se tiene fe en nosotros. La marca inglesa era una garantía de honradez, pero ya no lo es.

Lo mismo acontece en la India. El algodón inglés no puede lavarse. Cuando han sido lavados de él la arcilla y el almidón, se convierte en un andrajo. Los indos cultivan el algodón. Los indos son operarios hábiles, con dedos ingeniosos y sutiles. Pueden tejer un hilo igual, lo mismo que las obreras de Manchéster. Habiendo capital acumulado en la India se han establecido telares, y ahora fabrican para sí los indos.

Todo esto es bien conocido en los distritos manufactureros. De ello se habla en las asambleas públicas. Por doquiera es sabido el hecho de que se aderezan con cola y almidonan las

telas de algodón, como asimismo que se las carga con arcilla china. El señor Mellor, miembro del Parlamento, denunció solemnemente el fraude de los manufactureros adulteradores. Éstos parecen creer que los habitantes consumidores del globo son todos unos tontos excepto ellos mismos. Citó el caso de un ingeniero que al cruzar el océano Índico, adornaba su turbante con muselina. « ¿Es inglesa? le preguntaron.— No: es de Suiza. » La muselina inglesa se pega á los dedos, porque tiene mucha goma. Por esto perdemos nuestro tráfico, y por eso sufrimos malas épocas.

Las mercaderías de algodón americano se venden con buena ganancia en Londres, Manchéster y otras partes. Las mercaderías de algodón de la India se venden en China y en Australia á pesar de venderse á mayor precio los tejidos de Bombay que los estambres ingleses. La fabricación local del algodón en la India es ahora igual á toda la producción local y extranjera de Manchéster. ¿No es esto un echo sorprendente? Ahora estamos dando á nuestros artesanos una educación técnica. ¿Qué podrá hacer la educación técnica contra el fraude y la mentira por mayor? Compra una joven un carrete de hilo que tiene marcadas 250 yardas. Cuando lo concluye de trabajar fatigándose, encuentra que sólo tenía 175 yardas. ¿Qué puede pensar de la honradez de sus compatricios?

El decaimiento de la norma de los hombres públicos, de la moralidad pública y de los principios políticos, es innegable. Cuando estuvo en Inglaterra el difunto barón Dupín, hace unos sesenta años, notó con admiración el valor, la inteligencia, y la actividad de nuestros hombres comerciales. « No es solamente el valor, la inteligencia, la actividad del manufacturero ó del comerciante lo que mantiene la superioridad de las producciones y el comercio de su país; es con mucho más, su discreción, su economía, y *sobre todo, su probidad.* Si alguna vez, en las Islas Británicas, perdieran estas virtudes los ciudadanos, útiles, estamos seguros que para Inglaterra, lo mismo que para cualquier otro país, á pesar de la protección de la más formidable marina, á pesar de la previsión y actividad de

la diplomacía más lata y de la más profunda cienca política, rechazados de todas las costas los buques de un comercio degenerado, desaparecerían rápidamente de aquellos mares cuya superficie cubren ahora con los tesoros del universo, cambiados por los tesoros de la industria de los tres reinos[1]. »

Sin duda alguna, la disculpa es el vigor de la competencia y los obstáculos que opone el gobierno en el camino de la libertad de la producción. El manufacturero está atado de manos y pies con las leyes restrictivas. Algunas de éstas son excelentes, por ejemplo, la ley que manumitía á las mujeres y á los niños del trabajo en las carboneras, y la ley que disminuía las horas del trabajo. Pero parece que la ley sobre fábricas ha ido demasiado lejos. El señor Kitson dijo últimamente en Leeds que, á los efectos del Acta sobre fábricas, se debía que ya casi se habían extinguido en el país diversas industrias. Bélgica introducía á este país cabos y cuerdas de hierro y de acero pequeños, porque en su producción podían ser ocupados los muchachos. Todas las máquinas, que en un tiempo fueron una rama importante del tráfico inglés, son construídas ahora en Francia y en Bélgica. Indicó que por estos medios concluía el Parlamento con diversas industrias en este país, y además se agregaba la injusticia de hacer pagar á esta industrias el gasto de su propia extinción. Otro orador dijo en la misma asamblea, que su casa importaba artículos de hierro fundido de Bélgica, porque podían obtenerlos más baratos que en Inglaterra, á pesar de estar sus talleres rodeados por todas las fábricas del Lancashire.

El patrón no solamente se halla lastimosamente estorbado por la ley, sino que también lo está aun más por las huelgas. Cuando parece que mejora el negocio, salen los obreros en huelga pidiendo aumento de salario. Las fábricas se cierran, las fundiciones se apagan; cesan las construcciones, y todo queda paralizado. Desperdiciamos nuestros medios y nuestras oportunidades; y el extranjero gana con nuestro descuido. Es

[1] *El poder comercial de la Gran Bretaña*, vol. I. Introducción, pág. VI.

algo más que desgraciado, es ruinoso, que los obreros consideren á sus patrones como á sus enemigos innatos.

¿Pero qué decir de la calidad del trabajo hecho por los obreros? Había un tiempo en que los hombres ponían alma y corazón en su trabajo, cuando sentían orgullo por la calidad de su labor, haciendo aquello que Chaucer describe al frente de este capítulo como *trabajo hecho con sosiego y perfecto*. Pero, ¿qué tenemos ahora? Trabajo hecho á la ligera, sin habilidad, sin conciencia, sin laboriosidad. Á causa de esto se hunden los túneles, ceden los puentes de hierro, y los edificios se desmoronan. Las casas quedan á medio hacer, los desagües quedan descubiertos, y las enfermedades se extienden. ¡Oh, obrero inglés, omiso é irreflexivo! ¡Cuántas vidas habéis quitado! ¡á cuántas familias habéis dejado desoladas! En haciendo vuestro trabajo, os es indiferente el *cómo* lo habéis hecho. No habéis hecho por él todo lo que podíais hacer; ni siquiera os habéis esmerado en ello. El trabajo queda hecho de cualquier modo, con tal que pueda sufrir la inspección. Todo esto es poco honesto y deshonroso. ¡Pobre obrero inglés! No es únicamente vuestra la culpa. Habéis sido criado sin instrucción. Habéis sido educado sin simpatía. Creíais que el mundo estaba contra vos, porque ha simpatizado con vos frecuentemente.

Todo trabajo malo es mentira. Es completamente deshonroso. Pagáis por que se os haga un trabajo bien hecho; se le hace mal con fraude. Puede ser barnizado por encima con una apariencia bastante buena, y el pecado se descubre cuando ya es demasiado tarde. Mientras duren estas cosas, es inútil hablar de la dignidad del trabajo, ó del valor social de los llamados hombres de trabajo. No puede haber dignidad de labor donde no hay honradez de trabajo. « La dignidad no consiste en la falacia y simulación, sino en la realidad y en la fuerza. Si hay visibles mayor insubstancialidad y superficialidad de todas clases en el trabajo de hoy en día, más que en el trabajo de nuestros antecesores, ¿de qué proviene? Del anhelo y la competencia, y de la prisa de hacerse ricos. [1] »

1. F. R. Conder, C. E., en *Buenas palabras*.

Hasta los polinesios nos han descubierto. Cuando viajaba el obispo Pátteson por las islas del mar del Sur en su misión de caridad, halló que los naturales rehusaban comprar nuestras mercancías. « Un simple artículo de Brummagem, dice, que no resista el uso, carece de valor para ellos. Cualquier cosa que se les dé, sea barato ó caro, aunque sólo cueste un chelín, tiene que ser bueno en su clase. Por ejemplo, una navaja de una hoja y cabo ordinario, comprada por un chelín, la estiman en mucho; pero una navaja con media docena de hojas, la tirarán casi de seguro. » Del mismo modo halló el doctor Livingstone que los naturales de África se negaban á comprar hierro inglés, porque estaba *podrido*.

Sócrates demostraba cuán útil y excelente cosa era que un hombre se determinara á la perfección en su ramo, de modo que si era carpintero, fuese el mejor carpintero posible, ó si era hombre de Estado, que fuese el mejor hombre de Estado posible. Por estos medios es cómo se consigne el éxito. Un carpintero semejante, decía Sócrates, ganaría la guirnalda de carpintería, aunque ella sólo fuera de virutas.

Tomad ejemplo de Wedgwood, que tenía el espíritu del trabajador. Aunque elevado desde las filas, jamás estaba satisfecho hasta que había hecho lo más que podía. Se fijaba especialmente en la calidad de su trabajo, para los fines que tenía que servir, y del juicio formado sobre él por los demás. Éste fué el origen de su poder y de su éxito. No toleraba ningún trabajo inferior. Si no llegaba hasta estar conforme con su idea de lo que debía ser, tomaba su bastón, rompía la vasija, y la arrojaba exclamando: « ¡Esto no basta para Josiah Wedgwood! »

Por supuesto que ponía todo el cuidado posible para asegurar la perfección, por lo que respecta á las proporciones geométricas, vidriado, forma y ornamentación. Echaba abajo horno tras horno para efectuar alguna mejora necesaria. Aprendió la perfección por medio de repetidos fracasos. Inventó y mejoró casi todas las herramientas que se usaban en sus talleres. Pasaba gran parte de su tiempo junto á sus operarios,

enseñándoles individualmente. El éxito que obtuvo, lo dicen sus obras.

Otro caso de verdadera honradez y valor, puede citarse respecto de un gran contratista. Nos referimos á Tomás Brassey. Hasta cuando era cosa común el engaño, siempre permaneció fiel á su palabra y á su trabajo. El viaducto de Barentin, de veinte y siete arcos, estaba casi terminado, cuando, completamente impregnado por la humedad después de unas fuertes lluvias, se vino abajo toda la construcción. El accidente representaba una pérdida de 30,000 libras esterlinas. El contratista no era responsable ni moral ni legalmente. Había protestado repetidas veces contra el material que se usaba en la construcción, y los abogados franceses sostenían que sus protestas le eximían de toda responsabilidad. Pero Mr. Brassey opinaba de diferente modo. Había contratado, decía, hacer y conservar el camino, y ninguna ley le podría impedir que cumpliera su palabra. El viaducto fué construído á expensas de Mr. Brassey. Su vida es uno de los más elevados ejemplos que podemos presentar á esta generación.

Hemos tenido buenos tiempos y los hemos tenido malos; pero el resultado es siempre igual. Poco pensamos en el porvenir. Sólo economizamos cuando ya no tenemos dinero que gastar en gustos egoístas. Un patrón en Bradford dijo últimamente : « Hará unos cinco ó seis años que nos hallábamos en un estado de gran prosperidad comercial. Casi hacía perder la cabeza á las clases industriales. Todo el mundo se enriquecía rápidamente, y estaban tan preocupados en acumular dinero, que parecían creer que aquello no tendría fin. Las clases trabajadoras se agregaron á la prosperidad y perdieron la cabeza lo mismo que los de arriba. Exigieron salarios mayores, y por algún tiempo obtuvieron lo que descaban. Se aminoró la producción, é insistieron importunamente en que trabajando menos horas obtendrían más dinero por su labor, y que estarían así mucho mejor. Pero vino entonces el período de la depreciación, y ningún esfuerzo de huelgas y de ligas pudieron deshacerlo. Insistió él con los obreros haciéndoles comprender

que si deseaban que volvieran los buenos tiempos, tenían que cumplir honrada y fielmente su deber, y cambiar su manera presente de hacer un trabajo poco sólido, y haciendo lo menos posible por su dinero.

En una conferencia de obreros en Edimburgo, sostuvo uno de los oradores las ventajas de las huelgas. « Mi teoría es trabajar lo menos que os sea posible, dijo, y obtener el salario mayor que podáis. » Si esta teoría se efectuara, produciría la mayor desmoralización en el trabajo; lo haría holgazán, ineficaz y desleal. Otro orador se colocó en un punto de vista contrario. Dijo : « La existancia de ligas con el propósito de hacer huelgas es en extremo inmoral. El otro día iba por una calle de Edimburgo, cuando me encontré con un hombre que caminaba lenta y descansadamente. Un muchacho que pasaba le dijo : No se apura usted mucho, que digamos. — Es tiempo de mi patrón, contestó el hombre. Ese hombre, seguia diciendo, tenía imbuída la idea de que con el sistema de huelgas, era beneficio suyo el perjuicio de su patrón; y la consecuencia de todo el sistema era que no se podía obtener *un pedazo de trabajo bien hecho.* »

Sería bueno que se pudiera conseguir que los obreros viesen la posición en que se hallan actualmente. Están compitiendo con los obreros de todo el continente y de América. Era costumbre creer que la superioridad del trabajo inglés vencería toda competencia extranjera. Fuese lo que haya sido antes, ahora es esto un engaño completo. Los extranjeros tienen todas las ventajas de nuestra mejor maquinaria, con los últimos adelantos. Ahora construyen sus propias máquinas. Han aprendido á trabajar tan pronto y tan bien, como los mejores operarios ingleses; trabajan lo mismo el domingo que el sábado. En Francia trabajan 72 horas por semana, mientras que en este país sólo trabajan 56 por semana. Y los salarios de los operarios extranjeros son como un 25 por ciento menores que los de Inglaterra. El trabajo inglés que se envía fuera, no es tan bueno ni tan *honrado* como el de Francia. ¿Cómo podemos sostener la competencia en frente de estos hechos? Las manu-

facturas de algodón francesas y alemanas vienen libres de derecho á Inglaterra, mientras que las nuestras no pueden ir á los puertos franceses ó alemanes sin pagar altos derechos prohibitivos. Hemos perdido el monopolio del tráfico, que una vez impusimos, y no es fácil que podamos volverlo á recobrar alguna vez. Nuestro comercio de algodón pronto quedará reducido al consumo interior, y si los artículos no se hacen bien y barato, serán excluídos del uso por las fábricas francesas y americanas. Lo mismo sucederá con otro producto cualquiera.

El señor Holyoake habló con verdadero espíritu de equidad cuando censuró los errores de las ligas, y expresó su opinión — sin duda alguna, la de lo más escogido de las clases trabajadoras — respecto de la simpatía y sinceridad entre el patrón y el empleado. « Trayendo á mi memoria, dijo, catorce años de experiencia como hombre de trabajo, digo ahora que, si se me asegurara el salario de ocho horas de trabajo diario, que proporcionaran una competencia moderada antes que la fuerza de la vida fuese gastada, y si se me dejara en libertad de producir el mejor trabajo que yo pudiera, de modo que mi orgullo y gusto y carácter estuvieran en mi oficio, y tuviese cierta seguridad razonable de continuar en mi empleo mientras cumpliera de buena fe con mi obligación, preferiría ahora ese estado á cualquiera otro. Sería amigo del patrón; su reputación sería mi orgullo, sus intereses los míos. Tendría él el cuidado y la ganancia que es lo que honradamente pertenece de derecho al cuidado, y yo tendría la satisfacción y tiempo para aprender y estudiar. »

Esta nación, no hay duda, posee el mejor material del mundo. Tenemos hombres que están dispuestos á trabajar y que son competentes para el trabajo. Pero queremos buen trabajo, no trabajo de bribones. Tenemos huelgas por no recibir salarios bajos, pero no tenemos huelgas contra el hecho de producir mal trabajo. Lo que se necesita no son más horas, sino un trabajo mejor. Lo que está desacreditando las mercancías inglesas en todos los grandes mercados del mundo, es el trabajo malo y fraudulento. « El trabajo, vuelve á decir el señor

Holyoake, tiene poco placer, porque tiene poca elevación. Debiera serle imposible á los patrones poder encontrar hombres que quisieran hacer trabajo despreciable. Es una especie de crimen contra la honra de la industria, un fraude por conveniencia hecho contra el comprador. Nada pone de manifiesto tan claramente la condición de honor en las profesiones de artesanos, como el hecho de tener nosotros toda clase de uniones comerciales para el apoyo de un hombre que se niega á dar salarios bajos, pero ni una liga siquiera para ayudar á un hombre que se niega á hacer trabajos malos. » Si continúa un sistema semejante, todas las ciencias y escuelas de artes del mundo entero no podrán sostener á Inglaterra como gran nación comercial.

El mismo clamor nos llega de América. La verdad del proverbio : « No hay Dios al oeste del Missouri » es notoria en todas partes. El DOLLAR *todopoderoso* es la verdadera divinidad, y su educación es universal. Un diario de Sacramento dice que « los americanos forman un pueblo amante del dinero, y que sabe producirlo. No tiene ni reina, ni aristocracia que lo gobierne; su aristocracia es el dinero. La concupiscencia por la riqueza se sobrepone á cualquiera otra consideración. El fraude en los negocios es regla general en vez de ser la excepción. Envenenamos nuestros comestibles con adulteraciones. Hasta envenenamos nuestros medicamentos con substancias más baratas. Vendemos residuos (borra) por lana. Vendemos taracea por madera sólida. Construímos miserables sotechados con mal ladrillo y peor argamasa y madera verde, y los llamamos casas. Nos robamos y engañamos mutuamente á cada instante y en todo tráfico y negocio, y tan dedicados estamos á hacer dinero, que no tenemos ni siquiera tiempo para protestar, aunque no fuera más que contra los fraude más palpables, sino que nos consolamos siguiendo adelante trampeando y engañando á otros. Pagamos un crecidísimo precio por nuestra idiosincrasia nacional. Estamos destruyendo rápidamente nuestro sentimieuto nacional de honradez é integridad. En aquellos países de nobles y esclavizados, que están gobernados

por monarcas, se arreglan para vivir mucho más barato y mejor que podemos hacerlo nosotros. El fraude suyo es considerado criminal, y el impostor es castigado severamente cuando es conocido y probado. Pero ésos son nebulosos países, que nada saben de libertad: no tienen *Cuatro de Julio*, ni *Wall Street*, ni aristocracias de bacalao ó de residuos. No reconocen que el hecho de tener derecho á su propia vida, á la libertad y á la prosecución de la felicidad (lo que significa dinero) autoriza á todo hombre para estafar á sus vecinos, y excluye la reparación del agravio. »

Es cosa singular, los americamos principian á creer que lo malo de la obra, y la mala voluntad para hacer buen trabajo, es, hasta cierto punto, producto del sistema de educación común. Todos están tan bien educados que se hallan más arriba de lo necesario para poder hacer trabajo manual. No hay aprendices americanos, ni sirvientes americanos. No hablamos sin estar bien apoyados y debidamente seguros, de lo que decimos.

Un escritor del *Scribner's Monthly*, dice que « los americanos hacen un Dios de su sistema de escuelas comunes. Es una traición hablar contra él. El hombre que expresa alguna duda sobre su valor, es considerado como enemigo de la educación.

Pero bien podemos abrir los ojos hacia el hecho de que el preparar á los hombres para la tarea de la vida, especialmente para ese trabajo que depende de la habilidad manual, es un estorbo y un mal. Sólo es mera instrucción superficial, enchapado y embutido. »

Dice el autor del artículo, que el antiguo sistema de aprendizaje ha caído completamente en desuso. Los muchachos están en la escuela y no pueden ser puestos de aprendices para un oficio cualquiera. De aquí que la mayor parte del trabajo mecánico sea hecho por extranjeros. El muchacho que ha ejercitado provechosamente el cultivo de su inteligencia, no gusta de la idea de ganarse la vida por el hábil uso de sus manos en el empleo común de la vida. No tiene agrado por el trabajo

corporal. Busca un empleo llevadero, ó trata de vivir de su ingenio [1].

« Debajo de un castaño de extendidas ramas está situada la fragua de la aldea. »

Así dijo Longfellow. Pero allí ya no está la fragua de la aldea. Cuando fué al norte en busca de herreros el general Armstrong, del colegio para personas de color en Hampton, no encontró americanos que contratar. Todos los herreros eran irlandeses. Y en la próxima generación de irlandeses, cada muchacho estará tan bien educado que no querrá poner las manos en ningún trabajo manual. Para contener esta influencia creciente, declaró últimamente desde el púlpito en Nueva York, un sacerdote que tiene una numerosa familia, que se proponía que cada varón de su familia aprendiera un oficio mecánico, con el cual pudiese ganarse la vida, en caso necesario. Tanto el rico como el pobre debieran ser enseñados á trabajar, el rico hábilmente si fuese posible; porque es casi tan probable que quede pobre, como que alguno de los pobres se hagan ricos; y es una pobre educación aquella que no prepara á un hombre poder atender á sí mismo y á los suyos en la vida.

Últimamente nos hemos estado quejando de lo mal que está

1. Si se pregunta por qué no se hace un esfuerzo universal en favor del restablecimiento del sistema de aprendizaje, responderemos que hay un león muy feo en el camino. Un fabricante de pianos se quejaba que no podía obtener suficientes hombres que le hicieran su trabajo, siendo la causa de esto el hecho de pertenecer sus obreros á una sociedad que se habia encargado de reglementar el número de aprendices que se le permitia instruir en negocio. Habitan limitado el número á *uno*, que era completamente insuficiente el para llenar los pedidos, y el patrón era impotente. Á él no le quedaba más camino abierto que la importación de operarios ya instruidos, de Europa. En pocas palabras, existe una conspiración entre los individuos de las sociedades en todo el país, para alejar á todo muchacho americano de los oficios útiles, y de ese modo está la educación industrial bajo el entredicho de un sistema denigrante que debiera ser suprimido por la mano vigorosa de la ley. Vese pues que mientras la escuela común desvia naturalmente todo de las ocupaciones manuales á las grandes multitudes de los que asisten á ella, aquellos que tienen inclinación para dedicarse á ellas no son libres de hacerlo, porque un ejército grande de hombres de sociedades están en el camino, dominando tanto á los patrones como á los empleados. » — *Scribner's Monthly Illustrated Magazine,* del mes de marzo de 1880.

el comercio; ¿pero mucho de ello no ha acaecido á consecuencia de nuestras faltas? En la aritmética del escritorio dos y dos no siempre son cuatro. ¡Á cuántas astucias no se recurre — en las que no toma parte la honradez — para hacer dinero más rápidamente que los demás! En vez de trabajar pacientemente y bien para ganar un modesto modo de vivir, muchos desean hacerse ricos de golpe. El espíritu de la época no es el de un comerciante, sino el de un jugador. La marcha es demasiado rápida para permitir á ninguno que se detenga á preguntar por aquellos que han caído en el camino. Se apuran; la carrera por la fortuna pertenece al más ligero. Su fe está en el dinero. No se necesita ser profeta para señalar la conexión de nuestro conflicto con el pecado del juego y del fraude comercial, y de la disipación y la vanidad sociales, de la dilatada desolación y miseria.

« Hijo mío, dijo un padre, vas á correr el mundo; puede ser que seas engañado, pero si tal cosa ha de acontecer, engaña mejor que dejarte engañar. » Otro dijo : « Haz dinero honradamente, si puedes; pero si no puedes, hazlo de todos modos. » Un tercero añadió : « La honradez es mejor que la picardía; he practicado las dos cosas. » Por supuesto que transcribimos estas frases como de completa oposición con la verdad y la honradez. Pero bien se puede poner en duda que prevalezcan los elevados principios de conducta en muchas de las clases comerciales en la vida. Un joven principia en los negocios. Progresa lentamente pero con seguridad. Sus ganancias son quizá pequeñas, pero se ha llegado á ellas equitativamente. « Un hombre recto abundará en prosperidad; pero aquel que se precipita para ser rico no será inocente; tiene una vista dañosa, y no reflexiona que la pobreza puede alcanzarlo. »

En las grandes ciudades comerciales se quedan asombrados del esplendor de los jefes del comercio. Se les supone enormemente ricos. Todas las puertas les están abiertas. Disponen de los más altos puestos de la sociedad. Dan bailes, reuniones y comidas. Sus casas están llenas de pinturas de los mejores artistas; sus bodegas llenas de vinos de las más selectas cose-

chas. Su conversación no es variada : generalmente tratan sobre vinos, caballos ó premios. Parece que navegan sobre el áureo mar de una gran fortuna acumulada.

Frecuentemente se dejan arrastrar los hombres de negocios por estos ejemplos, cuando son jóvenes. Si no tienen firmeza y valor, están expuestos á seguir en sus huellas. La primera especulación puede ser quizá una ganancia. La ganancia puede ser seguida por otra, y son arrastrados por el anhelo desordenado de la riqueza. Se vuelven poco escrupulosos y pierden toda prudencia. Sus letras están en todo el mercado para el descuento. Para conservar alto su crédito gastan más dinero en pinturas y hasta en obras de beneficencia. Antes, se apoderaban por la violencia de los bienes de los demás, los hombres insaciables é injustos. Hoy los obtienen por medio de quiebras fraudulentas. Antes, toda empresa era franca; hoy, todo es secreto, hasta que al fin llega el último acontecimiento, y todo queda descubierto. Quiebra el hombre; las letras no tienen valor, ninguno; se venden los cuadros, y el fallido huye para escapar á las maldiciones de sus acreedores.

¡En una quiebra, estaban anotadas en las cuentas más de £ 39,000 como gasto á favor de asilos y obras de beneficencia! « Tengo el testimonio del tenedor de libros, dijo un orador en una reunión de acreedores, para poder asegurar que durante cuatro ó cinco años esta firma ha estado comprando mercancías en inmensa cantidad, é inundando los mercados de Oriente, cuando ya era irremediablemente insolvente, haciendo un tráfico, ó mejor dicho, un juego desvergonzado, para fines comerciales, ó usando una frase común, para crear atmósfera. Espantosa me parece la caridad munífica de una casa de negocios insolvente. Me recuerda la observación de nuestro obispo (de Manchéster), que hay algunos hombres que edifican iglesias con parte de sus bienes mal adquiridos, para empedrar su camino del cielo. »

¿Quién no ha oído de las quiebras de bancos originadas por el juego y el fraude, con el resultado de fortunas perdidas y vicisitudes de familia en todas las clases de tenedores de

acciones? Dice Schiller: « Es atrevido el hecho de apropiarse ilícitamente un millón, pero es grande é inconmensurable robarse una corona; el pecado parece disminuír en proporción del aumento del delito. » Sin embargo, la apropiación ilícita de algunos millones no ha sido considerada como cosa extraordinaria en estos últimos años. Ha habido dinero que se ha tomado de los depósitos de bancos para comprar acciones de ferrocarriles, ó para comprar tierras en alguna lejana colonia, terminando frecuentemente en una caída ruinosa la especulación á favor de una alza. Entonces *quebró el banco* y vino la caída, concluyendo en la ruina y la desolación de mil familias. Hubo hombres que enloquecieron, y mujeres que oraban por ser libradas de sus existencias.

Pity us, God! therr are five of us here,
With threescore year, on the youngest head.
Five of us sitting in sorrow and fear —
Well for our widowed one she is dead.
Could they not wait awhile? we whill not keep them long;
We could live on so little, too, cheerful and brave,
But to leave the old house, where old memories throng,
For the Poorhouse! oh! rather the peace of grave[1]!

1. « Compadeceos de nosotras, ¡oh Dios! aqui estamos cinco, teniendo la menor lo menos sesenta años de edad, somos cinco que estamos envueltas en dolor y desesperación. — ¡Cuán afortunada ha sido la que era viuda, pues ha muerto! ¿No podian haber esperado un poco más? no los hubiéramos hecho aguardar mucho tiempo. Además, ¡podiamos vivir contentas y bien con tan poco, pero tener que abandonar nuestro viejo hogar, donde se agolpan tantos recuerdos antiguos, por el asilo de mendigos! ¡Oh, más vale la paz de la tumbal. »

El doctor Wálter C. Smith, autor de estas lineas, se presentó en una asamblea, en Edimburgo, y dijo que había recibido un gran númeró de cartas sobre este asunto (la quiebra del banco), y algunos de los corresponsales le preguntaban cómo podia ser « un hombre convertido », al ver que hacia tanta bulla sobre el lucro sucio. La calamidad de que se trataba implicaba desgraciadamente grandísimas congojas á sus semejantes, y que por su parte no tenia gran simpatía por una religión que tenia tan poca simpatía con el sufrimiento de sus hermanos. Estaba avergonzado de que semejantes fraudes hubieran sido llevados á cabo entre ellos por hombres de confianza, pero que esperaba que su querida patria saldría de la triste obscuridad con su honra sin mancha, y que entraria en una carrera de activo trabajo con una atmósfera más pura y sana que antes. Fué preguntado si era un caso cierto el de

Hombres que ya son ricos, pero que se apuran por ser más ricos aún, se lanzan en desenfrenadas especulaciones con la mira de hacer dinero más rápidamente que antes. ¿Con qué resultado? Sólo para desembarcarlos en irremediable bancarrota. Hay muchos casos que pueden probarlo. Un banquero rico de Tipperary — radical y demagogo — se hizo elegir para el Parlamento, y andando el tiempo, y para aquietarlo, se le hizo lord del tesoro. Parecía que brillaba ante sus ojos una corona de barón. Pero en esto sufrió un desengaño. Se había embarcado en ferrocarrilles italianos, americanos y españoles, y perdió mucho. Entonces principió á falsificar documentos, escrituras de traspaso, letras por cientos de miles de libras esterlinas. Sus proyectos hábiles, pero sin principios de honradez, fracasaron completamente; sus letras no fueron aceptadas; su ruina era inminente. Tarde de la noche entró en su escritorio, y sacó de allí un frasco de ácido prúsico. Caminó hasta Hampstead Heath, bebió el veneno, y murió.

¡Qué escenas hubo en las calles Thurles y Tipperary después que se anunció su muerte! Ancianos llorando y lamentándose de la pérdida de todo, viudas de rodillas en el suelo y preguntado á Dios si podía ser cierto que para siempre hubieran sido sumidas en la mendicidad. Y era verdad, sin embargo. El banquero y lord del tesoro había perdido el último chelín de su banco, y metídose de un fraude en otro mucho mayor, para rehacerse de sus pérdidas, lo que sólo sirvió para echar sobre los que le rodeaban una ruina mayor y más irremediable.

Una de las últimas cartas que escribió fué á su primo. Decía: « ¡Á qué infamia he llegado paso á paso, apilando crimen sobre crimen! ¡Soy causa de la ruina, de la miseria, y de la desdicha de millares! ¡Oh! ¡cuánto lo siento por aquellos

las cinco hermanas ancianas, que muchos habían leído. *Era* un caso real y verdadero, y que jamás podría olvidar el momento en que vió por primera vez á esas señoras, nueve días después de haber quebrado el banco. Durante ese tiempo no se había guisado ninguna comida en aquella casa, sus ropas no se las habían sacado de sus cuerpos, y ni siquiera se habían acostado, tan aturdidas y aterradas estaban, esperanzadas vagamente de que el buen Dios vendría y las libraría del mal que las amenazaba.

sobre quienes debe caer esta ruina! Podría soportar cualquier castigo, pero no podría soportar la vista de sus sufrimientos. Es mejor que no viva. ¡Ah! ¡ojalá que nunca hubiera salido de Irlanda! ¡Oh! si hubiera resistido las primeras intenciones de meterme en especulaciones! Hubiera sido entonces lo que era, honrado y digno. Ahora lloro constantemente, pero ¿de qué puede servir eso[1]? »

Las naciones, lo mismo que los individuos, pueden dejar de ser honradas. Su condición tiene que ser medida por el estado de sus *tres por ciento*. España, Grecía y Turquía están afectadas en el mundo comercial: España fué muerta por sus riquezas. El oro con que se inundaba España de sus conquistadas colonias en la América del Sur, degradaron á su pueblo, y lo hizo indolente y holgazán. En nuestros días un español se

1. « Este innoble amor por la holganza y el placer, dijo el obispo de Peterborough, la degradante adoración de la riqueza; los desmoralizadores fraudes y picardías que provienen del desordenado deseo de poseerla; el descabellado derroche del lujo que muy á menudo sigue su posesión; la impudencia del vicio que, engreida con orgullo y abundancia de pan, ya no condesciende á pagar á la virtud ni aun el tributo de la hipocresía, el bajo cinismo que aleja con el desprecio todos aquellos pensamientos mejores y propósitos más elevados que son el mismo aliento de la vida más noble de una nación; y, emanando de éstos, la lucha de los intereses, la lucha de las clases ensanchándose y profundizándose día por día, como el egoísmo envidioso de la pobreza se levanta en reacción natural contra el egoísmo fastuoso de la riqueza; el odio torpe y desesperado con que llegan al fin á ver todo el orden social aquellos que quieren y que no tienen, que les parece que no es más que un plan vasto para su opresión, los estrafalarios sueños de cambio revolucionario que ha de dar á todos por igual, sin el trabajo de la labor y de la abnegación, estos goces que ahora son la privilegiada propiedad de los menos, porque los más anhelan poseer con un deseo amargo y persistente: éstas son algunas de las semillas del mal que, sembradas en nuestro mismo suelo y por nuestras mismas manos, pueden algún día levantarse como un inmenso ejército, á quien se debe temer más que á las huestes invasoras de algún enemigo extranjero. El relumbrar y el brillo de nuestra civilización moderna podrá ocultar esto á nuestra vista por algún tiempo; podremos dejar de ver cómo se secan en su atmósfera calentada algunos de los más valiosos elementos de nuestra grandeza nacional, ó las cosas malas que crecen para madurar en las sombras obscuras que arroja, pero con todo, allí están, y si no los atendemos y no los reformamos, puede llegar el día en que deseemos que la disciplina severa y templadora de la guerra — aun más, hasta las terribles pruebas y calamidades de la derrota — nos hubieran visitado á tiempo para salvarnos de horrores más grandes, engendrados y alimentados por nuestras mismas culpas en los tiempos de la abundancia y de la paz más profundas. »

ruboriza del trabajo; no se ruborizará si tiene que mendigar[1]. Grecia ha repudiado sus deudas por muchos años. Al igual de Turquía, no tiene con qué pagar. Todos los trabajos de la industria son hechos por extranjeros en esos países.

Muchas cosas mejores podían haberse esperado de Pensylvania y los demás Estados americanos que repudiaron sus deudas hace muchos años. Éstos eran Estados ricos, y el dinero pedido prestado á Europa los hizo más ricos, abriéndoles caminos, y construyendo canales para beneficio del pueblo. El reverendo Sidney Smith, que prestó su dinero, « los ahorros de las ganancias hechas con dificultad y privaciones durante toda su vida, » dió á conocer al mundo su pérdida. Dirigió una protesta al congreso de Wáshington, que después publicó. « Los americanos, decía, que se jactan de haber mejorado las instituciones del viejo mundo, han igualado por lo menos sus crímenes. Una gran nación, después de haber pisoteado toda tiranía terrrestre, se ha hecho culpable de un fraude tan grande como el que jamás haya deshonrado al peor de los reyes de la más degradada nación de Europa. »

El Estado de Illinois obró noblemente, aunque era pobre. Había pedido dinero prestado lo mismo que Pensylvania, con objeto de llevar á cabo mejoras interiores. Cuando los habitantes de Pensylvania dieron el ejemplo de repudiar sus deu-

1. Ya hemos protestado en otro libro, *El Ahorro,* contra ciertas injustas indicaciones de Mr. Smiles relativas á España; no tenemos, por consiguiente, que repetir aquí nuestros argumentos, pero no podemos permitir que circule como moneda corriente un error tan grave como el de comparar el crédito público de España con el de otros Estados que en vez de adelantar, á pesar de los *desinteresados* y sabios consejos de Inglaterra, han tenido la desgracia de llegar á una decadencia de todos conocida.

Nadie puede negar la influencia de Inglaterra en Atenas y en Constantinopla, sin embargo, no ha sido suficiente para que Grecia y Turquia paguen los intereses de su deuda. España paga con puntualidad absoluta sus cupones, y el 4 por 100 exterior español se cotiza en las Bolsas europeas á 76 ó 77, mientras, que el 5 por 100 turco vale de 14 á 415.

Los hombres de Estado españoles se ocupan con preferencia especial en sostener á la mayor altura posible el crédito público, y preciso el reconocer que durante los últimos veinte años España ha ganado mucho en ese concepto.

(N. del T.)

das, muchos de los Estados pobres querían seguir sus huellas. Como cada propietario tenía un voto, era fácil repudiar sus deudas, si no hubiesen sido íntegros. Reunióse una convención en Springfield, capital del Estado, y el proyecto de negación fué presentado á la asemblea. Iba á ser adoptado, cuando fué impedido por un hombre honrado. Esteban A. Douglas (permitid que sea mencionado su honrado nombre) estaba enfermo, en cama, en su hotel, y quiso ser llevado á la convención. Fué conducido sobre un colchón, pues estaba demasiado enfermo para poder caminar. Acostado de espaldas escribió la siguiente resolución, que presentó en substitución del proyecto de repudiación :

« Se decreta que Illinois *quiere ser honrado*, aunque jamás pueda pagar un centavo. »

La resolución conmovió el sentimiento honrado de los miembros de la convención. Fué adoptada con entusiasmo. Dió un golpe mortal al sistema de repudiación. Inmediatamente subieron las acciones de los canales. Fluyeron al Estado el capital y la emigración, y el Illinois es ahora uno de los Estados más florecientes de América. Tiene más millas de ferrocarriles que calquiera otro de los Estados. Sus vastas praderas son una inmensa sementera de granos, y están pobladas de centenares de miles de tranquilos y felices hogares. Esto es lo que hace la honradez.

La verdad es que nos estamos volviendo muy egoístas. Pensamos en nosotros mismos muchísimo más que en los otros. Cuanto más consagrados al placer, tanto menos pensamos en nuestros semejantes. Las personas egoístas son impenetrables para las necesidades de los demás. Viven en una especie de armadura de cota de malla, y ningún arma las puede atravesar, ya sea de miseria ó de necesidad. Sus sentidos están abiertos únicamente para aquellos que pueden contribuír á sus placeres. « Hay hombres, dice san Crisóstomo, qué parecen haber venido al mundo sólo para el placer, y para que puedan engordar este cuerpo perecedero... Á la vista de sus exuberantes mesas se retiran los ángeles — Dios es ofendido — los demonios se

deleitan, los hombres virtuosos se disgustan, y hasta los virvientes se mofan y se rien... Los hombres justos que ya han pasado antes que nosotros, dejaban las suntuosas fiestas á los tiranos y para los hombres enriquecidos por el crímen, que eran el azote del mundo. »

Ya no sabemos cómo vivir con poco. El hombre tiene que vivir con lujo en torno suyo. Y sin embargo, la vida de un hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posee; debe vivir honradamente aunque sea pobre. Desprendimiento de lo superfluo, y hasta falta de lo relativamente necesario, es el camino real para la abnegación cristiana, lo mismo que para la antigua fuerza de carácter. Lo que más necesita nuestra época, es un hombre capaz de satisfacer todo deseo equitativo y que, sin embargo, esté satisfecho con poco. « Un gran corazón en una casa pequeña, dice Lacordaire, es lo que aquí abajo ha causado más impresión en mi corazón. ¡Feliz el hombre que ha sembrado lo bueno y lo verdadero; no le ha de faltar la cosecha ! »

He aquí un bello ejemplo de honradez y rectitud por parte de un pobre labrador alemán. Bernardino de Saint-Pierre ha referido esta historia en sus *Études de la Nature*. Servía éste como ingeniero á las órdenes del conde de Saint-Germain, durante su campaña en la Hesse, en 1760. Por primera vez trababa conocimiento con los horrores de la guerra. Cada día pasaba por aldeas saqueadas y campos y alquerías asoladas. Huían llorando los hombres, las mujeres y los niños de sus chozas. Por todas partes se veían hombres armados que destruían el fruto de sus labores, considerándolo como parte de su gloria. Pero en medio de tantos actos de crueldad, sintióse consolado Saint-Pierre por un rasgo sublime de carácter, manifestado por un pobre campesino cuya choza y alquería estaban en el camino del ejército que avanzaba.

Se ordenó á un capitán de dragones que marchara con su compañía en busca de forraje. Llegaron á una pobre choza y llamaron á la puerta. Apareció un anciano de barba blanca. « Conducidme á un campo, dijo el oficial, donde pueda obtener

forraje para mi compañía. — Inmediatamente, señor, — contestó el anciano. Púsose á su cabeza y subió el valle. Como media hora después de marchar, estaba á la vista un hermoso campo de cebada. « Éste llena mi propósito admirablemente, dijo el oficial. No, replicó el anciano, esperad un poco, y todo quedará bien. » Continuaron la marcha hasta que llegaron á otro campo de cebada. Desmontó la compañía, segó el grano, y atándolo en mazos, volvieron á montar á caballo. « Amigo, dijo el oficial, ¿por qué nos habéis traído tan lejos? El primer campo de cebada que vimos era tan bueno come éste. Es muy cierto, contestó el campesino, ¡pero *no era mío!* »

CAPÍTULO IV

Hombres que no pueden ser comprados.

Tú mismo tienes que ser honrado, si quieres enseñar la verdad; vive honestamente, y tu vida será un credo grande y noble.

Es muy bueno el mundo en que vivimos para prestar, ó gastar, ó dar en él; pero para suplicar, ó pedir prestado, ó para obtener lo que pertenece á otro, es el peor de los mundos que jamás se haya conocido. — BULWER LYTTON [1].

El buen nombre en el hombre y en la mujer, mi estimado señor, es la joya más inmediata de sus almas: quien me roba mi dinero, roba cosa de escasa entidad ó valor, casi nada; era mío, es suyo, y ha sido esclavo de miles; pero aquel que me hurta mi buen nombre, me roba lo que á él no le enriquece, y me hace pobre realmente. — SHAKSPEARE [2].

El honor vale más que el dinero. — *Proverbio francés* [3].

Primero, hay hombres que *pueden* ser comprados. Existen innumerables bribones que están dispuestos á vender sus cuerpos

1. Thou must be brave thyself,
If thou the truth would teach;
Live truly, and thy life shall be
A great and noble creed.
'Tis a very good world we live in,
To lend, or to spend, or to give in;
But to beg, or to borrow, or get a man's own,
'Tis the very worst world that ever was known.
BULWER LYTTON.

2. God name in man and woman, dear my lord,
Is the immediate jewel of their souls:
Who steals my purse, steals trash; 'tis something nothing;
'Twas mine, 'tis his, and has been slave to thousands;
But he that filches fron me my good name,
Rohs me of that which not enriches him,
And maker me poor indeed. — SHAKESPEARE.

3. L'honneur vaut mieux que l'argent. — *Proverbe français.*

y sus almas por dinero y por bebidas. ¿Quién no ha oido de las elecciones que fueron nulas á causa del soborno y de la corrupción? No es ésta la manera de disfrutar de la libertad, y de conservarla. Los hombres que se venden son esclavos; sus compradores son pícaros, sin principios de moral ni de religión. La libertad tiene sus añagazas. « Estoy parado sobre el suelo de la libertad, » decía un orador. « No es cierto, replicó un zapatero que estaba en el auditorio, estáis parado sobre un par de botas que aun no me habéis pagado. »

La tendencia de los hombres es ir siempre con el mayor, con los *¡viva!* « La mayoría, decía Schiller, ¿que significa eso? El criterio siempre se ha fijado con los menos. Los votos debieran ser pesados y no contados. El Estado en que domina el número y en que resuelve la ignorancia, tiene que ir tarde ó temprano á su ruina. »

Cuando tuvo lugar la secesión de la Iglesia escocesa, dijo Normán Macleod, que para la carne era una gran prueba perseverar en el bando impopular, y cumplir lo que la conciencia ordenaba como línea de conducta. El denuesto y el escarnio le salubada á cada vuelta. « Hoy he visto un sepulcro, dice en una de sus cartas, en la capilla de Holyrood, con esta inscripción: *¡Aquí reposa un hombre honrado!* Sólo deseo vivir de tal modo que pueda merecer ese mismo *elogio.* »

Los ignorantes y los indolentes están á merced de los pícaros; y los ignorantes forman hasta ahora el mayor número. Cuando fué llevado un charlatán ante el tribunal correccional de París por obstruír el Pont-Neuf, le dijo el magistrado: «¿Cómo es que atraéis tal muchedumbre en torno vuestro, y le sacáis tanto dinero vendiéndole vuestro *infalible* menjurge? — Señor juez, replicó el charlatán, ¿cuántas personas creéis que atraviesan cada hora el Pont-Neuf? — Lo ignoro, contestó éste. — Yo os lo puedo decir: unas diez mil; y de éstas ¿cuántas creéis que son sensatas? — Oh, ¡quizá unas cien! — Eso es demasiado, dijo el charlatán, pero os dejo las cien personas, y tomo para parroquianos míos las nueve mil novecientas restantes! »

Los hombres son sobornados por todas partes. No tienen ningún espíritu de probidad, de respeto propio, ó de dignidad varonil. Si lo tuvieran, rechazarían con desprecio todos los sobornos. Los empleados del gobierno se ven asediados para que pasen artículos, sirvan ó no sirvan para el uso. De aquí que el calzado medio embreado del soldado se destruya en una marcha; sus levitas de paños tejidos con borra se hacen pedazos; sus alimentos conservados en tarros de hoja de lata, se encuentran averiados. El capitán Nares tuvo que dar un triste informe sobre la alimentación de sus marineros, mientras estuvieron en las regiones árticas. Todo esto se lleva á cabo por el soborno y la corrupción en las clases bajas del servicio civil.

Mucho se hace en la línea de comisiones ilícitas. Un asunto que halla resistencia, llega hasta cierto empleado, y éste pasa el informe favorable. De esa manera se enriquecen muchos que tienen un sueldo modesto. Después de un hecho notable de corrupción que había sido llevado á cabo por un empleado de la administración pública de una compañía, se puso sobre la puerta de la oficina la siguiente inscripción : « Los empleados de la compañía no podrán aceptar sobornos. » El cocinero recibe una comisión del mercader; el repostero está en secreta connivencia con el almacenero.

« Estas comisiones ilícitas, dice el *Times*, contribuyen mucho á envenenar las relaciones comerciales. Pero si el vicio subiera alguna vez del vestíbulo de los sirvientes, ó del mercado, é invadiese cualquier oficina pública, se acabaría toda eficiencia y toda confianza en los hombres públicos. Es de suma importancia que el servicio público sea puro, y que ninguna sospecha pueda recaer sobre el nombre de ningún empleado en un puesto de confianza. Sería un día desdichado aquel en que se sospechara generalmente que los empleados civiles reciben propinas ó sobornos. »

Un inventor propuso un método para marcar el número de personas que entraban en un omnibus, pero el secretario no pudo mantenerlo. « No, no sirve absolutamente, dijo; el instrumento que necesitamos es uno que haga que nuestros empiea-

dos sean honrados, y ése, mucho me temo que no podamos encontrarlo! » ¡Queremos hombres honrados! es el clamor que se oye en todas partes. Los tribunales de policía descubren frecuentísimamente los robos y fraudes de personas en quienes se había depositado confianza; y el resultado es que son arrastrados de la confianza á la ruina. Lo que más se necesita, es carácter digno de crédito.

El carácter equivale á ser digno de confianza, y convence á los demás, por sus actos, de que pueden fiarse en el que lo posee.

Fuera de Inglaterra es lo mismo. Los peores son la Rusia, el Egipto y España. La corrupción de los empleados públicos en Rusia, es lo más vergonzoso, hasta en los más elevados puestos. Tenéis que comprar á fuerza de oro lo que tengáis que hacer. Desde los arreglos entre los proveedores y empleados que tienen que comprobar, hasta la entrega directa de los materiales, prevalece innegablemente el cohecho en todas las formas imaginables.

La disculpa que se da, es que los empleados públicos están muy mal retribuídos. El ferrocarril entre Petersburgo y Moscou fué construído con un gran costo.

Inmensas sumas fueron pagadas á los ingenieros y obreros, y robadas por los inspectores y directores.

Acompañaba el príncipe Mentchikoff á su imperial señor en una excursión á través de la capital, hecha en obsequio del embajador persa, que hacía una visita al país. El persa miraba y observaba las doradas cúpulas, las columnas de granito, millas de tiendas brillantes, con verdadera indiferencia oriental. Al fin se inclinó el emperador hacia su favorito, y le dijo quedo y con aire mortificado: « ¿No podremos encontrar algo que asombre á este individuo? — Si, señor, contestó el príncipe, ¡mostradle las cuentas del ferrocarril de Petersburgo á Moscou! » En Alejandría (Egipto), es enorme el *gotear*, como allí se le llama, á no ser que se le compre con oro. En España, todo buque tiene que abrirse paso para el puerto después de haber sobornado á los empleados de aduana. La disculpa es

la misma que en Rusia: los empleados civiles de España no pueden vivir si no admiten cohecho [1].

Hasta en las repúblicas son capaces y están dispuestos á ser sobornados. El dinero vence muchas dificultades, resuelve muchos problemas. En los Estados Unidos, nata y flor de las repúblicas, se lleva á cabo el cohecho al por mayor. El solo sueldo de un empleado no es suficiente. Hasta los más altamente colocados en empleos se dejan sobornar con obsequios de carruajes y caballos, y hasta con dinero efectivo. Los hombres de Estado americaños más previsores y honrades, ven que el agio y la corrupción están minando la influencia de la administración, y envileciendo la regla fija de la virtud pública [2].

1. En materia de sobornos y de cohechos, ocurre en España lo que en todas partes. ¿Conoce el señor Smiles algún pais del mundo en el cual los empleados públicos sean incorruptibles? ¿Cómo se llama ese pais? ¿en dónde está? ¿Es Inglaterra? ¿serán los Estados Unidos? No tendriamos que esforzarnos mucho para citar mil ejemplos públicos de prevaricación divulgados por la prensa ó juzgados por los tribunales. Toda administración es obra humana y como tal sujeta á imperfecciones y fraudes; lo mismo en España que en Inglaterra, lo mismo en Italia que en Alemania. Mejorar las condiciones de la administración, moralizar á los empleados, es una obra laudable á la cual se aplican los hombres de Estado y que adelanta visiblemente con los progresos de la instrucción. Decir que *en España todo buque tiene que abrirse paso para el puerto después de haber sobornado á los empleados de aduana*, es decir una inconveniencia que no merece por nuestra parte ni siquiera que le concedamos los honores de una refutación.

(N del T.).

2. Véase la *North American Review*, de enero de 1871. Dice Jacobo D. Cox, « que la caza degradante por los empleos públicos y los dineros públicos, se extiende por todos los Estados. No hay un villorrio, por apartado é insignificante que sea, cuya atmósfera moral haya escapado al contagio. Cuando uno de los partidos contendientes en el Estado ha vencido al otro, hay casi una limpia desde los empleos de sueldo é influencia, hasta el más insignificante escribiente. El grito de guerra es: *¡Al vencedor corresponden los despojos!* Tenemos que confesar con vergüenza, agrega Mr. Cox, que su efecto sobre nuestra política sea el mismo que el grito de *¡Belleza y botín!* en un ejército que entra en una ciudad tomada por asalo. Nos hemos familiarizado tanto con una arrebatiña en tal extremo ignominiosa, que nos sorprendemos de nuestra misma apatía, y principiamos á comprender el hecho de que á la conciencia pública se le ha abierto un cauterio. » (p. 89). Durante la administración de Johnson « existia un estado de cosas que podia rivalizar con la era más frorompida que se pueda hallar en la historia de cualquier nación. » El sicocantismo, la adulación, el soborno y todo el resto del asqueroso catálogo de

Lo mismo ha sido en todas partes del mundo. Poco importa el nombre de la forma de gobierno — ya sea monarquía, aristocracia, ó república. No es la forma de gobierno, sino los hombres que la administran. Usado de un modo egoísta, el poder político es una maledición; usado inteligente é imparcialmente, puede llegar á ser una de las mayores bendiciones para la comunidad. Si el egoísmo principia con las clases que gobiernan, ¡ay del país gobernado! El mal se esparce hacia abajo y envuelve á todas las clases, hasta á las más pobres. El curso de la vida se convierte en una carrera tras la riqueza y el *yo*. Los principios de moral son abandonados. La honradez es un virtud olvidada. La confianza expira; y la sociedad se convierte en una contienda por empleos y dinero.

Con todo, hay hombres que han rehusado ser comprados, en todos los tiempos y en todas las edades. Hasta los más pobres, inspirados por el deber, han rehusado venderse por dinero. Entre los indios norte americanos es considerado indigno de un hombre valiente el anhelo por la riqueza, de modo que el jefe es á menudo el más pobre de su tribu. Los mejores bienhechores de la raza han sido hombres pobres, entre los israelitas, entre los griegos, y entre los romanos. Elisha estaba con el arado cuando fué llamado á ser profeta, y Cincinato estaba en sus campos cuando fué llamado para mandar los ejércitos de Roma. Sócrates y Epaminondas eran de los hombres más pobres de Grecia. Así fueron los pescadores de Galilea, los inspirados fundadores de nuestra religión.

Arístides era llamado *el Justo*, á causa de su integridad inflexible. Su sentimiento de la justicia era inmaculado, y su abnegación intachable. Peleó en Maratón, en Silamis, y mandó en la batalla de Platea. Ápesar de haber ocupado los más elevados puestos en el Estado, murió pobre. Nada le podía com-

los vicios políticos, se aumenta conforme descendemos, hasta que llegamos al *crudo* que ejecuta la falsificación de boletas ó pelea en riña por su partido, haciendo su ganancia robando el dinero que ha recibido de algún candidato para « convidar á los electores independientes, que pueden ser comprados con una copita de *whiskey*. » (p. 92).

prar, nada le podía desviar de su deber. Se dice que los atenienses se hicieron más virtuosos por el hecho de contemplar su brillante ejemplo. En la representación de una de las tragedias de Esquilo, al expresarse una sentencia en favor de la bondad moral, se dirigieron involuntariamente las miradas del auditorio hacia Arístides.

Foción, el general ateniense, hombre de gran valor y previsión, era apellidado *el Bueno*. Cuando Alejandro el Grande hacía correrías por la Grecia, trató de ganarle de su lealtad. Le ofreció riquezas y la elección de cuatro ciudades en Asia. La contestación de Foción demostró el inmaculado carácter del hombre. « Si Alejandro me estima realmente, dijo, que me deje mi honradez. »

Sin embargo, Demóstenes, el elocuente, pudo ser comprado. Cuando llegó á Atenas Harpalo, uno de los jefes de Alejandro, tenían los oradores la mirada sobre su oro. Demóstenes fué uno de ellos. ¿Qué es la elocuencia sin la honradez? En su visita á Harpalo, notó el jefe que á Demóstenes le gustaba mucho una de las copas del rey, hermosamente cincelada. Le pidió que la tomara en la mano para que sintiera su peso. « ¿Cuánto podría contener? preguntó Demóstenes. — Os podría llevar veinte talentos, » contestó Harpalo. Aquella noche le fué enviada la copa á Demóstenes, con veinte talentos en ella. El regalo no fué rechazado. Esta circunstancia originó el oprobio del orador, y poco después se envenenó.

Cicerón, por el contrario, rehusaba todo regalo de sus amigos, lo mismo que de los enemigos de su patria. Algún tiempo después de su asesinato, encontró César á uno de sus nietos con un libro de Cicerón en la mano. El muchacho quiso esconderlo, pero César se lo tomó. Después de recorrerlo, se lo devolvió al niño, diciendo : « Mi querido hijo, ése era un hombre elocuente y amante de su patria. »

Cuando Bias fué preguntado por qué, al igual de sus compatriotas, no cargaba parte de sus bienes, cuando todos estaban obligados á huír, dijo : « Vuestra sorpresa no tiene razón de ser, llevo conmigo todas mis riquezas. »

Cuando Diocleciano hubo dejado por un tiempo la púrpura imperial, le invitó Maximiliano á que volviera á tomar las riendas del gobierno. « Si os pudiera mostrar las coles que he plantado con mis propias manos en Salona, y los hermosos melones que he estado madurando, y los encantadores plantíos que he puesto en torno de mi *villa*, no se me exigiría por más tiempo que abandonara la fruición de la felicidad por la prosecución del poder. »

Aquello por lo que había trabajado era suyo, el fruto de su propio trabajo y esmero. Había llenado su alma con el espíritu de la laboriosidad, que da perseverancia al obrero, determinación al guerrero, y firmeza al hombre de Estado. La labor cierra las primeras avenidas hacia la ignominia, abre un campo más vasto para el desarrollo de todo talento, é inspira con nuevo vigor la ejecución de todo deber social y religioso. De aquí e que los romanos quisieran que Diocleciano volviera á sus deberes políticos.

La satisfacción es también mejor que el lujo ó el poder, y á la verdad, es la riqueza natural. María, la hermana de Isabel, deseaba frecuentemente más bien haber nacido lechera que reina. Se hubiera evitado el tormento de un amor no correspondido, y la degradación del poder por la mano de sus ministros. Muchos mártires se habrían salvado de ser quemados.

Los hombres esforzados y honrados no trabajan por el oro. Trabajan por amor, por honor, por carácter. Cuando Sócrates sufrió la muerte antes que abandonar sus ideas de verdadera moral, cuando Las Casas se esforzaba en mitigar las torturas de los pobres indios, no tenían pensamiento alguno de dinero ó de país. Trabajaban por la elevación de todos los que pensaban y por el alivio de todos los que sufrían.

Cuando Miguel Ángel fué nombrado por el Papa para encargarse de la dirección de los trabajos de San Pedro, sólo consintió con la condición de que no recibiría sueldo, sino que había de trabajar *por amor á Dios únicamente.* « Guardad vuestro dinero, dijo Wiertz de Bruselas á un caballero que deseaba comprar unas de sus pinturas, el dinero da el golpe de muerte

al arte. » Hay que confesar, también, que Wiertz era un hombre de carácter exagerado.

En la vida política, el empleo y el dinero están demasiado en demanda. El beneficio del empleo, cuando no es ganado debidamente por el servicio público, resulta á menudo ser la corrupción de la moral. Es la substitución de un móvil inferior por uno patriótico; y donde quiera que prevalece por consideraciones de favoritismo personal, degrada la política y envilece el carácter.

Andrés Marvell era un patriota de antiguo molde romano. Vivió en tiempos de revueltas. Nació en Hull á principios del reinado de Carlos I. Cuando joven pasó cuatro años en el *Trinity College* de Cambridge. Después viajó por Europa. En Italia se encontró con Milton, y continuó siendo su amigo mientras vivió. Á su regreso á Inglaterra ardía la guerra civil. No consta que haya tomado parte en la contienda, aunque siempre fué defensor y agitador en favor de la libertad. En 1660 fué elegido por su ciudad para representante en el Parlamento, y mientras ocupaba ese puesto escribió al regidor y alcaldes por cada correo, dándoles cuenta de los asuntos del Parlamento.

Márvell no simpatizaba con las tendencias antimonárquicas de Milton. Su biógrafo le llama « el amigo de Inglaterra, de la libertad, y de la Magna Carta. » No se oponía á una monarquía convenientemente restringida, y por eso apoyaba la Restauración. Él pueblo la deseaba, creyendo que la vuelta de Carlos II sería la restauración de la paz y de la lealtad. Estaba muy equivocado. Marvell fué nombrado para acompañar á lord Carlisle en una embajada á Rusia, lo que demuestra que no era considerado como enemigo de la corte. Durante su ausencia se había hecho mucho mal. El rey repuesto estaba constantemente necesitando dinero. Recurrió á todos los medios, vendiendo empleos é instituyendo monopolios, para satisfacer su perpetua necesidad. En una de las cartas de Marvell á sus electores, decía : « La corte se halla en el pináculo de carencia y gastos superfluos, y el pueblo está descontentísimo. » En un juicio de dos cuákueros, Penn y Mead, en la *Old Bailey*, dijo:

el fiscal entre otras cosas, al ensalzar la Inquisición española, *que jamás estaría todo en orden hasta que no tuviéramos algo parecido.*

El rey continuó recogiendo dinero sin ningún escrupulo, por medio de sus cortesanos y de los patriotas apóstatas. Los compró con cohechos de miles de libras esterlinas. Pero á Marvell no se le podía comprar. Fueron publicadas sus sátiras contra la corte y sus parásitos. Fueron leídas por todas las clases, desde el rey al traficante. El rey se propuso ganarlo á su partido. Fué amenazado, fué halagado, fué contrariado, fué acariciado, fué rodeado de espías, fué asechado por salteadores, y cortejado por bellezas. Pero ninguna Dalila pudo descubrir el secreto de su fuerza. Su integridad era á toda prueba, contra el peligro lo mismo que contra la corrupción. La altivez es la aliada de los principios morales contra las amenazas y los cohechos.

En una corte en que ningún hombre era considerado honrado, y ninguna mujer casta, era cultivado á la perfección este benigno hechizo; pero honrándose y respetándose á sí mismo, Marvell estaba á prueba contra sus encantos.

Se ha referido que el lord del tesoro, Danby, creyendo poder comprar á su antiguo condiscípulo, fué á visitar á Marvell en su guardilla. Al retirarse, deslizó en su mano el lord tesorero una orden contra el tesoro por mil libras esterlinas, y en seguida se dirigió á su carretela. Marvell miró el papel y dijo al tesorero : « Milord, os pido un momento más. » Subieron otra vez á la guardilla, y fué llamado Juan, el sirviente. « Juan, ¿que tuve ayer para comer? — ¿No os acordáis, señor ? tuvisteis la pequeña pierna de carnero que me mandasteis buscar de una mujer del mercado. — Exactamente, muchacho. ¿Qué tengo hoy para la comida? — ¿No sabéis, señor, que me mandasteis que os asara el pernil? — Así es, cabal; retírate. — Milord, dijo Marvell, dirigiéndose al tesorero, ¿habéis oído? La comida de Andrés Marvell ya está suministrada; aquí está vuestro pedazo de papel. No lo quiero. Sabía el favor que os proponíais hacerme. Aquí estoy para servir á mis electores; el

ministerio puede buscar hombres para sus propósitos, yo no soy de ellos. »

Marvell se condujo noblemente hasta el fin. Permaneció intachable en su carácter. Era el verdadero representante de sus electores. Aunque no era pobre, fué sencillo y frugal su modo de vivir. En julio de 1678, visitó por última vez á sus electores. Poco después de su regreso á Londres expiró, sin haber tenido ninguna enfermedad anterior ó alguna decadencia visible. Algunos dicen que murió envenado. Esto puede no ser verdad.

Pero es cierto que murió siendo un hombre honrado. Siempre conservó su pureza. Siempre defendió lo justo. Era « amado por los buenos, temido por los malos, imitado por pocos, y difícilmente igualado por ninguno. » Estas son las palabras que hay sobre la lápida de su sepulcro en Hull.

Ben Jonson, lo mismo que Marvell, era brusco y sincero en el hablar. Cuando Carlos I, envió al intrépido poeta una tarda y pequeña recompensa durante su pobreza y enfermedad, devolvió Ben el dinero con el mensaje : « Supongo que me envía esto porque vivo en una callejuela : decidle que su alma vive también en una callejuela. »

Góldsmith era igualmente un hombre á quien no se podía camprar. Había viajado á través de Europa, pagando su pasaje con su flauta. Había dormido en los galpones y bajo el cielo raso. Hizo de actor, de ujier y de médico; y con todo, se moría de hambre. Entonces ensayó hacerse autor, y se hizo caballero. Pero jamás escapó por completo de las garras de la pobreza. Se describió á sí mismo como á una persona que « escribía por ganarse el pan en una guardilla, y que espera ser embargado por una cuenta de leche no pagada. » Un día recibió Johnson un mensaje de Góldsmith, en que le decía que se hallaba en gran escasez. El doctor fué á verle, y halló que la dueña de la casa le había arrestado por los alquileres. Lo único que tenía de que disponer era un paquete de manuscritos.

Johnson los tomó, y vió que era el *Vicario de Wakefield*. Habién-

dose cerciorado de su mérito, lo llevó Johnson á un librero y lo vendió por sesenta libras esterlinas [1].

Á pesar de ser pobre entonces, y á pesar de haber sido pobre hasta que murió, pues murió endeudado, Góldsmith no pudo ser comprado. Rehusó no trabajar limpio en política. Como 50,000 libras esterlinas anuales gastaba entonces sir Roberto Walpole de dinero para servicios secretos. Escritores de poca nota eran sobornados diariamente para ensalzar los actos de la administración, y para deprimir la de sus opositores. En la época de lord North, *Junius* estaba en la oposición. Se resolvió asalariar á Góldsmith para que inutilizara su terrible sarcasmo. Para arreglarse con él, fuéle enviado el doctor Scott, capellán de lord Sándwich. « Le encontré, dice el doctor Scott, en una vivienda miserable en el Temple. Le expuse mi misión. Expliquéle el modo cómo estaba yo autorizado para pagarle sus trabajos, y, ¿lo creeréis? fué tan absurdo que me dijo: *Puedo ganar lo suficiente para llenar mis necesidades sin escribir para ningún partido; la ayuda que me ofrecéis me es innecesaria.* Así es que le dejé en su guardilla! »

¡De ese modo despreció el salario de lo inicuo el pobre y noble Góldsmith! Prefirió usar su pluma para escribir el célebre cuento *Goody Two Shoes* para diversión de niños, antes que convertirse en libelista alquilón de prostituídos políticos. Pulteney, el jefe de la oposición en la cámara de los Comunes, hizo una cita latina en uno de sus discursos y fué corregido por sir Roberto Walpole, quien le apostó una guinea á que no era exacta la cita. La apuesta fué aceptada, y se consultó el autor clásico, y se halló que Pulteney tenía razón. El ministro tiró sobre la mesa una guinea, y al recorgela Pulteney, puso de testigo á la cámara de que ésta era la primera guinea de

1. Gœthe recuerda lo útil que le ha sido este libro. Á la edad de ochenta y un años, y estando al borde de su sepulcro, dijo á un amigo que, en el momento decisivo del desarrollo intelectual, había formado su educación el *Vicario de Wakefield* y que hacía muy poco que había vuelto á leer desde el principio hasta el fin á ese libro encantador, hallándose muy afectado por los vivos recuerdos de lo mucho que había debido á su autor unos setenta años antes. — FÓRSTER.

dineros públicos que jamás había puesto en su bolsillo. Esta misma moneda perdida y ganada así, es conservada en el Museo Británico, con el nombre de *la Guinea de Pulteney*.

Cuando Pitt, conde de Chatham, fué nombrado pagador de las fuerzas públicas, rehusó tomar ni un cuarto fuera del sueldo que la ley concedía á su empleo. En tiempo de paz se le permitía al pagador que guardara una fuerte suma bajo su crédito, que ascendía quizá á algunos cientos de miles de libras esterlinas; y podía apropiarse los intereses de esta suma. Pero Chatham rehusó toda ventaja. También rehusó las gratificaciones ó sobornos que le eran ofrecidos por príncipes extranjeros que estaban á sueldo de Inglaterra y que subían anualmente á una fuerte cantidad. Su carácter era tan honrado y desinteresado como lo eran sus transacciones pecuniarias.

Guillermo Pitt era igualmente puro. Consideraba al dinero como polvo bajo la planta de sus pies, comparado con el interés y la estimación públicos. Limpias eran sus manos. Cuando estaba en su furor la lucha entre él y la oposición que dirigía Fox, vacó el empleo de archivero mayor (la segunda dignidad judicial en Inglaterra). Era sencillamente un beneficio vitalicio, con tres mil libras esterlinas al año. Todos sabían que Pitt era pobre, y se creía que se nombraría á sí mismo. Nadie hubiera llevado esto á mal. En aquella época era común obrar así. Pero dió el nombramiento el coronel Barré, un pobre amigo ciego, y de esa manera ahorró la pensión que le había concedido una administración anterior.

Todo el mundo comprendía el desinterés de Pitt. Fué difamado por medio de sátiras denigrantes, fué censurado maliciosamente, y fué ultrajado; y aunque por sus manos pasaban millones, ni sus más encarnizados enemigos se atrevieron á acusarle de recibir lucro alguno indebido. Cuando las personas más ricas del país le pedían ducados, marquesados y órdenes de la Jarretiera, arrojaba todo esto de sí con desdén. Tenía un supremo desprecio por el dinero y por las consideraciones que proporciona el dinero. Pitt era el hombre magnánimo que tan exactamente describe Aristóteles en su *Ética*, que se creía

digno de grandes cosas, porque era digno verdaderamente de ellas. Nada contribuyó tanto á elevar su carácter como su noble pobreza.

Refiérese de Chamillard, el gran abogado francés, que defendió con mal éxito una causa; y todo porque no había sido presentado un documento importante. La sentencia del juez fué elevada al Parlamento, que la confirmó. Ya no había, pues, lugar á apelación. El litigante fué á ver Chamillard y se lamentó de la pérdida de su fortuna. Afirmaba que esto había acontecido porque Chamillard no se había referido á un documento importante, fundamento de su pleito. Chamillard protestaba no haber visto el documento. El cliente insistía en que se lo había entregado con los demás papeles. Al fin abrió Chamillard su cartera, buscó, y halló el documento. Vió que la causa podía haber sido ganada si hubiera sido presentado y leído; pero ya no había lugar á apelar. El abogado tomó una resolución en el acto. Díjole al cliente que volviera á verle al siguiente día. Reunió todo el dinero que pudo hallar y cuando el cliente volvió á la mañana siguiente, lo entregó todo, aunque esto le traía la pérdida de su fortuna. De esta manera sostuvo su respeto por sí mismo. Cumplió con su deber estrictamente, aunque le costaba tanto. No solamente hizo esto; fué á ver al presidente de la corte, y le suplicó que no le volviera á encargar informe alguno para el Parlamento; porque después de esta gran falta se tenía á sí mismo por *sospechoso*, á pesar de que la había enmendado tan noblemente.

Á sir Arturo Wellesley (después duque de Wéllington), le fué ofrecida una fuerte suma de dinero por el primer ministro de la corte de Hyderabad, con el propósito de averiguar qué ventajas se habían reservado para su príncipe después de la batalla de Assaye. Sir Arturo le miró tranquilamente durante algunos segundos, y dijo : « ¿Parece, que sois capaz de guardar un secreto? — Si, por cierto. — Pues lo mismo soy yo, » dijo el general inglés. Rehusó la oferta, y con un saludo despidió al ministro. El rajah de Kittoor le ofreció después, por intermedio de su ministro, un soborno de 10,000 pagodas en cambio

de ciertas ventajas. El cohecho fué rechazado con indignación, y el general dijo : « Informad al rajah que yo, y todos los oficiales ingleses conmigo, consideramos esas ofertas como insultos, sea quien fuere el que las haga. »

Su noble padre, el marqués de Wellesley, rehusó del mismo modo un regalo de cien mil libras esterlinas que le fueron ofrecidas por los directores de la compañía de las Indias orientales. Nada pudo obligarle á que las aceptara. Es innecesario para mí, dijo, que aluda á la independencia de mi carácter y á la propia dignidad inherente á mi empleo... Sólo pienso en nuestro ejército. Afligiríame sobre manera cercenar la parte de esos valientes soldados. » El mismo desprendimiento manifestó sir Carlos Napier cuando estaba en la India. « Ciertamente, dijo, he podido haber obtenido 30,000 libras esterlinas desde mi llegada á Scinda, pero aun no necesitan ser lavadas mis manos. La espada de nuestro amado padre está sin mancha ninguna. »

Sir Jaime Outram era extremadamente generoso y lleno de abnegación. Siendo uno de los capitanes más modernos en la India, se le ofreció el mando de tropas que se iban á reunir contra los insurrectos de Mahi Kanta. Rehusó el honor en favor de un amigo mucho más antiguo que él. Consideró deber suyo hacer presente que el nombramiento de un oficial tan moderno podría causar sombras en partes donde la unión de sentimientos era necesaria. El oficial más antiguo allí era quizá el capitán más antiguo del ejército. Dijo : « Las prendas de ese oficial son muy superiores á las mías. Con toda voluntad expongo mi humilde reputación en favor de su conducta. Asociado á él en la comisión, como debo creer que lo seré, de él será el honor del éxito, mía será la culpa de la derrota, por las medidas de que yo soy iniciador. Pero el general en jefe no podía aceptar su indicación. La oferta fué hecha de nuevo y aceptada finalmente.

Cuando fué distribuído el dinero del botín de Scinda entre los oficiales y los soldados, rehusó Outram aceptar para si las 3,000 libras esterlinas que le correspondían como comandante.

Dijo que rehusaba aceptar ni una rupía de un botín, resultado de una política á que era opuesto. Distribuyó todo en obras de beneficencia. Entre los demás que recibieron estaban las escuelas misionarias de la India, del doctor Duff. También dió 800 libras al asilo de Hil School, en Kussowlee. Después le escribió lady Lawrence : « Vuestro acto de beneficencia no es menos aceptable porque venga en forma de homenaje á lo que creemos ser una causa justa. »

En las ventajas para sí mismo fué en lo que nunca pensó sir Jaime Outram, y el dinero era materialmente polvo bajo sus plantas, excepto cuando lo podía convertir en auxilio para otros. Jamás ha existido un hombre más sencillo y más libre de todo sentimiento de vanidad. Cuanto más se estudia su vida en sus detalles, tanto más se verá cuán natural era en él la costumbre de tener en más á los otros de lo que á sí mismo se estimaba, y de cómo se cuidaba menos de sus intereses que de los pertenecientes á los demás. Su compasión era realmente ilimitada. Fué esta piedad, esta facultad de ver con ojos ajenos, de sentir con el corazón de otros hombres — una facultad, cuya ausencia en nuestros jefes principales nos condujo á los más dolorosos peligros en la India — lo que hizo de Outram un opositor tan tenaz de la injusticia en todas sus formas [1].

Se refiere del gran lord Lawrence, que estando tratándose de un caso importante respecto de los intereses de un joven rajah indio, trató el príncipe de poner en sus manos, una bolsa de rupías, por debajo de la mesa. « Joven, le dijo Lawrence, habéis hecho á un inglés el mayor insulto que es posible hacerle. Esta vez, en consideración á vuestra juventud, lo disculpo. Que este hecho os prevenga para que jamás volváis á cometer una ofensa tan grande contra un caballero inglés. »

Gracias al valor y á la honradez de semejantes hombres es como ha sido conservado el imperio de la India. Hanse desvelado en el cumplimiento de su deber, y á veces á riesgo de sus

1. Véase *Vida de Outram*, por sir F. J. Goldsmith.

vidas. Durante la revolución de la India, aparecieron en la escena rápidamente muchos hombres hasta entonces relativamente desconocidos, tales como Havelock, Neil, Nicholson, Outram, Clyde, Inglis, Edwardes, y Lawrence. El solo nombre de Lawrence representaba poder en las provincias del noroeste. La norma del deber en ambos hermanos era lo más elevada posible. El primero, Juan, Juan de hierro, como le llamaban, y el segundo, Enrique, inspiraban á aquellos que les rodeaban un espíritu de cariño y adhesión: del primero se dijo que su solo carácter valía un ejército. El coronel Edwardes dijo de ambos hermanos que « diseñaron una fe, y crearon una escuela, que aún viven. »

En la época en que estalló la insurrección inda, era sir Juan comisionado en jefe de Punjaub. El país que gobernaba acababa de ser conquistado por los ingleses. Gobernaba su nueva provincia bien y sabiamente. Fiábase en las personas que le rodeadan, y las hizo amigos suyos. Y entonces hizo lo que quizá no tiene ejemplo en la historia. Envió todas las tropas indígenas de Punjaub á auxiliar al ejército inglés en Delhi, quedándose sin fuerza alguna para defenderse. El resultado probó que tenía razón. Los sikhs y punjaubes fueron fieles. Delhi fué tomada, y la India se salvó. Todo esto consistía en el carácter personal de Juan Lawrence. Las palabras que su hermano sir Enrique quizo que fueran grabadas sobre la lápida de su sepulcro, describen modestamente su vida y su carácter: « Aquí yace Enrique Lawrence, quien se esforzó en cumplir con su deber. »

Los hombres de ciencia han manifestado la misma abnegación. Cuando sir Humphry Davy, y después de gran laboriosidad, hubo inventado su lámpara de seguridad, con el fin de mitigar el peligro en que estaban los mineros de carbón que trabajaban en gas inflamable, no quiso sacar privilegio de ella, sino que la dió al público. Díjole un amigo : « Pero usted ha podido asimismo asegurar la invención con un privilegio, y recibir por ese medio de cinco á diez mil libras esterlinas anualmente. — No, mi buen amigo, contestó Davy; nunca he

pensado en semejante cosa; mi único propósito ha sido servir á la humanidad. Tengo lo bastante para llenar mis necesidades y propósitos. Más riqueza podría distraer mi atención de las ocupaciones favoritas que prosigo. Más riqueza no podría aumentar ni mi fama ni mi felicidad. Es indudable que me permitiría poner cuatro caballos á mi carruaje; ¿pero de qué provecho me sería el que se dijera que sir Humphry arrastraba carruaje con cuatro caballos? »

Lo mismo fué con su sucesor Faraday. Trabajó únicamente por la ciencia. Tenía tanta imaginación como ciencia. Cada hecho nuevo ganado por su inteligencia se reducía en un centro de mayores misterios. No era materialista; su filosofía era á la vez una protesta contra el dogmatismo científico y el sectarismo religioso. Era humilde en su saber, y trabajaba con el espíritu de un niño, admirándose de las revelaciones de la verdad que le iluminaban. « Ese ázoe, ese oxígeno, decía, que constituyen más de la mitad del peso del mundo, cuán maravillosa cosa son, y creo sin embargo, que sólo nos hallamos en el principio del conocimiento de sus maravillas. »

Faraday estaba satisfecho con ser un hombre relativamente pobre. No trabajaba por dinero. Si así lo hubiera hecho habría reunido una gran fortuna. No sacó cosa alguna, sino que dió todos sus descubrimientos al público. Resistió noblemente á la tentación de hacer dinero — aunque en su caso no fué una tentación — prefiriendo seguir el sendero de la ciencia pura. Decididamente era un descubridor de verdades; y á veces le sorprendían. « Esas cosas, decía, son actualmente inexplicables; nos demuestran que con todo nuestro saber poco sabemos aun de aquello que quizá será sabido en lo futuro. » Estas palabras nos recuerdan uno de los últimos dichos de Isaac Newton.

En una reunión reciente del Instituto Real, cuando el profesor Tyndal presentaba al doctor Hoffman la medalla Faraday — la mayor prueba de reconocimiento que puede ofrecer la Sociedad — mencionó un ejemplo conmovedor de la bondad de Faraday. Un estudiante joven, de Edimburgo, (Samuel Brown, después doctor en medicina), que estaba ocupado en un estudio difícil

sobre la materia y los átomos, sometió sus conjeturas al más grande de los químicos del día. Abrumado como estaba entonces Faraday con su trabajo, no contestó ni con negligencia ni tampoco con ridícula aprobación. Escribió al desconocido joven, como sigue : « No dudo en aconsejar á usted que continúe sus experimentos de conformidad con su modo de ver, porque, ya sea que lo confirme ó lo refute, tiene que resultar algún bien de ello. Por lo que hace á las apreciaciones en sí mismo, nada puedo decir de ellas, excepto que son útiles al excitar el espíritu hacia la investigación. Una brevísima consideración del progreso de la filosofía experimental, le demostrará que es un gran perturbador de las teorías preconcebidas. He meditado larga y seriamente sobre la teoría de la atracción y de las partículas y átomos de la materia, y cuanto más pienso, en asociación con los experimentos, tanto menos clara se hace mi idea de un átomo ó una partícula de materia. »

Volvamos á otro asunto, el de hacer dinero. Las fortunas de la casa de Rothschild fueron basadas sobre la honradez de su fundador, Meyer Amschel ó Anselmo. Nació en Frankfort del Mein, en 1743. Sus padres eran judíos. ¡Qué historia espantosa se podría escribir sobre las persecuciones, las torturas y martirios de los judíos en la edad media, y hasta en nuestros días![1] En Frankfort, lo mismo que en otras pueblos y ciudades de Alemania, eran obligados los judíos á entrar en sus casas á cierta hora de la noche, bajo pena de muerte. La *Judengasse*, en Frankfort, tenía portones que eran cerrados de noche con llave. Napoleón los hizo volar á cañonazos, una de las cosas mejores que jamás haya hecho; sin embargo, continuaron las persecuciones de los judíos.

El joven Anselmo perdió sus padres cuando tenía once años

1. Los últimos perseguidores de los judíos de que tenemos conocimiento son los rumanos y los búlgaros. Habiendo realizado recientemente su propia libertad, se la niegan á los judíos, quienes están aún cargados con el sufrimiento y las penalidades. Los rumanos y búlgaros difícilmente merecen su libertad : han adquirido poder, pero no justicia, la injusticia ha de caer sobre ellos de rechazo. « Las maldiciones como las gallinas, vuelven á la casa para descansar. »

de edad, y tuvo que luchar solo á través de la vida. Después de una ligera educación — porque los judíos siempre son bondadosos entre ellos — tuvo el muchacho la buena fortuna de encontrar una colocación como dependiente de un pequeño banquero y cambista en Hanóver. Regresó á Frankfort en 1772, y se estableció como corredor y prestamista. Sobre su oficina colgó como muestra un escudo colorado, en alemán Rothschild. Coleccionó monedas antiguas y raras, y entre los aficionados que frecuentaban su tienda estaba el landgrave Guillermo, después elector de Hesse.

Cuando Napoleón invadió el resto de Europa, fué arrojado de sus Estados Guillermo de Hesse, y todo el dinero que pudo reunir lo dejó en manos de Anselmo, su agente de corte. Ascendía á 250,000 libras esterlinas. Cuidar este dinero y hacerlo aumentar en sus manos, fué el propósito principal de Anselmo. El dinero era caro en aquellos días, solía dar doce y hasta veinte por ciento con buena fianza. Continuaba la guerra. Rusia fué invadida por Napoleón. Su ejército quedó destruído casi por completo en las nieves. Dióse la batalla de Leipzig, y Napoleón y su ejército fueron arrojados al otro lado del Rín. Regresó entonces á sus Estados el landgrave de Hesse. Algunos días después, se presentaba el hijo mayor de Anselmo Meyer en la corte y entregaba al landgrave los tres millones de florines que su padre había tenido en custodia. El landgrave estaba casi fuera de sí de placer. Consideraba el dinero devuelto como llovido del cielo. En su entusiasmo creó caballero en el acto al joven Rothschild. « Una honradez semejante, exclamó Su Alteza, jamás se había conocido en el mundo. » En el Congreso de Viena, adonde fué poco después, no hablaba sino de la honradez de los Rothschild. Anselmo tenía una familia. Siguieron su ejemplo, y de esa manera han llegado los Rothschild á ser los prestamistas mayores del mundo[1].

1. La historia está referida extensamente por Federico Martín en sus *Historias de los Bancos y Banqueros*.

También se hallan noticias interesantes y extensas sobre los Rothschild, su

Del difunto lord Macaulay se puede decir que era un hombre completamente incorruptible. Entre los hombres con quienes se había criado — Wilberforce, Enrique Thornton y Zacarías Macaulay — difícilmente podía dejar de llegar á ser un hombre patriota desintersado. Cuando solamente ganaba doscientas libras esterlinas al año con su pluma, dijo de él el reverendo Sidney Smith, quien no era muy dado á exagerar en elogios : « Creo que Macaulay es incorruptible. En vano pondríais delante de él cintas, estrellas, jarretieras, riqueza, títulos. Tiene por su país un legítimo amor honrado, y el mundo no le podría sobornar para que descuidara sus intereses [1]. »

Macaulay tenía arreglados de tal manera sus negocios, que su manejo le era un pasatiempo, en vez de ser una fuente de molestias y de ansiedad. Sus máximas económicas eran las más sencillas : considerar como capital toda ganancia oficial y literaria, y pagar toda deuda en el término de veinte y cuatro horas. « Creo, decía, que el pago inmediato es un deber moral; sabiendo como sé, cuán mortificante es la postergación. » « Nada hay más cierto, dijo, que el proverbio del pobre Ricardo, de que, *nuestro orgullo nos impone un impuesto doble del que nos impone el Estado*. » Se acostumbró desde joven á no gastar más de lo que tenía de entradas, como el único medio de formarse una reputación de integridad pública y privada, y para conservar una independencia digna.

Y sin embargo, poseía muy escasamente lo necesario. Á lord Lansdwone, que le ofrecía un asiento en el consejo de la India, le escribió lo siguiente : « Cuanto más vivo, me siento menos deseoso de tener grandes riquezas; pero las necesidades diarias y la lucha difícil por satisfacerlas, me hacen sentir la importancia de estar con bienes suficientes para un

origen y su honradez reconocida, en el libro de Mr. Capefigue, *Histoire des grandes opérations financières*. Amyot, edit. — N. del T.

1. Sidney Smith dijo una vez que nunca tenía miedo de abrir su cartera. Que era sinceramente concienzudo. Á nadie había robado. Que si había perdido dinero, como le había acontecido con la deuda de Pensilvania, no estaba el crimen en su puerta, sino en la de sus deudores.

mediano pasar. Sin éstos no es cosa fácil para un hombre público el ser honrado; es casi imposible que se le crea así. Me hallo colocado en una situación en que sólo puedo subsistir de dos modos: estando empleado, y con el trabajo de mi pluma... La idea de llegar á ser un alquilón de librero, de tener que escribir no para aliviar lo repleto de la mente, si no el vacío del bolsillo; de tener que aguijonear una imaginación fatigada hacia un esfuerzo que le repugna; que llenar pliegos únicamente para llenarlos; de tener que oír de los editores lo que Dryden tuvo que aguantar de molestias dadas por Thomson, y las que yo sé que sufrió Mackintosh de Lárdner, me causa horror. Y sin embargo, así tendría que ser si abandonara mi empleo. Con todo, sería aun más horrible permanecer en el empleo tan sólo por el sueldo. »

El resultado fué que Macaulay obtuvo y llenó honrosamente un empleo en la India, regresando con suficientes medios, lo que le permitió escribir su célebre *Historia de Inglaterra*.

CAPITULO V

Valor. — Sufrimiento.

El miedo de cometer acciones bajas ó indignas, es valor; y si nos son hechas, también es valor saberlas soportar. — BEN JONSON[1].

No me deis luz, ¡cielo grandioso! sino aquella que conduce á la energía del compañerismo humano; ningún poder, más allá de la herencia creciente que hace más completa á la naturaleza humana. — JORGE ELIOT[2].

No es únicamente mientras la vida corre tranquila, cuando surgen la verdad y el poder, sino también cuando una circunstancia extraña afecta su corriente; en ocasión inusitada, cuando la enfermedad quebranta el cuerpo — el hambre, las veladas, el exceso, el decaimiento — con más frecuencia la aproximación de la muerte — el peligro, la profunda alegria ó el pesar. — ROBERTO BROWNING[3].

El valor es una cualidad que todos los hombres se complacen en honrar. Es la energía que se eleva en todas las circunstancias de la vida. Es la voluntad perfecta, á la cual ningún

1. Fear to do base unworthy things, is valour;
If they be done to us, to suffer them
Is valour too.

BEN JONSON.

2. Give me no light, great Heaven, but such as turns,
To energy of human fellowship;
No powers beyond the growing heritage
That makes completer manhood.

GEORGE ELIOT,

3. Not alone when life flows still, do truth
And power emerge, but also when strange chance
Affects its current; in unused conjuncture,
When sicknes breaks the body — hunger, watching,
Excess, or langour — oftenes death's approach —
Peril, deep joy. or woe.

ROBERT BROWNING.

terror puede sacudir ó desalentar. Si el caso lo requiere, puede poner á uno en aptitud de morir por el cumplimiento de su deber.

¿Quién puede decir una palabra en elogio de la cobardía? ¿No la condena la conciencia universal? El cobarde es bajo y enervado. No tiene el valor de sus opiniones. Está pronto á convertirse en esclavo. « Arrojamos la mitad de nuestra virtud, dice Homero, cuando un hombre se hace esclavo; » y « la otra mitad, agregaba el doctor Arnold, se desprende cuando se convierte en esclavo. »

Sin embargo, se requiere valor para tratar con un cobarde. Un joven atolondrado, que se enojó con sir Felipe Sidney, á quien trataba de provocar para pelear, llegó hasta escupirle á la cara. « Joven, dijo sir Felipe, si pudiera lavar vuestra sangre de mi conciencia, tan fácilmente como puedo lavar de mi rostro este insulto, os quitaría la vida en este mismo instante. » Esto era noble valor. Es una lección para calquiera : como llevar y como conllevar.

El hombre valeroso es un ejemplo para el intrépido. Su influencia es magnética. Crea una nobleza contagiosa. Los hombres le siguen hasta la muerte. No todos los hombres que tienen éxito son siempre dignos de estimación. Los hombres que fracasan por un tiempo continúan ejerciendo su poderosa influencia sobre su raza. El caudillo de la esperanza perdida, puede caer en la orilla, pero su cuerpo proporciona el puente sobre el cual penetrarán los triunfadores en la ciudadela.

El mártir puede perecer quizá en la contienda, pero la verdad por la cual muere puede recoger nuevo esplendor de su sacrificio. El patriota podrá poner su cabeza sobre el tajo, y apresurar el triunfo de la causa por la cual sufre. La memoria de una gran vida no perece con la vida misma, sino que vive en otros espíritus. Parecerá que los vehementes y entusiastas arrojan vanamente sus vidas; pero los hombres perseverantes continúan la lucha, y penetran, y toman posesión del terreno en que duermen sus predecesores. De ese modo puede ser que llegue tarde el triunfo de una causa justa, pero cuando llega

se debe tanto á los hombres que han fracasado como á aquellos que al fin han alcanzado el éxito.

Toda obra grande en el mundo, ha sido realizada por el valor. Todos los beneficios que disfrutamos — seguridad personal, libertad individual y libertad constitucional — han sido obtenidos por medio de largo aprendizaje en el mal. El derecho de existir como nación sólo se ha realizado á través de siglos de guerras y de horrores. Fueron necesarios cuatro siglos de martirio para establecer el cristianismo, y un siglo de guerras civiles para establecer la Reforma.

La simple fidelidad á la verdad es lo que da al martirio su valor eterno. En el progreso de la liberdad del pensamiento, sea cual fuere á lo que esté unida la verdad, todos los mártires son nuestros mártires. Ellos murieron para que nosotros pudiéramos ser libres. Católicos romanos y protestantes, cristianos y paganos, ortodoxos y heréticos, pueden participar de esta gloriosa herencia del pasado. « Los ángeles del martirio y de la victoria, dice Mazzini, son hermanos : ambos extienden sus alas sobre la cuna de la vida futura. »

Ha llegado hasta nosotros una historia del noble ejército de los mártires del principio de la era cristiana. Es la de Pancracio. Había nacido en Frigia, distrito visitado por el apóstol Pablo, en la época en que confirmó las iglesias en Galatia. Pancracio había sido criado para adorar á Júpiter, pero habiendo muerto su padre, fué puesto bajo la tutela de su tío Dionisio. El tío pasó á establecerse en Roma, en el año 305, para que el huérfano, heredero de una inmensa fortuna, estuviera cerca de la corte imperial. Bajo el cuidado y la enseñanza del anciano y santo Marcelino, obispo de Roma, fué convertido al cristianismo. Poco después murió su tío, y el joven, que entonces no tenía más que catorce años, quedó en el mundo con su riqueza, su religión y sin un amigo.

Diocleciano perseguía entonces á los cristianos. Se le informó que Pancracio había sido convertido. Ordenósele que inmediatamente se presentara en el palacio de Diocleciano. El emperador le amenazó con una muerte inmediata si no sacrificaba

á Júpiter. El niño respondió que era cristiano, y que estaba pronto á morir; « porque Cristo, dijo, nuestro maestro, inspira el alma de sus servidores, por joven que yo sea, con valor para sufrir por su causa. » El emperador no contestó, pero ordenó que se le sacara de la ciudad, y se le diera muerte con espada en la vía Aurelia. Allí selló su testimonio con su sangre. Allí permaneció hasta la llegada del alba, cuando una dama cristiana envolvió el cuerpo en finos lienzos y lo llevó á una catacumba próxima, donde lo cubrió con flores frescas, y lo embalsamó con sus lágrimas. Su nombre es recordado aún por las iglesias erigidas en memoria suya [1].

Los primeros cristianos eran despedazados por las fieras en los circos de Roma, hasta la conclusión del siglo tercero. Eran « matados atrozmente para dar un día de fiesta á los romanos. » Nada causaba mayor contento al pueblo romano que el combate de fieras, el destrozo de los cristianos y el mortal combate de los gladiadores. Esos mismos placeres — por decirlo así — prevalecían en todo el imperio romano. Donde quiera que se establecían, se fundaba un anfiteatro. El único que se encuentra en Inglaterra está en Richborough, en Kent. En Treves, capital del imperio romano al norte de los Alpes, se encuentran muchas grandes ruinas romanas. Entre otras está un anfiteatro cortado en la roca, con capacidad para acomodar miles de espectadores. En el año 306, obsequió Constantino á sus súbditos con una exhibición de *diversiones francas*. Consistía en exponer á muchos miles de prisioneros francos desarmados para que fueran destrozados por las fieras. Los animales se hartaron de la matanza, y de motu propio desistieron de su obra de destrucción. Los que sobrevivieron fueron obligados ó combatir entre sí como gladiadores. Pero en vez de hacer esto, chasquearon á los espectadores arrojándose volun-

1. Se dice de San Juan de Letrán en Roma : « Ésta es la cabeza y madre de todas las iglesias cristianas, si se exceptúa la de San Pancracio, bajo Highgate, cerca de Londres. El sello común de la parroquia de San Pancracio representa á un santo joven hollando la superstición pagana. En Inglaterra hay siete iglesias de San Pancracio, y muchas otras en Italia y en Francia.

tariamente sobre sus espadas, en vez de luchar por la vida. En el mismo año fueron sacrificados bárbaramente millares de los *Bructeri*, para diversión del pueblo. El arruinado anfiteatro, así como las cuevas ó celdas de las fieras, todavía se pueden ver.

Existen aún en Francia muchos de los anfiteatros romanos, aunque varios de ellos han sido usados como canteras. Los de Nimes y Arles son los más grandes, siendo tan vasto este último que los moros construyeron cuatro castillos en la muralla exterior, mientras defendían la plaza contra los francos. El de Verona está casi completo, y se le conserva cuidadosamente. Pero el anfiteatro más grande es el Coliseo de Roma, que podía contener á 87,000 espectadores. La tradición de la Iglesia nos dice que fué diseñado por Gaudencio, arquitecto y mártir; y se dice también que muchos miles de judíos cautivos, traídos por Tito desde Jrusalén, fueron empleados en su construcción. En la inauguración del edificio por Tito, fueron muertos en la arena 5,000 animales. Recientemente se han encontrado en las bóvedas subterráneas los huesos de algunas fieras como leones y tigres.

En los días de los grandes espectáculos en el Coliseo, observaba fiesta todo Roma, los hombres, las mujeres, y los niños se reunían para presenciar los sangrientos espectáculos. Allí estaban los magistrados y senadores, los funcionarios del Estado, los nobles, el pueblo común, y hasta las vírgenes vestales, presidido todo por el emperador. Los gladiadores marchaban hacia el frente del emperador, gritando: *Ave Cæsar! morituri te salutant.* Los animales salvajes principiaban la lucha, y seguían los gladiadores. El espectáculo continuaba hasta la noche, cuando ya estaban ebrios de matanza los espectadores.

Continuaron estos espectáculos hasta que Roma fué cristiana nominalmente. Pero finalmente, por el año 400, lamentando estos carnavales sangrientos, un ermitaño anciano, resolvió intervenir, aunque lo hizo á costa de su pobre cuerpo. ¿Qué era su vida comparada con la supresión de estos horrorosos

crímenes? Hasta el nombre de este mártir es ignorado. Unos dicen que era Alimaco, y otros que era Telémaco. No importa, su valor demostró lo que valía. Había venido del lejano Oriente. Á nadie conocía, y nadie le conocía. Corría la noticia de que iba á haber un combate de gladiadores en el circo. Toda Roma se congregó allí. Entró él con la muchedumbre, con su corazón resuelto para su propósito. Los gladiadores penetraron en la arena con afiladas lanzas y espadas; debía ser un duelo á muerte. Cuando se aproximaban, saltó el anciano por sobre el muro, y se arrojó entre los gladiadores que iban á principiar el combate. Les conjuró á que cesaran de derramar sangre inocente. Fuertes clamores, gritos, aullidos se levantaron por todos partes: « ¡Afuera, afuera el viejo! » No, él no quería salir. Los gladiadores le hicieron á un lado, y avanzaron al ataque. El anciano volvió á colocarse entre las afiladas espadas y les prohibía que derramaran sangre. « ¡En tierra con él! » gritó el pueblo. El prefecto dió su consentimiento. Los gladiadores le mataron, y avanzaron sobre su cuerpo muerto.

No fué inútil su muerte. El pueblo principió á pensar sobre lo que había hecho. Habían destruído á un hombre santo, que había dado su vida como una protesta contra su sed de sangre. Estaban desazonados por su propia crueldad. Desde el día en que el desprendido anciano fué muerto, no hubo más combates en el Coliseo. La muerte del ermitaño era la victoria. Los combates de gladiadores fueron abolidos por Honorio en 402. No hace mucho tiempo que los restos de este hombre innominado fueron llevados en triunfo al rededor de la arena, y depositados después con todos los honores religiosos en la iglesia de San Clemente, que está próxima.

Roma cayó de su antigua gloria por la corrupción, el libertinaje y la crueldad. La inmoralidad de las personas más elevadas nunca deja de ejercer su pervertidora influencia sobre todas las clases de la sociedad. El libertinaje de las costumbres recae en el libertinaje de los principios. Las influencias bajas de la naturaleza humana obtienen el ascendiente, y aniquilan la vitalidad moral del carácter. Grecia y Roma cayeron á causa

de la inferioridad moral de sus gobernantes y la consiguiente corrupción del pueblo. Roma, la antigua señora del mundo, cayó ante el ataque de las tribus salvajes, que salían de los bosques del centro de Europa. Los ricos estaban impregnados de voluptuosidad; los pobres eran míseros y dependían de la caridad. No tenían ánimo para defender á su patria; y en verdad, era mejor que no existiera.

Vino entonces el cristianismo, y reveló á los hombres los verdaderos principios de la religión. San Pablo lo llevó á Roma, como adecuado á regenerar el mundo. Echó raíces primeramente entre los instruídos pobres. ¿Y por qué? Porque la religión es la explicación del destino humano, la poesía de nuestra existencia terrenal, y la consoladora promesa de un porvenir mejor. También comprendió á las mujeres. En Roma estaba la vida de las esposas al arbitrio de sus maridos. Eran sencillamente unas esclavas. El cristianismo las reintegró en la justicia. Por primera vez tenían esperanza. Se aseguraron el respeto y el amor de los hombres. « Toda virtud se halla en una mujer, dijo un antiguo caballero, comunican la dignidad, y hacen dignos á los hombres. »

La intemperancia, lo profano y la inmoralidad fueron sojuzgados por el poder de móviles religiosos que obraban en los corazones de los hombres y de las mujeres individualmente. De esa manera fué disminuído ó alejado el deseo de hacer el mal. La religión satisfacía las nobles necesidades de la naturaleza humana. Fué consagrado el día de descanso, y aliviada la tarea del trabajador. La iglesia congregaba á sus miembros en las solemnidades, y bajo sus espléndidos techos se reunía para su culto religioso toda la población cristiana, sin distinción de clases; porque ¿no eran todos en presencia de Dios, hombres y hermanos? ¡Qué cuadro tan feliz! ¡Ojalá hubiera continuado!

¡Ay! el viejo Adán no había sido destruído. No hay edén alguno en la naturaleza. Los sacerdotes se convirtieron en instrumentos de opresión, en defensores del interés de los menos contra los legítimos intereses de todos; participaron de

la suerte de aquellos á quienes habían defendido. Hubo diferencias de opiniones respecto de los dogmas religiosos. Lo que los paganos habían hecho con respecto á los primeros cristianos, lo hacían los cristianos con sus contrarios. Fueron vueltos á encender los fuegos de la persecución, y como antes fueron quemados los mártires. Eran necesarios otra vez el valor y el sufrimiento para aquellos que combatían por la verdad; y sufrieron, y murieron noblemente.

La persecución principió en Italia, se extendió por España, Francia y los Países Bajos. Alemania la resistió. « La voluntad de Dios, decía Lutero, es tener hijos que sean intrépidos, reposados y generosos, eterna y perfectamente, que absolutamente nada teman, sino que triunfen sobre todas las cosas, y las desprecien por la confianza en su gracia, y que se burlen de los castigos y de la muerte; él desprecia á todos los cobardes, que se hallan perplejos con el temor de todas las cosas, hasta por el ruido que produce el roce de una hoja caída. »

« Es notable, dice F. W. Newman, cómo la religión, bajo una forma cualquiera, ha podido producir la crueldad. La Inquisición, establecida después que el cristianismo ocupó el lugar del paganismo, era un sistema de crueldad deliberada. Durante siglos fué conservada como una institución pía, y por siempre será estigmatizada como infame y execrable. Sin embargo, sus pretensiones estaban fundadas en el nombre de una religión de amor y de dulzura. »

El clero de España, ayudado por el poder secular, aniquiló la Reforma puramente por la fuerza material. En una sola noche fueron encerrados ochocientos protestantes en los calabozos de Sevilla. En todas partes eran arrestados y quemados. Ardían las hogueras en las principales ciudades españolas. Hace poco tiempo que se abrió cerca de Madrid una zanja de desagüe á través de un campo en el cual se quemaban á los protestantes. Los trabajadores sacaron á luz una capa gruesa de polvo negro y brillante, mezclada con huesos calcinados y carbón. Eran los restos de los que habían perecido por mandato de la Iglesia.

¿Y que ganó España con su terrible crueldad? Su riqueza la ha abandonado, y el país está casi en bancarrota. El pueblo no está educado y está abandonado. Solamente uno de cada ocho sabe leer ó escribir. Miran á los sacerdotes como á sus enemigos naturales. La mayor parte son incrédulos declarados, Hasta los sacerdotes son pobres. « Es raro, dice el doctor Lees pensar que España era más floreciente bajo el reinado de los moros que lo que lo ha sido bajo los mandatarios cristianos. El gobierno era más liberal, más tolerante, más culto : su pueblo era mejor educado, sus tierras mejor cultivadas. Desde que los moros fueron expulsados, ha retrocedido casi continuamente España. »

Felipe II de España fué acaso el más grande de los hombres perversos que jamás se haya sentado sobre un trono. Sólo es digno de ser comparado con Nerón y Calígula. En su edicto de 1568, sentenciaba á muerte á todo protestante en los Países Bajos. El edicto fracasó porque no había medios suficientes para llevar á cabo su diabólico decreto. Pero su representante, Alba, hizo cuanto pudo. Con la ayuda del consejo de sangre y los oficiales y verdugos de la Santísima Inquisición, pudo algunas veces dar muerte por medio de la tortura á ochocientos seres en una semana. El primero de los crímenes era el protestantismo; el segundo, la riqueza. Por esta última causa eran saqueados y destruídos tanto los católicos como los protestantes. La posesión de propiedad hacía casi imposible la prueba de ortodoxia. Al fin de una media docena de años se jactaba Alba de habar ahorcado, ahogado, quemado, ó decapitado á más de diez y ocho mil de sus semejantes. Esto independientemente de los millares que habían perecido en los sitios y batallas durante la administración de Alba. Sus robos, al igual de sus asesinatos, eran algo colosal.

Pero en Francia era igual que en España. Desde el principio de su adhesión á Roma, saqueó, quemó, decapitó ó desterró á todos los que eran opuestos á las opiniones del gran Jerarca romano. Los albigenses fueron asesinados y arrojados á los Pirineos. Los vaudenses, con la ayuda de Saboya fueron col-

gados y quemados en todo el sudeste de Francia y el nordeste de Italia. La persecución y la quema de personas continuaba por toda Francia. Media docena de consejeros luteranos fueron quemados en París para diversión de los grandes de España [1].

Hubo muchas y nobles excepciones á este loco desenfreno de persecución. El canciller de l'Hôpital pedía con insistencia á sus correligionarios que se adornaran con virtudes y una vida buena, y que atacaran á sus adversarios con las armas de la caridad, la oración, y la persuasión. « Dejemos aparte, decía, estas diabólicas palabras de nombres de partidos, de facciones y de sediciones; luteranos, hugonotes, papistas; cambiadlos por el nombre de cristianos. » Por esto fué llamado ateo el canciller.

Cuando el vizconde Dorte, gobernador de Bayona, recibió una orden de Carlos IX para la matanza de los protestantes que allí existían, contestó que había comunicado la carta de Su Majestad á la guarnición y habitantes de la ciudad; pero que entre ellos sólo había podido encontrar soldados valientes y buenos súbditos, y ni un solo verdugo.

Vinieron entonces las matanzas de Voissy y la de San Bartolomé, que fueron repetidas por toda Francia. Por siempre presente, como un esqueleto en una fiesta, quedó en el pensamiento de todos los protestantes de Europa la matanza de San Bartolomé. Ésta y la gran invasión intentada sobre Inglaterra por la armada española de Felipe II, fueron los dos grandes acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo diez y seis.

No fué mucho más misericordiosa la revocación del edicto de Nantes por Luis XIV. Por su decreto quedaron, expulsados de Francia todos los protestantes, so pena de « conversión ó muerte. » Los protestantes nobles, hidalgos, comerciantes, paisanos y artesanos, rehusaron convertirse en hipócritas. No querían conformarse con aquello en que no creían. Los nobles y los propietarios abandonaron sus bienes raíces, renunciaron

1. Ignoramos á qué hecho histórico se refiere el señor Smiles en esta cita. (N. del T.)

á sus títulos, y entregaron todo á sus enemigos. Los comerciantes huyeron con los artesanos, y buscaron otros países donde tuvieran libertad para adorar á Dios conforme con sus conciencias, y en donde pudiesen disfrutar en paz los beneficios de su trabajo.

No era la muerte lo que temían. El duque de Maguncia dió en el secreto del carácter de los hugonotes, cuando dijo : *Ces gens étaient, de père en fils, apprivoisés à la mort*[1]. Perecían á millares, por el hacha, por la rueda y por torturas inconcebibles. No pudiendo ser vencidos por medio de la muerte, entregaban sus vidas como un sacrificio hecho al deber. El noble modelo de vida y conducta que hallamos en los grandes jefes hugonotes, no ha sido nunca reproducido en Francia. Es verdad, la nobleza y expansión de alma, y la profunda convicción de los protestantes franceses, creó este tipo elevado de carácter, el primero que puede presentar toda la historia francesa. Pero la historia se ocupa en su mayor parte de los reinados, de reyes y de reinas. Se recuerdan las victorias y las derrotas, pero los perseguidos son olvidados.

Luis XIV y todos sus ejércitos no pudieron dominar la muralla impenetrable de la conciencia. Su política implacable sostuvo una San Bartolomé perpetua en Francia, durante más de sesenta años. ¿Y con qué resultado? Fué burlado y vencido. Dejó á Francia arruinada y agobiada por fuertes contribuciones. Destruyó el comercio y la agricultura con su destierro de los hugonotes, y dejó á Francia presa de la anarquía, que se manifestó en la revolución de 1789[2].

« La huída de los hugonotes, dice Michelet en su *Historia*

1. Estas gentes estaban de padres á hijos preparados para la muerte.

2. « Las prisiones en el palacio de los papas en Aviñón, dice el doctor Arnold, son las cosas más sorprendentes que haya visto en mi vida. En el mismo calabozo estaba el techo aun negro con el humo de los fuegos de la Inquisición, en que los hombres eran torturados ó quemados; y cuando uno mira á través de una puerta de rejas á un calabozo que está más abajo, se ve que aun están señaladas las paredes con la sangre de las víctimas á quien Jourdán *Coupe-Tête* (Corta-Cabezas), arrojaba allí en las famosas matanzas de 1791. Era horrible cosa ver tales rastros de dos grandes y opuestas formas de la flaqueza humana. »

de Francia, fué un acto noble de lealtad y sinceridad. Era el horror á la mentira. Era el respeto por el pensamiento. Es glorioso para la naturaleza humana, que un número tan grande de hombres y mujeres hayan sacrificado todo por amor á la verdad, pasado de la riqueza á la pobreza, arriesgado la vida, la familia y todo, en la peligrosa empresa de una huída tan difícil. Algunos ven en estas gentes únicamente sectarios obstinados; yo veo en ellos personas de elevadas ideas de honor, quienes en todo el mundo demostraron ser lo más selecto de Francia. La divisa estoica que los libre pensadores han popularizado es precisamente la idea que está en el fondo de la emigración protestante, desafiando á la muerte y á las galeras por permanecer dignos y verídicos: *Vitam impendere vero;* la vida sacrificada por la verdad[1].

Antes de esto ya se habían extendido los fuegos de la persecución hasta Inglaterra y Escocia. Smithfield, en Londres, estaba á menudo en resplandor con la quema de protestantes y de brujas. Pero los católicos tienen su libro de mártires, lo mismo que los protestantes. Forest, fraile observante, fué quemado por negar la supremacía de Enrique VIII. El fuego era usado por ambas partes. En tiempo de la reina María se hicieron diez veces más frecuentes las ejecuciones por causa de religión de lo que antes habían sido. Juan Rogers, vicario de la iglesia del Santo Sepulcro, fué quemado en la picota frente á la torre de su iglesia. Juan Fradford murió abrazando la picota y consolando á sus compañeros de sufrimiento. Juan Philpot, arcediano de Winchester, fué quemado en la misma época. No es necesario mencionar los nombres de Latimer, Cranmer, y Ridley. Los grandes espíritus de ese tiempo no eran del mismo temple de los hombres de hoy. Nosotros que tememos la quemadura de un dedo, nos admiramos de los hombres que no solamente eran quemados por su credo, sino que se glo-

1. Habiendo publicado ya dos volúmenes sobre este asunto: « Los Hugonotes: sus establecimientos, iglesias, é industrias en Inglaterra é Irlanda, » y « Los Hugonotes en Francia, después la revocación del edicto de Nantes, » considera innecesario el autor tratar más extensamente este asunto.

riaban de ello. « ¿He de desdeñar el sufrimiento en este poste, dijo Philpot, sabiendo que mi Redentor no rehusó sufrir por mí la más vil muerte sobre la cruz? »

La persecución que se hacía con motivo de casos de conciencia, se extendió hasta el reinado de Carlos II. Guillermo Penn dijo : « Desde la restauración del difunto rey, han sido arruinadas como 15,000 familias, y más de cinco mil personas han perecido en cautiverio por cuestiones de mera conciencia hacia Dios. » Carlos II, y después de él, Jacobo II, extendieron estas persecuciones á Escocia. En los antiguos tiempos católicos no había más que el fuego como único medio de tratar á los protestantes. El cardenal Beaton quemó á Jorge Wishart delante de su castillo de San Andrés, y mirando desde su ventana, le vió en terribles contorsiones con sus propios ojos. En los tiempos protestantes de Carlos y de Jacobo, perseguían los protestantes á los protestantes, á causa de su divergencia de opinión. Los esbirros de los Estuardos cazaban á los presbiterianos, tiraban sobre ellos, los asesinaban y los colgaban. El efecto de esto fué hacer penetrar en sus corazones y sus almas la forma especial de su religión. Eran cosas horribles de sufrir, las botas de tormento y los torniquetes para los pulgares, pero los pacientes eran valientes y sufridos.

« Guardo como un tesoro, dice Roberto Collyer, de Nueva York, un pequeño cuadro hecho por Millais. Representa una mujer amarrada á un poste, próximo á la ribera. El mar riza sus olas á sus pies. Un buque pasa á toda vela, sin hacer caso de de ella ni de su suerte. Aves de rapiña revolotean sobre su cabeza; pero ella no presta atención á las aves, ni al buque ni al mar. Sus ojos miran con firmeza, y sus pies reposan con vigor, y podéis ver que está mirando directamente al cielo, como diciendo á su alma cuán indignos son los sufrimientos del presente en comparación de la gloria que le va á ser revelada. Debajo de la pintura está esta leyenda, copiada de la piedra colocada en memoria suya en un antiguo cementerio escocés :

Murdered for owning Christ supreme
Head of His Church, and no more crime.

But for not abjuring Presbyt'ry,
Within the sea, tied to a stake,
She suffered for Christ Jesus sake [1].

« Lo guardo como un tesoro, porque cuando lo miro me representa el tipo de una gran hueste de mujeres que velan y esperan, atadas á su destino, mientras que la marea se arrastra, hacia ellas, pero que se elevan conforme suben las olas, y sobre la cresta de la última y más elevada, son llevadas al tranquilo cielo, y en él oyen el *¡Bienhecho!* »

« ¡Cuántos años seguidos, dice Sidney Smith, no se intentó compeler á los escoceses para que cambiaran de religión! Caballería, infantería y artillería, y prebendarios armados, fueron enviados tras de los sacerdotes presbiterianos y las congregaciones. Mucha sangre fué derramada, pero con gran sorpresa de los *prelatistas*, no pudieron introducir el libro de Oraciones, ni impedir que ese pueblo metafísico se fuese al cielo por su verdadero camino, en vez de nuestro verdadero camino. Se aplicó el único y verdadero remedio. Se toleró que los escoceses adoraran á Dios conforme á su fastidiosa manera, sin pena, castigo ó privación. Ningún rayo cayó del cielo; el país no fué arruinado, el mundo no ha llegado aún á su fin; los dignatarios que anunciaron todas estas consecuencias están completamente olvidados; y desde entonces ha sido Escocia una fuente cada vez mayor de fuerza para la Gran Bretaña. »

La tolerancia es un descubrimiento reciente. Hemos cesado de quemar hombres, ahora es necesario persuadirlos. La época de los martirios, como la de los milagros, ha pasado. Ya no somos arcabuceados, ó amarrados al poste, ó destrozados vivos sobre la rueda, como se hacía en días que pasaron; y con todo, sufrimos por el aislamiento, por la falsa representación, por el ridículo y por el reproche. El valor es tan necesario como siempre para aquellos que quieren mantenerse dentro la

1. « Asesinada por reconocer á Jesucristo como jefe supremo de su Iglesia, y no por otro crimen. Pero por no reconocer Prelacía, y por no abjurar el presbiterianismo, sufrió por amor á Jesucristo, cerca del mar atada á un poste. »

rectitud de conciencia innata por la verdad. En estos tiempos de indiferentismo es aún más difícil ser consecuente con las más superiores leyes é instintos puros, de lo que lo era en las épocas del martirio. « La persecución activa y los castigos feroces, dice un ilustre escritor, son un tónico para los nervios; pero la mera convicción que á nadie importa, de la cual nadie hace caso, que no hay humanidad que honre, ni ninguna divinidad que tenga en misericordia, es más destructora de todo esfuerzo, más elevada que cualquiera conflicto con la tiranía ó con la barbarie. »

Pero, ¿hemos abandonado realmente nuestras ideas con respecto á la indignidad de la persecución? En estos tiempos hay libertad de imprimir y de publicar; y los hombres expresan sus pensamientos en la prensa pública. ¿Qué debemos pensar de esta sentencia que ha aparecido hace poco en un periódico de Londres? « Teniendo presente el fin para que ha sido creado el hombre y el objeto de la sociedad civil, son insignificantes crímenes el asesinato y el robo; y la propagación de enfermedades epidémicas no tiene importancia ninguna comparada con el crimen que cometieron Lutero y Calvino cuando se sublevaron contra la Iglesia. » Esta sentencia habría sido aprobada por los perpetradores de la mantanza de San Bartolomé, y por todos aquellos que quemaron y decapitaron los miles de hombres que permanecieron fieles á sus credos religiosos. Pero esto ya no es posible. Nuestros antecesores nos han legado la inapreciable herencia de un estado libre, ganada con la vida de algunos de los hombres más nobles que jamás hayan existido, y sería culpa nuestra si estimuláramos este revoltoso llamando á la intolerancia por parte de aquellos que difieren de nosotros. Hasta los jesuítas, lo mismo que los hugonotes, han sido desterrados de Francia; y tienen libertad, como todas las personas perseguidas, para vivir bajo la protección de Inglaterra. Pero tienen que respetar estas leyes y la tolerancia del país que los protege.

Guillermo Penn era de opinión que no había mayor error que el suponer que un país ó un pueblo adquiría más fuerza

cuando todos tenían una sola opinión, ya fuese en la doctrina religiosa ó en las prácticas religiosas, y que la diversidad de opiniones, de credos, y de prácticas, era una fuerza para un pueblo y para un gobierno, si todos fueran tolerados igualmente. La individualidad tiene que ser sostenida; porque sin individualidad no puede haber libertad. La individualidad tiene que ser tratada con cariño y respetada como la raíz de todo lo bueno. « Hasta el mismo despotismo no produce sus peores efectos, dice Juan Stuart Mill, mientras en él exista la individualidad; y cualquiera cosa que destruya la individualidad *es* despotismo, cualquiera que sea el nombre que se le dé, y ya sea que profese el ejecutar por fuerza la voluntad de Dios o los preceptos de los hombres. »

Jeremías Táylor termina su apología de la tolerancia cristiana con un apólogo oriental. Estaba Abrahán sentado á la puerta de su tienda, cuando se presentó ante él un anciano encorvado que se apoyaba en su bastón. Abrahán le invitó á que entrara en su tienda, y le sirvió de comer, y observando que no invocaba la gracia, le preguntó por qué no adoraba al Dios del cielo. Sólo adoro el fuego y no reconozco otro Dios. Enojóse Abrahán, y echó fuera de su tienda al anciano. Entonces llamó Dios á Abrahán y le preguntó dónde estaba el extranjero. « Le arrojé de aquí porque no te adoraba. » Dios le contestó : « Yo le he sufrido cien años, aunque me deshonraba, y tú no has querido soportarle una sola noche? » Después de esto refiere la historia, lo volvió á traer Abrahán, le agasajó con su hospitalidad y le dió sabias instrucciones.

Hasta los grandes hombres que han trabajado por adelantar la causa de la ciencia han sufrido los peligros del martirio. En tiempos anteriores apenas si hubo un gran descubrimiento en la astronomía, en la historia natural, ó en las ciencias físicas, que no fuera tenido como una causa en favor de la herejía. Bruno fué quemado vivo en Roma por exponer la filosofía falsa pero de moda en su tiempo. ¡Los discípulos de Copérnico fueron estigmatizados como heréticos! Después que Lipperley de Middleburgo, en Holanda, había inventado el telescopio,

tomó la idea Galileo, y construyó un telescopio para sí, con el que subió á la torre de San Marcos, en Venecia, para observar los cuerpos celestes. Lo dirigió hacia los planetas y las estrellas fijas, que observó con « increíble encanto. » Descubrió los satélites y anillos de Júpiter, las fases de Venus y las manchas del sol. Anotó escrupulosamente las revoluciones que le venían directamente del firmamento. Continuó con sus observaciones, y durante su vida descubrió más de lo que podrá hacerlo cualquier astrónomo futuro.

Pero todo esto estaba en desacuerdo con las ideas de su época. La inquisición se encargó de arreglar la ciencia astronómica. Galileo fué llamado á Roma y citado ante los inquisidores para responder de las doctrinas heréticas que había publicado. Fué obligado á renunciar á sus opiniones; tuvo que declarar que abandonaba la teoría de la rotación de la tierra al rededor del sol. La inquisición agregó en el *Índex* las obras de Galileo, de Képler, y de Copérnico. Galileo se volvió á animar, y publicó una nueva obra, en forma de diálogo, defendiendo sus doctrinas. Fué citado ante la inquisición, y obligado de rodillas á renunciar y á abjurar su glorioso descubrimiento. Galileo carecía del valor de sus opiniones. Pero era un anciano de setenta años cuando renegó de sus creencias. Galileo no habría sido perseguido si se le hubiera podido refutar. Con todo, subsistió la verdad, y los hombres fueron puestos en la verdadera senda de observación para todos los siglos venideros.

De su condenación dijo Pascal: « En vano habéis (los jesuítas) procurado contra Galileo un decreto de Roma, condenando su opinión sobre el movimiento la de tierra. Es evidente que eso jamás probará que está quieta; y si nosotros tenemos pruebas inerrables que demuestran que gira, ni toda la humanidad entera impediría que gire, ni á sí mismo podrá impedirse girar con ella. » La verdad podrá andar mucho tiempo oculta debajo de tierra, pero es seguro que al fin se abrirá paso hasta la superficie, y en proporción á los obstáculos que encuentre, y al tiempo de su lucha, están la extensión y la seguridad de su triunfo.

La vida de Képler fué tan triste como la de Galileo. Siendo un pobre muchacho, fué admitido en la escuela del monasterio de Maulbroom y llegó á ser un sabio. Admitió la cátedra astronómica de Gratz, en Estiria, y se consagró al estudio de los planetas. Después fué nombrado matemático del emperador; aunque su sueldo era insuficiente para mantenerse y para el sustento de su familia. En Lintz fué excomulgado por los católicos romanos á causa de algunas opiniones que había emitido respecto á la transubstanciación. « Juzgad, decía á Hoffmann, cuánto os puedo ayudar en un lugar donde el sacerdote y el inspector de escuela se han unido para manchar mi reputación con el estigma público de herejía, porque en toda cuestión tomo el lado que me parece conforme con la voluntad de Dios. »

Ofreciósele entonces á Képler la cátedra de matemáticas de Bolonia, pero rehusó, teniendo presente la retractación y condena de Galileo. « Podría aumentar notablemente mi fortuna, decía, pero viviendo cual alemán entre alemanes, estoy acostumbrado á una libertad de palabra y de proceder que, si perseverara en ello en Bolonia, me atraería si no un peligro, por lo menos notoriedad, y podría exponerme á la sospecha y maldad de partido. »

En 1619 descubrió Képler la célebre ley que será siempre memorable en la historia de la ciencia, « que los cuadrados de los tiempos periódicos de los planetas son entre sí lo que los cubos á sus distancias. » Reconoció con transporte la verdad absoluta de un principio que por espacio de diez y siete años había sido objeto de sus incesantes trabajos. « El dado está tirado, dijo, el libro está escrito para ser leído ahora y por la posteridad; me es indiferente que sea ahora ó después. Bien puede esperar un siglo para encontrar un lector, como Dios ha esperado seis mil años para hallar un observador. »

El siguiente libro que publicó Képler, « *el epítome de la Astronomía de Copérnico*, » fué condenado en Roma y puesto en el *Índex*. Al mismo tiempo fué sorprendido por una aflicción mucho mayor. Su madre, de sesenta y nueve años de edad, fué arrojada á una prisión, condenada á sufrir tortura,

é iba á ser quemada como bruja. Képler voló á su socorro, y llegó á su hogar en Suabia á tiempo para salvarla de otros castigos posteriores. Pero siguieron otras calamidades. Los Estados de Estiria ordenaron que fueran quemados públicamente todos los elemplares de su Alemanaque para 1624. Su biblioteca fué sellada por orden de los jesuítas, y él obligado á salir de Lintz á causa de la insurrección popular que existía entonces. Fuése á Sagán en Silesia, bajo la protección de Alberto Wallenstein, duque de Friedland, y poco después murió de una enfermedad del cerebro, resultado de su excesivo estudio.

El mismo Colón puede ser considerado, desde el punto de vista del martirio. Sacrificó su vida al descubrimtento de un nuevo mundo. El pobre hijo del cardador de lana de Génova, tuvo que luchar por largo tiempo y sin éxito con las míseras condiciones necesarias para la realización de su idea. Se atrevía á creer, por fundamentos que satisfacían á su razón, en aquellos en que el mundo no creía, de que se mofaba, y escarnecía. Creía que la tierra era redonda, mientras el mundo creía que era llana como un plato. Creía que todo el círculo de la tierra, fuera del mundo conocido, no podía estar ocupado tan sólo por el mar; sino que la probabilidad era que continentes de tierra estuviesen contenidos en él. Era sin duda una probabilidad; pero las más nobles cualidades del alma se manifiestan por la fuerza de las probabilidades que aparecen insignificantes á espíritus menos atrevidos. En la opinión de sus compatricios pocas cosas había menos probables que el que Colón pudiera sobrevivir á los peligros de mares desconocidos, y desembarcar en las costas de un nuevo hemisferio.

Colón era no solamente un héroe práctico sino que lo era también intelectual. Fué de un Estado á otro, insistiendo con los reyes y emperadores para que emprendieran la primera visita de un mundo que su instruído espíritu ya discernía en los lejanos mares. Primero vió á sus compatricios en Génova, pero no halló quien le quisiria ayudar. Fuése entonces á Portugal, y presentó su proyecto á Juan II, quien lo sometió á su

consejo. Fué rechazado como extravagante y quimérico. Sin embargo, el rey trató de robar la idea de Colón. Fué enviada una escuadra en la dirección indicada por el navegante, pero contrariada por tormentas y borrascas, regresó á Lisboa después de cuatro días de viaje.

Colón regresó á Génova, y volvió á renovar sus proposiciones á la República, pero sin éxito. Nada le desanimaba. El hallazgo del nuevo mundo era el irrevocable propósito de su vida. Fué á España, y desembarcó en el pueblo de Palos, en Andalucía. Fué por casualidad á un convento de frailes franciscanos, llamó á la puerta y pidió un poco de pan y agua. El prior recibió con agrado al visitante, le hospedó, y supo por él la historia de su vida. Le animó en sus esperanzas, y le proporcionó ser recibido en la corte de España, que estaba entonces en Córdoba. El rey Fernando le acogió bondadosamente, pero antes de llegar á una determinación, deseaba someter su proyecto ante un consejo compuesto de los hombres más sabios de Salamanca. Colón tenía que contestar no solamente á los argumentos científicos que se le opinían, sino también á las citas de la Biblia. El clero español declaró que la teoría de los antípodas era contraria á la fe. La tierra, decían, era un immenso disco plano; y si hubiera un nuevo mundo más allá del océano, entonces no podrían descender todos los hombres de Adán. Colón fué despedido por considerársele loco.

Empeñado siempre en su idea, escribió al rey de Inglaterra y al rey de Francia, á ambos sin resultado ninguno. Por fin, en 1492, fué presentado Colón á la reina Isabel de España, por Luis de San Ángel. Los amigos que le acompañaban defendieron su causa con tal vigor y convicción, que la reina accedió á sus deseos, y prometió hacerse cargo de la empresa propuesta. Fué aprontada una escuadrilla de tres carabelas, de las cuales tan sólo una tenía cubierta, y Colón se hizo á la vela en el puerto de Palos el día 3 de agosto de 1492. Después de su larga lucha contra la ignorancia de los hombres, tenía ahora que contender contra las supersticiones de los marinos Tuvo que sostener una larga y penosa lucha. Los mares desco-

nocidos, sus peligros, el temor de que el hambre los acosara, el disgusto abrumador del silencio del vigía, los repetidos chascos de su esperanza de ver tierras, se convertían á veces en verdadero motín, que Colón siempre lleno de esperanza, tenía el valor de sofocar. Por fin, después de setenta días de navegación, se descubrió tierra, y Colón puso su planta en la isla de San Salvador. En seguida fueron descubiertas Cuba y la Española. Tomóse posesión de ellas en nombre del rey y de la reina de España. En esta última isla se construyó un fuerte. Dejóse en ella un comandante y algunos hombres, y entonces regresó Colón á España para dar cuenta de su descubrimiento.

El entusiasmo con que fué recibido fué inmenso; su fama era grande, no solamente en España, sino en todo el mundo. No permaneció mucho tiempo en España. Volvió á salir para América, pero esta vez al mando de catorce carabelas y tres buques grandes, llevando en todo como 1,200 hombres. Tomó parte en la expedición cierto número de nobles. Fueron descubiertas en esta ocasión Guadalupe y Jamaica, y exploradas Santo Domingo y Cuba. Pero no aparecía el fabuloso oro que esperaban encontrar los nobles. Formáronse facciones que terminaron en sangre. En vano se esforzaba Colón en reanimar el entusiasmo de ellos, pues éstos le miraban con desdén y como autor de su misma desventura.

Colón volvió por segunda vez á España, pero no fué recibido con el mismo aplauso anterior. Los soberanos españoles le recibieron con interés, pero no sin un poco de frialdad. Vió que se levantaban contra él celos bajos y envidiosos, de parte de los cortesanos. Sin embargo, se emprendió otra expedición. Seis grandes buques volvieron á llevar á Colón y sus compañeros al nuevo mundo. En esta ocasión fué descubierta la tierra firme de América y otras islas en el mar Caribe. Entre tanto se habían sublevado los naturales de San Domingo contra los españoles, quienes los trataban con gran crueldad. También pelearon entre sí los colonos españoles, y se hacían guerra incesante unos á otros. Muy afligido Colón por estos hechos,

despachó mensajeros al rey de España, deseando que le mandara á Santo Domingo un magistrado y un juez.

Por instigación de algunos celosos y hostiles miembros de la corte, mandó el rey á don Francisco de Bobadilla, provisto de poderes plenos y nombrado gobernador del nuevo mundo. No fué un juez, sino un verdugo. La primera cosa que hizo al pisar la tierra fué poner grillos á Colón y á sus dos hermanos. Comisionó á Alonso de Villego para conducir á los hermanos á España. Colón fué cargado de cadenas como un malhechor, y puesto á bordo de un buque. Durante la travesía se compadeció Villego de la suerte del gran navegante, y le propuso quitarle las cadenas. « ¡No! dijo Colón, quiero conservarlas como un recuerdo de la recompensa dada á mis servicios. » « Estas cadenas, dijo su hijo Fernando, las he visto muchas veces en el gabinete de mi padre; quien ordenó que á su muerte fueran enterradas con él. »

Al regreso del buque á España, avergonzados el rey y la reina de la conducta de Bobadilla, ordenaron que los presos fueran puestos en libertad. Colón estaba digustado con el trato que le daban. « La sociedad, dijo, me ha entregado á mil conflictos, y á todos he resistido hasta hoy; no me podía defender, ni con armas ni con la prudencia. ¡Con qué barbarie me han tratado en todo! »

Sin embargo, su espíritu vehemente y misteriosamente ilustrado, continuaba cavilando sobre el inmenso océano. Obtuvo los medios para hacer un cuarto viaje, que según creía, enriqueceria efectivamente á España, país al que hasta entonces había servido tan sin recompensa. Esta vez descubrió la isla Guanaja. Siguió las costas de Honduras, Nicaragua y Panamá. Desembarcó en Veraguas, y encontró las ricas minas de oro de estas regiones; trató de establecer una colonia en el río Belén; pero habiéndose levantado una tormenta fueron dispersados sus buques, y se vió obligado á hacer vela hacia Santo Domingo para componerlos. Ya se estaba muy viejo y gastado por las fatigas y los sufrimientos. Se hallaba enfermo y agobiado cuando se amotinaron sus marineros y trataron de

asesinarle. No pudo resistir, pues no tenía uno solo que le ayudara. Pero de pronto se vió tierra, y entró salvo en Santo Domingo.

Poco después se hizo á la vela para España. Fué su último viaje. Tenía entonces unos setenta años. Después de su « larga peregrinación de infortunios, » se halló contento con poder volver por fin á España. Esperaba alguna recompensa, siquiera fuese lo suficiente para poder conservar unidos el cuerpo y el alma. Pero fueron vanos su reclamos. Vivió aún algunos meses después de su regreso, pobre, aislado y herido de una enfermedad mortal. Hasta la proximidad de su muerte apenas era más que un mendigo tolerado. Tuvo que quejarse de que su casaca le había sido robada y vendida, que no tenía hogar proprio y que carecía de lo necesario para pagar su cuenta de hostería. Entonces fué cuando falto de aliento pronunció estas palabras, sublimes en su conmovedora sencillez : « Yo, natural de Génova, descubrí en el lejano occidente el continente é islas de la India. » Expiró en Valladolid el 20 de mayo de 1506, siendo sus últimas palabras : « Señor, en tus manos entrego mi espíritu. » Así murió el gran mártir del descubrimiento. Su derrota fué una victoria. Luchó noblemente, y murió con firmeza.

Algunos hombres están dispuestos á entregarse generosamente á la prosecución de un gran propósito. Los mártires, los descubridores, los inventores de los primeros tiempos, los exploradores de la civilización — todos aquellos que trabajan por la verdad, la religión, el patriotismo — son la esperanza desamparada de la humanidad. Viven, trabajan y mueren sin esperanza ninguna de recompensa personal. Para ellos es suficiente saber cuál es el trabajo, y el ejecutarlo con la práctica del poder moral. El hombre de energía y de genio es guiado por su concepción de las más amplias y elevadas tendencias. Puede ser contrariado y desanimado; las dificultades podrán rodearle; pero está sostenido por un valor invencible, y si muere, deja tras de sí un nombre que todo hombre venera. La muerte ha fructificado su vida, y la ha hecha más fructífera

aún para los demás. « Cuando Dios permite que perezcan sus ministros por su evangelio, dije Broussón, predican más alto desde sus tumbas, de lo que lo hicieron durante sus vidas. » « Aquello que sembramos, dijo Jeremías Táylor, en los momentos é instantes desocupados de unos pocos años, crece en coronas y cetros en una eternidad feliz y gloriosa. »

La dificultad y el sufrimiento ¿no son necesarios para evocar las más elevadas formas del carácter, de la energía y del genio? En todo destino entra el esfuerzo y el sufrimiento, la lucha y la sumisión, la energía y la paciencia. Hay una virtud en el sufrimiento pasivo que á menudo es más grande que la gloria del éxito. Padece, sufre y conlleva, y sin embargo aun tiene esperanza. Sale al encuentro de las dificultades con una sonrisa, y se esfuerza por permanecer erguido bajo las más pesadas cargas. El padecimiento, sufrido con paciencia, es uno de los más nobles atributos del hombre. En esa cualidad hay algo de tan noble, que lo eleva á las más altas regiones del heroísmo. Decía Milton : « Quien mejor puede sufrir, puede obrar mejor. »

Es un error suponer que pueda haber una época en que no haya demanda de virtud heroica, ó que las épocas de los mártires, ó los tiempos de las luchas á muerte contra la tiranía son los únicos que necesitan la práctica de esta virtud. Resistir al curso diario de una generación que ha perdido el sentido del alto destino del hombre, y permitido que el placer usurpe el lugar del deber, puede exigir tanto heroísmo real como el que se necesita para resistir el despotismo, ó mirar de frente al hacha del verdugo

Hasta en la guerra es el sufrimiento una virtud tan elevada como el valor; y ahora que la guerra se ha hecho científica, ha ocupado el sufrimiento el puesto más elevado. El soldado bien disciplinado tiene que estar de pie en el lugar que se le ha designado. « ¡Firmes! » es la orden. Hace frente al peligro sin moverse, mientras que las balas esparcen la muerte á su alrededor. Cuando avanza, tiene aún que sufrir. No puede hacer fuego hasta que se ha dado la voz de mando. Llega en-

tonces la carga. Pero no es sólo en la acción donde el sufrimiento es mayor, lo es en la retirada necesaria quizá por la derrota. Mirada en este concepto, la retirada de los diez mil de Jenofonte brilla más que las conquistas de Alejandro; y la retirada de sir Juan Moore á la Coruña, fué tan grande como las victorias de Wéllington.

Hay muchos hombres que fueron martirizados en defensa de su país. Hay en Francia una historia antigua que á la verdad es una historia antigua en todas partes. « Es una vergüenza, dijo Clovis, al ver los ricos campos del otro lado del Garona, que esos territorios pertenezcan á villanos que tienen un credo diferente del nuestro. ¡Adelante! ¡tomemos posesión de su país! »

Cuando Jerjes trató de conquistar á Grecia, marchó Leonidas con trescientos hombres al paso de las Termópilas, para resistir al inmenso ejército persa. Tuvo lugar un feroz combate; gran número de invasores fueron muertos. Leonidas y su pequeña banda de héroes fueron destruídos, pero Grecia se salvó.

No menos valeroso que Leonidas fué Judas Macabeo, « el martillador. » Con su desamparada esperanza de ochocientos hombres resistió el ataque de veinte mil sirios que habían invadido la Tierra Santa. Judas hizo pie en Eleasah. Sus compañeros trataron de persuadirle que se retirase. « Dios nos libre, contestó, que yo tenga que huír de ellos. Si ha llegado nuestra hora, muramos virilmente por nuestros hermanos, no manchemos nuestra honra. » La batalla fué reñida y feroz; Judas y sus hombres pelearon valerosamente, y fueron muertos desde el primero hasta el último, con la cara hacia el enemigo. No murieron en vano. Los judíos se reanimaron; rechazaron al invasor, el templo fué reedificado, y la Judea volvió á ser el país más próspero del Oriente.

Los romanos conocían también el valor del heroísmo y el sacrificio en favor de su país. Pero hablemos de los tiempos modernos. Pequeños países, de población comparativamente pequeña, han conseguido mantener y conservar sus libertades

á despecho de enormes dificultades. No es el tamaño de un país, sino el carácter de su pueblo, lo que le da su valor genuino. Vemos hombres que están continuamente pidiendo libertad, pero que nada hacen para merecerla. Permanecen inertes, desidiosos, y egoístas. Hay un titulado patriotismo que no tiene más dignidad en sí que el aullar de los lobos. El verdadero patriotismo es de otra clase. Está fundado sobre la honradez, la veracidad, la generosidad, la abnegación y el verdadero amor de la libertad.

Ved, por ejemplo, á la pequeña república Suiza, que por centenares de años ha sido estrechada por gobiernos tiránicos. Pero sus habitantes son valientes, sobrios, honrados, y se ayudan á sí mismos. No han querido tener amos, sino que se han gobernado por sí mismos. Eligieron sus representantes, como en Apenzell, levantando las manos en los mercados públicos, comon señal de votación. Proclamaron la libertad de conciencia, y Suiza, al igual de Inglaterra, ha sido siempre el refugio de los perseguidos por causas de conciencia.

No fué sin pasar por penosas luchas cómo Suiza conquistó su independencia. Los jefes de estos hombres valientes se sacrificaron por el bien de su patria. Tomad, par ejemplo, el caso de Arnoldo de Winkelried. En 1481 invadieron los austriacos la Suiza, y un número de ciudadanos relativamente pequeño se propuso resistirles. Cerca del pueblo de Sempach se vió que los austriacos avanzaban en un cuerpo sólidamente compacto, presentando una línea unida de lanzas. Los suizos les salieron al encuentro, pero sus lanzas eran más cortas, y siendo mucho menor en número, se vieron obligados á ceder. Al observar esto, Arnoldo de Winkelried, viendo que todos los esfuerzos de los suizos para romper las filas enemigas habían sido infructuosos, gritó á sus compatricios : « ¡Voy á abrir una senda para la libertad! proteged, queridos camaradas, á mi mujer y á mis hijos! » Se abalanzó al enemigo, y abrazando tantas lanzas como podía abarcar, las enterró en su pecho. Cayó, pero se había abierto una brecha, y los suizos se arrojaron por ella y consiguieron una victoria grandísima. Arnoldo de Winkelried

murió, pero salvó á su país. La pequeña república de las montañas conservó su libertad. La batalla tuvo lugar el 9 de julio, y hasta hoy día se reúne el pueblo anualmente para celebrar el haberse librado de los austriacos, triunfo conseguido por el sacrificio voluntario de su caudillo.

Pero la mujer suiza puede ser tan valiente como el hombre. Las mujeres atreviesan el peligro moral y físico con un valor igual al de los hombres más valientes. Son preeminentes en el sufrimiento constante, y á veces son iguales á los hombres en un valor correspondiente para hacer frente al peligro repentino y violento. El adagio lo dice: « los valientes son hijos é hijas de los valientes, sencillamente porque son criados por los valientes y están impregnados con su ejemplo. »

En 1662, casi doscientos años después de la batalla de Sempach, quiso el emperador de Austria hacerse dueño de los Grisones, para concluír con la religión protestante y desterrar á sus sacerdotes. Su ejército apareció primero en el valle de Pretigau. El valle está encerrado por montañas elevadas. Es rico en pastos y aun es célebre por su buen ganado. Los hombres se hallaban en las crestas de los montes, cuidando sus ganados y majadas. Sólo las mujeres habían quedado; y en cuanto oyeron la aproximación de los austriacos entre Klosters y Lauquart, se apoderaron de la armas de sus esposos, picas, guadañas y chuzos, y se precipitaron á su encuentro. Hay pasajes en Suiza donde unos cuantos hombres ó mujeres bien armados pueden rechazar á mil. Las mujeres vencieron, con la ayuda de piedras arrojadas desde las cumbres sobre el enemigo. Los austriacos fueron rechazados. Por supuesto que los hombres eran tan valientes como las mujeres. ¡Poco tiempo después fué asaltado y tomado el castillo de Castel, frente á Fideris, por los campesinos armados solamente con garrotes! Á consecuencia de la valerosa defensa de las mujeres, continúa siendo una regla establecida en el valle, que las mujeres entran primero para recibir la comunión, y después siguen los hombres.

Tales son los hombres y las mujeres que veneran los suizos:

Tell, el intrépido ballestero, y Winkelried, el lancero. Aunque el primero pertenece probablemente á la tradición [1], es el segundo un hombre de la historia. La casa en que vivía se ve aún en Stanz, en Unterwalden; su cota de malla está aún en el Rathhaus; y una estatua le ha sido levantada en la plaza pública, con el haz de lanzas en sus brazos.

Haceu nos cinco siglos que sufrió Inglaterra una derrota atroz en el Norte, que después se vió haber sido uno de sus más grandes beneficios. Escocia era pobre, consistiendo principalmente de montañas y de ciénagas. No tenía la cuarta parte de la actual población de Londres [2]. Los habitantes vivían muy apartados. El país estaba inmediato á Inglaterra, hallándose siempre abierto á la invasión. No estaba protegido, como Irlanda, por un canal marítimo ancho y profundo. Además, no era una nación unida, ni eran sus habitantes de la misma raza. En el norte y el oeste estaban los celtas ó *highlanders;* en el sur y el este estaban los descendientes de los sajones, los anglicanos y los normandos. Los clanes del Highland guerreaban entre sí. No daban auxilio alguno á los lowlanders en sus guerras por la libertad. Roberto Bruce casi fué muerto por los Macdougal en su huída á través de Lorne.

Wallace precedió á Bruce. El Lowland fué conquistado por Eduardo I. Todas sus plazas fuertes estaban en manos de los ingleses. Wallace se esforzaba por levantar el espíritu del patriotismo en los condados del oeste. Á pesar de ser un hombre de gran valor personal, no era un gran guerrero. Nunca pudo levantar un número suficiente de hombres para dar una batalla campal. Fué derrotado en Falkirk. En verdad, fué un hombre que fracasó. En esa época, era la desamparada esperanza de Escocia. Con todo, su fe en el porvenir de su país sostuvo el espíritu nacional mucho más que las mismas victorias de su sucesor, Roberto Bruce. Al fin fué vendido Wallace,

1. Hay varios Tell : uno dinamarqués, otro de Finlandia y otro suizo. Hay Tell en Oriente. Es probable que la historia de Tell sea un mito indo.

2. La población de Escocia en la época de la Unión, en 1707, sólo era de un millión de habitantes.

y entregado á los ingleses. Se le condujo á Londres, y la víspera de San Bartolomé fué llevado en un trineo desde la Torre hasta Smithfield, donde fué colgado, y descuartizado estando aún vivo. Así murió el mártir de la libertad. No fué inútil su vida. Inspiró á sus compatriotas el amor de la libertad, y llegó día en que pudieron seguir con éxito su ejemplo.

Roberto Bruce era descendiente de un normando. Era medio inglés y medio escocés, y por su madre, tenía derecho á la corona de Escocia. Después de muchas aventuras atrevidas y de rudos peligros sostenidos por una conciencia fuerte y perseverante, y un amor ardiente por la libertad, consiguió Bruce reunir un ejército patriota, con el cual pudo hacer frente á los ingleses en Bannockburn, en 1314. Antes que principiara la batalla, se arrodilló para rezar el ejército escocés. Eduardo II, estaba mirándolo. Volviose hacia su caballero favorito, y le dijo : « ¡Argentine, los rebeldes ceden! ¡Piden gracia! — Es cierto, señor, contestó, pero *no de vos.* » La batalla terminó no solamente en una victoria, sino con una derrota.

Los ambajadores ingleses en la corte del papa indujeron á Juan XXII á que excomulgara á Roberto Bruce, y que dejara á su reina bajo un entredicho eclesiástico. Al entredicho se le opuso un heroico parlamento que tuvo lugar en Arbroath en 1320. Ocho condes y veinte y un nobles pusieron sus nombres en una carta del parlamento al papa, la cual, por los principios que sostenía, era digna de cualquier documento de la historia europea. En ella se le pedía al papa que exigiese del rey inglés que respetara la independencia de Escocia y que se ocupara de sus propios asuntos. « Mientras queden con vida cien de nosotros, dicen los firmantes, jamás y por ningún sentido queremos ser sometidos á los ingleses. No es por la gloria, ni las riquezas, ni los honores, por lo que combatimos, sino únicamente por la libertad, que ningún hombre bueno pierde sino con su vida [1].

Aunque se siguieron numerosas guerras, y aunque se hicie-

1. *Border, History and Poetry*, por el profesor Weith; página 277.

ron algunas tentativas por parte de la nación más fuerte para imponer nuevas formas de religión sobre la nación más débil, el resultado fué siempre el mismo. La historia de Escocia ha sido una protesta perpetua contra el despotismo. Su lección es, primero, el poder del individualismo, y después los derechos de la conciencia. Hubo otra gran derrota que experimentó Inglaterra por esa misma época, la cual aunque mirada como deplorable, resultó sin embargo, ser un beneficio tan grande como el de Bannockburn. Fué el sitio de Orleáns, del cual dice el doctor Arnold que fué uno de los casos decisivos en la historia de una nación [1]. Los ingleses recorrían toda la Francia. Habían ganado muchas batallas; habían hecho su entrada en París y estaban sitiando á Orleáns. Francia estaba en un estado deplorable. Los principales nobles abandonaron al rey, Carlos VII, y cada uno se esforzaba para crearse una pequeña soberanía propia. Las ciudades se entregaban sin hacer resistencia alguna. Los impuestos se cobraban á la fuerza, y hasta el mismo rey apenas tenía con que vivir de ellos, y mucho menos con que mantener su ejército. El pueblo había perdido la confianza en su rey y en sus nobles, y ansiaba que Dios hiciera algo para redimir al país.

¡Hecho singular! ¡cómo una pequeña circunstancia puede cambiar los destinos de una nación! Fué una mujer, una campesina joven, que hilaba y tejía en su casa y cuidaba del ganado en el campo, la que salió en ayuda de Francia. Juana de Arco había nacido en la villa Domremy, en Lorena. Era

1. He aquí las palabras del doctor Arnold (*Vida y cartas*, por el deán Stanley): « El sitio de Orleáns es uno de los casos decisivos en la historia de las naciones. Si se hubiera establecido el dominio inglés en Francia, ningún hombre puede decir cuál habría sido la consecuencia para Inglaterra, que probablemente hubiera llegado á ser una dependencia de Francia. Tan poco depende la prosperidad del pueblo del éxito en la guerra, que, dos de las mayores derrotas que jamás hayamos sufrido, han sido nuestros dos mayores beneficios: Orleáns y Bannockburn. Es curioso, también, que en el reinado de Eduardo II, resultó ser una maldición la victoria obtenida sobre los irlandeses en Athunree así como nuestra derrota por los escoceses se ha convertido en un beneficio. Si los irlandeses hubieran quedado independientes, podían después haberse unido á nosotros como Escocia, y si Esocia hubiera sido sometida, habría sido para nosotros otra maldición como Irlanda. »

sencilla, virtuosa y religiosa. Siendo de temperamento nervioso, soñaba en su estado de exaltación, y oía palabras solemnes que se le dirigían. Se le dijo que « fuera en auxilio del rey de Francia, » y se le aseguró « que restauraría su reino. » El capitán Baudricourt, que fué informado de sus designios, creyó al principio que estaba loca. Al fin se impresionó tanto con su anhelo, que ofreció proporcionarle una escolta de hombres armados, y llevarla hasta donde estaba el rey. Viajó á través de ciento cincuenta millas de un país ocupado por los ingleses, y por fin llegó en salvo hasta el rey y la corte.

El rey no deseaba otra cosa sino un auxilio cualquiera, impotándole poco de dónde viniera. Los obispos y sacerdotes la creyeron bruja é inspirada por el diablo. Á pesar de eso, la envió el rey á Orleáns, y ella llegó á la ciudad sitiada. Los ingleses ya principiaban á desanimarse. Habían permanecido delante de Orleáns durante el invierno, y sus tropas disminuían rápidamente. Después de la muerte del conde de Salisbury, se habían separado del campo muchos de los hombres de armas que se habían alistado. Los borgoñeses, que estaban aliados á los ingleses fueron llamados por su duque. Sólo quedaban dos á tres mil hombres de tropas inglesas, y éstos estaban distribuídos en una docena de castillejos, entre los cuales no había enlace. « Al leer, dice Michelet, la formidable lista de capitanes que se arrojaron sobre la ciudad con sus fuerzas, no parece después de todo tan milagrosa la salvación de Orleáns. »

Juana de Arco iba á la cabeza del ataque contra los ingleses en los castillejos. Fueron arrojados de ellos, aunque en el asalto del último (el de *Tournelles*), fué herida la doncella. Pero no estaba ella satisfecha con haber hecho levantar el sitio de Orleáns. Los ingleses tenían que ser expulsados del país. El ejército, bajo su dirección, siguió al enemigo á Patay, donde otra vez volvieron á ser derrotados. Después siguió la coronación de Carlos VII, en Reims, como lo había predicho. « La originalidad de la doncella, dice Michelet, el secreto de su éxito, no era su valor ó sus visiones, sino su buen sentido. Al

llevar á Carlos VII directamente á Reims y hacerle coronar, ganaba sobre los ingleses la resolución de su coronación. »

Había realizado y concluído lo que se había propuesto hacer, ahora deseaba regresar á casa de sus padres y á sus rebaños. Pero el rey negó su permiso. Había visto cómo Juana había vuelto á traer el éxito á las filas del ejército francés. Por eso quería su presencia entre los soldados. Desde el instante ya no tenía en sí la misma confianza; se sentía irresoluta é intranquila, y aunque continuó combatiendo, fué sin resultados decisivos.

Habiéndose coligado otra vez los ingleses y los borgoñeses, pusieron sitio á Compiegne, en el río Oise. Ya se habían declarado los ciudadanos á favor de Carlos VII, y la doncella entró en el acto en la plaza. En el mismo día se puso al frente de una salida, y casi había sorprendido á los sitiadores, pero fué rechazada hasta las puertas de la ciudad, donde fué rodeada por los franceses (borgoñeses) arrancada de su caballo y hecha prisionera. Fué entregada por sus compatricios á los ingleses, quienes la entregaron á la inquisición de Rouen para ser juzgada. Presidía el vicario, y era ayudado por el obispo de Beauvais, el obispo de Lisieux y otros sacerdotes franceses. Estevet, uno de los canónigos de Beauvais, fué nombrado fiscal de la causa.

El soberano, Carlos VII, que debía su trono al valor de la joven entusiasta, no dió paso alguno para salvarla. La Sorbona, el gran tribunal teológico, fué consultado, y decidió que « la muchacha era completamente del demonio, » y que debía ser tratada de conformidad. Los borgoñeses, franceses, no protestaron contra el castigo espantoso que iba á recibir. El procedimiento usual en aquellos tiempos era quemar á todas las brujas y hechiceras poseídas por el demonio, y Juana de Arco fué sentenciada á ser quemada viva. Su martirio tuvo lugar en Rouen, en el sitio conocido ahora por Plaza de la Doncella, no muy distante de la calle del Havre, donde se ha erigido una estatua á su memoria.

« Ha habido mártires, dice Michelet, la historia muestra un sin número, más ó menos gloriosos. El orgullo ha tenido

sus mártires, asimismo lo han tenido el odio y el espíritu de controversia. Ninguna época ha existido sin mártires militantes, quienes, sin duda alguna, murieron de buen modo cuando ya no podían matar... Esas inclinaciones no son aplicables á nuestro caso. La santa muchacha no es de ésos; tenía un signo propio, la bondad, la caridad, la dulzura del alma. Tenía la dulzura de los antiguos mártires, pero con una diferencia. Los primeros cristianos sólo permanecieron puros evitando la acción, privándose de las luchas y pruebas del mundo. Juana era benévola en la más ruda lucha; buena entre los malos; pacífica en la misma guerra; llevó á la guerra el espíritu de Dios. [1] »

El pueblo francés no ha olvidado á Juana de Arco. Muchas estatuas han sido levantadas á su memoria. Ha sido un objeto de veneración de una generación á otra entre los soldados franceses. Cuando un regimiento marcha por Domremy, siempre hacen alto los soldados y presentan las armas en honor del lugar de su nacimiento. Es conmovedor saber que la costumbre ha sobrevivido tanto, y que la memoria de la heroína virgen es conservada fresca en el país á que sirvió tan fielmente.

1. Michelet, *Histoire de France*, lib. VIII, cap. 2.

CAPÍTULO VI

Sufrimiento hasta el fin. — Savonarola.

El amor vence á la agonía; el alma que parecía abandonada siente otra vez su Dios, y en los brazos de su Padre fenece contenta. — KEBLE[1].

Es preferible la muerte cuando el trabajo ha terminado, al nacimiento más favorecido del mundo. — JORGE MACDONALD[2].

Todo en la vida no es vivir, ni todo lo de la muerte es morir. — *Del libro de los himnos*[3].

Me preguntáis en general, cuál será el final del conflicto. Yo contesto: la victoria. Pero si me lo preguntáis en particular, os contestaré: la muerte. — SAVONAROLA[4].

Volvamos á algunos de los grandes héroes mártires de Italia, á Arnoldo de Brescia, Dante y Savonarola. Poco después de la caída del imperio romano, obtuvieron otra vez ascendencia las influencias más bajas de la naturaleza humana. La Iglesia no podía prevalecer sobre ellas. La verdad era que la Iglesia las seguía. San Bernardo de Clairvaux, estigmatizó los vicios de los romanos con estas palabras mordaces: «¿Quién ignora su vanidad y su arrogancia? Una nación amamantada en la sedición, intratable, y que desdeña obedecer, á me-

1. Love masters agony; the soul that seemed
Forsaken feels her present God again,
And in her Father's arms
Contented dies away. — KEBLE.

2. Better a death when work is done,
Than earth's most favoured birth. — JORGE MACDONALD.

3. 'Tis not the whole of life to live,
Nor all of death to die. — HYMNAL.

4. Do you ask me in general what will be the end of the conflict? I answer, Victory.
But is you ask me in particular, I answer, Death. — SAVONAROLA.

nos que sea muy débil para resistir. Diestros en la maldad, jamás han aprendido la ciencia de hacer el bien. La adulación y la calumnia, la perfidia y la traición, son los actos comunes de su conducta. »

La corrupción y la frivolidad en las personas de alta posición, nunca dejan de ejercer una influencia perniciosa sobre la condición de la sociedad. Se extiende á las clases inferiores, haciéndose todos igualmente viciosos. Italia estaba entregada á la lujuria y á la frivolidad en las clases elevadas, mientras que la pobreza, la miseria y el vicio prevalecían en las inferiores. El miembro de la Iglesia no era mejor que la generalidad : « Si deseáis que vuestro hijo sea un hombre malo, hacedlo sacerdote, » era un dicho común. Así pues, un pueblo que había sido valiente y vigoroso, estaba al borde de la destrucción moral.

En el duodécimo siglo hizo oír Arnoldo de Brescia el clarín de la libertad italiana. Su posición en la Iglesia figuraba en las últimas filas. Era predicador apasionado y elocuente. Predicaba la pureza, el amor, la equidad. También predicaba la libertad. Ésta era la más peligrosa de todas sus lecciones. Sin embargo, el pueblo le reverenciaba como á un patriota. No faltaron enemigos que informaran al papa de lo que decía. Inocencio II, condenó sus opiniones, y los magistrados de Brescia procedieron á ejecutar su sentencia. Pero Arnoldo, advertido oportunamente, huyó á Suiza, pasando los Alpes, donde halló un refugio en Zurich, el primero de los cantones suizos.

No habiéndole hecho perder ánimo el miedo, pasó otra vez los Alpes, fué á Roma, y allí erigió su cátedra. Estaba protegido por los nobles y por el pueblo, y durante diez años resonó su elocuencia sobre las Siete Colinas. Exhortaba á los romanos á que defendieran los inalienables derechos de hombres y cristianos, que restauraran las leyes y la magistratura de la república, y que limitaran á su pastor al gobierno espiritual de su rebaño.

Su poder continuó durante la vida de dos papas, pero al

subir Adriano IV, el único inglés que jamás haya ascendido al trono de san Pedro, se hizo á Arnoldo una oposición vigorosa y fuerte. El papa puso en entredicho á todo el pueblo, y el destierro de su reformador era el precio de su absolución. Arnoldo fué preso y sentenciado á muerte. Fué quemado vivo en presencia de un pueblo indolente y desgraciado, y sus cenizas fueron arrojadas al Tíber, á fin de que no fueran sus discípulos á recogerlas y venerar las reliquias de su maestro.

Italia siguió en su carrera de frivolidad, de disipación y de vicio. El estado guerreaba contra el estado, y los güelfos y gibelinos desolaban el país. Apareció Dante en el siglo décimo tercero, y volvió á sonar el grito de libertad. Creía n la justicia eterna. En virtud de la verdad y del amor que vivían en su alma, contrastó la vida de Italia con las tendencias más elevadas y nobles de la humanidad. El mundo loco italiano temblaba en la luz de la época, entre el cielo arriba y el infierno abajo. Discernía la justicia eterna en el turbulento contender de los hombres. Toda su alma se elevó á la altura del gran argumento, y emitía en cantos sin iguales, su apología sobre los designios de Dios para con el hombre.

Durante los largos siglos de la degradación y de la miseria italiana fueron sus ardientes palabras como una antorcha de vigilancia y un faro para los fieles y leales á su país. Era el heraldo de la libertad de su patria, arrostrando la persecución, el destierro y la muerte por su amor á ella. En su *De Monarchia*, abogaba al igual de Arnoldo de Brescia, por la separación del poder espiritual y del poder civil, y sostenía que el poder temporal del papa era una usurpación. Su *De Monarchia* fué quemado públicamente en Bolonia, por orden del legado pontificio, y el libro puesto en el Índex de Roma. Ha sido siempre el más nacional de los poetas italianos, el más amado y el más leído. Le desterraron de Florencia en 1301. Su casa fué entregada al saqueo, y fué sentenciado, durante su ausencia, á ser quemado vivo. Durante su destierro escribió algunas de sus más nobles obras. Los hombres pensaban en él, le respetaban, y le amaban. Deseábase que su sentencia

de destierro fuera anulada y que pudiera volver á Florencia.

Era una antigua costumbre la de perdonar á ciertos criminales en Florencia durante la fiesta de San Juan; el apóstol que « amaba tanto. » Se le comunicó á Dante que recibiría ese perdón á condición de que se presentara como criminal. Cuando se le hizo la oferta, exclamó: « ¡Qué! ¿es ésta la gloriosa revocación de una sentencia injusta, por la cual ha de volver Dante Alighieri á su patria, después de haber sufrido tres lustros de destierro? ¿Es esto lo que vale el patriotismo? ¿Es ésta la recompensa de un continuo trabajo y estudio?... Si solamente de esta manera he de poder volver á Florencia, entonces jamás volveré á entrar en Florencia. ¿Y qué hay en ello? ¿No he de ver el sol y las estrellas donde quiera que yo esté? ¿no he de poder reflexionar sobre la grata verdad en cualquier parte debajo del cielo, sin tener que entregarme antes, desnudo de gloria y casi en la ignominia, al pueblo de Florencia? El pan no me ha faltado aún. ¡No! ¡no! ¡no regresaré! » Dante rehusó, pues, el perdón que de tal modo se le ofrecía. Permaneció veinte años en el destierro, y murió en Ravena, en 1321.

Como un siglo después apareció otro heraldo de la libertad, un hombre recto y valeroso, que figura en la historia entre las joyas, Jerónimo Savonarola. Nació en Ferrara, en 1452. Sus padres, aunque pobres, eran nobles. Su padre permanecía en la corte, siendo este privilegio patrimonio de su familia. Su madre era una mujer que poseía gran fuerza de carácter. Al principio había intención de que Jerónimo fuera educado para médico, pero sus inclinaciones le arrastraron hacia una dirección muy opuesta.

Italia estaba entregada aún á sus pasiones, sus corrupciones y sus vicios. Los ricos tiranizaban á los pobres; y los pobres eran míseros, desvalidos y abandonados. Jerónimo había llenado desde temprana edad su alma con ideas religiosas. Se dedicó al estudio de la Biblia y á los escritos de santo Tomás de Aquino. Encontróse en pugna con el mundo, y le disgustaron las profanaciones que existían en torno suyo. « No hay

uno, decía, no queda ni siquiera uno que desee lo que es bueno; tenemos que aprender de los niños y de las mujeres de la clase baja, porque únicamente en ellos queda todavía una sombra de inocencia. Los buenos son oprimidos, y el pueblo de Italia ha llegado á ser igual al de Egipto que retenía en servidumbre al pueblo de Dios. »

Por fin se resolvió Jerónimo á abandonar el mundo del vicio y entregarse por completo á la religión. Á los veinte y tres años reunió lo poco que tenía en un lío, abandonó á Roma sin despedirse de sus padres y marchó á pie hasta Bolonia. Fué derecho al convento de Santo Domingo, y pidió ser admitido en la orden como sirviente. En el acto fué recibido, y se preparó para entrar en su noviciado.

En seguida escribió á su padre, informándole de las razones por las que había abandonado su casa. « Los motivos, decía, que me han inducido á entrar en la vida religiosa, son éstos : la gran miseria del mundo; las iniquidades de los hombres; sus adulterios y los robos; su orgullo, su idolatría, y sus espantosas blasfemias... No podía soportar la enorme perversidad del ciego pueblo de Italia; y tanto más, cuanto que yo veía por do quiera el desprecio de la virtud, y que se honra al vicio. Congoja mayor no podía tener yo en este mundo : y por esto fuí llevado á elevar una oración á Jesucristo, pidiéndole que me sacara de este foco de infamia. Esta corta oración la he tenido continuamente en los labios, suplicando fervientemente á Dios que me hiciera conocer el camino en que debiera marchar... Nada más me queda que decir, sino es el suplicaros encarecidamente, como hombre de espíritu fuerte, que consoléis á mi madre, y pido que vos y mi madre me deis vuestra bendición. »

En esa época se había hecho casi intolerable la corrupción de la Iglesia. La insaciable avaricia de Pablo II, la perfidia y la falta de escrupulosidad de Sixto IV, los inauditos crímenes de Alejandro VI, (Borgia)[1], causaban un desaliento universal

1. El pontificado de Alejandro VI, es ciertamente la página más negra de la historia de la Roma moderna. La desmoralización general de esa época, de

en los hombres buenos de toda Italia. « ¿Dónde están, decía Savonarola en su celda, los antiguos doctores, los antiguos santos, el saber, el amor, la pureza de los pasados tiempos? ¡Oh Dios! si estas alas en que se remontan, y que solamente conducen á la perdición, pudieran ser tronchadas! »

Al mismo tiempo había desaparecido casi por completo la libertad. Los principillos que tiranizaban al pueblo no mostraban ni la energía ni la sagacidad de sus padres. Su única aspiración ardiente era el poder sin limitación. Su conducta ocasionaba á veces el resentimiento de sus súbditos. Algunos de ellos fueron por esa razón asesinados á la luz del día. El duque Galeazzo fué asesinado en una iglesia, en Milán. El duque Nicolás de Este fué muerto en Ferrara. El duque Julio de Médicis fué asesinado en la catedral de Florencia, durante la elevación de la hostia.

En medio de una desmoralización semejante se formó la vida de Savonarola. Muy pronto descubrió el prior del convento de dominicos en Bolonia, las raras cualidades de su espíritu. En vez de hacer obra manual, fué ascendido á instruír á los novicios. La obediencia era su deber, y se consagró á su nuevo empleo con un corazón bien dispuesto. Entonces fué ascendido del empleo de maestro de los novicios al de predicador. Á la edad de treinta años fué enviado á predicar á Ferrara, ciudad de su nacimiento. Allí no hallaron eco sus sermones. No era más que uno de entre ellos. ¿Qué podían oír de él que ya no supieran? No recibió distinción alguna en su mismo pueblo. Predicó también en Brescia, en Pavía y en Génova, donde su elocuencia fué más apreciada.

Después de haber permanecido como unos siete años en el convento de dominicos en Bolonia, fué finalmente enviado Savonarola á Florencia. El camino le condujo á través de un país nuevo. Jamás había viajado tan al sur. Marchaba á pie,

la que se encuentran abundantes detalles en el *Diarium* de Juan Burchard, lo mismo que en Panvinius, Muratori; en la continuación de la *Historia Ecclesiástica* de Fleury, por Favre, y otros escritores, tanto católicos como protestantes, parece casi increíble en nuestros días. — *English Cyclopædia.*

y tuvo sobrado tiempo para inspeccionar el hermoso paisaje que le rodeaba. Subió rectamente la colina hasta Lugana, mirando para atrás hacia Bolonia y el paisaje hacia el norte, que nunca más volverá á ver. Atravesó las selváticas montañas, frías y desnudas hasta la cima en *La Futa*, como unos tres mil pies sobre el nivel del mar. Siguió por el valle de Seive, y cruzó el espolón de los Apeninos que divide el valle de Seive del Arno. Y allí, á sus pies, la magnífica Florencia, escena de su brillante carrera, de su valerosa vida, y también de su martirio.

Al llegar á Florencia, se dirigió Savonarola en el acto al convento de San Marcos, en el cual fué admitido como hermano. En esa época estaba Lorenzo el Grande en el cénit de su poder. Se había librado de sus enemigos por medio del destierro, del encarcelamiento ó de la muerte. Con sus fiestas, bailes y torneos tenía al pueblo á sus plantas. Era igualmente, favorito de los nobles y de la plebe. Todo el desenfreno de su vida parecía haber sido olvidado, porque era el protector de las letras y de las bellas artes. Dice Villari que en su época « eran igualmente corrompidos en su espíritu los artistas, los hombres de letras, los políticos, la nobleza y el pueblo; sin virtud pública ni privada; sin ser guiados por ningún sentimiento moral. La religión era usada ó como medio para gobernar, ó como una ruin hipocresía. No había sinceridad en los asuntos civiles, en la religión, en la moral, ni en la filosofía. Ni el escepticismo existía con un grado cualquiera de seriedad. Reinaba por completo una fría indiferencia por los principios.[1] »

Savonarola estaba disgustado con todo esto. Cuando predicó por primera vez en San Lorenzo, se pronunció con vehemencia contra las corrupciones de su tiempo. Azotó al vicio con látigo de acero. Atacó el juego, la mentira y el engaño, citando largamente la Biblia. Al principio quedó sorprendido el auditorio, luego digustado, después indignado. ¿Quién era

1. *Historia de Jerónimo Savonarola y de su época*, por el profesor Villari.

este fraile que había venido del otro lado de los montes para atacar la corrupción de Florencia? Se mofaron y se rieron de él. En una ciudad bella, todo era él, menos hermoso. Era de estatura mediana y de color obscuro. Sus rasgos fisonómicos eran toscos y marcados, su nariz larga y aguileña; grande su boca y gruesos sus labios; y su barba era entrada y cuadrada. Ya á los veinte y tres años estaba cubierta de arrugas su frente. ¿Era este un hombre capaz de adquirir influencia ó posición en Florencia?

Cuando predicaba otro fraile ilustrado iban en tropel para escucharle. Conocía al pueblo y halagaba sus vicios. Á nada atacaba, ni siquiera mencionaba la pérdida de religiosidad ni la de la libertad. Era amigo de Lorenzo el Magnífico. Cuando se le hacían bromas á Savonarola con el éxito de su rival, contestaba : « La elegancia del lenguaje tendrá que ceder ante la sencillez del modo de predicar la verdadera doctrina. » Sintióse íntimamente convencido de su misión divina. La consideraba como el deber culminante de su vida, y su único pensamiento era el modo cómo podría cumplir mejor con su deber.

En San Marcos volvió á hacerse cargo de la instrucción de los novicios, y daba algunas conferencias en el convento á un auditorio selecto é indulgente. Se le pidió con insistencia que hablara desde el púlpito. Accedió, y predicó un sermón extraordinario el 1° de agosto de 1490. Tenía entonces treinta y ocho años. Durante la cuaresma siguiente predicó en el *Duomo*. El pueblo acudía en masa á sus sermones. Despertaba en la multitud excitada el fervor de sus propios sentimientos. Ya no era el hombre insignificante que había aparecido en San Lorenzo. Tronaba con todo su poder contra los vicios del pueblo adormecido, y se esforzaba en despertarlo de aquel letargo. Éste se hallaba pendiente de sus labios, y su entusiasmo por él aumentaba de día en día.

Todo esto causaba el mayor disgusto á Lorenzo de Médicis. Envió á cinco de los principales ciudadanos de Florencia para hacer presente á Savonarola los peligros á que se exponía, no

solamente él sino también á su convento. Su contestación fué: « Bien sé que no habéis venido aquí de motu propio, sino que habéis sido enviados por Lorenzo. Decidle que se prepare á arrepentirse de sus pecados, porque el Señor á nadie perdona, y no teme á los príncipes de la tierra. »

En ese mismo año fue elegido prior de San Marcos. Conservó su integridad é independencia. Á pesar de los ricos regalos que hacía Lorenzo á su convento, juzgaba Savonarola severamente su carácter. Conocía el daño que había causado á la moralidad pública. Le consideraba no sólo como el enemigo, sino también como el destructor de la libertad, y que era el obstáculo principal para el mejoramiento de las costumbres del pueblo, y para que pudiera ser vuelto á una vida cristiana. En sus sermones continuaba atacando el juego, aunque pudiera ser provechoso para el Estado; condenaba la lujuria y los despilfarros de los ricos, porque los consideraba completamente desmoralizadores para el pueblo en general.

Siempre insistió Savonarola en la necesidad de las buenas obras, y por consiguiente en el albedrío humano. « Nuestra voluntad, decía, es por su naturaleza esencialmente libre; es la personificación de la libertad. » Dios es el mejor auxiliar, pero gusta ser ayudado. « Sed fervorosos en la oración, añadía, pero no descuidéis los medios humanos. Debéis ayudaros de todas maneras, y entonces estará el Señor con vosotros. Tomad ánimo, hermanos míos y sobre todas las cosas, vivid unidos. » Y en otra ocasión dijo: « Por veracidad entendemos cierto hábito por el cual el hombre, así en sus acciones como en sus palabras, se manifiesta ser lo que realmente es, ni más ni menos. Esto es un deber moral, aunque no lo sea legal; porque es una deuda que en conciencia tiene todo hombre para con sus semejantes, y la manifestación de la verdad es una parte esencial de la justicia. »

Al cabo de algún tiempo se retiró Lorenzo el Magnífico de Florencia y se fué á su Villa Corregi[1] para morir. Fuése en

1. La *villa* ha pasado á manos de particulares, y ahora se llama Médicis-Sloane.

los primeros días del mes de abril, cuando la naturaleza estaba más fresca y brillante, cuando la voz del ruiseñor ni por un instante enmudecía. La *villa* está situada en el anchuroso valle del Arno, como á tres millas al nordeste de Florencia. Desde sus ventanas se ven el *Duomo* y el *Campanile* y las torres de muchas iglesias, que se elevan sobre los árboles. Hacia el norte se hallan las alturas de Fiesole, y á distancia se ven los suaves perfiles de las colinas toscanas.

Pero toda esta belleza no podía borrar la enfermedad y el pesar. Lorenzo estaba en su lecho de muerte. Habían sido probados todos los remedios. Ningún efecto habían producido los medicamentos de piedras preciosas disueltas. Nada aliviaba al grande hombre. Entonces dirigió su espíritu hacia la religión. Había perdido toda fe en los hombres; porque todos habían sido sumisos á sus deseos. No creía ni en la misma sinceridad de su propio confesor. « Ninguno se atrevió jamás á pronunciarme un NO resuelto. » Pensó entonces en Savonarola. Ese hombre no había cedido nunca ante sus amenazas ó sus halagos. « No conozco un fraile honrado, excepto él. » Hizo llamar á Savonarola para confesarse con él. Cuando fué informado el fraile del estado alarmante de Lorenzo, se fué inmediatamente á Corregi.

El profesor Villari refiere del siguiente modo la historia de la última entrevista entre Lorenzo y Savonarola. Apenas se acababa de retirar Pico de la Mirandola cuando entró Savonarola, y se aproximó respetuosamente á la cama del moribundo Lorenzo, quien dijo que había tres pecados de que quería confesarse con él, y por los cuales pedía absolución: el saqueo de Volterra; el dinero tomado del Monte de la Fancinella, que había causado tantas muertes, y la sangre derramada después de la conspiración de los Pazzi. Mientras decía esto estaba agitado, y Savonarola trataba de calmarle repitiéndole con frecuencia: « Dios es bueno, Dios es misericordioso. »

Apenas había acabado de hablar, cuando Savonarola le dijo: « Tres cosas se os exigen. — ¿Y cuáles son, padre? » La fisonomía de Savonarola se puso grave, y levantando los dedos de

la mano derecha, principió así: « ¡Primero, es necesario que tengáis una fe completa y ardiente en la misericordia de Dios! — Esa la tengo completamente. — Segundo, es necesario devolver aquello que tomasteis injustamente, ó que ordenéis á vuestros hijos que lo devuelvan por vos.» Esta exigencia pareció causarle sorpresa y pena; sin embargo, haciendo un esfuerzo, dió su consentimiento con un movimiento de cabeza.

Entonces se levantó Savonarola, y mientras que el moribundo príncipe se estremecía con terror en su lecho, parecía que el confesor se elevaba sobre sí mismo al decir: « Finalmente, debéis devolver la libertad al pueblo de Florencia.» Su aspecto era solemne, su voz casi terrible; sus ojos, como queriendo leer la respuesta, permanecían fijos en los de Lorenzo, quien, reuniendo toda la fuerza que aun le dejaba la naturaleza, le volvió con desprecio la espalda, sin pronunciar una palabra. Así lo dejó Savonarola sin darle la absolución; y Lorenzo, despedazado por el remordimiento, expiró poco después.

Sucedióle su hijo Pedro. Era éste en todos conceptos peor que su padre. Nada le importaban las bellas letras ó las artes, y no hizo más que entregarse á la frivolidad y á la disipación. Savonarola continuó predicando como antes. Aumentó su fuerza y su nombre se extendió por todas partes. Por influencia de Pedro fué enviado algún tiempo fuera de Florencia; predicó en Pisa, Génova y otras ciudades. Regresó á Florencia. Puso en vigor el voto de pobreza en su convento, y quiso que los monjes vivieran de su propio trabajo. Dió estímulo particular al estudio de las Sagradas Escrituras, y quiso que él y sus hermanos marchasen á enseñar la doctrina á los paganos. Cuando cayeron sobre él las dificultades, pensó en abandonar á Florencia y entregarse á los trabajos de misionero.

Pero se quedó. El pueblo no quería dejarle ir. Continuó predicando ante apiñadas concurrencias en el *Duomo*. No solamente era severo contra los vicios de la época, sino contra los prelados que descuidaban su deber. « Vosotros los veis, decía, llevando sobre sus cabezas mitras de oro, adornadas con pie-

dras preciosas, y con báculos pastorales de plata, parándose delante del altar con capas pluviales de brocado, entonando lentamente las vísperas y otras fiestas con gran ceremonia, con un órgano y cantores, hasta que os quedáis estupefactos... Ciertamente, los primeros prelados no tenían tantas mitras, ni tantos cálices de oro; y se desprendían de los que tenían para ayudar á las necesidades de los pobres. Nuestros prelados obtienen sus cálices quitando á los pobres aquello que es su sostén. ¡En la Iglesia primitiva había cálices de madera y prelados de oro, pero ahora tiene la Iglesia cálices de oro y prelados de madera! »

Para obtener un poder soberano en Florencia, había entrado Pedro de Médicis en estrecha alianza con el papa y el rey de Nápoles. Pero de pronto los abandonó cuando supo que los franceses habían invadido á Italia. Ludovico, el Moro, usurpó el gobierno de Milán é invitó al rey de Francia, Carlos VIII, á que invadiera á Italia y emprendiera la conquista del reino de Nápoles. Conforme con esto pasó la frontera un ejército francés, y marchó hacia el sur. Saqueaban los pueblos y ciudades que tomaban, y barrían todos los obstáculos. Ocurriósele entonces á Pedro ir á presentarse á Carlos VIII, y hacer las paces con él. Pedro puso en sus manos la importante fortaleza de Sarzana, y el pueblo de Pietra Santa con las ciudades de Pisa y Leghiorno.

El pueblo de Florencia se exasperó con la bajeza de su soberano. Negáronle la entrada en el palacio de los magistrados. Estaba en peligro su seguridad personal, y se fué precipitadamente á Venecia. Florencia estaba al borde de una revolución general.

Los partidarios de Médicis querían un rey; la masa del pueblo quería una república. Los dos partidos estaban á punto de desenvainar las espadas. Savonarola era el único hombre que tenía influencia con el pueblo. Lo reunió en el *Duomo*, y allí trató de apaciguarlo. Al mismo tiempo lo exhortaba al arrepentimiento, á la unión, á la caridad, á la fe. Así fué apaciguado el tumulto que parecía que iba á estallar.

Fue elegida una embajada, compuesta de los principales ciudadanos de Florencia, para presentarse al rey de Francia: entre ellos iba Savonarola. Los embajadores fueron en carruaje; Savonarola fué á pie, que era su modo habitual de viajar. Tuvieron los embajadores una entrevista con el rey, y fracasaron en su empeño. Á su regreso á Florencia se encontraron con Savonarola á pie. Fué solo al campo francés, y vió al rey. Pidióle, casi le exigió, que respetara la ciudad de Florencia, á sus mujeres, á sus ciudadanos y á su libertad. Poco después entró el ejército francés en Florencia sin oposición. La tropa emprendió el saqueo del palacio de los Médicis, y se llevó los más preciosos modelos del arte. Para esto se le agregaron hasta los mismos florentinos, que se llevaban públicamente ó hurtaban todo aquello que consideraban raro ó de valor. De ese modo, en un solo día, fueron destruídas ó dispersadas las ricas acumulaciones de medio siglo.

Cuando el ejército francés marchó hacia el sur, quedó Florencia sin gobernantes. Como por encanto habían desaparecido los partidarios de los Médicis. Á Savonarola se le dejó la dirección de la voluntad del pueblo. Respecto del futuro gobierno, le propuso al consejo que él había convocado, que fuera introducida la forma del que tenía Venecia. Decía que ése era el único que había sobrevivido á la ruina general, y había adquirido firmeza, poder y honra. Hubo una larga discusión sobre este asunto, hasta que el gobierno se estableció provisionalmente. De ese modo, fué establecida en un solo año la libertad en Florencia.

Savonarola continuó predicando. Exigía la reforma del Estado, la reforma de la Iglesia, la reforma de las costumbres. Insistía con el pueblo para que usara de la libertad. «La verdadera libertad, decía, la única que es libertad, consiste en la determinación de llevar una buena vida. ¿Qué clase de libertad puede ser aquella que nos somete á ser tiranizados por nuestras pasiones! Bien, pues, para volver al objeto de este discurso, ¿deseáis vosotros, los florentinos, la libertad? ¿Deseáis, ciudadanos, ser libres? Entonces, sobre todas las cosas,

amad á Dios, amad á vuestros vecinos, amaos unos á otros, amad á la patria. Cuando tengáis este amor y esta unión entre vosotros, entonces tendréis la verdadera libertad. »

Entre las cosas de valor práctico que introdujo la república, estaban la reducción de los impuestos, la mejora de la justicia, la abolición de la usura por el establecimiento de un Monte de piedad. Los prestamistas judíos habían estado cargando 32 y medio por 100 de interés sobre pequeñas cantidades prestadas á las clases trabajadoras. Por otra parte, el Monte de piedad fué establecido como una institución pública para hacer á los pobres, préstamos en las condiciones más caritativas. El establecimiento de esta institución, fué debido á los únicos esfuerzos de Savonarola. También hizo la república que volvieran los descendientes del desterrado Dante, quienes por ese tiempo estaban reducidos á la más extremada pobreza.

Al mismo tiempo había cambiado completamente el aspecto de la ciudad. Las mujeres abandonaron sus ricos adornos y se vestían con la mayor sencillez. Los jóvenes se hicieron modestos y religiosos. Durante las horas de descanso del medio día, se veían en sus tiendas á los mercaderes estudiando la Biblia ó leyendo alguna obra del fraile. Las iglesias estaban muy concurridas, y se daban abundantes limosnas á aquellos que las merecían. Pero lo más sorprendente de todo era ver á comerciantes y banqueros que devolvían, por escrúpulos de conciencia, sumas de dinero, que algunas veces ascendían á miles de florines, que habían adquirido indebidamente. Todo esto se realizaba por la influencia personal de un solo hombre.

Después de las fiestas de la cuaresma de 1495, quedó Savonarola completamente exhausto. Había vivido con poco alimento. Observaba estrictamente sus ayunos. Su lecho era el más duro, su celda era la más pobre y peor provista; él rechazaba toda comodidad. Si era severo con los demás, lo era muchísimo más consigo mismo. Enflaqueció hasta un grado extraordinario; sus fuerzas estaban visiblemente decaídas, y se agravaba su debilidad por un mal interior. «Sin embargo, dice Villari, era tal el valor indomable del fraile, que apenas habían con-

cluído las luchas políticas, cuando ya había emprendido una serie de sermones sobre Job. Su debilidad física, aumentaba su exaltación moral. Su mirada despedía fuego; todo su cuerpo se estremecía. Su declamación era más apasionada que de costumbre, pero al mismo tiempo más llena de ternura. »

Dice Burlamacchi : « Había predicado Savonarola un sermón terrible y alarmante, que fué escrito palabra por palabra y enviado al papa. Indignóse éste y mandó llamar á un obispo de la misma orden, hombre sapientísimo, y le dijo: « Contestad á este sermón, porque quiero sostener el debate contra ese fraile. » El obispo replicó : « Santo Padre, así lo haré, pero tengo que tener los medios para contestarle y poderle vencer. — ¿Qué medios? preguntó el papa. — El fraile dice que no debemos tener concubinas, ni estimular la simonía. Y lo que él dice es la verdad. » El papa repuso: « ¿Qué tiene él que hacer con ello?» El obispo añadió entonces: « Recompensadle, y haced de él un amigo; honradle con el sombrero encarnado, para que abandone las profecías, y se retracte de lo que ha dicho.

En 1495 fué amenazado Savonarola con el asesinato por los Arrabbiati, club florentino de conspiradores en favor de los Médicis. Creían que asesinando al fraile pondrían fin á la república. Á causa de esto le rodeó un cuerpo voluntario de hombres armados, y le acompañaron del *Duomo* hasta el convento de San Marcos. El papa, Borgia Alejandro VI, mandó una bula desde Roma, suspendiéndole el derecho de predicar y acusándole al mismo tiempo como propagador de doctrinas falsas. Mientras se le hizo callar, se prepararon los Arrabbiati á hacer revivir las desenfrenadas pasiones y las diversiones obscenas del carnaval. Savonarola procuró evitar esto por medio de la « Reforma infantil. » Los niños de sus partidarios se formaron en procesión, y anduvieron por las calles de Florencia recogiendo dinero para ser dado á los frailes de San Martín para alivio de los pobres.

Al fin retiró el papa su orden y permitió á Savonarola que

continuara predicando como antes. Ofreció hacer cardenal á Savonarola, á condición de que en lo futuro cambiara el estilo del lenguaje usado en sus sermones. La oferta le fué hecha y rechazada. En el sermón que predicó en la mañana siguiente en el *Duomo*, dijo: « No quiero sombrero encarnado, ni mitra, grande ni chica. No deseo sino aquello que le fué concedido á los santos: la muerte. Si yo hubiera aspirado á dignidades, habéis perfectamente que no andaría usando ahora hábitos raídos. Estoy completamente preparado para dar mi vida por el cumplimiento del deber. »

Cayeron grandes contratiempos sobre la república. Durante el sitio de Pisa fueron reducidos á gran miseria los florentinos. Veíase á los pobres muriéndose de hambre en las calles ó en los caminos públicos. En seguida estalló la peste é hizo inmensos estragos. Penetró en el convento de San Marcos; Savonarola envió al campo á los enfermos y á los medrosos, mientras que él permanecía con sus fieles adeptos. En la ciudad morían diariamente unas cien personas. Savonarola estaba siempre pronto para ir á las casas atacadas por la peste y administrar la extremaunción á los moribundos. Cedió la peste como al mes, y volvieron las conspiraciones contra la república.

La mayor parte del tiempo lo pasaba Savonarola en su convento. Estaba atareadísimo en escribir su *Triunfo de la Cruz* y en corregir las pruebas conforme se las enviaba el impresor. En ese tratado demuestra que el cristianismo fué fundado sobre la razón, el amor y la conciencia. Era una contestación completa á las bulas del papa, y fué adoptado como libro de texto en las escuelas y por la congregación de la *propaganda fide*. Á pesar de esto, lanzó el papa una excomunión contra Savonarola en mayo de 1497. Á todos les fué prohibido darle asistencia ninguna, ó tener con él comunicación, ni trato, como persona excomulgada y sospechada de herejía. La excomunión fué publicada con gran solemnidad al mes siguiente en la catedral. Allí se reunieron el clero, los frailes de muchos conventos, el obispo y los altos dignatarios. Leyóse

la bula del papa, después de lo cual fueron apagadas las luces, y todos permanecieron en el silencio y en la obscuridad.

Dos días después, estando cantando su servicio religioso los frailes de San Marcos, fueron interrumpidos por personas que gritaban *¡afuera!* y arrojaban piedras contra las ventanas del convento. Los magistrados no intervinieron, y las cosas empeoraban de día en día. El desenfreno estaba otra vez en auge. Las iglesias quedaban vacías y llenas las tabernas. Se olvidaron todos los pensamientos de patriotismo. Éstos fueron los primeros frutos de la excomunión lanzada por Borgia sobre Savonarola. Se hicieron muchos esfuerzos para que la excomunión fuese retirada, pero en vano. El papa amenazó á la ciudad con un entredicho y con la confiscación de los bienes de los comerciantes florentinos establecidos en Roma. Ordenó á los *Signori* que enviasen á Savonarola á Roma. Contestaron que, desterrar al fraile de Florencia sería exponer la ciudad á los mayores peligros. En seguida le persuadieron á que predicara otra vez en la catedral, y así lo hizo. Predicó su último sermón el 18 de marzo de 1498.

Después se siguió un gran cambio en la opinión pública. Dió vuelta de pronto, como una veleta impelida por el viento. Savonarola había trabajado ocho años en la ciudad de Florencia. Había exhortado al pueblo á que se arrepintiese, á vivir en paz entre sí, á que luchara por la libertad, que abandonara el libertinaje y el juego, y, lo peor de todo en cuanto le concernía, había insistido en que procediera inmediatamente, con el auxilio de Dios, á hacer una reforma universal de la Iglesia. Había sido el hombre más popular de Florencia, y ahora era el más impopular. La marea había cambiado de súbito. Los adeptos de Savonarola habían desaparecido ó se escondían, pues ahora parecía que todo Florencia le era hostil.

Los franciscanos le desafiaron á la prueba del fuego; una de las costumbres extrañas de la edad media. Savonarola la rechazó, aunque su hermano Domingo estaba dispuesto á aceptarla, porque tenía gran fe en el fraile. Había otros que estaban dispuestos á unírsele; pero Savonarola veía la completa

estultez y locura de la prueba propuesta, y rehusó entrar en el fuego. El convento de San Marcos fué atacado por el populacho, guiado por los *Compagnacci*, quienes resolvieron prenderle fuego. Algunos de los amigos de Savonarola estaban allí armados, y querían defender el lugar; pero él les dijo: « Dejadme ir, porque esta tempestad se ha levantado á causa mía: dejad que me entregue al enemigo. » Los frailes le prohibieron que se entregase.

Entonces enviaron los *Signori* un cuerpo de tropas á la Piazza. Los maceros ordenaron que todo el que se hallase en el convento depusiera las armas, y declararon que Savonarola quedaba desterrado, y se le ordenaba que abandonara el territorio florentino en el término de doce horas. Los hombres armados del convento quisieron defenderlo, muchos fueron muertos por ambas partes. Savonarola continuaba en oración. Por fin, viendo la destrucción de vidas adentro y fuera, apeló á sus hermanos y amigos para que abandonaran la defensa y les pidió que le acompañaran á la biblioteca, situada á espaldas del convento.

En medio de esa sala, bajo las bóvedas sencillas de Micheozzi, colocó el sacramento de la eucaristía, reuniendo en torno suyo á los hermanos, y se dirigió á ellos con sus últimas y memorables palabras: « Hijos míos; en presencia de Dios, hallándome delante de la sagrada hostia, y ya con mis enemigos en el convento, confirmo ahora mi doctrina. Lo que he dicho me ha venido de Dios, y ÉL me es testigo en el cielo de que es verdad lo que digo. No me podía imaginar que toda la ciudad pudiera haberse vuelto contra mí tan pronto; pero ¡cúmplase la voluntad de Dios! Mi último consejo para vosotros es éste: Que vuestras armas sean la fe, la paciencia, y la oración. Os dejo angustiado y con dolor, para pasar á manos de mis enemigos. No sé si me quitarán la vida; pero de esto estoy cierto, y es que muerto, podré hacer por vosotros mucho más en el cielo de lo que jamás haya podido hacer vivo en la tierra. Consolaos, abrazad la cruz, y con ello encontraréis el cielo de salvación. »

Penetraron las tropas é hicieron prisionero á Savonarola. Sus manos le fueron atadas á la espalda, y llevado preso ante los *Signori*. El pueblo estaba feroz, y con dificultad se logró que no le asesinara. Dos de los hermanos insistieron en acompañarle. Una vez llegados á presencia de los *Signori*, fueron encerrados los tres frailes en sus respectivos calabozos. Á Savonarola se le dió el llamado Alberghettino — pequeña pieza en la torre del Palazzo — la misma en que Cosme de Médicis había estado preso algún tiempo.

Inmediatamente se puso en el tormento á Savonarola. Fué llevado á presencia de los magistrados, en la sala alta del Bargello; y, después de ser interrogado, amenazado é insultado, le ataron á la cuerda de izar. En esta especie de tortura se ponía una cuerda en una roldana asegurada al extremo de un poste elevado. La persona que iba á ser torturada tenía atadas las manos á la espalda, el extremo de la cuerda era enroscado en sus muñecas; y en esta posición era izado por el verdugo, y en seguida se le dejaba caer de pronto. Al ser tirados los brazos para atrás y hacia arriba, tenían que describir un semicírculo. De ese modo eran despedazados los músculos, y todos los miembros se estremecían de agonía. Cuando se repetía algunas veces, era seguro que el castigo producía el delirio y la muerte.

Desde su más tierna edad había sido Savonarola, de constitución delicada y sensitiva, y á consecuencia de su habitual abstinencia, de sus largas veladas, su predicar casi nunca interrumpido, y su seria enfermedad interna, estaba tan débil y nervioso que se podía decir que su vida era un estado constante de sufrimiento, y que únicamente se conservaba por la fuerza de su decidida voluntad. Todo lo que le ocurrió en sus últimos días — sus peligros, los insultos que había recibido, su pesar al verse abandonado por el pueblo de Florencia — no dejó de agregar algo á su sensibilidad. En este estado fué sometido á esa tortura violenta y cruel. Fué izado con la cuerda y dejado caer de pronto varias veces. Su espíritu empezó pronto á divagar, sus contestaciones se hicie-

ron incoherentes, y finalmente, como si desesperara de sí mismo, exclamó con voz capaz de ablandar á un corazón de piedra : « ¡Oh Señor! tomad, ¡oh! ¡tomad mi vida! »

Por fin se suspendió la tortura. Fué llevado otra vez á su calabozo destrozado y sangrando. Apenas y difícilmente puede uno imaginarse sus sufrimientos en aquella noche. Apareció el nuevo día, y hacia el medio día volvió á continuar el titulado juicio. Todos los jueces eran enemigos suyos. Fué interrogado, y él contestó. Un abogado florentino, Ceccone, oyendo quejarse á los *Signori* de que no podían hallar nada contra Savonarola, dijo : « Donde no existe causa, debemos inventarla. » Le fueron ofrecidos cuatrocientos ducados por los jueces, si hacía una minuta falsa del interrogatorio, con alteraciones en las contestaciones, hechas de modo que quedara asegurada la condenación del fraile.

Continuó la tortura día por día, durante las tristes horas de la cuaresma y la triunfante alegría de las pascuas. Los interrogatorios continuaron durante un mes. Un día fué Savonarola izado con la cuerda y dejado caer violentamente al suelo catorce veces. Jamás flaqueó en su valor. Su cuerpo se estremecía de dolor, pero su resolución era inquebrantable. Le aplicaron brasas encendidas en las plantas de los pies. Pero su alma no cedió jamás. Volvió á ser mandado á su prisión, donde permaneció un mes.

Los comisionados del papa llegaron el 15 de mayo de 1498. Volvió á ser sometido Savonarola á un tercer interrogatorio. Por mandato del cardenal Ramolino, fué desnudado otra vez y torturado con crueldad salvaje. Se puso delirante, y daba contestaciones incoherentes, que el abogado alteraba completamente. Le hizo decir lo que querían que dijera los jueces. Y sin embargo, fracasaron por completo en sus propósitos. Las minutas del interrogatorio jamás fueron firmadas ni publicadas.

Los comisionados se reunieron el 22 de mayo, y sentenciaron á muerte á los tres frailes, con la aprobación de los *Signori*. Á los frailes se les comunicó inmediatamente la sentencia.

Estaban completamente preparados para ello. Domingo recibió el anuncio de su muerte como si hubiese sido una invitación para una fiesta. Á Savonarola se le encontró de rodillas, orando. Cuando oyó la sentencia, continuó sumido en sus oraciones. Al aproximarse la noche le fué ofrecida la cena, pero la rehusó, diciendo que era necesario que preparara su espíritu para la muerte.

Poco después entró en su calabozo un monje, Jacobo Niccolini. Estaba vestido de negro, y su rostro se hallaba cubierto con una caperuza negra. Era un Battuto, miembro de una asociación que voluntariamente asistía á los últimos momentos de los criminales sentenciados. Niccolini le preguntó á Savonarola si podía hacer algo en servicio suyo. « Sí, contestó : empeñaos con los *Signori* para que me permitan tener una corta conversación con mis dos compañeros de prisión, á quienes deseo decir algunas palabras antes de morir. » Mientras Niccolini fué á llenar su misión, llegó un fraile benedictino para confesar á los presos, quienes, arrodillados devotamente, llenaron con mucho fervor su deber religioso.

Una vez más volvieron á reunirse los frailes. Era la primera que se veían después de cuarenta días de encarcelamiento y de torturas. Ahora ya no tenían más pensamiento que llegar á la muerte con valor. Los dos hermanos se pusieron de rodillas, á los pies de Savonarola, su superior, y recibieron devotamente su bendición. Ya estaba muy entrada la noche cuando regresó á su calabozo. Allí estaba el benévolo Niccolini. Como una muestra de afecto y de gratitud, se sentó Savonarola en el suelo y se durmió en las faldas del monje. Parecía que soñaba y se sonreía, tal era la serenidad de su espíritu. Al rayar el día se despertó y habló á Niccolini. Trató de grabar en su espíritu las futuras calamidades de Florencia.

Por la mañana volvieron á encontrarse los tres frailes para recibir los sacramentos. Savonarola los administró con sus propias manos. Los recibieron con alegría y consuelo. Fueron llevados en seguida á la Piazza. Habían sido erigidas tres tribunas en el Ringhiera, en que fueron colocados el obispo de

Vasona, el comisionado del papa, y el Gonfaloniero. El patíbulo se extendía hasta la plaza del *Palazzo Vecchio*. En el extremo estaba una viga de la cual pendían tres cuerdas, y tres cadenas. Los tres frailes debían morir ahorcados por las cuerdas, y las cadenas serían después envueltas en sus cadáveres mientras que el fuego debajo de ellos los consumiría.

Los presos bajaron las escaleras del *Palazzo*. Fueron despojados de sus ropas, dejándoles únicamente sus camisas. Sus pies estaban descalzos y sus manos atadas. Primeramente fueron conducidos ante el obispo de Vasona, quien pronunció su degradación. El obispo tomó el brazo de Savonarola y le dijo : « Te separo de la Iglesia militante y triunfante. » Entonces le corrigió el fraile, diciendo: « Militante, *no triunfante*, ¡eso no os corresponde! » En seguida fueron llevados ante el comisionado del papa, quien los declaró cismáticos y herejes. Finalmente fueron llevados ante el Otto, quien, de conformidad con la costumbre, puso á votación su sentencia, que se dictó sin voto contrario.

Ya estaban listos para la ejecución. Los frailes marchaban hacia el patíbulo con paso firme. Un sacerdote, llamado Nerotti, dijo á Savonarola : « ¿En qué estado de espíritu sufrís este martirio? » Á lo cual contestó este : « ¡El Señor ha sufrido lo mismo por mí! » Éstas fueron las últimas palabras que pronunció. Primeramente fué ejecutado fray Silvestre, en seguida fray Domingo; después de lo cual se le indicó á Savonarola que tomara el sitio vacante entre los dos. Llegó á la parte superior de la escalera, y miró al pueblo que antes había estado pendiente de sus labios en el *Duomo*. ¡Qué cambio! la variable muchedumbre vociferaba ahora por su muerte. Puso su pescuezo en la cuerda, y fué ahorcado por el verdugo. Su muerte fué instantánea. Las cadenas fueron arrolladas en torno de los cuerpos de los frailes, y el fuego los consumió en breve. Sus cenizas fueron recogidas y arrojadas del *Ponte Vecchio* al Arno. La ejecución tuvo lugar el 23 de mayo de 1498, cuando Savonarola tenía sólo cuarenta y cinco años.

Aunque Lutero le canonizó como mártir del protestantismo,

no fué por esta causa por la que se le dió muerte [1]; sino por su inmenso amor á la libertad. Su objetivo no era desertar de la Iglesia, sino estrechar los vínculos de la libertad y de la religión, restaurando á ambas en sus verdaderos principios. Por esto fué por lo que sufrió su martirio; por esto por lo que dió su vida por su Dios y por su patria. Cuando las reformas que pedía con insistencia, hayan progresado hasta llegar á ser una realidad en los hechos, habrá alcanzado el cristianismo su verdadero y completo desarrollo, é Italia podrá estar otra vez á la cabeza de una civilización renovada.

Florencia es una de las ciudades mas memorables. Ha sido residencia de grandes pensadores, de grandes poetas y de grandes artistas, del Dante, Galileo, Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Rafael [2], Donatello, Lucas della Robbia, Maquiavelo y muchos hombres ilustres. Allí se ven « la estatua que encanta al mundo, » las gloriosas obras de los más grandes pintores de Italia, el observatorio de Galileo, el sitio en que nació Dante, el lugar en que nació Lorenzo de Médicis, el hogar y la tumba de Miguel Angel.

Pero quizá los más interesantes sitios de Florencia son el *Duomo*, en el cual predicaba Savonarola con elocuencia apasionada; el convento de San Marcos, en donde vivió su vida de pobreza, de devoción y de estudio, y el Palazzo della Signoría, donde fué entregado en manos de tiranos, y murió con la muerte de un mártir. En el convento de San Marcos podéis ver la pequeña celda en que vivió, la Biblia en que leía y de la cual predicaba desde el púlpito, una pequeña Biblia de mano; sus márgenes están cubiertas de innumerables notas autógrafas, en una letra tan pequeña que casi es imposible poderlas leer sin la ayuda de un microscopio. Todo esto se puede ver, así como su retrato, sus manuscritos, sus emblemas de devoción, y otros muchos recuerdos interesantes.

1. En verdad, Savonarola era más católico que los mismos católicos. Uno de los cargos que más frecuentemente hacia contra los sacerdotes, era la falta de fe en la transubstanciación.

2. Nacido en una dependencia de Florencia.

Ya hace mucho tiempo que Italia ha revocado el destierro del Dante de Florencia, y lo ha censurado, levantando estatuas á su memoria en todas las grandes ciudades. ¿Por qué no ha de poder hacer justicia también á Savonarola, el patriota y mártir, y erigirle un monumento, que sirva de ejemplo para los tiempos venideros? El sitio está allí, la plaza del *Palazzo Vecchio,* donde tan valerosamente entregó su vida por la causa de la libertad religiosa y de la libertad humana.

CAPÍTULO VII

El Marino.

Inglaterra, circundada por el **triunfante mar**, cuyas rocallosas costas reflejan las curiosas olas del acuoso Neptuno. — FALCONER[1].

Pero, en ti, ¡oh glorioso y bello mar! hay salud, y alegría, y bendición; oigo tu voz, solemne y dulce, invitándome á llorar, y á regocijarme, llorar por los seres queridos enterrados en las profundidades, regocijarme en Aquel que ha vencido á la muerte. — CAPITÁN HARE, del *Eurydice*[2].

En a proa del barco está el don de otro mundo. Sin eso, ¿qué prisión sería tan fuerte como ese mar blanco y sollozante? pero en los clavos que unen las tablas de la proa del barco están los remaches de la asociación del mundo. Sus hierros hacen algo más que atraer los rayos del cielo, conducen el amor al rededor de la tierra. — RUSKIN[3].

El mar ha criado á los hombres más valerosos. Los peligros de la vida de marino educan á los hombres en el valor; y no solamente en el valor, pero también en el sentimiento profundo del deber. La vida del marino es vida de paciencia, de

1. England, bound in with the triumphant sea,
Whose rocky shore beats back the curious surge
Of watery Neptune. — FALCONER.

2. But oh! thou glorious and beautiful sea,
There is health and joy and blessing in thee:
Solemnly, weethy, I hear thy voice,
Bidding me weep and yet rejoice —
Weep for the loved ones buried beneath,
Rejoice in Him who has conquered death.
CAPITAIN HARE of the *Eurydice*.

3. In the bow of the boat is the gift of another world. Without it, what prison would be so strong as that white and wailling sea? But the nails that fasten together the planks of the boat's bows are the rivets of the fellowship of the world. Their iron does more than draw lightning out of heaven; it leads love round the earth. — RUSKIN.

actividad y de vigilancia. Está llena de cuidados y de responsabilidades. No es como la vida en tierra, donde el hombre, después que su trabajo del día ha terminado, se puede ir á su cama y dormir sin temor.

El marino tiene que estar en continua vigilancia, tanto de noche como de día. En un viaje largo puede el piloto sentarse tranquilamente en su camarote cuando los vientos son suaves y las aguas están tranquilas. Pero es vigilante y activo cuando se levanta la tormenta y se pone tumultuoso el mar. Las velas tienen que ser rizadas, ó el buque tiene que hacerse correr. Puede ser de noche. El marino ha de subir para recoger un rizo. Va solo y con peligro de su vida. Puede ser arrebatado por la fuerza del viento, puede ser arrojado á causa de un sacudimiento brusco del buque producido por el choque violento del mar; su caída no es oída en medio la tormenta y obscuridad de la noche. Pero el buque sigue como antes. Cuando el primer hombre fué á la mar, en un bote abierto, y fuera del alcance de la vista, debe haberse espantado por sus nuevas condiciones. Nada á su alrededor, sobre él el firmamento, debajo de él el mar, solamente una tabla entre él y la muerte. ¡Qué nuevo sentimiento de responsabilidad y de valor debe haber experimentado ese nuevo marino! Hasta para los mismos que están en tierra es un gran maestro. Decía el doctor Arnold que nada despierta tanto el carácter de un niño inteligente como la vista del mar. Cuando era niño el doctor Chánning pasaba gran parte de su tiempo á orillas del mar en Newport. Después dijo: « Ningún sitio sobre la tierra me ha ayudado más para formarme que esa costa. »

Algunos consideran el mar como un gran desierto de agua. Para el que mira el mar desde la cumbre de una colina, le parece ilimitado. No hay más que agua, á la derecha y á la izquierda. Si hace buen tiempo, llegan con suavidad las olas á lamer nuestros pies hasta la arena de la playa. Después se encrespa y encrespa; y llega desatinadamente, con sus enormes olas agitadas, que se estrellan entre espumas en la ribera. Unas veces está tranquilo, otras se enfurece y aúlla cual

pantera. Á nada recuerda el mar. Desmenuza al buque contra las ásperas rocas, y duerme después entre misteriosa neblina. « Hay pesadumbre en el mar, dijo Jeremías, jamás está en reposo. » Ahoga á la humanidad y al tiempo. Pertenece á la eternidad. Exhala su grito de dolor por siempre jamás.

Pero el océano tiene una conexión íntima con el progreso de la humanidad. ¿Por qué sobresale Inglaterra entre todas las naciones en el cuidado que tiene por todos aquellos que están en el mar? Consiste en que somos una nación de marinos; y á causa de eso somos también un pueblo comercial. Desde los pescadores de nuestras costas, que nos traen nuestra constante provisión de pescado, hasta los enormes buques de vapor que van á América, á China, á la India y á los puertos del continente, para traernos nuestras provisiones diarias para las comodidades y necesidades de la vida, debemos una gran parte de ello á nuestros marinos. Sin el mar que nos rodea, quizá nunca habríamos sido una gran nación, ó cuando menos una nación libre y grande.

El profundo canal marítimo que está entre nosotros y el continente ha hecho de este país un refugio para los perseguidos en todos los demás. Hace doscientos años que con motivo de la revocación del edicto de Nantes, hicimos nuestros á los mejores hombres comerciales de Francia; y nuestra actual supremacía en el comercio es debida en gran parte á las lecciones de industria y fabricación que aprendimos de los refugiados franceses. El comercio es lo que mantiene nuestra marina; el comercio quien trae el pan á nuestras costas. No sólo eso, sino que el comercio tiende además á civilizar el mundo.

En una conferencia dada por sir Samuel Báker en Liverpool, manifestó que únicamente el comercio con las naciones de África probaría ser el mejor medio de las misiones para obrar. Los indígenas que fuesen hombres de sentido común, atenderían á aquello que sabían que beneficiaría su posición. Nada podía beneficiar tanto á los salvajes como la introducción del comercio, que propendería á estimular su energía para pro-

ducir en su misma tierra lo que la tierra fuese capaz de producir; y para cambiar su producto por diferentes comodidades, que al presente eran desconocidas, pero que cuando lo fueran se convertirían en necesidades, lo cual aumentaría sus demandas[1].

Pertenece á los marinos el descubrimiento de todos los países nuevos, desde Colón hasta el capitán Cook. Se supone que fueron los islandeses quienes primero decubrieron la América del norte, pero no hicieron allí establecimientos. Después de Colón fueron los portugueses y los holandeses los más grandes descubridores. Fernando Magallanes fué el primero que dió la vuelta al mundo. No tenía más que veinte años cuando Colón descubrió la América. Su primer viaje fué á África y á las Indias. El segundo que hizo fué á la América del sur. Navegó á lo largo de las costas de Guinea y del Brasil, llegando á la bahía de Río Janeiro. Se dirigió hacia el sur y descubrió el estrecho de Magallanes, desde el cual se dirigió al Pacífico.

1. En otra ocasión dijo sir Samuel Báker: « Como viajeros tenemos que llenar un deber, un deber del que podría decirse que corresponde á Inglaterra. No era únicamente que penetraran en países desconocidos, sino que debían regresar con conocimientos que fuesen de valor comercial para su país. Siempre había observado que, por grandes que fuesen los trabajos y molestias que se diera un viajero, carecerían completamente de valor sus exploraciones, á no ser que hubiera algún producto natural del país que había recorrido, que pudiera tener algún valor comercial, de modo que sus pasos, que eran los primeros pasos, pudieran con seguridad ser seguidos por empresas comerciales. Bien podían estar orgullosos de la parte que había tomado Inglaterra en los últimos siglos — por lo menos desde el reinado de Isabel — en civilizar al mundo. El nuevo mundo de América había sido poblado en su mayor parte por ingleses, lo mismo lo había sido Australia; y era digno de observarse el enorme ensanche de comunidades que hablaban inglés en varias partes del mundo. Ésos eran los resultados más bien de la empresa comercial, que de los descubrimientos de los viajeros, y ellos auguraban cómo podrían civilizarse gradualmente países hasta entonces bárbaros. Los viajeros y descubridores más grandes fueron los portugueses y los holandeses; pero fué gracias á la empresa comercial principalmente, si no por completo, cómo los descubrimientos de los viajeros tuvieron valor permanente para la humanidad, y él había regresado á su país perfectamente convencido después de lo poco que había hecho, que si Inglaterra se ocupaba del desarrollo de los recursos del África central, llegaría el día, y no estaba muy distante, cuando pueblos hasta ahora habitados solamente por tribus salvajes, serían llevados gradualmente al gremio de la civilización; y esto se haría sencillamente por medio del comercio. »

Los holandeses fueron también grandes aventureros en los descubrimientos. Fueron los primeros, al mando de Barentz, que desafiaron los peligros del cabo del Norte, cuando trataban de encontrar un camino para Cathay. Su único resultado fué el descubrimiento de la isla de Nueva Zembla. Los navegantes holandeses se dirigieron hacia el sur, y descubrieron la Australia (Nueva Holanda), la tierra de Van Diemen y las islas del mar de Malasia.

El descubrimiento hecho por Vasco de Gama del camino de la India por el cabo de Buena Esperanza, constituyó una gran época en la historia del comercio. Enseñó á las naciones de occidente el camino marítimo hacia el lejano oriente. Este descubrimiento se lo atribuyen también los holandeses. Alegan que los hermanos Houtman fueron los primeros que llegaron á las Indias por el Cabo, y que allí pusieron los fundamentos de ese gran monopolio, la compañía holandesa de la India, de la cual sacó la pequeña república de Holanda, tanto poder material en buques, colonias y comercio.

Los ingleses no eran aún un pueblo comercial. El tráfico había caminado hacia el oeste, pero no había llegado á Inglaterra. Este país sólo producía materia primera. Hasta la lana inglesa era enviada á Bélgica para ser hilada y tejida en paño. Había muchos marinos en Inglaterra, pero no tenían empleo en buques de navegación de altura, porque no había comercio. Sin embargo, eran muy belicosos. Cuando no había pendiente una guerra extranjera, salían al mar para pelear entre ellos. Los vecinos puertos de mar de Lowestoft y de Yarmouth, estaban frecuentemente en guerra. De vez en cuando no dejaban también de cometer piraterías. Se aventuraban al mar y se apoderaban de los buques que pasaban por sus puertos.

Hasta la época de Isabel, no produjo Inglaterra una raza de grandes navegantes. Todos conocen la historia de Drake, Raleigh, Hawkins y los héroes marítimos de los primeros tiempos. Se daban á la vela para mares desconocidos, como quien dice, á ciegas, sobre sus buques, verdaderas cáscaras de nuez, andando allí á tientas, buscando los países nuevos que en lo

futuro se convertirían en hogares de sus descendientes. España é Inglaterra estaban en guerra, y los ingleses tuvieron con sus enemigos muchos combates reñidos por mar y por tierra. De ese modo se formó y disciplinó una hueste valiente de marinos, de que Inglaterra necesitaba mucho, cuando España, la más poderosa de las naciones europeas, se lanzó contra ella con su Invencible Armada. Fué esa una de las mayores luchas que ofrece la historia, hecha por el país, la religión, el honor y la independencia.

Sir Francisco Drake es uno de los héroes navales que están principalmente en primera línea en los anales de la época. Dice Motley de él, que fué unos de los grandes tipos del siglo diez y seis. Drake era todo un marino. Su origen fué de humilde condición. Entró como grumete á bordo de un pequeño lugre, en el cual aprendió á navegar. Cuando murió el patrón de la embarcación se la legó al grumete. Después de algún tiempo de navegar por las costas, en los angostos mares, arriesgó sus ahorros costosamente ganados, en un viaje con el almirante Hawkins. Fué capturado por los españoles, y difícilmente salvó la vida. Sus expediciones posteriores contra los españoles tuvieron un éxito completo.

El rey de España embargó todos los buques, personas y propiedades inglesas existentes en los puertos de España. Drake se hizo á la mar con seis buques armados, y tomó á Santo Domingo, Cartagena y San Agustín. Felipe II, estaba preparando entonces el armamento más grande que podían poner á flote sobre el mar las marinas unidas de España y Portugal, de Nápoles y Sicilia, de Génova y Venecia, para exterminar la herejía de Inglaterra. Roma bendijo la empresa. En diversos idiomas se habían oído profecías, de que el año 1588 sería « el más fatal y ominoso para todos los Estados; » y ahora se vió que Inglaterra era el objetivo de esta grande empresa marítima. Á pesar de esto no desmayó Inglaterra. Toda la comunidad se unió como un solo cuerpo y un alma. Atrajo á los hombres de todos los partidos, lo mismo á los protestantes que á los católicos. Shakspeare vivía en ese tiempo, y es-

cribió sobre el atrevido intento contra la libertad inglesa:

> Come the three corners of the world in arms,
> And we shall shockthem : nought shall make us rue,
> If England to herself do rest but true[1].

Drake resolvió dar un golpe en el corazón del proyecto de España. Se dió á la vela desde Plymouth con cuatro buques de la reina, y veinte y cuatro proporcionados por los comerciantes de Londres. Á principios de abril de 1587, entró lo escuadra inglesa en el puerto de Cádiz y cayó sobre los buques españoles destinados á la invasión de Inglaterra. Algunos de ellos eran del tamaño mayor que entonces se conocía. Uno era de 1,500 toneladas, otro de 1,200, y varios de 1,000 y de 800 toneladas. Drake destruyó 10,000 toneladas de navíos ó bajeles con su carga. Continuó esta tarea durante dos noches y un día, echando á pique, tomando al abordaje, descargando y quemando los navíos de guerra españoles. Antes de retirarse ardían ciento cincuenta buques arrojando llamaradas vivísimas de luz sobre las murallas y fuertes de Cádiz.

Á su regreso á Inglaterra capturó y destruyó Drake otros cien buques más, tomando parte de sus cargamentos y haciendo prisioneras á sus tripulaciones. Asimismo, capturó una gran carraca española con un cargamento de extraordinario valor. También se la llevó á Inglaterra. Declaró que había hecho poco, y advirtió al gobierno respecto de la enorme fuerza y grandes preparativos de España. « Muy pronto, dijo, habría en marcha cuarenta mil hombres, bien equipados y provistos, » y que Inglaterra no podía ser demasiado enérgica en sus medidas de resistencia.

Todo cuanto pudo hizo Felipe para que su armada fuese invencible. Había gastado cerca de cincuenta mil ducados en su escuadra. El papa le prestó mil ducados. Á más de lo que había gastado, tenía en reserva dos millones de ducados. Consistía su armada en ciento treinta y seis buques. Eran con

1. Vengan de los tres ángulos de la tierra en armas, y los contendremos: nada nos hará cejar, si los ingleses permanecen fieles á sí mismos.

mucho los más grandes que se habían construído hasta entonces. Contenían treinta mil infantes y marinos españoles, dos mil esclavos remeros de galera, para que remasen en los buques cuando faltase el viento, y doscientos noventa monjes, sacerdotes y familiares de la Inquisición. Á más de este gran ejército, había en los Países Bajos españoles, unos treinta mil individuos de tropa, prontos para embarcarse á una señal dada, é ir en ayuda de las tropas de la Armada. Tal era la fuerza que tenían que combatir los marinos ingleses. Antes que se diera á la vela la Armada, fulminó su bula el papa Sixto V. Acusaba á Isabel de ilegítima y usurpadora, y confería solemnemente su reino á Felipe, con el título de Defensor de la fe cristiana « para tenerlo y mantenerlo como tributario y feudatario de Roma. » Todo estaba ya pronto para la conquista de Inglaterra, y la Invencible Armada se dió á la vela.

Los primeros buques fueron avistados desde Lizard el 22 de julio de 1588. Hacía tiempo que se les esperaba. Las fogatas de señal ardían desde Lizard hasta Falmouth, Dodman Point, Gribbin Head, y Rame Head. Cuando llegó á Plymouth la noticia de que el enemigo estaba á la vista, se hallaba Drake jugando una partida de bochas con sus compañeros; pero antes que cerrara la noche habían salido del puerto de Plymouth sesenta de los mejores buques ingleses para ir al encuentro del enemigo. Bajaron el Canal Inglés, y hasta el día siguiente no vieron los grandes buques españoles á través de la espesa niebla. Pasó otro día, y se encontraron.

Los jefes ingleses eran Drake, Hawkins y Fróbisher: todos excelentes marinos, sufridos ó hábiles y de valor probado. Habían desafiado el peligro bajo todas sus formas, y estaban prontos para soportarlo todo á favor de su país. Consiguieron ponerse á barlovento y cañonearon al enemigo, poniéndose á voluntad fuera del alcance de sus fuegos. Los buques ingleses, manejados fácilmente, navegaban una vez y otra al rededor de los galeones pesados, metiéndoles sus proyectiles al pasar. Los españoles querían empeña un combate general, pero los ingleses lo evitaban. Se limitaban á no separarse de ellos,

siguiéndoles de cerca. El combate continuó en el litoral pasando por Plymouth, de donde salieron botes con refuerzos que se unían á los buques ingleses. Cuando llegó la noche fueron encendidas las fogatas de señal, de manera que se pudiera saber siempre en qué parte seguía el combate. Los españoles chocaron entre sí, y uno de sus buques fué volado por un flamenco. Otro de sus buques de la retaguardia, que se había desmantelado, fué cañoneado por Fróbisher y Hawkins hasta la siguiente mañana en que se rindió á *la Venganza*, mandada por Drake.

El pueblo desde tierra miraba con anhelosa ansiedad á la Armada cuando, seguida por la escuadra inglesa, continuaba peleando á lo largo de la costa de Devon y Dorset. De todos los pequeños puertos por donde pasaban, Dartmouth, Teignmouth, Lyme y Weymouth, salían botes cargados con hombres y provisiones, y pequeños buques, en su mayor parte pertenecientes al comercio, para tomar parte en la refriega. La Armada llegó á la bahía, entre Portland Bill y St. Alban's Head, cuando el viento cambió al nordeste, y dió á los españoles el barlovento. Los ingleses hicieron un bordo mar afuera, y muy luego fueron asaltados por los españoles, quienes cayeron sobre ellos. Buque tras buque emprendió el combate, pero los españoles no pudieron ni por un momento estrechar ó abordar á sus adversarios que siempre atacaban y huían. Y así subió á lo largo de la costa el estampido del cañón. Un combate tras otro, pero nada aún decisivo.

La Armada pasó la isla de Wight en marcha para las radas de Calais. Los ingleses, que habían recibido de tierra hombres y municiones, los seguían pausadamente. Esperaban unirse con lord Enrique Seymour y su escuadrilla de diez y seis buques, que estaban entre Dungeness y Folkestone. Cuando tuvo lugar la unión, se dirigió á Calais la escuadra inglesa, donde se encontró á la Armada española formada en semicírculo y fondeada. Estaba esperando á los treinta mil veteranos armados de los Países Bajos. El general español más grande, Alejandro Farnesio, iba á conducir á todo el ejército español en su marcha

triunfal á la capital de Inglaterra. Pero la Armada esperó en vano. La escuadra unida de Holanda y Zeelanda cerraban todos los puertos de los Países Bajos, de tal modo que ni un botecillo podía escapar.

Lord Howard, comandante en jefe de la escuadra inglesa, llamó á consejo á todos los jefes. Resolvióse allí atacar á la Armada. La noche estaba negra, y el trueno rugía á distancia. En un instante fueron lanzados seis buques ardiendo contra la Armada. El pánico se apoderó de los españoles. Oyóse un alarido por toda la escuadra. Todos los cables fueron cortados, y los buques empezaron á moverse en varias direcciones. Los buques más grandes se enredaron entre sí. Algunos fueron incendiados por los buques que ardían. El más grande y hermoso de los buques de la Armada, la capitana, fué arrojado á la costa, tomando posesión de él los franceses. Cuando amaneció el día, estaba inutilizada parte de la escuadra española, pero la mayor parte se había hecho á la mar, y se vió que hacía vela para los puertos de los Países Bajos. Los ingleses levaron anclas y los siguieron. Alcanzaron á la escuadra española frente á Gravelinas y la atacaron inmediatamente. Se abrieron paso á través de la vanguardia y atacaron á los navíos almirantes. Los acribillaron completamente, destrozaron su velamen y aparejos, y los echaron sobre el cuerpo principal. Cuatro de sus buques chocaron con violencia. Durante seis horas continuaron la batalla los ingleses, evitando siempre las tentativas hechas por los españoles para ponérseles al costado. Tres de los buques españoles se fueron á pique antes de terminarse el combate, y muchos otros se movían, completamente destruídos, hacia los fatales bancos de arena de Holanda. Ya habían sido sacrificados diez y seis de los mejores buques españoles, y habían sucumbido como cuatro ó cinco mil soldados; sin embargo, no había sido perdido ni un solo buque, y no habían muerto más de cien ingleses.

Ahora soplaba con fuerza el viento, é impelía á los buques sobre una costa de sotavento; viendo esto el duque de Medina-Sidonia, capitán general de la escuadra española, dió orden:

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de retirada. Entonces se dirigió la Invencible Armada hacia el nordeste, á la alta mar. Lord Howard los siguió con parte de la escuadra inglesa; los demás buques que estaban escasos de municiones, se dirigieron al Támesis. Estalló un tremendo temporal. El viento del sur arrostró á los galeones españoles hacia los mares fríos, tenebrosos y hambrientos del norte. Howard los persiguió hasta el estrecho de Forth. Era innecesario ir más allá. Los vientos tenían en su poder al enemigo. Los buques desarbolados se fueron á pique uno después de otro. Fueron dispersados á todos los vientos. Algunos de ellos naufragaron en las ásperas costas de Noruega. No podían darse á la vela hacia el sur. El Canal Inglés estaba bloqueado para ellos. No podían llegar á España más que por las costas del oeste de Escocia y de Irlanda. Pero la navegación era peligrosísima. Al tratar de llegar al océano, del oeste, naufragaron muchos de los buques españoles en las islas de Shetland y Orkney, ó en las rocas de las peligrosas mareas de los estrechos de Stronsa y de Pentland[1].

Y una vez en el mar del oeste quedaban aún los peligros de las Hébridas y las islas rocallosas del oeste de Escocia, contra los que había que luchar. La estación estaba muy adelantada y el mar viene entonces del oeste con tormentas de un tremendo poder. Las costas de Escocia y de Irlanda se vieron llenas de buques náufragos. Muy pocos españoles quedaron para referir la historia; solamente las cantidades de trozos de madera encontrados á montones en la costa, indicaban el número de buques perdidos. Sin embargo, se sabe que treinta y ocho buques españoles, incluso el gran galeón del almirante Oquendo, naufragaron en la costa irlandesa, pereciendo casi todos los que estaban á su bordo. El resto de la Armada retornó á España en estado de ruina. Los buques estaban tan mal que no podían servir en lo sucesivo[2].

1. Uno de los naufragios se supone haber tenido lugar en Fair Island, una cadena de rocas batida por las tormentas. Algunos de los tripulantes deben haberse salvado, porque hay entre los isleños un tinte de sangre española.

2. Con respecto de la Armada, es probable que hubiese realizado sus propó-

Nunca repitió Felipe su empresa de la Armada. Le era necesario, sin embargo, sostener una escuadra grande para mantener su comunicación con sus posesiones de América, lo mismo que para proteger los buques cargados de oro, en su viaje para España. Como siguieran en guerra Inglaterra y Holanda contra España, ocurrían frecuentes combates navales entre las escuadras respectivas de esos países. Los ingleses y los holandeses estaban á la expectativa de los galeones españoles, para arrancarles el oro con que Felipe hacía la guerra contra la libertad inglesa y holandesa.

Grandes hechos de valor se efectuaron por los heroicos marinos ingleses. Tomemos como ejemplo el último combate de sir Ricardo Grenville, vicealmirante de la escuadra en tiempo de la reina Isabel. Fué enviado á las Azores para cortar el paso á la escuadra española de La Plata. Felipe de España, informado de ello envió una poderosa escuadra compuesta de cincuenta y tres buques para frustrar la tentativa, y conducir los buques con el oro á puerto seguro. Las escuadras se encontraron, seis buques ingleses contra cincuenta y tres españoles. La superioridad de estos últimos era tal, que cinco de los buques ingleses, bajo el mando de lord Howard, fueron obligados á ceder. Sir Ricardo Grenville permaneció en *la Venganza*, el viejo buque en que sir Francisco Drake había peleado con la Armada más arriba del Canal Inglés. No quiso cejar. Resistió á toda la escuadra española.

Tenía consigo solamente cien hombres, pero cada uno de ellos era tan valiente como él. Durante doce horas arrojaron sus balas los españoles sobre el sentenciado buque. Lo abordaron quince veces, y fueron rechazados con valor decidido.

sitos á no ser por la valerosa defensa de los marinos. La escuadra, entonces como ahora, es la primera muralla de defensa. La reina Isabel no tenia ejército permanente ni milicia. Sólo podia revistar 4,000 voluntarios. La Armada habria sido vencida, destrozada y arrojada á los mares del norte, antes que la reina pudiera reunir su puñado de voluntarios de Tilbury, si la escuadra inglesa no hubiese podido impedir que desembarcaran los soldados de la Armada; Londres habria caido en sus manos como galardón, y por consiguiente, la salvación de Inglaterra, fué debida únicamente á los marinos.

Sir Ricardo fué herido dos veces. Le llevaron abajo, y recibió otra herida en la cabeza mientras que el cirujano que lo estaba vendando fué muerto á su lado. Estando impedido así, aconsejó que el buque fuera echado á pique antes que ceder; pero la mayor parte de la tripulación se opuso á ello, y *la Venganza* arrió: único buque tomado hasta entonces por los españoles. Pero estaba tan terriblemente destrozado por los proyectiles que habían penetrado por todas partes, que no pudo ser mantenido á flote, y á los dos días se fué á pique.

La muerte del héroe fué tan noble como su vida. « Aquí, dijo, yo, Ricardo Grenville, muero con ánimo contento y tranquilo, porque concluyo mi vida como debe hacerlo un verdadero militar, peleando por su país, por la reina, por la religión y el honor; sepárase contenta mi alma del cuerpo, dejando tras de sí la fama duradera de haberse conducido como debe hacerlo todo soldado valiente. » Y así concluyó el valeroso sir Ricardo Grenville.

Generalmente andan juntos el poder y el comercio. Cuando un país pierde su comercio pierde también su poder. Él uno depende del otro. El primer Estado comercial de los tiempos modernos era Venecia. Vemos los restos de ello en los magníficos palacios á lo largo del Gran Canal, á pesar de que ahora está en la pobreza aquella ciudad. Después de la batalla de Lepanto se fué el comercio más hacia el oeste. Génova se hizo entonces el centro del comercio en el sur, y en el norte las ciudades anseáticas de Alemania. Bélgica, aunque pequeña en extensión, era uno de los países más productores de Europa, ya cuando Holanda apenas acababa de arrastrarse fuera del cieno del Rin.

Pero el terrorismo de Alba, durante el reinado de Felipe II, destruyó el comercio de Bélgica. España, por tanto tiempo tirano del nuevo mundo, de Alemania, Italia y de los Países Bajos, se hizo el hazmereír de Europa [1]. Holanda la acosó, y

1. Lo que causa verdaderamente risa es que se traten con tanta ligereza asuntos serios y formales, y que se lleve tan lejos el desconocimiento de la verdad ó la pasión, convirtiendo las serenas páginas del libro en lo que ape-

puso en fuga sus buques. Holanda se hizo el gran emporio del comercio del mundo, mientras que el tráfico de España decaía constantemente, hasta que llegó á ser el empobrecido país que ahora vemos.

El comercio de Inglaterra siguió al de Holanda. Ambas eran naciones de marinos, salidas de la misma raza. Inauguraron una nueva era en la historia del mundo. « Buques, colonias y comercio, » era su mote. Establecieron nuevos países, y extendieron sus colonias por todo el mundo. Francia, España, Holanda é Inglaterra, formaron igualmente establecimientos en la América del Norte; pero aunque sobrevivieron los restos de todos, los pasan en número los ingleses. Se habla el idioma inglés en el Canadá, Norte América, Australia, Nueva Zelandia, el cabo de Buena Esperanza y en las islas de la India; y en otro siglo más será el idioma que más se hable en el mundo. Todo esto dimana de los buques y los marinos.

Durante la gran guerra revolucionaria, cerró Napoleón todos los puertos de Europa á los buques ingleses. Fueron cerrados desde Nápoles, en Italia, desde Tolón, en Francia, desde Cádiz, en España, siguiendo la vuelta á las costas de Holanda, Dinamarca y Alemania, hasta Dantzig, en el Báltico. Napoleón odiaba á la marina inglesa. Ésta le siguió á través del Mediterraneo, y le cogió en Abukir. Destruyó sus chatas en Boloña; llevó tropas á la Coruña, á Torres Vedras y á Bélgica, para oponerlas á él. Jamás perdonó Napoleón á la marina inglesa.

Con todo, hizo sentir su poder en todas partes. Fué conducida por muchos héroes, y más que todo por Nelson. Era un hombre de genio extraordinario. Veía claramente y obraba con vigor. Sentía que era obligación suya y su deber, vigilar la existencia misma de Inglaterra. Los hombres y las mujeres se

nas se toleraría como humorístico artículo de periódico. La historia ha juzgado ya la conducta de España en los Países Bajos, como juzgará la conducta de Inglaterra en la India y en Irlanda. Los actos de terrible ferocidad ó de salvajismo serán igualmente reprobados por la crítica histórica.

N. del T.

sentían seguros y estaban tranquilos mientras Nelson cuidara el mar. No era únicamente un marino hábil y valiente. La llama pura del patriotismo ardía siempre en su alma heroica, y el resumen de su religión podría ser expresado por las palabras de Homero:

El primero y el mejor de los presagios es combatir por la patria.

Su vida era una novela. Sus debilidades eran tan notables, como sus dotes y cualidades. Y quedará siendo una de las grandes y heroicas figuras del mundo. Las últimas palabras que pronunció fueron estas: « ¡He cumplido *con mi deber*: por ello alabo á Dios! »

Nuestros marinos son nuestros hombres, formados por las tradiciones de una raza naval, que obran por sus instintos en un deseo á favor del comercio, rechazados por el comercio en sus hábitos, y modelados por su aislamiento en un tipo especial y peculiar del pueblo inglés. En toda su galería de retratos no tiene Plutarco á nadie para mostrárnoslo, y que nos haga pensar en Drake, ó Grenville, ó Collingwood, ó Nelson. Nuestros marinos son nuestros hombres peculiares. Ved su carácter tal como lo ha descrito lord Sandon, en Liverpool. Dirigía la palabra á un número de muchachos que estudiaban para marinos mercantes. « ¿Qué puede haber de más noble, decía, que ser un marino inglés de primera clase? ¿Y en qué consiste el mejor tipo del carácter del marino ingles? Yo diría que debe ser, sobre todo, *fiel, valiente, bondadoso, considerado para con los débiles, y resuelto á cumplir con su deber para con Dios y con su patria.* Las personas que pasan una vida más feliz, son aquellas que no piensan primero en sí, sino en los que las rodean, que cumplen con su deber y fían en Dios para lo demás. Ésta es la mejor recepción en la vida; de este modo es cómo están formados los más nobles caracteres ingleses. »

Las condiciones establecidas por la reina para el premio dado por Su Majestad á los muchachos marinos, son éstas :

Placentera sumisión á los superiores, respeto propio é independencia de carácter, bondad y protección á los débiles, disposición pronta para perdonar las ofensas, deseo de conciliar las diferencias de los otros, y, sobre todo, consagración sin miedo al deber, y veracidad inquebrantable. Evocados y llevados á la acción estos principios, producirán en cualquiera condición de la vida un carácter moral casi perfecto.

El marino es fiel á su buque. En la hora del peligro, el último hombre que lo abandona es su capitán. Que el peligro sea producido por el fuego ó por la tormenta, el capitán ve que primero se salven las mujeres y los niños, después sus pasajeros, en seguida su tripulación, y por último, él mismo. En semejantes casos, el valor, lo mismo que la virtud, es su propia recompensa. No busca el aplauso, ni en el mar ni en tierra. « He cumplido con mi deber únicamente, » es el mejor elogio del marino. El peligro da ocasión para poner de manifiesto las más elevadas cualidades. Cuando están en peligro muchas vidas, exige el honor todo esfuerzo para salvarlas. Aunque el hombre valeroso puede apreciar el peligro en todo su valor, no le teme sino que lo desafía virilmente. Está pronto á hacer frente á la muerte y á la vida con igual serenidad.

Uno de los casos más notables de que un capitán de buque de guerra permaneciera hasta lo último á bordo, es el del comandante Riou. Su buque, *el Guardián*, estaba en medio del mar y chocó contra un lurte durante una cerrazón. Parecía inminente el naufragio. Se trabajó sin cesar en las bombas. Todo aquello que parecía que podría aligerar el buque fué echado el agua : cañones, bastimentos y bombas. Después de cuarenta y ocho horas de un trabajo incesante, sin esperanza de salvación, se levantó un clamor, pidiendo los *botes*. El sirviente de Riou le preguntó en qué bote iba á ir él, para poder tomar asiento al lado suyo. La contestación fué, « que él *se quedaba con el buque, lo salvaría si podía, y si era necesario, se hundiría con él.* »

Antes que se separaran los botes, con parte de la tripula-

ción, escribió Riou una carta al Almirantazgo, informándole del accidente, elogiando la conducta de los oficiales, y de los tripulantes, y se despidió de ellos, « ya que parece que no hay probabilidad de que me quede muchas horas más en el mundo. » Los botes se separaron, y Riou permaneció como con la mitad de la tripulación. La mayor parte de los botes se perdieron, pero el buque se salvó. Después de ocho semanas de heroica fortaleza y habilidad marina, fué mantenido á flote *el Guardián* hasta que llegó á parajes donde había balleneros holandeses, y por éstos fué remolcado á la bahía de la Tabla. El capitán Riou fué muerto después peleando valerosamente con su buque en la batalla de Copenhague.

Tomad otro caso, el del capitán de un buque mercante ordinario, habituado al sentimiento de honradez y de deber. Nos referimos al difunto capitán Knowles, á quien Gladstone considera ser un « héroe más grande » que Napoleón, porque su vida estaba completamente libre de egoísmo. La circunstancia culminante de su vida fué la siguiente: el buque *Northfleet* del que era capitán, que iba de Londres á Hobart Town, con un número de emigrantes á bordo, estaba anclado frente á Dungeness. Eran las once de la noche, y había gran obscuridad. Los faroles del buque estaban encendidos como un aviso para los buques que pasaran. Pero de pronto chocó contra él el vapor español *Murillo,* y le abrió un agujero grande en el fondo. En el acto principió á hundirse. El buque español retrocedió de entre los demás y se fué á todo vapor, dejando para que perecieran á más de trescientas personas, sin dar la menor muestra de ayuda. El capitán Knowles ordenó que trabajaran las bombas, y puso las señales de estar en peligro. Hubo gran confusión entre los pasajeros y gran desesperación entre las mujeres cuando vieron que el buque se iba á pique. Fueron bajados los botes, y el capitán ordenó que las mujeres y los niños fuesen colocados en el acto en ellos. Hubo una aglomeración de hombres hacia los botes, y Knowles, con un revólver en la mano, dijo que le pegaría un balazo al primer hombre que se interpusiera en el pasaje. Un individuo se aba-

lanzó á éste. Recibió un balazo en la pierna y quedó inutilizado. Embarcáronse entonces las mujeres y los niños. Dos botes se separaron llenos de gente. El buque se hundía rápidamente, las olas se estremecían en torno suyo, y en seguida se hundió. El heroico capitán se hundió con él. Su esposa, recién casada, fué salvada junto con ochenta y cinco personas más.

He went by steady choice into the deep,
Leaving his joyful Whole of love yet new,
Because it was the thing he had to do :
Thou trainest such, my country! shout and weep!
Train such for ever, crown my faithful son[1].

Cuando el *London* se fué á pique en la bahía de Vizcaya, ahora catorce años, se produjo una gran sensación en todo el país. El buque estaba demasiado cargado. El mar barría su cubierta aun cuando no hubiera sino un mediano viento. Entonces no había *línea de carga*. El señor Plimsoll no había principiado aún su campaña contra los insaciables cargadores dueños de buques. Pero la conducta de la tripulación y de los pasajeros fué espléndida, con excepción de la parte holandesa de la tripulación, veinte y un hombres, que se negaron á trabajar. El célebre trágico Gustavo V. Brooke, fué uno de los más valerosos á bordo. Usó todos sus esfuerzos para conservar á flote el buque. Trabajó noche y día en las bombas. Andaba descalzo sobre cubierta, sin sombrero, y vestido con sólo una camiseta colorada de Crimea y unos calzones de marinero. Iba de una bomba á otra, trabajando como un condenado, y la última vez que se le vió, como unas cuatro horas antes que se hundiera el vapor, estaba tranquilamente recostado contra una puerta entreabierta de la carroza. Uno de los pasajeros que se salvó y le había visto, dijo después: « Trabajaba mara-

1. Fuése á la profundidad por haberlo querido así con voluntad serena, dejando tras sí á su *Todo* encantador de un amor aun nuevo, porque era eso lo que debía hacer : hombre de ese temple los formas tú, ¡oh patria mía! ¡aclama y llora! por siempre forma hombres semejantes, y corona á tus hijos fieles.

villosamente; y en verdad, con más valor que cualquier otro hombre á bordo del buque.» El señor Plimsoll ha referido cómo llegó á adoptar la causa de esos hombres desvalidos, los marinos mercantes. Hizo una vez un viaje con tiempo borrascoso desde el Támesis hasta Redear, y llegó salvo á su destino, gracias á que se hallaba á bordo de un buque de pasajeros sujeto á la inspección del gobierno. Pero en el camino habían pasado al lado de tres buques naufragados en la costa, y habían visto los mástiles de un buque sumergido; y se averiguó que las tripulaciones de tres de esos buques, habían perecido hasta el último hombre. Su esposa le estaba esperando, sufriendo á causa de la terrible agonía del largo velar y la ansiosa espera, y entonces pensó en las mujeres de aquellos hombres ahogados que estarían esperando en vano su regreso. Desde esa época resolvió consagrarse á sí mismo, su tiempo y su dinero, á los esfuerzos que desde entonces ha estado haciendo para evitar esos naufragios causados por la avaricia de los propietarios de buques. Entren á ayudarle todos cuantos quieran, ahora que los marinos tienen participación en esas salvaguardias de la vida con que la ley ha previsto para otras clases de la comunidad, pero siempre corresponderá al señor Plimsoll el crédito de haber iniciado no solamente el movimiento, sino también el haberlo realizado.

Quizá existe un lazo de unión más común entre el capitán de marina y su tripulación, que el que pueda existir entre el capitán del ejército de tierra y sus soldados. Los primeros están « en el mismo buque. » Se hallan más estrechamente unidos. Se conocen mutuamente mejor. Están más consagrados el uno al otro. Están siempre admirablemente dispuestos á salvarse la vida cuando se presenta ocasión. Al escribir estas líneas, recordamos dos casos dignos de atención :

Cuando el buque de vapor de Su Majestad, *el Invencible*, navegaba, en febrero de 1880, en su viaje de Alejandría á la bahía de Abukir, se oyó á bordo el grito de *¡hombre al agua!* Soltáronse las boyas salvavidas. Las máquinas anduvieron

hacia atrás y los botes fueron bajados en menos tiempo que el necesario para describirlo. Entre tanto se vió que el hombre que había caído se asía de la rondalesa, que estaba fuera, y á consecuencia de ello, fué arrastrado bajo el agua. Soltó el asidero, y flotó por la popa como un cuerpo sin vida.

El honorable E. W. Freemantle, capitán del buque, que estaba sobre el puente, vió que un momento de tardanza sería fatal para el hombre que se ahogaba. Se arrojó al agua tal cual estaba, con gorra, levita, botas y todo. Ya era tiempo, porque después de haber esforzado todos sus músculos, y cuando llegó al sitio en que el hombre se había sumergido, le encontró ya á alguna distancia debajo del agua. Zabullió y le sacó á flote casi muerto. Pesadamente cargado como estaba el capitán, se sintió agotado en sus fuerzas, y encontraba seria dificultad en conservar fuera del agua la cabeza del hombre. Entonces se arrojaron al mar el subteniente Moore, y Cunningham, el oficial herrero, para ayudar á ambos, y llegando los botes, fueron alzados á ellos los cuatro hombres, y trasladados en salvo á bordo. El hombre salvado fué llevado á la enfermería, donde muy pronto recuperó su conocimiento; y el valiente salvador estuvo pronto bien, después de un pequeño reposo.

No menos valiente y noble fué la conducta del capitán Sharp y de Juan M'Intosh, de la *Annabella Clark*, al salvar la tripulación que se quemaba de la barca francesa *Mélanie*, en noviembre de 1878. Los dos buques estaban próximos en el río Adour, frente á Bayona. La *Mélanie* estaba cargada de petroleo. Incendióse parte de éste, el calor hizo estallar los barriles, y el buque fué pronto presa de las llamas. El petroleo corría ardiendo por los embornales á la mar, y muy luego estuvo la *Mélanie* rodeada por una ancha faja de fuego. Algunos de la tripulación se lanzaron al mar, aunque otros se quedaron, temiendo arrostrar el doble peligro del fuego y del agua.

La tripulación de la *Annabella Clark* oyó la explosión, y vió el fuego que se elevaba á gran altura. Á pesar del peligro, se determinaron dos hombres á salvar á los franceses que se

quemaban. El capitán Moore saltó á un bote, y Juan M'Intosh, el carpintero del buque, le siguió. Se dirigieron á fuerza de remos hacia la *Mélanie* á través de un mar de fuego. Sus ropas se incendiaron; sus manos y sus brazos se quemaron. Pero llegaron al buque, y se consideraron recompensados con poder salvar á la tripulación francesa llevándola en salvo á bordo de la *Annabella Clark*. Fué un acto lleno de heroísmo, que demostraba el sacrificio y la abnegación en su más elevada forma. No fué por dinero; no fué por gloria; fué ejecutado como un deber, haciendo por otros lo que hubieran deseado que se hiciera por ellos. Pero parece duro que uno de esos hombres quedara arruinado para toda su vida por su noble acción. Juan M'Intosh, el carpintero del buque, fué tan terriblemente quemado en sus manos y en sus brazos, que quedó imposibilitado para trabajar en lo sucesivo en su oficio. Se le llevó inválido á su casa en Ardrossan, donde vive; é inválido ha quedado hasta hoy. Es cierto que el capitán y el carpintero recibieron la medalla de bronce de primera clase dada por Su Majestad, una medalla de oro del gobierno francés y la medalla de Lloyd, por salvar vidas en el mar. Pero un hombre inutilizado para siempre no puede vivir de medallas. ¿No hay alguien que pueda dar los medios de subsistencia á un héroe semejante?

Un caso algo parecido aconteció en América; pero afortunadamente murió el hombre en la hora de la victoria, y no necesitó apelar al público pidiéndole asistencia. Un buque de vapor que navegaba en el lago Erie, se incendió. Había á bordo más de cien personas. El hombre que estaba en el timón, Juan Maynard, se aferró en su puesto. Su objeto era encallar en tierra al buque, y salvar así las vidas de los pasajeros. El fuego se extendió por el buque hasta que llegó á él. Sus ropas se achicharraban sobre él. Estaba horriblemente quemado, pero ni por un instante abandonó su puesto. Se aferró al timón. Por fin encalló el buque. Las cien personas fueron salvadas, pero el piloto murió. Se sacrificó á sí mismo mientras salvaba heroicamente la vida de los demás.

Una victoria tan grande como la de Waterloo puede ser ganada por los hombres á bordo de un buque que se hunde ó que arde. ¿Quién no recuerda la grandiosa conducta de los marinos y soldados á bordo del *Birkenhead*[1]. No menos valiente fué la conducta del 54.º de infantería, á bordo del *Sarah Sands*, en medio del Atlántico. El grito de *¡fuego!* se hizo oír en todo el buque, y en el acto ocuparon los hombres sus puestos. Se hicieron todos los esfuerzos para llegar al fuego, pero fueron en vano. Lo más que se podía hacer para salvar el buque, era desocupar la Santa Bárbara en la bodega de popa. Pero mientras los hombres estaban trabajando, hicieron explosión dos barriles de pólvora, haciendo volar la cuadra de popa de babor, esparciendo las llamas desde los aparejos mayores hasta la popa. Afortunadamente resistió la mampara al choque y dió lugar á la tripulación para utilizar el agua con un efecto tal sobre la masa incendiada, que impedió pudiera extenderse más allá del centro del buque. Se arreglaron balsas y se echaron botes al agua con el mayor orden. Allí fueron colocados las mujeres y los niños; mientras que los soldados pasaban lista sobre cubierta con igual regularidad que si estuvieran de parada. Se nombraron servicios especiales, principalmente para sofocar las llamas, que aun amenazaban consumir el buque.

Con indomable energía combatieron el fuego durante dos días, y lo vencieron al fin. Pero ya el buque no era más que ruinas. Levantóse el viento, y se encresparon las olas, como para sumir en las profundidades á los bravos marinos y soldados. Pero estuvieron firmes en sus puestos. Pusieron guindalezas por debajo del fondo del buque para mantenerlo unido. Rellenaron el espantoso agujero en el castillo de popa de babor, con velas y mantas. La desesperada lucha por la vida continuó sin interrupción, cuando por fin se calmó un poco el mar, y permitió que el buque fuera orientado hacia el viento Después de ocho días de navegar, bajo incesante dirección del

1. Véase el libro *¡Ayúdate!* Pag. 405.

capitán Castle, llegó el buque hecho pedazos á Mauricio, sin haber perdido un solo hombre.

Cuando los turistas visitan la catedral de Norwich, y preguntan de quién son las banderas que ondean en el presbiterio, les contesta el pertiguero con orgullo consciente, que son las banderas del 54.°, de los soldados del *Sarah Sunds*. Ni una palabra se dice sobre las acciones militares del cuerpo, aun cuando han sido grandes. Su valor en el mar es lo que constituye su mayor gloria. Que así sea.

En otra ocasión, cuando un buque transporte estaba ardiendo y se hallaban destinados á perecer doscientos ochenta hombres, un oficial soltero, á quien le había tocado en suerte ocupar un asiento en los botes, lo cedió á favor de otro oficial que tenía mujer y familia. Éste aceptó, y el oficial soltero se unió á aquellos que pocos momentos después iban á volar á la eternidad. Éste es un caso de verdadero heroísmo, una disposición generosa á morir por un oficial compañero que teniendo más responsabilidades, tenía más necesidad de vivir para otros que para sí mismo.

No es el mar tempestuoso y borrascoso lo más peligroso para un buque. Lo es la peligrosa costa llena de rocas. Cuando un buque está bien construído, cargado debidamente, y dotado con suficiente tripulación, está tan seguro en alta mar como en un astillero. Es únicamente cuando deja la costa al salir, y cuando llega á ella al regresar, cuando corre peligro de naufragar. Por eso se han levantado faros en nuestras costas para facilitar al marino su viaje hacia casa. Nadie puede conocer tanto el beneficio de esos faros como aquellos que se han aproximado á la costa de su país en una estación de noches sin estrellas, temporales y borrascas; que han experimentado la lucha del navegante entre la esperanza diferida y el temor del peligro desconocido y el repentino naufragio. La primera vista de los faros que guardan la costa, reconocidos por su brillo, su color ó su ocultación periódica, al mismo tiempo que marcan el promontorio ó los arrecifes que deben ser evitados, alegran el corazón del marino indicando con confianza

el curso que debe seguir el buque hacia el puerto á que está destinado.

La construcción de un faro es uno de los más penosos peligros de las profundidades del mar. Los primeros faros que se construyeron á lo largo de la costa del sur de Inglaterra, fueron de madera. Tal era el faro sobre los Smalls, y los dos primeros faros sobre el Eddystone. El Smalls es una pequeña roca en el canal de Brístol, que por largo tiempo fué causa de naufragios para los buques que se dirigían á Avon ó Severn. El primer ataque sobre él fué atrevidísimo. Una cuadrilla de mineros de Cornish se reunió en Solva, en tierra firme, como á unas veinte millas de la roca. Se dirigieron á ella en un cúter : su primer objeto era abrir agujeros en la piedra, en los cuales se debían ajustar columnas de hierro. Los hombres desembarcaron del cúter, y habían conseguido asegurar una larga barra de hierro en la roca, cuando de pronto se puso tempestuoso el tiempo. El cúter tuvo que huír para no tener que naufragar. Los hombres que estaban en la roca se agarraron á la barra apenas asegurada; y á esto siguió una lucha desesperada entre la fortaleza humana y el mar azotador. Allí estuvieron prendidos durante la noche hasta la mañana siguiente, y durante todo el día hasta la noche otra vez, hasta el tercer día en que calmándose la tormenta fueron salvados. Volvieron después otra vez á la tarea; fueron asegurados en la roca anilllos y barras á los cuales pudieran atarse los hombres cuando creciera el mar. Por fin quedó construído sobre el Smalls un edificio de madera que descansaba sobre pies de lo mismo. Allí estuvo con su luz como un aviso para los marinos por espacio de cerca de cien años, hasta que por fin fué levantada una sólida torre de granito, de la que se puede decir, que está allí para siempre.

No menos valor fué desplegado por Winstanley, Ruyderd, y Smeaton, al construír el faro de Eddystone, muy afuera en el mar, frente á la sonda de Plymouth. Los dos primeros fueron destruídos. El uno fué barrido por la tremenda tempestad de 26 de noviembre de 1703; el otro fué destruído por el fuego;

porque ambos eran de madera. Vino entonces Smeaton, quien resolvió que el faro se construyese de piedra y granito; aunque los Hermanos de la Trinidad sostenían que « nada sino madera era posible que se sostuviera sobre el Eddystone. » Pero Smeaton consiguió hacer prevalecer su idea, y se dispuso establecer á todo evento un faro de piedra.

Smeaton fué á Plymouth, y se hizo á la mar para estudiar el lugar en que había de construír el edificio propuesto. Las aguas azotaban con gran violencia sobre la cresta de las rocas, y no pudo desembarcar. Tres días después consiguió hacerlo sobre el Eddystone. No pudo encontrar los dos asientos de hierro fijados por los dos primeros constructores. Hizo tres nuevas pruebas para llegar á la roca, pero fué rechazado por el mar. Su sexta tentativa tuvo buen éxito, y pudo desembarcar durante la baja marea. Tomó entonces las dimensiones exactas del proyectado faro. No es necesario seguir al ingeniero en las dificultades con que tropezó, pues éstas ya han sido relatadas[1].

Una vez estuvieron á punto de naufragar Smeaton y sus operarios. Regresando á Plymouth, creció el viento cada vez más, hasta que se desencadenó una tempestad. El *Neptuno* tomó dirección hacia Fowey, y el buque casi había ido á dar entre los escollos. Fué sacado de allí con mucha dificultad, pasando sobre él las olas. Por la mañana se había perdido de vista la tierra, y el buque era arrastrado hacia la bahía de Vizcaya. Después de haber sido llevado por los vientos durante cuatro días de aquí para allá, consiguieron por último llegar al Lands's End, y por fin anclaron en el puerto de Plymouth.

Smeaton dirigió la construcción de todo el edificio. Si se presentaba algún puesto de peligro del cual retrocedían los hombres, inmediatamente se adelantaba él y ocupaba el puesto avanzado, « el puesto de honor, » como lo llamaba. Cuando se dislocó el pulgar al caer entre las rocas, se resolvió inmedia-

1. Véase, *Vida de los ingenieros*, lib. II.

tamente á curarse por sí mismo la dislocación, y dándole un tirón violento lo colocó otra vez en su lugar, hecho lo cual procedió á fijar la piedra central del edificio. La obra continuó sin dificultad hasta su terminación. Smeaton se propuso que su obra fuese duradera y perpetua, expuso que, « al considerar el uso y el beneficio de un edificio semejante, no estaban limitadas sus ideas respecto de su duración y continuada existencia al límite de uno ó dos siglos, sino que iban hasta imaginar una perpetuidad posible. » ¡Ay de los deseos humanos! Aunque el faro de Eddystone ha resistido las tormentas de ciento veinte años, va á ser desmantelado, y se trata de erigir un faro nuevo. Aunque ha estado firme como una roca, sí, más firme que una roca, porque es la roca sobre la cual está edificada la que ha sido minada por las corrientes del mar, tiene que hacer lugar á un nuevo faro; y todo lo que va á quedar serán los restos del edificio de Smeaton. Sin embargo, Smeaton hizo una grande obra. Todos los faros posteriores no han sido más que modificaciones del de Smeaton.

La piedra fundamental del nuevo faro de Eddystone fué colocada el 19 de agosto de 1879. El señor Douglas ocupa el puesto de honor y de valor de Smeaton. Es igualmente hábil, igualmente valeroso. Ha tropezado con muchos peligros en las profundas aguas, al poner los cimientos de varios faros. En la Roca del Obispo casi fué ahogado por la masa de agua que cayó sobre él. Al igual de Smeaton, jamás retrocedió ante el peligro. Los operarios le miran como un ejemplo siempre presente. Pocos días antes que se pusiera la piedra fundamental del nuevo faro de Eddystone, continuaban los hombres en su trabajo mientras el mar arrojaba sobre ellos sus olas. Cuando subía la marea parecía que hubieran sido barridos en masa de la superficie de la roca por la hirviente marejada. Se arrastraban unos sobre otros, hasta que todos estuvieron bien empapados, pero en salvo, á bordo.

El difunto Santiago Wálker, ingeniero civil, presentó al señor Douglas, padre, quien también era un gran constructor de faros, al duque de Wéllington. « He aquí un hombre, dijo el

señor Wálker, que ha librado tantas batallas como Vuestra Gracia, pero jamás sacrificó ni una sola vida. —Ojalá pudiera decir yo lo mismo, » contestó el duque. En verdad, ha habido sangrientas batallas que han sido ganadas, y muchas campañas que han sido llevadas á un término feliz, con menores situaciones arriesgadas para el peligro físico por parte del general en jefe, que aquellas á que tiene que hacer frente día por día el constructor de faros. El ingeniero principal siempre abre el camino. Es el primero que salta sobre la roca, y el último que la deja. Con su propio ejemplo inspira con valor al humilde obrero ocupado en ejecutar sus planos, y que al igual de él, se acostumbra á los peligros especiales del lugar.

Una de las más atrevidas empresas modernas fué la erección del faro de Skerryvore, llevada á cabo hará unos cuarenta años. El arrecife de Skerryvore se adelanta mucho dentro el mar, frente á la isla de Tyree, sobre la costa oeste de Escocia. Muchos naufragios han tenido allí lugar, y todo lo que llegaba á la costa era sólo los desmenuzados fragmentos del buque náufrago. La Comisión Norte de faros resolvió establecer uno sobre Skerryvore. Míster Alan Stevenson fué encargado de hacer los estudios preliminares, los cuales no pudieron quedar terminados hasta 1835. Los trabajos principiaron tres años después. Consistían en los preparativos para establecer el local provisional para residir los operarios. Muy poco más que los pedestales piramidales para el edificio pudieron terminarse antes que los operarios se retirasen de la roca, y todo fué barrido á la mañana siguiente. Al año siguiente volvió á emprenderse de nuevo el trabajo. El pozo para los cimientos de 42 pies, fué excavado, y en 1840 se volvió á construir el local provisional, y estuvieron satisfechos de tener alojamiento el ingeniero y su partida.

« Durante el primer mes, dice el valiente jefe, sufrimos allí muchísimo á causa de la continuada inundación de nuestros alojamientos. En una ocasión estuvimos catorce días sin tener comunicación alguna con la tierra ni con el vapor; y durante la mayor parte del tiempo no vimos más que un campo blanco

de espuma hasta donde alcanzaba la vista, y no oímos sino el silbar del viento y el tronar de las olas, que á veces eran tan fuertes que no nos podíamos oír al hablarnos. Una escena semejante, con las ruinas del primer alojamiento apenas á una distancia de veinte varas de nosotros, era cosa propia para inspirarnos los más tristes presentimientos, y recuerdo muy bien el indefinible sentimiento de temor que asaltó á mi espíritu al ser despertado una noche por una fuerte marejada que dió contra nuestra vivienda, y que hizo volar á mi levita que estaba colgada de la pared, y que fué seguida inmediatamente por un grito de terror de los hombres que estaban en el piso superior, quienes sorprendidos por el ruido y el estremecimiento, saltaron de sus lechos al suelo, impresionados con la idea de que toda la fábrica había sido arrastrada al mar. »

La tormenta calmó, y los ingenieros que se hallaban casi sin alimentos, volvieron á proveerse de todo, y continuaron como antes su trabajo. Entonces fueron descargadas las piedras grandes y aseguradas en su correspondiente lugar. Después de seis años de trabajo quedó terminado el faro, y el 1.º de febrero de 1844, fué exhibida por primera vez la luz á los marinos de la costa occidental.

Sin embargo, los faros son tan sólo una parte de lo que se necesita para ayudar al marino cuando se aproxima á la costa durante las recias tormentas. El mar se embravece y recorre furioso toda la rocallosa costa, pudiendo ahogar con su ruido el estruendo de toda artillería que haya lanzado la destrucción sobre seres humanos. El faro podrá señalar la entrada del puerto, ¿pero se podrá entrar en el puerto? Que cualquiera vea el mapa de naufragios que se publica anualmente, y se observará que el mayor número de ellos tiene lugar á lo largo de la costa oriental, á lo largo de la línea que llevan los buques de carbón desde Newcastle hasta Londres. Las señales de naufragios son más compactas en la costa nordeste de Inglaterra, particularmente en los alrededores de Tynemouth. No es de sorprender pues, que el primer bote salva-

vidas haya sido inventado por un natural de esa vecindad. La primera persona que concibió el diseño de un bote insumergible y que se adrizara por sí mismo, fué Enrique Greathead, de South Shields. Enrique Lukin, de Londres, arregló también un bote insumergible para salvar vidas en el mar. Siendo á menudo escena de naufragios de buques la costa cerca de Bamborough frente á la cual se hallan las islas Fern, envió al señor Lukin una lancha de pescador el reverendo doctor Shairp, quien estaba entonces en el castillo, para que la hiciese insumergible. Esto se hizo, y la lancha de pescador salvó varias vidas en el primer año de su empleo. Con todo, no se hizo de uso general el bote salvavidas, pues el único que existía era el bote de pescador construído en Bamborough.

En el año de 1789 naufragó el *Adventure*, de Newcastle, en la embocadura del Tyne. Estando el buque encallado sobre el Herd Sand, á la entrada del río, en medio de terribles rompientes, desaparecían los hombres de su tripulación, cayendo uno tras otro de los aparejos donde estaban refugiados, hallándose solamente á unas trescientas yardas de la costa. Esto tenía lugar en presencia de miles de espectadores, sin que ninguno de ellos pudiera aventurarse á ir en su auxilio. Ningún bote ó lancha de pescadores de construcción común podía permanecer entre aquellas rompientes. Bajo la viva impresión producida por el desastre, se nombró una comisión, y se ofreció un premio por los mejores modelos de un bote salvavidas « que pudiera arrostrar los peligros del mar, particularmente de las rompientes. » Dos planos fueron escogidos por la comisión, uno de Guillermo Woudhave, y el otro de Enrique Greathead. La comisión de Shields otorgó á Greathead el premio, en consideración á la forma de la quilla de su modelo, pero aprovecharon la indicación del modelo de Wouldhave, que hacía al bote más flotante por *medio de corchos*. Ahora bien, ésta es en realidad la parte maestra de la invención del bote salvavidas, y evidentemente Wouldhave era merecedor á una participación en el premio. Woudhave

fué pintor primero y después clérigo de la iglesia de Santa Hilda. Le ha sido levantado un monumento en el cementerio, coronado con un modelo de su bote salvavidas; también está colgado otro de la lámpara del presbiterio; y el modelo original está en la biblioteca pública de South Sihelds. En el monumento se dice que fué « el inventor de ese inapreciable beneficio para la humanidad : el bote salvavidas. »

El bote salvavidas construído por Greathead, y la adaptación de corcho indicada por Wouldhave, fué el medio de salvar cerca de doscientas personas en la entrada del Tyne. Otro fué mandado construír por el duque de Northumberland, y dotado con una anualidad para su conservación. También mandó construír el duque otro bote salvavidas, para Oporto; y míster Dempster otro para San Andrés, donde sirvió para salvar muchas vidas. Antes de fines del 1803, había construído Greathead sobre treinta y un botes salvavidas, cinco para Escocia, ocho para países extranjeros, y diez y ocho para Inglaterra. El bote salvavidas más antiguo de Greathead que ahora se usa, fué contruído en 1802. Está en posesión de los barqueros de Redcar, lugar rodeado por rocas peligrosas. Muchas vidas ha salvado, no solamente por la construcción del bote, sino también por el valor de la tripulación[1].

La Sociedad de botes salvavidas ha llegado á ser ahora una institución real y nacional. Unida al aparato mortero del capitán Manby, salva todos los años las vidas de centenares de marinos náufragos. La institución tiene ahora una noble escuadra de salvavidas de más de 300 botes, tripulada por 25.000 hombres valientes. Durante su existencia ha salvado más de

1. Al ver este bote viejo y hermoso, compuso algunos versos el difunto lord Stratford de Redcliffe, que terminan así:

The voices of the rescued — their numbers may he read:
The tears of speechless feeling — our wives and children shed;
The memories of mercy — in man's extremest need —
All, for the dear old lifeboat — uniting seem the plead.

Para aquellos que quisieran leer algo sobre el valor de las tripulaciones de los botes salvavidas y el número de vidas que han salvado anualmente, pueden ver el *Life boat Journal* y *The History of the lifeboat ond its Work.*

27.000 vidas de los peligros de naufragios. ¡Concebid la gratitud de las mujeres é hijos de los salvados!

Sería imposible dar relación detallada de los valerosos servicios prestados por los barqueros. Entre los botes salvavidas de la Institución Nacional está el *Van Kook*, presentado por el difunto E. W. Cooke, R. A. Se le llama así á causa de su origen alemán. Fué dejado en la estación de Deal, en 1865. Ya ha salvado 161 vidas, y ha contribuído á salvar de la destrucción á siete buques. Mientras que el anciano artista estaba en su lecho de muerte, se hallaban los hombres que tripulaban su bote salvavidas haciendo su más valeroso trabajo.

Á la una del día del domingo 28 de diciembre de 1879, oyóse el cañonazo del buque faro de South Sands, sobre Goodwins, á unas siete millas de Deal, que prevenía hallarse un buque engolfado entre los rompientes. Soplaba un temporal del sudoeste, y los buques aun bajo el amparo relativo del Downs, estaban fondeados con dos anclas. Era uno de esos vientos de los cuales se suele decir que *son capaces de soplaros los dientes hasta el estómago*. Cuando las congregaciones salían de las iglesias, el viento era tal, que á los paraguas les ponía lo de adentro para afuera, y todos corrían más que de prisa á sus casas. Pero los marinos estaban en la costa. La campana llamaba á tripular el bote salvavidas, y los barqueros respondían valerosamente al llamamiento. La tripulación la formaban catorce hombres, con Roberto Wilds, el patrón. Con un empuje poderoso echaron el bote salvavidas cuesta abajo hasta la hirviente marejada. Un prolongado ¡viva! los envió á su peligrosa empresa.

Había, efectivamente, tres buques en los Coodwins Sands. Los tripulantes de uno de ellos, recurrieron á sus botes, y llegaron á Margate, dejando que su buque fuese destrozado. Otra goleta, que se cree fuera dinamarquesa, desapareció, perdiéndose con toda su gente. El buque que quedaba era el *Leda*, alemán, que traía un cargamento de petróleo de Nueva York á Brémen. Al llegar á los Goodwins la tripulación del bote salvavidas, vió al buque envuelto por los rompientes. Estaba

encallado en la peor parte de las arenas — el South Spit — donde las olas, aun en el día más sereno, se agitan continuamente. ¡No importa! es necesario llegar hasta el buque. Al aproximarse á él, se ve que el palo mayor y el de mesana habían caído, y que los hombres estaban cogidos á los baluartes de barlovento, mientras que masas sólidas de agua pasaban por sobre ellos.

El *Van Kook* se puso al barlovento del desdichado buque, y soltando ancla viró hacia él. Si el cable se rompía, y el bote salvavidas chocaba con toda fuerza sobre el buque, ni un solo hombre hubiera podido salvarse. Pero la tripulación del bote salvavidas se dijo: «¡Estamos en la obligación de salvarlos!» y con toda la serenidad de la raza, «atreviéndose á todo cuanto los hombres pueden hacer», concentraron sus esfuerzos para conseguir aproximarse lo suficiente al náufrago, y ponerse en condición de poder arrojarle un cabo. Á pesar de ser sacudidos y batidos por la tremenda marejada que penetraba en el bote y pasaba sobre ellos, de tal manera que el bote estaba lleno hasta los bancos de los remeros, gritó el patrón al llegar otra ola: «¡Cuidado, muchachos!» y todos se agarraron de los bancos, y se aferraron con ambas manos, conteniendo el aliento, pues en ello iba la amada existencia. Una marejada lanzó al bote contra el buque, é hizo pedazos su bitácora de popa; tuvieron necesariamente que huír para salvarse todos.

Volvieron otra vez. Por fin se consiguió echar á bordo de la barca el cable arrojadizo, y los tripulantes pudieron entrar de uno á uno y de á dos en dos, en el bote salvavidas. Salvado que fué hasta el último hombre, gritó el patrón: «¡Icen el trinquete y corten el cable!» Hecho esto el bote salvavidas se dirigió á la costa, con su espléndida carga de treinta y cuatro hombres. Uno de los individuos pertenecientes á la tripulación había sido salvado antes dos veces por el *Van Kook*, y animaba á sus compañeros con la relación de su suerte anterior. Y así, por fin, empapados á más no poder, puso en tierra el bote salvavidas, á los desfallecidos y agradecidos alemanes, en Deal Beach, donde, á pesar de la tormenta, les salió á recibir un

gentío con el corazón lleno de admiración y de agradecimiento. Eduardo W. Cooke vivió la bastante para oír el: «¡Bravo!» Murió siete días después. Pero vive su buena obra, y servirá de ejemplo á otros.

Hay centenares de actos iguales de valor, hechos todos los años por las tripulaciones de los botes salvavidas que tenemos en nuestras costas. Cuando ven que un buque ó hasta una lancha pescadora, está trabajando en mar grueso y viento recio, nada hay que los detenga. Botan al agua su bote, y son rechazados y vueltos á ser rechazados por la borrasca desapiadada. Vuelven á su intento y por fin, remando con el mayor esfuerzo, consiguen salir á la mar. Algunas veces es arrastrado su bote contra las rocas; pero se adriza y sigue adelante en su misión humana. No hace mucho que el bote salvavidas de Redcar salió unas cuatro millas mar afuera para salvar la tripulación de una lancha pescadora: y lo consiguió.

En el mismo año salió de Fraserburgh el bote salvavidas con un temporal deshecho, para salvar la tripulación de la goleta *Augusta*, que había naufragado sobre unas rocas á sotavento del puerto. Apenas había sido salvada la tripulación, cuando se hizo pedazos el buque. La dificultad no había sido vencida aún. Se vió que todos los esfuerzos de los remeros eran insuficientes para hacer avanzar al bote contra el viento, hacia la entrada del puerto. Soltóse el ancla, pero no agarraba. El bote salvavidas encalló contra las rocas, y las tremendas olas pasaban por sobre él. El patrón ordenó que fuera cortado el cable, confiado en que la gruesa marejada arrojaría un bote tan buen flotador y ligero lo bastante alto sobre las rocas para que pudieran salvarse los que estaban á su bordo. El bote salvavidas, aunque reducido á un estado de ruina, llevó á las diez y siete personas sobre una roca firme; y de ésta fueron puestos en salvo todos los de la tripulación.

Otro caso más de sacrificio conmovedor. Al anochecer de un tempetuoso domingo en marzo, cuando la gente salía de la iglesia en Great Yarmouth, se oyó un cañonazo de aviso tirado por un buque que estaba en el Groby Sand. Había encallado

sobre el Sand, y las olas pasaban sobre él con violencia. En el acto estuvieron los marinos en la ribera y prontos á botar al agua un serení. Mientras esperaban un momento de calma para atravesar la marejada, se presentó corriendo un joven costeño y sacó de su puesto á uno de los tripulantes del serení. « No, no, Juan, esta vez no, le dijo, ya has salido tres veces porque yo me había casado. Lo justo es razonable: así es que voy á tomar mi turno otra vez. » El bote fué botado al agua, é iba ya á pasar la marea, cuando una terrible ola lo levantó, volcándolo por completo. Tres de los tripulantes se ahogaron, y uno de ellos era el hombre recién casado y que había rehusado el que ocupase su puesto su hermano. Sin pérdida de un instante se alistó otro serení para ser botado al agua; salió al mar, pero era demasiado tarde. El buque que estaba sobre el Sand se había hecho pedazos, y todos los que estaban en él habían perecido.

CAPITULO VIII

El Soldado.

Soy hombre de autoridad, tengo soldados á mis órdenes; y á este hombre le digo: Vete, y se va; y á otro: Ven, y viene; y á mi sirviente: Haz esto, y lo hace. — *El centurión*, en SAN MATEO[1].

Es mi destino, mejor dicho, es mi deber. Al fin y al cabo, el más elevado de nosotros no es sino un centinela en su puesto. — WHITE MELVILLE[2].

Bien derramada está la sangre del hombre por su familia, por sus amigos, por su Dios, por su patria, por sus semejantes: lo demás es vanidad, lo demás es crimen. — BURKE[3].

He venido aquí para cumplir con mi deber, y no experimento satisfacción alguna, ni tampoco puedo disfrutarla, excepto en el cumplimiento de mi deber para con mi patria. — WELLINGTON, *en Portugal*[4].

La vida del soldado es una vida de deber. Debe ser obediente, disciplinado y estar siempre dispuesto. Cuando es llamado por el clarín tiene que ir. Cuando se le ordena que marche á una empresa peligrosa, tiene que ir. No hay que discutir; tiene que obedecer las órdenes, aunque éstas sean mandándole marchar á la boca de los cañones.

1. I am a man under authority, having soldiers under me: and I say unto this man: Go, and he goeth; and to another: Come, he cometh; and to my servant: Do this, and he dseth it. — *The Centurion* in ST. MATTHEW.

2. It is my destiny, rather it is my Duty. The highest of us is but a sentry at his post. — WHYTE-MELVILLE.

3. The blood of man is well shed for our familly, for our friends, for our God, for our country, for our Kind; the rest is vanity, the rest is crime. — BURKE.

4. I came here to perform my Duty, and I neither do nor can enjoy satisfaction in anything excepting the performance of my duty to my own country. — WELLINGTON *in Portugal.*

La obediencia, la sumisión, la disciplina, el valor, son rasgos que. entre otros, forman al hombre; existen también aquellos que constituyen al verdadero soldado. Debe existir mutua confianza y estricta obediencia, obediencia á todos los que están más arriba que él. « De este material fogoso é inculto, dice Ruskin, la disciplina militar es la única que puede producir toda la fuerza ó el poder. Algunos hombres que en otras circunstancias habrían caído en el letargo ó en la disipación, son redimidos y llevados á una noble vida por un servicio que á la vez requiere y dirige su espíritu. »

El soldado tiene que estar en su puesto, ya sea en la victoria ó en la derrota. Debe estar alerta constantemente. Si de noche está de guardia, tiene que ahuyentar el sueño. Un momento de descuido podría causar la ruina del ejército sobre el cual vigila. Siempre debe estar pronto el soldado para dar su vida por la seguridad de sus compatricios. Dormir en los puestos avanzados es la muerte.

El soldado tiene que ser vivo y activo. Siempre debe estar listo. La divisa de lord Lawrence, era: « Estad prontos. » El valor y la actividad de Enrique IV, suplía la escasez de sus recursos. Con 500 hombres resistió al duque de Maguncia, que le perseguía con 25.000, y ganó la batalla de Argues á pesar de la desproporción numérica. Este resultado extraordinario fué debido probablemente en gran parte á la diferencia del carácter personal de los dos generales. Maguncia era pesado é indolente; de Enrique se decía que perdía menos tiempo en la cama del que perdía Maguncia en la mesa; y que usaba poquísimo paño ancho, pero sí una buena cantidad de cuero de botas. Ensalzaba un día una persona la habilidad y el valor de Maguncia en presencia de Enrique. « Tenéis razón, dijo Enrique; es un gran capitán, pero yo siempre le llevo cinco horas de delantera. » Enrique se levantaba á las cuatro de la mañana, y Maguncia como á las diez. Esto era lo que constituía toda la diferencia entre ambos.

El mariscal de Turena era el héroe de los soldados. Participaba de todas sus fatigas, y ellos confiaban ciegamente en él.

En 1672 fué enviado con su ejército á Alemania, para hacer la guerra al elector de Brandeburgo. Estaban á mediados del invierno, y las marchas por los caminos pesados eran fatigosas y molestas. Una vez que las tropas vadeaban lagunas y grandes pantanos, se lamentaban algunos de los soldados más jóvenes, pero los veteranos les dijeron: « Podéis estar seguros de que Turena está más interesado que nosotros mismos; en este momento ha de estar pensando cómo sacarnos en bien. Vigila por nosotros mientras dormimos. Es nuetro padre y no nos habría hecho pasar por estas fatigas si no tuviera un gran propósito, que nosotros no podemos comprender todavía. » Esas palabras fueron oídas por el mariscal, quien declaró que nunca había habido cosa alguna que le diera tanto placer como aquella conversación. Turena era rápido para conocer los méritos del jefe contra quien combatía. Cuando estuvo á cargo de las fuerzas reales durante la guerra de la Fronda, Condé era su contrario, mas se había dicho que estaba ausente en el momento en que tenía lugar un combate. Pero por la manera de llevar el ataque, conoció en el acto Turena que Condé estaba de regreso. « Sí, dijo, ¡ Condé está ahí ! » Veía una mano maestra en los hábiles movimientos del enemigo.

Después de la guerra francoprusiana, hizo llover un poeta de Alemania un volúmen de elogios sobre Von Moltke, en el cual sostenía que Aníbal y Alejandro, Napoleón y Malborough, no eran sino pobres entidades militares comparados con el ilustre jefe del estado mayor prusiano. Von Moltke, recibió atentamente el volumen de versos, y contestó con mucha modestia á la carta del poeta. Decíale á su panegirista que las naturalezas verdaderamente grandes eran conocidas mejor en la prueba de la adversidad. « Hemos tenido un gran éxito, añadía, llamadlo suerte, destino, fortuna, ó miras de la Providencia, no lo han hecho solamente los hombres. Tan grandes conquistas son esencialmente resultado de un estado de cosas que nosotros no podemos ni crear ni dominar. » El excelente, pero desgraciado papa Adriano, hizo grabar sobre su tumba las siguientes palabras: « ¡Cuán diversa es la acción hasta

de los hombres mejores según el tiempo en que viven! Más de una vez ha fracasado el más capaz, gracias á la invencible fuerza de las circunstancias, mientras que uno menos competente ha sido conducido por ellas al triunfo. »

El soldado debe tener el valor del sacrificio de sí mismo. En el otoño de 1760, envió Luis XV, un ejército á Alemania. El marqués de Castries mandó una fuerza de 25.000 hombres hacia Rheinberg. Ocuparon una fuerte posición en Klöstercamp. En la noche del 15 de octubre fué enviado á reconocer un joven oficial, el caballero de Assás, quien se adelantó solo por el bosque á una pequeña distancia de sus hombres. De pronto se vió rodeado por un número de soldados enemigos. Sus bayonetas tocaban su pecho, mientras que una voz le decía quedo al oído: « ¡Al menor ruido que hagáis, sois hombre muerto! » En el instante comprendió la situación. El enemigo avanzaba para sorprender al campamento francés. Gritó con toda la fuerza de su voz las palabras: « ¡Á mí, Auvernia! ¡El enemigo está aquí! » Las palabras sellaron su destino. En el acto le quitaron la vida. Pero su muerte había salvado al ejército. La sorpresa fracasó, y el enemigo se retiró.

Se ha dicho que en todos los países los períodos de combate eran aquellos en que las artes de la paz florecían más prósperamente, y donde resplandecía el genio literario con mayor brillantez[1]. Esto puede ponerse en duda; pero tomad el ejemplo de Grecia. Sócrates, Esquilo, Sófocles y Jenofonte fueron todos hombres que pelearon en las batallas de su patria, y después honraron su literatura. Lo mismo ocurrió en Roma, en el apogeo de su gloria. El emperador César fué el más grande de sus guerreros y uno de sus más grandes escritores. Hasta el poeta Horacio fué soldado en su juventud, á quien Bruto confió el mando de una legión.

Es cosa sorprendente ver un número tan crecido de hombres ilustres, poetas, autores y hombres de ciencia que han llevado una vida de soldado, y que han combatido por mar y

1. Bruce, *Retratos clásicos é históricos*. lib. II, pág. 207.

por tierra, en su patria y fuera de ella. Puede ser que la obediencia, el ejercicio y la disciplina, que son el alma de la vida del soldado, ejerzan sobre el carácter alguna influencia potente y creadora, y desarrollen ese poder de concentración disciplinada que es tan esencial para la formación del verdadero genio.

Dante se halló como soldado en la batalla de Campaldino, donde se batió con valor en la primera línea de la caballería güelfa. Por esta causa y por otras razones, le desterraron después de Florencia. Pedro el Ermitaño, el jefe de los cruzados, fué soldado en su juventud y sirvió á las órdenes del conde de Boloña en su guerra contra Flandes. No se distinguió como soldado, se retiró del servicio, se casó y tuvo varios hijos. Habiendo muerto su mujer, se retiró á un convento y se hizo después ermitaño. Emprendió una peregrinación á Jerusalén y á su regreso esparció la noticia de las miserias á que se sometía á los peregrinos. Predicó por toda Europa y guió á los primeros cruzados en número de cien mil hombres. Casi todos perecieron; sin embargo, les siguieron otras cruzadas.

Entre nuestros mismos poetas, encontramos á Chaucer sirviendo como soldado á las órdenes de Eduardo III, en su invasión de Francia, en 1379. Fué hecho prisionero de guerra cerca del pueblo de Retten, donde permaneció cautivo por algún tiempo. Jorge Buchanan, cuando joven, sirvió como soldado raso en el ejército escocés y estuvo presente en el ataque del castillo de Wark en 1523. Ben Jonson sirvió como soldado raso en los Países Bajos. Allí estuvo también sir Felipe Sydney, cuya noble conducta cuando estaba expirando, es una de las más hermosas cosas que registra la historia[1].

1. Estando sir Felipe Sydney mortalmente herido sobre el campo de batalla en Zutphen, y teniendo sed á causa de la gran pérdida de sangre, pidió algo que beber, lo que le fué llevado poco después. Cuando aproximaba la caramañola á sus labios, vió á un pobre soldado á quien lo llevaban cargado, que dirigia su mirada á la caramañola. Al ver esto sir Felipe, no bebió y se la alcanzó al infeliz con estas palabras: « Tu necesidad es mayor que la mia. » Pocos dias después murió sir Felipe en Arnheim. La abnegación de un soldado dinamarqués herido fué casi tan grande. Le alcanzó á un soldado sueco que

Algernon Sydney mandaba un cuerpo de caballería durante la rebelión irlandesa. Davenant y Lovelace tenían mando durante Carlos I, mientras que Withers era mayor del ejército del Parlamento. Bunyan fué soldado raso al servicio de la Comuna. Otway sirvió como portaestandarte con el ejército en Flandes, mientras que Farquhar era oficial del regimiento del conde de Orrery.

Steele se alistó como soldado en los guardias de á caballo, pero bien pronto fué descubierto su mérito, siendo ascendido al rango de abanderado. Se distinguió muy particularmente en el sitio de Namur, y después en el sitio de Venloo. Coleridge se alistó como soldado en el regimiento de dragones, pero su jefe en vez de adelantarlo, le ayudó para que obtuviese su licencia. « Algunas veces, decía Coleridge á un amigo, comparo mi vida con la de Steele (sin embargo, ¡ay! tan diferente) por haber llevado armas por un corto tiempo y haber escrito «soldado» después de mi nombre, ó mejor dicho, después de otro nombre, porque estando turbado y siéndome preguntado de pronto mi nombre, contesté: *Cumberback;* y en verdad, eran tan poco ecuestres mis costumbres, que no dudo que mi caballo era de esa opinión. »

Además de éstos, Sotheby era oficial en el 10.° de dragones, antes de ser poeta y traductor de las Geórgicas de Virgilio. Guillermo Cobbett, ascendió desde las filas hasta sargento brigada de infantería, antes de ser autor. Lee, F. R., de la Real Academia, sirvió como oficial en el 56.° de infantería antes que dedicara su atención al arte de pintar paisajes; y sir Rodrigo Múrchison era capitán de los dragones de Enniskilling antes de llegar á ser una de las lumbreras de la geología moderna.

En la edad noble de la literatura española, fueron soldados y aventureros todos sus poetas y grandes autores, quienes habían combatido en su patria y en el extranjero, por mar y por

estaba herido á su lado, su caramañola de madera en que habia cerveza, pidiéndole que bebiera de ella. La contestacion fué un pistoletazo en el hombro. « Ahora te voy á castigar, dijo el dinamarqués, mi intención era darte todo el contenido de la caramañola y ahora no te he de dar más que la mitad. »

tierra. Lope de Vega fué soldado á bordo de la armada española. Fué uno de los pocos que regresaron al hogar para escribir multitud de comedias, y ser después sacerdote y familiar de la Inquisición. El gran Cervantes fué soldado y se batió en mar y en tierra. Se distinguió por su valor en la batalla de Lepanto, donde recibió tres heridas de arcabuz, dos en el pecho y una en la mano, que lo dejó inválido para toda su vida. Pero como lo dijo él mismo después, « la lanza nunca embota la pluma, » y vivió para escribir su gran *Don Quijote*.

Calderón, otro soldado español, se hizo dramaturgo y después sacerdote. Mendoza de Santillana, gran militar español, era considerado como el erudito más elocuente en la corte de Juan II; mientras que Boscán, Montemayor, Garcilaso y Ercilla eran á la vez militares eminentes y grandes autores [1].

Había cierto parecido entre Cervantes, gloria de España, y Camoens, gloria de Portugal. Ambos eran soldados y hombres de letras. Cervantes perdió su mano izquierda en una batalla y Camoens perdió su ojo derecho. Ambos llegaron á ser célebres, mucho después que sus huesos se habían convertido en polvo. No se sabe dónde nació Cervantes: Madrid, Esquivias, Sevilla y Lucena dispútanse el honor de ser el lugar de su nacimiento. Poco importa. Murió en la mayor pobreza, fué enterrado en un lugar que ahora está olvidado y á sus restos no se les ha honrado.

No hace mucho que los portugueses celebraron el tercer centenario de Camoens, su poeta más grande. Hubo procesiones, bandas de música, banderas y alegría general en Lisboa. Sin

1. Los restos de la antigua infantería española formada por Gonzalo de Córdova, fueron muertos desde el primero hasta el último hombre en la batalla de Rocroy, en 1643, estando todos ellos firmes en sus puestos, sin salir uno de sus filas. Todo el regimiento fué encontrado muerto, en formación regular. ¡Cuán diferente de la infantería española durante la guerra de la Península! Era asunto difícil mantenerla en orden. En una ocasión vió correr él duque de Wéllington á diez mil hombres. Corrieron hasta perderse de vista. (Y el duque de Wéllington ¿en dónde se quedó? ¿Siguió á los fugitivos ó permaneció *solo* en el campo de batalla? Es sensible que el señor Smiles no nos saque de esa duda, que naturalmente se ocurrirá á todo el que lea su nota — N. del T.)

embargo, 300 años antes, murió allí Camoens de hambre, casi sin un harapo con qué poderse tapar. ¿Cómo aconteció esto? Camoens era un valiente soldado y un noble poeta. Cuando estuvo en Ceuta con las tropas, desplegó gran valor. En un combate naval que tuvo lugar frente á Gibraltar tuvo la desgracia de perder un ojo. Pero no recibió ni recompensa ni ascenso; poco después de su regreso á Lisboa, se embarcó para la India, entreteniendo el viaje con la composición de sus *Lusiadas*. De la India se fué á Macao, en China. Regresando á Goa, naufragó en la embocadura del río Meikong. Trató de alcanzar la costa. En una mano llevaba el manuscrito de su poema, mientras que nadaba con la otra. Perdió todos sus bienes terrestres. Á su regreso á Lisboa estaba ésta invadida por la peste. Se hallaba entonces muy pobre, como de costumbre. Dos años después se publicaron los *Lusiadas*. Fueron recibidos con gran entusiasmo. El joven rey le concedió una pensión de unas *cinco libras esterlinas*. Pero Camoens cayó enfermo, su pensión no le era pagada, fué abandonado por la corte, y vivía de la caridad pública. Su fiel sirviente era su único amigo. Se escapaba de noche para mendigar pan. En 1580 murió Camoens en un hospital y su cuerpo transportado á la iglesia de Santa Ana, donde fué enterrado.

« ¡Cuán miserable cosa, dijo el fraile José Judis en una de las hojas en blanco de sus *Lusiadas*, esver á genio tan grande tan mal recompensado! Yo le he visto morir en un hospital en Lisboa, sin poseer una mortaja con que cubrir sus restos, después de haber llevado victoriosamente las armas en la India y haber navegado 5,500 leguas: esto es una advertencia para aquellos que se fatigan día y noche sin provecho con el estudio, como la araña que teje su tela para cazar moscas. » Éste es el hombre á cuyas cenizas se le hicieron honras en Lisboa el 10 de junio de 1880.

Ignacio de Loyola fué uno de los soldados de España, cuya vida ha tenido una influencia tan grande en la historia como la de todos los demás juntas. Una grave herida en la pierna recibida en la batalla de Pamplona, le postró por largo tiempo en

su lecho. Habiendo caído en sus manos la *Vida de los Santos*, la leyó con atención y desde ese momento despertóse su espíritu á una nueva vida. Se dirigió al monasterio de Monserrat, y permaneció allí por algún tiempo. Una noche se fué á la capilla del convento para velar sus armas conforme con la antigua costumbre de la caballería y se armó caballero de la Virgen. De allí salió como fundador de esa orden militante, la Compañía de Jesús, la cual, dígase lo que se quiera de ella, renuncia á los hábitos del ocio y del lujo.

Uno de los soldados franceses más notables, ha sido Renato Descartes. Nació en Turena en 1596. Fué educado por los jesuítas, quienes tenían un colegio en los alrededores de la casa de su padre, en La Fleche. Contrajo amistad con el eminente monje Marsenne, quien clasificó los estudios de Descartes en asuntos matemáticos y filosóficos. No se atrevió á publicar sus primeras meditaciones. Siendo noble, tomó la profesión de las armas. Sirvió primero como voluntario en el ejército francés, en Holanda, que entonces estaba á las órdenes del duque de Baviera. Se halló presente en la batalla de Praga, en 1620, en la cual se condujo con gran intrepidez.

Durante su carrera de soldado ocupaba sus horas de ocio en la prosecución del estudio de las matemáticas y la filosofía. Estando en Breda con su regimiento, vió un día á un grupo de personas que rodeaban y leían un cartel. Estaba escrito en flamenco, que él no entendía. Por lo tanto, preguntó lo que decía. Fué informado que era un desafío para resolver un difícil problema de matemáticas. La persona que se lo explicaba era Beckmann, director del colegio de Dort, quien se sorprendía al ver que un joven militar tomara un interés tal por las matemáticas. Sin embargo, Descartes le prometió una solución, la cual envió al director á la mañana siguiente muy temprano.

Después de la campaña de Baviera, fué su regimiento á cuarteles de invierno en Neuberg, á orillas del Danubio; y allí teniendo apenas veinte y tres años de edad, concibió Descartes la atrevida idea de efectuar una reforma completa en la filosofía moderna Dejando poco después el ejército, viajó por la mayor

parte de Europa visitando sucesivamente á Holanda, Francia, Italia y Suiza. Después de haber terminado sus viajes resolvió consagrar todo su tiempo á investigacionos filosóficas y matemáticas, y si era posible, á renovar todo el círculo de las ciencias. Vendió una parte de su patrimonio en Francia — conociendo el peligro de vivir bajo la tiranía de los reyes franceses — y se retiró á Holanda, pero hasta allí mismo le envolvieron sus escritos en muchas controversias. La Iglesia se levantó en armas contra la herejía de su filosofía. Aceptó entonces la invitación de Cristina, reina de Suecia, y pasó á Estockolmo para trabajar y para morir. Realizó lo que se propuso hacer. Causó una revolución en la filosofía, en la geometría y en la óptica.

Ha habido otros militares franceses distinguidos por su carrera científica. Maupertuis continuaba en sus estudios de las matemáticas, en que tanto se distinguió después, sirviendo como capitán de dragones. Mientras servía Malus como ingeniero en el ejército, ocupaba sus horas de ocio, en los puestos avanzados, en el estudio de la óptica. Niepce era teniente en el primer regimiento de dragones franceses cuando se dedicó al estudio de la química, y muy particularmente á la acción química de la luz, lo cual al fin le llevó al descubrimiento de la fotografía. Droz siguió algunos años como soldado raso antes de dedicarse á los estudios que terminaron en su elección para el profesorado de las ciencias morales y políticas en el Instituto francés. El naturalista Lamark, sirvió también muchos años en el ejército francés y se distinguió muchísimo por su valor á las órdenes del mariscal de Broglie. Habiendo sido herido en una batalla, y sufriendo á causa de su mala salud, se vió obligado á abandonar el ejército, después de lo cual se consagró al estudio de las ciencias, con las cuales está tan estrechamente identificado y tan altamente distinguido. Su *Historia de los animales invertebrados*, es su mejor monumento, siendo considerada como una de las obras más profundas y completas que se hayan escrito sobre historia natural.

De los literatos franceses, la Rochefoucauld, el de las *Máximas*, fué militar en su juventud, habiendo sido herido grave-

mente tanto en el sitio de Burdeos como en la batalla de San Antonio, durante las guerras de la Fronda. Pablo Luis Courier, autor de *Simples discours*, sirvió con el ejército republicano en el Rin y después en Italia, como oficial de artillería. Refiere en sus cartas cuán grande fué su pesar, cuando estudiaba el griego, al ver que su Homero había sido saqueado durante su ausencia, por los austriacos.

En todas las épocas ha sido acompañada la guerra por hechos de crueldad. Las ciudades han sido saqueadas, los campos hechos una desolación, é innumerables vidas se han perdido, en el loco desenfreno de la conquista. En la edad media fué inventada la caballería, para amortiguar hasta cierto punto los horrores de la guerra. Para hacer apto á un hombre en los deberes de la caballería, era sometido desde niño á la obediencia y á la cortesía. Era instruído en el arte de manejar un caballo y una lanza; y en la sociedad de las damas era educado en la elegancia, en la modestia y la gracia. Al llegar á la virilidad pasaba por la solemne instalación en la caballería. La religión era asociada á la institución. De ahí el riguroso ayuno, la vigilia nocturna en la iglesia, el bautismo, la confesión y el sacramento. De esa manera se estableció en muchos casos un elevado modelo de valor y de verdadera nobleza.

El caballero Bayardo ha sido considerado siempre como el caballero verdadero, *sans peur et sans reproche*[1]. Bayardo, nació en 1476, en el castillo Bayard, en el Delfinado. Escogió la profesión de las armas y pasó por la acostumbrada educación del caballero antes de entrar al servicio del rey. Es innecesario seguir su historia, durante la cual se condujo siempre como verdadero caballero. Sus servicios principales fueron en Italia á las órdenes de Francisco I, en Fornovo, en Milán, en Génova, en Padua, en Verona, en La Bastía y en Brescia. En el sitio de esta última plaza dirigió en persona el asalto. Saltó la muralla y recibió una terrible lanzada en un muslo, quebrándose la pica y quedando un pedazo de ella en la carne. « La ciudad ha

1. Sin miedo y sin tacha.

sido tomada, dijo, pero lo que es yo no entraré en ella nunca. Estoy herido mortalmente. » Al saber el duque de Nemours que el primer fuerte había sido tomado, pero que Bayardo estaba mortalmente herido, tuvo tal pena, como si la herida la hubiera recibido él mismo. « Soldados y camaradas, exclamó, vamos á vengar la muerte del más cumplido caballero que jamás haya existido. » Brescia fué tomada, y los venecianos fueron arrojados de allí.

Mientras los franceses saqueaban la ciudad, fué alzado Bayardo de entre los muertos y heridos, y llevado sobre una puerta de madera á la casa más inmediata. Ésta pertenecía á un caballero que había huído, dejando á su mujer y á sus dos hijas jóvenes y bonitas al cuidado de la providencia. La dama abrió en persona la puerta y recibió á Bayardo. Aunque creía que iba á morir, tuvo suficiente fuerza para ordenar que los soldados no saquearan la casa, y tomó sobre sí el indemnizarlos por la pérdida de su botín.

La señora dispuso que Bayardo fuera llevado á una buena habitación, donde se arrojó de rodillas delante de él y dijo: « Noble señor, os ofrezco esta casa y todo lo que contiene; todo os pertenece por las leyes de la guerra. Sólo os pido un favor, y éste es que guardéis las vidas y el honor mío y de mis hijas. » Aunque Bayardo apenas podía hablar, dijo: « No sé si curaré de la herida que he recibido; pero mientras yo viva, ni vos, ni vuestras hijas sufriréis daño alguno. Os prometo todo el respeto y la amistad que están en mi poder. Pero la necesidad más apremiante ahora es la de procurarme algún auxilio y que esto sea pronto. »

La señora acompañada por uno de los soldados, se fué en busca de un cirujano. Tan luego como hubo llegado éste, examinó la herida: era grande y profunda, pero afortunadamente no era mortal, según lo declaró. El duque de Nemours envió también á su cirujano, y con la atención cuidadosa y la buena cura de las heridas, se halló Bayardo bien pronto en estado de convalecencia. Al mismo tiempo le preguntó á la señora que dónde estaba su marido. « Lo ignoro, contestó ella llorando

amargamente, no sé si está muerto ó vivo, pero creo que se ha refugiado en un convento. » Cuando supieron el lugar en que estaba escondido, envió Bayardo á dos arqueros y al cocinero para que le llevaran á su casa. Se le ofreció formalmente seguridad y protección mientras el enfermo permaneciera en su casa.

Cuando el cirujano le hubo asegurado que su herida estaba curada y que con la ayuda de su sirviente, podía fácilmente curar la cicatriz exterior por medio de una untura, recompensó Bayardo al cirujano con su acostumbrada liberalidad y resolvió reunirse al ejército á los dos días. Cuando el caballero y la señora de la casa pensaron en el rescate que tendrían que dar á Bayardo por su protección, reunieron todo lo que tenían. Esto consistía en 2,500 ducados de oro en un cofre de acero ricamente esculpido. La señora entró en la habitación de Bayardo y se arrojó á sus pies. El buen caballero la obligó á que se levantara y no quiso escucharla hasta que hubo tomado asiento cerca de él.

« Señor, dijo ella, toda mi vida he de dar gracias á Dios que haya tenido á bien enviarnos un caballero tan generoso á nuestra casa en medio del saqueo de nuestra ciudad; y mi esposo é hijas mirarán siempre en vos á nuestro ángel tutelar, y recordarán siempre que es á vos á quien debemos nuestras vidas y nuestro honor... Reconocemos que somos vuestros prisioneros; la casa con todo lo que contiene, es vuestra por derecho de conquista; pero nos habéis mostrado tal generosidad y grandeza de espíritu, que vengo á pediros que tengáis piedad de nosotros y que quedéis contento con el pequeño presente que tengo el honor de ofreceros. »

Presentóle ella el cofre, mostrando á Bayardo su contenido. « ¿Cuánto tenéis aquí? » pregunto él. « Señor, no hay más que 2,500 ducados, pero en caso que no estéis satisfecho, mencionad la suma que queráis que se os dé y trataremos de conseguirla. » Bayardo, á quien nada importaba el oro ni la plata, replicó inmediatamente : « Si me hubierais de ofrecer 100,000 ducados, no los estimaría tanto como la bondad que me habéis manifestado desde que he estado con vosotros, en la compañía que me habéis hecho, tanto vos misma, como toda

vuestra familia. » La señora volvió á ponerse de rodillas y con lágrimas en los ojos le suplicó que aceptara su regalo. — Me consideraré la mujer más desgraciada del mundo si lo rehusáis.— Puesto que tanto lo deseáis, contestó Bayardo, lo acepto; pero suplico que me enviéis aquí á vuestras hijas para que yo pueda despedirme de ellas. » Bayardo dividió los ducados en tres partes: dos de 1,000 ducados cada una, y una de 500. Cuando llegaron las jóvenes se pusieron de rodillas á sus pies, pero él las obligó á levantarse y á tomar asiento.

« Señor, dijo la mayor, veis delante de vos á dos jóvenes que os deben su vida y su honor. Sentimos muchísimo no poder manifestar nuestra gratitud de otro modo, sino rogando á Dios por vos durante toda nuestra vida y pidiéndole que os recompense, tanto en este mundo como en el otro. » Bayardo conmovido hasta derramar lágrimas, les dió las gracias por su asistencia y encantadora sociedad, pues habían sido sus compañeras diarias y le divertían trabajando en su cuarto y cantándole, ó tocando el laúd. — Vosotras sabéis, dijo, que de ordinario no están cargados los soldados con joyas para poderlas regalar á las señoritas. Pero vuestra madre me acaba de obligar á aceptar de ella 2,500 ducados que veis aquí. Os doy mil á cada una de vosotras para que formen parte de vuestro dote; y por lo que hace á los 500 restantes los destino á ser distribuídos entre los conventos pobres que hayan sufrido más con el saqueo. »

Así quedó arreglado el asunto, en medio de las lágrimas y de la gratitud de toda la familia; y cuando Bayardo se fué, llevó consigo la alegría, la bondad y la abnegación del verdadero caballero cristiano.

Por esta época ofreció el papa Julio á Bayardo que lo haría capitán general de la Iglesia. Á esta propuesta contestó Bayardo que « no tenía más que un Señor en el cielo, y éste era Dios, y un señor en la tierra, que lo era el rey de Francia, y que nunca serviría á otros. »

Después de muchas batallas y aventuras, siempre conducidas con lealtad y valor, recibió Bayardo una herida mortal en

Rebec, cerca de Milán. El almirante Bonivet, uno de los favoritos de Francisco I, le había colocado en una posición peligrosísima, quizá por celos. Estando allí en su puesto, le tiraron los españoles un arcabuzazo. La piedra pegó á Bayardo en la espalda y le fracturó el espinazo. Cuando sintió el golpe exclamó : « ¡Oh Dios! ¡estoy herido de muerte! » Besó en seguida la cruz de la empuñadura de su espada, usándola como crucifijo.

Sus camaradas quisieron sacarle de la refriega. — No, dijo, no quiero en mis últimos momentos presentar la espalda al enemigo por vez primera en mi vida. Ordenó que se le llevara debajo de un árbol. Tuvo aún bastante fuerza para mandar un « *¡ Carguen!* » — ¡Dejadme morir, dijo, mirando al enemigo! Sus compañeros estaban á su lado bañados en lágrimas. — Es voluntad de Dios llevarme á su lado. Me ha conservado bastante en este mundo, y me ha dado mayores pruebas de bondad y de favor de lo que yo merezco... Os pido á todos que me dejéis, por temor de que os hagan prisioneros, y esto sería otro dolor para mí. Me estoy muriendo; de ninguna manera podéis aliviarme. »

Entonces se aproximaron los españoles para hacerle prisionero. El marqués de Pescara dijo : — Plugiera á Dios, señor Bayardo, que yo hubiera podido dar toda la sangre que pudiese perder sin morir, para haberos hecho prisionero en buena salud. Desde que he llevado armas jamás he conocido un igual vuestro. El marqués rindió al héroe moribundo toda clase de cortesía y homenaje. Pero cuando se acercó el condestable de Borbón (el condestable que había desertado á su rey y á su patria para tomar servicio con el emperador español), y le dijo : — ¡Ah! Bayardo, ¡cuánto os compadezco! Se levantó Bayardo de su lecho, y replicó con voz firme : — Señor, os doy las gracias. Yo no me compadezco. Muero como un hombre honrado. Muero sirviendo á mi rey. Vos sois el hombre que debe ser compadecido; porque hacéis armas contra vuestro príncipe, vuestro país, y vuestro juramento. » Momentos después expiró.

Sólo después de la muerte de Bayardo fué cuando Francis-

co I, comprendió todo el valor del caballero que había perdido Francisco había confiado el mando de su ejército á sus favoritos, más bien que á hombres honrados y nobles. — Hemos perdido, dijo el rey, demasiado tarde, á un grande hombre, cuyo solo nombre hacía que sus ejércitos fueran temidos y honrados. En verdad, mereció mayores beneficios y puestos más elevados que los que tenía. Después de la batalla de Pavía, en la que Francisco I *perdió todo menos el honor*, sintió su pérdida mucho más seriamente. — Si el caballero Bayardo, dijo, que era tan valiente y experimentado, hubiera estado vivo y cerca de mí, su sola presencia habría valido lo que cien capitanes. ¡Ah, caballero Bayardo! ¡cuánto os echo de menos; no me hallaría yo aquí si vos estuvierais vivo! Pero el arrepentimiento del rey era demasiado tardío. ¡Bayardo estaba muerto y él mismo había caído prisionero!

Bayardo era viril, noble y puro : sin miedo y sin tacha. Fué justo, generoso, misericordioso y veraz. Su valor crecía siempre con las dificultades que tenía que vencer. Despreciaba á los hombres ricos, á no ser que fueran asimismo buenos. Distribuía todo el dinero que recibía. Jamás rehusó ayudar á sus semejantes, ya fuera con servicios ó con dinero; y esto lo hacía siempre secreta y bondadosamente. Se dijo de él, que había dotado y casado á más de cien niñas huérfanas, buena y sencillamente. Las viudas estaban siempre seguras de obtener su ayuda y su consuelo. Era sumamente bondadoso con aquellos que servían á sus órdenes. Daba un caballo á uno, al otro las ropas, y pagaba las deudas de un tercero. Nunca dejó un alojamiento en país conquistado sin pagar todo aquello que sus hombres habían tomado. Fué enemigo mortal de los aduladores, y detestaba la calumnia. Sus virtudes se manifestaron desde que era niño, y fueron desarrolladas conforme creció en años. Fué coronado con un renombre que la más remota posteridad respetará y admirará [1].

1. Haremos presente que la espada de Bayardo está en posesión del barón sir Juan P. Boileau. El escudo dado por el caballero á Enrique VIII,

La guerra en defensa de la patria ha sido siempre considerada como honrosa. La guerra de conquista es casi siempre considerada como deshonrosa. ¡Sin embargo, á menudo es defendida con el pretexto de extender la civilización! En estos casos, el buitre es el jefe conquistador. El patriotismo es un principio lleno de elevados impulsos y pensamientos nobles, y nace de un amor desinteresado por el país. ¿Quién no simpatiza con Arnoldo de Winkelried, en Sempach; con Bruce, en Bannockburn, y con Hofer en Insbrück? Sus hechos fueron nobles, el solo recuerdo de su ejemplo ha contribuído á elevar el espíritu de sus compatriotas. Ellos dejan tras de sí una idea del deber que nunca podrá olvidarse.

Ni tampoco es el patriotismo en manera alguna incompatible con el ejercicio de una amplísima filantropía. Aquel cuyo corazón está unido por los lazos del hogar y de la patria, es más susceptible de experimentar la emoción pura, la viva simpatía y el esfuerzo valeroso, que el hombre cuyos sentimientos se concentran en sí mismo, y gasta su tiempo en el placer, en la frivolidad y en la indiferencia. Todo hombre debiera asir la idea, de que no es más que un eslabón en la cadena de la creación, y que, á pesar de su amor por la patria, tiene el mundo abierto ante sí, para la práctica de sus hechos de abnegación y caridad.

El patriotismo, la nobleza y el espíritu militar son culminantes en la vida de Wáshington, el jefe y libertador de su patria. Fué uno de los más grandes hombres del siglo diez y ocho, no tanto por su genio como por su pureza y excelente crédito. Su origen inglés fué una espléndida herencia. Descendía de un tronco anglicano establecido en el condado de Durham; de allí emigraron sus antecesores á América, y se establecieron en Virginia por el año de 1657.

El carácter de Jorge Wáshington era tal que, en una edad temprana fué nombrado para ocupar puestos de grande impor-

en el campo del *Paño de Oro*, está en la cámara de los Guardias en el castillo de Windsor.

tancia y de confianza. Á la edad de diez y nueve años fué nombrado ayudante general de Virginia, con la categoría de mayor, y jamás engañó á aquellos que depositaron su confianza en él. Siempre estaba dispuesto, era obediente y respetuoso. Á la edad de veinte y tres años fué nombrado coronel y comandante en jefe de todas las fuerzas levantadas en Virginia, para cooperar con las tropas inglesas á la defensa del territorio occidental contra los franceses. Se amaestró no solamente en el éxito, sino también en el fracaso, lo cual evocó su espíritu indomable.

La vida de Wáshington ha sido escrita tan frecuentemente que es innecesario referirse á ella más que para señalar la completa rectitud de conciencia, su espíritu de abnegación, la pureza de los móviles con que entró en favor y llevó á cabo la libertad é independencia de su patria. Ningún hombre podía ser más puro, ningún hombre podía ser más desinteresado. En la victoria se dominaba á sí mismo; en la derrota era impasible. Magnánimo y puro lo fué siempre. En el general Wáshington es difícil saber lo que se debe admirar más, si la nobleza de su carácter, el ardor de su patriotismo, ó la pureza de su conducta.

Cuando renunció su puesto de comandante en jefe, dirigió un escrito á los gobernadores de los diversos Estados, y al final de él decía : « Es mi oración constante pedir á Dios que os tenga á vos y al Estado que gobernáis, en su santa protección; que incline los corazones de los ciudadanos á que cultiven un espíritu de subordinación y de obediencia hacia el gobierno; que abriguen un fraternal afecto y amor el uno por el otro, por sus conciudadanos de los Estados Unidos en general, y particularmente por sus hermanos que han servido en sus ejércitos, y en fin, para que bondadosamente nos disponga á todos á hacer justicia, á amar la misericordia, y á conducirnos con aquella caridad, humildad é índole pacífica de ánimo que eran los rasgos característicos del Autor Divino de nuestra santa religion: sin una humilde imitación de su ejemplo en estas cosas nunca podremos esperar que llegaremos á ser una nación fe-

liz. » ¡Cuán sencillas, cuán llenas de verdad, y cuán bellas son las palabras de Wáshington!

Al hablar de la vida del soldado, sería imposible terminar sin referirnos al duque de Wéllington. Era el Bayardo de Inglaterra. Su primera y última palabra era : *Deber*. Eso fué el principio capital de su vida. En público y en privado, era la verdad personificada. Como hombre público no tenía sino un propósito : hacer todo lo que sus aptitudes le permitieran en favor del servicio de su país. Parece que nunca le impulsó el deseo de honores y de poder. No tenía ambición personal. Se hallaba sencillamente contento con cumplir con su deber.

De lo primero que se preocupaba era ponerse al corriente de su tarea como jefe, y al poco tiempo de asumir el mando de un batallón, lo ponía como el mejor disciplinado del servicio. Cualquier cosa que se le ordenara, lo hacía con energía y puntualidad. Consideraba al tiempo como un período en el cual algo se tenía que hacer, y hacerlo seria y activamente. Otra cosa en que sobresalía era la obediencia. Á su regreso de la India, donde había mandado grandes ejércitos y administrado los negocios de provincias iguales en extensión á muchos reinos europeos, fué nombrado para el mando de una brigada de infantería en Sussex. Ni una palabra de queja ó murmuración salió de él; y cuando se le hacían bromas sobre el cambio de su posición, contestaba de buen humor : — He comido de la sal del rey, y lo que él quiera que yo haga, se convierte para mí en un deber. » Para él, el gobierno del imperio era el gobierno del rey. El trono era la fuente no solamente del honor, sino de todos los derechos y privilegios que gozaba el pueblo. Sin embargo, el trono estaba tan estrechado por la ley, y hasta por la costumbre, como el más humilde de los vasallos. Como el mejor de los caballeros en la época del primer Carlos, era por la corona, como la más grande institución del país, por lo que estaba dispuesto á arriesgarlo todo.

De su valor es innecesario hablar. En estos días de artillería y de infantería, es innecesario que un general se exponga personalmente al peligro. Tiene que dirigir, no tiene que pelear,

como Gough lo hizo espada en mano, entre los soldados rasos en Chillianwalla. Con todo, cada vez que su presencia fué necesaria en un punto de peligro, ó á la cabeza de una columna de ataque, se expuso valerosamente. En la batalla de Assave le mataron dos caballos. En el Duero fué rodeado por un peletón de caballería francesa, y se abrió paso entre ellos, espada en mano. En Salamanca recibió una contusión en un muslo y una bala le atravezó el sombrero. « Me hallaba cerca de él, dice Napier, por la tarde, junto á Salamanca, cuando la llamarada de la artillería y fusilería relampagueando hasta donde la vista alcanzaba, hacía visible todo lo que él había ganado. Estaba solo, la luz de la victoria iluminaba su frente, su mirada era rápida y penetrante, pero su voz era tranquila y hasta suave. »

La paciencia del duque era extraordinaria. Cuando lo estrechó el ejército de Massena en Torres Vedras, en 1810, casi se rebelaron contra él sus mismos oficiales. Continuamente pedían con insistencia licencias con el propósito de regresar á Inglaterra. « En este momento, dijo, tenemos siete oficiales generales que se han ido ó se van á Inglaterra; y excepto yo y el general Campbell, no hay uno en el país de los que vinieron con el ejército. La consecuencia de la ausencia de algunos de ellos ha sido que, en las últimas operaciones, me he visto obligado á ser general de caballería y de la guardia avanzada, y jefe de dos ó tres columnas, algunas veces en el mismo día. »

En Inglaterra la prensa hizo causa contra el duque, y le acusó « ¡de que no se animaba á correr el riesgo de una batalla! » Aquellos hombres maravillosos, el lord mayor y el concejo municipal de la ciudad de Londres, dirigieron un memorial al rey, pidiendo que se levantara un sumario información, sobre la conducta del duque. La cámara de los Comunes murmuraba. El ministerio vacilaba. Sin embargo, Wéllington sosuvo sus líneas en Torres Vedras. Para sostenerlas sólo tenía las tropas inglesas, porque los portugueses hacían poco ó nada. Con respecto á los cargos hechos en la prensa inglesa, dijo él: « Espero que la opinión del pueblo en la Gran Bretaña no se

dejará influír por párrafos de diarios, y que esos párrafos no expresen la opinión pública ó el sentimiento sobre ese asunto. Por eso yo (que tengo más motivo que cualquier otro hombre para quejarme de los escritos de esta descripción) jamás le presto la menor atención, y nunca he autorizado que haga contradicción alguna ó se dé una explicacion en contestación á las innumerables falsedades y montones de errados razonamientos que han sido publicados referentes á mí y á las órdenes que he dado. » Por lo que hace á la amenaza de los respetables lord mayor y concejo municipal, se limitó á decir: « Pueden hacer lo que les plazca; aquí no he de abandonar la partida, mientras sea posible jugarla. »

Los franceses habían sido confundidos por las tropas inglesas detrás de las líneas de Torres Vedras; y finalmente principiaron á retirarse. El duque los siguió. Destruyeron una gran parte de sus armas y sus municiones á fin de que su retirada tuviera menos obstáculos. Saquearon y asesinaron á los campesinos como quisieron. Muchos de los habitantes del campo fueron hallados colgados á ambos lados de los caminos, sin otra razón que la de no haberse manifestado amigos de los invasores franceses. La línea de retirada de los franceses se señalaba por el humo que se levantaba de las aldeas á que habían puesto fuego. El duque alcanzó al ejército de Massena en Fuentes de Onore, y le castigó con una marcada derrota. En seguida tomó á Almeida, tomó por asalto á Ciudad Rodrigo y á Badajoz, derrotó á Marmont en Salamanca, é inmediatamente después entró en Madrid. Notable hecho: mientras el brigadier español Miranda tenía nada menos que cuarenta y tres ayudantes de campo, Wéllington, en su entrada triunfal en Madrid, iba acompañado por un oficial solamente, lord Fitzroy Somerset[1].

Wéllington era muy humanitario para con los habitantes

1. Nunca ni en ninguna ocasión, ha podido tener un oficial general español cuarenta y tres ayudantes; permitanos el señor Smiles que apongamos á su afirmación una negativa rotunda y absoluta.

N. del T.

del país por donde pasaba. Los españoles temían más á sus propias tropas que á las inglesas. Los españoles saqueaban donde quiera que llegaban, aunque esto les estaba prohibido á los ingleses. Sin embargo, estos últimos se hallaban terriblemente embarazados por falta de dinero y medios de transporte. Cuando las tropas de Wéllington perseguían á Massena, tomaron los soldados para quemar alguna leña de los terrenos del conde Castello Melhor. Con una generosidad rara en los jefes de ejército, pagó el duque de su propio bolsillo el valor de la leña que habían tomado sus pobres soldados. « El bien de los intereses del ejército, dijo, agregado á un sentimiento de lástima por los infortunados habitantes, debiera evitar la licenciosa destrucción de forraje y de otra cosa cualquiera. » Mientras que los soldados españoles manifestaban un sentimiento hostil hacia los ingleses en varios modos y particularmente después de Talavera, el duque exigia que « los habitantes pacíficos fuesen tratados con la mayor bondad posible. » Cuando las tropas españolas entraron en Francia, principiaron inmediatamente á asesinar y á saquear á los habitantes. Al notarlo el duque, ordenó que regresaran inmediatamente á España y dió la batalla de Orthez sin ellos. « No soy bastante ruin para permitir el saqueo, » le dijo a Freyre. « Si queréis que vuestros hombres saqueen, debéis nombrar á otro para jefe. »

Wéllington estaba mal apoyado en Inglaterra. No tenía facultad para premiar á sus soldados por sus hechos de valor. Mientras los mariscales franceses tenían el poder de estimular á sus soldados por medio de los ascensos, no podía Wéllington ascender á ningún oficial por su valor. Todos los ascensos se daban en los guardias de á caballo que estaban en Inglaterra; ¡y hombres que nunca habían salido de allí eran ascendidos con postergación de los héroes de la Península! El teniente coronel Fétcher, que había atrincherado la línea de Torres Vedras, dirigido los sitios de Ciudad Rodrigo, Badajoz, Burgos y Salamanca, era aún teniente coronel tres años después, cuando fué muerto por una granada en las trincheras de San Sebas-

tián. Y el bravo é infatigable teniente coronel Waters tenía en 1815, en Waterloo, el mismo grado que había ganado en 1809, en el paso del Duero. Sin embargo, Wéllington informaba constantemente sobre sus servicios importantes en sus partes al gobierno británico.

Sus soldados valoraban y apreciaban sus incesantes esfuerzos para mejorar su condición, y estaban enternecidos por la ansiedad que tenía en ahorrar su sangre. Admiraban su imparcialidad, su veracidad, su justicia y su desinterés. Inspiraba ilimitada confianza, tanto á los oficiales como á los soldados. Perdonó á muchos más hombres que á los que castigó. Era necesario mantener la disciplina del ejército, pero él siempre miró benévolmente á los que estaban en error. Cuando un oficial se conducía mal frente al enemigo, en vez de entregarle á un consejo de guerra, solicitaba con empeño que se le aceptara la baja solicitada por el desgraciado. « Yo prefiero, dijo, dejarle que se retire, más bien que exhibirle ante el mundo. » Una vez desertó un sargento, llevándose el haber de su compañía. En el fondo de esto estaba una mujer, que había embaucado al hombre para cometer este crimen. Había tenido siempre una excelente reputación. El duque le perdonó. Volvió á ser sargento; fué recomendado para oficial y después fué un excelente oficial de estado mayor en el ejército de la Península.

Wéllington trataba á sus subordinados con extrema cortesanía. Poseía en alto grado la calma, la urbanidad y el encanto de modales, que tienen su origen en un elevado nacimiento, ó que provienen de una elevación natural de carácter. En sus órdenes nunca mandaba, solamente recomendaba encarecidamente y pedía. En sus conversaciones con sus oficiales les rogaba que no usaran lenguaje duro para con sus inferiores. « Las expresiones de esta clase, decía, no son necesarias, pueden lastimar pero jamás convencen. »

Aunque en medio de la guerra, tenía la mayor simpatía por sus soldados. Refiere Napier que vió al duque anegado en lágrimas, cuando después del asalto de Badajoz, se le dió el parte

de que más de 2,000 hombres habían caído en aquella terrible noche. Cuando el doctor Hume entró en la habitación del duque, en la mañana del 18 de junio, para dar su parte de los muertos y heridos en la batalla de Waterloo, le encontró en cama y durmiendo, sin estar afeitado y sin haberse lavado, conforme se había acostado la noche anterior. Cuando fué despertado el duque, se sentó en la cama para escuchar la lectura de la lista. Era una larga lista, y cuando el doctor levantó la vista vió á Wéllington con sus manos entrelazadas convulsivamente, y las lágrimas le corrían surcando sus mejillas tostadas por el sol de las campañas y batallas.

Escribiéndole ese mismo día á su amigo el mariscal Beresford, le decía: « Nuestras pérdidas me tienen aniquilado y estoy insensible á las ventajas que hemos ganado. Le pido á Dios que me salve de tener que pelear otras batallas como ésta, porque tengo el corazón destrozado con la pérdida de tantos viejos amigos y compañeros. » Á lord Aberdeen le dijo: « La gloria de un triunfo como éste, no es consuelo alguno para mí. » ¡Y sin embargo, había ganado una gran batalla, y los aliados estaban en el ardor de la victoria! Cuando recorrió á caballo el campo de batalla, y oyó los clamores y quejidos de los heridos, dió salida á sus lacerados sentimientos de hombre con aquellas memorables palabras: « Nada conozco más terrible que una victoria, excepto una derrota. »

Hablando después en la cámara de los lores, dijo: « Probablemente soy uno de aquellos hombres que han pasado mayor parte de su vida en la guerra, y principalmente en guerras civiles también; y debo decir, que si pudiera evitar á costa de cualquier sacrificio, aunque sólo fuese un mes de guerra civil en el país al que yo estuviese unido, *sacrificaría mi vida* para lograrlo. »

El duque era un hombre muy compasivo. Protegió á los españoles contra la crueldad de sus mismos soldados. También protegió á sus enemigos. Después de la batalla de Talavera, llegaron á las manos los ingleses con los soldados de Cuesta, por impedir que mataran ó mutilasen á los franceses heridos.

Chateaubriand ha dicho: « Tenemos demasiado respeto por la gloria para que podamos contener nuestra admiración por lord Wéllington. Á la verdad, nos sentimos conmovidos hasta las lágrimas, cuando vemos ofrecer á ese hombre grande y venerado, durante nuestra retirada de Portugal, dos guineas por cada prisionero francés que le fuese entregado vivo.»

Toda la vida del duque está llena de rasgos de esta clase. En la India rescató y educó al hijo de Doondiah, hallado tirado entre los heridos. Se interesó en el restablecimiento del general Franceshi, á quien los españoles habían dejado para que muriese en un calabozo pestilencial. Salvó al joven Mascarhenas y á muchas otras víctimas de la crueldad del gobierno español. Protegió con empeño á los soldados franceses de la furia de los soldados portugueses, y á aquellos de los soldados enemigos á quienes la suerte de la guerra hiciera caer en sus manos después de la evacuación de Oporto. « Por las leyes de la guerra, dijo, tienen derecho á mi protección, la que estoy resuelto á otorgarles. » Permitió á los cirujanos franceses que cuidaran de los enfermos del ejército de Soult, y que pasasen de un campo á otro, con un salvo conducto.

Poseía el mismo sentimiento de honor al tratar con el enemigo. Cuando le fué propuesto en la India que acabara la guerra con Doondiah Waugh con el puñal, rechazó con desprecio el ofrecimiento. Y cuando parecía probable una sublevación de las tropas de Soult en España, y le fué pedido al duque que la ayudara, dió igualmente una resuelta negativa. Consideraba indigno de sí mismo, y de la causa de la cual era campeón, obtener por medio de un motín militar aquello que sólo debiera ser premio de la habilidad y del valor.

Cuando estaba en Torres Vedras, deseaba inspeccionar las líneas inglesas el príncipe de Essling. Se adelantó hasta estar bajo los fuegos de una batería inglesa, y las examinó con un anteojo, que hizo descansar sobre una pared baja de un jardín. Los oficiales ingleses le vieron y aunque habrían podido abrumar al estado mayor del general en jefe con una descarga general de los cañones, sólo tiraron un cañonazo para hacerle

presente el peligro. El tiro se hizo con tal puntería que fué perforada la pared en que descansaba el anteojo del general. Massena comprendió la cortés advertencia. Saludó á la batería, montó á caballo y se alejó.

Lo mismo sucedió con Wéllington en Waterloo. Mientras que el duque estaba observando las formaciones francesas, se le aproximó un oficial de artillería y señalando hacia el sitio donde estaba Napoleón con su estado mayor, le observó « que podía alcanzarlos fácilmente, y que no tenía duda alguna que podría voltear algunos de ellos. — No, no, contestó el duque; los generales que mandan ejércitos en una gran batalla tienen algo más que hacer que el estarse tiroteando mutuamente. »

Después de la caída del imperio, rechazó Wéllington con des dén la propuesta de deshacerse de Napoleón dándole muerte. « Una acción semejante, dijo, nos deshonraría ante la posteridad. Se diría de nosotros, que no éramos dignos de ser los vencedores de Napoleón. » Á sir Carlos Stéwart le escribió: « Blúcher quiere matarle; pero yo le he dicho que me opondré, y que insistiré en que se disponga de él por un acuerdo común. He dicho igualmente que, como amigo particular, le aconsejaba que nada hiciese en asunto tan vil; que él y yo habíamos representado papeles demasiado distinguidos en estos negocios para constituírnos en verdugos; y que por mi parte estaba resuelto, si los soberanos querían sentenciarle á muerte, á que nombrasen un verdugo, y éste no lo sería yo, por cierto. »

¡Ha sido una extraña correspondencia á su ansiedad por la conservación de la vida de Napolón, el que éste último haya dejado un legado de 10,000 francos al ente miserable que intentó asesinar al duque de Wéllington!

El duque era hombre de verdad y quería que sus subordinados lo fuesen también. En 1809 escribió al general Kellermann: « Cuando los oficiales ingleses dan su palabra de que no intentarán fugarse, podéis estar seguro de que no faltarán á ella. Os aseguro que no vacilaría en arrestar y enviaros inmediatamente á cualquiera que obrara de otra manera. »

El duque era hombre magnánimo. El cohecho no le podía

comprar, ni las amenazas conmoverle. Cuando se le ofrecía un puesto más inferior, decía: « Dadme vuestras órdenes y seréis obedecido. » Su obediencia, su rectitud y su fidelidad eran perfectas. Nada pensaba de sí, pero sí de los demás. Carecía completamente de envidia. Nunca disminuía la fama de otros para ensalzar la suya. Cuidaba tanto de la reputación de sus oficiales como de la suya propia. Cuando no andaba bien alguna cosa — como en Burgos — cargaba sobre sí toda la responsabilidad de la falta. Sostuvo á Graham, Hill y Crawford, contra las difamaciones de que eran víctimas en Inglaterra. Poseía esa firmeza de convicción y grandeza de alma que podía hacerle despreciar la injusticia y la calumnia. Cuando fué felicitado por la municipalidad de Madrid, no se atribuyó méritos por sus servicios, sino que hizo presente que « las eventualidades de la guerra están en manos de la Providencia. »

Pero el rasgo más grande del carácter de Wéllington fué su invariable sentimiento del deber. Era el rasgo principal de su carácter — el elemento real y preceptivo que lo subordinaba todo á sí. Fué su deseo constante y determinación fija, hacer siempre fielmente aquello que consideraba que era su deber, — y cumplirlo porque *era* su deber. Vivía para una cosa — cumplir con su deber como soldado — cumplirlo con todas sus facultades, cumplirlo á todo riesgo, cumplirlo del mejor modo posible, hasta donde se lo permitieran su saber y poder, hasta donde alcanzaran sus medios y de tal modo que se pudiera asegurar el éxito final. Es instructivo ver lo que comunica al carácter la unidad, la sencillez, la fuerza y un principio claramente comprendido y observado con consistencia [1]. En sus últimos días, dijo Brialmont que « era el más grande y verdadero de los hombres que habían producido los últimos tiempos. Era el súbdito más sabio y más leal que jamás haya servido y sostenido el trono británico. »

He aquí un ejemplo del modo como ha sido constituída sólidamente una nación. Cuando Rusia estaba bajo la planta de

1. Véase *Wéllington* por el reverendo TOMÁS BINNEY.

Napoleón, cuando su gobierno era un cero y Prusia una mera tributaria del Imperio francés, apareció Von Stein para libertar á su patria. En octubre de 1807, concibió Stein la idea de emanciparla concediendo la libertad al pueblo. La esencia de su plan estaba contenido en estas notables palabras: « Lo que el Estado pierda en grandeza extensiva debe ganarlo en fuerza intensiva. » La verdadera fuerza del reino, decía él, no se la debe buscar en la aristocracia, sino en toda la nación. « Para elevar un pueblo es necesario dar libertad, independencia, y propiedad á sus clases oprimidas y extender la protección de la ley á todos igualmente. Emancipemos al campesino, porque sólo el trabajo libre sostiene efectivamente á una nación. Devolved al hombre del campo la posesión de la tierra que labra, porque solamente el propietario independiente es valiente para defender su hogar. Libertad al ciudadano del monopolio y de la tutela de la burocracia, porque la libertad en el taller y en el municipio ha dado al antiguo burgués de Alemania la digna posición que sostenía. Haced saber á los nobles propietarios de tierras, que el rango legítimo de la aristocracia sólo puede sostenerse por el servicio desinteresado en favor del condado y del Estado, pero que es minado por la exención de pagar contribuciones y otros privilegios inexcusables. En vez de limitarse la burocracia al saber pedante de los libros, y en vez de estimar sobre todas las cosas la cinta colorada y el sueldo, debiera estudiar al pueblo, vivir con el pueblo y adaptar sus medios á las realidades vivas de la época. »

Tal fué el plan con que obró Stein. La servidumbre quedó abolida dando una indemnización á los nobles. Ante la ley quedaron abolidas las distinciones de clases. Establecióse un sistema municipal. La juventud de Prusia fué instruída gradualmente y también universalmente en el manejo de las armas. Al mismo tiempo había oído hablar Napoleón de un cierto Stein [1],

1. Cuando Stein estaba para dejar á Berlín por Breslau, llegó el nuevo ministro francés á la corte prusiana, llevando consigo el decreto siguiente: « 1.º El llamado Stein, al tratar de excitar disturbios en Alemania, es declarado enemigo de Francia y de la Confederación del Rin. 2º. Los bienes que dicho Stein poseyera, ya sea en Francia ó en territorio de la Confederación del Rin.

que estaba ocupado en reparar los reveses de Prusia; y en 1808 fué obligado á renunciar su puesto y á refugiarse en Austria. Pero sus planes fueron seguidos cuidadosamente por su sucesor, el conde de Hardenberg. Poco tiempo después tuvo lugar la batalla de Leipzig, donde los ejércitos de Napoleón fueron arrojados hacia Francia. Algunos de los planes de Stein no habían sido realizados, y la representación nacional que propuso, fué postergada para algún tiempo. Sin embargo, la servidumbre había sido abolida y los cimientos de la futura prosperidad de Prusia habían sido puestos. Stein murió en 1831, dejando tras de sí la reputación de haber sido uno de los caracteres más firmes y de los hombres de Estado más grandes que haya producido Prusia.

Hace como unos tres años, cuando fué descubierto en Berlín el monumento elevado á Stein, que el doctor Gneist, profesor de derecho, recordó las grandes cosas que había hecho el héroe á favor de Prusia. Dijo que él defendió la religión como la verdadera base de la vida moral; que los placeres sensuales, la ociosidad y el amor al lucro y á las riquezas, nunca podrán ser suficientemente impedidos sino por el patriotismo y el amor hacia sus semejantes; y que las formas constitucionales son un asunto de relativa indiferencia mientras exista la libertad. «El hombre á quien debemos estas lecciones no era un hombre de palabras, sino de hechos, hechos basados sobre un carácter lleno de patriotismo, energía, verdad y fe. Profundamente penetrado del temor de Dios y, á causa de ello, libre de todo temor á los hombres, con grandes propósitos y no titubeando nunca cuando trataba de realizarlos hasta en medio de las mayores dificultades, frecuentemente se contentaba con establecer los principios, dejando su ejecución así como la prudente selección, los medios y modos á los demás. Lleno de noble indignación contra el miedo y la pusilanimidad, el egoismo y las falaces apariencias; altivo, brusco é imperioso dónde se

serán secuestrados. El dicho Stein será aprehendido donde quiera que se le pueda tomar por nuestras tropas ó las de nuestros aliados. El 16 de diciembre de 1808. — NAPOLEÓN.

requerían estas cualidades, luchaba atrevidamente contra las preocupaciones y costumbres antiguas. Fué un don misericordioso de la Providencia el que éste noble Stein, esta preciosa piedra y joya de nuestra unidad, fuese un diamante en bruto, que guardaba en su carácter todo el rigor y vigor indispensables al reformador. Tampoco necesitamos alegrarnos por poseer un monumento que nos recuerde al difunto estadista, pues todas las instituciones de la Alemania moderna llevan el sello de su espíritu. Ni tampoco deseamos jactarnos de este monumento como un símbolo de gloria. La idea misma de la gloria le era completamente odiosa á su alma pura, á todo lo que escribió é hizo. No, como nos lo dice la inscripción en el lenguaje más sencillo, éste no es un monumento de gloria, sino de gratitud, un monumento de la victoria, sino de agradecimiento. »

Los que ahora vivimos hemos visto crecer á nuestra vista una nación á la vitalidad. Hace unos cuarenta años que aparecía muy obscura la fortuna de Italia á sus más ardientes admiradores. Aquella capacidad para el gobierno propio, que por un tiempo fué la gloria de las repúblicas italianas, parecía haberse extinguido. Se creía que el pueblo había perdido sus antiguas cualidades políticas. Á la caída de Napoleón, Italia fué dividida entre una pandilla de pequeños absolutistas, que gobernaban al pueblo con un látigo de acero. Sólo en 1848 fué cuando Carlos Alberto, rey de Cerdeña, apareció atrevidamente y sostuvo los principios de un gobierno constitucional. En ese año se extendía sobre Europa una gran guerra revolucionaria. En las calles de París se levantaron barricadas y Luis Felipe huyó á Inglaterra. En Berlín peleaban en las calles las tropas y el pueblo, y la ciudad fué declarada en estado de sitio. Estalló una insurrección polaca que fué sofocada después de una espantosa carnicería. La ciudad de Praga se sublevó contra los austriacos. Messina fué bombardeada por el rey de Nápoles.

El papa huyó á Gaeta y se formó una república romana. El pueblo de Milán se levantó contra los austriacos y los arrojó.

Siguió Venecia, formándose un gobierno provisional bajo la presidencia de Daniel Manín.

Carlos Alberto acudió en auxilio de los milaneses. Los austriacos con grandes fuerzas le hicieron retroceder hacia Turín, le derrotaron en Novara y volvieron á tomar posesión de las provincias insurreccionadas. El rey abdicó en favor de su hijo Víctor Manuel. Cuando el joven rey aceptó la corona, señaló con su espada hacia el campamento austriaco y exclamó: «¡Per Dio, l'Italia sarà!» En ese momento parecía una bravata. Sin embargo, se realizó la profecía. El mariscal Radetzky le propuso que aboliera la Carta constitucional concedida al pueblo por su padre, y que siguiese la política austriaca de represión y obscurecimiento. El joven rey rechazó la proposición y declaró que antes que subscribir semejantes condiciones, estaba pronto á renunciar no solamente una corona, sino mil. «La casa de Savoya, dijo, conoce el camino del destierro, pero no el de la deshonra.» Radetzky, aunque vencedor, reconoció la magnanimidad del joven rey. «Este hombre, dijo, es un hombre noble; nos va á dar mucho que hacer.»

El rey era apoyado y sostenido por hábiles hombres de Estado. En los días de pesar que siguieron á Novara, dijo Cavour: «Cada día de existencia es una ganancia.» Cuando tuvo lugar la guerra contra Rusia, pareció una cosa atrevida de parte del rey de Cerdeña el haber enviado quince mil hombres del ejército á Crimea. Cuando Cavour fué informado de que la infantería de Cerdeña estaba luchando con lodo en las trincheras, exclamó: «No importa; con ese lodo Italia será reconstruída.» Austria miraba con indignación el creciente poder del rey y pidió á Cerdeña que se desarmara, so pena de un inmediato rompimiento de hostilidades. Víctor Manuel lanzó una proclama. «Austria, decía, está aumentando sus tropas en nuestra frontera, y amenaza invadir nuestro territorio, porque aquí reina la libertad con el orden, porque aquí no es la fuerza sino la concordia y el afecto entre el pueblo y el soberano el que gobierna el Estado; porque los lamentos de Italia encuentran aquí un eco; y Austria se atreve á pedirnos, á nosotros que estamos

armados únicamente en defensa propia, que depongamos las armas y nos sometamos á su clemencia. Esa petición injuriosa ha recibido la contestación merecida: la rechazamos con desprecio... ¡Soldados, á las armas! »

El emperador Napoleón tomó parte á favor del rey de Cerdeña, su aliado, y declaró la guerra al Austria. Principió la guerra y los austriacos fueron rechazados en Montebello, Magenta, Marignano y Solferino. El tratado de Villafranca terminó la campaña, y Lombardía, Toscana, Parma, Módena y Bolonia fueron unidas á la Italia del Norte. En seguida tomó Garibaldi la iniciativa é invadió la Sicilia. Ganó batalla tras batalla, y entró solo en Nápoles, como pasajero de primera clase en un tren del ferrocarril del sur. Jamás había sido conquistado un reino de ese modo. Pero la época era propicia, y el pueblo estaba en favor de la unidad de Italia. Venecia y Roma fueron las últimas en entrar en la unidad nacional.

Italia fué fundida en un Estado. Unida, se hizo una nación. Ahora es una de las grandes potencias europeas. En pocos años ha salido Italia al escenario con promesa de grandeza futura. Consideramos este hecho como una de las más grandes conquistas morales del siglo diez y nueve. Las naciones no nacen en un día, pero en esto hay un ejemplo de una nación que se prepara á través de muchas generaciones, de lucha y de visicitudes, para hacer prevalecer su derecho supremo, y para reclamar su privilegio supremo como un pueblo unido.

No olvidemos los horrores de la guerra en nuestros ejemplos de la vida del militar y del patriota. Europa esta llena de ejércitos permanentes. Las ciencias se han consagrado últimamente al invento y fabricación de máquinas para matar hombres; el cañón de acero rayado, el Minié, el Gátling, el fusil Martini, Henry, el torpedo y otros instrumentos de guerra. Toda nación está vigilando á las otras, y á la menor provocación está pronta á batirse para tomar venganza, para obtener supremacia, ó para conquistar. Lo mismo en Francia, que en Alemania y en Rusia.

La última guerra europea tuvo lugar en Oriente. Los rusos

cayeron sobre los turcos, y después de muchos combates furiosos fueron empujados los turcos dentro de los muros de Constantinopla. Veamos un campo de batalla después que han pasado los esplendores del combate, el aparato marcial, la carga, la intensa excitación, los hechos de valor, y la gloria después de la victoria. En mayo de 1879 acompañaba el señor Rose al general Scobeleff en una visita al paso de Shipka[1]. « Cerca de los pueblos de Shipka, dice el señor Rose, salió el general Scobeleff de su tienda de campaña, y agregándosele todo el estado mayor, principiamos á hacer bajo su dirección, una inspección detallada de sus posiciones. Habíamos andado algunos pasos cuando llegamos á una cruz de madera levantada debajo de la sombra de cuatro hayas frondosas. El general se descubrió en el acto, ejemplo que siguieron todos, y permaneció en silencio durante algunos minutos. Separándose de allí me dijo el general : « Ése es el sepulcro de un héroe, y en el día de la batalla, yo ordené especialmente que esa cruz fuese puesta sobre su tumba, para marcar su último sitio de reposo. Era un niño de quince á diez y seis años, y de una buena familia en Rusia. Durante la guerra, entusiasmado por el ardor militar y por la justicia de la causa por que peleaban los ejércitos de la Rusia sagrada, escapóse de la escuela y de su hogar, y llegó hasta el teatro de la guerra. En Plewna le acepté como voluntario, y se batió valerosamente y bien en el gran asalto y toma subsiguiente de la fortaleza de Osmán bajá. En Senova mandaba una compañía del regimiento 32, y tuvieron encargo de hacer el asalto por el reducto del centro. Arrastrado por su entusiasmo y completa indiferencia del peligro, dejó el joven bien pronto atrás á sus soldados, y salvó de la lluvia de balas para ser muerto á bayonetazos, al entrar en el reducto. ¡Su vida fué breve pero heroica! »

Tal es el heroísmo; y ahora la consecuencia. « Atravesando el río, penetramos en el reducto del centro de la pequeña pe-

1. *Senova and Shipka Revisted* por W. Kinnaird Rose. *Genleman's Magazine.*

nínsula, y ¡qué espectáculo se nos presentó! Al rededor del portón del reducto estaban desparramados botes de metralla deshechos, fragmentos de granadas, girones de uniformes, como si la batalla hubiera tenido lugar sólo algunos días antes. Pero difícilmente estaba preparado yo para el espectáculo de adentro. Algunos centenares de hombres habían sido enterrados allí precipitadamente; pero las lluvias y las nieves habían desparramado la tierra suelta, los perros y los lobos habían hecho lo demás, y por todo el suelo del reducto estaba esparcida una gran mezcla de huesos humanos. Vértebras, canillas y brazos, mezclados en las más extrañas formas con cráneos blanqueados por el sol y la lluvia. « ¡Observad cómo gestean esas bocas sin vida y sin aliento! ¡Observad cómo ríen y se mofan de todo lo que sois, y sin embargo, eran lo mismo que vosotros sois! » Yo he experimentado todos los estremecimientos de un paseo á través de un campo de batalla inmediatamente después del suceso, mientras que aun estaba la tierra enteramente cubierta con otra arcilla — amontonados el jinete y el caballo, el amigo y el contrario — pero no experimenté ni la mitad del horror que me causó este espectáculo diez y seis meses después que habían cesado sus tumultos y alarmas. Cuando contemplábamos este osario me dijo el general Scobeleff : « ¡Y ésta, ésta es la gloria! — Sí, contesté yo, después de todo, general,

> The drying up a single tear has more
> Of honest fame than shedding seas of gore[1].

« Tenéis razón, replicó él, y sin embargo, no soy otra cosa más que un soldado. »

1. El hecho de secar una lágrima tiene más de honrada fama, que el derramar mares de sangre.

CAPÍTULO IX

Heroísmo en la beneficencia.

Mano de mujer, pero mano de hierro. — *Proverbio francés* [1].

Quien no sufre, no vence. — *Proverbio italiano* [2].

El que lucha vence. — *Proverbio escocés* [3].

La senda del deber en este mundo es el camino de la salvación en el otro. — *De un sabio judío* [4].

Porque ninguno de nosotros vivió para sí, y ningún hombre murió para si. — SAN PABLO [5].

En los tiempos antiguos, eran sinónimos virtud y valor. El valor, el antiguo valor romano, era consideración, valer. Era vigor y fortaleza, eficaces para nobles propósitos. Aquel que mejor sirve á sus semejantes — que los eleva — que les salva — es el más valiente.

Hay también un valor interno, de conciencia, de honradez, de abnegación, de sacrificio de sí mismo, de atreverse á hacer lo que es justo á la faz del menosprecio de la sociedad. Su rasgo característico es la grandeza de ánimo. El sufrimiento y la energía son el alma del valer, el verdadero valor.

El valor cuyo teatro es el campo de batalla no pertenece al orden más elevado. En medio del ruido de las bayonetas y el estruendo del cañón, se sienten excitados los hombres para cometer actos de osadía, y están prontos á dar su vida en favor de su patria. ¡Honor á ellos!

1. Main de femme, mais main de fer. — *Proverbe français.*
2. Chi non soffre, no vince. — *Proverbio italiano.*
3. He wgo tholes overcomes. — *Scotch Proverb.*
4. The path of Duty in his world, is the road to Salvation in the next. — IEWISH SAGE.
5. For none ot us liveth to himself and no man dieth to himself. — SAINT PAUL.

Las mujeres, cuya incumbencia parece ser llevar y conllevar, son tan aptas para el sufrimiento como los hombres. En las historias sangrientas de la guerra, no hay quizá ninguna que cautive más nuestros corazones, que aquélla de la mujer que vistió traje de hombre para seguir á su amado al combate, que estuvo á su lado cuando cayó, y después arrostró la muerte antes que separarse de su cadáver. ¡Cuántos hay de estos soldados del mundo, combatiendo siempre cuesta arriba en la batalla de la existencia; luchando siempre por una posición sin poder obtenerla jamás, diezmados siempre por la artillería de la necesidad; rechazados, derrotados, sin esperanza y desesperados, y volviendo sin embargo á la carga!

El héroe cristiano no se incita por ninguno de esos hechos de osadía como el héroe militar. El campo en que obra no es el de la agresión ó de la contienda, sino el del sufrimiento y del sacrificio de sí mismo. Ninguna condecoración brilla sobre su pecho, ningún estandarte ondea sobre él. Y cuando cae en el cumplimiento de su deber, como frecuentemente acontece, no recibe los laureles de nación alguna, ningún pomposo duelo, sino únicamente la silenciosa caída de algunas lágrimas sobre su tumba.

El hombre no ha sido hecho para la fama ó la gloria ó el éxito; sino para algo más elevado y más grande de lo que el mundo puede dar. « Dios ha dado al hombre, dice Jeremías Taylor, un breve espacio de tiempo sobre la tierra, y sin embargo, la eternidad depende de ese corto tiempo. Debemos recordar que tenemos que vencer á muchos enemigos, que evitar muchos males, que atravesar muchos peligros, que dominar muchas dificultades, que someternos á muchas necesidades, y que hacer mucho bien. »

El sacrificio de sí mismo es lo que distingue al cristianismo. Los mejores hombres y mujeres nunca han sido egoístas. Se han dado siempre á los demás, sin consideración por la gloria ó la fama. Han encontrado su mejor recompensa en la conciencia propia del deber cumplido. Y sin embargo, muchos mueren sin oír el « ¡bien hecho! » de aquellos á quienes han servido.

« Haced á los demás lo que quisierais que se hiciese con vosotros », es un mandato de infinita aplicación. Y con todo, no es fácil poder dar cumplimiento á esta obligación, á lo menos para aquellos que viven en la abundancia ó en la indiferencia.

No hay una sola cosa innecesaria en la existencia, si tan sólo la pudiéramos comprender; no hay una de nuestras experiencias de la vida que no esté llena de significado, si tan sólo lo pudiéramos ver. Hasta la desgracia es á menudo la más segura piedra de toque de la excelencia humana. El poeta más célebre de Alemania ha dicho que « aquel que no ha comido su pan con lágrimas, y que no ha pasado noches de dolor llorando en su lecho, no conoce aún una fuerza divina ». Cuando acontecen sucesos dolorosos, quizá nos son enviados únicamente para probarnos y experimentarnos. Si permanecemos firmes en nuestra hora de prueba, da esta firmeza serenidad al espíritu, que siempre siente satisfacción en obrar de conformidad con el deber.

Las oportunidades de hacer el bien se presentan á todos aquellos que obran y quieren. El espíritu diligente encuentra su camino hacia el corazón de los demás. La paciencia y la perseverancia vencen todas las cosas. ¡Cuántos hombres y cuantas mujeres también, están dispuestos á morir sin el aplauso de la sociedad! Se consagran á visitar á los pobres; atienden á los enfermos; sufren por ellos, y se contagian con las enfermedades infecciosas de que mueren. Muchas vidas han acabado así á causa del deber y de la piedad. No tenían más recompensa que la del amor. El sacrificio sufrido por otros y no para sí mismo, es siempre sagrado.

Epiménides, filósofo y poeta de Creta [1], fué llamado á Atenas para que contuviera la plaga. Fué, y consiguió contener la peste, pero rehusó recompensa alguna, excepto la buena voluntad de los atenienses á favor de los habitantes de Gnoso, donde él residía.

1. Supónese que á él se refiere san Pablo en su Epístola á Tito I, 12.

Antiguamente era la peste una enfermedad espantosa. Las gentes huían de ella. Huían unos de los otros. Los enfermos de la peste eran abandonados frecuentemente para que muriesen solos. Sin embargo, muchos nobles y gentiles, hombres y mujeres, se ofrecían para contener la enfermedad. Hará unos tres siglos que estalló la peste en la ciudad de Milán. Residía entonces (1576) en Lodi el cardenal arzobispo Carlos Borromeo. En el acto se presentó voluntariamente en el lugar infestado. Su clero le aconsejó que se quedase donde estaba, y que esperase á que la enfermedad se hubiese concluído por sí misma. Contestó: — ¡No! Un obispo cuyo deber es dar su vida por su rebaño, no lo puede abandonar en los momentos del peligro.

La peste duró unos cuatro meses. En ese tiempo visitó el Cardenal personalmente á los enfermos, en sus casas, en los hospitales, en todas partes. Los cuidaba, les daba alimentos y medicamentos, y les administraba los sacramentos cuando iban á morir. El ejemplo que dió fué seguido por su clero, que atendía á las personas con tanta abnegación como él mismo. Y sólo cuando el último hombre hubo muerto, y el último se hubo restablecido fué cuando el buen Arzobispo volvió á sus deberes episcopales.

El Cardenal tiene títulos á la consideración general también en otro concepto. Fué uno de los primeros en instituír una escuela dominical para la educación de los hijos de los pobres. « El domingo fué hecho para el hombre, y no el hombre para el domingo. » Toda obra buena podría ser hecha en ese día, lo mismo que en cualquier otro día. El Cardenal llamó á sí á los niños de las calles llevándolos á la catedral de Milán los domingos por la tarde, y les enseñó á leer y á escribir. Llevaban consigo sus cuadernos y sus pizarras en que asentaban sus lecciones. Sus sacerdotes le ayudaban, y la institución se hizo popular. Han pasado trescientos años, la escuela dominical del cardenal Borromeo existe aún. En la primavera de 1879 el autor de estas líneas vió reunirse á los niños en la catedral, con sus pizarras y sus libros, para recibir sus lecciones en la escuela dominical.

El Cardenal gastaba todas sus rentas en edificar escuelas y colegios y en obras de caridad y misericordia. La perversidad era grande en su tiempo, é hizo cuanto pudo para destruírla. Principió con los de su misma clase. Se esforzó porque tuviera efecto una reforma del clero, especialmente de las órdenes monásticas. Trabajó para introducir un método de vida mejor en la orden de los *Umiliati*, quienes daban motivo de escándalo por la licencia de su conducta. Creían ellos que el Cardenal era igualmente licencioso porque enseñaba á leer á los niños pobres en la gran catedral. Se le tuvo por un profanador del domingo, del santuario y del sacerdocio[1]. Se creyó que su escuela dominical era una *innovación peligrosa*. Los *Umiliati* pagaron á un hombre para que asesinara al Cardenal mientras estaba en el altar. En el momento en que el coro cantaba el verso : « Que no se aflija vuestro corazón, ni tampoco tengáis miedo », hizo fuego el asesino con un arcabuz sobre el Cardenal. La bala le pegó en la espalda, pero la capa pluvial de seda bordaba que tenía puesta, la rechazó, cayendo al suelo la bala. El Cardenal era valiente y resuelto. Mientras que en torno suyo estaban todos consternados, continuó en silenciosa plegaria.

Volviendo á la peste. Visitó la enfermedad repetidas veces á á este país[2] en una época en que el pueblo estaba peor alimentado, y cuando aun se hallaban completamente desatendidas las condiciones higiénicas. Fué fatalísima para Londres, donde las calles eran angostas, sucias, mal ventiladas y mal provistas

. « Y hoy, dice un autor americano, si algún hombre intenta hacer el rabajo de escuela dominical de ese modo abierto y extensivo que abarca toda a vida del niño, y que es el único práctico y de buenos resultados para hacer a obra tal cual la hizo Cristo, se le dirigen acusaciones. Por ejemplo, que intente atajar la marea de la mala literatura facilitando buenos y sanos libros seglares de su bibloteca, ó que intente vencer la vagancia teniendo en su escuela una Comisión de colocaciones, y en el acto se levantan los protectores del domingo y los defensores de la Biblia. Porque los fariseos jamás han carecido de un hombre para ponerse frente al Señor en todas las generaciones. Hermanos de los Santos Huesos, ¿no se extinguirá jamás vuestra raza obstruccionista? »

2. Inglaterra.

de agua. Su última aparición fué en 1665; murieron de ella cien mil personas, cuando la población de Londres no era ni la sexta parte de lo que es hoy. Se extendió de Londres al campo. Aunque la mayor parte de las personas huían de la enfermedad, hubo muchos casos de noble abnegación. El obispo Morton de York, fué uno de éstos. No pensó en sí, sino en su rebaño. Se erigió una *casa de peste* ú hospital para la colocación de los más pobres. Eran sacados de sus miserables hogares, y atendidos cuidadosamente. Aunque era difícil encontrar enfermeros, siempre estaba allí el Obispo. Cual buen soldado, estaba firme en su puesto. Cuando faltaba alimento; se iba á caballo á su alquería, y traía alforjas con provisiones en el mismo caballo que montaba. No quiso que sus sirvientes corrieran el peligro que él corría; y no solamente ensillaba y desensillaba su caballo, sino que mandó poner una puerta aparte para poder entrar y salir sin mezclarse con las personas de la alquería. De esa manera se consiguió aislar la peste en York. El Obispo era un hombre desinteresado, generoso y bueno en toda la extensión de la palabra. Cuando aumentaron sus rentas, las gastó todas en caridades, en hospitales y en ayudar á toda buena obra. Su vida fué toda como un acto único de piedad sincera y de benevolencia cristiana.

En Londres, huyeron Sydenham y la mayor parte de los médicos; pero quedaron algunos hombres generosos. Entre éstos estaba el doctor Hodges, que permaneció en su puesto. Continuó en su incesante cuidado de los enfermos. No sacó ventaja alguna de sus trabajos, excepto la aprobación de su propia conciencia. Cayó en la pobreza, y estuvo preso por deudas en la cárcel de Ludgate, y allí murió en 1688. Dejó la mejor relación que se ha escrito sobre la última peste [1].

De Londres, como hemos dicho, se extendió la enfermedad

1. La más conocida de estas relaciones es la que escribió De Foe, publicada en 1722, sacada según toda apariencia, de diarios auténticos, y de memorias públicas, y privadas; pero la mejor es la del doctor Hodges, que fué publicada en 1672, en latín siendo traducida al inglés en 1720 por el doctor Juan Quincy.

al campo. En muchos sitios lejanos se indican lugares en los que, según dicen, *enterraron á la peste*. Por ejemplo, en la lejana aldea de Eyam, en Derbyshire, recibió un sastre un cajón de paños de Londres. Mientras los ponía á orear frente á la chimenea, fué atacado por una enfermedad, y murió de la peste al cuarto día. La enfermedad cundió. Los habitantes, que sólo eran 350, meditaban emprender una dispersión general, pero esto fué impedido por el heroísmo del cura párroco, el reverendo Guillermo Monpesson. Hizo comprender á las personas que iban á esparcir la enfermedad por todas partes, y se quedaron. Envió lejos á sus niños y quiso enviar á su mujer medio enferma; pero ésta permaneció al lado de su esposo.

El señor Mompesson resolvió aislar la aldea, de manera que la peste no pudiese cundir á los distritos vecinos. El conde de Devonshire contribuyó con todo lo que era necesario, incluso alimentos, medicamentos y demás cosas útiles. Para no reunir á los habitantes en la iglesia, hacía el servicio divino en campo raso. Escogió una roca en el valle, para que le sirviera de altar, y las personas se acomodaban en la verde falda á su frente, de modo que se le oía perfectamente.

Durante siete meses hizo estragos la peste. La congregación era menor cada vez que se reunía. El párroco y su mujer estaban constantemente con los enfermos, cuidándolos, curándolos y alimentándolos. Al fin enfermó de la peste su mujer, y en su estado débil sucumbió bien pronto. Fué enterrada, y sobre su tumba dijo el párroco, como lo había hecho sobre tantas otras de sus parroquianos : « ¡Benditos sean los muertos que mueren en el Señor! así lo dijo el Espíritu Santo; porque descansan de sus fatigas. » El párroco estaba dispuesto á morir, pero vivió en la esperanza. Fallecieron las cuatro quintas partes de los habitantes, y fueron enterrados en una colina sana más arriba de la aldea. « Puedo decir con verdad, escribía después el pastor, que nuestro pueblo se ha convertido en un Gólgota, en un sitio de cráneos... Ha habido setenta y cinco familias que han sido visitadas en mi parroquia, de las cuales han muerto 295 personas. » El mismo señor Mompesson al-

canzó una edad avanzada. Se le propuso ser deán de Lincoln, pero le rehusó. Prefirió quedarse con sus parroquianos y cerca de la tumba de su amada esposa. Murió en 1708.

Cosa extraña, unos cincuenta años después, estando algunos labradores removiendo la tierra cerca del lugar en que « la peste había sido enterrada », tropezaron con algunos trapos, sin duda alguna pertenecientes á los sepulcros de los muertos, y en el acto fueron atacados de tifus. Tres de los individuos murieron, pero el contagio se esparció por el pueblo, y perecieron setenta personas. Parece que el tifus es superviviente de la peste, y muchos son los pueblos de Inglaterra donde esta terrible enfermedad se lleva anualmente á miles de personas.

Recuerda el autor una epidemia de tifus, cuando vivía en Leeds hace unos treinta y tres años. Principió en los parajes más pobres del pueblo, y se extendió á los barrios más ricos. En una manzana, había en siete casas veinte y ocho personas enfermas del tifus, tres de las cuales carecían de camas. Lo mismo acontecía en las demás manzanas y edificios. En una casa, en donde doce tenían el tifus, no había una sola cama. La casa de convalecencia y el hospital de fiebre estaban completamente llenos. Se levantó un techado provisional de madera para hospital, y un molino se desocupó para recibir en él á los enfermos.

El doctor Hook, vicario de Leeds entonces, y el reverendo G. Hills (después obispo en Colombia) visitaban diariamente estos lugares. Proporcionaban todo el bienestar y la asistencia que podían dar. Los sacerdotes católicos eran muy diligentes y desprendidos. Cuando estalló la peste, fueron en el acto á asistir á los pobres. Iban sin temor y piadosamente á los alojamientos más contaminados y pestilentes, donde el respirar el aire envenenado era la muerte. Se les hallaba á la cabecera de los moribundos y de los que acababan de morir. Ningún peligro intimidaba á sus valerosos corazones. Veían ante sí á la muerte, pero no la temían. Cogieron la peste, y uno por uno fueron enfermándose y muriendo. Primero falleció el reverendo

Enrique Walmsley, el más antiguo de los sacerdotes católicos. Al día siguiente murió su segundo : sólo había estado tres, semanas en Leeds. Otros se apresuraron á llenar los huecos, como si tuviera que tomarse una ciudad sitiada. Solicitaban con afán que se les permitiera ocupar el puesto de peligro. Después cayó víctima el sucesor del señor Walmsley. Murieron otros dos; en junto cinco. Se levantó un monumento sencillo á su memoria, como á hombres que « habían caído víctimas de la fiebre, en el cumplimiento de sus sagrados deberes, en 1847 ».

Á más de éstos murió de la misma causa un cura de la iglesia parroquial. Un caballero bien conocido por sus esfuerzos en favor de la causa de la templaza, murió también. Dos de los médicos de la ciudad cayeron enfermos, y uno de ellos murió. En todo, sucumbieron 400 personas á causa de la peste. Los cirujanos y los hombres de la medicina siempre están en contacto con las enfermedades, aunque sean más ó menos infecciosas. Estos hombres arrostran la muerte bajo todos sus aspectos, á menudo sin tener la menor esperanza de recompensa. Donde quiera que sean llamados, allí van, llenando su deber sin miedo, y algunas veces sin que se lo agradezca nadie. Gastan y se gastan, trabajan y luchan, hasta que les faltan las fuerzas y su corazón se desgarra; y entonces se apodera de ellos la fiebre y sucumben. Los héroes como éstos atraviesan silenciosamente la vida, y jamás les alcanza la fama. Los más grandes héroes entre todos son hombres á quienes el mundo no conoce.

Los cirujanos han cumplido siempre su deber en campaña, los mismo que en las viviendas de los pobres. Han estado bajo el fuego, y han traído á los soldados heridos para vendarlos y atenderlos. En este concepto era un héroe completo el cirujano francés Larrey. Durante la retirada de Moscow se le vió ejecutar una operación literalmente sufriendo los fuegos del enemigo. No tenía más que un capote de campaña para poder resguardar al paciente. Se le mantenía sobre él á manera de toldo para protegerle de la nieve que caía. En otro

caso, que ocurrió en los ardientes arenales del Egipto, el osado cirujano de pequeña estatura, manifestó un celo igual. Acababa de tener lugar un combate con los ingleses, y entre los heridos estaba el general Silly, cuya rodilla había sido destrozada por una bala. Larrey comprendió que tendría fatales consecuencias si la pierna no era amputada inmediatamente, y lo propuso. Consintió el General en que se hiciera la operación, la cual se llevó á cabo en tres minutos y bajo el fuego del enemigo. Pero he aquí que se aproximaba la caballería inglesa. ¿Qué iba á ser del cirujano francés y de su querido enfermo? « Apenas tuve tiempo, dice Larrey, de poner al herido sobre mis espaldas y llevarle rápidamente hacia nuestro ejército, que estaba en completa retirada. Observé una serie de zanjas, algunas de ellas plantadas con arbustos de alcaparras, y pasé á través de todas, mientras que la caballería se vió obligada á hacer una marcha circular en aquel campo tan cortado. De esa manera conseguí llegar á la retaguardia de nuestro ejército antes que el cuerpo de dragones. Por fin llegué á Alejandría con este honrado oficial herido, donde terminé su curación. »

He aquí otro héroe. Al doctor Salsdorf, cirujano sajón del príncipe Christián, le fué destrozada una pierna por una granada al principio de la batalla de Wagram. Mientras estaba echado en el suelo, vió como á unos quince pasos de él al señor De Kerbourg, el ayudante de campo, quien, herido por una bala, había caído y estaba vomitando sangre. Vió el cirujano que moriría muy pronto el oficial á no ser que se le auxiliara en el acto. Reuniendo todas sus fuerzas, se arrastró hasta aproximarse al oficial, le sangró, y le salvó la vida. De Kerbourg no pudo abrazar á su bienhechor. El doctor herido fué transportado á Viena, pero estaba tan aniquilado que sólo sobrevivió cuatro días á la amputación de su pierna.

Cuando un ejército avanza, es costumbre poner los carros en la retaguardia para la colocación de los heridos. Cuando caen los soldados, son llevados adonde está el cirujano para atenderlos. Si el ejército es rechazado, tienen que huír los ciru-

janos y los heridos, ó que caer prisioneros. En la batalla de Alma huyeron los rusos, persiguiéndoles los ingleses y franceses. Habían sido dejados muchísimos heridos. Varios centenares de rusos fueron llevados á la parte oriental del campo, donde fueron colocados en filas en un sitio cubierto cerca del río.

Afortunadamente había en el cuartel general un cirujano, cuyo sentimiento de honor y de deber estaba sostenido por una voluntad firme, por una irresistible energía, por un criterio sano y un dominio de índole rara vez unidos á uua gran actividad. Tal era el doctor Thompson, del regimiento 44.º Aunque el país había sido abandonado por los rusos, consiguió reunir 400 libras de galleta y los hombres necesarios para que le auxiliaran en su empresa. Hizo que inmediatamente se diera de comer á los heridos, pues no habían tomado alimento alguno hacía veinte y cuatro horas. En seguida se puso á hacer la cura de las heridas. Esto le tuvo ocupado desde las siete de la tarde hasta las once y media de la noche.

En este tiempo ya habían dejado los soldados de llevar á los heridos ingleses á los buques, en Eupatoria. Y entonces el doctor Thompson y su sirviente Juan M'Grath, se quedaron con los heridos rusos. Allí permanecieron solos durante tres días y tres noches, en el sol abrasador durante el día, y por las noches bajo las heladas estrellas. Por fin se presentó la oportunidad de embarcar á los rusos y mandarlos á un puerto ruso bajo bandera de parlamento. « Cuando por fin, dice míster Klinglake, llegó de la costa en la mañana del 26, el capitán Lushington de la Albión, y descubrió á sus dos compatriotas en su triste puesto del deber, se llenó de admiración por el ánimo que habían demostrado, y de simpatía por lo que habían soportado[1]. »

Del mismo modo el doctor Kay, cirujano del hospital de Benarés durante la insurrección de la India, permaneció en su puesto con riesgo de su vida, pues el enemigo avanzaba para

1. Klinglakes Crimea, III, 334.

destruírlo á él y á sus enfermos. Nadie ha olvidado los horrorosos acontecimientos de Cawnpore, donde todos perecieron, hasta el último hombre, la última mujer y la última criatura. Sin embargo, los ingleses se sostuvieron hasta el fin, bajo los destructores fuegos de los sepoyas amotinados. « Es difícil concebir, como regla general, dice Mr. Collier de Nueva York, un hombre más desprovisto de lo que llamamos religión, que el soldado raso. Toda su vida, infeliz, le hace muy difícil tener una idea de ella, y él tiene muy pocas. Pero ha quedado evidenciado, desde la gran rebelión de los sepoyas, que en la India les fué ofrecida á un gran número de estos hombres en el ejército inglés la alternativa de renunciar la religión cristiana y abrazar la de los rebeldes, ó ser asesinados por todos los espantosos modos que puedan inventar el odio y la venganza de los paganos. Se cree que murieron todos, hasta el último hombre, no habiendo llegado á saberse ni de un solo caso de que algún soldado raso haya cedido... Era un hombre que pertenecía al lado cristiano, y las tenazas no pudieron arrancar de su corazón esa sencilla virilidad, ni el fuego destruírla allí... Así es que bien puede haber virilidad donde existe muy poca gracia, ó si por gracia entendéis ese algo virtuoso, una vida pura y santa y una religión llena de conciencia. »

Y aquí referiremos la abnegación de dos cabos del regimiento 70 durante la última invasión del cólera en Moultan. Á causa de la ausencia de mujeres cuidaron á los enfermos y á los moribundos. Trabajaron día y noche en el hospital de coléricos. El cabo Derbyshire sucumbió al fin de puro cansancio, pero su puesto fué ocupado por otros. El otro cabo, Hópper, se presentó voluntariamente para prestar servicios de hospital en Topah, donde se captó la gratitud, tanto de los médicos como la de las autoridades militares. Los cirujanos se hallaban constantemente en sus ocupaciones en ambos sitios, arrostrando la muerte á cada paso. Cuando poco después visitó á Moulton el general en jefe, dió públicamente las gracias á Derbyshire y á Hópper en medio de sus camaradas que les admiraban.

Pero á veces se manifiesta esta misma cualidad en medio de

a lluvia de balas y de metralla. En el sitio de Cádiz por los franceses, en 1812, eran muertos hombres y mujeres en las calles, en las ventanas, y en el interior de las casas. Cuando era arrojada una bomba por el enemigo, se les advertía á los habitantes por medio de un tañido de la campana mayor, lo cual servía como señal. Un día se oyó un campanazo grave, en señal de que venía una bomba. Esa misma bomba pegó furiosamente en la campana y la hizo añicos. El monje que tenía la obligación de tocarla, se pasó muy tranquilamente á la otra. El buen hombre había vencido al miedo de la muerte.

Pero un acto de singular valor fué desplegado por una mujer durante el mismo sitio. Matagorda era un fortín exterior sin fosos ni techos á prueba de bomba. En este fortín fueron puestos de guarnición 140 ingleses, con el propósito de que impidieran la terminación de las obras francesas. Un navío español de setenta y cuatro y una flotilla armados cooperaban á la defensa, pero una batería que había estado oculta hasta entonces, rompió sus fuegos contra los buques, y después de haberlos inundado con bala roja, los compelió á refugiarse en el puerto de Cádiz. Cuarenta y ocho cañones y morteros del mayor calibre concentraron sus fuegos contra el fortín. El débil parapeto desapareció ante la terrible granizada de balas y bombas, dejando únicamente el desnudo terraplén y los denodados corazones de la guarnición. Durante treinte horas no cesó esa tempestad, y entonces fué cuando aconteció la historia de la mujer de Matagorda.

La mujer de un sargento, llamado Retson, se hallaba en una casamata cuidando á un herido. El paciente tenía sed y quería beber algo. Llamó ella á un muchacho, tambor, y le pidió que fuese al pozo y trajera un balde de agua. El muchacho titubeó, porque sabía que el pozo era barrido por las balas y las bombas del enemigo. Le arrebató de sus manos el cubo y se fué al pozo. Arrostró el terrible cañoneo, bajó al pozo, llenó el cubo con agua, y aunque una bala le cortó la soga en su misma mano, la volvió á tomar, y regresó con el agua á donde estaba su enfermo, y cumplió su deber.

Las balas caían en abundancia extrema sobre el sentenciado fortín. Un asta que sostenía la bandera española fué echada abajo seis veces en una hora. Finalmente viendo sir Tomás Graham (después lord Lynedoch) que la defensa era imposible, envió un destacamento de botes para que sacasen á los que vivían. Uno de los bastiones fué volado bajo la dirección del mayor Lefebre. Pero también cayó él, el último hombre que con su sangre regaba las ruinas así abandonadas. Luego se llenaron los botes, y los hombres regresaron á Cádiz. Iban acompañados por la heroica mujer de Matagorda.

¿Puede creer alguien que las mujeres puedan hacerse cargo de atender á los soldados enfermos en tiempo de guerra? Y sin embargo, esto se hace valerosa y noblemente. Las enfermeras solían ser tomadas de la misma clase de personas que se usan como sirvientas de casa. Sólo después que la señorita Nightingale se hubo creado un lugar honroso en la historia, debido á su noble abnegación en el cuidado de los enfermos y heridos, fué cuando las personas principiaron á darse cuenta de que atender enfermos era una cosa que se tenía que aprender, que requería inteligencia, buena voluntad y competencia, lo mismo que caridad, afecto y amor. « Se ha dicho y escrito muchísimas veces, dice la señorita Nightingale, que toda mujer es una buena enfermera. Yo creo, por el contrario, que los elementos necesarios para ser enfermera, son completamente desconocidos. » ¿Pero cómo aconteció que ella se dedicara á la profesión de enfermera? Muy sencillamente, nada más que por un sentimiento de amor y de deber. No necesitaba consagrarse á una ocupación tan llena de pruebas y desagradable. Era una señorita, joven y llena de perfecciones, y poseía abundantes medios. Era feliz en su casa, centro de un círculo que la admiraba. Había sido favorecida con todo aquello que podía hacer querida la vida social y doméstica. Pero renunció á todas esas consideraciones, y prefirió hollar la senda que conduce al sufrimiento y al pesar. Siempre tuvo un afecto compasivo por sus semejantes. Enseñaba en las escuelas, visitaba á los pobres, y cuando estaban enfermos, los alimentaba y los aten-

día. Vivía en un pequeño rincón de Inglaterra y trabajaba allí, en Embley en Hampshire; pero uno puede hacer tanta obra buena en secreto, como á la luz del día.

El mundo alegre se abría delante de ella. Pudo haber hecho lo que otras señoritas hacen en la ciudad[1]. Pero su corazón la guiaba á otra parte. Tomó interés por los que sufrían, por los perdidos y por los humillados. Visitó los hospitales, las prisiones y los institutos reformistas. Mientras que otras pasaban deliciososos días de vacaciones en Suiza y en Escocia, ó á orillas del mar, estaba ella ocupada en una escuela alemana de enfermeras, ó en un hospital alemán. Principió por el principio. Aprendió el uso de los trapos para limpiar, de los cepillos de fregar los pisos, y del plumero; y por grados se puso á estudiar el arte de ser enfermera. Durante tres meses continuó atendiendo día y noche á los enfermos, y de esa manera adquirió considerable práctica en los deberes y quehaceres de un conserje de hospital.

Al regresar la señorita Nightingale á Inglaterra, continuó sus trabajos. El Hospital para Ayas Enfermas estaba á punto de fracasar por su mala administración, y ella se encargó de su cuidado. Se privaba del afecto de su hogar y del aire fresco del campo, para consagrarse al lúgubre hospital de la calle Harley, donde dió su ayuda, tiempo y medios al cuidado de

1. Predicando en Oswestry el obispo de Manchester, leyó una carta de una señorita joven, dándole la siguiente cuenta de cómo pasaba el día, y en la que le preguntaba si en él había tiempo alguno para ocuparlo en algún trabajo cristiano: «Almorzamos á las diez. El almuerzo ocupa como una hora, durante la cual leemos nuestras cartas y en los periódicos las noticias sociales. Después de esto tenemos que ir á contestar nuestras cartas, y mi madre desea que escriba sus tarjetas de convite, ó que conteste á las que recibe En seguida tengo que ir al invernadero y dar de comer á los canarios y á los loros, y cortar las hojas muertas y flores marchitas de las plantas. Entonces ya es tiempo de vestirse para el *lunch*, y á las dos tomamos el *lunch*. Á las tres quiere mi madre que la acompañe á hacer visitas, y en seguida volvemos á casa á tomar el te de las cinco, viniendo allí algunas amigas. Después nos preparamos para dar una vuelta en carruaje por el Parque, y en seguida regresamos para la comida, y después de la comida vamos al teatro ó á la ópera, y luego que regresamos á casa, estoy tan espantosamente cansada, que no sé qué hacer.»

sus hermanas enfermas. Aunque salvó el instituto, principió á desmejorarse su salud bajo la presión del trabajo, y se fué por un tiempo á tomar las restauradoras brisas de Hampshire.

Pero se oyó de nuevo otro grito pidiendo auxilio. La guerra de Crimea seguía con furia. Había gran necesidad de enfermeras prácticas. Los soldados heridos estaban tirados en los hospitales del Bósforo, casi sin asistencia. Obedeció ella á sus nobles impulsos, y fuése en el acto en su auxilio. Embarcóse en un buque que iba á Scutari. Lo hacía con gran riesgo, con riesgo de su vida, de penalidades, contingencias y peligros de todas clases. ¿Pero quién piensa en los peligros cuando el deber impele al espíritu valeroso? La señorita Nightingale se hizo cargo de todo lo que se le pidió. Marchó al centro de los sufrimientos humanos, cuidó de los soldados y marineros heridos, organizó el sistema de enfermería, y tomó en sus manos la vigilancia de todo.

Los heridos fueron aliviados por la paciente asistencia y cuidados de la dama inglesa. Los soldados la bendecían al ver aer sobre sus almohadas la sombra de su imagen por la noche. No sabían su nombre, la llamaban ingenuamente « la dama de la lámpara ».

He sleeps! who o'er his placid slumber bends?
His foes are gone, and here he hath no friends.
Is it some seraph sent to grant him grace?
No! 'Tis an earthly form with heavely face[1]!

Los soldados adoraban á la dama doncella. Se abstenían de pronunciar frase alguna en tosco lenguaje y que pudiera lastimarla. Cuando se hacía necesaria una operación, soportaban el dolor sin retroceder. Hacían todo lo que podían por seguir su consejo y su ejemplo. Ella por su parte, tomó un cariño grande á los soldados rasos. No sólo se esmeraba en proporcionarles el bienestar personal, sino que mantenía correspon-

1. ¡Duerme! ¿quién se inclina sobre su plácido sueño? Sus enemigos se han do, y aquí no tiene amigos. ¿Es algún ángel enviado para concederle la gracia? ¡No! ¡Es una forma terrestre con semblante humano!

dencia con sus amigos de Inglaterra, de Irlanda y de los lejanos valles de Escocia. Ella les guardaba su dinero. Consagraba una tarde de cada semana para recibir y enviar sus economías á sus amigos de la patria. ¡Cuán agradecidos le estaban los soldados! ¡Y cuánto pensaba ella en ellos y cuánto los cuidaba!

« El valor sencillo, dice ella, la sufrida paciencia, el buen sentido, la fuerza para sufrir en silencio ¿qué nación pone de manifiesto más que esto en la guerra, de lo que es manifestado por su más común soldado?... Digan los hombres lo que quieran, hay algo más verdaderamente cristiano en el hombre que da su tiempo, su fuerza, su vida, si es preciso, para algo que no sea él, llámelo su reina, su patria ó su bandera, que en todo el ascetismo, ayunos, humillaciones y confesiones que jamás se hayan hecho; y ese espíritu de dar uno su vida, sin llamarlo sacrificio, en ninguna parte se encuentra como en Inglaterra. » ¡De ese modo tenemos mucho que aprender de la vida y ejemplo dado hasta por el más común de los soldados!

La señorita Stanley siguió á Crimea á la señorita Nightingale. Se confió á su cuidado un segundo destacamento de cincuenta enfermeras y señoras. Las condujo á Constantinopla, y ella permaneció en Turquía durante cuatro meses, cuidando en el hospital naval de Therapeia, y después estableciendo el hospital militar de Koulalee. Cuando vió llegar á los soldados heridos en Inkermán, escribióle á una amiga de Inglaterra: « No sé qué espectáculo desgarra más el corazón, si el ver á hombres bien formados y fuertes consumidos por las fatigas, y sucumbiendo á causa de ellas, ó á los otros que vienen horriblemente heridos. Todo el día de ayer fué ocupado en coser fundas de colchones, después en lavar y ayudar á los cirujanos en la cura de los heridos, y en ver que los infelices fueran acomodados con todo el bienestar que las circunstancias permiten, después que han estado encerrados durante cinco días á bordo de un buque, y en cuyo tiempo no han sido curadas sus heridas. De las once reparticiones que están á mi

cargo, murieron once hombres durante la noche, sencillamente de debilidad y desfallecimiento; lo que, en realidad, pudo haberse evitado si hubieran podido obtener la clase de alimentos que se debieron haber recibido. »

Al regreso de la señorita Stanley á Inglaterra, se consagró á proteger á las mujeres y viudas de los soldados. Compró una casa con jardín en York Street, Westminster, donde fundó un gran lavadero industrial. Obtuvo del gobierno un contrato para la provisión de ropa para el ejército, y de ese modo aseguró mucha ocupación para las mujeres desvalidas. La señorita Stanley se lanzó con gran energía en la tarea de aliviar y cuidar á las mujeres de los pobres de Londres. Sólo era una, donde hubieron debido ser diez mil, pero la verdadera mujer halla y hace la labor que está más próxima á ella. Daba diariamente su vida para servicio de otros. Era la personificación del sacrificio de sí misma. Poco le importaba conseguir ó no la aprobación de los demás. Á algunas que deseaban andar por las sendas que ella había recorrido, les dijo: « Nunca olvidéis al doctor Arnold. Me repito dos veces al día lo último que él escribió en su diario : Dejad que yo trabaje para cumplir con la voluntad de Dios, pero sin estar ansioso de hacerlo antes de que otro lo haga, si tal es la voluntad de Dios. »

El buen ejemplo produce siempre buenos frutos. Otras señoras siguieron fielmente los mismos pasos. Entre éstas debe ser mencionada la señorita Florencia Lees, quien no solamente ha sido enfermera en campaña, sino que ha enseñado á otras las obligaciones de enfermera científica. Es singular cómo surge en el corazón el primer impulso para hacer una buena obra. La pérdida de un hermano querido en China fué lo que la fortaleció para la tarea. Había muerto en el hospital naval de Shanghai, y al imaginárselo atendido por manos extrañas, sintió el vehemente deseo de hacer á otros lo que otros habían hecho por él.

Esto aconteció cuando ella era una niña. Fué consultado el difunto obispo de Winchester, y le dijo que era demasiado temprano para que se consagrara á una misión semejante.

«Esperad hasta que vuestro pesar haya pasado, esperad á que vuestro espíritu haya madurado.» Pero su espíritu estaba poseído por la resolución y la esperanza. La señorita Nightingale era su heroína. La consultó y obtuvo de ella los mejores consejos y ayuda, por lo que hace á su educación en ese concepto. Por fin, después de tres años de espera, entró en el hospital de Santo Tomás, y principió su práctica como enfermera. Después pasó al hospital de *King's College*, y adquirió valiosa experiencia y práctica. Para completar sus conocimientos de enfermería pasó varios años en Holanda, Dinamarca, Alemania y Francia. En Kaiserworth, Alemania, hizo los cursos prácticos de costumbre para jefe de enfermería, y recibió un certificado de capacidad. Á la bondad del señor Hasson, director general de los hospitales civiles en Francia, debió el permiso para trabajar en los principales hospitales de París, á cargo de las hermanas católico romanas. Fué agregada como *hermana postulante*, con las Agustinas, las damas de Santo Tomás de Villanueva y las hermanas de caridad de San Vicente de Paul. Fué una gran satisfacción para las hermanas, y una gran dicha para sí, el que trabajara tan en armonía con ellas, á pesar de sus diferencias de religión y manera de pensar.

La bondad de las hermanas hacía ella personalmente, está por encima de todo elogio. Fué tratada por ellas, en verdad, mucho más como una hermana y amiga, que como una persona separada de ellas por sus creencias religiosas, por la patria y la vida seglar. Á más del conocimiento práctico así adquirido, aprendió de ellas muchas lecciones de buen humor en medio de las dificultades, y de esperanza y confianza en una providencia predominante, hasta cuando parecía que todas las cosas andaban mal, y de fortaleza y una completa abnegación de sí mismas y de todo lo que tenían en AQUEL de quien eran y á quien servían. Allí aprendió á conocer cuán necesaria virtud es el buen humor en todos aquellos que quieren servir y atender á los enfermos.

Los últimos estudios prácticos y los más valiosos, los obtuvo la señorita Lees gracias al bondadoso permiso del general Le-

bœuf, entonces ministro de la guerra en Francia. Por su influencia fuéle permitido trabajar en los hospitales militares franceses, aprendizaje que era doblemente precioso por el interés tomado en su adelanto por el difunto Miguel Levy, quien era director general. Había sido lo que llamaba un compañero de la señorita Nightingale en Crimea, y en obsequio á ella, hizo pasar á la señorita Lees por un curso más severo de disciplina y ejercicio, de lo que hubiera sido posible para una hermana francesa, ó, como regla general, para muchas mujeres inglesas, según él decía. Sin embargo, el conocimiento práctico que adquirió por la bondad personal de Mr. Miguel Levy, en el Val-de-Grace, era tan importante, que jamás fué olvidado en el transcurso de su vida ulterior.

Poco después de su regreso á Inglaterra, tras este largo noviciado en el arte de la enfermería, se declaró la guerra entre Francia y Alemania. Los periódicos estaban llenos de los resultados de las primeras sangrientas batallas. El ejército vencedor seguía adelante y dejaba que perecieran los heridos. Por miles quedaban echados al aire libre, sin que se les cuidara y desamparados. El corazón de la enfermera fué conmovido por la compasión y la simpatía. En el acto se puso en marcha para el continente, acompañada por tres señoras alemanas, pero muy luego se separaron para diferentes direcciones. Atravesando la Bélgica fué á Colonia, donde vió á los soldados heridos que se hallaban acostados en filas á lo largo de los andenes de las estaciones. Después á Coblenza y á Tréveris, y en seguida á Metz, que era su estación. Era una ruda jornada cuando dejó el vapor. En medio de la confusión había perdido su equipaje, pero allí estaba ella, sola.

El mariscal Bazaine se había refugiado en Metz con un gran cuerpo de tropas francesas, y el príncipe Federico sitiaba la ciudad con un ejército de alemanes y de bávaros. La señorita Lees fué nombrada para un hospital en Marangue, á retaguardia del ejército sitiador. Llegó al lugar. Era el caserío de una alquería. Un cobertizo estaba convertido en hospital; era un lugar muy desagradable y de escasa comodidad. La enfermera

dormía sobre un pequeño saco llenado con paja. Había pocos medicamentos y menos alimentos. La enfermedad que prevalecía era el tifus ocasionado por la humedad de las trincheras. El lazareto ú hospital tenía lugar para veinte y dos camas, y éstas estaban siempre ocupadas.

La enfermera de un hospital de campaña tiene ante sí una tarea que no es fácil de cumplir. Cuando llegaban los hombres enfermos, tenían primero que ser lavados; si venían de las trincheras, estaban sus pies tan incrustados de lodo que había que ser raspado antes que pudieran lavarlos. Una vez aseados, eran puestos en sus camas, y se les daba los medicamentos. Había que lavarles las ennegrecidas bocas á los soldados, tener cuidado de su aseo personal, humedecer sus cabezas por la noche para contener su delirio, bañar sus manos y sus caras, cambiarles los colchones para evitarles que se lastimasen y todo esto en medio de las circunstancias más deprimentes.

Algunas veces se ponían los soldados delirantes. La señorita Lees ha narrado la historia de su vida en el hospital de fievre delante de Metz [1]. Una noche estaba sola. Oyó un ruido en la habitación alta. Subió y encontró á un soldado delirante que intentaba forzar la puerta. El infeliz quería irse á su casa, al lado de su *liebe Mutter* (querida madre). Llamó á otro enfermo para que la ayudase, y diciéndole que iría al siguiente día á su casa, consiguió que volviera á su cama. Otro soldado en la habitación baja, buscaba un cuchillo debajo de la almohada de su compañero de cama. La señorita Lees se apoderó del cuchillo, que estaba efectivamente allí, y lo guardó en lugar oculto. Pero cuando el cirujano hizo la visita, le suplicó que no la volviera á dejar sola de noche en el hospital.

La enfermera trabajó allí durante muchas semanas. Muchos murieron, algunos fueron curados y enviados á sus casas para su convalecencia, y unos cuantos volvieron al servicio. Al fin se rindió Bazaine; sus prisioneros fueron enviados á Alemania,

1. *Good Words*, 1873.

y el *príncipe colorado* y sus tropas marcharon á sitiar á París. La señorita Lees había cumplido su cometido en Metz, pero la tarea que se había impuesto no estaba aun terminada. Fué llevada, en parte sobre una locomotora, á Hamburgo, donde se la puso á cargo de un hospital de soldados heridos, bajo la superintendencia de la princesa heredera de la corona de Prusia. La principal dificultad con que tuvo que luchar allí era para asegurar una ventilación conveniente. Los médicos alemanes detestan las corrientes de aire. Conforme abría la enfermera una ventana, y se ausentaba, mandaba el médico que la cerraran. Acudió entonces á la princesa heredera, y al cabo consiguió la ventilación conveniente. Es innecesario seguir la historia de la señorita Lees. Después de su regreso de Alemania, se preparó para hacer un viaje al Canadá y á los Estados Unidos, para inspeccionar los hospitales de aquellos países. Realizó su propósito en el invierno de 1873, vió todo lo que había que ver en Halifax, Montreal, Toronto, Cleveland, Nueva York. Boston, Filadelfia, Wáshington y Anápolis. En estos últimos años está la señorita Lees de directora de la Asociación de la enfermería de Westminster, continuando en su buena obra.

Muchas mujeres, jóvenes y de edad, se consagran noblemente á trabajos iguales á éste. Van á las casas de vecindad y callejuelas de nuestros pueblos y de nuestras ciudades, y cuidan de aquellos que, si no fuese por estos servicios, sucumbirían. Ni sus manos ni sus almas se manchan por el hecho de llevar á cabo los quehaceres más humildes y repugnantes en favor de aquellos de sus semejantes que sufren. ¿Necesitamos citar el trabajo de la señora Walker, entre las muchachas pobres de Poplar, de la señorit· Octavia Hill en el West End Courts, de la señora Vickars entre las mujeres perdidas de Brighton, de la señorita Róbinson entre los soldados en Portsmouth? Hay que reconocer que éstas son obreras excepcionales, y que el mundo aun está atestado con los desamparados, los caídos, los pobres, y los abandonados, sin auxilio alguno.

Existe muchísimo heroísmo en la vida ordinaria, que nunca

llega á ser conocido. Quizá existe mucho más heroísmo entre los pobres que entre los ricos. Los primeros tienen mayor simpatía por sus semejantes. Un mendigo de la calle dijo que siempre obtenía más limosna de las pobres muchachas de la calle que de cualquiera otra clase de personas. La virtud impone respeto, aun bajo el traje de un mendigo.

« Los hombres hablan de los héroes y del elemento heroico, » dice Mr. Binney; hay abundante lugar para la manifestación de este último en muchas posiciones obscuras de la vida de las ciudades, y muchos de los primeros han vivido y obrado noblemente, á pesar de quedar ignorados. Las biografías más nobles no siempre han sido escritas. Ha habido hombres grandes y heroicos, que han luchado en sus deberes diarios, que han sufrido y que se han sacrificado, conservando su integridad; que han servido á Dios, y ayudado á sus semejantes, sosteniéndose á sí mismos, que han desplegado en todo esto, cualidades de carácter, de inteligencia, de valor y de bondad, que habrían honrado á un obispo, á un general, ó á un magistrado.

Últimamente hemos perdido á María Carpenter, una verdadera hermana de la caridad. En el transcurso de su vida activa se consagró á recoger pobres abandonados. Fundó y dirigió un instituto de reforma en Bristol, cuyo éxito fué una revelación para todo el país. Armada con la pureza de propósito, anduvo por callejuelas y barrios por donde apenas podía atreverse á andar un policía. Los horrores de los *back slums* [1] se desplegaron ante su vista. De estos miserables alojamientos consiguió ella los niños para sus escuelas de pobres. Puso manos á la obra con una intrepidez igual á la del mismo Juan Howard. Su pluma trabajaba incesantemente, poniendo este asunto de continuo ante la atención del público. Al fin ganó una gran victoria, porque el gobierno adoptó su proyecto, y

1. Callejuela apartada en la ciudad, en particular las que están llenas de gentes pobres, sucias y viciosas; también cualquier vecindad ó retiro obscuro, como los *Slums* de Westminster, que son los alojamientos favoritos de los ladrones. *(Nota del T.)*

estableció institutos y escuelas de reforma, que tanto han hecho en favor de las clases abandonadas. Hay miles de hombres en nuestro ejército y en nuestra marina, y en todas nuestras industrias, que tienen motivo para bendecir el nombre de María Carpenter. La avanzada edad no pudo detener su obra misericordiosa. Á los sesenta años se fué á la India, para sembrar las semillas de su sistema de educación en el mundo oriental. En todo hizo cuatro visitas á la India, siendo la última en 1876, cuando se acercaba á los setenta años. Vivió para ver que el fruto de sus trabajos surgía, en todas direcciones, en una generación de hombres y de mujeres, que, si no hubiera sido por ella, habrían quedado envueltos en el vicio y en el crimen. ¿Qué puede decirse de tales mujeres y de sus nobles hermanas en semejantes trabajos de abnegación, sino que constituyen la honra y la esperanza de la raza humana?

La difunta Chisholm escogió un nuevo campo de labor. Se consagró á ayudar para que emigrasen mujeres jóvenes, y vigilarlas hasta que estuviesen debidamente establecidas. Cuando iban á partir de Southampton con un gran número de emigrantes, fueron obsequiados ella y su esposo con un banquete, en el cual hizo una relación de la manera cómo había sido impelida hacia tarea semejante. « La idea de la vida, dijo, cuando ésta es debidamente cumplida, es una tarea que conduce á la indecible dicha del cielo; así lo aprendí cuando era una criatura, sobre las rodillas de Legh Richmond. Y recuerdo también después de esto, en mis primeros años, que jugaba con botes representados por cáscaras de nueces, ocupándolos en transportar á través del océano á los miembros de familia separados, para que todos se reuniesen en país extranjero. Y también recuerdo perfectamente haber puesto á un predicador wesleyano con un sacerdote católico en una misma cáscara como formando parte de mi juego. Mis ideas sobre estos puntos deben haber nacido de la costumbre que tenía mi madre de hacerme quedar en la habitación, cuando iban de visita los vecinos, algunos de los cuales eran viajeros, y hombres de pensamiento, que hablaban sobre las misiones, — pues enton-

ces principiaron los misioneros á ser un tópico de la conversación. Estas ideas me asaltaban continuamente conforme iba creciendo. Y tuve la ventaja de tener una madre á quien debo toda la energía de carácter que poseo, cualquiera que ella sea: porque era su consejo constante, que jamás derramara una lágrima, ni que nunca permitiera que el temor me desviara de mi propósito. »

Cuando hubo crecido, se enamoró de un oficial perteneciente al ejército de la India. Pero antes de contraer los esponsales le dijo que sentía que de lo alto le había sido confiada una misión, y ésta era la de consagrar toda su energía al alivio del sufrimiento humano, aun cuando la escena de sus deberes pudiera estar fuera del país. La amó él entonces más aún por esta confesión de niña; se conformó á todo lo que ella propuso; y poco después se casó la hermosa pareja. El esposo cumplió fielmente la condición impuesta; pero no solamente hizo esto, sino que ayudó también á su mujer en su tarea. Llegó la época en que era necesario hacer arreglos en interés de los emigrantes que habían sido mandados en 1850; y el capitán Chisholm se puso inmediatamente á la vela para Australia á su costo. Antes de irse, dividieron en dos partes su pequeña renta y se separaron.

La señora Chisholm fué después á la India, y fundó un instituto para las hijas de los soldados europeos, llamado Escuela femenina de Industria, que aun existe. En 1858 visitaron ella y su esposo la Australia para mudar de aires. « Allí, dice ella, encontré como unas cien mujeres solteras sin protección, sin empleo, continuando la llegada de otras en diferentes buques; y como resultado fatal, caían casi todas en una vida inmoral. Me consagré á la empresa de poner en salvo á estas pobres criaturas, dándoles decente colocación como sirvientas. Por todas partes sólo encontré desaliento, pero perseveré, y tuve éxito en mi propósito. Por fin me concedió el gobernador, que pudiera dormir yo en una pieza pequeña con las muchachas, en el Asilo de Inmigrantes. Es verdad que estaba llena de ratas, como lo vi en la primera noche que entré en ella;

pero las envenené y me mantuve en mi puesto. De esa manera podia ejercer sobre las muchachas una influencia personal al mismo tiempo que las estudiaba. Fundé un colegio para darles ocupación en los bosques, y logré colocar en buenos empleos á centenares de muchachas. En el desempeño de este objeto, hallé necesario al fin que había que mandar á los bosques á grandes partidas de estas desvalidas muchachas para conseguirles colocaciones, y que tendría que acompañar á estas partidas. Esto lo hice durante algunos años. Las partidas variaban de 100 á 150 cada una. Así continué trabajando por muchos años en Australia. Adelanté mucho dinero para la traída de emigrantes; pero me fueron pagados estos adelantos tan honradamente, que todas mis pérdidas no alcanzaron á veinte libras esterlinas durante este período. Y, con la bendición de Dios, fué el medio para conseguir empleo, y para colocar antes de irme de allí, más de mil jóvenes en todo; y siendo una proporción grande de ellas mujeres jóvenes, fueron salvadas de caer en una vida de infamia. Nunca olvidaré el entusiasmo de mi recepción de este día, y el de la salud de mi esposo é hijos, á quienes he criado en el consejo de confiar en sí mismos, y de trabajar por sí mismos; y que nunca busquen la protección del gobierno, ni que tomen sueldo del gobierno, si tienen alguna consideración por la memoria de su madre. »

Algunos pensarán quizá que éstos no son verdaderos ejemplos de heroísmo. Pueden presentarse ejemplos más sorprendentes y que causen mayor admiración, de hombres y de mujeres que se han consagrado á la salvación de las vidas de marinos naufragados en los mares. Nos llega una historia de la Australia occidental, que nos informa de los heroicos hechos de una joven señorita, Grace Vernon Bussell. El vapor *Georgette* había encallado en la costa, cerca de Pert. Acababa de ser soltado un bote con las mujeres y los niños á su bordo, pero fué volcado por la marejada, que era muy fuerte. Los infelices luchaban contra el agua, aferrados al bote, estando sus vidas en inminente peligro, cuando sobre la cresta de

un promontorio escarpado, apareció á caballo una joven. Su primer pensamiento fué ver cómo salvaría á esas mujeres y niños que se ahogaban. Descendió á galope el promontorio; cómo, es imposible decirlo; apuró su caballo para que entrara en el mar, y más allá de la segunda línea de las rompientes, llegó donde estaba el bote. Consiguió llevar á tierra á las mujeres y á los niños. Había quedado aún un hombre, y volvió á meterse en el mar, y le salvó. Tan bravía estaba la marejada, que se necesitaron cuatro horas para llevar á tierra á cincuenta personas. Conforme estuvieron en la ribera se fué á galope la heroica joven á su casa que distaba doce millas de allí, toda empapada con la espuma del mar, y medio desmayada por el cansancio, para enviar ayuda y socorro á las personas salvadas, que permanecían en la costa. Su hermana ocupó entonces su puesto. Fuése á la ribera atravesando los bosques, llevando consigo una provisión de te, leche, azúcar y harina. Al día siguiente fueron transportados á su casa los salvados, y se les atendió hasta que estuvieron suficientemente repuestos para seguir sus solitarios caminos. Es triste tener que hacer constar que la señora de Brookman, hermana de la heroína, cogió un resfriado á causa de sus esfuerzos, y murió de fiebre cerebral.

No menos valerosa fué la conducta de una mujer joven, en los Shetlands, quien se hizo á la mar para salvar la vida de algunos pescadores, cuando ninguno se quería ofrecer á hacerlo. Había estallado una violenta tormenta sobre la remota isla de Unst, mientras que la escuadrilla pescadora, principal ocupación de los habitantes, estaba en el mar. Llegaron uno á uno los botes á puerto seguro; pero la última lancha estaba aún fuera, y se vió por los que estaban en tierra, que trabajaba y luchaba con serias dificultades. Se volcó, y vióse que los marineros corrían gran peligro. En este estado de cosas, se adelantó Elena Petrie, joven esbelta, y suplicó encarecidamente que á todo trance se hiciese un esfuerzo por salvarlos. Los hombres dijeron que era ir á una muerte segura salir al mar con semejante tormenta.

Sin embargo, Elena Petrie estaba dispuesta á arrostrar la muerte. Metióse apresuradamente en un pequeño bote. Su cuñada se le agregó, y su padre, manco de una mano, entró para dirigir el timón. Ya habían desaparecido dos de la tripulación del bote pescador, pero aun quedaban dos, agarrados de la quilla de su volcada embarcación. Eran éstos á quienes iban á salvar las mujeres. Después de grandes esfuerzos llegaron al bote náufrago. En el momento de aproximarse fué arrancado uno de los hombres por el agua, y es seguro que se hubiese ahogado si Elena no lo hubiera agarrado de los cabellos, y alzado al bote. El otro hombre fué salvado también y todos regresaron en salvo al puerto. Elena Petrie ganaba después su pan en la obscuridad como sirvienta, hasta que el otro día recordó su muerte su existencia á las personas que conocían su historia [1]. Es preciso suponer que las heroínas deben abundar en el país donde tales cosas pueden suceder.

¡Y Grace Darling! ¿Quién puede olvidar á la heroica mujer del faro de Longstone? Las islas desoladas de Fern están frente á la costa noreste de Northumberland, grupo de severas rocas basálticas, negras y desnudas, rodeadas por un mar rugiente y peligroso. En tiempo borrascoso son inaccesibles durante días y semanas enteras. No tienen más habitantes que las gaviotas y los mergos que chillan entre las rocas. Pero en el punto más avanzado, la roca Longtone, había sido levantado un faro para indicar que se alejasen de allí los buques que pasaban entre Inglaterra y Escocia. Dos ancianos — un hombre, su mujer, — y una joven, hija de ellos, eran los que cuidaban del faro, en una noche tormentosa en setiembre de 1838.

El vapor Forfarshire iba en su viaje desde Hull á Dundee. El buque se hallaba en mal estado. Las calderas estaban en condición tan mala, que tuvieron que apagar los fuegos poco después de salir de Hull. Con todo, avanzaba aunque con trabajo hasta llegar á Saint Abb's Head, cuando una terrible tormenta lo hizo retroceder. Durante la noche siguió el impulso

1. *Standard*, junio 28 1879

del viento; hasta que por la mañana dió con tremenda fuerza contra las rocas de Hawkers. El buque se quebró partiéndose en dos. Nueve hombres de la tripulación tomaron posesión de un bote, y se dejaron arrastrar por la única salida por donde podía haber escape; fueron recogidos en el mar y llevados á Shields. La mayor parte de los pasajeros y de los tripulantes fueron barridos por el mar y se ahogaron. La proa del buque quedaba fija sobre la roca: estaba ocupada por nueve personas, que gritaban pidiendo socorro.

Sus gritos fueron oídos por Grace Darling en el faro, que estaba á media milla de distancia. Era el último cuarto antes de apagar la luz, á la salida del sol, y Grace montaba la guardia. Aunque continuaba la neblina y el mar aun estaba borrascoso, vió á los pasajeros náufragos agarrados de los cabrestantes de la proa del buque. Le suplicó á su padre que bajara el bote, y se hiciera á la mar para salvar á los infelices que se ahogaban. Guillermo Darling declaró que esto sería marchar directamente á una muerte segura. Sin embargo, bajó el bote, y Grace Darling fué la primera en entrar en él. El anciano la siguió. ¿Para qué hablar del peligro? Las probabilidades de salvamento, de conservación propia, eran escasas. Pero Dios fortalecía el brazo de la mujer, cuando llamó á su corazón; y los dos se lanzaron en medio del espanto y del pavor.

Con gran cuidado y vigilancia, consiguió el padre desembarcar sobre la roca dirigiéndose al buque náufrago, mientras que Grace remaba hacia afuera y entre las rompientes, cuidando de que su bote no fuera hecho pedazos. Uno á uno, fueron colocados en el bote los supervivientes y llevados al faro. Allí estaba la madre pronto para recibirlos, para cuidarlos, alimentarlos y volverlos á la salud y á la fuerza. Allí permanecieron durante tres días, hasta que se calmó la tormenta y pudieron ser conducidos á tierra firme.

Conmovióse el espíritu de la nación con este acto heroico. Innumerables obsequios fueron enviados á Grace Darling. De lejanos puntos fueron algunos artistas para hacer su retrato. Wordsworth escribió un poema sobre ella. Le fueron ofrecidas

veinte libras esterlinas por noche para que se sentase en un bote en el teatro Adelphi durante una escena que representaba un naufragio. Pero ella no quiso abandonar su roca rodeada por el mar. ¿Por qué había de abandonar el faro? ¿Qué lugar más á propósito para guardar á esta reina? Uno que la visitó habla de su legítima sencillez, sus maneras tranquilas y su verdadera bondad.

Tres años después del salvamento aparecieron síntomas de consunción. Á los pocos meses murió, tranquilamente, feliz, religiosamente. Poco antes de su muerte, dice Mr. Phillips, recibió una visita de despedida de una señora quien iba en modesto traje á darle el adiós en su última jornada. La buena hermana era la duquesa de Northumberland, y su corona brillará más clara por siempre, á causa de esa despedida afectuosa y femenina. Juana de Arco tiene su monumento. Que *Grace de Northumbría* no tenga ninguno. El hecho está escrito

> ... In the rolls of Heaven, where it will live,
> A theme for angels whem they celebrate
> The high-souled virtues which forgetful earth
> Has witnessed [1].

En la tierra firme del Northumberland, casi frente á las islas Fern, está el castillo de Bamborough, sobre una elevada roca triangular. En tiempos antiguos era una fuerte defensa contra las incursiones que hacían los escoceses, y también una fortaleza importante durante las guerros civiles de Inglaterra. En estos últimos años ha sido empleado como un asilo para los marineros náufragos, gracias principalmente á lord Crewe, obispo de Durham, y al arcediano Sharp. El noble destino que lord Crewe ha dado á este castillo ha producido mayores bienes que cualquier otra asociación de beneficencia particular en este país. Tienen lugar frecuentes naufragios á lo largo de la

1. En las actas del cielo, donde vivirá siendo para los ángeles tema cuando celebren las elevadas virtudes que la olvidadiza tierra ha presenciado.

costa, y á los náufragos se les da todo el auxilio posible. Hay alojamiento para treinta marineros. Se mantiene constantemente una patrulla que recorre las ocho millas de costa todas las noches de tormenta, y si parece que un buque está en peligro, se bota al agua el bote salvavidas. Durante las cerrazones se tocan las campanas para advertir á los buques que se separen de la costa. Cuando se observa que un buque está en peligro, se tira un cañonazo, y dos si el buque ha varado ó naufragado en las rocas. Al mismo tiempo se iza una bandera grande, para que los náufragos vean que de tierra se ha visto su situación. También hay señales para los pescadores de Holy Islands, quienes pueden apartarse de las islas en tiempo en que ningún bote de tierra firme puede pasar por las rompientes. Toda clase de ayuda se les da, tanto á los de tierra como á los de mar, por este castillo samaritano que se halla sobre los promontorios.

« Así, cual poderoso ángel de guarda, dice Guillermo Howitt, está de pie este noble castillo, como espíritu vigilante sobre esos mares borrascosos y llenos de peligros, y vive esta divina caridad, como excelso ejemplo de lo que puede continuar haciendo un hombre bueno sobre la tierra, aun siglos después de haberla dejado. Cuando alguien vea á distancia las elevadas torres de este edificio verdaderamente sagrado, majestuoso en su aspecto como divino es en su misión, distribuyendo beneficios diarios en la tierra y en el mar, que bendiga la memoria de lord Crewe, como han tenido ocasión de hacerlo miles y decenas de miles, en la profundidad de la pobreza, y en los horrores de la obscuridad de la media noche, y cual lo harán cuando nosotros como él, durmamos en el polvo. »

CAPÍTULO X

La Simpatía.

La secreta simpatía, el argentino eslabón, el sedoso nudo, es lo que puede unir en cuerpo y alma un corazón á otro corazón, una mente á otra mente. — WALTER SCOTT [1].

Pídote que me des un amor atento, sabio por su observación constante, un corazón que no se ocupe de sí mismo, para calmar y simpatizar. — Miss WARING [2].

El hombre es caro al hombre : el más pobre de los pobres anhela tener algunos momentos en una vida abrumada, cuando puedan conocer y sentir que ellos mismos han sido los padres y distribuidores de alguna pequeña bendición : que han sido bondadosos hacia aquellos que necesitaban de bondad, por la sencilla razón, de que todos nosotros tenemos un corazón humano. — WORDSWORTH [3].

La simpatía es uno de los grandes secretos de la vida. Vence al más empedernido corazón, y desarrolla la parte mejor del alma, y fortalece el bien. Desarma la resistencia, ablanda la

1. It is the secret sympathy,
The silver link, the silken tie,
Wich heart to heart, and mind to mind,
In body and in soul can bind. — SIR W. SCOTT.

2. I ask Thee for a thoughtful love,
Through constant watching wise,
A heart at leisure from itself,
To soothe and symoathise. — MISS WARING.

3. Man is dear to man : the poorest poor
Long for some moments in a weary life,
When they can know and feel that they have been
Themselves the fathers and the dealers-out
Of some small blessings : have been kind to such
As needed kindness, for the single cause,
That we have all of us one human heart. — WORDSWORTH.

naturaleza humana. Es una de las grandes verdades sobre las que está basado el cristianismo. « Amaos los unos á los otros », es un evangelio suficiente para renovar al mundo.

Se refiere de san Juan que cuando estaba muy viejo — tan anciano que no podía caminar y que apenas podía hablar — fué llevado en brazos de sus amigos á una reunión de niños cristianos. Se puso de pie y dijo : « Niños, amaos los unos á los otros. » Cuando se le preguntó : « ¿No tenéis nada más que decirnos? » contestó : « Digo esto una y otra vez, porque si lo hacéis, no hay necesidad de otra cosa. »

La misma verdad tiene aplicación universal. La simpatía está fundada sobre el amor. Es otra palabra de desinterés y afecto. Nos apropiamos el estado del espíritu de otro ; salimos de nosotros mismos y vivimos en otra individualidad. Simpatizamos con ella; la consolamos. No puede haber amor sin simpatía ; no puede existir amistad sin simpatía. Lo mismo que la misericordia, son dos veces benditas la simpatía y la benevolencia, bendiciendo tanto al que da como al que recibe. Mientras producen un fruto abundante de felicidad, en el corazón del que da, crecen en bondad y benevolencia en el corazón del que recibe.

« Frecuentemente hacemos más bien, dice el canónigo Farrar, con nuestra simpatía que con nuestros trabajos, y prestamos al mundo un servicio más duradero por la ausencia de los celos y el reconocimiento del mérito, de lo que nunca podríamos prestar por los esfuerzos mayores de la ambición personal... Un hombre puede perder posición, influencia, riqueza, y hasta la salud, y sin embargo, continuar viviendo convenientemente, si lo hace con resignación; pero hay una cosa sin la cual la vida se convierte en una carga : la simpatía humana. »

Es verdad que no siempre son recibidas con gratitud as acciones bondadosas, pero esto no debe nunca desviar al que auxilia. Ésta es una de las dificultades que tenemos que vencer en nuestro conflicto con la vida. Hasta el más degradado es acreedor á la ayuda mutua que todos los hombres se deben entre sí. Debe recordarse, como lo ha observado Bentham con

tanta verdad como profundidad, que la felicidad del hombre cruel es una parte integrante de toda la felicidad humana, tanto como la del mejor y más noble de los hombres. Además, el hombre no puede hacer bien ó mal á sus semejantes sin causarse mal ó bien á sí mismo.

Probablemente no existe una influencia más poderosa que la simpatía para despertar los afectos del corazón humano. Hay pocos, hasta en las naturalezas más ásperas, en quienes no influya. Contiene mucho más de lo que pudiera hacerlo la fuerza. Una palabra cariñosa ó una mirada cariñosa, tendrán efecto sobre aquellos en quienes la fuerza ha sido probada en vano. Mientras que la simpatía convida al amor y á la obediencia, provoca aspereza la aversión y la resistencia. Tiene razón el poeta que dice que « la fuerza misma no tiene la mitad del poder de la dulzura ».

Cuando á la simpatía le es permitido tomar un campo más vasto, asume la forma más amplia de la filantropía pública. Influye en el hombre con el propósito de elevar á sus semejantes de un estado de pobreza y aflicción, de mejorar la condición de las masas populares; de difundir los resultados de la civilización por todas partes entre la humanidad, y de unir con los lazos de la paz y de la fraternidad á las familias separadas de la raza humana. Y es deber de todo hombre, cuya suerte, ha sido favorecida en comparación con la de otros, que goza de las ventajas de la riqueza, ó del saber, ó de la influencia social, de que otros están privados, consagrar por lo menos una parte de su tiempo y de su dinero al adelanto del bienestar general.

No es gran poder de dinero, ó gran poder intelectual lo que se necesita. El poder del dinero se estima por de más. Pablo y sus discípulos divulgaron el cristianismo en la mitad del imperio romano, con poco más del dinero que se gana por medio de un bazar elegante. Las grandes doctrinas sociales del cristianismo están fundadas sobre la idea de la fraternidad. « Haced á los demás lo que quisierais que se hiciera con vosotros. » Cada uno debe ayudar al otro; el fuerte al débil, el

rico al pobre, el instruído al ignorante; y, para invertir el orden, aquellos que tienen menos, tampoco deben dejar de ayudar á los que tienen más. Todo depende de más elevados grados de poder, porque los discípulos no hacen á sus maestros, ni los ignorantes y desvalidos á aquellos que tienen que instruírles y ayudarles.

El hombre puede hacer de la vida lo que quiere. Puede darle tanto valor, para sí y para los demás, como poder le ha sido dado. Cuando las circunstancias no están contra él, tiene un dominio completo sobre su naturaleza moral y espiritual. Puede hacer mucho para sí mismo, y todo lo que da Dios debe pasar por el hombre y sus propios esfuerzos, como si fuese su propia obra personal. Aunque podamos recurrir á nuestro entendimiento para obtener entretenimiento, solamente en los afectos es en lo que debemos confiar para la dicha. Esto implica un espíritu de sacrificio de sí mismo, y nuestras virtudes, como nuestros hijos, se nos hacen más queridos por lo que sufrimos por ellos. « El secreto de la influencia de mi madre, dice la señora Fletcher en su *Autobiografía*, fué bien expresado por su antiguo amigo el doctor Kelvington de Ripon, y puede perfectamente llamarse la nota fundamental de su vida. » Dice el Doctor en una de sus cartas á ella dirigida cuando tenía diez y siete años : « Nunca he conocido una persona amada tan tierna, verdadera y universalmente como lo sois vos, y creo que esto dimana de vuestro *poder para querer*.

Los hombres á quienes más se debe compadecer son aquellos que no tienen dominio sobre sí mismos, que no tienen el sentimiento del deber para con los demás, que peregrinan una existencia en busca de su propio placer, ó que, aun mientras ejecutan buenas acciones, lo hacen así por motivos bajos, por consideración á una satisfacción mental, ó por temor de los reproches de la conciencia. Algunos de aquellos que están engreídos con sus sentimientos delicados se aman extremadamente á sí mismos, pero tienen poco miramiento para aquellos que están á su alrededor. Son muy corteses para con los extraños; pero seguidles á sus casas, y ved cómo se conducen

con los de su familia. Muy triste es la historia referida por el difunto deán Ramsay, de un niño á quien se le habló del cielo, y de que allí se enconcontraría con los que habían muerto. « ¿Y estará papá allí? » preguntó. Al contestársele que « por supuesto, allí había de estar », replicó en el acto el niño : « Entonces no quiero ir allá. »

La falsa simpatía es muy común. Dice Sharpe que una de las más serias objeciones hechas á las obras patéticas de ficción es que, tienden á crear el hábito de sentir lástima ó indignación sin que en realidad alivie miseria alguna ó resista á la opresión. Así fué cómo Sterne pudo simpatizar con un mono muerto, y dejar que su mujer se muriese de hambre. Montaigne habla de un hombre igualmente extraordinario « qui ait des opinions supercelestes, sans avoir des mœurs souterraines ». En los profundos discursos de Butler, están muy bien reveladas y vituperadas estas falsificaciones de la verdadera benevolencia.

« Goethe, dice el profesor Bain evitaba el contacto con el sufrimiento, porque le causaba pena y le sacaba de quicio; probando claramente que tenía la mayor aptitud posible para comprender las miserias de sus semejantes, pero rehusaba terminantemente toda ocasión en que pudiera ser llamado para ese objeto [1] ».

En las obras de san Agustín, de Baxter, de Jonatán Edwards, y de Alejandro Knox, hallará el lector cuán grande lugar tienen los afectos religiosos en sus apreciaciones de la divina verdad, lo mismo que en el deber humano. Dice el último de ellos : « Lo que aviva más la compasión es la simpatía; por ninguna otra cosa y por ningún otro medio puede ser más excitada. El corazón debe obrar sobre el corazón; porque es la esencia misma de todo trato con el corazón la idea de una persona que vive. » La verdadera virilidad puede existir solamente cuando el bien se busca por amor á él, ya sea como una ley reconocida de mero deber, ó por el sentimiento de la avasa-

1. Bain, *Sobre el estudio del carácter.*

lladora belleza de la virtud. Tan sólo esto ejerce un efecto recíproco sobre el carácter humano.

Los hombres se regeneran, no tanto por la verdad en lo abstracto, cuanto por la divina inspiración que emana de la bondad y de la simpatía humana. Éste es el sello de la naturaleza que « vincula á todo el mundo ». El hombre que se arroja en la existencia de otro, y que empeña sus mayores esfuerzos para ayudarle de todos modos, social, moral y religiosamente, pone en juego una influencia divina. Está cubierto con la más fuerte salvaguardia. Reta al egoísmo. Sale de su prueba humilde pero noble. El canónigo Mozley ha mostrado con mano maestra que el principio de la compasión y de la ayuda mutua, que convierte en placer lo que es de incalculable ventaja para la sociedad, el alivio del dolor y de la miseria, fué un descubrimiento del cristianismo, un descubrimiento igual al de un nuevo principio científico.

Los mejores y más nobles de entre los hombres son simpáticos. El obispo Wilberforce se distinguía por su poder de simpatía. Fuéle preguntado á un amigo : « ¿Cuál es el secreto del éxito de Wilberforce? — Está en su poder de simpatía, » contestó. Era magnánimo, generoso y liberal. Marchaba con la línea recta, y ponía todo su corazón y su alma en cualquier proyecto que tuviese por fin el bien. Tomaba la dirección en toda prueba que le pareciera digna de experimentarse. Y el éxito fué su resultado.

La simpatía es la facultad de sentir por los que sufren, por las dificultades y el desaliento de los demás. Se dijo de Norman Macleod que la simpatía era la primera y la última cosa en su carácter. ¡Hallaba en la humanidad tanto que le interesaba! El hombre ó la mujer más común producía alguna contribución de humanidad. « Cuando venía á verme, decía un herrero, hablaba como si él mismo hubiese sido un herrero, pero nunca se iba sin dejar á Cristo en mi corazón. » El hombre, sobre todo, es el punto central de la acción humana, de modo que aquello que hubo en él y salió de él, es lo único importante. El hombre que durante su vida en la tierra sim-

patiza y es diligente, está siempre asociado á los otros con sus sentimientos; y sin embargo, andamos solos sobre el más importante camino que conduce fuera de los límites del estado terrenal.

Cuando iba á emprender su trabajo en la baronía de Glasgow, dijo Norman Macleod : « Necesitamos hombres que lo sean realmente; no sus libros ó su dinero solamente, sino á ellos mismos... Los pobres y los necesitados, los desnudos y desheredados, los pródigos y los contritos de corazón, pueden ver y sentir, lo que nunca han visto en este mundo, el amor que brilla con serenidad en esa mirada, dando á conocer la luz interna y la paz poseída, y un lugar de reposo hallado y disfrutado por el abrumado corazón. Podrán comprender y apreciar el completo desinterés — para ellos cosa de que hasta ahora ni siquiera la han soñado — que le ha impulsado á hacer una visita saliendo de un hogar lleno de comodidad y de elegancia, para una morada desconocida, de inmundicia y de enfermedades, y que se expresa en aquellas benévolas palabras delicados saludos que acompañan á sus ministros. » Estas palabras dan á comprender el plan general de su labor en la baronía de Glasgow.

« Yo creo necesaria, dijo él en otra ocasión, una cuidadosa educación de nuestro pueblo, que lo ponga en estado de poder cumplir sus deberes individuales, tales como un trabajo constante, conservación de la salud, sobriedad, bondad, prudencia, castidad, sus deberes domésticos como padres, sus deberes como miembros de la sociedad en el trato cortés y honrado, el cumplimiento de sus compromisos, la obediencia unida con la independencia como obreros; sus deberes para con el Estado, ya sean con respecto á sus gobernantes ó á los que administran la ley, con algún conocimiento sobre la historia y el gobierno de su país, que sobre puntos como éstos ha sido muy descuidada su educación, y necesita ser mejorada muy extensamente, y fundada y saturada con los principios del cristianismo. »

Las palabras del doctor Macleod podrían aplicarse igualmente

á Londres, la más rica y también la ciudad más pobre del mundo. Pocas personas conocen el este de Londres, con su desbordante masa de pobreza, de vicio y de miseria. Algunos dan su dinero para educar al pueblo, pero pocos le dan su tiempo y su entendimiento. Era una excepción de esto el finado Eduardo Denison. Se lanzó con alma y corazón al trabajo de reformar á los pobres del este de Londres. Estableció bancos de peniques entre ellos, sabiendo que el primer paso para corregir á un hombre es el de disputar sus ahorros á las casas de bebidas alcohólicas, y hacerle que cuide de su familia como igualmente del porvenir. Estableció escuelas, gabinetes de lectura y una iglesia. Hasta cierto punto elevó á estas personas de la miseria al bienestar. Pero ¿qué era él entre tantos? « ¡Cuán monstruosa cosa, es dijo, que en el país más rico del mundo, sean condenados anualmente al hambre y á la muerte grandes masas de población!... La verdad es que hemos aceptado la maravillosa prosperidad que nos ha sido concedida en los últimos veinte años, sin reflexionar en las condiciones unidas á ella, y sin habernos vigorizado para el esfuerzo y el sacrificio que requiere su cumplimiento. » Denison no pudo hacer sino el comienzo. Murió antes que pudiera cosecharse el fruto. Pero si hubiere alguno dispuesto á seguir sus huellas, existe aún el campo del deber que él señalara.

Oíd el clamor de José de Maistre al fin de su penosa y esforzada existencia. « Ignoro lo que será la vida de un bribón — yo nunca lo he sido — pero la vida de un hombre honrado es abominable. ¡Cuán pocos son aquellos cuyo paso sobre este loco planeta ha sido marcado por acciones realmente buenas y útiles! Inclínome hasta el suelo ante aquel de quien se puede decir: *Pertransivit benefacendo* [1]; que ha conseguido instruír, consolar y auxiliar á sus semejantes; que ha hecho verdaderos sacrificios sólo por hacer el bien: esos héroes de la silenciosa caridad que se esconden y nada esperan en este mundo

1. Caminó dejando el bien tras de sí.

¿Pero cuál es la carrera de la generalidad de los hombres? y entre mil ¿cuántos hay que puedan preguntarse sin terror: ¿Qué he hecho en este mundo? ¿en qué he ayudado en la obra general? y ¿qué queda de mí, ya sea bueno ó malo? »

Las últimas palabras que pronunció el juez Talfour fueron éstas: « Si se me preguntara cuál es la gran falta de la sociedad inglesa para poder mezclar una clase con la otra, yo diría en una palabra: La falta está en la falta de simpatía. » Éste es el mal principal de nuestra época. Existe un vacío que se ensancha cada vez más y que divide las varias clases de la sociedad. El rico evita al pobre, el pobre huye del rico; unos rehusan su simpatía y su dirección, los otros rehusan su obediencia y su respeto.

En vez del antiguo principio de que el mundo debe ser gobernado por una tutela de bondad y de seriedad, en la que las irregularidades de fortuna son reparadas por la caridad y el afecto espontáneos de aquellos que han nacido en mejores condiciones, hay hoy la regla de que el interés propio sin consideración alguna para los demás, es la estrella polar de nuestra esfera terrestre, y que todo lo que se oponga debe ser pisoteado por nuestras hambrientas herraduras.

La simpatía desaparece entre los que emplean y los que son empleados. En las grandes ciudades manufactureras viven separados los patrones y los obreros. No se conocen entre sí. No tienen simpatía los unos por los otros. Si los obreros quieren sueldos más altos, resulta una huelga, si los patrones quieren sueldos más bajos, hay una vigilante alarma. Hay cábalas por ambas partes. En seguida se propone una conferencia, algunas veces con buen resultado, y otras con malo. La agitación sigue, y se dicen cosas duras. Algunas veces prenden fuego á las casas de los patrones y sus carruajes son quemados; son llamados en auxilio los dragones y la infantería, y sigue una suspensión de hostilidades; pero ¡cuánto daño se ha causado á la cabeza y al corazón de ambas partes!

¿Y qué diremos del servicio doméstico? La necesidad de la simpatía ha muerto, por lo menos en las grandes ciudades.

Continúa un cambio constante; un lote de sirvientes reemplaza al otro. Á pesar de eso, el vivir de las familias no puede ser llevado por los principios de mero tráfico: tanto dinero, tanto servicio. Cuando entran en nuestras casas los sirvientes debieran ser considerados, en cierto modo, como miembros de la familia. Ahora es muy diferente lo que acontece; la sirvienta á pesar de que su ayuda es esencial para nuestro bienestar diario, es considerada tan sólo como una persona alquilada, que hace el trabajo que le es designado por tantas monedas corrientes. Vive en la cocina y duerme en la guardilla. Con el espacio intermedio nada tiene que hacer ella, excepto el trabajo que corresponde allí. No existe simpatía alguna entre el que emplea y el empleado, como si habitaran en países diferentes y hablaran distintos idiomas.

Dice una señora escribiéndonos respecto de Ana Mackay, quien vivió con Roberto Dick, su amo, sin sueldo ni recompensa, y que no quiso recibir sueldos bajos después de la muerte de él: « Su espíritu independiente es en realidad digno, y desgraciadamente se está haciendo cada día más raro entre nuestras gentes del campo. Es un privilegio poderlo apreciar donde exista aún, porque las cosas ruedan hoy con tan incesante y rápido cambio, que todas las ideas están completamente subvertidas. La clase de apego que tenía por su amo, concluyendo con ella y su generación, me temo que será un sentimiento desconocido en la que se está formando. Á veces me exaspero al oír hablar y al leer las reflexiones que se hacen sobre la falta de simpatía por parte de los amos para con sus sirvientes como si pudiéramos contener las frecuentes relaciones que los ferrocarriles, los vapores y un poquito de estudio han producido en los sentimientos de los sirvientes hacia nosotros. Aspiran á un cambio, y no pueden estar satisfechos sin él. »

La falta de simpatía mina la sociedad. No nos conocemos unos á otros, ó no nos miramos con interés mutuo, como debiéramos hacerlo. El egoísmo está echando profundas raíces. Nos volvemos endurecidos é indiferentes con nuestro anhelo

por el placer ó por la riqueza. Toda persona está ansiosa para adelantar á su raza, sin consideración á los sentimientos de los demás. No pensamos en ayudar para que sigan adelante, á aquellos que tienen cargas más pesadas que nosotros mismos. Las últimas palabras del juez Talfourd señalaban el mal de una condición semejante. Hace que el hombre mire indiferente el fraude y el crimen. No reconociendo la fraternidad de la raza, sólo buscan egoísta y sútilmente su propio interés pasando sobre el cuerpo y el alma y sobre las vidas y propiedades de los demás.

Al hombre ocioso y egoísta poco le importa el resto del mundo. Nada hace para ayudar al desvalido ó al desamparado. « ¿Qué me importan? dice; que cuiden de sí mismos. ¿Por qué les he de ayudar? ¡Ellos nada han hecho por mí! ¿Que sufren? Siempre habrá sufrimientos en el mundo. Lo que no puede ser curado tiene que ser sufrido. ¡Lo mismo será dentro de cien años! »

« ¿Qué me importa? » difícilmente puede ser despertado por una voz de los muertos. Está tan ocupado con sus placeres, sus negocios, ó su ociosidad, que no quiere prestar atención á las urgentes demandas de otros. Le fastidian las discusiones sobre la pobreza, la ignorancia, ó el sufrimiento. « Que trabajen, dice, ¿por qué los he de mantener? Que se ayuden como puedan. » El perezoso es un animal enérgico comparado con él. « ¿Qué me importa? »

Pero á « ¿qué me importa? » no se le deja ir tan fácilmente como se lo imagina. El hombre que mira con indiferencia á los demás, que no simpatiza y ayuda á los otros, es perseguido muy frecuentemente con una justa retribución. No le importa el impuro aire pestilencial respirado por los moradores de casas que están á algunas cuadras de la suya; pero la fiebre que ha sido engendrada allí va flotando á su casa y le arranca á aquellos que le son más queridos. No le importa la criminalidad, la ignorancia y la pobreza amontonada allí; pero el ladrón y el bandido le encuentran en su retiro. No le importa el pauperismo; pero tiene que pagar semestralmente

la contribución pesada para el sostén de asilos de desvalidos. No le importa la política: pero hay una contribución directa, que es una contribución de guerra; y á pesar de todo, se dice: « ¿Qué me importa que ésta no sea una política barata, después de todo? »

« ¿Qué me importa? » fué el hombre que tuvo la culpa de la conocida catástrofe: « Por falta de un clavo se perdió la la herradura, por falta de la herradura se perdió el caballo, y por falta del caballo se perdió el hombre. » Gallio era un « ¿qué me importa? » de quien se nos refiere que « no le importaba ninguna de estas cosas ». Los « ¿qué me importa? » como Gallio tienen generalmente un mal fin.

Los economistas políticos dicen que las relaciones entre el patrón y el empleado son simplemente un pacto de dinero: tanto servicio, tanto sueldo. En los cálculos de los economistas es éste indudablemente el contrato que *ellos* tienen que reconocer. Pero el moralista, el filósofo, el estadista, el hombre, debiera reconocer en las posiciones de patrón y sirviente un lazo social que impone á las partes ciertos deberes y afecciones que nacen de sus simpatías comunes como seres humanos, y de las posiciones que ocupan respectivamente. Debiera haber afecto por ambas partes, con el respeto debido á seres mortales. Sin esta clase de respeto, que solamente puede existir donde ha penetrado la idea de la verdadera dignidad como alma viviente, no solamente en las convicciones sino en los sentimientos, es vana la esperanza de un mejoramiento de la condición social.

« ¡Sí! dijo Sydney Smith, ¡él pertenece á la escuela utilitaria! Es un hombre tan duro que le podría pasar encima un carro con anchas ruedas, sin que le produjera impresión alguna. Si le hicierais agujeros con un barreno, estoy convencido que de él saldría aserrín. Esa escuela trata á los hombres como si no fuesen más que meras máquinas; los sentimientos ó el corazón jamás entran en sus deliberaciones. »

¿Á dónde han ido á parar nuestra honradez, lealtad y desinterés? La fidelidad parece ser un arte perdido. Ahora todo

es cuestión de dinero. El respeto mutuo se ha ido. « Aquel que no respeta, no es respetado, » dice Hérbert. Tenemos que retroceder á los tiempos pasados para encontrar nuestras máximas directoras. El obrero no respeta al patrón, y el patrón no respeta al servidor. Durante muchos años ha recibido en este país el obrero sueldos mayores que los que se daban generalmente en el resto de Europa. Ese tiempo ha pasado. Los ferrocarriles y los buques de vapor tienden á hacer casi igual los sueldos de todos los países. Ha llegado la época en que todas las clases tendrán que comenzar un sistema nuevo de vida.

No es tanta cultura literaria lo que se necesita, sino hábitos de reflexión, cuidado y economía. La riqueza no puede comprar los placeres elevados. Es el corazón, el gusto, y el criterio, lo que regula la felicidad de un hombre, y le conduce á la más elevada forma de ser. Dice Burns:

It's no in titles nor in rank;
It's no in wealth like Lon'on Bank,
  To purchase peace and rest;
It's no in macking muckle mair;
It's no in books; it's no in lear,
  To make us truly blest:
If Happiness hac not her seat
  And centre in the breast,
We may be wise, or rich, or great,
  But never can be blest[1].

Y un gran pensador ha dicho que hay tantas desdichas más allá de las riquezas como las que existen del lado de acá. El hombre rico ha perdido el espíritu de hacer frente á las dificultades en sus esfuerzos para llegar á la fortuna que ha realizado. Pero ¿qué deberá hacer con lo que ha ganado? Si no

1. « No les es dado ni á los titulos ni al rango, ni á la fortuna, aunque fuera igual á la del Banco de Londres, poder comprar la paz y el reposo; no es atesorando, ni en los libros, ni con la erudición, con lo que podremos hacernos verdaderamente dichosos: pues si la felicidad no tiene su asiento y su centro en el corazón, podremos ser sabios, ó ricos, ó grandes, pero dichosos jamás. »

tiene otro recurso más que los medios de acumular dinero, sólo es un desdichado. Le pasará lo que al rico vendedor de velas de sebo, cuyo único placer consistía en ir á su viejo almacén « en los días en que derretían grasa y hacer velas ». No ha sido educado de modo que pueda encontrar placer en los libros, para poder ver con interés los progresos de la ciencia, para poder penetrar en las muchas sendas que conducen al alivio de los afligidos. Y, sin embargo, tiene en su mano una vara de mágico poder, tiene dinero para socorrer á la miseria y para proveer á las necesidades de los que se mueren de hambre. Puede acallar el clamor de hambre. Puede alegrar el corazón de la viuda y del huérfano. Pero ¡no! Quiere más el dinero que ha adquirido, que el socorro de los desvalidos y de los miserables.

Cuanto menos pretendamos, cuanto más ajustadamente vivamos, tanto más felices seremos; porque una vida sin egoísmo mata los vicios, apaga los deseos, fortalece el alma y eleva el espíritu hacia cosas más altas. « Cuantas menos cosas necesite un hombre, dijo Sócrates, tanto más próximo está de Dios. » Cuando estaba en su lecho de muerte Urbino, el sirviente de Miguel Ángel, le velaba día y noche el anciano escultor, á pesar de sus propias dolencias, y escribió lo siguiente á su amigo Vasari : « Amigo mío, tengo que escribiros enfermo, pero debo contestar á vuestra carta. Sabréis que Urbino ha muerto. Éste ha sido para mí á la vez un favor que me ha concedido Dios, y un motivo de amarga pena; un favor, porque aquel que en vida me cuidaba, me ha enseñado á morir, no solamente á morir sin pesar, sino hasta desear la muerte. Vivió conmigo durante veinte y seis años, siempre fué bueno, inteligente y fiel. Yo le había enriquecido, y en el momento en que creía tener en él un apoyo para mi avanzada edad, se me va dejándome tan sólo la esperanza de volverle á ver en el cielo. »

Dionisio, el cartujano, habló del modo siguiente á las personas casadas: « Obrad y hablad á vuestros sirvientes como quisierais que otros lo hiciesen con vosotros si fueseis sirvientes. El amo y la señora deben manifestarse para con sus

sirvientes, amantes, pacientes, humildes y apacibles, siendo al mismo tiempo justos. Nunca deben hablarles con orgullo ó altivez; pero si se comete alguna falta en la familia deberán soportarla pía y pacientemente, ó con caridad para corregirla, teniendo presente cuántas faltas son cometidas por los sirvientes, y que sin embargo Dios tiene piedad de ellos. »

No es únicamente por nosotros para quien trabajamos y luchamos. También lo hacemos para los demás como por nosotros. Existen leyes morales, lazos de familia, afectos domésticos, gobierno y dirección del hogar, que están sobre un nivel más elevado y se hallan basados sobre consideraciones más nobles que los placeres egoístas ó el pago en dinero. Debemos cuidar de cómo dejamos que se fijen en nosotros nuestras miras. « Ninguno, dice Epitecto, que sea amante de las riquezas, ó amante del placer, ó de la gloria, puede ser al mismo tiempo amante de los hombres. » « Ser amante de los hombres, dijo san Antonio, es en verdad, vivir. » Por eso el amor es el principio universal de lo bueno. Está glorificado en la inteligencia humana. Es el único remedio para las penas de la raza humana. Es dulce, en la acción, en el saber, en la filosofía, en las maneras, en la legislación, en el gobierno.

El amor á la bondad ó excelencia es inseparable del espíritu de inconcordante execración de todo lo que es bajo y criminal. Describe Foissart á Gastón de Foix como « que era en todo tan perfecto, que no puede ser suficientemente alabado; amaba aquello que debía ser amado, y odiaba aquello que debía ser odiado ». San Agustín dice casi lo mismo : « La virtud no es más que el amor bien aplicado, que nos induce á amar lo que debe ser amado, y á odiar aquello que es digno de ser odiado. »

« ¿Qué es la templanza, dijo otro teólogo, sino el amor que ningún placer seduce? ¿Qué es la prudencia, sino el amor que ningún error induce? ¿Qué es la fortaleza, sino el amor que sufre con valor las cosas adversas? ¿Qué es justicia, sino el amor que suaviza por cierto encanto las asperezas de la vida? » Los estoicos reconocían este maravilloso poder. « Antes del

nacimiento del amor, dijo Sócrates, tuvieron lugar muchísimas cosas espantosas, á causa del imperio de la necesidad; pero cuando nació este dios, nacieron todas las cosas para los hombres. »

La reflexión, la benevolencia y la consideración por los demás, siempre se recompensarán. Producirán siempre una agradecida reciprocidad por parte de los favorecidos, y los servicios se harán con una buena disposición y una alegría que jamás se podrán obtener por el mero dinero. La simpatía es el verdadero calor y la luz del hogar, que une á las señoras y á las sirvientas, lo mismo que al esposo y á la mujer, al padre, á la madre y á los hijos; y no puede ser realmente feliz el hogar donde ella no esté, enlazando á todos los de la casa con vínculos de afecto y concordia domésticos.

El difunto sir Arturo Helps dice en uno de sus sabios ensayos: «Observáis á un hombre que se hace cada día más rico, ó que adelanta en posición, ó que aumenta su reputación profesional, y le tenéis por un hombre que ha conseguido éxito en la vida. Pero si su hogar es de aquellos que están mal ordenados, en los que ningún lazo de afecto une á la familia y cuyos anteriores sirvientes (pues habrá tenido más de los que puede recordar), miran á su estancia con él como una de las que no han sido favorecidas ni por palabras ni por acciones benévolas, sostengo yo entonces que ese hombre no ha tenido éxito. Cualquiera que sea la buena fortuna que tenga en el mundo, es necesario recordar que siempre ha dejado detrás de sí una importante fortaleza que no ha tomado. La vida de ese hombre (ó de esa mujer) es seguro que no enseña el bien cuando la benevolencia no ha encontrado un hogar común. Podrá haber esparcido rayos de luz en varias direcciones, pero ha debido haber un foco activo de amor, ese nido hogar que se forma al rededor del corazón de un hombre bueno. »

Encontramos en la encantadora pintura de la paz doméstica que nos da un autor anónimo del siglo catorce, que los jóvenes de las más nobles casas acostumbraban á servir á la mesa cuando sus padres obsequiaban á sus amigos.

Al alabar Cardán á los nobles patricios de Venecia, observa muy particularmente sus maneras amables y liberales para con sus sirvientes. Recomienda la mayor amabilidad y humanidad hacia ellos. Se dijo del noble guerrero Veccio: « Gobierna á todos los que le están sometidos, menos por la autoridad que por la razón. Cualquiera diría que es más bien el administrador que el dueño de su casa. »

Apenas es necesario hablar de la simpatía del hogar. « La primera sociedad está en el matrimonio, dice Cicerón, después en una familia y en seguida en un estado. » El padre al gobernar su familia es un monarca. Pero su poder debe ser de simpatía para aquellos que gobierna. Todo progreso principia en el hogar; y de esa fuente ya sea pura ó infecta nacen los principios y máximas que gobiernan á la sociedad. La fuerza motriz en los padres es la simpatía y el amor. « La cualidad más noble y más bella, observa Juan Pablo Richter, con que la naturaleza pudo proveer y ha provisto á la mujer en beneficio de la posteridad, fué la más ardiente, el amor, sin embargo, sin retribución y para un objeto distinto á ella misma. El niño recibe amor, y besos, y noches de desvelos, pero al principio sólo conresponde con repulsas; y la criatura débil que más necesita es la que menos retribuye. Pero la madre da su amor incesantemente, aun más, hasta se hace mayor con la necesidad y la ingratitud del que la recibe y siente el más grande por el más débil, así como el padre, el mayor, por el niño más fuerte. »

Sobre el padre recae el gobierno de la casa, sobre la madre su manejo. ¿Ha aprendido el padre á gobernar la casa por la bondad y el dominio de sí mismo? ¿Ha aprendido la mujer alguno de aquellos modos por los cuales se hace *confortable* el hogar? De no ser así se convierte el matrimonio en una espantosa lucha de palabras y acciones. « En verdad, dice sir Arturo Helps, casi creo que el jefe de una familia causa mayor mal si carece de simpatía que aun cuando fuera injusto. » Fué un bello sentimiento el que expresó aquella mujer á quien su esposo quería repudiar. « Devolvedme entonces, dijo ella, aquello que os traje. — Sí, contestó él, vuestra fortuna os será devuelta. —

No me he referido á la fortuna; devolvedme mi verdadera riqueza, devolvedme mi belleza y mi juventud, devolvedme la virginidad del alma, devolvedme mi ánimo jovial y el corazón que nunca había sufrido desengaños. »

Para que un hombre sea feliz, tiene que tener en su esposa una compañera de su alma, lo mismo que una compañera de labor. Ambos tienen que ser leales, castos y llenos de mutua simpatía. Hacia sus hijos tienen que ser amorosos. Hay muchos sinsabores en la vida de familia, pero pueden ser vencidos por el dominio de sí mismo y por la abnegación. « La paciencia, dice Tertuliano, adorna á la mujer y prueba al hombre. Es querida en un niño y es alabada en un joven. En toda edad es bella. » Instruyendo don Antonio de Guevara á un caballero de Valencia sobre los deberes de un esposo, le dice que, si quiere contestar á cualquier palabra de un hombre enojado, no le bastarán ni las fuerzas de Sansón, ni la sabiduría de Salomón. Por eso, paciencia é indulgencia. Una onza de buen humor vale más que una tonelada de melancolía.

La vida de una mujer no puede ser vista nunca en su forma exterior, mucho menos en la interna. Pero la mejor preparación para ambas es la cuidadosa preparación femenina, su herencia natural. La palabra es indefinible. Se la ve en la debilidad, la necesidad de apoyarse, de confiar, de fiarse, de reverenciar y de servir; como asimismo se la ve en la fuerza que la pone en estado de poder sufrir, de proteger, de defender y de soportar. La hallamos en la plasticidad que da tal poder maravilloso de adaptación, como también en la firmeza que sólo cede ante e deber; en la gentileza que atrae y en la consagración de sí misma que sojuzga. La verdadera esposa toma interés simpático en las ocupaciones de su esposo. Ella le alegra, le anima, le ayuda. Goza en sus éxitos y en sus placeres, y hace que sus vejaciones ó enfados sean los menos posibles. Cuando Faraday tenía setenta y dos años, y después de un largo y feliz matrimonio, escribió á su mujer: « Estoy ansioso de verte, amada mía, y que hablemos juntos sobre asuntos, y recordar todas las bondades de que he sido objeto. Llena está mi cabeza y m

corazón también; pero mi memoria decae rápidamente, hasta en lo que respecta á los amigos que están conmigo en la habitación. Tendrás que volver á tomar tu antigua ocupación de ser una almohada para mi espíritu y un descanso, una mujer que hace feliz. »

Ningún hombre tenía más simpatía que Carlos Lamb. Habrá pocas personas que no conozcan el acontecimiento más horroroso de su vida. Cuando su hermana María tenía veinte y un años, clavó un cuchillo en el corazón de su madre, por efecto de un acceso de locura. Desde ese momento resolvió su hermano sacrificar su vida por su « infeliz, querida, queridísima hermana », y voluntariamente se hizo su compañero. Abandonó todo pensamiento de amor y de matrimonio. Bajo la fuerte influencia del deber, renunció al único afecto que había tenido. Con una entrada anual apenas de cien libras esterlinas, emprendió la jornada de la vida, fortificado por el afecto hacia su hermana. Ni el placer, ni el trabajo lo desviaron jamás de su propósito.

Cuando ella salía del asilo, consagraba parte de su tiempo en la composición de los *Tales from Shakspeare* y otras obras. Hazlitt habla de ella como de una de las mujeres más sensatas que jamás haya conocido, aunque durante su vida tuviera repetidos accesos de locura y que aun cuando se hallaba bien estaba constantemente en el límite de la demencia. Cuando sentía que le venía un acceso de locura, la tomaba Carlos del brazo y la llevaba al asilo de Hoxton. Era conmovedor ver caminar juntos al hermano menor conduciendo á la hermana mayor, llorando ambos por el camino, para ellos tan doloroso. Llevaba él en la mano la camisa de fuerza y la entregaba al cuidado de las autoridades del asilo. Cuando volvía á recobrar la razón, regresaba ella al hogar del hermano, quien la recibía lleno de contento, tratándola con la más exquisita ternura. « Dios la ama, decía él, ojalá que nosotros nunca nos amemos menos. » Duró cuarenta años su afecto, sin una nube, excepto aquellas que eran producidas á causa de las fluctuaciones de la salud de su hermana. Lamb cumplió su deber noble y virilmente, y cosechó una recompensa apropiada.

La simpatía por otros se exhibe á menudo en el deseo de salvar las vidas de los que están en peligro. Hemos referido ya muchos casos de esta clase, pero falta aún que mencionar otro. Un día se paseaba sola lady Watson á orillas del mar recogiendo conchas para su museo. Al levantar la vista vió á un hombre solitario sobre un arrecife rodeado de agua. No sabía ella quién era él, pero estaba en peligro de perder la vida y se resolvió á salvarle. La marea crecía rápidamente y las olas se lanzaban con furia contra la costa: parecía casi imposible poder salvar de su posición peligrosa al hombre desamparado. Á pesar de ello llamó á los barqueros, y ofreció una crecida recompensa á los que quisieran hacerse á la mar y salvaran al hombre. Al principio dudaron, pero finalmente salió un bote y llegó á la roca cuando ya el hombre tenía agotadas sus fuerzas. Consiguieron ponerle á bordo y lo llevaron salvo á tierra. ¡Cuál no sería la sorpresa de la señora al reconocer en el individuo salvado á su propio esposo, sir Guillermo Watson!

Hasta una buena palabra dicha á tiempo es recordada. El célebre doctor Sydenham observó que cualquiera, más tarde ó más temprano, sería mejor ó peor por haber hablado á un hombre bueno ó á uno malo.

El cura de Olmey, el amigo de Cowper, era una de aquellas personas á quienes pocos individuos podían hablar sin sentirse mejores.

Decía él de sí mismo : « No podría vivir más tiempo del que pudiera amar. »

« El recuerdo de una mujer me salvó de muchas tentaciones, escribió uno que había hecho una vida salvaje en un país salvaje. Ninguno de los de mi familia la conoció nunca; había muerto antes que yo saliese de mi país. Pero había algunas cosas que de otro modo hubieran sido demasiado para mí, de las que me hallaba perfectamente libre, nada más que porque la amaba. Sentía como que nunca y de ninguna manera había perdido su amor, y no podía ir con él en mi corazón á sitios donde yo nunca la hubiese podido llevar conmigo. Cuando me sentía algo solo porque no podía juntarme con aquellos que

habían sido mis compañeros, envolvía á mi corazón con el pensamiento de que era en obsequio de ella[1].

He aquí una historia que muestra la más completa falta de simpatía. Fué referida en un sermón por Roberto Collyer, pastor de la Iglesia Unida de Chicago, ahora de Nueva York. Collyer nació en Keighley en Yorhshire, pero pasó la mayor parte de su vida en Ilkley, que es ahora uno de los sitios balnearios que están más en moda. Estuvo de aprendiz con Jackie Birch; herrero. Se casó siendo aún oficial herrero. Se hizo predicador secular de los metodistas. Después pasó á América y se hizo allí predicador. Sus sermones están llenos de vida, poesía y elocuencia, basados sobre un profundo conocimiento del carácter humano.

« Recuerdo, dice, que en una de nuestras fiestas de amor en la iglesia metodista de Inglaterra, hará unos treintas años ó más, se levantó un hombre y nos refirió cómo había muerto su mujer de la fiebre, y en seguida, uno tras otro, todos sus hijos, y que había estado tan tranquilo y sereno al acontecerle esto, como si nada hubiera sucedido; no sufriendo en lo más mínimo, no sintiendo ningún dolor absolutamente; resguardado y amparado, según lo creía él, por la gracia divina, y hasta ese momento en que nos hablaba, no tenía la menor pena en su corazón.

» Así que hubo terminado, poniéndose de pie el sabio y viril predicador anciano que presidía la reunión dijo : Bien, hermano, idos á vuestra casa, entrad en vuestro dormitorio, poneos de rodillas, y no os volváis á levantar, si lo podéis evitar, hasta que no seáis otro hombre. Lo que nos habéis referido no es un signo de gracia; es una prueba del corazón más empedernido que jamás haya visto en un cristiano. En vez de ser un santo, difícilmente sois bastante bueno para ser un pecador decente. La religión no arranca nunca la humanidad de un hombre, lo hace más humano; y si algo tuvierais de humano, esas calamidades que habéis tenido hubieran debido destrozar

1. Miss J. F. Mayo.

vuestro corazón. Yo sé que eso habría pasado con el mío, y no pretendo tener algo más de santo que cualquier otro individuo; por eso os aconsejo, que jamás volváis á referir esa historia en una fiesta de amor. »

Tomemos otra historia conmovedora de los *Sermones* de Collyer, que pone de manifiesto el poder de la simpatía en otra dirección, y más verdadera. « Allá lejos, creo que en Edimburgo, estaban parados dos caballeros en la puerta de un hotel en un día muy frío, cuando un muchachito, con la cara delgada y azul, los pies descalzos y morados con el frío, y sin tener para cubrirse sino un montón de andrajos, se les acercó y dijo: « Señores, hacedme el gusto de comprarme unos fósforos. — No, no necesito, » dijo uno de los caballeros. « No cuesta más que un penique la caja, » dijo con empeño el muchacho. « Bien, pero tú ves que no necesito una caja. — Entonces os voy á dar dos cajas por un penique, » dijo finalmente el chiquillo. « Y para librarme de él, dice el señor que refiere la historia en un periódico inglés, compré una caja; pero vi entonces que no tenía cambio, así es que le dije: « Compraré una caja mañana. — ¡Oh! comprádmela ahora, suplicó el muchacho; voy corriendo por el cambio, porque tengo mucha hambre. » Dile pues el chelín y él se alejó. Le esperé, pero no vino el muchacho. Pensé entonces que había perdido mi chelín; sin embargo había en la fisonomía del muchacho algo que me hacía confiar en él y no quería pensar nada malo en su contra.

» Bien, ya avanzada la noche, se presentó uno de los sirvientes y dijo que había un muchachito que quería verme. Cuando éste fué introducido, vi que era un hermanito menor del muchacho que había recibido mi chelín, pero era, si esto es posible, más andrajoso, y pobre, y flaco. Estuvo por un momento metiendo sus manos en sus andrajos como si buscara algo; y en seguida dijo: « ¿Sois vos el caballero que compró los fósforos á Sandie? — ¡Si! — Bien, aquí tenéis cuatro peniques de vuestro chelín. Sandie no puede venir. No está bien. Un carro le dió contra el suelo y le ha pasado por encima, y ha perdido su gorro, y sus fósforos, y vuestros once peniques; y sus dos pier-

nas están quebradas, y no está bueno absolutamente, y el médico dice que se va á morir, y por eso no os puede dar el resto,» poniendo sobre la mesa cuatro peniques; y en seguida se puso á sollozar el pobre niño. Dile de comer al hombrecito, continúa refiriendo el caballero, y después me fuí con él á ver á Sandie.

» Me encontré que los dos pobrecillos vivían con una madrastra miserable y borracha, habiendo muerto su madre y su padre también. Encontré al pobre Sandie tirado sobre un atado de virutas; me reconoció conforme entré, y dijo: « Tenía el cambio, señor, y regresaba; y entonces me dió contra el suelo el caballo, y mis dos piernas están quebradas. Y ¡Roberto, Robertito! ¡Estoy seguro que me estoy muriendo! ¿y quién te va á cuidar, Roberto, cuando haya muerto yo? ¿Que vas á hacer, Roberto? » Tomé entonces la mano del pequeño paciente y le dije que siempre cuidaría de Roberto. Me comprendió y apenas tuvo fuerzas para mirarme como si quisiera darme las gracias; después se apagó la mirada de sus azules ojos; y en un momento

He lay within the light of God,
Like a babe upon the breast;
Where the wicked cease from troubling,
And the weary are at rest [1].

La simpatía exalta á la humanidad. Su sinónimo es amor. Sale al encuentro de las necesidades de los afligidos y oprimidos. Doquiera que haya crueldad, ó ignorancia, ó miseria, extiende la simpatía su mano para consolar y aliviar. La vista del pesar, el sonido de un quejido, se apoderan de un ánimo simpatizador y no lo dejan. De la simpatía y de la justicia han emanado algunos de los acontecimientos más grandes de los tiempos modernos. ¿Necesitamos mencionar la abolición de la esclavitud en Inglaterra, en América y en Francia; la educación

1. Estaba en la luz de Dios cual una criatura sobre el seno; donde el perverso cesa de causar mal y los fatigados descansan. (*La Vida presente* y *Naturaleza y Vida*, sermones por Roberto Collyer, pastor de la Iglesia Unida, Chicago.)

de los ignorantes; la difusión de las escuelas dominicales; los esfuerzos para la difusión de la templanza; la elevación de las clases oprimidas, por la que tanto interés se toman hombres y mujeres de las mejores clases?

Hay lugar para la ayuda simpatizadora de todos. Quien ama á Dios ama á sus semejantes — pobres ó ricos — y no puede dejar de ser justo, leal, y misericordioso. « El hombre justo, dijo Masillon, está más arriba del mundo, y es superior á todos los sucesos. Todas las criaturas están sometidas á él y él solamente está sometido á Dios. » Cuidar á los enfermos, visitar á la viuda y al huérfano en sus aflicciones, realizar ó contribuír á las obras de benevolencia, ayudar á los pobres, todo esto necesita actividad, misericordia y amor.

« Decid lo que queráis, dice el doctor Martineau, de los fracasos y errores del entusiasmo cristiano, ningún celo que consideréis el más racional, ha hecho ni la mitad que él por la humanidad doliente. Cuando ha errado sus propios fines, ha logrado otros á los cuales nunca se hubiera dirigido ningún otro celo más frío. Si no hubiese sido por la Iglesia, ¿dónde habría estado la escuela de la cristiandad? Si no hubiera sido por el ejército de misioneros, acosado y vencido como lo ha sido á menudo, ¿dónde estarían las fronteras de la civilización que avanzan y que están sometiendo á la barbarie del mundo? Si no hubiera sido por la reverencia que se siente por las almas de los hombres, ¿cuánto tiempo no hubiésemos tenido que esperar á las diversas formas de piedad y de curación para el cuerpo? Los cristianos pueden muy bien haber emprendido muchas cosas locas; pero ¿quiénes han efectuado otras más sabias? Pueden haber dicho demasiado sobre el desprecio del mundo, ¿pero quiénes han hecho más para hacerlo habitable? Y en otra parte: « Si entre los más pobres han sido tocados una vez los resortes vivos de la religión, y una familia llega á temer á Dios, tiene lugar en el acto una trasformación; los andrajos desaparecen; vuelve el ajuar; disminuye la enfermedad; las criaturas se ennoblecen; las querellas desaparecen; las épocas malas son sobrellevadas mejor que antes, y el pesar, que

antes era sombrío é intratable, está lleno de esperanza y de confianza. »

« Hasta los más pobres de entre los pobres, dice Wordsworth, han sido ellos mismos los padres y los interventores de algún pequeño beneficio. » Un zapatero de viejo dió principio á las escuelas de pobres en Portsmouth. El doctor Guthrie dijo de él: « Juan Pounds es una honra para la humanidad, y merece el más grande monumento que jamás se haya levantado en las costas de la Gran Bretaña. » Un impresor de Gloucester dió principio á las escuelas dominicales inglesas y merece un monumento más alto aún que el de Juan Pounds. Un zapatero de Newcastle principió las misiones en la India. Una joven empleada en los talleres inició la Sociedad Religiosa de Muchachos Fundidores, de Glasgow.

Los pobres conocen mucho mejor que los ricos lo que necesitan las personas pobres. Las grandes ciudades no tienen para mostrarnos nada tan aflictivo como sus niños viejos, con sus sagaces caras ansiosas y sus cejas contraídas, en las que está estampada la penosa inquietud. El hogar del pobre no es á menudo un hogar. El pobre y el rico viven separados y aparte. Hay de por medio muchas barreras que impiden su comunicación social. Los pobres no tienen sociedad alguna más allá de su propia clase. No tienen medio de escapar del trato con los rústicos y los que no tienen educación. Los hijos de los hombres pobres sólo existen como otros tantos rivales por el alimento con sus padres, se les empuja para entrar prematuramente en las rudas realidades de la vida. Para las clases superiores son los pobres como los habitantes de un país inexplorado.

Es únicamente el pobre quien real y verdaderamente siente por el pobre. Sólo ellos conocen los sufrimientos de cada uno de ellos; sólo ellos conocen la necesidad de simpatía y de bondad de cada uno de ellos. Las gentes podrán decir lo que quieran de la caridad de los ricos, pero no es nada comparada con la caridad de los pobres. En las épocas de privación, de enfermedad, de inclemencia y de aflicción, son los pobres los con-

soladores y auxiliadores entre sí mismos hasta un extremo tal, que jamás se lo imaginan en los círculos más favorecidos. Satisfechos con trabajar penosamente por un sueldo mezquino, de día en día, y de año en año, tienen á pesar de ello con que dar cuando un hermano está necesitado ó en un apuro. Ni falta nunca una mano amiga que arregle la almohada, y haga todos aquellos servicios de amabilidad que hacen más tolerables la enfermedad y el sufrimiento. Á este propósito son las mujeres de las clases pobres especialmente desinteresadas é incansables. Hacen sacrificios, y corren peligros, y sufren privaciones, y practican la paciencia y la bondad en un grado tal que el mundo jamás conoce, y que apenas lo creería si lo supiese.

Mucho se ha hablado últimamente sobre Roberto Raikes, así es que lo que digamos respecto de él será muy breve. Las escuelas dominicales habían existido antes que él. Ya hemos mencionado la escuela de Carlos Borromeo, que ha existido desde hace más de cuatrocientos años. Existían escuelas dominicales en Inglaterra en una época muy posterior. Fué Guillermo King, fabricante de cardenchas para lana, en Dursley, quien primero dió la idea á Raikes. Había establecido una escuela dominical en Dursley, la que fracasó por falta de cooperación, aunque él nunca perdió la fe en su plan. Estando un domingo en Gloucester, fué á visitar á Raikes, y se fueron á pasear cerca de la isla, una de las partes más bajas de la ciudad. Allí estaban ocupados en sus juegos los muchachos andrajosos. « ¡Que lástima, dijo King, que el domingo sea profanado así! — ¿Pero cómo se le puede cambiar? » preguntó Raikes. « Señor, abrid una escuela dominical como yo lo he hecho en Dursley con la ayuda de un leal jornalero; pero la multitud de negocios me impiden dedicar tanto tiempo á ello como desearía, pues siento la necesidad del descanso. »

Visitó Raikes la prisión de Gloucester. Encontró allí á un joven sentenciado á muerte por robo de noche con fractura de puertas. « Jamás había recibido la menor instrucción, dice Raikes. Jamás había elevado una oración á su Creador Conocía el nombre de Dios sólo como una palabra de que se

servía para jurar. Estaba completamente desprovisto de ideas sobre el estado futuro. » En el ánimo de Raikes causó esta entrevista una gran impresión. Muy pocos niños recibían educación en los suburbios de la ciudad. En cuanto podían hacer algo, se les ponía al trabajo, y en los momentos desocupados, en los cuales el domingo era el principal, se dejaba á los niños sin ninguna sujeción.

Fundó entonces una escuela dominical. Tenía simpatía por la infancia, y se captó el amor de los pequeños perdularios, como les llamaba cariñosamente. Se propuso enseñarles á leer y á aprender el catecismo cristiano, é inculcar el orden en los pequeños paganos. En 1783 alquiló cuatro escuelas, y convino en dar un chelín á cada uno de los maestros de los niños abandonados. El cura de la parroquia fué invitado también para que visitara las escuelas los domingos por la tarde, y que examinara el progreso que hacían los discípulos. Las escuelas de Raikes poseían el más valioso elemento de enseñanza; verdadero amor á los niños por parte de los maestros. Sus corazoncitos fueron animados por el amor de aquellos que los ejercitaban.

Como á los treinta años del establecimiento de las primeras escuelas de Raikes, fué á visitarle un joven cuákero llamado José Lancaster, á cuyos enérgicos esfuerzos se debió la formación de la sociedad conocida después por « Sociedad escolar británica y extranjera », para dar semanalmente instrucción á los hijos de los pobres. En esa época tenía setenta y dos años de edad el fundador de las escuelas dominicales, y ya no podía hacer trabajo activo, pero siempre tomaba un vivo interés en su amadísima institución. Muchas fueron las preguntas de Lancaster con respecto del origen de las escuelas dominicales; y se ha conservado una relación muy interesante de una de las contestaciones de Raikes.

Apoyándose sobre el brazo de su visitante, le condujo el anciano por las calles de Gloucester hasta el sitio, en una calle trasera, donde tuvo asiento la primera escuela. « Deteneos aquí », dijo el anciano. Después, descubriéndose y cerrando

los ojos, estuvo por un momento en silenciosa plegaria. En seguida dió vuelta hacia su amigo, mientras que las lágrimas le corrían por las mejillas, y dijo : « Este es el lugar en que yo estaba parado cuando vi el desamparo de los niños y la profanación que del domingo hacían los habitantes de esta ciudad. Cuando pregunté: ¿No se podrá hacer algo? contestó una voz: Prueba. Yo probé, y ved lo que Dios ha efectuado. Nunca puedo pasar por este sitio, donde la palabra « prueba » llegó tan poderosamente á mi ánimo, sin levantar mis manos y el corazón hacia el cielo en señal de gratitud á Dios, por haber puesto ese pensamiento en mi corazón. »

Sabiendo que Raikes era un constante visitador durante muchos años, tanto de las cárceles de la ciudad como del campo, y que tenía muchas oportunidades para informarse de si alguno de los tres mil niños cuya educación había vigilado habían tenido entrada en dichas cárceles, le preguntó directamente Lancaster si eso se había efectuado. Recurriendo á su memoria, que era vigorosa y sana á pesar de esa edad avanzada, contestó Raikes resueltamente : « ¡No! [1] ».

María Ana Clough, la joven empleada en los talleres de Glasgow, ocupaba una posición mucho más humilde en la sociedad que Roberto Raikes. Era una simple obrera, mientras que él era redactor de un periódico. Pero encontró la oportunidad, como cualquiera puede hacerlo, de ayudar á cuidar las heridas de la humanidad. No fué la « cultura » lo que la inspiró, sino la tierna simpatía femenina. Trabajaba con sus manos para ganarse el cotidiano pan; pero el amor, el gran educador, la llevó á un campo más elevado de labor. Cuando terminaba su quehacer diario era que daba comienzo á su tarea de amor. Había visto una cantidad de pobres muchachos empleados en las fundiciones, de quienes parecía que nadie se ocupaba. Estaban completamente descuidados, y desde temprana edad eran iniciados en las lecciones del vicio. La joven se compadeció de ellos. « Voy á intentar, se dijo ella,

1. *Roberto Raikes, periodista filántropo*, por ALFREDO GREGORY, 1877.

á ver si los puedo traer hacia Dios, y que hagan lo que es bueno. »

Tan luego como hubo formado esta resolución, se esforzó en ponerla en práctica. Pidió y obtuvo una habitación debajo del taller en que trabajaba. La abrió un domingo en junio de 1862. Bien pronto reunió en torno suyo un número de muchachos de las fundiciones, con ropas andrajosas y caras sucias, que venían de las callejuelas traseras donde tenían la costumbre de pasar su tiempo fumando ó en groseras conversaciones. Les enseñó á deletrear, á leer, á ser aseados, buenos y religiosos. Amaba á estos muchachos pobres, descarriados y abandanados. Les ayudaba eficazmente en sus necesidades.

Pero no se limitaban á los domingos sus esfuerzos para beneficiar y salvar á esos muchachos. Ocupaba todas sus horas libres de la semana. Esta noble joven, conforme terminaba el trabajo diario, buscaba los hogares de los muchachos, si hogares se les podía llamar. Á todos los conocía, sabía su triste historia, sus contingencias y penalidades; y gracias á sus principios cristianos, á sus modales atractivos y excesiva benevolencia, adquirió sobre ellos una influencia que fué productora de los más felices resultados.

En verdad, se distinguían tanto de los otros de la misma clase y oficio, por su laboriosidad superior, su buena conducta, y su abstención del uso de malas palabras que « los muchachos de María Ana », llegó á ser un proverbio en las fundiciones.

« ¡Cáusale á uno pena, dice el doctor Guthrie, cuando se piensa que hay tantos cristianos, con diez veces más tiempo, más dinero, más educación, más influencia, que no han hecho ni la décima parte del bien que ha realizado esta joven! Si alguien hubiera podido dar con justicia la excusa: « ¿Soy acaso el cuidador de mi hermano? » lo era quien hallaba difícil poderse cuidar á sí misma, quien, levantándose todas las mañanas al sonido de la campana del taller y yendo presurosa por las obscuras y silenciosas calles, ya había hecho

horas de trabajo antes que la mitad del mundo estuviera despierto... Y muchas noches salía en su misión de misericordia, para buscar á los extraviados y levantar á los caídos, y curar con sus propias manos las heridas de la humanidad. »

Durante unos tres años continuó María Ana Clough sus nobles tareas, cuando al fin se vió obligada á entregarlas á otras manos, á causa de su salud decayente. Pero la semilla sembrada por ella había echado raíces, y maduró en una cosecha benéfica. En 1865 se formó la Sociedad Religiosa de Muchachos de Fundiciones, en Glasgow. En seis años tenía una lista de 14,000 muchachos y niñas dirigidas por una plana mayor de unos 1,500 monitores y más de 200 señores. Más de 300 caballeros han dado conferencias á los niños en diversas partes de la ciudad. Todo se ha hecho en favor de su elevación social.

Su sociedad formaba un lazo de unión entre la escuela dominical y la iglesia. La educación religiosa y la seglar se daban libremente. La templanza era la nota fundamental de la institución. Se establecieron bancos de peniques y cajas de ahorro. Probaron ser otra fuente de poder las sociedades corales y las bandas de música. Todos los sábados por la noche se daban reuniones musicales. Se hacía todo aquello que pudiera retraer á la juventud del abandono, la ignorancia, y perversidad de la vida de la ciudad. Con excepción de los maestros superiores seglares, son voluntarios todos aquellos que trabajan por la institución, su trabajo es hecho por amor.

En el verano hacen sus días de fiesta en el campo los muchachos y las niñas con sus directores. Generalmente van al parque Inverary, perteneciente al duque de Argyll, quien es Presidente Honorario de la Sociedad. En una de esas ocasiones, fué cuando conocimos el noble trabajo hecho por dicha institución. Á pesar de conservar aún el nombre de la Sociedad de Muchachos de Fundiciones, ha sido ampliado el círculo de su acción, hasta que se ha convertido en una sociedad para toda clase de muchachos y niños trabajadores. El bien que ya ha hecho es indecible. ¡Ojalá que todas las ciudades tuvieran una institución semejante! Hasta el presente sólo ha sido imitada

en Escocia, en Greenock, Edimburgo, Dundee, y Aberdeen. ¿Qué hacen Manchester, Leeds, Bladford, y las ciudades manufactureras tan pobladas del norte de Inglaterra? Instituciones tales establecidas en esos lugares, serían de un inmenso beneficio y utilidad.

CAPÍTULO XI

La Filantropía.

Sé amigo de Dios, ten fe y esperanza, y obra. — MIGUEL SCOTT [1].

La dulce misericordia es el verdadero emblema de la nobleza. — SHAKSPEARE [2].

¡Oh, hermano, que desfallecéis en vuestro camino! Infeliz hermana, de quien los justos huyen, ahí vendrá para vosotros antes que la vida y las fuerzas os abandonen, un brazo qua llevará vuestra carga. — *La Oda de la Vida* [3].

Muchos gemidos emanan de hombres que mueren, y que nosotros no oímos. Muchos lamentos son lanzados por las viudas y los huérfanos, que no llegan á nuestros oídos. Muchas mejillas están humedecidas por las lágrimas, y muchas caras llenas de tristeza por un pesar inexpresado, que nosotros no vemos. La cruel tiranía es alentada. Las cuadrillas de ladrones son robustecidas, y á millares se les tiene en irremediable esclavitud aunque nunca nos hicieron daño alguno. — JUAN WOOLMAN (cuákero) [4].

Los hombres tardan en abandonar su fe en la fuerza física, como necesaria para la dirección, la corrección y disciplina de los demás. La fuerza es un cosa muy evidente, y excusa

4. Sir amicus Dei, fide, spe, et opere. — MICHAEL SCOTT.

2. Sweet mercy ir nobility's true badge. — SHAKSPEARE.

3. O brother, fainting on your road!
Poor sister, whom the righteous shun,
There comes for you, ere life and strength be done,
An arm to bear your load. — *The Ode of Live.*

4. Many groans arise from dying men, which we hear not. Many cries are uttered by widows and fatherless children, which reach not our ears. Many cheeks are wet with tears, and faces sad with unutterable grief, which we see not. Cruel tyranny is encouraged. The hands of robbers are strengthened, and thousands are kept in helpless slavery, who never injured us.
JOHN WOOLMAN (*Quaker*), 1775.

toda investigación sobre las causas y los efectos. Es el camino más corto para arreglar los asuntos sin consideración ninguna por los argumentos. Es la lógica sumaria de los bárbaros, entre quienes el mejor hombre es aquel que pega más fuerte ó apunta mejor.

Hasta las naciones civilizadas han sido tardas en extremo para abandonar su fe en la fuerza. Aun es estos últimos tiempos arreglaban sus querellas por medio del duelo los hombres de honor que habían tenido diferencias entre sí; y los gobiernos, casi sin excepción ninguna recurren á las armas para arreglar sus disputas sobre territorios ó convenios internacionales. Á la verdad, hemos sido criados y educados en la creencia de la eficacia de la fuerza, la guerra se ha identificado tanto en la historia con el honor, la gloria y toda clase de nombres altisonantes, que apenas nos podemos imaginar como cosa posible que la construcción de la sociedad pueda sostenerse unida, donde el ejercicio de la fuerza no exista, y en su lugar se sustituya el amor, la benevolencia y la justicia.

Sin embargo, se alimentan ahora por doquiera las dudas con relación á la eficacia de la política de la fuerza. Se sospecha que la fuerza engendra más resistencia de lo que vale, y que si los hombres son deprimidos por medios violentos, nace un espíritu de rebelión que revienta de tiempo en tiempo en hechos violentos, en odios, en vicios y en crímenes. Tal ha sido en verdad, el resultado de la política de la fuerza, en todos los países y en todas las épocas. La historia del mundo es en gran parte la historia de las faltas y de los abusos de la fuerza física.

¿Nos hacemos más discretos? ¿Principiamos á comprender que si queremos hacer mejor y más felices á los hombres debemos recurrir á una fuerza más grande y más benéfica : la fuerzas de la bondad? Los métodos como éstos para tratar á los seres humanos, en ningún caso han producido nunca la resistencia ó la rebelión, jamás los han hecho peores, sino que en todos los casos los han hecho mejores. ¡El amor es un poder restringente! eleva y civiliza á todos aquellos que caen bajo

su influencia. Indica la fe en el hombre, y sin fe en la naturaleza mejor del hombre, no hay método alguno que sirva para mejorarla. La bondad hace aparecer la parte mejor de toda naturaleza, desarmando á la resistencia, disipando á las pasiones irritadas, y enterneciendo al más empedernido corazón. Vence al mal y fortalece al bien. Extended el principio á las naciones y todavía tiene aplicación. Ya ha desterrado las contiendas entre familias, entre provincias; dejad que tenga una acción libre, y también cesarán las guerras entre las naciones. Aunque la idea pueda parecer ahora una utopía, llegarán las futuras generaciones á considerar la guerra como un crimen demasiado horrible para llevarlo á cabo.

« El amor, dice Emerson, daría una nueva faz á este fatigado y viejo mundo, en el que habitamos como paganos y enemigos por demasiado tiempo; y haría bien al corazón ver cuán pronto serían suplantados por este niño desarmado la vana diplomacia del hombre de Estado, la impotencia de los ejércitos, las marinas, y líneas de defensa. El amor se arrastra donde no puede caminar; llevará á cabo por medios inperceptibles siendo su propio punto de apoyo, palanca, y fuerza motriz, aquello que nunca realizará la fuerza. ¿No habéis visto en los bosques, en una mañana á fines del otoño, á un pobre hongo ó seta, planta sin solidez ninguna, aun más, que no parecía ser sino una blanda gelatina, cómo con su constante, atrevido, é inconcebible empuje suave, consigue abrirse paso á través del helado suelo y levantar al fin sobre su cabeza una costra dura? Éste es símbolo del poder de la bondad. La virtud de este principio en la sociedad humana, en su aplicación á los grandes intereses, está fuera de uso y olvidada, y en la historia ha sido tratada uno ó dos veces en esclarecidos casos, con señalado éxito. Este gran cristianismo nuestro, exuberante y apagado, aun mantiene vivo, por lo menos, el nombre de un amante de la humanidad. Pero algún dia serán amantes todos los hombres, y toda calamidad será disuelta en la solana universal. »

En épocas pasadas ha sido usado horriblemente el principio

de fuerza en el tratamiento de los locos, los leprosos, los galeotes y los criminales. Los locos eran encadenados y encerrados en jaulas de herro como si fueran fieras salvajes. Los leprosos eran desterrados de las ciudades, obligándoseles á vivir en remotos lugares, lejos de todo ser humano, á pesar de ser ellos mismos seres humanos [1]. Los galeotes eran obligados á trabajar al remo hasta que morían en el infortunio. Los criminales eran amontonados sin consideración de edad ó de sexo, hasta que las cárceles de Europa llegaron á ser verdaderas sentinas de iniquidad. Hará unos cuatrocientos años los criminales eran entregados para su vivisección á los cirujanos de Florencia y de Pisa. Su puesto es ocupado hoy por animales.

San Vicente de Paul era un filántropo del orden más elevado. Era hijo de un labrador del Languedoc. Su padre le educó para el sacerdocio, vendiendo los bueyes de su arado para poderle costear los gastos del colegio. Le fué dejado un

1. El siguiente pasaje conmovedor fué escrito por el difunto poeta Heine, las últimas palabras que escribiera para la prensa : « En el año de 1480, dice el *Limburg Chronicle*, todo el mundo tocaba y cantaba canciones, más agradables y encantadoras que las que jamás se habían conocido hasta entonces en tierra alemana, y todos, jóvenes y viejos, y en especial las mujeres, estaban casi locos por ellas, de tal modo, que su melodía se oía desde por la mañana hasta la noche. Agrega el *Chronicle* que el autor de estos cantos era un escribiente joven, atacado de lepra, que vivía solo en desolado sitio y oculto al mundo. Sabréis sin duda alguna, querido lector, cuán terrible enfermedad era esta lepra en la edad media, y como eran desterrados de toda sociedad los infelices que caían bajo esta incurable enfermedad y á quienes no se les permitía aproximarse á ningún ser humano. Cual cadáveres vivos peregrinaban, envueltos de pies á cabeza, echada sobre su rostro la caperuza, y llevando en su mano una campanilla, llamada campanilla de Lázaro, con la cual advertían su proximidad, para que todos pudieran alejarse de ellos con tiempo. Este pobre escribiente, pues, cuya fama de poeta y cantor pregona el *Limburg Chronicle*, era cabalmente uno de esos leprosos, y allí permanecía en la triste desolación de su miseria, mientras que toda la Alemania, alegre y melodiosa, cantaba y tocaba sus canciones... Algunas veces en las sombrías visiones de la noche, creo ver ante mí al pobre escribiente del *Limburg Chronicle*, mi hermano en Apolo, y sus melancólicos ojos llenos de dolor dirigen de una manera singular su mirada sobre mí por debajo de su caperuza; pero en el mismo instante parece desaparecer, y desvaneciendo en la distancia cual efecto de un sueño, oigo el destemplado tintín de su campanilla de Lázaro. »

pequeño legado por un amigo de Marsella, y fué allí por mar para recibirlo. Regresó á su casa por mar, y el buque en que iba fué capturado por tres corsarios africanos, después de una fuerte lucha. Durante el combate fué herido gravemente san Vicente por una flecha. La tripulación y los pasajeros fueron también encadenados, entre ellos san Vicente; conducido á Túnez luego y hecho galeote. No sirviendo para el trabajo de mar, y estando constantemente enfermo, fué vendido á un médico moro. Al cabo de un año murió su amo, y fué vendido de nuevo á un labrador natural de Niza. San Vicente volvió á convertir al cristianismo á su amo, y resolvieron huír juntos. Se hicieron á la mar en una pequeña embarcación, y desembarcaron en Aigues Mortes en el sur de Francia.

Poco después entró san Vicente de Paul en una hermandad, en Roma, cuya misión era cuidar á los enfermos en los hospitales. En seguida se trasladó á París, donde continuó en la misma tarea. Entonces entró de preceptor en la familia del conde de Joigne, que era inspector de las galeras ó pontones. Allí vió el joven sacerdote horribles espectáculos, hombres encadenados á los remos, y trabajando cual esclavos africanos. Se consagró á su auxilio con tal éxito, que llegando sus obras á conocimiento de Luis XIII, le nombró limosnero general de las galeras. En una ocasión llegó hasta ocupar el puesto de uno de esos míseros proscriptos. El preso se fué en libertad, mientras que san Vicente llevaba su cadena y hacía el trabajo del presidario. Se mantenía con el alimento de los presidarios y vivía en su sociedad. Muy luego fué descubierto y puesto en libertad; pero las heridas que le habían causado las cadenas del presidario le quedaron para toda la vida. Fué repuesto en su posición y siguió trabajando con santo ardor. Convirtió á la penitencia á muchos de los presidarios, y por medio de sus ardientes prédicas mejoró tanto las prisiones como las galeras.

Lo demás de su vida es bien conocido. Regresó á París y estableció la orden de las Hermanas de la Caridad, dando así una noble carrera para la caridad y la benevolencia de las mujeres. Estas hermanas de la caridad, han sido las princi-

pales obreras de toda tarea de caridad en Francia y en otras partes, velando á los enfermos, enseñando á los niños, y cuidando de las criaturas abandonadas: siempre en primera línea en toda buena obra. Recordando su cautiverio, se consagró á reunir dinero para redimir á los esclavos africanos; de este modo llegó á ser la causa de la manumisión de nada menos que mil doscientos esclavos. Se puso fin á las fechorías de los corsarios con las escuadras unidas de Francia é Inglaterra, en 1816, cuando fué destruído el viejo antro de los piratas en Argel.

Oímos hablar de los calabozos y cadenas en los castillos de la caballería; pero ¿qué historias de miseria y de crueldad se descubren ante los tribunales judiciales de los modernos! Registrad los anales de los pobres en nuestras grandes ciudades, y cuántas veces tendréis que exclamar, con Jeremías Taylor: « Esto es una falta de caridad próxima á las crueldades de los salvajes, y á una distancia infinita de la misericordia de Jesús! »

El espíritu benévolo de Juan Howard fué dirigido hacia la reforma de las cárceles por una aventura personal de naturaleza accidental algo parecida. Se hallaba en viaje en Portugal cuando Lisboa era aún objeto de doloroso interés, en las ruinas del memorable terremoto. Aun no había andado lejos en su viaje cuando fué capturado por un corsario francés el buque en que se había embarcado. Se le trató con gran crueldad. Durante cuarenta y ocho horas estuvo privado de alimentos y de agua; y después de desembarcar en Brest fué preso en el castillo con el resto de los cautivos. Fueron arrojados á un asqueroso calabozo, y se les tuvo por un tiempo considerable sin alimento. Al fin fué arrojado un cuarto de carnero al calabozo, al cual tuvieron por fuerza que destrozar en pedazos los infelices, y morder cual bestias salvajes. Este cruel trato lo tuvieron que soportar durante una semana los prisioneros, viéndose obligados á acostarse en el horrible calabozo, sin tener nada más que paja para abrigarse de la humedad malsana y pestilente de ese lugar.

Por fin fué puesto en libertad Howard y regresó á Inglaterra; pero no se dió descanso hasta que hubo conseguido librar á muchos de sus compañeros de prisión. Entabló luego una correspondencia con prisioneros ingleses que estaban en otras cárceles y fortalezas en el continente, y halló que la suerte común de los cautivos, era de sufrimientos tan malos, ó quizá mayores que los que él había experimentado.

Poco después, y en el curso de sus obligaciones como alguacil mayor del condado de Bedfort, fijó su atención en el estado de las cárceles de Inglaterra. Este empleo es generalmente honorario, y solamente conduce á un poco de vana ostentación. Pero con Howard fué diferente. Ser nombrado para ocupar un empleo, era para él incurrir en la obligación de cumplir con sus obligaciones. Asistía á los juicios y oía con atención los procedimientos. Cuando terminaban los juicios, visitaba las prisiones en que estaban encerrados los criminales. Allí conoció el trato vergonzoso y brutal que se daba á los malhechores. El espectáculo que se presentó á su vista en las cárceles le reveló la naturaleza de su futura misión en la vida.

Las prisiones de Inglaterra, lo mismo que las de otros países, estaban entonces en un estado espantoso. Los presos ni eran separados ni clasificados. Se amontonaban á los que eran relativamente inocentes con los más horribles culpables, de modo que la prisión común se hacía un invernadero de crímenes. El hombre hambriento que había robado un pan, se hallaba en contacto con el salteador ó el asesino. El deudor y el falsificador, el ratero y el bandido, la muchacha deshonesta y la prostituta, estaban juntos. Prevalecía en la cárcel el jurar, maldecir y blasfemar. El culto religioso era desconocido. El lugar estaba entregado á Belzebú. El demonio era el rey.

Las impresiones sobre el modo como se hallaban tratados los presos, las refiere Howard con sencillez en las siguientes palabras : « Algunos que por resolución de los jurados eran daclarados « no culpables », algunos en quienes el Gran Jurado no hallaba una apariencia de culpabilidad tal que los pudiera someter á un juicio, y otros cuyos acusadores no se

presentaban contra ellos eran vueltos á la prisión, después de haber permanecido allí por meses, y encerrados otra vez, hasta que pagasen diversos estipendios al carcelero, al amanuense del tribunal de justicia, y otros por el estilo. » También observa que el dicho de los « acreedores inexorables » que algunas veces amenazaban á sus deudores con *pudrirlos en la cárcel*, tenía un significativo real; porque en la cárcel se pudrían efectivamente los hombres, hediendo y enconándose en toda la extensión de la palabra á causa de la suciedad y de los miasmas. Howard calculaba que por numerosas que fuesen las vidas sacrificadas en galeras, era igual el número de las que caían víctimas del frío y de la humedad, de las enfermedades y del hambre.

Los sueldos de los carceleros no los abonaba el público, sino los que eran declarados inocentes y puestos en libertad. Howard se empeñó con los jueces de paz, prra que se les pagara un sueldo á los carceleros. Se le pidió un precedente. Contestó que encontraría uno. Monta á caballo, y recorrió el país en busca del precedente. Visitó las cárceles de los condenados en todas direcciones. No halló precedente alguno para pago de un sueldo al carcelero, pero encontró que prevalecía entre los prisioneros una inmensidad de desdicha y de miseria, lo cual le determinó á consagrarse á la reforma de las cárceles de Inglaterra y del mundo.

En Gloucester encontró el castillo en la más horrible condición. El castillo había sido convertido en cárcel. Tenía un patio común para todos los presos, hombres y mujeres. La sala de deudores no tenía ventanas. El cuarto de dormir para los reos de delitos capitales, era estrecho y obscuro. Había reinado una fiebre en la cárcel, que se había llevado a muchos presos. El guardián no tenía sueldo. Á los deudores no se les daba ración alimenticia. En la ciudad episcopal de Ely no era mejor el local. Para impedir la fuga de los presos eran atados éstos con cadenas al suelo. Se habían colocado varias barras de hierro encima de ellos, y un collar de hierro con espigones estaba sujeto alrededor de sus pescuezos. En Norwich estaban

construídos los calabozos debajo de tierra, y á los presos se les daba una cantidad de paja que costaba una guinea anualmente.

No solamente no tenía salario el carcelero, ¡sino que pagaba cuarenta libras esterlinas al segundo alguacil por el puesto! Sacaba sus entradas por medio de la extorsión.

Howard siguió de un paraje á otro, inspirado por su noble misión. La idea de mejorar la condición de los presos ocupaba todos sus pensamientos, y se había apoderado de él como una pasión. Ningún trabajo, ningún peligro, ni sufrimiento físico, podía desviarle del propósito de su vida. Fué de un extremo de Inglaterra á otro, para poder arrastrar hacia la luz á los repugnantes misterios de las prisiones de la Gran Bretaña. En muchos casos hizo dar libertad á aquellos que estaban presos por pequeñas deudas y á muchos otros que eran completamente inocentes de crimen alguno. Cuando hubo terminado su inspección, se constituyó la cámara de los Comunes en comisión, para asegurarse del estado presente del asunto. Compareció ante ella, cargado con sus apuntes. En el curso de la investigación, sorprendido un miembro por la extensión y minuciosidad de su informe, preguntó que quién le había costeado los gastos de sus viajes. Howard se quedó como sofocado antes de poder contestar.

Le fueron dadas las gracias por la legislatura al terminar su informe. Se siguió la huella indicada por él. Pasáronse actas en 1774 — un año después de haber dado Howard principio á su tarea — aboliendo toda propina, proveyendo sueldos para los carceleros, y ordenando que todos los presos fuesen puestos inmediatamente en libertad una vez absueltos. Ordenóse también que todas las cárceles fueran limpiadas, blanqueadas y ventiladas; que se establecieran enfermerías para la curación y sustento de los presos; y que se edificasen cárceles á propósito. Howard estaba enfermo en su cama cuando se votaron estas actas; pero conforme se restableció de la enfermedad y el cansancio á que le habían llevado los trabajos que él mismo se había impuesto, se levantó y volvió á visitar las prisiones,

con el propósito de asegurarse de que las actas eran cumplidas debidamente.

Habiendo recorrido toda Inglaterra, dirigióse Howard á Escocia é Irlanda, é inspeccionó las cárceles de ambos países. Las halló igualmente horribles, y publicó el resultado de sus investigaciones con igual éxito. En seguida se dirigió al continente para informarse de la condición de las prisiones. En París le fueron cerradas las puertas de la Bastilla; pero por lo que respecta á las demás prisiones francesas, á pesar de ser bastante malas, eran muy superiores á las de Inglaterra. Cuando se supo que Howard tomaba informes sobre la Bastilla, se dió una orden para su prisión, pero escapó con tiempo. Se vengó publicando una relación sobre la prisión del Estado, traducida de una obra entonces recientemente publicada, que pudo obtener después de muchas dificultades y trabajo.

Howard siguió en su viaje por Bélgica, Holanda y Alemania. En todas partes tomaba apuntes, y consiguió muchísimos informes, resultado de una enorme labor. Después de regresar á Inglaterra, para ver si el trabajo de la reforma de cárceles había echado raíces, se dirigió á Suiza, con la misma misión de amor. Allí encontró revelada la ciencia de la disciplina de las cárceles. Se hacía trabajar á los presos, no solamente en beneficio propio, sino para disminuír los impuestos que se recogían para el sostenimiento de las cárceles.

Después de tres años de infatigable tarea, en los que viajó mas de trece mil millas, publicó Howard su gran obra sobre « El estado de las cárceles ». Fué recibida con gran simpatía. Volvió á ser consultado por la cámara de los Comunes sobre las medidas ulteriores requeridas para la reforma de las prisiones. Recomendó las casas de corrección. Había inspeccionado una en Amsterdam, de la cual creía que podría servir de modelo.

Volvió otro vez allí para informarse del método de trabajo. De Holanda se fué á Prusia, y cruzó la Silesia á través de los ejércitos beligerantes de Austria y de Prusia. Pasó algún tiempo en Viena, y se dirigió á Italia. En Roma solicitó el permiso

para ver los calabozos de la Inquisición. Pero al igual que las de la Bastilla de Francia, fuéronle cerradas las puestas de la Inquisición. Todas las demás le fueron abiertas. Regresó á Inglaterra atravesando la Francia, habiendo viajado cuatro mil seiscientas millas en esta expedición. Donde quiera que llegaba era recibido con alegría. Le seguían las bendiciones de los presos. Distribuía la caridad á manos llenas. Pero hizo algo más. Abrió los ojos de los pensadores y de los filántropos de todos los países sobre la importancia de la reforma de cárceles.

Nunca descansaba. Volvió á visitar las prisiones en la Gran Bretaña, viajando cerca de siete mil millas. Halló que sus anteriores esfuerzos habían hecho algún bien. Los flagrantes abusos que antes hubo observado, habían sido removidos; y las cárceles eran más limpias, más sanas y más arregladas. Hizo otra excursión por el extranjero para ampliar sus conocimientos. Había visitado las cárceles de los países del sur de Europa. Resolvióse entonces á visitar las de Rusia. Entró en San Petersburgo solo y á pie. La policía le descubrió, y fué invitado á visitar á la emperatriz en la corte. Informó respetuosamente á Su Majestad que había venido á Rusia para visitar los calabozos de los presos y las habitaciones de los desventurados, y no los palacios y cortes de reyes y reinas.

Obtuvo un permiso para ver la aplicación del *knout*. Sacaron á un hombre y á una mujer. El hombre recibió sesenta golpes y la mujer veinte y cinco. «Algunos días después, dice Howard, vi á la mujer en un estado muy débil, pero ya no pude encontrar al hombre.» Resuelto á averiguar lo que había sido de él, visitó Howard al verdugo. «Podéis, le preguntó, aplicar el *knout* de modo que produzca la muerte en breve tiempo? — ¡Sí¡ — ¿En cuánto tiempo? — En uno ó días. — ¿Lo habéis aplicado alguna vez? — ¡Sí! El último hombre que fué castigado por mi mano con el *knout*, murió del castigo. — ¿De qué manera lo hacéis mortal? — Con uno ó dos golpes en los costados que levanten grandes pedazos de carnes. — Recibís órde-

nes para aplicar de esa manera el castigo? — Las recibo. » De ese modo fué descubierta positivamente la jactancia de Rusia, de que la pena capital había sido abolida en todo el imperio.

Escribió desde Moscow, que « más de setenta mil reclutas para el ejército y marina habían muerto en los hospitales rusos durante un solo año ». Ahora bien, Howard era un hombre exacto, incapaz de decir lo que no fuera la verdad; y por lo tanto, este terrible dato no hace más que acrecentar nuestro aborrecimiento, lo mismo por la guerra que por el despotismo. De Rusia regresó á Inglaterra por Polonia, Prusia, Hanóver y los Países Bajos austriacos. En 1783 viajó para los mismos fines por España y Portugal. Publicó el resultado de sus viajes en un segundo apéndice á su gran obra.

Doce años habían transcurrido desde que Howard estaba entregado al absorvente propósito de su vida. Había recorrido más de cuarenta y dos mil millas, visitando las cárceles de los principales pueblos y ciudades de Europa; y tenía gastadas más de 30,000 libras esterlinas para ayudar á los presos, á los enfermos y á los desamparados. Sin embargo, no había terminado su obra. Resolvió visitar los países en que reinaba la peste, para descubrir un remedio, si era posible, contra esta terrible plaga. Su propósito era ir en primer lugar á Marsella, atravesando la Francia.

En noviembre de 1785 se dirigió á París. Recordando los franceses su folleto sobre la Bastilla, le prohibieron que se presentara en su territorio. Se disfrazó y entró en París. En la misma noche en que hubo llegado, fué levantado de su cama por los esbirros. Un pensamiento feliz le hizo distraerlos de él por unos cuantos minutos, durante los cuales se levantó, se vistió, huyó de la casa, y se puso en el acto en camino para Marsella. Allí obtuvo permiso para visitar el lazareto y consiguió los informes que deseaba.

Se embarcó para Esmirna, donde hacía estragos la peste. De allí se hizo á la vela para el Adriático, el valeroso filántropo, en un buque infestado, para poder ser sometido á la más estricta cuarentena. Cogió una fiebre y estuvo en cuarentena cuarenta

días, sufriendo espantosamente: sin socorros, solo en su miseria. Por fin se repuso y regresó á Inglaterra. Visitó su propiedad rural, proveyó para los pobres de la vecindad y se separó de sus humildes amigos cual un padre de sus hijos.

Tenía que hacer aún una jornada. Era la última. Su intención era ampliar sus investigaciones sobre el asunto de la peste. En 1787 viajó por Holanda, Alemania y Rusia, proponiéndose ir á Turquía, Egipto y los Estados de Berbería. Pero sólo pudo llegar hasta Kherson, en la Tartaria rusa. Allí como de costumbre, visitó á los presos, y cogió la fiebre de cárceles. Solo entre extraños, empeoróse y murió á los sesenta y cuatro años de edad. Á uno que estaba junto á su cama, le señaló un punto en un cementerio del Delfinado, donde quería ser enterrado. « Ponedme tranquilamente en la tierra, colocad sobre mi tumba un cuadrante y dejad que se me olvide. »

Pero el noble Howard no será olvidado mientras exista la memoria del hombre. Era el bienhechor de los más míseros entre los hombres. Nada pensaba de sí mismo, sino únicamente en aquellos que sin él hubieran quedado sin amigos y desamparados. En su vida realizó un notable grado de éxito. Pero su influencia no murió con él, porque ha continuado ejerciendo influencia hasta el día de hoy no solamente sobre la legislación de Inglaterra, sino en la de todas las naciones civilizadas.

Burke le describe así: «Visitó toda la Europa para penetrar en las profundidades de los calabozos; para sumergirse en la infección de los hospitales; para explorar las mansiones de la tristeza y del dolor; para tomar las dimensiones de la miseria, del abatimiento y del vilipendio; para recordar á los olvidados: para atender á los abandonados; para visitar á los desvalidos; para comparar y reunir las aflicciones de todos los hombres en todos los países. Su plan es original y tiene tanto genio como humanidad. Es un viaje de descubrimiento, una circunnavegación de caridad; y ya se sienten más ó menos los beneficios de su labor en todos los países. »

Ha mejorado muchísimo el trato de los presos de lo que era en tiempo de Howard. Al principio fueron únicamente personas

benévolas las que se ocupaban de su mejora, tales como Sara Martín, la señora Fry y otros espíritus similares. Refiere Sidney Smith que una vez pidió permiso para acompañar á la señora Fry á Newgate. Quedó tan conmovido con el espectáculo, que lloró como un niño. Refiriéndose después á este asunto en un sermón, dijo: « Existe un espectáculo que ahora exhibe este pueblo, que yo me atrevo á calificar como el más solemne, el más cristiano, el más conmovedor que jamás haya presenciado un ser humano. ¡Ver á esta santa mujer en medio de esos desdichados presos; verlos á todos apelando á Dios encarecidamente, tranquilizados por su voz, animados por su mirada, asiéndose á la guarda de su vestido, y adorándola como á la única persona que jamás los haya amado, ó enseñado, ó haya hecho caso de ellos, ó que les haya hablado de Dios! Éste es el espectáculo que derriba la suntuosidad del mundo; que les dice que pasa la hora breve de la vida, y que tenemos que prepararnos por algunas buenas acciones para podernos presentar ante Dios; que ya es tiempo de dar, de orar, de alentar al afligido; de ir como esta bendita mujer, y hacer la tarea de nuestro divino Salvador, Jesús, entre los culpables, entre los contritos de corazón y los enfermos, y trabajar en la más profunda y más negra desdicha de la vida. »

La señora Fry consiguió efectuar con sus perseverantes esfuerzos, una reforma completa en la condición de la cárcel y en la conducta de las presas; de tal modo que el Gran Jurado declaró en su informe elevado á la Corte de justicia después de su visita de inspección, en 1816, « que si los principios que rigen en sus reglamentos fuesen adoptados para los hombres lo mismo que para las mujeres, serían el medio mejor de transformar una cárcel en una escuela de reforma; y en vez de volver á enviar á los criminales al mundo endurecidos en el vicio y en la depravación, irían arrepentidos, y probablemente llegarían á ser miembros útiles de la sociedad ». También la señora Tatnall, persona menos conocida que la señora Fry, se consagró á la reforma y mejora de los presos en la cárcel de Warwick, de la cual era gobernador su esposo. Muchos criminales fueron saca-

dos otra vez por ella de la senda del vicio y llevados á la de la virtud y laboriosidad. Los muchachos y las muchachas, siendo más nuevos en la maldad, eran objeto especial de sus cuidados. Casi siempre tuvo buen éxito en sus esfuerzos para volverlos á la sociedad.

Pero la ayuda individual muy poco podía hacer para mejorar ó corregir á la masa de los presos. Solamente con la ayuda de la legislatura era cómo se podía tratar una cuestión tan vasta. Uno de los principales objetivos de la legislación es prevenir el crimen removiendo todo aquello que induzca á cometerlo; y el principal objeto de la disciplina de la cárcel es reformar la condición moral del criminal y volverle al seno de la sociedad contra la cual ha pecado. Como acto de justicia, le es debido esto al criminal, quien demasiado frecuentemente llega á ser así por las circunstancias en que ha sido creado, su falta de educación y por las leyes desiguales que ha dictado la sociedad.

Antes se vengaba la sociedad contra los criminales, tratándolos como animales salvajes; ahora se ha adoptado un trato más suave, teniendo en vista su conversión. Los gobernadores de la penitenciaría de Sing Sing, en el Estado de Nueva York, abrieron el camino del trato humanitario para los criminales. Su atención fué llamada sobre este asunto por los informes del señor Edmonds. Decía él que « no tenía ninguna fe en el sistema de violencia que por tanto tiempo había prevalecido en el mundo, el sistema de atormentar á los criminales para ponerles en lo que se llamaba buen orden, y en no recurrir nunca á algo mejor que el bajo sentimiento del miedo. Había visto lo bastante en su práctica para convencerse de que, degradados como estaban, tenían sin embargo, bastante corazón aun para poder ser conmovidos por la bondad, conciencias que podían ser despertadas por los llamados á la razón, y aspiraciones á seguir mejor género de vida, que sólo necesitaban de la estimulante voz de la simpatía y la esperanza para ser alentados hacia una reforma permanente. » Á consecuencia de esto se dió principio en Sing Sing á un nuevo sistema de trato para

los criminales, de conformidad con las recomendaciones del señor Edmonds, y muy pronto dió los más felices resultados. Ahora es regla establecida, castigar lo menos posible, y estimular todo deseo de mejora. Muchos criminales que antes habían sido considerados como incapaces de reforma, fueron devueltos por este medio á la sociedad como ciudadanos útiles, y de éstos un número muy corto son los que han vuelto á sus antiguos hábitos.

El sistema tuvo particularmente un gran éxito para con las mujeres. Una de las directoras les habló en la capilla sobre el deber de gobernarse á sí mismas, y la necesidad de un cambio de carácter si querían evitar la desdicha, tanto en este mundo como en el otro. «El efecto de este pequeño experimento, dice la directora en un informe posterior, se manifestó en los movimientos más tranquilos y apacibles de las presas, en el sonido más suave y quedo de sus voces, y en su pronta y contenta disposición para obedecer. Esto ha hecho más profunda mi convicción de que, por degradado qué esté por el pecado ó endurecido por el ultraje ó la injusticia, y mientras la razón conserve su imperio sobre el espíritu, no existe corazón alguno tan empedernido y obstinado al cual la voz de la simpatía y de la bondad no pueda llegar, ó tan degradado que no conteste al llamamiento del amor cristiano.»

El capitán Pillsbury, gobernador de la cárcel de Westbury, en Connecticut, tuvo también un éxito notable en su trato y reforma de los criminales por medio de un sistema humanitario. Tenía un valor moral que se aproximaba á lo sublime. Antes de ser nombrado para ese puesto, se seguía el sistema acostumbrado del trato duro, con sus consecuentes efectos de empedernir y degradar á los presos, produciendo en ellos una « perversidad arraigada profunda y constante ». El crimen aumentaba enormemente y la cárcel abrumaba al Estado cada año en mayores deudas. El capitán Pillsbury cambió por completo el trato, dirigió sus esfuerzos hacia la reforma de los presos por medio de un trato bondadoso. Les alentaba á seguir una carrera de buena conducta; les animaba á que volvieran á la virtud.

En el acto libertó de la degradación de sus cadenas á los peores de los convictos y les dijo *que confiaba en ellos*. Esta medida fué mágica en sus efectos. Los hombres le otorgaron su confianza y manifestaron el mayor respeto por su autoridad; el orden y el método prevalecieron en la cárcel; y el establecimiento principió muy luego á costearse con su propio trabajo.

Su modo de tratar á uno de sus presos fué notable. Era un hombre de estatura hercúlea que se había fugado de algunas cárceles, siendo el terror de una comarca, y hacía diez y siete años que cada día se encenegaba más en el crimen. El capitán Pillsbury le dijo cuando llegó, que esperaba que no volvería á sus proyectos de escaparse como lo había hecho en otras partes. « Voy á hacer que lo paséis lo mejor que sea posible, y deseo ser vuestro amigo; pero espero que no me crearéis dificultades por culpa vuestra. Hay un calabozo para el encierro solitario, pero nunca lo usamos; y me causaría mucha pena tener que abrirlo para guardar á cualquiera allí. Podréis ir de acá para allá en este lugar, tan libremente como yo, si queréis confiar en mí como quiero confiar en vos. » El hombre se manifestó taimado y durante unas semanas mostró muy pocos síntomas de suavizarse bajo la influencia del capitán Pillsbury; al fin se notició á éste que el individuo se proponía fugarse de la prisión. El capitán le llamó, y le echó en cara su propósito; el individuo observó un sombrío silencio. Díjole entonces que ahora era necesario encerrarle en el calabozo solitario. El capitán era hombre de pequeña estatura y delgado; marchaba adelante y le seguía el gigante. Cuando hubieron llegado á la parte más estrecha del pasaje, dióse vuelta el gobernador con su linterna, y miró á la cara al criminal. « Vamos, le dijo, ahora os pregunto si me habéis tratado como merezco. He hecho todo lo que he creído poder hacer para haceros soportable vuestra estancia aquí; he confiado en vos, y en cambio no habéis depositado en mí ninguna confianza, y hasta habéis formado planes para crearme dificultades. ¿Es esto bueno? Y sin embargo, me es doloroso encerraros. Si tuviese el menor indicio de que sentís algo por mí »... El individuo prorrumpió en llanto. « Señor, le

dijo, he sido un verdadero demonio en estos últimos diez y siete años; y confiais en mí como en un hombre. — Vamos, regresemos, » dijo el capitán. Al preso se le volvió á dar su anterior libertad en la cárcel. Desde este momento principió á abrir su corazón al capitán, y cumplió alegremente todo el tiempo de su condena, confiando á su amigo conforme nacían todos los impulsos para faltar á su confianza, y todos los medios para hacerlo así, que él se imaginaba ver.

El capitán Pillsbury es la persona que al ser informado de que uno de los presos más perversos había jurado asesinarle, mandó llamarle en el acto para que le afeitase, no permitiendo que estuviese presente otra persona. Miró al individuo, señaló con el dedo la navaja y le pidió que le afeitara. La mano del preso temblaba, pero concluyó bien su tarea. Cuando hubo terminado le dijo el capitán: « Se me había dicho que os proponíais matarme, pero yo he creído deber confiar en vos. — ¡Que Dios os bendiga, señor! » contestó el regenerado individuo. Tal es el poder de la confianza en el hombre [1].

El mayor Goodell, gobernador de la prisión del Estado en Auburn, Nueva York, y el señor Isaac T. Hópper, otro inspector de cárceles, fueron igualmente favorecidos por el éxito en su trato para con los criminales y en su reforma. De cincuenta individuos á quienes este último hombre amirable consiguió llevar al buen camino, solamente dos volvieron á sus viejas costumbres, hecho que dice más que volúmenes enteros en favor del poder de la bondad [2].

1. *Western Travel,* por la señorita Martineau.

2. Á pesar del trato humano para con los presos en algunas de las prisiones del Estado de la Unión, se queja Guillermo Tulloch en una carta dirigida al *Times* del 3 de febrero de 1880, del trato que se da á los criminales menores de edad en algunos de los Estados. « Por ejemplo, dice, en un reciente número de un periódico de Filadelfia hay una relación de una visita al establecimiento de penados del Estado de Georgia, donde, en medio de las reparables condiciones de corrupción mutua, se hace trabajar juntos á docenas de penados en una mina de carbón Están miserablemente alojados, cuidados por perros sabuesos, y llevan grillos. Entre ellos vió el visitante á un muchacho de quince años de edad. quien ya había sufrido cinco años de esta esclavitud desde que tenia diez, ¡en cuya tierna edad lo había sentenciado un juez á cuarenta años de pre-

Una de las mayores dificultades con que tropieza un criminal, es poder encontrar ocupación después de haber cumplido su tiempo de condena. Está dispuesto á trabajar y resuelto á ser honrado. Pero la policía le conoce y da informes contra él. Inmediatamente es despedido y se ve obligado á volver á sus antiguos hábitos. De ahí que se haga casi imposible á uno que haya estado en la cárcel el poder volver á una vida honrada. Tomás Wright, el filántropo de Manchester, se distinguió como el verdadero amigo de los presos desamparados. Era un hombre sin posición social. No poseía fortuna, excepto la de un corazón rico y amante.

Aunque su educación era imperfecta, había recibido de su madre fuertes impresiones religiosas en sus primeros años. Por fin llegó la época en que le fué necesario separarse de ella, para tener que encarar el mundo, con sus trabajos, sus placeres, y sus vicios. Muy luego se mezcló con los peores hombres y muchachos de Manchester. Esto duró algún tiempo; pero al fin se sublevaron su espíritu y su conciencia contra la blasfemia de sus compañeros. Vinieron en su auxilio las lecciones que habían infiltrado las palabras de su madre. Trabó relaciones con un joven religioso y principió á asistir con regularidad á un templo.

De edad de quince años entró de aprendiz en una fundición de hierro, de Manchester. Su sueldo fué al principio de cinco chelines por semana. Siendo formal, sobrio y activo, ascendió gradualmente, hasta que á los veinte y tres años era capataz de los moldeadores, con un salario semanal de tres libras es-

sidio por el delito de forzar y entrar en una casa por la noche cometiendo un robo en ella! Por el periódico en que apareció esto y por el conocido carácter del escritor, hay razón para temer que sea harto cierto, porque hay en las cárceles de América innumerables abusos casi tan malos, que están perfectamente probados por los informes oficiales. Á un juez que ha podido dictar una sentencia semejante contra un niño de tan corta edad, desearía uno verle en la cárcel, más que en las cómodas condiciones en que una vez vi á un juez americano en la cárcel del Estado de Pensilvania. Estaba sentenciado á dos años por cohecho; pero sus habitaciones estaban provistas con todas las comodidades, y más bien sorprendía que un delito considerado localmente como vivo fuese, aun en esta ocasión, apreciado de ese modo por la ley. »

terlinas y diez peniques. Ésta fué su mayor entrada, pero e bien que hizo después fué completamente independiente del dinero de sus sueldos.

Fijó la atención muy pronto en las clases criminales, lo que más desespera y desconsuela de todos los asuntos. El condenado que ha salido de la cárcel, rara vez puede obtener empleo en su antiguo puesto. Los patrones nuevos no le quieren emplear sin un certificado de sus buenos antecedentes, que no puede conseguir. La prisión le ha hecho quizá peor. Le ha puesto en contacto con personas quizá más viciosas que él. De ese modo es impelido otra vez á reunirse con sus antiguos asociados, y principia de nuevo su carrera criminal.

Un día se presentó un hombre en la fundición y obtuvo colocación como obrero. Era un operario formal, cuidadoso y trabajador. Pero se susurró que había estado condenado y preso. Se le preguntó á Tomás Wright si conocía el hecho. No lo sabía, pero prometió averiguarlo. En el transcurso del día le preguntó Wright incidentalmente al hombre « dónde había trabajado últimamente? — He estado fuera del país, » contestó. Al fin, después de algunas preguntas apremiantes, confesó el infeliz con lágrimas que le corrían por las mejillas, que era un penado que había cumplido su condena; que deseaba no volver á sus antiguas costumbres y que esperaba que con perseverancia borraría sus malos antecedentes.

El señor Wright creyó al hombre. Estaba convencido de que eran sinceras sus intenciones. Puso la historia en conocimiento de sus patrones y ofreció poner en sus manos veinte libras esterlinas como una garantía de su buena conducta futura. Se le prometió que conservarían el condenado; pero á la mañana siguiente se echó de menos al individuo, porque por un olvido no se había dado contraorden para no despedirle. En el acto se envió un mensajero á la casa del individuo para que volviese al trabajo. Pero el hombre ya había abandonado su alojamiento, llevando consigo un paquete que contenía todo lo que le pertenecía en este mundo.

Habiéndose informado que el individuo había tomado el

camino de Bury, le siguió inmediatamente á pie Mr. Wright. Encontró al fugitivo sentado en el camino, á algunas millas de Manchester, con el corazón destrozado, miserable y lleno de desesperación. Wright le levantó, le dió la mano, le dijo que seguiría en su colocación y que ahora todo dependía de él, si había de sostener su carácter como obrero respetable. Regresaron juntos á Manchester, entraron juntos en el taller y la conducta ulterior del hombre justificó amplia y noblemente la garantía que había dado el capataz.

Esta circunstancia afectó grandemente al mismo Mr. Wright. Vió cuánto se podía hacer por medio de la simpatía y del afecto humano, para salvar á estos pobres criminales de las profundidades de la miseria en que habían caído. Sentía que no debían abandonar la esperanza de mejora y que era necesario que todo hombre cristiano les diera una ayuda para que pudiesen entrar en una vida de trabajo. Este asunto fué la gran idea de su alma. Era su misión y se esforzó en cumplirla. Hasta aquel instante no tenía quien le ayudara. Pero tenía una fe grande y perseveró hasta que realizó lo que deseaba.

El señor Wright vivía cerca de la cárcel de Salford y quiso llegar hasta los presos. Durante algún tiempo no pudo conseguir que accediesen á su pedido. Por fin, uno de los jóvenes de la fundición, cuyo padre era uno de los guardianes de la cárcel, consiguió para él una presentación al gobernador. Se le permitió entonces que asistiera al servicio divino de los domingos por la tarde. Pero aun no se le concedía que viese individualmente á los presos. Con todo, tuvo la paciencia de esperar.

Por fin, un domingo por la tarde le paró el capellán, cuando el señor Wright salía de la capilla de la cárcel, y le preguntó si podría conseguir una colocación para un preso, cuyo término de sentencia iba á concluír pronto y que deseaba tener la oportunidad de probar la reforma de su carácter. « Sí, dijo Wright; haré lo que pueda, y me esforzaré en encontrarle una colocación. » Alcanzó lo que deseaba, y se encontró trabajo para el penado cumplido.

El gobernador le concedió por entonces permiso para andar más libremente por la cárcel. Le permitió que visitase á los prisioneros personalmente. Whrigt les amonestaba y aconsejaba. Les estimulaba en sus resoluciones de enmendarse. Llevábales sus mensajes á sus familias y se hizo su amigo y bienhechor de muchos modos. Tomó la costumbre de salir al encuentro á los presos cuando eran puestos en libertad. Los llevaba á su casa, y les ayudaba á subsistir, con sus escasos recursos, y después se afanaba por encontrales ocupación.

En la mayor parte de los casos tuvo un buen resultado. Los que daban trabajo llegaron á creer en Tomás Wright. Sabían que era un hombre bueno y benévolo, y que no les aconsejaría mal. Atrajo á los patrones á su confianza, y generalmente empleaban á los delincuentes que habían cumplido sus condenas. Donde ellos tenían dudas, garantizaba él su fidelidad con depósito de su propio dinero, reunido de sus sueldos como capataz, á razón de setenta chelines por semana.

Siguió de este modo tranquilamente y sin ostentación, prefiriendo que no se hiciese caso de su nombre, no fuese que esto pudiera intervenir contra el bien que estaba haciendo; hasta que hubo conseguido encontrar en pocos años colocación ¡para cerca de trescientos delincuentes que habían cumplido sus condenas! Hasta consiguió realizar la peor de todas las tareas, la de corregir á mujeres del vicio de la bebida. Á veces se iba al campo á algunas millas de distancia, para implorar á algún marido, hasta de rodillas, para que volviera á tomar á su lado á la mujer que ya no era una borracha, sino una arrepentida, que ansiaba volver al hogar.

Un caso notable refiere uno de sus amigos [1]. Un individuo que había estado preso en Portland, fué puesto en libertad una vez cumplida su condena, y se dirigió á Manchester con su certificado y una carta del capellán para Tomás Wright. Se le encontró empleo como barrendero. El señor Wright le hizo ascender á componedor de calles; y también fué en eso apro-

1. El autor de las *Vidas que hablan*.

bada su conducta. Obtuvo para él que el difunto canónigo Stowel le admitiera en las escuelas dominicales y nocturnas, llegando á ser maestro en ambas. Manifestó tal capacidad para enseñar, que el canónigo Stowel tomó gran interés por él. El canónigo fué enterado de sus antecedentes. Sin embargo, hizo arreglos para dar « conferencias » con él, y en el tiempo correspondiente fué ordenado sacerdote el antiguo preso de Portland.

En otro caso, un joven que ocupaba un puesto de confianza en un almacén, había caído en mala compañía y sustraído dinero á su patrón. El robo fué descubierto, y el asunto iba á ser llevado antes los tribunales. El padre del joven buscó la intervención de Tomás Wright. Éste fué inmediatamente á ver al patrón, y consiguió no solamente una promesa de que no se perseguiría al joven, sino que le daría otra prueba. « Dadle otra oportunidad, era á menudo el consejo insistente de Tomás Wright. El joven fué tomado otra vez. Su conducta fué muy satisfactoria. Se entregó con más ahinco que antes al comercio. Después fué admitido como socio, y llegó á ser el jefe de la firma. Jamás ha dejado de bendecir el nombre de Tomás Wright.

Después que hubo trabajado así años enteros, obtuvieron al fin sus tareas un reconocimiento oficial. El capitán Williams le mencionó en sus informes anuales del estado de las cárceles. Dice así: « Para mostrar la magnitud á que ha llevado su benevolencia este hombre humilde y sin ayuda de nadie, y el éxito con que ha sido coronado, no hay necesidad sino de manifestar que de noventa y seis criminales favorecidos por él, y reestablecidos en la vida, solamente cuatro han vuelto á la cárcel. Es encantador presenciar la implícita confianza y seguridad que depositan en él los culpables y desventurados, y que parece deberse completamente á su manera sencilla, sin pretensiones, y verdaderamente paternal de hacer el bien. »

Hubo muchos casos en que el señor Wright no pudo obtener colocación para los presos puestos en libertad. En estos casos ó les prestaba dinero suyo, ó levantaba una subscripción

partirular entre sus amigos, para que pudieran emigrar. De este modo ayudó á 941 presos y condenados puestos en libertad para que salieran del país y comenzaran á vivir en nuevas condiciones y separados de sus antiguos compañeros. En muchos casos los mismos delincuentes le ayudaban en sus tareas filantrópicas. Conseguían ocupación para sus amigos, ó ayudaban á levantar subscripciones para ayudar á emigrar á otros. De esta suerte la caridad engendraba caridad.

Uno de estos emigrantes abandonados, que había sido enviado á la America del Norte, escribió al señor Wright, en 1864, dirigiéndose á él como á « Mi querido padre adoptivo ». Incluía dos libras esterlinas como contribución á la sociedad Reformadora de Hombres, de Londres. El emigrante, que ahora es un hombre rico, decía : « Á vuestra ayuda paternal, que nunca podrá ser olvidada, debo mi presente bienestar. Sobre la tierra fuisteis en verdad mi mejor amigo, el más bondadoso, y el único que me aconsejara. Me salvasteis de una vida de vicio con vuestra ayuda única. Cuando todos me habían vuelto la espalda como á un perverso y vagabundo, vos, como el padre del hijo pródigo, me disteis la bienvenida á los senderos de la virtud y de honradez de la vida, consolando mi joven corazón con la esperanza de futuros días más venturosos, mezclando vuestro consejo paternal con una esperanza más pura, aun más allá del sepulcro. ¡Que Dios os bendiga, querido padre! ¡Que Dios os bendiga por todas vuestras bondades! Lágrimas de gratos recuerdos caen sobre mis mejillas, cuando pienso en todos vuestros nobles esfuerzos en favor de vuestros desgraciados semejantes. »

Al mismo tiempo se ocupaba el señor Wright diariamente en la fundición, trabajando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, y algunas veces hasta más tarde. Todas sus horas libres de la noche, y la mayor parte de los domingos los consagraba al servicio que por sí mismo se había impuesto : ya fuera en la cárcel, en la penitenciaría, en las escuelas dominicales de los pobres, ó en casa de los desdichados y de los criminales. Tenía entonces sesenta y tres años, y su

salud principiaba á decaer. Nada había ahorrado. Todo lo que pudo haber guardado lo había consagrado al alivio y á la emigración de delincuentes, cuya condena se había cumplido. Frecuentemente limitaba sus alimentos á la última expresión, considerando siempre que mientras tuviera medios, no podría justificarse por retener los de aquellos que estaban en la desgracia.

El gobierno de entonces, reconociendo el valor de sus servicios, ofreció al señor Wright, el empleo de inspector viajero de cárceles, con el sueldo anual de ochocientas libras esterlinas. Se creería que era un medio con el cual pudiera ahorrar un poco de dinero, y al mismo tiempo extender la esfera de sus operaciones. Pero él rehusó sin titubear la oferta. Dijo que eso reduciría su facultad de hacer el bien, pues estaba convencido que si llegaba á ser empleado del gobierno, pronto cesaría de ser visto como amigo de los presos.

Con este motivo se procuró por parte del pueblo de Manchester reunir una suma de dinero suficiente para comprar una anualidad igual á la cantidad de su salario semanal, una mera porcioncilla de la suma que sus esfuerzos habían ahorrado al Estado. Una suma de cien libras esterlinas fué concedida por el *Royal Bounty Fund* en esa subscripción. El pueblo de Manchester hizo lo demás. Reunieron una cantidad que procuraba al señor Wright una anualidad de ciento ochenta y dos libras esterlinas : exactamente la misma suma que ganaba con su trabajo diario.

Unido á este testimonio, fué regalado á la municipalidad de Manchester un admirable cuadro de « El buen Samaritano » por el señor G. F. Watt, de la Real Academia, « como una expresión de la admiración y del respeto del artista, por el noble filántropo Tomás Wright ». El retrato fué colocado en un lugar prominente en el cabildo de Manchester. Es un testimonio á la vez de la bondad y de la generosidad del artista, tanto como de la nobleza del carácter de aquel á quien representa su cuadro.

El señor Wright prosiguió en sus obras de misericordia. Iba

de pueblo en pueblo, lo mismo que Howard, visitando las cárceles de la comarca. Inspeccionó el refugio nocturno de Field Lane, las escuelas industriales de Redhill, los establecimientos de pontones y de penados en Milbank, Pentonville, Portland, Portsmouth, y Parkurst. Trabajó con empeño en el establecimiento de escuelas de pobres. Quería educar á los pobres muchachos para que se ganaran honradamente la vida, y de ese modo evitar que se hiciesen criminales. Consideraba á la ignorancia y al mal ejemplo como fructíferos padres de todo mal; é hizo cuanto pudo para exterminarlos por medio de la instrucción civil y religiosa. Insistió con Cobden, quien estaba entonces ocupado en sostener un sistema de educación nacional, para que fuese obligatoria, como el medio principal de disminuír el crimen y el pauperismo. Además de sus escuelas de pobres, estableció escuelas reformistas, bancos de peniques, y la brigada de limpia botas. Doquiera que hubiese que hacer una buena obra, no faltaba nunca su brazo y su ayuda. Gustaba tener ocupados todos sus momentos. Su mote era: « Trabaja, trabaja mientras es de día, porque la noche se aproxima. »

Así continuó hasta el fin. Cuando hubo llegado á los ochenta y cinco años de edad, decayó rápidamente su salud. Sin embargo, siempre estaba pronto para recibir á aquellos que querían verle, particularmente á los pobres delincuentes que habían cumplido su condena, ó penados restituídos. Su vida se apagaba gradualmente. El salmo vigésimotercero estaba de continuo en sus labios, y al final de cada día de enfermedad se sentía « una jornada más próximo á su *home* ». Había luchado el buen combate y estaba para terminar su carrera. Pasó á su eterno descanso tranquilamente y sereno, el 14 de abril de 1875. Ésta ha sido ciertamente una *vida digna de ser vivida.*

Wright reformaba á los criminales teniéndoles confianza. Fiar en otro es producir la confianza. Confiando en los hombres hacéis brotar lo bueno que hay en ellos. Su corazón responde al llamamiento. Exceptuando los peores casos, donde

los jóvenes han sido creados descuidada y deshonestamente, siempre es correspondida la confianza. Pensad siempre lo mejor de un hombre. « Pensar lo peor, dijo lord Bolingbroke, es signo cierto de un ánimo vil y un alma baja. » Podéis ser engañado, es verdad. Pero vale más ser engañado que ser injusto.

No hace aun mucho tiempo que á las masas del pueblo inglés le estaban cerrados todos los lugares públicos. Los principales establecimientos estaban cerrados en los días de semana, excepto para aquellos que podían conseguir *permiso*, ó que estaban dispuestos á pagar una gratificación de entrada á los bedeles ó *cicerones* de las curiosidades. El Museo Británico estaba cerrado; la Galería Nacional estaba cerrada; la iglesia de San Pablo y la abadía ce Westminster estaban cerradas; el castillo de Windsor, la Torre, las casas del Parlamento, y todos los demás edificios públicos, y las colecciones de curiosidades, y las obras de arte, estaban cerradas, excepto para los menos. Parece que se creía que si el común del pueblo fuera admitido en estos lugares, en el acto cortarían con navajas las maderas, harían pedazos las piedras, y destruirían por completo aquellos venerables edificios.

Según creemos, fué el difunto José Hume el primer hombre público que se consagró á cambiar este deplorable estado de cosas; y la primera de nuestras colecciones públicas que consiguió que se abriese para el público fué el Museo Británico. No sin gran oposición consiguió esa parte de su propósito. Se levantó la vieja gritería de que la colección sería irremediablemente estropeada, cortada en pedazos, echada á perder, y que quizá sería robada de algunos valiosos objetos. Además, ¡era una innovación *tal!* Á pesar de esto, y gracias á la tenaz insistencia del señor Hume, *se ordenó* que las puertas del Museo Británico fuesen abiertas para el público, y, como era natural, se predijo el *diluvio*. Anteriormente sólo eran admitidos grupos de cinco ó seis personas á la vez, y les era enseñado todo por un empleado — una especie de *policeman* en traje de particular — de quien se esperaba que estuviese en guardia

contra los iconoclastas, y pronto á caer sobre cualquier godo que, como cosa natural, esperaba una oportunidad para destruír los valiosos objetos colocados á su alcance.

¡Bien! el mandato del Parlamento ordenaba que el Museo Británico fuera abierto para los carniceros, los panaderos, los soldados rasos, costureras, modistas, y los más comunes de los sirvientes comunes. ¿Y qué dijo lord Stanley (el difunto conde de Derby) después que hubo tenido lugar la irrupción de los bárbaros godos? Se fué á la cámara de los Comunes de la que entonces era miembro, y asimismo comisionado del Museo Británico, en el mismo día de la irrupción. Se levantó de su asiento y con voz enfática exclamó : « *Estaba alarmado y temeroso* pero ahora puedo declarar que han visitado el Museo Británico ayer (día de mayo) 31,500 personas, ¡y que no ha habido daños ni por valor de medio chelín! » Así pues, no vino *el diluvio*, y se vió que el público en general podía ser admitido libremente á examinar su propia colección nacional de antigüedades y las otras de arte, sin producir el cataclismo general de la nación. Era fácil de dar con el secreto : se había tenido confianza en el pueblo, nada más.

El señor Hume perseveró en su buena obra. Continuamente les hacía oír á los hombres públicos, que debían confiar más en el pueblo, que debían abrirle las colecciones públicas en que hallaría diversión, cultura y educación; y á fuerza de argumentos y constante repetición de año en año, consiguió que se abriesen al público : la Torre, Hampden Court, la abadía de Westminster, y San Pablo. El movimiento se extendió gradualmente, y ahora se dejan los parques para goce y diversión del pueblo, no solamente en Londres, sino también en la mayor parte de los pueblos y ciudades manufactureras.

Hasta en la época de la gran Exposición de 1851 fué asunto de grave discusión en el Parlamento, sobre si debía ser rodeado Londres por tropas para conservar tranquilo al pueblo. El consejo fué desechado, y el Palacio de Cristal no fué rodeado por tropas. ¿Cuál fué el resultado? Quizá no fué robada cosa alguna ni por valor de un penique, ni un artículo fué

dañado voluntariamente. El coronel Rowan, uno de los jefes de la policía de la metrópoli, fué preguntado sobre el asunto ante una comisión de la cámara de los Comunes, y contestó que se debía atribuír á « la buena conducta del pueblo »; y agregó, que mucho del actual mejoramiento tenía su origen en la facilidad que en estos últimos años se había concedido admitiendo al pueblo en los sitios públicos, en una palabra, por confiar en él.

Éste es el verdadero modo de desviar *el diluvio*. Admitid libremente al pueblo para que contemple las obras de arte, que son excelentes enseñanzas para los dones hechos por Dios á los hombres. Que se le permita contemplar las formas de la belleza—lleno de gracia, de consagración y de virtud — conmemorativas de algún sentimiento verdadero, de algún pensamiento sublime, ó alguna acción noble en la historia, y el que observa se siente elevado, humanizado, perfeccionado y civilizado inconscientemente. De esa manera podrían ser nuestras galerías de pinturas instrumento para promover la educación nacional de mejor clase, elevando y purificando el gusto, instruyendo al mismo tiempo el espíritu. El mero hecho de confiar en el pueblo, dándole libre acceso á esos lugares, es una educación del carácter moral. Fiad en un hombre, mostrad que estáis pronto á depositar vuestra confianza en él como hombre, mostrad con vuestra conducta para con él, que creéis por decirlo así, en su honor, y habréis hecho mucho más por conquistaros el corazón de ese hombre, y para hacer aparecer los mejores sentimientos de su naturaleza, que con todas las exposiciones de la ley y de la autoridad. Desarmáis la mala índole de un hombre cuando probáis con vuestros hechos y conducta que tenéis confianza en su naturaleza mejor. Así es como el mal puede ser vencido por el bien.

En verdad, solamente necesitamos confiar más en los hombres, para hacer aparecer lo bueno que hay en ellos. Confiadles privilegios, y, por la práctica, aprenderán su verdadero uso. El único remedio para los males de una libertad recién adquirida, es la libertad misma. Acostumbrad al preso que acaba

de salir del calabozo, á que vea la luz, y bien pronto podrá soportar los más brillantes rayos del sol. Para humanizar á los hombres, es preciso familiarizarles con influencias que humanizan. Para hacer de los hombres buenos ciudadanos, debe serles permitido el ejercicio y las funciones de un ciudadano. Antes que un hombre pueda nadar, debe primero haber entrado en el agua; antes que un hombre pueda montar á caballo, debe primero haberse ejercitado, y antes que pueda ser un ciudadano inteligente, debe primero haber sido admitido á los deberes de la ciudadanía.

CAPÍTULO XII

El heroismo en la misiones.

La paciencia es la práctica de los santos, la prueba de su fortaleza; hace de cada uno de ellos su propio salvador y el vencedor de todo lo que puedan producir la tirania ó la fortuna. — MILTON [1].

Aun tenemos esperanza de que en un mundo de mayores amplitudes, será completado y no destruido, todo aquello que aquí haya sido principiado con firmeza. — A. H. CLOUCH [2].

Pero á través de toda la vida veo una aflicción donde los hijos de Dios entregan su último aliento; no hay ganancia más que con la pérdida, no hay vida sino con la muerte, no hay visión sino con la fe, ni gloria sino sufriendo la vergüenza, ni justicia sino con el vituperio; y que la Eterna pasión dijo: « Sed ajenos á la gloria, al derecho, y al nombre — OLRIG GRANGE [3].

Refiérese del duque de Wéllington que cuando cierto capellán le preguntó si creía que valiera la pena de predicar el Evangelio á los indos, dijo el hombre de la disciplina: « ¿Cuáles

1. Patience is the exercise
Of saints, the trial of their fortitude;
Making them each his own deliverer,
And victor over all
That tyranny or fortune can inflict. — MILTON.

2. For still we hope
That in a world of larger scope,
What here is faithfully begun
Will be completed, not undone. — A. H. CLOUGH.

3. But al through life I see a cross
Where sons of God yield up their breath:
There is no gain except by loss,
There is no life except by death,
There is no vision but by faith,
Nor glory but by bearing shame,
Nor justice but by taking blame;
And that Eternal Passion saith,
Be emptied of glory and right and name. — OLRIG GRANGE.

son vuestras órdenes de marcha? » « Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura humana, » contestó el capellán. « Entonces, cumplid vuestras órdenes, » dijo el Duque; « obedecer es vuestro único deber ».

Aunque es un deber desagradable, impopular y peligroso, ha habido hombres en toda época que han seguido las instrucciones del Salvador. Cristo predicó á los judíos y á los gentiles. san Pablo fué el primer apóstol misionero. Fundó iglesias en el Oriente, en Corinto, en Efeso, en Tesalónica, y en otras partes, y dejó sus huesos en Roma, adonde había ido para predicar el Evangelio.

La carrera de un misionero es la más sumisa y más heroica de todas. Lleva su vida en la mano. Desafía el peligro y la muerte. Vive entre los salvajes, algunas veces entre los caníbales. El dinero no podría comprar la abnegación con que sale al encuentro del peligro y de la miseria. Sólo le sostiene la misión de misericordia de que está encargado. Los que se llaman « pensadores avanzados » nada tienen que ofrecernos que se parezca á la tarea voluntariamente impuesta á sí mismos por los misioneros en nuestro país y en el extranjero. La mera negación nada demuestra. Puede echar abajo; pero no puede construír. Puede conmover los pilares de nuestra fe y no dejar cosa alguna á que acogernos, nada para santificar, para elevar, ó para fortalecer nuestras naturalezas.

Pero la naturaleza humana salvaje es « perversa ». «¿Cómo pueden ser perversos para con nosotros, dijo el obispo Selwyn, aquellos que han sido enseñados por Dios á no llamar común ó desaseado á ningún hombre? Yo no me riño con las frases corrientes « pobres paganos, y « perecientes salvajes ». Mucho más infelices y mucho más prontos á perecer pueden ser aquellos hombres de países cristianos que han recibido tanto y pueden dar cuenta de tan poco. Los más pobres de todos, podemos ser nosotros mismos, que como administradores y ministros de un Dios de bondad, somos tan poco fieles en nuestra administración. Ir entre los paganos como igual y hermano es mucho más provechoso que exponer esa manera artificiosa de

rectitud propia, que se entra arrastrando en la obra misionera, emparentada con el agradecimiento á Dios, porque no somos como otros hombres. »

¡Cuánto no debemos á san Agustín, el primer misionero en Inglaterra, por nuestra libertad, nuestra integridad, nuestro saber, y hasta por nuestras empresas misioneras! Á fines del siglo sexto, Agustín ó *Austín*, fué consagrado por el papa Gregorio, y titulado de antemano obispo de Inglaterra. Emprendió su misión, y, después de haber pasado por Francia, desembarcó en Thanet, acompañado de cierto número de monjes. Fué recibido por Etelberto, rey de Kent, en Canterbury. El rey se había casado con una mujer cristiana, y, debido en parte á su influencia, se hizo bautizar, siendo admitido después en la Iglesia. Los trabajos misioneros de Agustín se extendieron por todo el país, hasta que á su muerte, acaecida en 505, reconoció la mayor parte de Inglaterra á la sede de Roma.

Pero el norte de Inglaterra continuó siendo pagano. Edwin, jefe del país situado al norte de Humber, contrajo esponsales con una princesa cristiana, la hermana de Ebdal, rey de Kent. La novia se dirigió al norte, acompañada por un sacerdote de origen romano, llamado Paulino. Después de algunos años se hizo Edwin cristiano, aunque los Ancianos y los Barones siguieron siendo paganos. Fué llamada á estudiar las nuevas doctrinas una asamblea de los Wittenagemotes. Edwin expuso ante la asamblea las razones que había tenido para cambiar de creencias, y dirigiéndose á cada uno sucesivamente, les preguntó qué era lo que pensaban sobre ese punto. El hecho es referido por Bede en su *Historia*, y es sumamente conmovedor.

El primero que contestó fué el jefe de los sacerdotes. Declaró que los antiguos dioses Thor, Odin, y Freia[1], no tenían poder, y no quería seguir adorándolos. El jefe de los guerreros se levantó entonces y habló en estos términos :

« Recordaréis, ¡oh, rey! una cosa que suele acontecer en los

1. De aqui el origen de *Thursday, Wednesday, y Friday*, (martes, miércoles y viernes.)

días de invierno, cuando estáis sentado á la mesa con vuestros Ancianos y Barones, cuando arde un buen fuego, cuando está abrigada vuestra sala pero afuera llueve, cae nieve y hay tormenta. Llega entonces un pajarillo y vuela como una flecha á través de la sala, penetrando por una puerta y saliendo por otra. El breve momento de esa entrada y salida le es grato, porque entonces no siente ni la lluvia ni el huracán. Pero ese instante es corto; el avecilla ha pasado en un abrir y cerrar de ojos, y del invierno pasa otra vez al invierno. Tal me parece la vida del hombre en esta tierra; tal su momentánea carrera comparada con el largo tiempo que la precede y la sigue después. Esa eternidad es obscura y sin consuelo para nosotros, atormentándonos con la imposibilidad de comprenderla. Así pues, si esta nueva doctrina nos puede enseñar algo cierto, es conveniente que la adoptemos. »

El discurso del anciano guerrero resolvió la cuestión. Fué puesta á votación. y la asamblea renunció solemnemente á la adoración de sus antiguos dioses. Pero cuando propuso Paulino, el misionero, que destruyesen las imágenes de sus dioses, no hubo entre ellos uno solo que se sintiese suficientemente firme en sus convicciones para acometer los peligros de una profanación semejante. Pero el sacerdote mayor montó á caballo, y ceñido con una espada, y cimbrando una lanza, galopó hacia el templo, y á la vista de todo el pueblo, golpeó las paredes y las imágenes con su lanza, y finalmente las destruyó. Erigióse después un edificio de madera, en el cual fueron bautizados Edwin y gran parte de su comitiva. Paulino viajó en seguida por los países de Deiria y Bernicia, bautizando en las aguas del Swala y del Ure á todos aquellos que estaban dispuestos á obedecer el decreto de la Asamblea de los Ancianos.

En el siglo séptimo fué derramada la luz del cristianismo por las descarriadas regiones de Europa con la ayuda de los misioneros Andomar Amand, y Columba, en la Galia; Paulin, Wilfredo, y Guthberto, en Inglaterra; y Kilcan, Rudperto, y luego Bonifacio, en Alemania. Cuando desembarcó Bonifacio en Bretaña, iba con el Evangelio en una mano y la regla de car-

pintero en la otra. Tenía en sí el verdadero espíritu del trabajo. Cuando fué después á Alemenia, llevó consigo el arte de edificar.

En 826 fué Anschar con un compañero á los confines del reino de Dinamarca, donde, inspirado por su éxito, fundó seminarios para futuros misioneros. Algunos evangelizadores fueron á Hungría y á Polonia en el siglo décimo, donde se establecieron en la diócesis de Cracovia. Luchaban contra las mayores dificultades : á pesar de ser grandes los obstáculos que estaban obligados á vencer. Sin tener temor alguno á la muerte se consagraron al socorro de aquellos que habían sido atacados por la peste. Además de cristianar, reunían dinero para rescatar cautivos del imperio otomano. ¿Quién podría resistir á semejante empresa misionera llena de amor?

En los siglos décimo y undécimo había misioneros de obreros y arquitectos, todos unidos á la Iglesia. Éstos fueron los que construyeron las espléndidas catedrales de este y otros países. Pusieron el alma en el trabajo que hacían; pusieron religión en su obra. Su arquitectura tenía vida, y verdad, y amor y alegría en sí. Era armonía esculpida. Cuán diferente del trabajo de obras de hoy en día, en que los edificios modernos se desmoronan en cascajo, mientras que las antiguas catedrales están en toda su magnificencia, siendo una delicia para todos los que las contemplan.

Se dice que China tuvo misioneros nestorianos ya por el séptimo siglo, y misioneros franceses allá por el siglo duodécimo. Recientemente, en 1807, fueron enviados allá misioneros protestantes. Asia y África están apenas guarnecidos por una línea de piquetes de misioneros. Principia á alborear en Africa la época heroica de las misiones. ¡Pero cuánto país queda aun por conquistar!

San Francisco Javier, el apóstol de las Indias, es una lección para todos. Fué en 1542 á Goa en un buque portugués, para predicar el Evangelio á los que estaban extraviados. Era hombre de noble alcurnia, y pudo haber vivido una vida de placeres y de lujo, como tantos otros. Pero abandonó todo, y pre-

firió vivir una existencia de sacrificio, de abnegación, y de beneficencia. Haciendo sonar su campanilla en Goa imploraba al pueblo que le enviase sus niños para instruírlos. De allí se fué al Cabo Comorín, á Travancore, á Malaca, al Japón. Trató de penetrar en China, pero no pudo conseguirlo; y al fin murió de la fiebre en la Isla Sanchean, donde recibió su corona de martirio.

Tampoco podemos olvidar á Las Casas, quien de igual modo, fué el apóstol de las Indias Occidentales. « En una época, dice sir Arturo Helps, en que para todo se recurría universalmente á la fuerza bruta, pero en particular para lo que pertenecía á la religión, sostuvo ante las Juntas y los Consejos Reales que las empresas misioneras debían ser independientes de todo apoyo militar; que un misionero debía ir con la vida en la mano, confiando únicamente en la pretección que Dios quisiese acordarle, y no depediendo ni de la ayuda civil, como tampoco de la militar. En verdad, hasta hoy en día podrían servir sus obras, como el mejor y más notable manual para los misioneros. »

Las Casas acompañó á su padre en una expedición á las Indias Occidentales, á las órdenes de Colón, en 1498. Entonces vió por primera vez á América. Regresó á España, é hizo un segundo viaje á la Española. Allí fué ordenado como sacerdote. En el cumplimiento de su ministerio se le vió elocuente, ingenioso, veraz, valiente, desinteresado y piadoso. Iba de un lugar á otro con los españoles, y se esforzaba en captarse la confianza de los indios. Evitó muchos desórdenes y mucha crueldad; porque los españoles eran mucho más salvajes que los indios [1]. Después de ser testigo de varias matanzas, resolvió Las Casas regresar á España é interceder por esos infelices. Obtuvo una entrevista con el rey Fernando, y le refirió los agravios y los sufrimientos de los indios, y cómo morían sin conocer la religión. Pero Fernando era por esta época un hombre anciano y estaba enfermo, su muerte se hallaba próxima, y nada resultó de su representación.

1. (¡...!)

Poco después murió Fernando, y entonces se esforzó Las Casas en interesar al cardenal Jiménez, el regente, en los sufrimientos y miserias de los indios. Prometió el cardenal que los males serían extirpados. Nombró á tres padres jerónimos para acompañar á Las Casas á las Indias Occidentales.

Á su llegaba á Santo Domingo adoptaron los padres el partido del gobernador y de los jueces, por lo cual regresó Las Casas otra vez á España para apelar contra ellos; pero cuando llegó se encontró con que el Cardenal se estaba muriendo. El rey (Carlos V), tenía diez y seis años nada más, y los asuntos de España eran dirigidos por su Canciller. Cuando Las Casas había conseguido atraerse al Canciller, lo mismo que al Cardenal, murió este hombre; y así es que parecía que la muerte se interponía siempre entre el misionero y sus propósitos. El obispo de Burgos volvió á ganar su ascendiente, y Las Casas « fué á dar á los abismos », según sus mismas palabras. Sin embargo, fueron llamados los padres jerónimos. Pero el misionero ya no pudo conseguir ninguna ayuda, y se volvió á las Indias como antes. Trató de fundar una colonia en Cumaná, donde se atrajo la amistad de los indios, y se esforzó en salvarlos de la crueldad de los españoles. Pero siempre le ponían obstáculos, y tuvo que suspenderse su intento de colonización. No tenía una sola persona que le ayudara, y la obra que se proponía realizar no podía llevarse á cabo por uno solo.

Entonces abrazó Las Casas la vida monástica. Permaneció durante ocho años en el convento de padres dominicos en la Española, en cuyo tiempo hizo una vida de completa reclusión. Después se consagró á la tarea de misionero. Fué en misión al Perú, acompañado por dos de sus hermanos. Regresaron á Méjico, é instruyeron á los indios en la fe cristiana. Mientras estaba Las Casas en Nicaragua, organizó uua formidable oposición al Gobernador, á quien impidió emprender una de esas expediciones al interior que siempre eran tan perjudiciales á los indígenas. Tenían lugar en esas ocasiones las mayores y más desenfrenadas atrocidades. Se ha sabido que una vez, en que 4,000 indios acompañaban á una expedición para llevar

cargas, solamente seis de ellos regresaron vivos. El mismo Las Casas describe la manera usada para separar la cadena de un indio cuando éste estaba enfermo de cansancio y de hambre, é imposibilitado para continuar, lo cual se hacía cortándole la cabeza, y de ese modo se le segregaba de la cuadrilla en que viajaba. « Imaginaos, añade, lo que han debido sentir los demás. »

Por ese entonces resolvieron Las Casas y sus asociados marchar á Tuzulután con el propósito de cristianar á los indígenas. Ese distrito era un terror para los españoles. Llamábanlo, *el país de la guerra.* Allí habían sido rechazados tres veces por los habitantes. Pero los misioneros estaban inspirados con el valor de la fe, y resolvieron invadir el país, con peligro de sus vidas. La primera cosa que hicieron fué traducir en lengua *Quiché* y en verso, las grandes doctrinas de la Iglesia. Su segundo pensamiento fué cómo introducirían su poema hasta el conocimiento de los indios. Llamaron en su auxilio á cuatro negociantes indios que tenían la costumbre de ir á vender mercaderías varias veces al año á ese distrito. Esos cuatro hombres fueron enseñados á repetir correctamente los versos. Éstos fueron también puestos en música, que podía ser acompañada por instrumentos de los indios. También proveyó Las Casas á los negociantes con pequeñas mercaderías para agradar á los indígenas, tales como tijeras, navajas, espejos, y campanillas.

Los negociantes fueron bien recibidos por el cacique. Por la noche, cuando los jefes estuvieron reunidos, pidieron los negociantes un instrumento de música, y pincipiaron á recitar los versos con acompañamiento. El efecto que se produjo fué grande. Por varios días seguidos, fueron repetidos los sermones en verso. Preguntó el cacique de dónde venían esos versos, y quiso saber cuál era el origen y el significado de esas cosas. Los negociantes dijeron que procedían de los *Padres.* « Y ¿quiénes son los *Padres?* Entonces se explicaron los negociantes, y el cacique mandó invitar á estos hombres extraordinarios para que fueron á su territorio. Ésta fué la manera como Las Casas

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y sus compañeros obtuvieron acceso en el *País de la Guerra.*

Es innecesario proseguir sobre este asunto. El cacique abrazó la religión cristiana. Echó abajo y quemó sus ídolos. Predicó á sus súbditos, quienes siguieron su ejemplo. Las Casas y Pedro de Angulo construyeron una iglesia en Rabinal. Allí predicaban é instruían al pueblo, enseñando no solamente cosas espirituales sino también artes manuales, é instruyeron á sus rebaños en los procedimientos elementales de lavarse y vestirse. El ejemplo se extendió á Cobán, territorio vecino; y de este modo, todo éxito ganado por estos monjes valerosos, era un paso hacia continuados esfuerzos.

Las Casas regresó otra vez á España en 1539. Allí fué detenido á causa de sus conocimientos de los asuntos de Indias. Se puso á escribir su obra, titulada « La destrucción de las Indias », que ha sido muy leída. Le fué ofrecido el obispado del Cuzco (en Nuevo Toledo), pero lo rehusó. Se le volvió á ofrecer el obispado de Chiapa, en Nuevo Méjico, y sus superiores se lo impusieron como caso de conciencia. Por fin se sometió á la voluntad de sus superiores. Volvió á hacerse á la vela para el Nuevo Mundo, y se instaló en Ciudad Real, capital de la provincia. La dignidad episcopal no produjo cambio alguno en su manera de ser. Su traje era el de un monje, á veces roto y remendado. En su casa todo era de lo más sencillo. Negaba la absolución á aquellos que compraban y tenían esclavos, contra lo que prescribían las nuevas leyes. Tropezó con grandísimas dificultades en sus esfuerzos para echar abajo la esclavitud. Se atentó contra su vida. Era llamado, *el obispo demonio; el obispo anticristo.* No prestaba atención á ello, sino que seguía la senda que se había trazado, alegrándose cuando había conseguido destruír un mal. Finalmente regresó á España en 1547, renunciando su obispado.

Era Las Casas un hombre de indomable valor. Cruzó el océano entre Europa y América doce veces. Hizo viaje á Alemania cuatro veces para ver al Emperador. Llevó una vida llena de energía; y debió tener una vigorosa constitución, porque no murió hasta después de haber cumplido noventa y dos años.

Falleció en Madrid, tras de una corta enfermedad, en julio de 1566.

Lo que Las Casas deploró hace tres siglos, tenemos que deplorar nosotros ahora, que los misioneros sean precedidos ó seguidos por caballería, infantería y artillería, y que los paganos sean muertos antes de ser convertidos. En el fondo de este mal está el amor por la conquista. Desde 1800 hasta 1850 han sido consagradas por el pueblo británico en favor de las misiones cristianas más de 14.500,000 libras esterlinas, lo que es ciertamente un noble monumento de la fe, la energía y la consagración de las iglesias británicas. Pero durante el mismo tiempo hemos gastado en guerras y material de guerra más de 1,200.000,000 de libras esterlinas. Éste es un monumento más grande aún de nuestra creencia en la guerra y en los materiales bélicos.

Los misioneros penetraron por el sur de África, é hicieron camino hacia el norte en medio de innumerables dificultades. Vivieron entre los indígenas, y les sacrificaron sus mentes y corazones y almas, esforzándose en llevarlos á que creyesen en las amantes doctrinas del cristianismo. Hombres de educación, acostumbrados á las comodidades y al bienestar de la vida civilizada, soportaron las más duras privaciones, que eran tanto más duras cuanto que caían sobre sus mujeres é hijos. En una posición semejante no les podían inducir motivo alguno de lucro. Cuando el doctor Muffat cruzó el río Orange, eu 1820, como misionero para las tribus Bechuana, tenía de sueldo diez y ocho libras y siete chelines para sí, y cinco libras y cinco chelines para su esposa y familia.

Cuando Moffat se fué para quedarse entre aquellas tribus, no conocía su idioma y no tenía persona alguna que se lo enseñase. Sin hacer caso de sus abominaciones, y sin temor á su ferocidad, vivió completamente con los indígenas. Paseaba, dormía, peregrinaba, cazaba, descansaba, comía, y bebía con ellos, hasta que hubo estudiado completamente su idioma, y entonces principió ó predicar el Evangelio. Trabajó en medio de dificultades y aflicciones de todo género, siendo algunas

veces amenazado de muerte, y sin tener ninguna prueba manifiesta de éxito. Al fin creyeron en él y en las palabras consoladoras que enseñaba. Los salvajes que habían sido desaseados y andaban desnudos, se volvieron limpios y se vistieron. La laboriosidad ocupó el lugar de la holgazanería. Edificaron casas y cultivaron sus huertas. Las provisiones para el alimento del espíritu adelantaban al igual que las del cuerpo; edificaron escuelas para los chicos é iglesias para los mayores. Así avanzó rápidamente la tarea de educación y de religión.

Moffat fué seguido por Livingstone, su yerno, quien consagró su vida al mismo trabajo. Livingstone abrió el corazón del África, y recorrió los países de tribus salvajes donde nunca había puesto su planta ningún hombre blanco. Viajó miles de millas entre los animales salvajes y entre hombres más salvajes aún, y á veces era salvado de un peligro que tenía casi *junto á sus dientes;* pero no dudó nunca del éxito del Evangelio, aun entre los más abyectos. No vivió para ver el estallido de la guerra en el sur de África, y oír de los millares de hombres que fueron muertos por resistirse á la empresa de anexionar su país.

Los hombres y hasta los mismos salvajes, se juzgan mutuamente por sus hechos, no por sus palabras. Algunos que profesan ser cristianos, al igual de vendedores de moneda falsa, hacen que á menudo se desconfíe de la verdadera religión. « En la verdadera bondad del corazón, dice el doctor Guthrie, la dulzura de la índole, la abierta generosidad, las caridades comunes de la vida, nada pierden muchos simples hombres de mundo, al ser comparados con semejantes profesores; y ¿cómo podréis evitar que el mundo diga: ¡Ah! vuestro hombre religioso no es mejor que los otros; más aún, suele ser peor que los demás? Con cuán terrible prominencia sobresale esto en la contestación que nunca debiera ser olvidada, dada por un jefe indio al misionero que insistía en que se hiciese cristiano. El salvaje pintarrajeado y lleno de plumas se irguió en la conciencia de su rectitud superior, y temblando en sus labios la indignación y chispeando su mirada, contestó: « ¡El cristiano

miente! ¡el cristiano engaña! ¡el cristiano roba, bebe, asesina! ¿los cristianos se han apoderado de mis tierras, y muerto á mi tribu? » Añadiendo al volverse con altivez: « ¡El demonio, cristiano! ¡No quiero ser cristiano! » Muchas reflexiones semejantes nos enseñan á ser cuidadosos en la manera de hacer una profesión de fe religiosa! Y habiendo hecho la profesión de la doctrina, cueste lo que costase, con la ayuda de Dios vivamos conforme á ella, y llevémosla á cabo. »

Volvamos la vista á otra parte del globo, las islas de la Polinesia, donde muchos misioneros han hecho su heroico trabajo. Tomad, por ejemplo, el caso de Juan Williams, conocido por *el mártir de Erromanga*. Su vida es una novela. No le ocurrió nada de particular en su mocedad. Fué colocado de aprendiz con un quinquillero, y del mostrador pasó al taller. Poseía el instinto mecánico, y ejecutaba trabajos que requerían una delicadeza y una habilidad especiales. En su juventud tuvo relación con compañeros irreligiosos, quienes amenazaban ejercer una influencia fatal sobre su carácter. Eran incrédulos declarados y partidarios de Tomás Payne. Pero prevalecieron las influencias mejores, y al fin ingresó Williams en la Sociedad de Mutuo Mejoramiento, y en seguida se hizo activo maestro de las escuelas dominicales.

Por entonces excitaban mucho interés los trabajos de los misioneros en los pueblos paganos, y después de madura reflexión ofreció sus servicios á la Sociedad Misionera de Londres. Fueron aceptados, y en 1810 dejó á su patrón antes de haber terminado su aprendizaje. No tenía más que veinte años de edad. Durante los cortos períodos que le era dado tener para sus estudios literarios y teológicos, se procuró tiempo para visitar las manufacturas y talleres, para adelantar en sus conocimientos de la mecánica, y de ese modo introducir las artes de la paz, lo mismo que la instrucción religiosa, en los pueblos en que tenía que ir á trabajar.

El capitán Cook descubrió un gran número de islas en el Océano Pacífico, habitadas por salvajes, algunos de los cuales eran relativamente inocentes, y otros horriblemente crueles,

pero todos idólatras. Fueron escogidas estas islas por la Sociedad Misionera de Londres, á solicitud del doctor Haweis, el padre de los misioneros del Mar del Sur, como teatro de sus primeros trabajos. Por muchos años trabajaron los piadosos exploradores con muy poco éxito; pero con el transcurso del tiempo abrazaron gradualmente el cristianismo los indígenas, y en algunas islas fueron completamente abandonados los ritos de la idolatría.

Los misioneros pedían constantemente que se les enviaran algunos auxiliares más. Reconociendo esta necesidad, la Sociedad Misionera de Londres, mandó á Juan Williams, á pesar de sus estudios preliminares relativamente escasos. Pero era joven, ardiente y formal. Antes de emprender el viaje se casó Williams con la señorita María Chauner, quien probó serle un inapreciable colaborador en sus trabajos ulteriores. Á los seis meses de haber dejado su aprendizaje se embarcó para Sydney con otros jóvenes misioneros. De allí siguieron para Eimeo, una de las islas de la Sociedad. El señor Williams, además de ayudar á los misioneros, se dedicó á perfeccionarse en el idioma de Tahití. Durante este tiempo hizo la obra de hierro para un buquecillo que los misioneros construían para Pomaré, rey de Tahití.

Poco después fué pasado Mr. Williams á Huahine, y después á Raiatea. Esta última es la isla más grande y más central del grupo de la Sociedad. Aquí obtuvieron grandísimo éxito sus trabajos. Sin descuidar los propósitos primordiales de su misión, se esforzó en mejorar la condición moral y física del pueblo. Los indígenas eran degradadísimos é inveteradamente ociosos. El trato promiscuo era común. Cuando Williams consiguió alguna influencia sobre ellos, los indujo á adoptar el matrimonio legal.

Después les hizo comprender la necesidad de que construyesen viviendas para ellos. Él mismo se puso á edificar una casa cómoda de estilo inglés, como un modelo que debieran tomar los indígenas. Fué dividida en varias piezas, con pisos de tabla y paredes de armazón. También les enseñó la construcción de

botes; y, teniendo en cuenta el futuro comercio de la isla, los indujo á plantar tabaco y caña de azúcar, y á preparar ambos artículos para el mercado. Los rodillos que eran necesarios para la máquina azucarera, fueron torneados en un torno que hizo Williams con sus propias manos.

Habiendo conseguido así que los indígenas emprendieran trabajos industriales, quiso en seguida hallar mercado para sus productos. Quería extender su pacífica conquista por todas las demás islas del grupo. Creía que nada podría mejorar probablemente más la condición civil y religiosa de los isleños, que el establecer relaciones comerciales entre ellos. Para este fin se necesitaba un buque, pues los botes pequeños no podían responder á este fin.

Preocupado con esa idea, y ansioso de llevarla á cabo, fuése á Sydney, en 1822, y compró una goleta de ocho toneladas llamada « El Empeño ». Sir Tomás Brisbane, gobernador de la Nueva Gales del Sur, le regaló varias vacas, terneras y ovejas, para su propagación en las islas. Al realizar esta empresa tomó Williams toda la responsabilidad sobre sí mismo. Se entendía que su asunto era predicar y no negociar; pero creía que cuando fuese tomada en consideración la importancia de la empresa, continuaría dándole su apoyo la Sociedad en Londres.

Regresó bien á Raiatea, y en 1823 se hizo á la vela para las islas de Harvey con el propósito de descubrir la isla Raratonga. Esta espléndida isla escapó á las infatigables investigaciones del capitán Cook. Conocía Williams su existencia tan sólo por las tradiciones y cuentos legendarios de los isleños. Después de una larga busca de la extraviada isla, regresó Williams á Raiatea. Al fin, después de un espacio de tiempo, volvió á salir, y navegar muchos días, azotado por vientos contrarios, y cuando casi se habían agotado sus provisiones, se le aproximó el capitán, y le dijo : « Tenemos que abandonar la empresa señor, ó pereceremos de hambre. » Fué mandado otra vez un indígena al tope del mástil, para que inspeccionase hacia su frente. Era la quinta vez que había subido. ¡Dió la voz de que Raratonga estaba á la vista!

« Cuando estábamos á media hora de abandonar el objeto de nuestro viaje, dice Williams, y habiendo sido disipadas por el calor del ascendente sol las nubes que envolvían sus doradas alturas, nos libró él de nuestra ansiedad al gritarnos: « ¡Aquí, aquí está la tierra que buscamos! » La transición de sentimientos fué tan instantánea y tan grande, que á pesar de haber pasado bastantes años no he olvidado las sensaciones que ocasionó ese anuncio. Las radiantes fisonomías, las expresiones alegres, y las vívidas congratulaciones de todos á bordo, ponían de manifiesto que participaban de las mismas emociones: ni tampoco dejamos de elevar nuestras voces en agradecido reconocimiento á *Aquel* que bondadosamente nos conducía por un buen sendero. [1] »

El misionero y sus compañeros (indígenas de las islas inmediatas) fueron bien recibidos al desembarcar. Los maestros expusieron en el acto el objeto de su misión, que era instruírlos en el conocimiento del Dios verdadero. El rey estaba dispuesto á ser instruído, y su pueblo con él. Después de haber permanecido por algún tiempo en la isla, dejó allí á uno de los maestros indígenas, y « El Empeño » regresó á Raiatea. Él estaba pronto para someter bajo su dirección á todas las islas de los Navegantes y otras más. Se hallaba listo para salir con otra expedición, cuando le llegaron noticias de Londres en que se le hacía saber que la Sociedad Misionera desaprobaba sus procederes, temorosa de que algo de carácter mundano se mezclase con su misión. Al mismo tiempo habían obtenido los comerciantes de la Nueva Gales del Sur un mandato sobre disposiciones fiscales del gobernador, que daban por resultado impedir muchísimo el desarrollo del comercio de las islas del Mar del Sur. Así fué que Williams se vió obligado á deshacerse de « El Empeño ». Cargó el buque con los productos de más fácil venta que pudo reunir y lo mandó á Sydney, con órdenes para su venta y la del cargamento.

1. Narración de una empresa misionera en las Islas del Mar del Sur. Por el Reverendo JUAN WILLIAMS. 1841.

Williams continuó de estación en Raiatea; pero visitó de cuando en cuando á Raratonga. En 1827 acompañó al señor Pitman y á su esposa, quienes se iban á establecer allí como misioneros. Encontraron que la mayor parte de los antiguos ídolos habían sido destruídos, y que el sentido moral y religioso del pueblo había mejorado grandement. Impúsose entonces Williams la obligación de traducir pasajes de la Biblia en el dialecto popular, pues los libros conocidos hasta entonces por los misioneros estaban en el idioma tahitiano. Con este motivo redujo el dialecto de Raratonga á una forma escrita y un sistema gramatical. Á petición suya fué también construída una iglesia. El diseño y el arreglo fueron según sus planos, y los jefes y los indígenas le ayudaron tan alegremente y con tanta disposición que el edificio estuvo terminado en dos meses. Fué construído sin un solo clavo, ni siquiera un pedazo de hierro. La capilla tenía capacidad para unas tres mil personas.

Ocurrió un hecho curioso durante la ejecución de la obra. Un día llegó el señor Williams sin su escuadra. Tomó un pedazo de madera, y con un carbón escribió un mensaje para su mujer, pidiéndole que le enviase la escuadra con el portador. Llamó á uno de los jefes, y le pidió que llevase ese pedazo de madera á la señora de Williams. Lo tomó y preguntó: « ¿Qué debo decirla? » « No tenéis que decirla nada, la tablita le dirá todo lo que deseo. » El jefe se marchó, creyéndose tonto. Al dársela á la señora de Williams, la leyó ésta y la arrojó; trajo en seguida la escuadra y se la dió al jefe. Éste se apoderó de la tablita, y salió corriendo, al mismo tiempo que vociferaba: « ¡Ved la sabiduría de estos ingleses! ¡pueden hacer hablar á las tablitas! » La ató á un cordón y se la colgó al cuello. Durante algunos días se le vió rodeado por grupos de personas, que escuchaban con vivo interés lo que se refería sobre las maravillas que había hecho la tablita.

No apareciendo ningún buque por la isla, con el cual pudiera regresar á su estación de Raiatea el señor Williams, se puso á aprovechar el tiempo lo mejor posible. Fundó escue-

las, en las que enseñaba á leer al pueblo. Sin embargo, eran muy torpes como estudiantes, comparados con sus despiertos hermanos de las Islas de la Sociedad. El idioma en que se enseñó primeramente era el tahitiano, pero para ellos era como un idioma extranjero. Sólo después que hubo traducido el evangelio de San Juan y la epístola de los Galateos al dialecto de Raratonga fué cuando principió la gente á aprender bien; y después hicieron rápidos progresos.

Formóse una conspiración por algunos jóvenes turbulentos y disolutos, para asesinar á Williams y á su colega, y arrojar sus cadáveres al mar, mientras pasasen de Raratonga á la isla vecina de Tahaa. Afortunadamente fué descubierta la conspiración. Tuvieron una conferencia los jefes, y resolvieron matar á los cuatro cabecillas. Intercedió Williams, é imploró á los jefes para que no les quitasen la vida. Durante la conversación preguntaron los jefes qué harían los ingleses en iguales circunstancias. Se les dijo que en Inglaterra había leyes y jueces, por quienes eran juzgados y castigados todos los delincuentes. « ¿Por qué no podremos nosotros tener lo mismo? » preguntó el jefe.

Con este motivo se convino en establecer un código de leyes, como base de la justicia pública. Los señores Williams y Threlkeld lo prepararon en lenguaje sencillo y claro. Al mismo tiempo incluyeron la mayor barrera contra la opresión, el juicio por jurados. En el interin había sido nombrado un juez, *pro tempore*, que juzgó á los criminales. Fueron desterrados por cuatro años á una isla desierta.

Después de esperar mes tras mes en Raratonga, y no apareciendo buque alguno que pasase al alcance de la vista, se resolvió Williams á adoptar la resolución más extraordinaria, y ésta era de construír un buque con sus propias manos. Tenía gran carencia de herramientas, y no tenía ni una de las que se usan para la construcción de buques. Su primer paso fué hacer un par de fuelles de herrero. En la isla había cuatro cabras, una de las cuales daba leche; las otras tres fueron sacrificadas, y con sus pieles consiguió hacer después de tres

ó cuatro días de trabajo, un par de fuelles de fragua. Pero en vez de soplar el fuego, lo aspiraban. Muy luego tuvieron una desgracia los fuelles. Por la noche, las ratas se comieron hasta el último pedacito de los cueros de las cabras, de modo que á la mañana siguiente no se encontraron sino las tablas peladas. Resuelto á llevar á cabo su propósito, se le ocurrió á Williams que, si una bomba sacaba agua, tenía que arrojar necesariamente el aire si era hecha con los mismos principios. Después de muchas dificultades, construyó al fin una máquina que llenaba el objeto.

Con esta *bomba de viento* hizo todo lo que era de hierro, usando una piedra perforada como el caño que se usa en su extremo, una pieda grande como yunque, y unas tenazuelas de carpintero como tenazas. Usó carbón de leña en vez de carbón de piedra, hecho de cocos y otros árboles. Como no tenía serrucho rasgaba con cuñas los árboles, y en seguida los alisaban los indígenas con pequeñas hachas de piedra. Cuando necesitaba un tablón torcido, doblaba un pedazo de bambú en la forma requerida, ó mandaba á los bosques á que trajesen un árbol torcido, y partiéndolo, obtenia dos tablas que respondían á sus propósitos. Teniendo muy poco hierro, taladró grandes agujeros en las maderas y á través de los tablones interiores y exteriores del buque, metiendo á golpes de martillo unos pernos de madera, con los cuales quedaba perfectamente asegurada toda la fábrica.

La cáscara del coco fué usada como estopa. La corteza del hibisco se utilizó para cuerdas y cabos, á cuyo efecto se construyó una máquina de hacer cuerda. Las esteras en que dormían los indígenas se usaron como velas, y fueron acolchadas para que resistiesen á los vientos. Se construyó un palo lata, y el *aito* ó palo de hierro se utilizó para las roldanas de los motones. El ancla era de madera, y también fué usado un barril lleno de piedras. El buque era de setenta á ochenta toneladas de carga. Después de unas quince semanas de trabajo, fué botado al agua el *Mensajero de la Paz*. En seguida se le puso el timón. Esta importante obra costó muchas dificultades.

No teniendo hierros suficientemente largos para machos de timón, fueron hechos éstos de un pico de azada, una azuela de tonelero, y un gran azadón. Con esta mezcla de piezas de hierro, fué asegurado el timón, y estuvo pronto para darse á la vela este buque maravilloso.

Creyendo que sería peligroso dirigirse á Raiatea en las islas de Tahití, que estaba distante de allí más de ochocientas millas, se resolvió ir primeramente á Aitutake, que sólo estaba á unas ciento setenta millas de distancia. Make, rey de Raratonga, acompañó la expedición. Se vió que el buque era bueno para la mar. El viaje á Aitutake se llevó á cabo sin más accidente serio que la rotura del palo del trinquete, debido á la inexperiencia de la tripulación indígena; y sin embargo, había luchado el buque contra un fuerte viento y un mar muy agitado. Afortunadamente tenía Williams un compás y un cuadrante, y esto hizo que pudiese hacer el viaje sin mucha dificultad. Nada le sorprendía tanto al rey como el hecho de decirle anticipadamente en qué dirección se vería primero la tierra. Preguntaba continuamente cómo era posible que pudiéramos decir con toda precisión la referente á aquello que no podíamos ver. Una de sus expresiones fué: « Nunca volveré á llamar guerreros á los hombres que se baten en tierra; sólo son dignos de ese nombre los ingleses que combaten contra los vientos y las olas del océano. »

El *Mensajero de la Paz* permaneció en Aitutake unos ocho ó diez días, y embarcó un cargamento de retorno. Consistía principalmente en ¡cerdos, cocos y GATOS! Los cerdos de Raratonga eran pequeñísimos y muy difíciles de criar; y por esto fueron importados setenta de una cría muy superior. Es fácil de explicar la razón de formar parte del cargamento los gatos. Las ratas abundaban en Raratonga. Eran como una de las siete plagas de Egipto. Andaban sobre las mesas entre los alimentos. Se apoderaban de pedazos de carne y de pan. Subíanse y se acostaban sobre las sillas. Dormían en las camas. « Mientras estábamos arrodillados haciendo nuestras oraciones en familia, dice el señor Williams, corrían entre nosotros y

hubieran trepaban por nuestras piernas si las hubiésemos dejado.

> Great rat, small rats, lean rats, brawny rats,
> Brown rats, black rats, gray rats, tawny rats,
> Grave old plodders, gay young friskers,
> Fathers, mothers, uncles, cousins,
> Eocking tails and pricking whiskers,
> Families by tens and dozens,
> Brothers, sisters, husbands, wives [1].

En realidad, la midad de los alimentos se la comían las ratas en Raratonga. Se comieron los fuelles del señor Williams, Se comieron los botines de la señora de Pitman. Y cuando les faltaba alimento, se convertían en caníbales, y se comían á sus ratitas. Los gatos eran, pues, un aumento bien venido para la población de Raratonga. Muy pronto hicieron una barrida de ratas, ayudados por los cerdos recién importados, que se hicieron voracísimos, y ayudaron á limpiar la isla de esa intolerable molestia.

No se satisfizo Mr. Williams con permanecer quieto en su misión de Raiatea. Toto iba bien allí. Pero había otras islas que conquistar, y resolvió conquistarlas. Se sentía lleno de vida, de vigor, de valor. Hacia el oeste había varios grupos de islas, que nunca habían sido visitadas por los misioneros — los grupos Hapai, y Samoa. Hizo su excursión entre ellos en e *Mensajero de la Paz*, y realizó los mismos fines que había llevado á cabo en otras partes. Destruyó la idolatría, y estableció el culto del Dios verdadero.

« El cristianismo triunfó, decía el señor Williams, no por la actividad humana, sino por su propio poder moral; por la luz que esparció, y por el espíritu de benevolencia que ha diseminado, porque *la bondad es la llave que abre el corazón hu-*

1. Ratas grandes, ratas chicas, ratas flacas, ratas gordas, ratas castañas ratas negras, ratas grises, ratas pardas, viejas de aspecto grave, jóvenes alegres y retozonas, padres, madres, tios, primos, colas paradas, y bigotes tiesos, familias por decenas y docenas, hermanos, hermanas, maridos y mujeres.

mano, ya pertenezca éste á un salvaje ó á un hombre civilizado. Cuando eran tratados con bondad abrazaba inmediatamente la multitud la verdad; porque atribuían naturalmente esta transformación poderosa en sus jefes antes tan feroces, á la benigna influencia del Evangelio sobre sus espíritus. »

« Hay dos palabritas en nuestro idioma que siempre he admirado : *prueba y confía*. No sabréis lo que podéis ó no podéis realizar, hasta que hayáis *probado*; y si hacéis vuestros ensayos practicando la *confianza* de Dios, desaparecerán montañas de imaginarias dificultades al aproximaros á ellas, y se os presentarán facilidades que jamás habríais podido prever! »

Después de algún tiempo más, resolvió el señor Williams hacer una visita á Inglaterra. Habiendo enviado al *Mensajero de la Paz* á Tahití para ser vendido, tomó pasaje en un buque ballenero que se dirigía á Londres, donde llegó en junio de 1834. Presentó su manuscrito del Nuevo Testamento en dialecto raratongo á la Sociedad Bíblica Inglesa y Extranjera. Se ordenó su impresión. También escribió una relación de las circunstancias más importantes de su extraordinaria carrera de misionero [1]. La aparición de este escrito despertó el más profundo interés. Habló en numerosos *meetings* en toda Inglaterra. Hizo amistad con muchos de los dignatarios de la Iglesia establecida, y con hombres eminentes por su ilustración en las ciencias, y con muchos individuos de la nobleza. Se le hicieron donaciones en ayuda del objeto general de su misión. La municipalidad de Londres votó por unanimidad una suma de quinientas libras esterlinas para su sostén. En todo, hubo suscritas cuatro mil libras esterlinas. Con éstas se compró el buque misionero *Campdèn*; y el 11 de abril de 1838, se hizo á la vela desde Gravosand con el señor y la señora Williams á bordo, y otros diez y seis misioneros, que debían ser dejados en sus respectivas estaciones.

1. Narracion de empresas misioneras en las Islas del Mar de Sur; con observaciones sobre la Historia Natural de las islas, orígen, idioma, tradiciones y costumbres de los habitantes, por el reverendo Juan Williams, de la Sociedad de Londres.

Llegó salvo el *Campden* á las islas del Mar del Sur. Después de haber hecho el señor Williams una excursión por las islas de la Sociedad y en las que ya se habían establecido misioneros, procedió á visitar las islas que estaban más hacia el oeste, en las cuales aun nada se había hecho para instruír á los salvajes. La expedición marchaba satisfactoriamente, cuando finalmente llegó el *Campden* á Erromanga, en el grupo de las Nuevas Hébridas. Una partida del buque desembarcó en la bahía de Dillon. Parece que los indígenas habían sido irritados por el bárbaro trato que habían recibido de la tripulación de un buque que había visitado anteriormente la isla. En represalia atacaron á los misioneros que acababan de desembarcar. El señor Williams y su amigo el señor Harris fueron muertos y comidos.

Así pereció á los cuarenta y cuatro años de edad uno de los hombres más nobles y desinteresados. Para él consistía el deber en hacer el bien. Esparció abundantemente las semillas del cristianismo y de la civilización. Fué un hombre de inquebrantable perseverancia. Nada lo contenía en su tarea de hacer obras de misericordia; y con todo, podía esperar con paciencia. Sabía que tendría que llegar el tiempo en que habían de florecer y dar fruto las semillas que sembraba. Sus obras han vivido después de él. Hasta los caníbales de Erromanga abandonaron al fin la idotatría, y recibieron con placer las verdades del cristianismo.

Otros nobles obreros continuaron el ejemplo de Williams. El reverendo Jorge A. Selwyn fué consagrado obispo de Nueva Zelandia en 1841. En el acto se dedicó á llenar los deberes de su misión [1].

1. En una de sus cartas dijo Sydney Smith en su modo burlón: « El consejo que envié al obispo de Nueva Zelandia, cuando se preparaba á recibir allí á los jefes caníbales, fué que les dijera: « Siento profundamente, señores, no tener en mi propia mesa cosa alguna del gusto de ustedes, pero encontrarán bastante cura frío y sacerdote asado en la alacena, » y si á pesar de esta prudente provisión concluyeran sus visitas comiéndoselo también á él, entonces sólo podría agregar: « Espero sinceramente que él no estuviera conforme con ellos. » En este último sentimiento debe haber convenido cor-

Después de siete años de incesante trabajo en la tierra firme de su diócesis, pareció al obispo que, en cumplimiento de la misión que le había sido confiada por el primado inglés, había llegado la época de procurar llevar á cabo la evangelización de los cinco grupos de islas, entre la Nueva Zelandia y el Ecuador, á las que se ha dado el nombre de Melanesia; y durante los doce años siguientes le ocupó mucho de su tiempo esta tarea misionera. Al principio estaban divididas las opiniones respecto de la prudencia y oportunidad de la empresa, y eran disculpables las personas moderadas, que la consideraban demasiado romántica para ser realizable.

Á las representaciones de sus amigos sobre el peligro personal que llevaba consigo, contestó con el axioma: « Que donde un negociante quiere ir para traficar, allí debe ir el misionero para el tráfico de las almas; » y escribió á su padre: « Es deber del misionero llegar hasta el extremo del arrojo, hasta exponerse á un peligro cierto y conocido. En esas islas ha de arriesgarse algo, si se quiere hacer alguna cosa. »

El peligro era ciertamente grande, particularmente cuando él no permitía nunca arma alguna á bordo de su buquecito; y en una ocasión en Malicolo, en las Nuevas Hébridas, donde parece que tan sólo « su perfecta serenidad y porte digno (usando las propias palabras del capitán Erskine) le salvaron á él y á sus compañeros, del fin que poco antes había tenido Williams en Erromanga, y que algunos años después acaeció á Patteson en Nukapu ».

Á una objeción de otra clase, de que tendría que descuidar su propia diócesis, y que sería tener muchos hierros en el fuego, opuso su convicción de que podría emprender la inspección personal y la superintendencia de toda la Melanesia, no solamente sin perjuicio, sino con el mayor beneficio posible para su propia obra en Nueva Zelandia. Su corazón estaba en esas lejanas islas, afligido por sus obscuros habitantes con un

dialmente conmigo; y, en general, debe haberlo considerado como una útil indicación, y lo habrá aceptado con amabilidad. » — *A Memoir of the rev.* SYDNEY SMITH, 1. 386.

más sencillo, lo que parece emanar naturalmente del conocimiento que se tiene á la sola vista de estas poblaciones paganas. »

Patteson se fué á hacer sus visitas á las islas de Melanesia, esperándolo todo y no temiendo cosa alguna. Se le estimaba mucho por los hombres y las mujeres. Cuando estaban presentes las mujeres, sabía que estaba salvo. Todo lo hizo confiando en los individuos. Fué á Futuma, yendo á tierra con el agua hasta la rodilla. Después á la isla Faté, de cuya población se decía que era de las más brutales de esos mares. Eran caníbales y habían muerto á toda la tripulación del *Royal Sovereign*, cuando naufragó en la costa de la isla; se habían comido nueve hombres en una ocasión, habiendo enviado los otros nueve como obsequio á sus amigos.

En 1861 fué consagrado Juan Coleridge Patteson obispo misionero de las islas de Melanesia. Continuó en su tarea como hasta entonces. Á menudo estuvo en peligro de muerte. Iba entre los indígenas solo y desarmado. Podían concluír con él de una vez con una flecha envenenada. Sin embargo, siempre estaba contento y lleno de celo. « ¡Gracias á Dios! dice, para apoyarme puedo recurrir á muchos puntos sólidos de consuelo, el primero de todos, ÉL lo ve y lo sabe perfectamente. También ve á los isleños, y los ama, infinitamente más de lo que yo puedo hacerlo. Yo creo que ÉL me envía á ellos. Bendecirá todos los puros esfuerzos que se hagan para cumplir su voluntad entre ellos. La luz está brotando en Melanesia; y hallo gran consuelo en este pensamiento y tengo presente que poco importa que no lo sea en mi tiempo; pero no hay más; he de continuar trabajando. »

En otra parte dice, cuando habla de los hombres que iban á serle enviados para ayudarle: « Un hombre que se forma la idea sentimental de islas de corales y de cocos, es peor que inútil; un hombre que está posesionado del pensamiento de que está haciendo un sacrificio no servirá nunca; y el hombre que considere cualquier clase de trabajo como indigno de un caballero, sólo servirá de estorbo, y se sentirá molesto al ver que

el obispo hace lo que él considera degradante para sí mismo. Y si el hombre á propósito es impulsado por la gracia de Dios para venir á estos parajes, ¡qué bienvenida le daremos y cuán felices estaremos muy luego en un trabajo, cuyos abundantes beneficios nadie puede conocer tanto como nosotros! »

No era por dinero por lo que estos sacerdotes abandonaban á Inglaterra. Era únicamente por cien libras esterlinas anuales, que después fueron aumentadas á ciento cincuenta. Pero ellos enseñaban todo á los indígenas, hábitos de economía, de cuidado, puntualidad, aseo, y demás cosas por el estilo. ¡Cuánto carácter es originado por estas virtudes domésticas! El obispo estableció escuelas y colegios por doquiera que iba. Hizo que los muchachos isleños le acompañasen en sus viajes, para que éstos entendieran su idioma y él el de ellos. En Santa Cruz, en 1864, les arrojaron flechas al obispo y á su gente. Uno de ellos, Pearse, recibió en su pecho una flecha; y Edwin Nobbs recibió otra en el ojo izquierdo. Uno de los remeros, Young, tuvo la muñeca izquierda atravesada. El obispo les sacó las flechas, la del pecho después de una larga operación. Fisher Young murió del tétano. Cuando se hallaba moribundo, le dijo al obispo: «Besadme; estoy contentísimo por haber cumplido con mi deber.» Nobbs murió de la misma enfermedad. Pearse se restableció, á pesar de haber sido su herida la más grave.

Después visitó las islas Norfolk, Pitcairn, las Nuevas Hébridas, las Fijó, las de Salomón, y las de Tahití, haciendo el bien en todas partes, y conquistando nuevos miembros para la Iglesia. Hizo imprimir para ellos el Nuevo Testamento en su propio idioma, y extractos de los libros del Antiguo Testamento. Estando un día de Navidad en la isla de Norfolk, fué despertado por una reunión de unos veinte melanesios, á cuya cabeza iba el señor Bice, que cantaban canciones de Navidad en la puerta de su dormitorio. «¡Cuán delicioso fué aquello! dice, me había acostado con el Libro de alabanzas á mi lado, y en mi espíritu el himno del señor Keble; y ahora las traducciones de Mota, que ya nos eran familiares, del Himno de los ángeles y de «La luz para iluminar á los gentiles,» cantados también por uno de

nuestros discípulos paganos, que llevaba la voz principal. Sus voces sonaban frescas y claras en la silenciosa media noche, el cielo tan perfectamente límpido, la tranquila luna y el clima templado y agradable. Permanecí despierto mucho después, pensando en el bienaventurado cambio operado en sus espíritus, pensando en mi suerte feliz, felicísima, de cuán inmerecida lo ha sido y lo es, y ¡perdiéndome en la maravillosa bondad, misericordia y amor de Dios! »

Debemos apresurarnos hacia su último viaje al archipiélago de Santa Cruz. Los buques piratas ó rateros de hombres, de Queensland, andaban rondando las islas con el propósito de arrancar por la fuerza á los indígenas para que trabajasen en sus fincas. Algunas de las islas estaban casi despobladas. Cinco individuos habían sido arrebatados de Nukapu por los hombres de Queensland. Cuando el buque del obispo se aproximaba á la isla, vieron que cuatro canoas daban vueltas entre los arrecifes de corales. Sintiendo lástima el obispo por estos infelices, ordenó echar el bote al agua. Entró en él acompañado por cuatro hombres. Al aproximarse á las canoas, subió á una de ellas el obispo, en la que estaban dos jefes, que antes habían sido amigos. La canoa se dirigió á la costa, en la cual vieron desembarcar al obispo los hombres del bote, perdiéndole de vista en seguida.

El bote se quedó con las otras canoas. De pronto se levantó un indígena en una de las canoas y arrojó sobre los hombres del bote una de sus flechas de una vara de largo. Otros hicieron lo mismo. El bote hizo remos hacia atrás rápidamente hasta que estuvo fuera de alcance, pero no antes que tres de los cuatro hombres hubiesen sido heridos. ¿Pero qué había sido del obispo? Había sido asesinado en la ribera. Se observó que se aproximaban dos canoas, una llena de indígenas, la otra aparentemente vacía. Los indígenas regresaron en sus canoas; la otra, con un motón en medio, se movía hacia adelante. El bote del buque se le acercó y el marinero dijo al mirar la canoa: « Ésos son los botines del obispo. » Se atracó á la canoa, y se trasbordó el cuerpo, que estaba envuelto en una estera in-

dígena. Cuando se sacó la estera, se vió al obispo, con su plácida sonrisa dibujándose en su rostro. Una hoja de palma estaba asegurada sobre su pecho, y cuando se abrió la estera, viéronse cinco heridas en su cuerpo.

« La extraña y misteriosa belleza de estas circunstancias, dice la señorita Yonge, casi le hacen sentir á uno como si esto fuera la leyenda de un mártir de la Iglesia primitiva. » No hubo uno de aquellos que le amaban y veneraban, que no sintiese que esa era la muerte que siempre había esperado, y que siempre había estado dispuesto á dar su vida en cumplimiento de su deber. Era evidente que había sido muerto por venganza. ¡ Cinco hombres habían sido robados de Nukapu por los miserables filibusteros de Queenstown: ¡y ésta era la consecuencia!

La dulce y tranquila sonrisa de la fisonomía del obispo, predicaba la paz á los tristes que perdían su espíritu guiador, pero no pudieron verla por mucho tiempo. En la mañana siguiente fué entregado á las aguas del Pacífico el cuerpo de Juan Coleridge Patteson. Fué á su descanso, al morir, como había vivido, en el servicio de su Maestro. Su fin fué la paz.

Pocos años después fué visitada la isla de Santa Cruz, en 1875, por el comodoro Goodenough, del buque de Su Majestad *Perla*. Tenía muchos deseos de ver el lugar de la muerte del obispo, aunque le aconsejaron que no lo hiciera así, á causa del carácter traidor de los indígenas. Con todo, desembarcó en la isla. Al principio parecieron amistosos los habitantes. Volvió á desembarcar, pero la conducta de aquéllos le pareció tan sospechosa que ordenó á su gente el inmediato reembarco.

En una carta — la última que escribió — describe la escena. « Vi á un indígena á la izquierda que arreglaba una flecha en el arco, y en un instante, mientras yo estaba pensando que sería una amenaza ó un juego, vino silbando la flecha y penetró en mi costado izquierdo. Grité: ¡ á los botes! me arranqué la flecha, y salté á la ribera, oyendo silbar una lluvia de flechas en to mío. Al llegar á los botes, vino en el acto el cirujano y curó la herida, quemándola bien con cáustico. » Cinco días después, añade: « Estoy muy bien; mi única molestia es un dolor en la

espalda, que me impide dormir. No siento... » Aquí concluyen sus palabras. No pudo terminar la carta.

Le dió el tétano y se perdió toda esperanza de salvarle. Recibió la noticia de su peligroso estado con la tranquilidad perfecta de un hombre cuya vida entera ha sido una preparación larga para la muerte. Mandó que se le llevara sobre cubierta, y mientras la tripulación se reunía en torno suyo en silencioso dolor, les habló con amor y ternura, y les encareció que siguiesen sus pasos. Pasó á su eterno descanso tranquilamente, y su cuerpo fué entregado al abismo del mar. Así pereció un hombre de quien Inglaterra podía difícilmente prescindir. Era un modelo noble del marino verdadero y del caballero cristiano.

No tenemos espacio para mencionar los hechos heroicos de otros misioneros cristianos, de los jesuítas en el Japón, China y América del Norte y del Sur; de los moravios en Groenlandia, los Estados-Unidos y el África; de Juan Eliot, el primer misionero entre los indios americanos, y de David Brainerd, y Jonatan Edwards [1] que le siguió; de Martyn, Heber, Carey, y Marshman, en la India; de la familia Judson, en Burmah; de Carlos Federico Mackensie, el misionero mártir del Zambese; y de Samuel Marsden, el patriarca del cristianismo en Australia [2].

¡Honor á vosotros, nobles héroes cristianos, conocidos ó ignorados; á todos aquellos que dedican su tiempo y su traba-

1. Cuando el presidente Edwards fué expulsado de su iglesia en Northampton, Massachusetts, á causa de su proyecto de reformar la moral de su congregación, se fué como misionero entre los indios de Stockbridge, para predicar el Evangelio. Permaneció seis años entre ellos, ayudado grandemente por su mujer; y durante esa época compuso sus obras más profundas y valiosas. La razón que hubo para despedirle fué la siguiente: algunos jóvenes de su rebaño habianse procurado algunas publicaciones obscenas y las propagaban para infección de otros. Edwards llamó á los miembros principales de su parroquia, y les manifestó lo que había. Dijo el nombre de las personas que estaban complicadas en ello. Resultó que casi todas las familias del pueblo tenían uno ú otro pariente implicado en el asunto. Los principales de la congregación se opusieron abiertamente á su pastor con la mayor insolencia y desprecio; y fué en seguida despedido por una mayoría de doscientos contra veinte. Ésta fué la causa de su vida de misionero entre los indios.

2. Una relación admirable de estos misioneros, se encuentra en la obra de la señorita Yonge: *Pioneers and Founders.*

jo para diseminar el conocimiento de lo que alivia, conforta, y salva; á aquellos que dan su vida por la religión; y á todos aquellos que ayudan á los pobres, á los que luchan, y á los no civilizados para que alcancen bendiciones más elevadas que las de esta transitoria vida!

CAPÍTULO XIII

Cariño para con los animales.

Quien siente desprecio por cualquier ser viviente, tiene propiedades que nunca ha usado aún. — WORDSWORTH [1].

El disoluto soldado de á caballo que pasó, ha herido á mi cervato, y éste va á morir. ¡Hombre vil! No medrarán los que te han muerto. Estando vivos jamás les hiciste mal; ¡ay! ni tu muerte puede serles tampoco de utilidad ninguna. — MARVELL [2].

Hay en la mirada de todo animal una imagen vaga y un reflejo de humanidad, un relampagueo de extraña luz á través de la cual aparece su vida, para nuestro gran misterio de imperio sobre ellos y que reinvindica el compañerismo de la criatura, ya que no el del alma. — RUSKIN [3].

¡Cuán enorme cantidad de crueldad se perpetra sobre los mudos animales, sobre las aves, las bestias, los caballos, en fin sobre todo lo que vive. Los gladiadores romanos han desaparecido, pero quedan las corridas de toros españolas [4]. Así como se deleitaban las señoras romanas en ver sangrar y morir á los gladiadores en el anfiteatro público, así también las damas es-

1. He who feels contempt
For any living thing, hath faculties
Which he has never used. — WORDSWORTH.

The wanton troopers riding by,
Have shot my fawn, and it will dye.
Ungenthe men! they cannot thrive
Who killed thee. Thou ne' er didst alive
Them any harm: alas! nor could
Thy death yet do them any good. — MARVELL.

3. There is in every animal's eye a dim image and gleam of humanity, a flash of strange light their life looks out and up to our great mystery of command over them, and claiming the fellowship of the creature, if not of the soul. RUSKIN.

4. Y el pugilato inglés. (N. del T.)

pañolas palmotean con entusiasmo en espectáculos, de los cuales los guerreros ingleses se salen con repugnancia. « Debe confesarse, dijo Caballero, y lo confesamos con pesar, que en España, se manifiesta hoy muy poca compasión hacia los animales por hombres y mujeres; y entre las clases bajas, no hay ninguna absolutamente. »

Pero nosotros no tenemos tampoco limpias las manos. No hace aún mucho tiempo que el combate entre toros y perros era una de nuestras diversiones públicas; la riña de gallos y la arrancada de tejones, eran cosas comunes hasta en nuestros días. Estas diversiones eran patrocinadas por los ricos y por los pobres. Ricardo Martin, de Galway, el amigo de los animales, consiguió obtener, en 1822, que se votara una ley que investía á los animales con derechos en el contrato social; sin embargo, dos de los jueces, en una causa llevada ante ellos, declararon que los toros no estaban comprendidos en los beneficios del acta.

En 1829 fué rechazada por la cámara de los Comunes un proyecto para la supresión de combates entre toros y perros, por una mayoría de 73 contra 28 votos. Pero la opinión pública creció, hasta que los combates entre toros y perros se hizo diversión de personas pobres solamente. Sólo hasta el año de 1835 no se votó un acta que ponía fin á los combates de toros y perros. La Sociedad para la supresión de la crueldad para con los animales fué establecida sobre la ley de Martin. Los animales fueron puestos bajo la protección legal, aunque desgraciadamente quedaron excluídos algunos. Aun hay muchos restos vivos de crueldad.

Por ejemplo, las aves quedaron excluídas. No necesita uno más que ir á Hurlingham en un *dia de las señoras*, para ver la crueldad con que son tratadas las palomas. Se las suelta de sus jaulas á las pobrecillas, y se las caza por apuesta, tiñendo con su sangre los vestidos de las señoras. Hay tanto palmoteo como en una corrida de toros españoles. El ave á que se ha tirado, el ave con una pierna destrozada, consigue volar al campo, y cae en un lugar del matorral, y allí muere después

de una larga agonía. ¿Es ésta una lección de humanidad que las mujeres inglesas quisieran enseñar á sus hijos é hijas?

La moda de llevar alas de pájaros en los vestidos de las señoras ha sido comienzo de una época calamitosa para los pájaros. Los han tiroteado en todos los países para proveer á la pasión de la *gentil mujer* por las alas de los pájaros. El *Spectator* menciona un casamiento en que once madrinas llevaban vestidos adornados con pluma de cisnes y de petirrojos. ¡Qué matanza de pájaros para ese solo casamiento! Los petirrojos debían haber sido envueltos en sangre. Pero las señoras permitirán la matanza antes que dejar la moda.

Pero la matanza de pájaros como negocio ha alcanzado ahora proporciones que amenazan la existencia de algunas de las criaturas más hermosas de Dios. Los colibríes, los alciones, las alondras, los ruiseñores, son cazados con escopeta. ¡Un comerciante en pájaros, de Londres, recibió en una sola consignación 32,000 colibríes muertos, 80,000 pájaros acuáticos y 800,000 pares de alas!

Hace algunos años que el Parlamento votó un ley « para la protección de aves silvestres durante la época de la cría »; y después otra « para la preservación de las aves silvestres ». Pero estas leyes han tenido poco efecto. Aun se sigue matando las aves silvestres para el placer de las mujeres. Una de las últimas cosas es el sombrero diario de las señoras, « adornado con vistosos patos silvestres ». Si no pueden conseguir sus adornos aquí, son saqueados para ellas todos los rincones del mundo. La India es un vasto campo para los alciones cuyas alas son del color más hermoso. Se les mata para el mercado inglés [1].

1. Un *Amigo de la naturaleza* escribe desde Khairpur á un diario de Lahore « Hace un par de noches andaba vagando yo á orillas de un gran lago de aqui, cuando me encontré con dos hombres que llevaban unos canastos de forma particular. Á mi pregunta sobre quiénes eran y qué hacian, me contestaron quo eran cazadores de pájaros, de Madrás. ¿Qué clase de pájaros? Alciones. Y en su canasto me mostraron la pluma de doscientos de ellos por los cuales me aseguraron que recibirian en Madrás cuarenta rapias. Me dijeron que ésta era su ocupación habitual y que durante todo el año habia cuadrillas de ellos

Los ingleses se están atrayendo el desprecio de los noruegos por sus matanzas al por mayor de la caza mayor y menor, llevada á cabo por la clase baja de los turistas ingleses. El *Punch* de Cristianía, dice de nuestros compatriotas: « Ha pasado ya el tiempo en que Inglaterra se atrevía á tomar parte en la política: desde entonces, ha dormido firmemente. (Refiriéndose quizá á la política de lord Russell con respecto á Dinamarca.) Todo el bendito verano, vienen aquí ingleses zafios á mortificarnos, á pescar, á cazar y á destruír; de ese modo tendremos bien pronto destruída toda nuestra caza.

« Á consecuencia del enjambre de turistas ingleses, ha votado una ley el Storthing, prohibiendo á todo extranjero el que pueda llevar una escopeta ó caña de pescar sin licencia. Basta con poder gozar del espléndido panorama de Noruega, sin destruír sus aves silvestres y su caza mayor. Sea lo que fuere, la ley pondrá término á esa destrucción al por mayor. »

La captura de alondras en este país es enorme. En Lakenmeath, en Suffolk, se cogieron en tres días, dos mil docenas de alondras y fueron enviadas á Londres para hacer empanadas de alondras, plato delicado de los glotones. Se han hecho muy populares las empanadas de alondras, y se toman todas las medidas imaginables para coger los pájaros en grandes cantidades, tanto en el país como fuera de él.

Refiramos cómo un hombre bueno se propuso salvar las alondras y vencer á los glotones. Aconteció esto en los alrededores de Aberdeen hace muy pocos años. Hacia mediados de marzo tuvo lugar un fuerte temporal de nieve. El campo estaba blanco hasta donde alcanzaba la vista. Los pájaros de tierra adentro eran arrojados á causa del temporal, por el frío y por el hambre,

esparcidas en todo el país, y que las plumas eran enviadas á Inglaterra. Como estaban en camino hacia el Sur, les pregunté si iban á Guzerat. Dijéronme que no, que allí se les prohibía emplearse en esa ocupación. ¡Buen Guzerat! Espero que su ejemplo será seguido en otras partes de la India inglesa y si no lo es aún, que lo sea bien pronto. Porque es claro que si esta destrucción escandalosa del hermoso pájaro sigue adelante por mucho tiempo, tendremos motivo para lamentar la completa desaparición de una de las más hermosas razas de aves silvestres. »

hacia la costa. Se les veía revolotear con ese movimiento peculiar de alas característico de la alondra cuando vuela sobre la tierra, antes de elevarse veloz en el espacio. Los campos inmediatos á la ribera estaban casi negros de alondras.

Un número grande de personas salieron para cogerlas por medio de trampas, y armadijos, y lija, ó cazándolas con escopetas. El número cogido fué inmenso. Siendo avanzada la estación, se habían pareado. ¡Pobrecillos! Veíanse arrastrados por el tiempo cruel á buscar juntos su fortuna ó destino. El buen hombre de quien hablamos, encontró á un bruto que ofrecía una alondra en venta, y á sus pies vió una jaula llena de pájaros. Era una perfecta Cueva Negra de Calcuta. Estaban luchando y empujándose en sus frenéticos esfuerzos por escaparse. La vista de esto fué demasiado para los sentimientos del buen hombre. Compró todo el lote, y lo mandó á su almacén para mejor comodidad. Dirigióse en seguida á casa del secretario de la Sociedad protectora de animales, para ver si no se podría hacer algo para cortar este infame tráfico, pero con pesar suyo halló que, mientras que muchos de nuestros pájaros favoritos habían sido protegidos por la ley de 1876 para la preservación de las aves silvestres, había quedado omitida la alondra.

Hízose cargo personalmente de la preservación de las alondras. Díjoles á las personas que estaban ocupadas en destruírlas, que se las llevasen vivas, y que compraría los pájaros al mismo precio que recibían de los negociantes de caza en la ciudad. Aceptaron su oferta, porque sabían que en uno de los casos serían muertos y comidos los pájaros, mientras que en el otro, se les cuidaría y se les daría libertad. El número de alondras que se llevó era tan grande, más de mil, que, además de las alondras que estaban en jaulas en su almacén, obtuvo el uso de una habitación grande en el campo para tenerlas allí. El bullicio de su canto por las mañanas ensordecía, y montones de pájaros se juntaban sobre la casa para oír el tropel musical.

Pasó la gran tormenta, desapareció la nieve, y una vez más

se hizo visible el verde pasto y la negra tierra. Llegó entonces la redención de los cautivos. Abriéronse las ventanas de la habitación, y salieron cual torrente, cantando, y tomando vuelo en todas direcciones. En seguida fueron sacadas del almacén las jaulas con alondras y llevadas á un lindo sitio fuera de la ciudad. Abriéronse las puertas, y el bienhechor se paró al lado para ver la salida de sus amigas. Era curioso observarlas. Algunas salían como flechas, se remontaban en el aire, y prorrumpían en su canto:

Pouring their full heart
In profuse strains of unpremeditated art [1];

otras revoleteaban sobre la superficie del suelo y desaparecían en los bosques inmediatos. Se puede comprender, pero es difícil de expresar el contento de nuestro amigo del norte, en su pequeño acto de benevolencia. Las alondras se establecieron allí é hicieron sus nidos en las inmediaciones. Allí criaron á sus polluelos; y desde esa época ha sido rodeada la ciudad por la música de la alondra.

Higher still, and higher
From the earth thou springest,
Like a cloud of fire;
The blue deep thou wingest,
And singing still dost soar, and soaring ever singest [2].

El gran Leonardo de Vinci, hombre grande por su bondad para con las aves y los cuadrúpedos, grande como arquitecto, como ingeniero militar, filósofo y artista, tenía la costumbre de comprar pájaros enjaulados para darles otra vez libertad. Se ha hecho un retrato de este noble artista haciendo un acto de misericordia, con los pájaros que han sido soltados revoloteando al rededor de su libertador, y las jaulas vacías á sus

1. Desahogando su corazón en profusas notas de arte improvisado.

2. Cada vez más arriba te elevas de la tierra cual una nube de fuego; aleteas en el azulado firmamento, y remontas mientras cantas, y cantas remontándote.

pies. El cuadro está en la galería de pinturas del Louvre, en París.

Los antiguos ermitaños tenían gran amor por los animales. Eran sus únicos compañeros. Los pájaros acostumbraban á revolotear en torno suyo; y hasta los animales salvajes buscaban un amparo á su lado. Parecía que sentían que no se les haría daño alguno. Hasta los pájaros conocen y sienten el daño cuando un hombre aparece entre ellos con una escopeta. Los cuervos se elevan después de comer los insectos que encuentran en el surco hecho por el arado, y desaparecen inmediatamente; y al alimentarse los cuervos ya han promovido, trabajado en favor de la cosecha del año venidero.

San Francisco tenía la idea de que todos los seres vivientes eran sus hermanos y hermanas, y llevaba su idea más allá de los límites de la poesía: hasta el hecho positivo. Hasta predicaba á los pájaros. Acostumbraba hablar á todas las cosas creadas como si tuviesen inteligencia; y se complacía en reconocer en las diversas propiedades algún rasgo de la perfeccion divina. « Si tu corazón es recto, dijo otro sabio antiguo, será entonces toda criatura, un espejo de la vida y un libro de doctrina santa. »

Un estado de sentimiento muy diferente prevalece en Bass Rock, en el estrecho de Forth. El ánsar lo ha convertido en el paraje favorito de los cazadores de aves. Los yates y vapores navegan al rededor de la roca, y durante horas consecutivas sostienen un tiroteo incesante y mortífero. Los pájaros, grandes y chicos caen por docenas, y ya queden heridos ó muertos, se les deja á su destino. Los heridos, con piernas quebradas ó alas que sangran, se agitan de acá para allá en el inquieto mar, bienes mostrencos mutilados, y mueren en medio de sufrimientos imposibles de describir. Y, sin embargo, hay seres inhumanos que llaman á esto « diversión ».

Los pájaros son más humanitarios que algunos hombres. Ayúdanse mutuamente cuando se hallan en dificultades. Cuando Edward de Banff hirió de un tiro á una gaviota de mar, se quedó sorprendido al ver que otras dos que no esta-

ban heridas levantaron á su hermana sobre sus propias alas, y la llevaron al mar. Edward pudo haber muerto muchas gaviotas más, pero « voluntariamente las dejó que llevaran á cabo un acto de misericordia, y pusiesen de manifiesto un caso de afecto del cual ningún hombre tendría que abochornarse si lo imitara ».

La batida ha sido importada en su mayor parte de Alemania á este país. Manadas enteras de perdices, faisanes, liebres, y otros animales, son levantados por los guardabosques en un radio de varias millas y llevadas á un paraje abrigado, donde son muertos á centenares por las escopetas. Esto se llama « diversión ». « Me atrevo á esperar, dijo el arzobispo de York, que no está muy lejano el tiempo en que sea un punto de historia curioso, saber que hubo una época en que los caballeros ingleses publicaban con satisfacción en el extranjero, que ellos y sus amigos habían muerto en un par de días dos mil cabezas de caza, que habían sido acorraladas en un monte para recibir de cierto modo la muerte. Además, el ave enjaulada, soltada sin tener probabilidad de salvarse, herida una vez y otra, y recogida revoloteando y sufriendo, es un pasatiempo para los hombres fuertes y cuando las mujeres constituyen un día de fiesta de semejantes diversiones, muestran que no tienen amor ni piedad. Deja una sombra, y á la verdad, es asunto de penoso estudio. »

¿Es ésta la caballerosidad á que ha descendido Inglaterra? ¿Es este deseo impertinente de inhumanidad y de crueldad, la más elevada idea de la virilidad? Sir Carlos Napier abandonó la caza porque no podía soportar la idea de lastimar á seres mudos; y sin embargo, había ganado la batalla de Meeanee. Era valiente, pero no era cruel. No podía soportar la diversión que se mantiene con los sollozos y los gritos de muerte de seres inofensivos. Cuando el general Outram, el Bayardo de la India, buscaba el restablecimiento de su salud en Egipto, acompañado por su esposa, supo uno de sus amigos que no tenían carne para comer y cazó un pájaro. Outram, á pesar de ser un *sportman*, dijo tristemente: « He hecho el juramento de nunca

cazar un pájaro. » No quiso comer el pájaro cuando estuvo guisado, su amigo le regaló á una anciana campesina, y « comimos como pudimos ».

Alberto de Siena está representado en las antiguas miniaturas en el momento de acariciar á una liebre, porque á menudo las protegía cuando eran perseguidas por los cazadores. Está representado explicando el hecho, lo mismo que el melancólico Diego está llorando y comentando sobre el expirante ciervo. « Un hombre, dice san Crisóstomo, mantiene perros para dar caza á animales silvestres, hundiéndose á sí mismo en la brutalidad; otro mantiene bueyes y burros para transportar mercancías, pero desampara á los hombres que sucumben al hambre, y gasta ilimitadamente el oro para hacer hombres de mármol, pero no cuida de los hombres verdaderos, que se están endureciendo como piedras á causa de su mala condición. »

Un novelista francés dice de los ingleses, en una de sus obras: « Salgamos y matemos algo. » Ésta es la idea que se tiene de los hábitos del inglés. Pero se olvida de sus propios compatricios. Nosotros hemos conservado aún nuestros pájaros, á pesar de que muchísimos han sido muertos por el frío y el hambre en estos últimos inviernos, y muchísimos más por la caza y las batidas. Aun son los pájaros el encanto del país *¡Gloria in excelsis!* Pero en Francia están silenciosas las campiñas. No hay música en las alturas. Las alondras han sido cazadas con redes, y comidas. Las aves de vistoso plumaje han sido escopeteadas, y sus alas han adornado los sombreros de las señoras. De todo el país han desaparecido los gorriones, los pinsones, los petirrojos, y los ruiseñores. Todos son muertos y comidos[1].

1. En materia de pájaros, es la Francia un país obscuro y silencioso. La mirada busca en vano, el oído escucha en vano, porque allí está la naturaleza llorando por sus hijos que ya no existen. Dígase lo que se diga de las instituciones republicanas y del propietarismo, del campesino, no pueden reivindicar compañerismo con la naturaleza, que más bien se adhiere á sus antiguos amigos, el feudalismo y la aristocracia. Si se informara en cualquier parte de Francia de que había un número tan grande de pájaros de lindo plumaje y

Pero ya ha llegado el castigo. Los árboles son comidos hasta quedar pelados; la vid es destruída por la filoxera; las hojas de los arbustos son devoradas por las orugas. Se las ve colgar en racimos de los árboles. Hán sido muertos los pájaros que destruían los gorgojos y la filoxera. De ahí que se extienda la destrucción sobre la Francia. Las cosechas son comidas de raíz, y la vid es completamente improductiva en algunos distritos. Así pues, la falta de humanidad, lo mismo que las maldiciones, retorna á casa para empollar. Waterton ha calculado que un par de gorriones destruye en un solo día tantas orugas como son necesarias para comerse medio acre de mieses nuevas en una semana.

Nos alegramos que en Francia se hayan tomado algunas medidas para la protección de los pájaros y de los cuadrúpedos, bajo la ayuda sostenedora del Ministro de Instrucción Pública. Á los niños — porque son siempre los jóvenes los que imitan la crueldad — se les enseña benevolencia y humanidad para con los animales, lo mismo que para todo aquello que depende del cuidado humano. Ésta es la nueva orden de caballería en Francia, y es indudable que demostrará ser de gran utilidad. Ya existen quinientas sociedades juveniles para el cuidado y protección de los animales. En América ha habido un movimiento parecido; y ya se hallan inscritos dos mil niños en la Sociedad Protectora de los Animales en Filadelfia. Incúlcase la benevolencia para con los animales, y el doble deber de respeto y de compasión se les recomienda muy seriamente.

¡Cuánto tiempo se gasta en dar á los niños conocimientos inútiles, y cuán poco se gasta en enseñarles una útil humanidad! Se les enseña una literatura, que en nada contribuye para ormarlos mejores ó más humanos. No se les enseña la dulzura, la benevolencia, ó la urbanidad. Se les instruye la ca-

canto arrebatador como se puede ver y oir en casi todas partes, á algunas millas de la metrópoli, saldrian las poblaciones en trajes de fantasia, llevando escopetas y grandes morrales, seguidas de indescriptibles perros, y prontas á estar durante dias en acecho de la oportunidad de conseguir á tiro fácil una víctima. — *The Times.*

beza, pero no el corazón. Pero podría ser difícil encontrar maestros que pudieran despertar los sentimientos mejores de su naturaleza íntima. La fuerza física está á la mano y á ella se acude generalmente más. Es una cosa directa y palpable. Puede ser sentida. Sus efectos inmediatos son á veces visibles; pero sus efectos finales quedan escondidos en el corazón. Éstos son generalmente apreciados en poco, por ser obscuros y remotos.

Cuando Efordio de Colonia oyó los gritos de llanto que salían de una escuela por donde él pasaba, abrió la puerta, entró y se abalanzó como un león, levantando su bastón contra el maestro y su pasante, arrancando al niño de sus manos. « ¿Qué estáis haciendo, tiranos? dijo él. Aquí estáis puestos para enseñar, y no para matar á los discípulos! »

Es indescriptible la crueldad que se usa con los niños por ciertos padres, lo mismo que por algunos maestros. Se supone que los niños sean de la misma naturaleza mental, del mismo temperamento, de la misma capacidad para aprender, como lo son sus padres y sus maestros. Además, el niño que no puede aprender sus lecciones tan pronto como otro, es azotado, ó humillado de alguna manera. Las personas crecidas olvidan la intensa desventura á que quedan con ello expuestos los niños. El horizonte del niño es tan limitado que no puede ver remedio alguno para sus penas, y su dolor absorve todo su pequeño ser.

« Padres, no excitéis en vuestros hijos la ira, no sea que se desalienten. » Si la vida de un niño es amargada, tiene por resultado general el desapego y la aversión secreta. Hasta un niño se siente agraviado, y un sentimiento de amargura llega á implantarse en su corazón. Nunca podemos pensar sin lástima de aquel padre que perdió por la muerte á un hijo lleno de promesas, y que le persiguió toda su vida el recuerdo de su severidad paternal. « Mi hijo, dijo á un amigo, me creía cruel, y tenía demasiada razón para pensar así; pero no sabía cuánto le amaba yo en el fondo de mi corazón; y ahora *¡es demasiado tarde!* »

Muchas veces creemos, cuando oímos hablar de padres que pegan á sus hijos, que mejor sería que se aplicaran á sí mismos ese castigo. Ellos han sido los que han llevado á la vida á los herederos de su propia naturaleza moral. El niño no hace su propio temperamento, ni tampoco tiene dominio alguno sobre su dirección, mientras es un niño. Si los padres han dado un temperamento irritable al niño, es por parte de ellos un deber, la práctica del dominio sobre sí mismo, de la indulgencia y la paciencia, de manera que la influencia de la vida diaria, pueda con el transcurso del tiempo, corregir y modificar los defectos de su nacimiento.

Pero « el niño tiene que ser doblegado». No hay mayor engaño que ése. La voluntad forma la base del carácter. Sin fuerza de voluntad, no habrá firmeza de propósito. Lo que es necesario, no es doblegar ó quebrar la voluntad del niño, sino educarlo en una dirección conveniente; y esto no debe hacerse usando como agentes la fuerza ó el miedo. Podrían citarse mil casos en prueba de esta teoría.

Cuando el padre ó el maestro confían principalmente en el castigo para gobernar la voluntad del niño, éste asocia insensiblemente el deber y la obediencia con el miedo y el terror. Y cuando hayáis asociado así el mando sobre la voluntad de otros con el castigo, habréis hecho todo lo posible hacer para poner los cimientos de un mal carácter, de un mal ciudadano[1]. Podrá ser muy bien que los padres no piensen en esto mientras se están azotando en sus hijos sus propias faltas, pero no por eso es menos verdad. No hay duda alguna que el mando sobre la voluntad de otro ejercido por el castigo conduce paulatinamente á todos los varios grados de irritación, injusticia, crueldad, opresión y tiranía.

Cuando hace poco en la escuela *Blue-coat* se ahorcó un

1. « Toda primera impresión, dice Richter, continúa por siempre con el niño : el primer color, la primera música, la primer flor, pintan el fondo de su vida... El primer objeto de amor, interno ó externo, la injusticia, ó cosas por el estilo, arrojan una sombra inconmensurable en los futuros años de su existencia. »

muchacho, antes que someterse á los rigores de la escuela, salió otro antiguo discípulo de la *Blue-coat*, y describió los castigos que se practicaban en ese establecimiento ricamente dotado. « Los castigos, dice, eran sencillamente brutales en su severidad, y á veces eran aplicados con muy escasa justicia [2]. » Hay que mencionar otro punto aún. La tiranía de los maestros para con sus discípulos implanta en ellos una tiranía para con los otros. Los golpes les enseñan la crueldad para con los que están en su poder. Así como no ha sido tomado en consideración su sentimiento de dolor, así adquieren un desprecio por los dolores de los demás. Llegan á encontrar placer en causar dolor á sus condiscípulos de menos edad que ellos, y á los seres mudos, pero sensibles.

Existe una enorme cantidad de crueldad practicada contra los animales, y que nosotros creemos que tiene su origen en el castigo corporal que se ha recibido en la familia ó en la escuela. Lo veis en una cuadrilla de muchachos pegándole á un pobre burro en el campo — ó en ahogar un gato — ó en atar una caja de lata á la cola de un perro, ó en atar á un abejarrón, ó en diversas diversiones de los chicuelos. Los

2. El reverendo Andrés A. W. Drew, doctor en filosofía, hizo un llamamiento al público sobre este asunto, en una carta al *Times*. « Afortunadamente, dice, nunca fuí yo azotado, pero mientras viva no olvidaré una escena que presencié, de otro muchacho, que había sido azotado. Era un jovencito pequeño y delicado, de nombre Bloun, y dormía en la cama inmediata á la mía. Un muchacho grande había compelido á Blount para que fuese y le trajera unos terrones de azúcar de la azucarera del pasante. El muchacho grande se comió el azúcar, y el chico no tomó ni uno. Llegó el caso á conocimiento del pasante, dió parte de ello al administrador, quien azotó á Blount por ladrón, y no castigó al muchacho grande. Esa noche no podía dormir el pobre Blount, y al fin me pidió que le ayudara. Le saqué la camisa y vi que sus espaldas, desde los hombros hasta la cintura, no eran sino una masa de carne lastimada, estando pegada la sangre á la camisa de tal modo, que causaba dolor el desprenderla. Entonces con mi dedo y pulgar, saqué de su espalda por lo menos una docena de pedazos de varillas de abedul, que habían penetrado profundamente en las carnes. La espalda del muchacho más se parecía á un pedazo de carne cruda que á otra cosa... Comparad esto, señor, con un castigo de azotes moderno dado en la cárcel, donde según dicen los diarios quedó la espalda del criminal ligeramente enrojecida, pero sin que saliera sangre, y que vuestros lectores digan lo que piensan de un castigo de azotes en un *Hospital de Cristo*. »

padres y los maestros debieran enseñar cuidadosamente que los niños tengan un tierno respeto por todo aquello que tiene vida, y que se abstengan de producir cualquier dolor innecesario; y esto no lo pueden hacer más eficazmente, que absteniéndose de procurarles á su vez, todo sufrimiento innecesario.

Hemos mencionado á los asnos. Este animal no es por cierto perverso. Lleva pesadas cargas con firme y seguro paso. En Suiza veis á los burros, pesadamente cargados con leña, caminando al borde de los precipicios, y volviendo puntualmente á casa con su carga. El burro ayuda diariamente al hombre pobre. Las personas dicen que es obstinado. Pero eso procede del mal trato que reciben. Hemos conocido burros afectuosos, trabajadores, bien dispuestos, y perseverantes.

La expresión *animales mudos* es quizá falaz. Los animales parece que tienen medios para comunicarse entre ellos, aunque no con palabras articuladas. Gimen, ó murmuran, ó gritan. Comunican entre sí por señas arbitrales. Hasta conocen el lenguaje humano. Vienen cuando son llamados. Los perros, los caballos, los elefantes y otros animales, obedecen á la voz humana.

De todos los animales, el perro es de quien se hace más confianza. El perro posee amor, obediencia, disciplina, conciencia, y hasta razón. Lord Brougham ha referido una historia de un pastor que perdió su perro escocés en una feria. El perro buscó en todas direcciones á su amo, y por fin olfateó sus pisadas. Siguió el rastro por cierto camino, hasta que llegó á un punto en que éste se dividía en tres. Olfateó el primer camino, después el segundo, y en seguida sin olfatear el tercero echó á correr por él. El razonamiento del perro parece haber sido éste : Mi amo no ha entrado en éste, el primer camino; no ha entrado en éste, el segundo; debe haber entrado en éste, el tercer camino. Q. E. D. [1].

1. *Quod erat demonstrandum.* (Lo que había que desmostrarse). — Nota del T.

Ahora respecto de la conciencia. Una noche obscura se abalanzó un perro fuera de su casilla y mordió á una anciana. Gritó ésta, y el perro soltó en el acto á su presa. ¡La anciana era quien lo había alimentado! ¡En qué aflicción estaba el perro! Si hubiera podido hablar hubiera dicho: « He mordido á mi mejor amiga, la que siempre me ha alimentado y ha sido siempre buena para conmigo. ¡Qué bestia he sido! » El perro estaba completamente avergonzado de su ingratitud. No quiso salir de su casilla durante tres días, ni siquiera para comer. Por fin lo arregló la anciana con el perro, y éste la colmaba con sus manifestaciones de amor y de gratitud.

Además, ¡cuán afectuoso es el perro! Todo el mundo conoce la historia del fiel perro Bobby. El perro estuvo en el entierro de su amo en el comenterio Greyfriar, de Edimburgo. No había piedra alguna que señalara el sitio, pero durante cuatro años vigiló Bobby sobre el pequeño promontorio. Nunca olvidó el lugar en que su amo estaba enterrado. Durante el verano y en el invierno — lloviendo ó nevando — allí estaba Bobby. Aunque lo echaban á latigazos del sepulcro, siempre volvía. Amaba á su amo más que á sí mismo. Enflaqueció al extremo de no ser sino huesos y piel, un perro arrapiezo, muerto de hambre.

Al fin se hizo público el hecho por unos empleados de los impuestos municipales, que querían imponer la contribución sobre el perro. Pero no había quien lo reclamase. Su amo estaba debajo de tierra. Algunos le dieron alimento, algunos lo quisieron para sí, pero él no quería abandonar el sepulcro. Su amor era completamente desinteresado. Después de vigilar y esperar durante cuatro años, murió el afectuoso perro. Entonces se levantó un pequeño monumento en la calle, al lado de la portada del cementerio Greyfriar, para perpetuar la memoria del fiel y cariñoso Bobby. ¡Qué lección de gratitud y de amor para los seres humanos!

El capitán Hall refiere un incidente de la infancia de sir Wálter Scott, que ejerció una poderosa influencia en su vida ulterior. Cierto día pasaba un perro cerca de él, cogió una

piedra y se la arrojó. Quebróle una pata al perro. El pobre animal tuvo suficientes fuerzas para arrastrarse hasta él y lamerle los pies. Dícese, que este incidente le causó el más amargo remordimiento. Jamás pudo olvidarlo, pues era un hombre de sensibilísimo corazón. Siempre tenía en torno suyo á sus favoritos. Poseía un caudal de afecto para todo ser creado. Escribió sus novelas con sus perros á su alrededor, Maida, Nemrod, y Bran. Maida era la predilecta. Murió durante la vida del poeta y mandó construírle un monumento esculpido frente á su puerta. En su novela de *Wood stock* conmemora el retrato acabado y lleno de afecto de la vieja Maida con el nombre de Bevis.

Son admirables la fidelidad y el apego de los perros. ¿No tenemos los célebres Bedgellerd de Gales? ¿los San Bernardo que han salvado tantas vidas de entre la nieve de los Alpes? ¿los célebres perros Rap y Nipper, tan admirablemente pintados por el doctor Juan Brown? ¿el perro de Montargis, que defendió en vano á su amo, Aubri de Montdidier, cuando fué atacado por su enemigo mortal Macaire, y que después guió al descubridor del asesino? ¿y el perro del duque de Richmond, conmemorado par Van Dyke, cuya sagacidad y valor salvó á su amo de ser asesinado?

Sir Wálter Scott refiere en su *Diario* la historia de un perro que salvó á su amo de ser quemado vivo. « Lord R. Kerr, dice, nos dijo que tenía una carta de lord Forbes (hijo del conde Granard, Irlanda), en la cual le refiere que estaba durmiendo en su casa, en Castle Forbes, cuando fué despertado por una sofocación, lo cual le imposibilitaba de tener las fuerzas necesarias para poderse mover, dejándole sin embargo, consciente de que su casa ardía. En este momento, y estando ya su habitación en llamas, saltó su perro sobre su cama, cogióle de la camisa, y le arrastró hasta la escalera, donde el aire fresco le restauró las fuerzas de resistencia y pudo escapar. » Este caso es muy diferente de los de la mayor parte de salvamento hecho por la raza canina, donde el animal generalmente se echa al agua, en cuyo elemento tiene fuerza y ha-

bilidad. El del fuego le es tan hostil como al género humano.

Y ahí están finalmente los perros de Pompeya y Herculano. El molde del primero está sacado de la cavidad de ceniza en que fué descubierto. Murió de sofocación y de angustia. Pero al igual del centinela, no abandonó su puesto ni por un instante. El perro de Herculano, Delta, ha dejado tras de sí una admirable historia de valor. En el desentierro de la ciudad cubierta de lava fué encontrado su esqueleto extendido sobre el de un muchacho como de doce años de edad, muy probablemente llevando con los dientes su carga para evitar que fuese sofocado ó quemado. Pereció el niño como asimismo el fiel Delta; pero queda un collar para referir el noble valor del perro. Relata que había salvado tres veces la vida de su amo: del mar, de los ladrones y de los lobos.

Se ve por esto que las tendencias morales é intelectuales del hombre están simbolizadas en grado notable en el espíritu animal; que son capaces de tener amor, fidelidad, gratitud, sentimiento del deber, rectitud de conciencia, amistad, y la más elevada abnegación. Hablando del perro dice Hartley en sus « Observaciones sobre el hombre, » que parece que nosotros estamos en lugar de Dios para él: para sustituírle, y con poderes para recibir homenaje en su nombre; y agrega que estamos obligados, por esa misma tendencia, á ser sus guardianes y bienhechores.

Dice Darwin: « Vemos una aproximación distante á este estado de espíritu en el profundo amor de un perro por su amo unido con sumisión propia, algún miedo, y quizá otros sentimientos. La conducta de un perro cuando vuelve á su amo después de una ausencia, y como puedo agregar, la de un mono á su querido guardián, es muy diferente de la que observa para con sus compañeros. En este último caso, aparecen ser menos los trasportes de alegría, y el sentimiento de igualdad se manifiesta en todos sus movimientos [1] ». Así es pues. dice Nicholson, cómo muchos animales son más discre-

1. Origen del Hombre, 1. 68.

tos y mejores que muchos hombres, y que algunas razas enteras de hombres.

Por ejemplo, he aquí un caso en que el animal fué mucho mejor que el hombre. Cierto perro pertenecía á un hacendado del Cumberland. El hombre hizo una apuesta de que su perro conduciría una majada de ovejas desde Cumberland hasta Liverpool, una distancia de más de cien millas, sin ayuda y sin que se le vigilara. Teniendo presente lo tortuoso del camino, los grupos de animales y de transportes que se encuentran en el camino, y lo largo de la jornada, parecían imposibles las probabilidades á favor del perro. Sin embargo, en el transcurso de algunos días, llegó el perro á Liverpool con toda su majada. El perro había cumplido con su deber, pero estaba pereciendo de hambre. Después de entregar su majada, cayó muerto en medio la calle, en Liverpool, víctima de la brutalidad de su amo.

Todos recordarán la historia de Androcles y el león. Estando escondido Androcles en una cueva vió que se aproximaba un león. Temió ser devorado. Pero el león venía cojeando, y parecía sufrir un gran dolor. Androcles se aproximó con valor, tomó la pata del león, y le sacó una gran astilla de madera que había enconado la carne. El león estaba agradecidísimo y le hacía fiestas. Después, cuando Androcles hubo sido preso y enviado á Roma para ser entregado á las fieras salvajes, fué soltado un león para que lo devorase. Era el mismo león á quien Androcles había aliviado de su angustia. El animal recordó con gratitud á su salvador, y en vez de devorarle, fué hacia él para acariciarle. Appiano declara que él mismo fué testigo ocular de la escena entre Androcles y el león en el circo de Roma.

¿Tienen los animales algunos derechos? Ningún derecho legal, ciertamente, excepto aquellos concedidos por la ley. Pero tienen el derecho de vivir y de gozar. La justicia, dice Juan Lawrence, en la que se hallan incluídas la misericordia y la compasión, tiene relación obvia con el sentido y el sentimiento; y la justicia puede serles aplicada en cualquier forma.

« La cuestión no es, preguntar dice Jeremías Bentham, ¿pueden razonar? ni tampoco, ¿pueden hablar? sino, ¿pueden sufrir? Éste es el modo de sentar la cuestión. La conciencia de los pueblos más civilizados les dice que traten á los animales con bondad, que tengan presente su felicidad lo mismo que la de aquellas personas que viven en torno suyo. »

Sir Arturo Helps transcribe un pasaje de Voltaire, en el cual le hallamos hablando en defensa de los derechos de los animales.

« ¿Es posible que haya alguien que pueda decir ó afirmar por escrito que los animales son máquinas, desprovistos de conocimiento y de sentido, que tienen una similitud en todas sus operaciones, y que no pueden aprender ni perfeccionar cosa alguna? ¡Cómo! Este pájaro que hace un nido semicircular cuando lo fija contra una pared, que, cuando lo hace en un ángulo, le da la forma de un cuadrado, y circular cuando lo construye en un árbol; ¿es esto tener una similitud para sus operaciones? Este perro después de una enseñanza de tres meses, ¿no sabe más que cuando lo tomasteis en vuestro poder? Vuestro pinsón real, ¿repite una melodía desde la primera vez que la oye? ó más bien, ¿no es después de algún tiempo cuando podéis conseguirlo? ¿no se suele equivocar y no adelanta con la práctica?

» ¿Es porque hablo por lo que me concedéis sentido, memoria é ideas? Bien, estoy callado; pero me veis llegar á mi casa muy melancólico, y que con precipitada ansiedad busco un papel, abro un escritorio, en donde recuerdo haberlo puesto, lo tomo, y lo leo con manifiesta alegría. De esto inferís que he experimentado pena y placer, y suponéis que tengo memoria y conocimiento.

» Haced igual referencia con respecto de este perro, quien, habiendo perdido á su amo, anda en busca de él por todas las calles con gritos de aflicción, y vuelve á la casa agitado y desasosegado; sube las escaleras, las baja, corre de una pieza á otra, hasta que al fin encuentra á su amo querido en su escritorio, y demuestra su contento con sus ladridos en voz baja, sus gestos y sus caricias.

» Este perro, tan superior al hombre en su afecto, es cogido por algunos *virtuosos* bárbaros, que lo clavan á una mesa, y lo disecan estando vivo, para mostraros mejor las venas mezeraicas. Veis en él todos los mismos órganos de sensación que se hallan en vos. Ahora, anatomistas, ¿qué decís? Contestadme. ¿Ha creado la naturaleza en este animal todos los resortes de la sensación, para que no pueda sentir? ¿Tiene nervios para carecer de placer ó de dolor? ¡Salid con eso! no hagáis cargos á la naturaleza de semejante debilidad é inconsistencia.

» Pero los doctores escolásticos preguntan de qué es el alma de los animales? Ésta es una pregunta que no comprendo... ¿Quién formó todas estas propiedades? Quién ha implantado todas estas facultades? AQUEL que hace que el pasto crezca, y que la tierra gravite hacia el sol. »

Es singular cómo un animal puede captarse el corazón humano. Ebenezer Elliot, el versista de la Ley de Granos, dijo : « Si no fuese por mi gato y mi perro, creo que apenas podría vivir. » Hasta un gato puede hacer que una persona se apegue á su casa. Una vez salió de la escuela un niño, y no sabía qué hacer de sí mismo. Se puso inquieto. Ansiaba fugarse. Deseaba ver el mundo y las cosas que contenía. Pero tenía un gran afecto por el viejo Tabby. Pensó que podían ahogarlo ó regalarlo; quedóse pues, en su casa. Acertó obrando así porque al fin salió todo bien en su favor.

Thoreau, de Concordia, Massachusetts, era como los antiguos ermitaños en su amor por los animales. Se fué á los montes en 1845, cerca de Walden Pond. Principió á construír una casa, para sorpresa de los coatíes y de las ardillas. Pero los animales vieron muy luego que él no pensaba hacerles daño alguno. Solía acostarse sobre un árbol caído, ó al borde de una roca, y permanecer completamente inmóvil. Las ardillas ó los coatíes, ó las marmotas, se le aproximaban más y más, y hasta le tocaban. La noticia corrió por los bosques de que había un hombre entre ellos que no los quería matar. Nació una hermosa simpatía entre el hombre y los pájaros y

los cuadrúpedos. Acudían á su voz. Hasta las víboras se enroscaban en sus piernas. Al tomar una ardilla de algún árbol, rehusaba dejarlo el animalito, y escondía su cabeza en el chaleco de Thoreau. Hasta los pescados del río le conocían. Se dejaban sacar del agua con entera confianza de que él no les iba á causar daño alguno. Había construído su casa sobre el nido de un ratón del monte, y al fin el ratón que estaba aterrorizado al principio, salía y comía las migajas que dejaba caer á sus pies. Después corría sobre sus botines y sus ropas. Finalmente se hizo tan manso el ratón, que se le subía por las ropas, y en sus mangas, y al rededor del papel que contenía su comida, mientras él estaba sentado en un banco. Cuando tomaba un pedazo de queso venía el ratón y lo roía, sentado en su mano, y cuando había concluído, se limpiaba la cara y las patitas, lo mismo que una mosca, y en seguida se iba. Nunca hemos oído de una comunión semejante entre el hombre y los animales, exceptuando los casos de los ermitaños, tan abundantemente anotados por Kenelm Digby, en sus *Mores Catholici*.

Cuando Teodoro Parker, tomó una piedra para lanzarla contra una tortuga de un estanque, se sintió contenido por algo en su interior. Fuése á su casa y le preguntó á su madre lo que era ese algo. Díjole ella que ese algo era lo que comunmente se llama conciencia, pero que ella prefería llamarlo la voz de Dios dentro de nosotros. « Esto, dice Parker, fué el punto de partida de mi vida; » y éste fué su modo de aceptar la verdad de la divinidad del Espíritu Eterno que habla á nuestro propio espíritu.

« No hay nada en la voluntad del hombre, dice el reverendo J. S. Wood, que sea tan poderoso para educar los animales de escala inferior como la bondad ciudadosa. Decisión inflexible, unida á la bondad y simpatía, son armas irresistibles en manos del hombre; y no creo que haya animal alguno que no pueda ser sometido si el hombre apropiado emprende la tarea.

» Con mezcla de firmeza y de bondad fué hecho dócil y obediente en tres horas aquel rabioso y salvaje caballo *El Corsario*,

obedeciendo á la menor señal de su domador, y permitiendo que se le manejara libremente sin dar signo alguno del menor resentimiento.

» Una vez vi trabajar al señor Rarey con un espléndido caballito negro de raza árabe, que se abalanzó como un tigre contra él, pateando, mordiendo, y bufando al mismo tiempo, atacándole ora con sus quijadas, ora con sus patas... Á la media hora estaban acostados juntos en el suelo Rarey y el caballo, descansando la cabeza de Rarey sobre una de las pezuñas traseras, y la otra la tenía puesta sobre su sien... Había impreso en la memoria del animal que no se quería hacerle mal alguno; así es que el caballo, en vez de sentir miedo ó cólera, concibió cariño por el hombre, que no le producía dolor, y que sin embargo enseñaba que debía ser obedecido [1]. »

En todas partes existe muchísima crueldad para con los pájaros y los cuadrúpedos, en gran parte por falta de reflexión. En Italia lo enferma á uno completamente. Los pájaros se usan para diversión de los niños. Atan una cuerda á la pata de un pájaro. Cuando el pájaro intenta volar, tiran de la cuerda. Cuando quedan agotadas sus fuerzas para volar, es generalmente desplumado vivo y descuartizado. Los niños no pueden comprender que un cuadrúpedo ó un pájaro pueda ser una criatura de la misma especie. Cuando se hace alguna observación sobre esto, contestan que : « Non è Cristiano, » no es cristiano.

En Nápoles veis á los pequeños caballos al galope, llevando una carga de pasajeros. Los arneses penetran en sus lomos hasta que están enrojecidos. Cuando pasáis por los caminos, veréis á los caballos que están inútiles. Se les deja en espera de que se mejoren sus heridas, y entonces se les vuelve á poner al trabajo. Una mañana, se veía venir un carro abierto por la Strada di Roma, sobrecargado de peso. Contenía hombres y mujeres que venían del mercado con sus productos vegetales.

1. *Hombre y animal*, por Wood, 1. 206—7,

Un sacerdote estaba en medio de ellos. El caballo galopaba como de costumbre. La calle estaba mojada; el caballo resbaló y cayó. Hubo un grito, y una huída general de pasajeros por sobre el costado del caballo, las mujeres, los repollos, los hombres, las naranjas, y el sacerdote. Sólo fué una sorpresa del momento. El caballo fué levantado, el carro vuelto á llenar con los canastos; las mujeres, los hombres, y el sacerdote, treparon otra vez, el caballo fué azotado, y allá se fué galopando calle abajo.

¡No hay esclavitud en Inglaterra! Pero fijaos en los caballos de los ómnibus, de los coches y de los carros, y veréis que la esclavitud existe para los caballos. Ha dicho Jaime Howell, secretario de la municipalidad, hace ya años, en 1642, que Inglaterra es llamada « el infierno de los caballos », y no sin razón. Los coches son arrastradas por animales aniquilados, y una ó más de sus patas están llenas de dolor. Podéis ver cómo uno de ellos levanta suavemente su mano, y la vuelve á descansar del mismo modo. Quizá está lleno de grandes piedras el camino sobre el cual tiene que andar arrastrándose. Preguntad al caballo de carro cómo es tratado. Es condenado á ser pateado y azotado durante una larga vida de trabajo, á hacer esfuerzos y á bambolear bajo sus cargas, á soportar el calor, el frío, y el hambre, sin resistencia. Al fin es enviado al matadero de caballos, para que su carne sea vendida para los perros.

Para mitigar la tortura de los caballos cargados con exceso, que subían y á veces se resbalaban sobre las calles que salen del Támesis, cerca del Puente de Londres, salía diariamente una bondadosa señora con su sirviente y esparcía arena gruesa por las calles. La hemos visto á menudo en medio del tráfico, bajo las narices mismas de los caballos, esparciendo la arena gruesa en los caminos; continuó esta tarea durante muchos años. Cuando murió, no olvidó á los pobres caballos. Dejó una suma considerable en manos de sus albaceas, para que « por siempre » fuera aplicada en la distribución de arena gruesa sobre las inclinadas y resbaladizas calles de Londres. Su

nombre no debe ser olvidado. Era la señorita Lisetta Rest, y había ocupado el puesto de organista durante cuarenta y tres años en la iglesia de Allhallows, Barking, en la calle de la Torre.

Preguntad al caballo de carruaje, desollado por su detestable rienda de cabezada, y que lleva por el Row á la altiva belleza, teniendo su boca cubierta de espuma y algunas veces llena de sangre; y ¿qué os diría? Que lo mismo los hombres que las mujeres son sus desapiadados tiranos. Y sin embargo, esas señoras asisten á los *meetings* que tienen lugar contra la vivisección para protestar contra la crueldad para con los animales[1].

El hombre ha esclavizado al caballo, al burro, al camello, al rengífero, y á otros animales; ejecutan sus mandatos; llevan sus cargas; cambian una existencia de libertad por otra de dolor y de trabajo. Ellos gimen y cocean bajo el látigo, el freno y la cadena. En una carrera con obstáculos en Liverpool, tuvieron que matar después de la carrera más de cinco caballos. Tres tenían el lomo quebrado y dos tenían las patas rotas.

« Algunas veces pienso, dice sir Arturo Helps, que es una desgracia para el mundo que el caballo haya sido domesticado.

1. La siguiente carta es tomada del *Times*, abril 18 de 1880: « Señor, en favor de la causa de los desvalidos que sufren, recurro á vos por un pequeño espacio en vuestras columnas para protestar contra la crueldad que se ejerce diariamente con los caballos de los carruajes, generalmente aquellos que son de la más valiosa clase. Además de la riendilla tirante, se usan ahora frenos que producen verdadera tortura. Ayer pasó á mi lado en Bond Street un hermosísimo landó tirado por un par de magníficos caballos moros azulados: la rienda de cabezada estaba horriblemente tirante, y la boca del caballo de la derecha estaba *espumando con sangre*. ¿Es posible, me pregunté yo, que la joven pareja que ocupaba el carruaje, pueda saber de todo este sufrimiento? Para aquellos que como yo, aman los caballos y estudian su bienestar, son dolorosos estos espectáculos. Soy entendido en caballos, y de una mirada sé si están bien. ¡Ay! nada se me pasa, y mi paseo de la tarde casi diariamente me es amargado por espectáculos como el que acabo de describir, ó es la boca llena de sangre, ó la lengua hinchada y casi negra por la presión del freno, la cabeza asegurada en una posición que no es natural, y otros signos de malestar. Pregunto yo, ¿todo este miserable sufrimiento es impuesto por ignorancia, ó inadvertencia ó despiadada crueldad? Permitid que suplique encarecidamente á aquellos que son los dueños de caballos, que tengan conmiseración de ellos: pertenecen á las criaturas más nobles de Dios, y son los servidores más fieles del hombre. »

El caballo es el animal que peor ha sido tratado por el hombre, y su sujeción no ha sido del todo un beneficio para la humanidad. Las opresiones á que ha contribuído desde los más remotos siglos, han sido excesivas. Á él debemos mucho de las rapiñas cometidas en « las obscuras edades ». Y tengo la idea persistente de que ha sido el principal instrumento de las más sangrientas guerras. Quisiera que los hombres mismos tuviesen que arrastrar sus cañones cuesta arriba. No será dudoso que ellos se rebelarían contra ello. Y un jefe que estuviera obligado á estar á pie durante toda una campaña, se cansaría pronto de la guerra[1]. »

En el libro de Job, escrito hará unos tres mil cuatrocientos años, tenemos una descripción del caballo de guerra. « ¿Has dado tú la fuerza al caballo? ¿Has revestido su pescuezo con el rayo?... La auréola de las ventanas de su nariz es terrible. Escarba la tierra en el valle, y goza con su fuerza; sale al encuentro del hombre armado; búrlase del miedo, y no se asusta, ni retrocede ante la espada; de lejos huele la batalla... el tronar de los capitanes y el vocerío. »

Virgilio también habla del caballo de guerra, en su tercera Geórgica, escrita muchos siglos después:

> The fiery courser, when he hears from far
> The sprightly trumpets and the shouts of war,
> Pricks up his ears, and, trembling with delight,
> Shifts place, and paws, und hopes the promised fight[2].

El caballo de guerra de los frisos del Partenón en Atenas, que se hallan ahora en el Museo Británico como los Mármoles de Elgin, pone de manifiesto el orgullo que los griegos sentían por estos nobles animales. En una época posterior, sabemos que Méjico y el Perú fueron conquistados principalmente con la ayuda del caballo. Los indígenas miraban como á dioses á

1. *Los animales y sus amos*, página 20.

2. El activo corcel, cuando de lejos oye el sonoro clarín y los gritos del combate, levanta sus orejas, y estremeciéndose de placer, cambia de lugar, y escarba la tierra, y espera ansioso la lid.

M.

los guerreros montados. Huían ante sus cargas y eran destruídos á miles. Y sin embargo, estos países habían alcanzado cierto grado de civilización sin el uso del caballo. Cuando los españoles devastaban el país encontraron miles de casas bien construídas, con sus jardines. « Dudo, dice sir Arturo Helps, que hubiera un solo mejicano tan mal alojado como lo están millones de nuestros pobres compatriotas. » De ahí que se ofrezca á menudo esta pregunta : ¿Hacemos realmente algún progreso en la civilisación? ¿Somos mejores de lo que fueron los griegos ó los romanos, ó los mejicanos, en las épocas de su mayor ilustración?

CAPÍTULO XIV

Humanidad para con los caballos. Eduardo Fordham Flower.

Era el alma de la bondad, y todos los elogios que de él hacemos son como corrientes sacadas de una fuente, que continúa manando abundante, y deja aún mayor la parte que queda. — SHAKSPEARE [1].

Ora bien, quien bien ama, tanto el hombre como el ave y el cuadrúpedo: ora mejor quien mejor ama todos los seres, tanto grandes como pequeños: porque el Dios querido que nos ama, á todos hizo y á todos ama. — COLERIDGE [2].

La nobleza de la caballería llamada propiamente así, estriba en el reconocimiento del orden y temor de la vida inferior y superior... Nada hay quizá más profundamente significativo en toda la Ilíada, en toda la literatura, nada hay más perfecto en la ternura y veneración humana por los misterios de la vida inferior, que los versos que describen el pesar de los divinos caballos á la muerte de Patroclo, y el consuelo que les fué dado por el más grande de los dioses. — RUSKIN [3].

¡Cuánto debemos al caballo! Para muchos es fuente de contento y de placer. En su juventud y belleza es el favorito de su dueño. Los hombres, las mujeres y los niños aman al caballo;

1. He was the soul of goodness.
And all our praises of him are like streams
Drawn from a spring, that still rise fu and leave
The part remaining greatest. — SHAKSPEARE.

2. He prayeth well, who loveth well,
Both man, and bird, and beast;
He prayeth best, who lovest best,
All things, both great and small;
For the dear God who loveth us,
He made and loveth all. — COLERIDGE.

3. The gentleness of chivalry, properly so called, depends on the recognition of the order and awe of lower and loftier animal life..... There is, perhaps, in all the Iliad, nothing more deep in significance — there is nothing in all literature more perfect in human tenderness and honour for the mystery of inferior life — than the verses that describe the sorrow of the divine horses at the death of Patroclus, and the comfort given them by the greatest of the gods.
RUSKIN.

su paso, su trote, ó su galope lo hacen grato á la vista. El caballo nos lleva durante mucho tiempo y con firmeza; arrastra nuestras cargas; alivia al hombre de una gran parte de su trabajo. Pero llega el momento en que es degradado y esclavizado.

El caballo de carro es azotado, y obligado á arrastrar pesos mayores de los que puede llevar; el caballo de coche es amordazado con frenos brutales hasta que arrastra su carga con tortura. El caballo de birlocho está expuesto á un trabajo constante y á veces con el peor tiempo. Trabaja hasta que ya casi no puede tenerse en pie. Sus patas se enferman á causa de arrastrar su carga sobre ásperas piedras, ó por estar parado en charcos de lodo. Si no cae y muere, es condenado al matadero, y allí concluye su vida de trabajo y de martirio.

En el sur de Francia concluye de diferente modo. Dice el *Courrier du Centre* que los especuladores de Burdeos tratan de hacer su fortuna con ese repelente objeto, la sanguijuela. Han hecho pantanos artificiales en las márgenes del Garona, y han llenado los pantanos de sanguijuelas. Á estos pantanos son enviados todos los caballos viejos é inválidos del departamento. Las sanguijuelas se les pegan instantáneamente por millares. Un testigo ocular describe en términos de horrible vivacidad el vano bregar de los animales, encajados por fuerza en el fango, sangrando por todos los poros, debatiéndose en loco terror para desprenderse de las sanguijuelas que penden de sus ojos, de sus labios, de sus hocicos, de todas las partes más sensibles, y por fin, exánimes por la pérdida de la sangre, chupados hasta que caen en la nociva greda, no volviéndoseles á ver más. De diez y ocho á veinte mil caballos son sacrificados anualmente en Burdeos.

Francia, lo mismo que Inglaterra, debe ser « el infierno de los caballos ». Pero volvamos á nuestro país. No todos son como el duque de Wéllington, que dejan que termine su vida en paz y abundancia el caballo que lo llevaba sobre sí en la última victoria. Los caballos son en su mayor parte torturados mientras viven y arrojados cuando se inutilizan. La señorita Braddon

hablaba de los « caballos llenos de brío que tascan sus frenos en ese elocuente martirio con el cual se da maña la moda para hacerles la vida á un par de caballos de carruaje que valen trescientas guineas, mucho peor que la del burro de un frutero ». Una señora escribió últimamente en el *Truth*, describiendo las torturas que había visto sufrir á un par de caballos parados en Regent Street.

« Observé, decía, una *victoria* y un par de caballos parados á un lado de la calle. Las riendas de cabezada estaban atadas con tal tirantez, que á los pobres animales les era imposible cerrar sus bocas, y causaba tal pena ver su malestar, que me aproximé al cochero y le pedí, aunque en vano, que aflojara un poco las riendas. Todo lo que pude conseguir del individuo fué que me contestase : « Están acostumbrados á ello; la señora gusta que estén así. » El caballo de la derecha es el que parecía sufrir más. El pobre animal trataba inútilmente de conseguir un alivio; la mirada triste que había en sus ojos me ha de perseguir por mucho tiempo. »

El hombre que más ha hecho para disminuir el infortunio de los caballos de carruajes, es Eduardo Fordham Flower. Casi se le podría llamar *el misionero de los caballos*. Ha consagrado su tiempo, su dinero, y su trabajo, para suprimir la crueldad de las mordazas de las riendas de cabezada. Ha emprendido la tarea con su acostumbrada decisión. Ha escrito folletos, y ha hablado en *meetings* por todo el país. No había tono indeciso en su lenguaje. En un meeting público convocado por la baronesa Burdett Coutts, comparó á ese instrumento, la mordaza de las riendas de cabezada, con el cepo militar de los tiempos pasados; y sostuvo que aquellos que la usaban, aunque por regla general no lo eran los que tenían coches de alquiler, sino señoras y caballeros particulares, ¡debían ser llevados á la cárcel! El señor Flower tiene una habitación en su casa, llamada « La cámara de la tortura », en donde están colocados en filas los horribles frenos, como una protesta contra la crueldad de los hombres para con los animales. El señor Flower ha sido también un abogado firme y cabal de la abolición de la escla-

vitud de los hombres, lo mismo que de la de los caballos, como lo demostrará la siguiente narración, aunque tememos que no la podremos dar de la manera brillante en que refiere él la historia de su vida pasada.

El señor Flower nació en Hertford, en 1805. Era el menor de una familia de cinco hijos. Su padre, que era hombre de fortuna, compró la hacienda de Marden Hill, distante unas tres millas de Hertford. Allí fué á vivir la familia en 1808. El joven Eduardo tenía gran cariño por los animales. Á los cinco años de edad principió á montar á caballo. Tenía un caballito shetland llamado *Moisesito*. Cabalgaba diariamente á la oficina de Correos para llevar y traer las cartas. El caballo se hizo su mejor amigo. Eran como dos compañeros de juego que están juntos.

Á los seis años le dieron un caballo enano. Su tio, Eduardo King Fordham, le compró un lindo regalo, una silla de montar, riendas y un látigo. Había salido un día con su padre, y dió de latigazos á su caballo porque se había asustado de algo en el camino. Su padre lo vió y lo hizo volver. «Veamos, Eduardito, porqué castigaste á ese caballo? — Porque se espantó. — Bien, ¿no ves que había un agujero profundo al cual lo conducías?» Su padre le tomó el látigo y se lo puso colgando á la espalda. «¿Te gusta esto? — No, contestó el niño, lo detesto. — Bueno pues, Eduardo, nunca azotes un caballo á no ser que sea absolutamente necesario.»

Poco tiempo después le aconteció un accidente. Fué un día á ver como trabajaba una nueva máquina de trillar. Puso sus dedos entre los dientes de la rueda. Los cogieron, y su brazo hubiera sido arrastrado adentro, á no ser por uno de los trabajadores que paró la máquina y le sacó el brazo. Asímismo, perdió la mitad de uno de sus dedos. Estuvo enfermo en cama durante algún tiempo. No podía leer, ni podía escribir. Aunque Hertford no estaba más que á tres millas de distancia, no iba á la escuela. Le desagradaba el estudio y su padre no quería obligarle á que fuese á la escuela.

Mientras estaban en Marden tenía su padre que ir con fre-

cuencia á Londres; y durante el camino, solía pedirle á su hijo que « bajase y desenganchara las riendas de cabezada. » Esto fué, dijo él mucho después, lo que le dió la idea de lo que influían los frenos y riendas de cabezada en el andar agradable de un caballo.

Las granjas de Marden Hill y West End consistentes como de dos mil acres, no respondían muy bien. El señor Flower no había sido afortunado al introducir merinos. No podían crecer ni progresar allí. Además, después de concluída la guerra con Francia estaba muy decaída la agricultura en Inglaterra. Jorge, el hijo mayor, había sido enviado á los Estados Unidos para estudiar la magnificencia del país. Escribió una carta á su padre, diciéndole que era el país más rico y próspero del mundo. « Veníos, decía, y no tendréis motivo alguno para arrepentiros de ello. »

El señor Flower vendió su propiedad en 1817, y se preparó para emigrar á los Estados Unidos con toda su familia. El joven Flower tenía entonces doce años. Su padre contrató dos buques en Liverpool para llevar lo que le pertenecía. Además de su familia llevó como unos cien hombres y mujeres, incluyendo trabajadores, herreros, un pastor y un cochero, como asímismo varios sirvientes domésticos. El cargamento incluía dos vacas, una docena de ovejas, algunos cerdos ingleses, seis pares de perros, y dos mastines escoceses. Los buques se hicieron á la vela, de Liverpool para América, en marzo de 1818.

Uno de los buques (el *Ana María*) fué á Nueva York y el otro á Filadelfia. En Nueva York bajó á tierra la familia para ver las maravillas de la gran ciudad occidental. Al ir el joven Flower y su padre por Broadway encontraron á Guillermo Cobbett, quien venía por la calle en mangas de camisa. Siendo el señor Flower un personaje político bien conocido en su país se reconocieron el uno y el otro, y tuvieron una conversación sobre el estado de los asuntos en Inglaterra y en América.

El *Ana María* dió la vuelta de Nueva York á Filadelfia para unirse á su buque hermano. Todos los trabajadores, los sirvientes, y el ganado, fueron desembarcados. Entonces era Fila-

delfia una bonita y aseada ciudad cuákera, no muy poblada, ni muy distante del país deshabitado hacia el oeste. Á unas cincuenta millas de Filadelfia no habían sido construídos todavía los caminos. Los *filadelfos* aun no habían pedido prestado para hacer los caminos y canales el dinero que después negaron á sus acreedores. Poco después de haber desembarcado, principió el señor Flower á arreglar su convoy, con el propósito de dirigirse hacia el oeste, á una gran extensión de terreno, como de unos veinte mil acres, que su hijo había comprado en Wabash, Illinois. Alquiló tres carros grandes, cada uno tirado por seis caballos, y para los sirvientes otros tres carros grandes con un par de caballos cada uno.

Todo el convoy partió de Filadelfia en mayo de 1818. Como el tiempo era hermosísimo, debió ser encantador el viaje. El país estaba encasamente poblado. Se evitaron los bosques primitivos que aun no estaban aclarados, y la cabalgata de carros grandes siguió por sendas ya recorridas. Como en todo el camino no había posadas ni lugares de descanso, dormían por la noche los emigrantes dentro de los carros, vigilados por sus perros poderosos. De vez en cuando pasaban por un villorrio, el principio de algún pueblo ó ciudad futura. Guardaban su provisión de alimentos y pan comprado de los pobladores. Gettysburgo fué una de éstas. Aunque silencioso y pacífico entonces, fué después teatro de una de las más sangrientas batallas de los tiempos modernos. El convoy siguió hacia Chambersburgo, donde cruzó las montañas de Alleghany. La subida era muy escarpada, y los carros prosiguieron con muchas paradas para dar descanso á los caballos. Sólo podían hacer unas diez ó doce millas por día.

Después que fué vencida esta dificultad, siguieron hacia Pittsburgo, donde llegaron á la vista del río Ohio. En esa época no había vapores por el río; de consiguiente, tuvo el señor Flower que resolverse á hacer que flotara su cargamento aguas abajo en el Ohio, hasta el lugar de su destino. Hizo construír tres grandes arcas ó balsas en las que embarcó á los hombres, los carros, los caballos, ovejas, vacas, perros y todo lo demás. Las

balsas siguieron lentamente aguas abajo, pasando villorrios y pueblos á lo largo de las orillas, hasta que llegaron á Cincinnati, entonces pequeño pueblo, aunque ahora es una gran ciudad. Después de detenerse allí algún tiempo, siguieron su curso otra vez las balsas, á lo largo de la ribera sud de Indiana, hasta Louisville. Los Flower permanecieron algún tiempo en Lexington. En esa época vivía allí Enrique Clay. Hizo relación con él el señor Flower. Clay en su trato amable, se ofreció á hacerse cargo de las vacas y sus terneros, para alimentarlos mejor en tierra, hasta que el señor Flower pudiera mandar por ellas.

Entonces fué cuando los Flower principiaron á comprender lo que era la esclavitud. El río Ohio corría entre los Estados libres y los Estados esclavistas. De un lado estaba Kentucky y del otro Indiana é Illinois. Los esclavos cruzaban á menudo el río en busca de su libertad, y eran seguidos por los *kidnappers*[1], quienes los volvían á llevar á la esclavitud.

Una mañana oyó el señor Flower unos gritos agudos y penetrantes que salían del piso bajo de la casa. En el acto se levantó de la silla, bajó al sótano, se asomó por la puerta, y halló que el dueño de la casa estaba azotando á una negrilla. Abrió la puerta, se puso entre la muchacha y el dueño, y le dijo que se atreviera á dar otro azote. La muchacha se salvó por el momento. El dueño amenazó con los tribunales al señor Flower. Pero se abstuvo y su huésped no fué molestado.

El convoy volvió á emprender su camino para llegar á la propiedad en que debían establecerse los emigrantes. Estaba situada al oeste de Wabash, en el condado Edward, Illinois. En su marcha pasaron por la colonia Armonía, fundada por Jorge Rapp y sus partidarios alemanes. Consistía en un número de casas de madera, con una iglesia, una escuela, un molino para

1. Nombre dado en los Estados Unidos, á aquellos que se ocupaban en buscar maños.mente y llevar por la fuerza á los esclavos cimarrones que habían huído de sus amos, y se refugiaban en los Estados libres : pero que también cometían el crímen de robar del mismo modo á los negros libres para venderlos como esclavos. (N. del T.)

moler grano y algunos talleres. El lugar fué comprado después por Roberto Owen y los Rappistas se trasladaron á Economía, cerca de Pittsburgo [1].

El convoy subió al lado oriental del Wabash para llegar al embarcadero. El país no tenía entonces población ninguna. El hombre de la barca fué la única persona que vieron. Tuvieron que esperarle por algún tiempo, pero llegó al fin. Los negocios no urgían en esos parajes. Consiguieron atravesar el embarcadero. Se gastó mucho tiempo para pasar al otro lado todo el convoy de personas, animales y carros. Después de un descanso, hicieron camino hacia el norte atravesando las praderas. ¡Qué hermosas eran las praderas! Las formaban extensas llanuras ligeramente ondeadas, cubiertas de pasto y de preciosas flores silvestres. Una niebla plateada descansaba sobre ellas, y se extendía á inmensas distancias. Durante la noche salían las luciérnagas en número infinito y flotaban en la obscuridad. El pasto de las praderas eran tan alto que cubría á un hombre montado á caballo. El convoy siguio su camino dirigiéndose por el compás solamente, porque no habia otro medio para guiarse, excepto las constelaciones del cielo. Ahí estaba el «Carro de Jorge» para guiarlos hacia el Norte.

Después de haber viajado como unas mil millas por cami-

1. Se ha dicho de los Rappistas, que la tendencia mística de los miembros en su separacion religiosa, y su espectativa milenaria de un pronto advenimiento de Cristo, estaban en extraño contraste con su buen sentido práctico y hábitos de vida económicos. No son espiritualistas, como los *Tembladores*. El padre Rapp les enseñó á ser cristianos prácticos, é inculcó sobre los «deberes de la humaninad, la sencillez en el vivir, la abnegación, el amor al prójimo, el trabajo, la oración, y el exámen de conciencia regular y perseverante». Teniendo comunidad de bienes (por imitación de los primeros cristianos), como uno de sus artículos de fe, todos y cada uno estaban obligados á trabajar con sus propias manos. «Como cada uno trabajaba para todos,» dijo uno de ellos á Nordhoff, viajero alemán, «y como el interés de uno es el interés de todos, no hay motivo para que haya egoísmo, y no hay lugar á despilfarro. Hemos sido educados para ser económicos: el despilfarro es un pecado. Vivimos sencillamente, y cada uno tiene suficiente, todo lo que puede comer y usar, y ningún hombre puede hacer mas que eso.» Son afectos á las flores, á la música, á la pintura, y á la escultura. La casa del padre Rapp contenia un número de pinturas de gran valor, y tenían una biblioteca; sin embargo, al viajero le dijeron: «La Biblia es el libro que más se lee entre nosotros.»

nos, y senderos, y balsas, llegaban por fin á su *home* en el lejano oeste. Al oeste de ellos no había nada, fuera de las praderas y el desierto, con algunos indios, cazadores de venados, ciervos, liebres, etc., y pobladores ambulantes de vez en cuando. Se dirigieron á Piankishaw, antigua ranchería de indios, de donde acababan de partir los Shawnees. Era difícil encontrar un hogar en ese lejano distrito. Pero pusieron manos á la obra con todo corazón. Los trabajadores y los herreros aserraron los árboles más altos de un bosque vecino y con el esfuerzo de un trabajo diario, construyeron una choza de madera para la familia y los sirvientes, durmiendo en el ínterin la familia en los carros. Luego construyeron los hombres para sí algunas chozas de madera. Al fin se formó el establecimiento. Pero la muerte alcanza en todas partes. El joven Flower fué el primero que abrió una sepultura en el país. Debía contener el primer muerto: el hijo de su hermano mayor.

¿Pero cómo iban á hacer para obtener alimento para los vivos? La estación estaba demasiado adelantada para arar la tierra. Estaban en el mes de julio. Después de comerse las provisiones que tenían, principiaron á sentir el hambre. De vez en cuando se mataba un venado y esto bastaba por algún tiempo; pero había más de cien personas que alimentar, y eso no bastaba. Sólo casualmente se hacía con alegría la caza de algún venado. « ¿Qué se le dará al que mate un venado? »

Al último llegó á tal privación la colonia que tuvieron que buscar alimento en otra parte. Marchó el joven Flower con algunos hombres para Shawneytown por provisiones. Este lugar se hallaba muy distante. Dos días echaron para llegar allí, aunque sólo distaba sesenta millas. Dieron descanso á sus caballos durante la noche, mientras que en torno suyo oían el aullar de los lobos. Sus valientes perros los protegían. En Shawneytown fueron tan afortunados que consiguieron harina y algunos jamones, con los que regresaron en el acto á su casa. Los caballos tuvieron que pasar á nado el Little Wabash á la ida y á la vuelta. Hubo la mayor dificultad para pasar las provisiones sin mojarlas. Cuando las tuvieron intactas en tierra,

hicieron una gran fogata, secaron sus ropas, y se calentaron ellos y los caballos, acostándose para dormir. En la madrugada montaron á caballo y se fueron al galope con sus provisiones. Puede imaginarse el contento con que fueron recibidos.

Así siguió luchando la colonia. Después que la familia había vivido por algún tiempo en la choza de madera, se marcó el sitio para una casa y Park House fué construída. El joven Eduardo se fué á Lexington para llevar á su madre á la nueva casa. Allí había estado viviendo cuando la colonia estaba en sus mayores apuros; y ahora hallaba una familia feliz para reunirse en torno suyo. En el ínterin se habían formado nuevos establecimientos en el distrito. Ahí estaba Wárrington, con chozas de madera; y se había dado principio al pueblo de Albión, ahora capital del condado Edwards.

Cuando Eduardo tenía catorce años y medio, principió su padre á pensar en su educación. Un maestro de escuela se había establecido en una choza en Wárrington. « Vamos, Eduardito, le dijo su padre, has sido muy perspicaz y diestro, y tenemos que hacer algo por ti. Tienes que ir á casa del maestro de escuela y adquirir allí algunos conocimientos y educación. » La escuela estaba bastante lejos. Para cortar el camino cruzaba el discípulo por un terreno cenagoso cuando el tiempo estaba bueno. Era la querencia de los pavos silvestres. Por supuesto, el discípulo llevaba consigo su perro y su escopeta. En el camino para la escuela cazó un espléndido pavo, y se lo llevó al maestro de escuela. Encantado estaba el maestro de escuela con la idea de comer un pavo, y Eduardito llegó á ser un gran favorito.

Al día siguiente dijo que quería regalar un venado al maestro de escuela. Éste salió á cazar con él, y cazaban constantemente. Venados, y pavos, y toda clase de caza iban á la casa del maestro de escuela. Creía que nada había mejor que esto. Pero la educación de Eduardo iba muy mal. En verdad, aborrecía el estudio, y gustaba mucho más de la caza. Un día en su casa, fué examinado en la tabla de multiplicación. Principió á contestar: « Dos por dos son tres; dos por cuatro son cinco ;

dos por cinco, son ocho. — Basta, dijo su madre, todo eso es un disparate. Vuelve á casa del maestro de escuela.»

Pero el maestro de escuela volvió á salir como antes á cazar con él. Eduardito nunca se contrajo al estudio. Su padre lo examinó de aritmética otra vez. No estaba más adelantado. « Dos por dos, seis; dos por tres, ocho, » y así lo demás. Había estado seis meses en la escuela, y ese era el resultado. Al fin le sacó de allí su padre, y le puso á que cuidara el ganado de su casa. Y ésta fué la única instrucción que recibió en América.

Eduardo continuó cazando aún venados, que eran naturalmente, uno de los alimentos necesarios. Un día se fué á cazar á pie con varios amigos. Después de mucho andar, dió su perro con el rastro del venado. Cogió la pista y siguió adelante, pero de pronto se paró hasta que llegó su amo. Éste había dejado á sus amigos muy atrás. Después de una larga rastreada por los bosques, mostró la caza el perro, y él le pegó un balazo al venado. Ya era tarde, y estaba á veinte y cinco millas de su casa. Llamó á sus amigos, pero ninguno de ellos estaba al alcance de su voz. Estaban ya de regreso para la casa. No queriendo perder el venado, sentóse al pie de un árbol á su lado, y se quedó profundamente dormido. De pronto fué despertado por el aullido de los lobos. Habían olfateado la presa, y estaban en marcha para devorarla. Para echarlos descargó sobre ellos repetidamente su rifle; pero siempre los oía gruñir á su alrededor, aullando de tiempo en tiempo. La noche estaba obscura como boca de lobo. Al fin, cuando la luz del alba penetraba por entre las ramas del bosque, se levantó y emprendió el camino para su casa. Cuando llegó á ella, tenía un hambre espantosa, porque había estado treinta y seis horas sin tomar alimento ninguno.

Cuando los Flower fueron al Illinois, había por allí muchos osos; osos negros y osos pardos. « Una mañana, dice Mr. Flower, yendo á caballo por un campo de maíz, para cortar unos árboles de un bosque vecino, vi que se levantó un oso grande y gordo. Se dirigió por unos pantanos para escapar de nosotros. Me acompañaban cuatro hombres y mis perros. Tres

de los hombres fueron conmigo para atacar el oso. Los perros llegaron primero. El oso agarró á los perros, los abrazó y los mató. Entonces nos arrojamos sobre él con nuestras hachas, y después de un reñido combate, lo matamos, lo llevamos á casa, y lo comimos. Fué grande ayuda para nuestra provisión de invierno. »

Un día al anocher, mientras que Eduardo estaba á caballo con su rifle colgado á la espalda, principió á ladrar su perro á algo que se aproximaba. Estaba entonces próximo á la pradera, con un pequeño bosque muy inmediato. Alzó la vista y creyó ver que se le aproximaba un animal grande. Al acercarse más, vió que era un hombre á caballo. « ¿Sois inglés? le gritó el individuo. — ¡Sí, lo soy! — ¿Adónde vais? — Bien, voy cabalmente á mi casa. Venid conmigo, y recibid nuestra hospitalidad. » Á la verdad, cualquier extraño era el bienvenido en estos llanos, en los bosques, ó en las praderas. Todos eran tratados con la acostumbrada amabilidad y hospitalidad.

Después de una inversión grande de capital, cambió muchísimo el aspecto del país. Se sembraba mucho grano y se criaba ganado, pero no sin un inmenso trabajo de varias clases, y ni lo más mínimo de éste protegía las cosechas y el ganado de los ataques de animales salvajes. Eduardo Flower tomaba una parte activa en todo este trabajo, y fué sin duda alguna, esta enseñanza práctica, y no el maestro de escuela de Wárrington lo que le ayudó á formar su notable carácter enérgico, y le enseñó á no abandonar empresa alguna porque fuera difícil, ni á cejar ante los obstáculos que pudieran ser vencidos por la energía y el trabajo.

La verdad era que Mr. Flower, el mayor, había cometido un error comprando una propiedad tan grande antes que estuviera rodeada por una población consumidora. El país estaba aún despoblado. Pasaron unos veinte años antes que los emigrantes llegasen hacia el oeste, en donde estaba el Wabash. Albión estaba á unas quinientas millas delante de los pobladores. La consecuencia fué que Mr. Flower tuvo las mayores dificultades para poder vender su ganado y demás productos.

Con todo, los emigrantes se aproximaban, y muchos de ellos se establecieron cerca de Albión. Muchos de los negros libertos que habían comprado su libertad, vivían en el pueblo, y se convirtió en lugar próspero. Algunos de los emigrantes ingleses fracasaron, y se vieron obligados á regresar á su país. Entre éstos estaba Mr. Hookham (ahora librero en la calle Bond de, Londres), quien emigró con su mujer, y trató de establecerse. Un día fué á visitarlos el joven Flower, y los halló matando un ave. La señora se desmayó cuando vió la sangre. Abandonaron su establecimiento y regresaron á Inglaterra.

Otra de las dificultades con que tropezaron los Flower eran los esclavos, cautivos ó libres. Se recordará que el río Ohio separaba el Estado libre de Illinois del Etado esclavista de Kentucky. Había muchos esclavos, que estando en poder de buenos amos, podían comprar su libertad. Aquellos de la parte oeste de Kentucky cruzaban el río, y en su mayor parte se establecían en el creciente pueblo de Albión. Pero había también multitudes de esclavos en manos de amos, al otro lado del río, que eran tratados con bárbara crueldad. Los maridos, las mujeres y los hijos eran separados unos de otros y vendidos indistintamente en todas partes de los Estados esclavistas. Muchos de los esclavos, hombres y mujeres, se escapaban de sus amos, cruzaban los ríos, y se escondían en los pantanos y en los bosques, para disfrutar de la libertad. Muchos pasaban á nado el Ohio, y se refugiaban en Albión. Otros se iban hacia el norte hasta que llegaban al país libre del Canadá.

Los dueños de esclavos rastreaban á éstos con mastines, y á menudo los volvían á llevar á sus trabajos, y aumentaban sus castigos. Por esta época cruzó el Ohio una cuadrilla organizada de *kidnappers*, que se esforzaba en capturar á los negros, tanto esclavos como libres, para llevarlos aguas abajo por el Mississipi, y venderlos en Nueva Orleáns. Uno de los negros esclavos fué tomado á su servicio por Mr. Flower. Era un lindo negro, hombre excelente y servidor eficaz. Mr. Flower le dijo un día : « Debes ser esclavo de seguro; ¿ó has comprado tu libertad? » « No, patrón, dijo el esclavo: pero

mi amo me azota tanto, y me trata tan mal, que me he visto obligado á huír. » Al poco tiempo de esto llegó allí su amo acompañado de su cuadrilla, y le encontró trabajando en la granja de Mr Flower. En el acto lo hizo agarrar, le puso esposas, y se lo llevó á la fuerza.

Pero el esclavo volvió á huír de su amo, y se refugió en casa de Mr. Flower. Estaba cansadísimo y medio muerto de hambre. «El amo está muy cerca, me viene siguiendo», dijo él. El joven Flower metió al individuo en un pozo, y puso encima una tabla. De tiempo en tiempo le arrojaba pan. El amo que le perseguía, buscó por todas partes, y no pudo hallar al esclavo. El joven Flower sacó al individuo de su pozo, le dió de comer y le dijo que huyera á todo escape. En el acto se dirigió hacia el norte para el Canadá. Pero antes que pudiera cruzar el río, se habían puesto sus perseguidores sobre su pista. Le cogieron, le pusieron esposas, y le entregaron á la *justicia!* Le dijo á su amo que jamás sería esclavo, que no quería volver con él, aunque le costara la vida. Así pues, cuando el constable fué á apoderarse de él como á esclavo fugitivo, sacó una pistola que tenía escondida en la ropa y le mató de un tiro. El esclavo fugitivo fué ahorcado inmediatamente.

Había decenas de casos iguales á éste. Flower estaba avergonzado con semejantes hechos que tenían lugar en un país que se titulaba libre. Principió á pensar en abandonar el país, pero había invertido tanto capital en poblar y en formar el distrito que se abstuvo por algún tiempo. Los *kidnappers* continuaban aumentado. Venían en cuadrillas, cazando negros por todo el país. Los traficantes de esclavos resolvieron hacer lo posible para que saliera del estado Mr. Flower. Pero él no quería salir sin una fuerte lucha. Los magistrados eran entonces de un género muy singular. Un día que Mr. Flower fué á ver al señor De Pugh, el magistrado que estaba más próximo, para haeerle firmar ciertos documentos, encontró al señor de Pugh sentado en su cama completamente desnudo. « Vamos, dijo, creo que debo ponerme alguna de mis cha-

quetillas. » En seguida se levantó y firmó. Mr. Flower hizo relación con otro magistrado, Mr. Moisés Michel, quien después le fué útil, como lo demostrará el siguiente relato :

« Tenía entonces diez y ocho ó diez y nueve años », dice Mr. Eduardo Flower, regresaba á mi casa con otra persona, muy cansado y fastidiado, pues había estado caminando todo el día. Cuando me aproximaba á mi casa, llegamos á un sitio en el bosque en que oímoa un fuerte altercado que tenía lugar entre los chaparrales. Oí las palabras « mientras viva no he de soltar las riendas ». ¡Era la voz de mi padre! En el acto me abalancé con mi compañero, y encontré á mi padre que tenía las riendas de un caballo, sobre el cual estaba amarrado uno de nuestros negros libres. « Si no soltáis, dijo uno de los *kidnappers,* os pego un balazo en el acto. » Inmediatamente me eché sobre él, y le di un golpe con mi hacha. Mi compañero se fué al otro, y casi le cortó el brazo. Mi padre fué salvado, y los *kidnappers* huyeron inmediatamente por el bosque.

» En el acto obtuvimos una orden para su prisión, dada por Moisés Michel, el magistrado. Supusimos que los *kidnappers* habrían venido del otro lado del Wabash por un punto dado. Nos resolvimos á capturarlos. Tomé la dirección de nuestra partida, y el magistrado nos acompañó. Partimos tarde de la noche, y llegamos al Wabash cuando despuntaba el alba. Fuimos al embarcadero y vimos que los *kidnappers* no habían pasado. Regresamos y atamos los caballos á los árboles y anduvimos como una media milla á nuestro frente, en el camino trillado por donde debían venir los *kidnappers*. Después de haber esperado algún tiempo, sentimos que los traficantes se aproximaban á caballo. Les oíamos por sus pisadas sobre las hojas secas y ramas quebradas. Se nos aproximaban y pronto los tuvimos á la vista. El magistrado nos ordenó que cada uno apuntara á su hombre con el rifle. Todos estuvimos prontos. Cada uno de la cuadrilla que venía, tenía alguien que le estaba apuntando; los rifles estaban montados.

» El magistrado se adelantó. « Hombres, les dijo, ¡rendíos! ¡Cada uno de vosotros está cubierto! tengo orden de prisión

contra cada uno de vosotros. » Los hombres se detuvieron para consultarse. « ¡No, no! », dijo el magistrado, « rendíos inmediatamente. Si os movéis, se hará fuego sobre todos. Vamos, pues, desnudaos todos, y venid aquí para ser atados. » Al fin dejaron sus armas, se desnudaron, y se adelantaron uno por uno, y fueron atados.

» Eran ocho entre todos. Tenían que ser llevados como unas veinte millas atrás para ser juzgados en Albión. Pero cuando estábamos en camino, me dijo el magistrado : « Creo que tenemos demasiados entre manos; hay dos, individuos menos malos á quienes podríais soltar dándoles algún consejo. » Fueron desatados y se les dejó ir. Otros dos hombres fueron hablados, y prometieron que nunca volverían á tomar parte en empresas semejantes. También se les soltó. Entonces quedaban los presos reducidos á cuatro, los peores y más inveterados en sus instintos de capturar negros libres. Los cuatro fueron juzgados, sentenciados, y condenados á dos años de prisión con trabajos forzados en la penitenciaría de Vandalia. » Así fué destruído á lo largo del Ohio, la costumbre de robar hombres, y gracias á los poderosos esfuerzos de Mr. Flower y de la colonia inglesa, se impidió que el Illinois fuera un Estado esclavista.

Mientras tanto estaban los *kidnappers* sedientos de la sangre del joven Flower, y se formó una cuadrilla para asesinarle. Había sido la persona más activa y enérgica en la colonia para acabar con los *kidnappers;* y ahora debían sufrir por ello él ó su familia. Sucedió que tuvo conocimiento de sus intentos Jack Ellis, un habitante de los bosques. Jack había sido el maestro del joven Flower, y le acompañaba en sus correrías en busca de los venados por los bosques y las praderas. De ese modo había llegado á tener gran cariño á su joven patrón. De algún modo debió estar relacionado con los *kidnappers*, y así supo su inteción de asesinar á Eduardo. Á éste ya le habían descerrajado un tiro estando sentado al lado de la chimenea. Una noche penetró una bala por la ventana é hizo pedazos el espejo que estaba detrás de su cabeza. Toda la familia se puso

de pie y se dirigió velozmente á la puerta; pero los *kidnappers* se habían fugado.

La lucha se hizo más ardiente. Una noche fué Jack Ellis á ver á la hermana de Eduardo, y le dijo como un secreto que los *kidnappers* estaban resueltos de todos modos á quitarle la vida á su hermano. « Mi opinión, le dijo, es que Eduardo debe abandonar la comarca en el acto, si quiere evitar el ser asesinado. » Siguióse el consejo de Jack. Mr. Flower, padre, despertó muy temprano á Eduardo por la mañana siguiente, y emprendieron desde luego su marcha para Inglaterra. Pero ahora viene la tragedia. Dos noches después, cuando aun no era conocida su marcha, llegaron á la casa unos seis *kidnappers*, y preguntaron por el joven Flower. La noche estaba obscurísima, y no se pudo reconocer á los individuos. Un joven, Ricardo, primo de Edouardo Flower, y muy parecido á éste, salió á la puerta. En el acto le cogieron los individuos, le golpearon con sus hachas, y le dejaron muerto en el sitio. El desgraciado Ricardo fué muy sentido; pero nunca se pudo descubrir á sus asesinos.

Cuando Eduardo se fué de su casa, ordenó que su perro favorito « Penusito » fuese encerrado. El perro estaba siempre con él, dormía con él, y cazaba con él. El perro no quería ser separado de su amo. De un modo ú otro consiguió salir, siguió la pista de su amo hasta el buque, y subió á bordo. Fué sacado de allí, y puesto en manos del hermano de Flower. Cuando el buque salió del embarcadero, soltóse el perro de las manos de su hermano, y se echó al Ohio. Por supuesto, no se podía atender al perro. El buque continuó su marcha, y lo último que vió Flower fué á su perro nadando aguas arriba por el Ohio, hasta que sólo fué un pequeño punto lejano.

Eduardo y su padre se embarcaron para Inglaterra en un pequeño bergantín de 150 toneladas. Eran los únicos pasajeros. Desembarcaron en Liverpool en 1824. Cerca de siete años habían pasado desde que habían salido del mismo puerto, y todo estaba muy cambiado. Eduardo había crecido de muchacho de trece años á ser un hombre bien desarrollado de

cerca de veinte años. Aun estaba vestido con el traje de los pobladores de los bosques — un gorro de cuero de zorro con la cola pendiente sobre sus espaldas, una chaquetilla de cazar, adornada con flecos, calzones de cordobán, polainas negras, por calzado unas mocasinas, y un sobretodo obscuro encima de todo. Desde luego se vistió con ropas á la europea.

Poco después se dirigieron ambos á Barford, en Warwickshire. Después de permanecer allí algún tiempo, fueron á visitar á Benjamín Flower, redactor de un diario de Cambridge. Sus hijas eran Elisa y Sara Flower. Esta última autora del bellísimo himno que se canta en todas las iglesias, *Nearer my God to thee*. Algunos meses después fué Eduardo á New Lanark, en Escocia, para ver á Roberto Owen, que era tenido entonces por un gran filántropo. Á su regreso á Londres para reunirse con su padre, le dijo que su intención era quedarse en Inglaterra para adquirir alguna educación. Sorprendióse su padre, pero el hijo persistía en su propósito. No reveló su secreto; pero lo que lo impelía á quedarse en Inglaterra era el amor. Su padre convino en dejarle dos mil libras esterlinas en ganado americano, con cuyo interés podía arreglarse bien para vivir; y de no, ahí estaba su casa en América, á la cual podía regresar cuando quisiera.

Después de ver á su padre, que se embarcó en Liverpool, regresó á New Lanark con Roberto Dale Owen. Allí recibió su primera educación literaria, aunque la educación práctica que había recibido en los lejanos bosques, probó serle mucho más útil en su vida ulterior. Durante unos quince días vivió en casa de Roberto Owen, y después en una casa de huéspedes. Estando de paseo un día, encontró á un caballero que le preguntó por el camino de New Lanark. Contestóle : « Os voy á conducir, yo vivo allí mismo. » Ambos entraron en una conversación, amistosa. Resultó que el caballero era el doctor Andrés Combe, de Edimburgo, que iba para ver por sí mismo las admirables cosas que se habían hecho en New Lanark en la educación de los niños y niñas de los talleres. El doctor Combe comió con el joven poblador de los bosques, comuni-

cándole éste más tarde y con franqueza su historia y su intento de *obtener educación.* « Bien, dijo el doctor, conseguid una gramática de Murray, y dedicaos desde luego á leer. « Leed los mejores libros, y pensad sobre ellos. No hallaréis dificultad ninguna. »

Flower continuó durante seis meses sus estudios en New Lanark. Trabajó tanto con sus libros que perdió su salud. En verdad que había una gran diferencia entre estar sentado sobre una silla en su pequeña habitación, ocupando su cerebro con aprender y escribir palabras, y andar de aquí para allá en las praderas del lejano Oeste, bebiendo las deliciosas brisas de la libre atmósfera. Finalmente abandonó á New Lanark y viajó á pie desde Edimburgo hasta Londres, á través de puebios y ciudades, que eran siempre maravillas para él. Vivió durante seis meses como discípulo, con el doctor Kelly, de la plaza Trinidad, en Londres, y con él se perfeccionó en la aritmética, álgebra, y otros ramos de la educación superior.

Tenía entonces veinte y un años, y estaba dispuesto para los negocios. Fuése á Birmingham, y se empleó como dependiente de un comerciante de granos en comisión, con un salario de cien libras esterlinas al año. Se le encontró tan útil, que á los dos años ganaba un sueldo de cuatrocientas libras esterlinas anualmente. Se casó entonces con una noble y afectuosa mujer, y después de este, fué agradable su camino de la vida. Establecióse en *Stratford-upon-Avon*, donde llegó á ser uno de los más grandes cerveceros del país. Fué regidor mayor del pueblo por cuatro años, y juez de paz del condado de Warwick. En todas partes era honrado y respetado. Su hogar era el hogar de la hospitalidad; amaba sobre todo á sus amigos americanos. y en el verano estaba su casa llena de ellos. Organizó y llevó á efecto el tricentenario de Shakspeare es 1864, en su elegante estilo.

En ese año tuvo un ataque de parálisis, y se retiró de los negocios. Pero tenía en sí una admirable fortaleza y grandes bríos. En 1868 tuvo otro ataque, y perdió el uso de un costado de su cuerpo. Sin embargo, se presentó en 1865, como

candidato al Parlamento por North Warwichshire. Fué derrotado, pero no abatido. Volvió á intentarlo por Conventry, en 1872, pero fué derrotado otra vez. Tuvo otro ataque en 1869 y perdió el uso del idioma inglés. Vióse obligado á principiar con los nombres, adjetivos, adverbios, y demás.

Se fué á Roma, y mejoró su salud. En seguida se fué á Pau, en el sur de Francia, En todas partes vió la crueldad con la cual eran tratados los caballos, las mulas, y los burros. Esto le afligía sobremanera. Cuando volvió á vivir en Londres, en 1873, puso mano á la obra para extirpar el mal que se causaba á los caballos particularmente por el uso de frenos y de riendas de cabezada. Compró un caballo negro. Había sido enfrenado y torturado antes. Curó en el acto al caballo quitándole los instrumentos de tortura. Escribió una carta al *Times*, y fué publicada por intermedio del difunto sir Arturo Helps. Á ruego suyo escribió sir Arturo su obra sobre los *Animales y sus amos*. Fué á una reunión de la Sociedad Protectora de los Animales, y encontró una docena de carruajes á la puerta, con los caballos amordazados, con la cabeza levantada por medio de frenos y riendas de cabezadas, y que estaban parados allí hacía varias horas. Se dirigió á la Comisión, pero no le quisieron escuchar. El presidente le ordenó que saliera de la sala.

Continuó en su propósito á pesar de todo. No era fácil amordazarle. Escribió cartas á todos los periódicos, que éstos publicaban. Despertó el espíritu público en favor de este asunto. En seguida publicó su folleto, sobre « Frenos y riendas de cabezada », y lo repartió en abundancia por todo el país. Fué seguido por « Los caballos y los arneses », segunda parte del primer folleto. El señor Flower hace la siguiente descripción del modo de poner arneses á los caballos de un carruaje elegante : « Se usa una rienda de cabezada bien tirante para tener levantada hacia atrás la cabeza de los caballos, una martingala fija para tirarla habia abajo, tapaojos ajustados para que no vean su camino, gruperas que tienen que estar fuertemente apretadas para conservar en su lugar las riendas de

cabezada, de manera que las cabezas y las colas de los animales están atadas fuertemente la una con la otra. Para conseguir un poco de comodidad acortando su lomo cuando está parado, extiende el caballo sus manos más allá de su posición natural, mientras que las patas traseras son echadas hacia atrás en proporción, causando esto inflamación y cojera navicular. La rienda cabezal tirante, al mantener la cabeza en una posición innatural y fija, violenta la tráquea y los órganos respiratorios, produciendo la respiración ruidosa y otras enfermedades. La cabezada de las riendas es frecuentemente muy corta, lastimando por eso la parte baja de las orejas, también la testera que cuando está ajustada, además de unir demasiado á los tapaojos, tira hacia adelante la cabezada de las riendas, de modo que oprime y lastima el dorso de las orejas, y cuando el caballo da muestra de malestar levantando la cabeza, es castigado con mayor número de correas y más tirantes, molestándose rara vez el cochero para averiguar la causa de la irritación y ponerle remedio.

« La moda es poderosa — más poderosa, me lo temo, que la humanidad — con todo, aun tengo esperanza. La moda ya no manda que los caballos sean desorejados, tarjados y que se les corten las colas; por esto puede ser que desaparezcan estas nuevas formas de contorsión y crueldad. Si algunos cuantos jefes de la moda se unieran con algunos hombres y mujeres de sentido común y amantes de la humanidad, bien pronto borraríamos esta mancha de nuestra civilización. Siéntome feliz por haber podido hacer oír mi débil voz en esta causa; y agradezco de todo corazón á todos aquellos (y son muchos) que se han adelantado á ayudarme y á estimularme. He de perseverar, y, aunque soy viejo, no desespero de vivir lo bastante para poder hacer que se grabe sobre la losa de mi sepulcro : « Fué uno de los hombres que más contribuyeron á que se aboliera el uso de la rienda de cabezada. »

Mr. Flower apela á las señoras, como si las señoras fueran entre todos las más crueles, en su trato de los animales « Á las señoras, dice, se las acusa de que les agrada ver á sus

caballos con las cabezas levantadas hacia arriba y haciendo cabriolas con las patas. Es seguro que es así, porque no saben cuánto más gracioso es ver á un caballo hermoso y bien mantenido en sus movimientos libres y naturales. Mirad, señoras, las bocas de vuestros caballos. No hagáis caso de lo que os digan vuestros cocheros sobre la necesidad de la bárbara atrocidad de usar riendas de cabezada con mordaza, y frenos mulares y el uso exasperante del látigo. Aprended á conocer los delicados órganos de los animales á quienes debéis tanto de vuestro *confort* y placer, y ellos os pagarán con usura vuestra consideración y bondad. »

El resultado de la tarea de Mr. Flower hasta el presente ha sido que se ha suprimido por caballeros humanitarios, como un treinta por ciento de la tortura aplicada por las riendas de cabezada. Sólo falta alistar á las bondadosas señoras para que hagan desaparecer el resto de la crueldad. « Es contra la ignorancia, la preocupación, la moda, y en muchos casos la porfiada crueldad, contra las que hay que luchar. Estoy contento en haber hecho muchos conversos, y espero que podré continuar hablando, escribiendo con la ayuda de mi mujer, molestando probablemente á mis amigos y al público, hasta que quede desterrada de este país que se titula civilizado, el espectáculo, que ahora se ve diariamente, de caballos echando espuma por la boca, atormentados y enloquecidos por el dolor producido por las barbadas, las mordazas y los látigos. Id al parque ó á las calles de moda, y mirad á los amordazados caballos, ya estén parados ó en movimiento, y veréis que mi pintura de la « tortura » no es exagerada; y las bellas dueñas de los carruajes están sentadas sonriendo inconscientes del dolor que están causando, el cochero indiferente á ello, alegrándose quizá de tiranizar á las desgraciadas víctimas de su ignorancia, de su mala índole, ó de su « presunción ».

Hace poco que lord Leigh escribió á Mr. Flower : « Os felicito por vuestro éxito, y espero que no está distante el día en que un caballo con rienda de cabezada sobre sí, sea un ob-

jeto tan raro como lo es un soldado con armadura; y si llegara ese afortunado día, podréis experimentar la satisfacción de haber hecho un servicio tan grande á los animales como en su tiempo lo hizo Wilberforee á los pobres esclavos. »

Mr. Flower no se contentó con ayudar á los caballos de carruajes. En seguida se fué en ayuda de los caballos de los carros. Á los setenta y cinco años de edad, después que hubo festejado sus bodas de oro, escribió, con la ayuda de su mujer: «Las piedras de Londres», muy diferentes de «Las piedras de Venecia », por Ruskin. Puso en la primera página de su obra el retrato de Macadam, el gran mejorador de los caminos. Pero los principios de Macadam hacía mucho que estaban olvidados. Los caminos de Londres estaban todos cubiertos con piedras grandes: y su corazón se hubiera oprimido al ver el efecto de su sistema, en la manera de ser ejecutado por municipales ignorantes en compañía de contratistas corrompidos. En tiempo de Macadam, tenían que pasar las piedras por un anillo de dos pulgadas, y no debían tener mas de seis onzas de peso. Las piedras tenían que ser partidas de modo que se unieran por sus ángulos en un cuerpo firme, compacto, é impenetrable. Pero las piedras son puestas ahora tan grandes que muchas de ellas son del tamaño del puño de un hombre. ¿Cómo pueden los pobres caballos arrastrar sus carros tan excesivamente cargados sobre piedras tan imposibles? Esto hizo que Mr. Flower pusiera manos á la obra; y de aquí su folleto. Invadió á las comisiones municipales, y expuso sus quejas. El criterio mismo lo proclama en las calles, pero ningún concejal le hace caso. ¡Esperemos que la voz de Mr. Flower no clamará en vano mucho tiempo más!

En todo, consideramos á Mr. Flower como un verdadero amante de las criaturas de la misma especie, no solamente de los hombres, sino también de los animales. Durante la guerra entre el norte y el sur de los Estados Unidos de América, recorrió todo este país, dando conferencias sobre la libertad de los esclavos africanos. Permanecia fiel á los instintos que habían llenado su alma con esa idea en el Illinois. Cuando su

padre murió en América, mientras hacía estragos la guerra civil, dijo de él un periodista americano : « En la lucha llena de peripecias que acompañó á la tentativa de 1823 para legalizar la esclavitud en el Illinois, ninguno se alistó con más verdadero heroísmo que él. Nosotros, que somos del día, y en medio de la espantosa conmoción de la guerra civil, no podemos comprender sino muy pobremente la ferocidad y los sombríos prodigios de esa lucha. Tan equilibrados estaban los partidos contendientes del Estado, que el voto de la colonia inglesa, siempre fiel á los instintos de la libertad, inclinó la balanza; siendo un puñado de robustos bretones la aislada esperanza para apoyar el triunfo sobre la injusticia y la opresión, cuyo éxito hubiera sellado para siempre el destino de la libertad republicana y constitucional en América. »

Que no se olvide cuando se llegue á escribir el epitafio de la tumba de Eduardo Fordham Flower, y pueda él ver aún que se ha puesto un término á las torturas aplicadas á los caballos, contra las cuales ha combatido tan valerosamente durante su vida.

CAPITULO XV

La responsabilidad.

Asi, pues, cuando muere un hombre bueno, por muchos años más allá de lo que se puede ver, está sobre la senda que recorren los hombres, la luz que deja tras de sí. — LONGFELLOW [1].

Porque su casta musa empleaba su lira enseñada por el cielo, nada más que para inspirar las más nobles pasiones, ni un pensamiento inmoral, ni corrompido, ni una sola línea, que al morir hubiese querido borrar. — LORD LYTTLETON, *Sobre Thomson* [2].

Aprende como si hubieras de vivir siempre; vive como si hubieras de morir mañana. — ANSALUS DE INSULIS [3].

El deber principia con la vida, y termina con la muerte. Abarca toda nuestra existencia. Nos manda que hagamos lo que es justo, y nos prohibe hacer lo que es culpable. Principia con la educación de los niños. Nos manda alimentarlos, instruírlos, educarlos, y conducirlos con nuestro ejemplo, por el sendero del bien.

1. So when a good man dies.
For years beyond his ken,
The light he leaves behind him lies
Upon the paths of men.

LONGFELLOW.

2. For his chaste muse employed her heaven — taught lyre,
None but the noblest passions to inspire,
Not one immoral, one corrupted thought,
One line which, dying, he would wish to blot.

LORD LITTLETON, *on Thomson*.

3. Learn as if you were to live for ever; live
As if you were to die to morrow.

ANSALUS DE INSULIS.

El deber nos acompaña á través de toda nuestra vida. Sale de nuestras casas en ayuda de los demás. El patrón debe obligación á sus servidores, y los servidores á sus patrones. Debemos obligación á nuestro vecino, á nuestro pueblo, á nuestra patria. El cumplimiento de nuestras obligaciones para con todos envuelve una inmensa responsabilidad. Nadie puede hacer una verdadera vida, si no conoce este sentimiento y no obra enérgicamente de conformidad con él.

En la sociedad humana necesitan su propia observancia los derechos sociales. Cuando está enervado el sentimiento de la responsabilidad, marcha á su ruina la sociedad. « Perecería la raza humana, dice sir Wálter Scott, si entre ellos cesasen los hombres de ayudarse. Desde el instante en que la madre envuelve la cabeza de la criatura, hasta el momento en que algún bondadoso asistente enjuga la humedad de la frente del moribundo, no podemos existir sin la ayuda mutua. Así pues, todos los que necesitan ayuda, tienen derecho de pedirla á sus semejantes. Ninguno que tenga el poder de concederla puede rehusarla sin faltar. »

En obras anteriores nos hemos esforzado en presentar las grandes virtudes de un buen ejemplo. Es lo más apreciable de todas las cosas. Dar el mejor ejemplo que podamos, es una de nuestras más elevadas responsabilidades. El ejemplo enseña mejor que el precepto. Es el mejor modelador del carácter de los hombres y de las mujeres. Vivir honestamente es el mejor predicador. Dar un elevado ejemplo es el más rico legado que un hombre puede dejar tras de sí; y ser el ejemplo de un noble carácter es la más valiosa contribución que un hombre puede dar en bien de la posteridad.

Todo esto requiere fe, valor, modestia, desinterés. Las tentaciones persiguen á todos los hombres, pero con la fe y el valor, estamos en aptitud de burlarnos de ellas. El deber exige de nosotros que seamos castos y afectuosos. La justicia repudia toda forma de egoísmo, de opresión, y de crueldad. La confianza en Dios encierra en sí la seguridad de que el bien tiene que dominar al mal universalmente. « La victoria del

bien sobre el mal, dice Mr. Erskine de Ellon, es la conversión de todos los seres malos en seres buenos; es convertir la obscuridad en luz, y enderezar las cosas torcidas. »

Los hombres mejores y más rectos pueden tener momentos de duda y de debilidad, pueden sentir que se conmueve debajo de ellos la columna de su fe; pero si son los mejores y los más rectos, vuelven á levantarse de su desfallecimiento recurriendo á los principios excelentes. Debemos creer que el universo está sabiamente ordenado, y que todo hombre debe conformarse con un orden que no puede cambiar; que todo lo que ha hecho la Divinidad es bueno; que todo el género humano se compone de hermanos nuestros y que debemos amarlos y protegerlos, y tratar de hacerlos mejores, aun á aquellos que nos pudieran causar algún daño.

Nadie puede creer realmente en el sistema de la negación. La negación nada puede hacer por los hombres. Puede destruír pero no puede construír. Es la muerte para la parte mejor de nosotros. Acaba con la fe y la esperanza. El mal no puede ser vencido con solo pronunciar meros términos ridículos de condenación, sino por la bondad real, activa, y eficaz.

Hasta la ciencia ha tenido sus victorias en la fe. La negación nunca ayudó á Newton á arrancar de la naturaleza sus secretos de las leyes del movimiento. Képler trabajó teniendo creencias, y con ellas trabajaron Dalton y Faraday. El profesor Pitchard dice: « No era en el escepticismo sino en la fe, en lo que Hérschell, padre, giraba hora tras hora sus vidrios fatigados pero observadores, alimentado por la mano de una hermana, y no parando hasta que había concluído sus espejos, no dudando que ellos á su debido tiempo le revelarían la construcción de los cielos materiales. Y en espíritu igual de amante confianza se desterró su portentoso hijo al lejano sur, hasta que hubo completado la obra que su padre había comenzado, escribiendo para todos los siglos *cœlis exploratis* en el escudo de su fama. »

La negación nos deja únicamente el desaliento y la deses-

peración. De todo se duda, de la fe en Dios, la fe en el hombre, la fe en el deber, la fe en todo, excepto en nosotros mismos y nuestros goces. « Fuera de esto, todo es pasión, confusión, egoísmo, obscuridad, en que la personalidad se abdica, y el alma no encuentra dirección. El mérito de nuestra vida debe ser medido por sus oportunidades para la actividad en la senda de las leyes y propósitos divinos; y en esa senda se halla la libertad, libertad sin la cual no hay para el hombre verdadera vida. »

Un hombre que se estaba muriendo en su lecho de enfermo, se preguntó á sí mismo cierta vez: « ¿Ha resultado algún bien de mi vida? ¿Que corazón he aliviado? ¿Qué dolor he calmado? ¿Qué hogar he protegido? ¿Qué bien he hecho yo? ¿Es mejor el mundo porque yo haya vivido en él? Las respuestas dadas á estas preguntas que se hacía á sí mismo eran huecas. Cuando el hombre se levantó de su lecho de enfermo, era un hombre más sabio y mejor. Desde esa época se empleó en hacer el bien. Encontró oportunidades abundantes para ser benéfico. No había necesitado sino la voluntad y la resolución. Las halló en la ley de Dios. La religión no es sino el vínculo del amor eterno. El amor, más grande que la esperanza, más grande que la fe, es la única cosa que Dios requiere de nosotros, y en cuya posesión está el cumplimiento de todos nuestros deberes.

El sentimiento del deber allana la senda de nuestra vida. Nos ayuda á conocer, á aprender, y á obedecer. Nos da el poder para vencer las dificultades, de resistir á las tentaciones, de hacer aquello en que nos empeñamos, en hacernos honrados, benévolos, y leales. La experiencia toda nos enseña que llegamos á ser aquello que nosotros mismos nos hacemos. Luchamos contra las inclinaciones de hacer el mal, luchamos á favor de la inclinación de hacer el bien, y poco á poco llegamos á ser aquello que queremos. El esfuerzo de cada día hace mas fácil la lucha. Cosechamos conforme hemos sembrado.

El verdadero medio para sobresalir en cualquier esfuerzo,

es proponerse la imitación del modelo más brillante y perfecto. Nos hacemos mejores con sólo intentarlo, y aunque quedemos lejos de la perfección. El carácter influye siempre. Podrá haber poca cultura, débiles aptitudes, ninguna fortuna, ninguna posición social, pero si hay carácter de pureza, de buena ley, tendrá influencia y se asegurará el respeto. El filo de nuestras facultades es rara vez gastado por el uso, pero muy á menudo se embota por la dejadez. Solamente el celo y la laboriosidad son los que dan belleza y esplendor á la vida humana.

« Yo sé muy bien, dijo Perthes, que una imaginación pronta es la sal de la vida terrenal; sin la cual sólo es un esqueleto la naturaleza; pero cuanto más elevado el don, tanto mayor es la responsabilidad. » Á un joven le dijo: « Seguid adelante con esperanza y confianza; éste es el consejo que os da un anciano, que ha tenido su parte completa en la carga y el calor de la jornada de la vida. Siempre debemos estar de pie, suceda lo que quiera, y para este fin debemos entregarnos contentos á las variadas influencias de esta vida multicolor... El tener la conciencia de que esta vida mortal no es sino el camino hacia una meta más elevada, no estorba en manera alguna que la usemos constantemente; y, á la verdad, así debemos hacerlo, pues de lo contrario nos faltará por completo la energía en la acción. »

La juventud es la época del crecimiento y del movimiento. Es la primavera del hombre. Entra el joven en el mundo y pone de manifiesto su vida bajo múltiples formas. Donde ha sido debidamente cuidado por sus padres, y que ha llenado su alma con un elevado concepto de la dignidad personal y de la estimación humana, tiene que mantener el honor de ellos y no hacer cosa alguna de que pudieran sonrojarse si lo viesen. Deberá conservar viva una profunda gratitud por aquellas honradas personas que le han transmitido una reputación sin mancha que representa siglos de trabajo y de buena conducta. « Mostraos dignos de vuestros padres, » decía Periando, uno de los siete sabios de Grecia. Las virtudes de sus generosos

trabajos son una imagen de los muertos; lo que conserva brillante su honor, lo mismo en las familias que en los hombres, es la inmutable perseverancia. Pero si el espíritu y el corazón del joven no han sido cultivados, y no aparecen retoños de esperanza, miramos hacia su virilidad con desaliento, y con desesperación.

Las palabras y los ejemplos siempre vuelven á los jóvenes, y los influyen para el bien lo mismo que para el mal. Porque nada, ni siquiera una palabra ó un ejemplo es olvidado ó perdido jamás. No podemos cometer un agravio sin que le siga un castigo bien cerca sus talones. Cuando quebrantamos una ley de eterna justicia, repercute por todo el mundo. Las palabras y las acciones podrán ser consideradas como cosas ligeras; sin embargo, no son provisionales sino eternas. Una palabra vana ó mala nunca muere. Puede volverse contra nosotros en el porvenir, veinte años, cien años después, mucho después que estemos muertos. « De toda palabra vana que digan los hombres, dice san Mateo, tendrán que dar cuenta en el día del juicio; porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado. »

Las malas acciones y los malos ejemplos tienen la misma resurrección. Nunca mueren, sino que siempre influyen. Se transmiten como una herencia. La memoria de una vida no perece con la vida misma. Lo que se ha hecho queda, y nunca puede ser deshecho. Dijo Tomás de Malmesbury: « No hay acción alguna del hombre en esta vida que no sea el principio de una cadena tan larga en consecuencias, que ninguna providencia humana es suficientemente elevada para darnos una perspectiva de su fin. » « Todo átomo impregnado con el bien ó el mal, dice Babbage, retiene en el acto los movimientos que los filósofos y los sabios le han dado, mezclado y combinado por mil modos, con todo lo que es indigno y bajo. El aire mismo es una vasta biblioteca, en cuyas páginas está escrito *para siempre* todo aquello que el hombre dice alguna vez murmura, ó hace. »

Así, pues, toda palabra, pensamiento, y hecho, tiene su in-

fluencia sobre el destino del hombre. Toda vida, bien ó mal empleada, lleva consigo un largo séquito de consecuencias que se extienden á través de generaciones no nacidas aún. Todo esto está calculado para fijar en el ánimo del hombre un sentimiento profundo de responsabilidad unida á todos sus pensamientos, sus palabras y sus actos. « He leído un discurso, dice el doctor Chalmers, titulado, « Los últimos momentos del conde de Rochester », y al leerlo quedé profundamente sorprendido con la convicción de cuánto mal puede ser diseminado por medio de un folleto pernicioso. »

Pero los libros malos son peores que las palabras malas. Al igual de las malas acciones modelan el pensamiento y la voluntad de generaciones futuras. El libro impreso vive cuando el autor es polvo y cenizas. El autor malo vive para siempre en su raza. Su libro continúa diseminando el vicio, la inmoralidad, y el ateísmo. « El arte de imprimir, dice Federico Schlégel, que en sí mismo es uno de los más gloriosos y útiles, ha sido prostituído por la circulación rápida y universal de venenosos discursos y libelos. Ha ocasionado una afluencia perjudicial de escritos despreciables y superficiales, igualmente contrarios al sano criterio y á la pureza del gusto, un mar de frívolos conceptos y de bulliciosas tonterías, sobre el cual es arrastrado de aquí para allá el espíritu del siglo, no sin peligro grande y frecuente de perder completamente de vista el compás de la meditación y la estrella polar de la verdad[1]. »

Y en otra parte : « Aislados ya estos hombres por las opiniones, están separados entre sí aun más por los intereses. La codicia es su alma. ¿ Quién de entre ellos tiene una familia, una patria? Cada uno se tiene á sí mismo y nada más.

Los sentimientos generosos, el honor, la fidelidad, la consagración, todo aquello que acostumbraba hacer latir con fuerza el corazón de nuestros antecesores, les parecen sonidos hue-

1. *Historia de la literatura*, II, 39.

cos. Calcular es el único asunto de estos hombres. La conciencia es una sorpresa y un escándalo. »

Así argumenta Schlégel sobre la responsabilidad de los autores. Ellos son responsables del bien que hacen lo mismo que del mal que inculcan. El libro leproso penetra en nuestras bibliotecas; penetra en nuestros hogares. Los libros podrán ser muy hábilmente escritos. El estilo atrae al lector, sin embargo, pueden estar llenos de pensamientos perversos. Ya lo dijo Burke, que: « el vicio pierde la mitad de su mal cuando pierde su grosería ». Pero ésta es una idea dañina. La grosería podrá indignarnos, pero las abominaciones encubiertas, vestidas con vistosa palabrería, pueden penetrar más hondamente en nuestros espíritus. Ved, por ejemplo, la novela escrofulosa que leen las señoritas, está escrita con brillante estilo, á pesar de estar llena de impudencia, de impureza y de veneno moral. Á menudo principia con un asesinato, y acaba con la lascivia y el adulterio; como si el propósito de estos autores fuera poner de manifiesto la cancerosa podredumbre de la vida. Los peores de todos estos incrédulos escritores de novelas son mujeres inglesas.

Luego, ahí está el libro que lo mantiene á uno en un estado de constante risa, signo seguro de un cerebro hueco. La cháchara nociva, la mofa de lo bueno, el elogio de lo malo, son un espantoso espectáculo. ¡Cuán diferente del buen libro y de la novela buena! No el libro *meloso*, sino el libro que inspira sinceridad, pureza y valor. Lockhard dijo de su suegro Scott: « Hasta cierto punto nos podemos imaginar la deuda que debemos á una sucesión perpetua de libros, durante treinta años de publicación, que no han tenido igual por el encanto, y que todos han inculcado un código sublime y saludable; un espíritu sostenedor y vigorizador; el desprecio de las pasiones bajas ya fuesen vengativas ó voluptuosas; la caridad humana, como distinta del relajamiento moral ó de la austeridad que carece de simpatía; la sagacidad demasiado profunda para el cinismo, y la ternura que nunca degenera en el sentimetalismo, animado siempre en el pensamiento, la opinión, el

sentimiento y el estilo, por un principio único, puro y enérgico, una médula y sabor de virilidad; dirigiéndose siempre á lo que es bueno y leal en nuestras naturalezas, y censurando todo lo que es bajo y egoísta. »

El elogio es grande, pero merecido. Cuando fué felicitado sir Walter Scott en la última época de su vida, por el doctor Cheney, sobre la pureza de sus obras de ficción, le contestó: « Me voy aproximando al término de mi carrera. Estoy saliendo rápidamente de la escena. Puede ser que sea yo el autor que más haya producido en mi tiempo, y es para mí un consuelo pensar que nunca he intentado turbar la fe de nadie, ni corromper ningún principio; y que nunca he escrito cosa alguna que en mi lecho de muerte quisiera borrar. »

Lo mismo se podría decir de Carlos Dickens. Fué el apóstol del pueblo. « He leído la mayor parte de las obras de Dickens, dijo el obispo de Manchester, y, hasta donde yo puedo recordar, no hay ni una sola página, ni una sola frase, manchada con por una impureza ó algo que pudiera sugerir un pensamiento bajo ó vicioso. Creo que la literatura de que fué autor, ha estado repleta con resultados de incalculable beneficio para nuestro pueblo. Nos ha hecho ver verdaderas virtudes sencillas bajo una esterioridad inculta. Nos ha enseñado las grandes lecciones de la simpatía cristiana; y aunque en todas las cosas no es Carlos Dickens lo que nosotros hubiéramos deseado, ó lo que él hubiera podido ser, no somos, sin embargo, sus jueces. No conocemos las circunstancias de prueba por que ha atravesado su existencia. Pero Inglaterra tiene una deuda de gratitud para con su gran novelista, por lo que ha hecho para elevar y purificar la vida humana donde más necesita de elevación y purificación. »

El libro bueno, lo mismo que el libro malo, vivirá mucho aún después que el autor haya muerto. Un libro que haya sido escrito ahora dos mil años, puede fijar el objetivo de una vida. El recordado sentimiento del muerto puede llamar la atención y transformar el carácter. Por otra parte, los libros viciosos continúan levantando su voz é incitan á los jóvenes á

cometer actos vergonzosos y criminales. Los autores hablan desde sus sepulcros, y esparcen el contagio y la infamia por todo el mundo.

Un libro es una voz que vive. Es un espíritu que marcha á la faz del mundo. Continúa siendo el pensamiento vivo de una persona separada de nosotros por el espacio y por el tiempo. Los hombres pasan; los monumentos se derrumban convirtiéndose en polvo. Lo que queda y sobrevive es el pensamiento humano. ¿Qué es Platón? Hace muchísimo que está convertido en polvo, pero aun sobreviven sus pensamientos y sus actos.

Los libros malos son un veneno moral que continúa diseminando el mal. *Litera scripta manet.* Los autores dañinos, aun cuando estén en sus sepulcros, asesinan las almas de los que les sobreviven de generación en generación. El libro bueno es un tesoro vivo, mientras que el libro malo es un espíritu que atormenta. El libro bueno enseña la rectitud, la verdad, la bondad; mientras que el libro malo enseña el vicio, el egoísmo, y la irreligión. Los autores mueren, pero sus obras siguen viviendo.

Una idea como ésta debiera influír hondamente en los autores respecto de las responsabilidades imperecederas de la literatura.

Un amigo íntimo de Wordsworth ha escrito así sus recuerdos del poeta: — « La última vez que le vi, estaba bajo el peso de un pesar de familia, y principiaba á estar agobiado por las dolencias de una edad avanzada. — « Fuere lo que fuese, dijo, lo que el mundo pueda pensar de mí y de mi poesía es ahora de poca importancia; pero hay algo que me sirve de gran consuelo en mi avanzada edad: — que ninguna de mis obras, escritas desde los primeros años de mi juventud, contiene una línea que desee yo borrar, porque haya adulado las bajas pasiones de nuestra naturaleza. Esto, añadió, es un consuelo para mí; no puedo causar mal alguno con mis obras cuando haya dejado de existir. »

Antes que terminemos este capítulo, daremos una fábula

del ruso Krilof, que ha sido útil en más de un caso á los escritores. Se titula « El autor y el ladrón ».

« En el tenebroso reino de las sombras, comparecieron dos pecadores ante los jueces para ser juzgados al mismo tiempo. El uno era un ladrón, que acostumbraba arrancar contribuciones en los caminos reales, y al fin había ido á parar á las galeras; el otro era un autor cubierto de gloria, que había infiltrado un veneno sutil en sus obras, había hecho progresar el ateísmo y predicado la inmoralidad, siendo como las sirenas, de dulce voz, y como las sirenas, peligrosísimo. En el Averno son rápidos los procedimientos judiciales, no existen tardanzas inútiles. La sentencia fué pronunciada inmediatamente. Dos pesadas calderas de hierro fueron suspendidas en el aire por dos tremendas cadenas de hierro también, en cada una de ellas fué metido uno de los pecadores. Debajo de la del ladrón se amontonó una gran cantidad de leña, y después le prendió fuego una de las furias, encendiendo una fogata tan terrible, que principiaron á crujir hasta las mismas piedras del techo de las imperiales galerías. La sentencia del autor no parecía ser muy severa. Debajo de él, al principio, apenas ardia un pequeño fuego; pero cuanto más ardía tanto más grande se hacía.

» Ya habían pasado siglos, pero el fuego no se había apagado aún. Debajo del ladrón hace muchísimo tiempo que se ha extinguido la llama, debajo del autor crece cada hora más y más. Viendo que no había diminución para sus tormentos, vociferó el autor que no había justicia entre los dioses; que él había llenado el mundo con su fama; y que si había escrito demasiado libremente, había sido castigado en demasía por ello; que no creía haber pecado más que el ladrón. Entonces apareció ante él una de las hermanas infernales, con todos sus adornos de serpientes que silbaban entre sus cabellos y con sangrientas disciplinas en las manos.

» ¡Miserable! exclamó, ¿reconvienes á la providencia? ¿Te comparas al ladrón? Su crimen es nada, comparado con el tuyo. Solamente mientras vivió lo hicieron dañoso su crueldad

y sus desórdenes. ¡Pero tú! hace muchísimo que tus huesos se han convertido en polvo; sin embargo, nunca sale el sol sin alumbrar nuevos males de los que eres causa. El veneno de tus escritos no solamente no se debilita, sino que extendiéndose por otras partes, se hace peor con el rodar de los años. « Mira allí, y por un momento hizo que pudiera ver sobre el mundo, mira tus crímenes, la miseria de que eres causa. Mira á esos hijos que han llevado la vergüenza á sus familias, que han reducido á sus padres á la desesperación, ¿Por quién fueron corrompidos sus cabezas y sus corazones? Por tí. ¿Quién se esforzó para separar los lazos de la sociedad, ridiculizando como locuras infantiles todas las ideas sobre la santidad del matrimonio y el derecho de la autoridad y de la ley, haciéndolas responsables de todos los infortunios humanos? Tú fuiste. ¿No dignificaste la irreligión con el nombre de ilustración? ¿No presentaste al vicio y á la pasión desde el punto de vista más encantador y atractivo? Y ahora mira, todo un país, pervertido por tu prédica, está lleno de asesinatos y de robos, de luchas y de rebeliones, y va conducido por ti á su ruina. Tú eres responsable de cada gota de sangre y de cada lágrima que ese país derrama. ¿Y ahora te atreves á lanzar al rostro de los dioses tus inicuas blasfemias? ¿Cuánto mal no tienen que producir aún en el mundo tus libros? Continúa pues, sufriendo; porque aquí será la medida de tu castigo igual á tus merecimientos. » Así habló la encolerizada furia; y cerró con estrépito la tapa de la caldera [1]. »

1. *Krílof y sus fábulas*, por W. R. S. RALSTON, doctor en filosofía.

CAPÍTULO XVI

Fin.

Cuando la obscuridad se reúna sobre todo, y caigan las últimas bamboleantes columnas, toma el polvo polvo que Tu misericordia calienta, y modélalo en formas celestiales. — O. WENDELL HOLMES[1].

Oigo una voz que no podéis oir, que dice que no debo quedarme, veo una mano que no podéis ver, que me hace señas que me vaya. — TICKELL[2].

¡Oh vida! ¡oh muerte! ¡oh mundo! ¡oh tiempo! ¡oh tumba, en quienes todo fluyo! á vosotros corresponde hacer sublime nuestra suerte con vuestro gran peso de dolor.

Ésta es nuestra vida, mientras disfrutamos. Declinamos en ella como el sol, que vuela más rápido que una flecha : y sin embargo, ningún hombre nota que se muere... ¿No vuelve la tierra á la tierra, y no se ha de poner nuestro sol igual al de ellos cuando llegue la noche? — ENRIQUE SMITH[3].

El joven entra en la vida con alegría y entusiasmo. Ante él está el mundo esmaltado, como una lejana perspectiva dorada por el sol. Pero el tiempo calma pronto su entusiasmo.

1. When darkness gathers over all,
And the last tottering pillars fall,
Take the poor dust Thy mercy warms,
And mould it into heavenly forms. — O. WENDELL HOLMES.

2. I hear a voice you cannot hear,
Which says I must not stay;
I see a hand you cannot see,
Which beckons me away. — TICKELL.

3. O life! O death! O world! O time!
O grave, where all things flow!
'Tis yours to make our lot sublime,
With your great weight of woe.

This is our life, while we enjoy it. We lose it like the sun, which flies swifter than an arrow; and yet no man perceives that it moves... Is not earth turned to earth; and shall not our sun set like theirs when the night comes?

HENRY SMITH.

No puede llevar consigo la frescura de la mañana á través del día, para tenerla por la noche. La juventud pasa, madura la edad, y al fin tiene que resignarse á ser viejo.

Pero el fin es el resultado de su vida pasada. Las palabras y los hechos son irrevocables. Mézclanse con su carácter, y trascienden al porvenir. El pasado siempre está presente con nosotros. « Todo pecado, dice Jeremías Taylor, sonríe al primer obsequio, y lleva resplandor en su semblante y miel en sus labios. » Cuando madura la vida, y no cesa el pecador en sus malas acciones, sólo puede mirar hacia su ancianidad con temor y desesperación.

Pero los buenos principios, por otro lado, forman una armadura que ninguna arma puede perforar. « La verdadera religión, dice Cecil, es la vida, la salud, y la educación del alma, y quien la posee verdaderamente, está fortalecido con especial estímulo para toda palabra y obra buenas. »

Empero, todos tenemos que irnos; y el lugar que nos conocía no nos conocerá más. Siempre está á mano el mensajero invisible — « el mensajero, dice Carlyle, que alcanza igualmente al trabajador y al ocioso, que detiene al hombre en medio de sus placeres ú ocupaciones, y cambia su aspecto y le despide ». « El pobre Eduardo, dijo Balzac, ha sido parado en las cavernas de la vida. Ha principiado á enviar sus carruajes y sus *jockeys* en embajada al soberano más grande del mundo sublunar, la muerte. »

Á todos les llega. Cada día cavamos nuestros sepulcros con nuestros dientes. El reloj de arena es el emblema de la vida. Mengua lentamente, hasta el último é inevitable grano, y después hay silencio: la muerte. Hasta el monarca marcha sobre las tumbas de sus antepasados para ser coronado; y es después conducido sobre ellos á su sepulcro.

Cuando Wilkie estuvo en el Escorial, viendo el célebre cuadro del Ticiano, la *Última Cena*, un anciano jerónimo, le dijo: « Heme sentado diariamente á la vista de este cuadro por espacio de treinta años. Durante ese tiempo han caído mis compañeros, uno tras otro; todos los que eran mayores que

yo, todos los que eran mis contemporáneos, y muchos, ó la mayor parte de aquellos que eran más jóvenes que yo. ¡Ha desaparecido más de una generación, y allí han permanecido inalterables los retratos en ese cuadro! Los miro hasta que á veces creo que ellos son la realidad, y que nosotros no somos más que sombras. » Y sin embargo, llegó el día en que el mismo monje anciano fué llevado.

Los ancianos tienen que hacer lugar á los jóvenes, y éstos también á otros hombres que son más jóvenes que ellos. Cuando el tiempo ha tirado bastante de nosotros, no hacemos más que vegetar; somos una carga para nosotros mismos y para los demás, y, lo que es peor que todo, sentimos un anhelo por una vida más larga aún. « Cuando miro á mi alrededor á muchos ancianos, dice Perthes, me recuerda la disputa de Federico el Grande con sus granaderos, quienes le objetaban ir á muerte segura. « Cómo, ¡grandísimos perros! ¿querríais seguir viviendo eternamente? [1] »

Ciro el Grande, había puesto sobre su tumba estas palabras : « ¡Oh mortal! quien quiera que seas, y de donde quiera que vengas (porque sé que has de venir), yo soy Ciro, el fundador del imperio persa; no me envidies el montoncillo de tierra que cubre mi cuerpo. » Alejandro el Grande visitó el sepulcro, y le afectó mucho la inscripción, que ponía ante él la incertidumbre y las vicisitudes de las cosas del mundo. El sepulcro fué violado, y Alejandro hizo dar muerte al autor del sacrilegio.

La única cosa discreta que se recuerda de Jerjes fué la reflexión que hizo ante el espectáculo de su ejército de más de un millón de hombres sobre las armas, que ninguno de esa inmensa multitud viviría cien años. El pensamiento parecía ser un reflejo momentáneo de verdadera luz y sentimiento [2].

Dijo Pericles en el último momento de su vida que, mientras estaban todos en torno suyo elogiándole por cosas que

1. *Vida de Perthes*, 11, 473.
2. Por la muerte de Nino, el gran monarca de Asiria, véase el *Holy Dying* de JEREMÍAS TAYLOR, capítulo I, sección II.

otros pudieron haber hecho lo mismo que él, no tenían presente la parte más grande y honrosa de su carácter, « que por culpa suya nunca había habido un solo ateniense que hubiera tenido que llorar ».

La desesperación se apodera de los espíritus de los hombres cuyos deseos son ilimitados, y que al fin encuentran un límite para su ambición. Alejandro lloró porque no había más reinos que pudiese conquistar. Lo mismo fué con Mahmoud, el Ghiznevide, primer conquistador de la India. Cuando se sintió morir, hizo que ante él se le desplegasen todos sus tesoros de oro y de joyas. Cuando pasó su mirada sobre ellos, lloró como un niño : « ¡Ay! dijo, ¡cuántos peligros, cuántas fatigas de cuerpo y alma, he pasado para adquirir estos tesoros, y cuántos desvelos para conservarlos! » Fué enterrado en su palacio, en el cual se creía después, que vagaba en pena su alma infortunada.

Lo mismo que el infeliz fabricante de Manchester que había acumulado una inmensa fortuna, y que en su lecho de muerte hizo que le llevaran un montón de libras esterlinas, haciéndolas colocar sobre su cobertor. Las miraba y acariciaba con amor, saciando su mirada en ellas, llenando sus manos con ellas, y dejándolas caer como lluvia unas sobre otras, recreando sus oídos con esa música. Cuando murió, no era ciertamente más rico que el mendigo que llamaba á su puerta.

La muerte de Carlos IX, de Francia, fué terrible. Había autorizado la matanza de los hugonotes en la espantosa noche de San Bartolomé, y en sus últimos momentos fué perseguido por sus horrores. « No sé porque, dijo á su médico Ambrosio Paré, pero en estos últimos momentos me siento como con fiebre. Mi cuerpo y mi espíritu están molestos. Á cada instante, ya esté dormido ó despierto, me persiguen visiones de cuerpos asesinados, cubiertos de sangre y de aspecto repugnante á la vista. ¡Oh! quisiera haber perdonado á los inocentes y á los imbéciles! » Falleció dos años después de la matanza, y hasta sus últimos momentos estuvieron pre-

sentes en su espíritu los horrores de la San Bartolomé.

Sydney Smith visitó una vez á Castle Howard, y estuvo parado con sir Samuel Romilly sobre las gradas del pórtico. Dirigió una mirada á la bellísima escena que se extendía á su frente, y después dirigió su vista al mausoleo de familia, que estaba allí. Después de una larga pausa levantó sus brazos y exclamó : « ¡Ah! éstas son cosas que hacen terrible á la muerte! »

Cuando se dijo al cardenal Mazarino que sólo tenía dos meses de vida, se puso á pasear por sus hermosas galerías llenas de exquisitas obras de arte, y exclamó : « Tengo que abandonar todo esto. ¡Cuántos trabajos he tenido para adquirir todas estas cosas! Y, á pesar de ello, no podré volverlas á ver más! » Aproximóse Brienne, y el Cardenal le tomó del brazo diciendo : « Estoy muy débil, no veo. » Y sin embargo, volvía á sus tribulaciones. « ¿Veis, amigo mío, esa hermosa pintura de Corregio, y además esa Venus del Ticiano, y aquel incomparable cuadro de Aníbal Carracci? ¡Ah! pobre amigo mío, tengo que abandonar todo eso. ¡Adiós, queridas pinturas mías que tanto he amado, y que tan caras me habéis costado [1]! »

Pero hay cosas peores que la muerte. No es ésta la peor calamidad que pueda acontecer á un hombre. La muerte nivela pero ennoblece. El amor es más grande que la muerte. El deber cumplido hace que la muerte sea un descanso : la deshonra hace terrible la muerte. « Bendigo al Señor, dijo sir Harry Vane, antes de su ejecución en Tower Hill, por no haber desertado yo de la justa causa por la cual sufro. « Cuando sir Gualterio Raleigh fué colocado sobre el tajo, le dijo el verdugo que se colocara con su cabeza hacia el Este. « No importa de qué manera esté la cabeza, contestó, con tal que el corazón se halle en su puesto. »

Estando agonizando un gran mariscal, le hablaron sobre sus victorias los que le rodeaban, y del número de banderas

1. Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi*, II. 219.

que había capturado al enemigo. «¡Ah! dijo el viejo guerrero, de cuán poco sirven todas las acciones que llamáis gloriosas!» todas ellas no valen lo que una sola copa de agua fresca dada por el amor de Dios.»

Sir Juan Moore fué derribado en los campos de la Coruña, y el médico llegó para auxiliarle. «¡No, no! dijo, no me podéis prestar serircio alguno; id á los soldados, á quienes podéis ser útil.» Las últimas palabras que dijo Nelson fueron: «¡Gracias á Dios, he cumplido con mi deber, he cumplido con mi deber!» «Mi querido bijo, dijo sir Walter Scott en su lecho de muerte á su yerno, sé un hombre de bien, sé virtuoso, sé religioso, sé un hombre de bien. Ninguna otra cosa te podrá consolar cuando te halles donde yo estoy.» «¡Vivid bien!» dijo moribundo Samuel Johnson.

Kant murió de ochenta años de edad. Conservó sus facultades casi hasta el fin. Durante su enfermedad habló mucho sobre su próximo fin. «No temo á la muerte, dijo, pues sé cómo morir. Os aseguro que si yo supiese que ésta había de ser mi última noche, levantaría mis manos y diría: «¡Alabado sea el Señor!» No fuera lo mismo si alguna vez hubiera causado la desdicha de alguno de mis semejantes.»

Kant dijo una vez: «Quitadle al hombre la esperanza y el sueño, y lo haréis el ser más desventurado de la tierra. Sentimos entonces que la abrumadora carga de la vida es más de lo que nuestra débil naturaleza puede soportar, y lo único que nos alienta para ascender la penosa subida de Pisgah, es la gran esperanza de contemplar la tierra prometida.»

Sólo tenemos un camino para entrar en la vida y mil caminos para salir de ella. El nacimiento y la muerte no son sino el engarce de la vida en sí mismo. Dios nos da nuestro ser, y nos confía la custodia de las llaves de la vida. Podemos obrar, trabajar, y amar á nuestros semejantes, y cumplir con nuestros deberes para con ellos. «El medio de juzgar de la religión, dice Jeremías Taylor, es cumpliendo con nuestro deber. La religión es una vida divina más bien que un conocimiento divino. Es el cielo de la verdad, debemos ver pri-

mero y amar después; pero aquí en la tierra, debemos amar primero, y el amor abrirá nuestros ojos lo mismo que nuestros corazones, y entonces veremos, y percibiremos, y entenderemos. »

Si queremos mirar de frente á lo futuro, debemos seguir obrando valerosamente de día en día. La firme esperanza en una existencia después de la muerte, en que las lágrimas serán secadas de todos los ojos, es lo que hace que podamos vivir á través de las penas y dificultades de esta vida. La verdadera riqueza futura de un hombre es el bien que hace á sus semejantes en este mundo. Cuando él muera preguntarán los hombres : « ¿Qué ha dejado? » Pero los ángeles que lo hayan de examinar, le preguntarán : « ¿Qué buenas acciones has enviado delante de ti? »

Para todas las cosas que existen bajo el sol hay un fin : la última línea de un libro, el último sermón, el último discurso, el último acto de una vida, la última palabra al morir. « Libra á mi alma de su prisión, para que yo pueda dar gracias á TU nombre, » fueron las últimas palabras de san Francisco de Asís. *Hic jacet* es el epitafio universal. Entonces serán revelados por fin los secretos de todos los corazones, en el último día.

Even such is Time, which takes in trust
Our Youth, our joys, and all we have.
And pays us nought but Age and Durst,
When in the dark and silent grave,
When we have wandered all our ways,
Shuts up the story of ours days;
And from which grave and earth and dust.
The Lord shall raise me up, I trust [1].

1. Tiempo es también aquel que toma á su cuidado nuestra juventud, nuestras alegrias, y todo lo que tenemos, y no nos paga sino con edad y polvo cuando encierra en el sepulcro obscuro y silencioso, después que hemos recorrido todas nuestras sendas, la historia de nuestros días; y de cuyo sepulcro y tierra y polvo, yo se que me levantará el Señor.

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

Acción, la, parte del deber, 31-36.
Adulteración, 50-51.
Agustín, San, sobre la humildad, 3, en Inglaterra, 315.
América, mal trabajo en, 60-63; repudiación en, 66-67; soborno en, 75.
Amor, la influencia del, 265, 284-285, 398.
Androcles y el león, 362.
Anfiteatros romanos, 96-98; corrupción, 98, 128-130.
Animales, cariño por los, 345-394, derechos de los, 362-4.
Aprendizaje en América, 60.
Arbroath, Parlamento de, 121.
Aristides, integridad de, 76.
Armada española, la, 156-162.
Arnold, el Dr., sobre las almas nobles, 11; en Aviñon, 103; sobre las derrotas afortunadas y las victorias fatales, 122, *nota;* última anotación en su diario, 236.
Arnold, Mateo, sobre la poesía, 18, *nota.*
Arnoldo de Brescia, predicador reformador, y mártir, 127.
Assas, el caballero de, consagración del, 188.
Autores que han sido soldados, 190-5, responsabilidad de los, 402.

B

Bacon, sobre la resolución, 27.
Baker, Sir S., sobre el comercio y la civilización, 153.
Bamborough, el castillo de, refugio para los marinos, 248.
Bancarrota, la fraudulenta, 63-4.
Bancos, quiebras de, 64.
Barnes, Alejandro, sobre la seriedad en la accion, 35.
Batida, la, 352.
Bayardo, el caballero, herido en Brescia, 195; generosidad de, 197; muerte y carácter de, 199.
Bien, la inmortalidad del, 20
Bonald, sobre la educación, 30.
Borromeo, Carlos, y la plaga, 221, instituye una escuela dominical, 222; se le tira un balazo, 223.
Brassey, Tomás, honradez y valor de, 56.
Brialmont, sobre Wellington, 211.
Brooke, G. V., valor de, 168.
Bruce, en Bannockburn, 120-1.
Bruo, mártir, 108.
Burke, sobre Howard, 295.
Burnes, Sir A., 35-6.
Bussell, Gracia, consagración de, 244.
Butler, sobre el deber en accion, 28.

C

Caballería, la, en la Edad Media, 195.
Caballos, crueldad con los, 366-70.
Cádiz, consagración de un monje en, 230-1.
Calderón, soldado y dramaturgo, 190-1.
Camoens, soldado y poeta, 191-2.
Carácter, el, es formado de deber, conciencia y voluntad, 19-21; falta, 74.
Carlos Alberto y la Italia, 214.
Carlos IX, muerte de, 410.
Carlyle, sobre la poesía, 18, *nota;* sobre la concentracion de la energía, 30-1.
Caro, E., sobre el pesimismo y el trabajo, 36.
Carpenter, María consagración de, 241-2.
Cervantes, soldado y autor, 190-1.
Ciceron, integridad de, 77.
Clough, María Ana, y las Escuelas dominicales, 278-80.
Coleridge, soldado y autor, 190.
Collyer R., sobre el martirio, 105 juventud de, 271; sobre la simpatía, 272-4.
Colón, vida y descubrimientos de 111-15 muerte de, 115.
Comercio, el medio de civilizar, 153, fuente de poder, 163.
Comercial, la honradez y el fraude, 50, 60-2.
Conciencia, la, es el origen de la religión, 6-7, vive y da dominio sobre sí mismo, 8, da felicidad y magnanimidad, 10-11, es el origen de todas las virtudes, 14, ayuda á formar el carácter, 19, persecución por, 104, libertad de, 118-9.
Confianza, la, influencia de 300-3, 309-11.
Confucio, sobre la virtud perfecta, 13.

Consagración de sí mismo, 4, es la nota fundamental del cristianismo, 220, siempre es sagrada, 221, durante las epidemias, 224-7.
Cooke E. W. y el bote salva-vidas, 181.
Courier, soldado y autor, 194-5.
Cowper, sobre la libertad, 8.
Cox, J. D., sobre la caza de empleos en América, 75, *nota*.
Cretelle, de la, sobre las acciones bellas, 24.
Crewe, Lord, y el castillo de Bamborough, 248.
Criaturas, crueldad con las, 355-7 crueldad de las, 357.
Crisóstomo, San, sobre la voluptuosidad, 68.
Cristianismo, el, en Roma, 98 corrupción 98, y la abnegación, 221, está fundado en la simpatía, 251, simpatía en el, 253, ayudo mutua en el, 254, influencia del, 273-4, introducción dél en Inglaterra, 316-7; verdadero y falso, 323.
Cultura, la adoración de, 41, vanidad de, 42.

Ch

Chamillard, integridad de, 84.
Chancer, soldado y poeta, 189.
Chateaubriand, sobre Wellington, 208-9.
Chatam, el conde, integridad de, 83.
Chisholm, la señora, y los emigrantes, 242-4.

D

Dante, desterrado de Florencia, 129, muerte de, 130.
Darling, Gracia, consagración de, 246-247.
Darwin, sobre la conciencia, 12, sobre el afecto animal, 361.
Davenport de Stamford, 4.
Davy, liberalidad de, 87.
Deal, el bote salva-vidas de, 181.
Deber, esfera del, 2; es disciplina, 2-3; es consagrado, 3; á menudo es secreto, 3; Goethe, sobre el, 11; Socrates, un ejemplo del, 14; en el Nuevo Testamento, 18; forma el carácter, 19; y la accion, 23-36; en el hogar, 25; y la honradez, 47-93; y el sacrificio, 94; en el marino, 151-184; en el soldado, 185-218; en la simpatía, 251-81; en la filantropía, 283-312. en las misiones, 313-343; en la bondad hácia los animales, 345-370; está siempre presente, 395; da poder en la vida, 398; da tranquilidad en la muerte, 407-13.
Demóstenes, sobornado, 77.
Denison, Eduardo, filantropía de, 258.
Derby, Lord, sobre el porvenir de Inglaterra, 45,
Derbyshire, el cabo, cansagración del, 230.
Descartes, Renato, soldado y matemático, 193.
Dickens, pureza de las obras de, 403.
Dificultades, las, constituyen una buena escuela, 31.
Diocleciano, 78.
Dionisio, consejo de, á las personas casadas, 264.
Domremy, lugar del nacimiento de Juana de Arco, 122.
Dominio sobre sí mismo, 11.
Douglas, y el faro de Eddystone, 176.
Douglas, S. A., y la repudiación, 68.
Drake, Sir F., la juventud de 155 en Cádiz, 157; y la Armada, 157.
Droz, soldado y filósofo, 194.
Dupanloup, sobre la libertad entre los niños, 29.
Dupin, el barón, sobre la rectitud comercial en Inglaterra, 52.

E

Edmonds, el señor, reformador de cárceles, 297.
Edwards, Jonatan, misionero, 342 *nota*.
Egoismo, 260-1.
Elliot, Ebenezer, sobre el éxito, 32.
Emerson, sobre la influencia del amor, 285.
Epiménides en Atenas, 221.
Ejemplo, la virtud del, 396.
Enrique IV, valor y actividad de, 186.
Escocia, persecución en, 104-107; estado de, ahora cinco siglos, 120; el patriotismo en, 120-1.
Esclavitud, la, 5-6.
España, persecución en 100; estado de, 101.

F

Fábricas, las Actas sobre, daño que han causado, 53.
Faraday, trabajaba únicamente por la ciencia. 88; y su mujer, 268.
Faros, peligros al construirlos, 174-7; los Smalls, 174; Eddystone, 174-6; Skerryvore, 177 Longstone, 246-7.

Farrar, el canónigo, sobre la simpatía, 252.
Felicidad derivada del deber, 10.
Felipe II, crueldades de, 101; y la Armada, 156-162.
Filantropía es simpatía, 253.
Florencia en el siglo décimo quinto, 133; la política en, 137; ocupada par los franceses, 138; república, 139; plaga en, 142; sus grandes hombres, 149; y Savonarola, 130-50.
Flower, E.F., sobre la crueldad con los caballos, 373; juventud de, 374; su vida en América, 375-387; su experiencia de la esclavitud, 37 *i*, 383-88; regresa á Inglaterra, 387; en Stratford-on-Avon, 389; en Lóndres, 390; su guerra contra los frenos-mordazas y las riendas de cabezada, 390-394.
Foción, integridad de, 77.
Franceses, refugiados y manufactureros, 153.
Francia, persecución en, 100-2, destrucción de pájaros, en, 353; crueldad para con los caballos, en, 372.
Francisco I., sobre Bayardo, 179.
Fraserburgh, el bote salva-vidas de, 183.
Freemantle, E. W., valentía de, 170
Frobisher y la Armada, 158.
Fry, la señora, y las cárceles, 296.
Fuerza, la, como política, 283-5.

G

Galileo, persecución de, 108-9.
Garibaldi, en Nápoles, 216.
Gladiadores, el fin de los, 98.
Glasgow, la sociedad de aprendices de fundiciones de, 280.
Gueist, el doctor, sobre Von Stein, 213.
Goethe, sobre el deber, 11; sobre el momento actual, 20; el inventor del 'Geist,' 40; sobre el Vicario de Wakefield, 82, *nota;* simpatía de, 255.
Goldsmith, integridad de, 81.
Goodenough, comodoro, muerte del, 341.
Great Yarmouth, valentía en, 183.
Greatheard, H., inventa el bote salvavidas, 179-80.
Grenville, Sir R., valor y muerte de, 162.
Guerra, los horrores de la, 216-7.
Guizot, sobre el cristianismo, 29.
Guthrie, sobre el verdadero y el falso cristianismo, 323-4.

H

Haraganería, peligros de la, 36.
Hare, el arcediano, sobre la religion, 8.
Hawkins y la Armada, 155.
Heine, sobre la libertad americana, 5, *nota:* sobre el tratamiento de los leprosos, 286, *nota.*
Helps, Arturo, sobre la vida del hogar, 266; sobre el tratamiento del caballo por el hombre, 371.
Hodges, el Dr., y la Gran Plaga, 226.
Holyoake, sobre los patrones y los empleados, 58; sobre el trabajo malo, 58-9.
Hogar, la influencia del, 28, 43, 265-7.
Honradez, la, 47-50.
Hopper, el cabo, consagración del, 230.
Howard, Juan, su experiencia de prisión, 288-92; sus reformas carcelarias, 291; visita las cárceles extranjeras, 292; y las plagas, 295; muerte de, 295.
Howard, Lord, y la Armada, 160.
Hugonotes, persecución de los, 102.
Humboldt, G., von, sobre la felicidad y el deber, 10.
Hume, José, sobre la apertura de los museos, 309.
Huelgas, las, 53.

I

Illinois, honradez de, 66; E. F. Flower en, 375-387.
Independencia, la, es una idea moderna, 5; espiritual, 7; es dada por el martirio, 93.
India, destrucción de pájaros en, 347, *nota.*
Individualidad, la, es esencial á la libertad, 107.
Inglaterra, el porvenir de, 44; persecución en, 104.
Intolerancia reciente, 106.
Italia, corrupción de, en la Edad Media, 128; regeneración de, 214; crueldad para con los animales en, 366.

J

Javier, San Francisco, 317.
Juana de Arco, 122, en Orleáns, 123 en Compiègne, 124; martirio de, 124.
Judis, J., sobre la muerte de Camoens, 192.

K

Kant, los últimos dias de, 412.
Kay, el Dr., en Benares, 229.
Kelvington, el Dr., sobre la simpatía, 254.
Kepler, 110-11.
King, W., sobre las escuelas dominicales, 276.
Knout, el castigo del, 293.
Knowles, capitán, consagración del, 167.
Krilof, fábula del Autor y del ladrón, 404-6.

L

Lamarck, soldado y naturalista, 194.
Lamb, Carlos, consagración de, 269.
Lancaster, José, y las escuelas, 277.
Larrey, consagración de, 227.
Las Casas, misionero, 318.
Lawrence, Lord, integridad de, 86.
Lawrence, Sir J., integridad de, 87.
Lee, F. R., soldado y artista, 190.
Lees, Florencia, aprende á curar enfermos, 236-7; delante de Metz, 238; en Hamburgo, 239.
Leonidas, patriotismo de, 117.
Lewes, G. H., sobre Sócrates, 16.
Libertad, la, es el fin de la educación, 22.
Liddon, el canónigo, sobre el trabajo, 30
Livingstone, misionero, 323.
Locke, sobre la educacion de la voluntad, 27.
Loyola, San Ignacio, 192.
Lutero, valentia de, 35.
Lujo, el, 69.
Libros buenos y malos, la influencia de los, 401-6.

M

Macaulay, integridad de, 91.
Macabeo, Júdas, patriotismo de, 117.
Mackay, Ana, consagración de, 260.
Macleod, Norman, sobre el carácter, 19; sobre las batallas de la vida, 31: sobre el caos del pensamiento, 45; sobre la impopularidad, 72; simpatia de, 256.
M. Intosh J., valor de, 170.
Magnanimidad, la, 11.
Maistre, José de, sobre Platón, 17; sobre la beneficencia, 258.
Mayorias, la ignorancia de las, 72.
Malus, soldado y matemático, 194.
Marco Aurelio, sobre las buenas cualidades, 11; sobre la verdad, 47.
Martineau, el Dr., sobre la influencia del cristianismo, 274.
Martirio, el 93; en Roma, 94-99; en España, 101: en Francia, 101; en Gran Bretaña, 104; por la ciencia, 112.
Marvell, Andrés, vida, integridad, y consagración de, 79-81.
Matagorda, consagración en, 231.
Maupertuis, soldado y matemático, 194.
Maynard, J., heroismo de, 171.
Mazarin, últimos dias de, 411.
Médicis, Lorenzo de, 133; y Savonarola, 136.
Médicis, Pedro de, 137.
Melanesia, los misioneros en, 336.
Menandro, sobre la conciencia, 6.
Miguel Ángel y su sirviente, 264.
Michelet, sobre Juana de Arco, 124.
Mill, J. S., sobre la resistencia á los móviles, 7; sobre la individualidad, 107.
Miller, Hugo, sobre la educación, 42.
Misionero, el, 313; en Inglaterra, 315; en Europa, 316; en China, 317; en India, 317; en América, 318; en África, 322; en Polinesia, 324; en Nueva Zelandia, 334; en Melanesia, 355.
Mar, el, es un gran educador, 151; su influencia sobre Inglaterra, 153.
Marinos, valor de los, 156; descubrimientos hechos por los, 154; de Isabel, 155; ingleses, 164; consagración, de, 151, 184, son la seguridad de Inglaterra, 161, *nota.*
Moffat, el Dr., misionero, 322-31.
Moltke, Von, modestia de, 187.
Mompesson, W., y la Gran Plaga, 224.
Morton el obispo y la plaga, 233.
Mozley, el canónigo, sobre la religión, 7; sobre la ayuda mutua, 256.
Murchison, R., soldado y geólogo, 190.
Mujeres, la influencia de las, 42; su frimiento de las, 119, 219; consagración de las, 231-240.
Museo Británico, abierto por primera vez al pueblo, 309.
Muerte, feliz y desgraciada, 406-13.

N

Napier, sobre Wellington, 203.
Napier, C., integridad de, 85.
Napoleón y Wellington, 210; sobre Von Stein, 211.
Negacion, el mal de la, 397.

Nelson, valor y patriotismo de, 164-5.
Niepce, soldado y químico, 194.
Nightingale, Florencia, juventud de, 232; en Londres, 233; en Scutari, 234.
Novalis, sobre el carácter, 24.

O

Obreros, británicos y extranjeros, 57
Orleáns, sitio de, 121.
Outram, J., integridad de, 85.

P

Paciencia en el hogar, 258.
Pájaros, la destrucción de los, 345-354.
Pancracio, San, mártir, 95.
Pascal, sobre la inmensidad de la naturaleza, 13.
Patrones y empleados, 257-62.
Patteson., J. C., misionero, 336.
Patriotismo, de Leonidas, 117; de Judas Macabeo, 117; en Suiza, 118; y la guerra, 201; y la filantropía, 201.
Penn, G., sobre la individualidad, 107.
Perthes, sobre la conducta de la vida, 399.
Pesimismo, el, y el trabajo, 36.
Pedro el Ermitaño, 189.
Petersborough, obispo de, sobre la adoración de la riqueza, 66, *nota*.
Petrie, Elena, consagración de, 245.
Pillsbury, el capitán, reformador de cárceles, 298-300.
Pitt, G., integridad de, 83.
Plaga, la, 222; en Milan, 222; en Londres, 223; en Derhysbire, 224; Howard y, 294.
Platón, sus Diálogos, 17; su enseñanza, 17; sobre las virtudes, 17; sobre la verdad, 49.
Plimsoll, S., 168.
Plutarco, sobre el dominio de sí mismo, 11.
Polinesia, el misionero en, 323-35.
Pobreza, integridad con, 74.
Prátigau, defensa de, por las mujeres, 119.
Prisiones, condición y reformas de las, 288.
Prusia y Von Stein, 211.
Pulteney y la guinea, 82.
Perro, el, 358-64.

R

Radetzky y Victor Manuel, 215.
Raikes, Roberto, y las escuelas dominicales, 276.
Rappistas, los, 378, *nota*.
Rarey y los caballos, 366,
Redcar, viejo bote salva-vidas en 180.
Régulo, lealtad de, 49.
Religión, la, nacida de la conciencia, 6; está sobre todas las circunstancias, 7; es la acción, 37; una causa de crueldad, 97.
Responsabilidad, la, 394-406.
Rest, Lisetta, humanidad de, 367.
Richter, J. P., sobre las buenas acciones 36; sobre el amor, 267.
Riendas de cabezada, crueldad de las, 368.
Riou, valor de, 166.
Riqueza, la, no es la felicidad, 263.
Rochefoucauld, soldado y autor, 195.
Rocroy, valor español en, 191, *nota*.
Rose, W. K., sobre una visita al Paso de Shipka, 216.
Rotshchild, origen de la familia de, 89.
Real y Nacional Institución de botes salva-vidas, la, 180.
Ruskin, J., sobre las mentiras, 47; sobre la disciplina, 186.
Rusia, el soborno en, 74.

S

Saber, el, no es la dicha, 27; no es la moralidad, 28.
Salva-vidas, el primer bote, 179; el Van Kook, 181; en Fraserburgh, 183.
Saint-Pierre, sobre la honradez, 69.
Salsdorf, Dr., consagración del, 228.
Sandon, Lord, sobre el marino inglés, 165.
Sarah Sands, la, fuego á bordo de, 172.
Savonarola, primeros años de, 127; en Bolonia, 129; sobre la corrupción en la Iglesia, 131, en Ferrara, 132; en Florencia, 132; predicación de, 134; y Lorenzo de Médicis, 134; embajador á los franceses, 139; realiza la independencia de Florencia, 139; sus reformas en Florencia, 139; y el Papa, 141; amenazado de ser asesinado, 141; excomulgado, 142; impopular, 143; arrestado, 145; tortura y muerte de, 145-49; un mártir de la libertad, 149.
Schiller, sobre el deber, 31; sobre las mayorías, 72.
Schlegel, sobre los malos libros, 401.
Scott, Walter, y los perros, 360 pureza de las obras de, 402.

Selwyn, el obispo, sobre los paganos, 314. en nueva Zelandia. 334-5
Sharp, el capitán. valor del, 174.
Sheridan, sobre la vanidad. 34.
Shipka. el Paso de, heroismo y horror en, 216.
Simón, Julio, autor de *Le Devoir*, 5.
Sing Sing, prisión de, 297.
Smeaton y el faro de Eddystone, 174.
Smyth, Sydney, sobre la persecución escocesa, 106; sobre la Sra, Fry, 296.
Soborno, el, 71-79.
Sócrates, valor de, 14; enseñanza de, 15; muerte de, 16, sobre la perfección. 55; sobre el contento, 264.
Soldado. el valor y consagración del, 185-218.
Sotheby, soldado y poeta, 190.
Spencer, Herbert, sobre la beneficencia, 9
Spurgeon, sobre la verdad, 48.
Stanley, la Señorita, consagración de, 235-6.
Steele, soldado y autor, 190.
Stein, Von, patriotismo de, 212-3.
Stephen. Leslie, sobre Butler, 28.
Stevenson, Alan, y el faro de Skerryvore, 177.
Stoffel, el baron, sobre la disciplina, 43.
Sufrimiento, el, 116; en la guerra, 116; hasta el fin, 127-50
Swedenborg, sobre la vida de acción, 37.
Suiza, patriotismo é independencia en, 118.
Sydney, Sir Felipe, consagración de, 94, 189, *nota*.
Simpatía, naturaleza de la, 251-274; falta de, 274-6; en el hogar, 266; influencia de la. 269; ejemplos de, 271; entre los pobres. 275

T

Talfourd, sobre la falta de simpatía, 259.
Tattnal, señora, y las cárceles, 296.
Taylor, Jeremías, sobre la tolerancia, 108.
Telémaco, el mártir, 97.
Tennyson, sobre la voluntad. 25.
Thompson, Dr., consagración del, 229
Thoreau y los animales. 364
Tolerancia, la, es un descubrimiento reciente, 106.
Trabajo. el, verdadero fin de la vida, 30-37; bueno y malo, 51-57.
Tulloch, W. sobre las prisiones americanas, 300, *nota*.
Turena, cuidado por sus soldados, 186.
Tifus, el, en Leeds, consagración durante, 226.

V

Valor, el. es siempre necesario, 33; naturaleza del, 93, 94; es enseñado, por una vida de mar, 151.
Vanidad, la, es la pasión predominante, 34.
Vega. Lope de, soldado y poeta, 190-1.
Victor Manuel, 215.
Verdad, la. 47.
Vinci, L., da, cariño por los animales, 350.
Vicente de Paul. San, filántropo. 286.
Voltaire, sobre el derecho de los animales, 363
Virilidad, la, del dominio sobre sí mismo, 10.

W

Wallace, hombre que fracasó, 120.
Washington. 201-2.
Watson, Lady, consagración de, 270.
Wedgwood, su buena obra, 55.
Wellesley. marqués, integridad del. 84.
Wellington, sobre la pérdida del *Birkenhead*, 3; integridad de, 84; el Bayardo de Inglaterra, 203; carrera de, 203; su humanidad, 205-9; su sentimiento de honor, 209; su magnanimidad, 210; su sentimiento del deber. 211.
Westbury, la prisión de, reforma en, 298.
Wilberforce, el obispo, simpatía de, 256.
Williams, el capitán, sobre Tomás Wright, 305.
Williams, Juan, misionero, 325-34.
Winkelried, A. von, consagración de, 118.
Wordsworth, sobre el deber, 20; pureza de sus obras. 404.
Wouldhave, W., inventa el bote salvavidas, 180.
Wright, Tomás, juventud de, 301; el amigo de los presos, 303; buenas obras de, 307; muerte de, 308.

Paris. — Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY

18 22 61

97324
BJ1571
S58